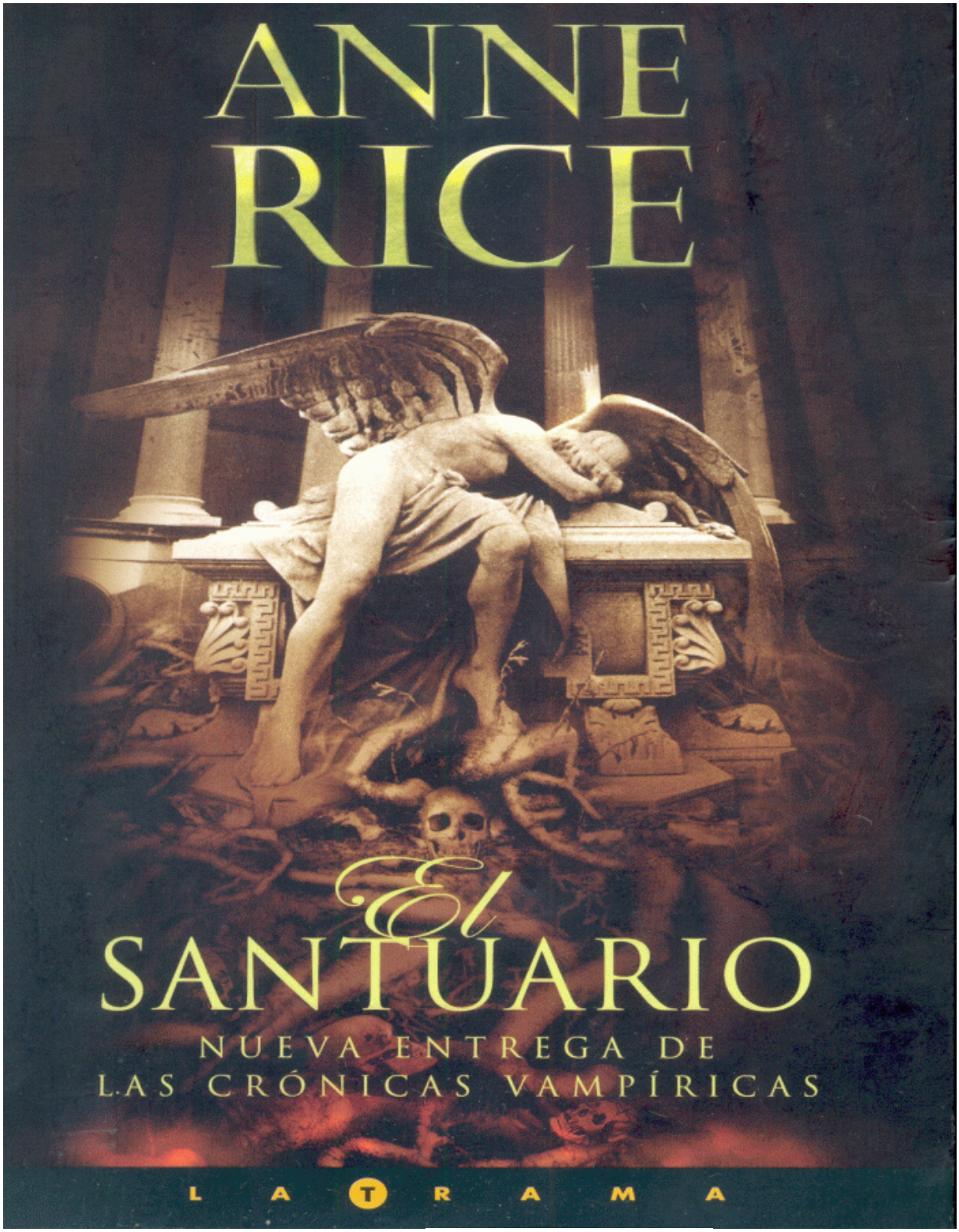
EL SANTUARIO
ANNE RICE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Dedicado a mi hijo,
Christopher Rice

Librodot

Pasaron mis días entre quejas,

se quebraron los deseos de mi corazón:

los que convierten la noche en día

y cambian la luz en tinieblas.

¿Qué puedo esperar? El šeol es mi morada,

en las tinieblas extiendo mi lecho.

Dije al sepulcro: «¡Tú eres mi padre!»,

y a los gusanos: «¡Sois mi madre y mis hermanos!»

¿Dónde estará mi esperanza?

Y mi dicha, ¿quién la verá?

¿Bajarán conmigo al šeol?

¿Nos hundiremos juntos en el polvo?

Job 17:11 -16

1

Lestat:

Si encuentras esta carta en tu casa de la Rue Royale (y espero sinceramente que la encuentres) comprenderás de inmediato que he quebrantado tus reglas.

Sé que Nueva Orleans está vedada a los buscadores de sangre, y que estás dispuesto a destruir a los que se aventuren allí. A diferencia de muchos invasores díscolos a los que ya has despachado, comprendo tus motivos. No quieres que nos vean los miembros de Talamasca. No quieres entablar una guerra con la venerable orden de los detectives clarividentes, por el bien de ellos y el nuestro.

Pero por favor, te ruego que antes de que vengas por mí, leas estas líneas.

Me llamo Quinn. Tengo veintidós años y soy un buscador de sangre, según dice mi creador, desde hace poco menos de un año. Soy huérfano, al menos así me siento, y acudo a ti en busca de ayuda.

Pero antes de exponerte mi caso, te ruego que comprendas que conozco a los de Talamasca, que los conocí antes de que se me concediera la sangre oscura, conozco su inherente bondad y su legendaria neutralidad con respecto a todo lo sobrenatural, y me he esforzado en esquivarlos para dejar esta carta en tu apartamento.

Sé que vigilas Nueva Orleans por vía telepática. Y no tengo ninguna duda de que hallarás esta carta.

Si decides liquidarme rápidamente por mi desobediencia,

prométeme que harás cuanto puedas por destruir al espíritu que me acompaña desde que yo era niño. Esta criatura, una réplica de mí que ha crecido conmigo desde que tengo uso de razón, actualmente representa un peligro para los humanos y para mí mismo.

Permíteme que te lo explique.

De niño llamé a este espíritu Goblin, que significa «duende», mucho antes de que nadie me relatara cuentos infantiles y de hadas en los que aparecía esa palabra. Ignoro si ese nombre proviene del propio espíritu. El caso es que cuando deseaba llamarlo, no tenía más que pronunciar esa palabra. Muchas veces Goblin acudía espontáneamente y no lograba deshacerme de él. Otras, ha sido el único amigo que he tenido. A lo largo de los años se ha convertido en una presencia constante a mi lado, madurando al tiempo que yo maduraba y perfeccionando su habilidad de transmitirme sus deseos. Puede decirse que yo he fortalecido y moldeado a Goblin, creando involuntariamente al monstruo en el que se ha convertido.

Lo cierto es que no imagino la existencia sin Goblin. Pero debo hacerlo. Debo aniquilar a Goblin antes de que se transforme en algo que yo no pueda controlar.

¿Por qué califico de monstruo este ser que hasta hace poco fue mi único compañero de juegos? La respuesta es bien sencilla. Durante los meses que han transcurrido desde que me convertí en un buscador de sangre (sin que yo pudiera hacer nada para impedirlo, te lo aseguro), Goblin ha adquirido también el deseo de beber sangre. Cada vez que me alimento, me abraza y succiona la sangre que he ingerido a través de un millar de minúsculas heridas, lo cual refuerza su imagen y confiere a su presencia una suave fragancia que antes no poseía. Con el paso de los meses se hace más fuerte y sus ataques contra mi persona son más prolongados.

No consigo quitármelo de encima.

No te sorprenderá si te digo que esos ataques me resultan vagamente gratos, aunque no tanto como alimentarme de una víctima humana, pero me producen un leve e innegable estremecimiento orgásmico.

No es mi vulnerabilidad ante Goblin lo que ahora me preocupa sin embargo, sino el hecho de que éste pueda convertirse en un despiadado monstruo.

He leído tus Crónicas Vampíricas de cabo a rabo. Me las regaló mi creador, un antiguo buscador de sangre que, según su versión de los hechos, me concedió asimismo una fuerza extraordinaria.

En tus relatos te refieres a los orígenes de los vampiros, citando a una antigua bebedora de sangre egipcia que relató la historia a Marius, el sabio, el cual siglos atrás te la transmitió a ti.

Ignoro si tú y Marius os inventasteis algunas de las historias que relatas en tus libros. Es posible que tú y tus camaradas, la secta de eruditos, como os denomináis ahora, tengáis por costumbre contar mentiras.

Pero no lo creo. Yo mismo soy prueba de que los bebedores de sangre existen -ya se llamen bebedores de sangre, vampiros, hijos de la noche o hijos del milenio-, y la forma en que me convertí en uno de ellos confirma lo que describes en tus crónicas.

Mi creador prefería llamarnos buscadores de sangre en lugar de vampiros, y utilizaba palabras que tú empleas en tus relatos. Me concedió el don de las nubes para que pudiera desplazarme con facilidad por el aire, el don de la mente para que pudiera localizar telepáticamente los pecados de mis víctimas y el don del fuego para que pudiera encender el fuego en la estufa de hierro que me da calor.

De modo que creo en tus historias. Creo en ti.

Te creo cuando dices que Akasha, la primera de la especie de los vampiros, fue creada por un espíritu maligno que invadió cada fibra de su ser, un espíritu que, antes de atacar a Akasha, había adquirido el deseo de beber sangre.

Te creo cuando dices que ese espíritu, al que llamaron Amel las dos brujas que podían verlo y oírlo -Maharet y Mekare-, existe en todos nosotros, pues su misterioso cuerpo, por llamarlo de alguna manera, ha proliferado como una gigantesca parra y ha florecido en cada buscador de sangre que es transformado en un vampiro por otro vampiro, hasta hoy.

También sé por tus Crónicas que cuando las brujas Mekare y Maharet se convirtieron en buscadoras de sangre, perdieron sus dotes de ver y hablar con espíritus. Mi creador me advirtió que yo también perdería esa capacidad.

Pero te aseguro que no he perdido mi capacidad de ver espíritus. Sigo atrayéndolos como un imán. Quizá sea esta capacidad, esta receptividad, aparte de mi anterior renuencia a rechazar a Goblin, lo que le ha proporcionado la fuerza para atacarme y succionar la sangre vampírica que ingiero.

¿Crees posible, Lestat, que si esta criatura se hace más fuerte, cosa que al parecer no puedo impedir, consiga penetrar en un ser humano, como hizo Amel antiguamente? ¿Es posible que nazca otra raíz vampírica, y que de ésta brote otra parra?

No creo que esta pregunta te deje indiferente, ni la posibilidad de que Goblin se convierta en un asesino de seres humanos, aunque hoy por hoy no posee la fuerza necesaria.

Comprende que tengo motivos fundados para temer por los seres a los que amo y atesoro (mi familia mortal), y por cualquier extraño al que Goblin pueda atacar.

Me resulta difícil escribir estas palabras. He querido a Goblin durante toda mi vida y he censurado a cualquiera que lo denigrara tachándole de «compañero imaginario» o «absurda obsesión». Pero él y yo, durante mucho tiempo extraños compañeros de fatigas, nos hemos convertido ahora en enemigos, y temo sus ataques porque siento que su fuerza aumenta peligrosamente.

Goblin no se acerca a mí cuando no salgo en busca de una víctima, pero reaparece en cuanto fluye por mis venas sangre fresca. Ya no tenemos una comunicación espiritual. Está celoso porque me he convertido en un buscador de sangre. Tengo la impresión de que su mente infantil ha olvidado todo cuanto ha aprendido.

Todo ello supone un suplicio para mí.

Pero insisto, no te escribo para pedirte un favor personal, sino porque temo en lo que pueda convenirse Goblin.

Desde luego, deseo verte. Deseo hablar contigo. Deseo ingresar, si es posible, en la secta de eruditos. Deseo que tú, el gran quebrantador de reglas, me perdones por haber quebrantado las tuyas.

Deseo que tú, que fuiste secuestrado y transformado en un vampiro en contra de tu voluntad, me acojas con benevolencia por haber corrido la misma suerte que tú.

Deseo que me perdones por entrar subrepticiamente en tu antiguo apartamento de la Rue Royale, donde confío en poder ocultar esta carta. Por lo demás, te aseguro que no he cazado en Nueva Orleans y jamás lo haré.

A propósito de cazar, a mí también me enseñó a cazar un espíritu maligno, y aunque mi historial deja mucho que desear, voy aprendiendo con cada festín que me doy. He llegado a dominar el «pequeño sorbo», como lo llamas elegantemente, y acudo a las bulliciosas fiestas de los mortales sin que nadie repare en mi presencia mientras succiono la sangre de uno tras otro con movimientos rápidos y diestros.

Pero, en términos generales, llevo una vida amarga y solitaria. De no ser por mi familia mortal, sería insoportable. En cuanto a mi creador, lógicamente procuro esquivarlo a él y a sus compinches.

Ésta es la historia que deseaba contarte. Lo cierto es que deseo contarte muchas historias. Confío en que mis relatos impidan que me destruyas. Te propongo un juego: podemos encontrarnos, yo me pondré a hablar y si mi historia toma un sesgo que te disgusta, puedes matarme sin contemplaciones.

En serio, Goblin me preocupa.

Permíteme añadir antes de finalizar que durante este último año en que he hecho mis pinitos como vampiro neófito y he leído tus Crónicas para aprender de ellas, a menudo he tenido la tentación de acercarme a la casa matriz de Talamasca en Oak Haven, en las afueras de Nueva Orleans, para pedir consejo y ayuda a los de Talamasca.

Siendo yo niño (aún soy muy joven), conocí a un miembro de Talamasca que veía a Goblin con tanta nitidez como yo. Era un inglés amable y tolerante, llamado Stirling Oliver, que me hizo comprender que yo poseía unos poderes que el día de mañana quizá no podría controlar. Me encariñé enseguida con Stirling.

También me enamoré de una joven que se hallaba con Stirling cuando le conocí, una belleza pelirroja dotada de unos notables poderes paranormales que también veía a Goblin, a la que los de Talamasca habían abierto su generoso corazón.

He perdido todo contacto con esa joven. Se llama Mayfair, un nombre que no te resultará desconocido, aunque seguramente no sabe nada sobre tu amiga y compañera Merrick Mayfair.

Pero no cabe duda de que pertenece a esa familia de poderosos clarividentes -los cuales se empeñan en denominarse brujos-, y he jurado no volver a verla. Debido a sus notables poderes, se percataría enseguida de que me había ocurrido algo catastrófico. Y no puedo permitir que mi maldad la roce siquiera.

Cuando leí tus Crónicas, me sorprendió averiguar que los de Talamasca se habían indispuesto contra los bebedores de sangre. Me lo contó mi creador, pero no lo creí hasta que lo leí en tus libros.

Me cuesta creer que esas personas tan bondadosas hayan roto mil años de neutralidad para advertirnos a todos los de nuestra especie. Parecían ufanarse de su legendaria benevolencia, de depender psicológicamente de una amable y secular definición de sí mismos.

Es obvio que ahora no puedo acudir a los de Talamasca, pues me expongo a que se conviertan en mis enemigos. En realidad, son mis enemigos declarados. Y debido a mi contacto anterior, saben dónde vivo. Pero lo que es más importante, no puedo pedirles ayuda porque tú no quieres.

Ni tú ni los demás miembros de la secta de eruditos queréis que alguno de nosotros caigamos en manos de una orden de sabios que estarían encantados de poder observarnos de cerca.

En cuanto a Mayfair, mi adorada pelirroja, repito que jamás se me ocurriría acercarme a ella, aunque a veces me pregunto si sus extraordinarios poderes me ayudarían a acabar con Goblin de una vez para siempre. Pero no puedo hacerlo sin atemorizarla y confundirla, y no deseo interrumpir su destino humano como hizo otro vampiro conmigo. Me siento más distanciado de ella que antes.

Así pues, salvo por mis parientes y amigos mortales, me siento solo.

No espero que te compadezcas de mí. Pero confío en que tu comprensión te impida aniquilarnos a mí y a Goblin sin previo aviso.

No dudo que eres capaz de localizarnos. Aunque sólo fueran ciertas la mitad de las Crónicas, está claro que posees un don de la mente ilimitado. No obstante, te diré dónde me encuentro.

Mi verdadero hogar es mi santuario de madera situado en Sugar Devil Island, en Sugar Devil Swamp, en el nordeste de Luisiana, no lejos de la frontera de Misisipí. Sugar Devil Swamp está regado por el West Ruby, que se separa del Ruby en Rubyville.

Varias hectáreas de esta zona pantanosa han pertenecido a mi familia desde hace muchas generaciones, y estoy seguro de que ningún mortal se ha aventurado por azar en Sugar Devil Island, aunque mi tatarabuelo Manfred Blackwood construyó la casa desde la que te escribo en estos momentos.

Nuestra casa solariega es Blackwood Manor, una noble aunque ostentosa mansión de estilo neoclásico recargada de columnas corintias, una inmensa estructura construida en un altozano.

Pese a su espectacular belleza, carece de la gracia y dignidad de las mansiones de Nueva Orleans, pues se trata de un pretencioso monumento a la avaricia y los sueños de Manfred Blackwood. Construida en los años ochenta del siglo XIX, sin una plantación que justificara su existencia, su único propósito era deleitar a quienes vivían en ella. La finca -el pantano, el terreno y la gigantesca casa-se llama Blackwood Farm.

Que la mansión y el terreno que la circunda están invadidos de espíritus no es una leyenda sino un hecho. El espíritu más potente sin duda es Goblin, aunque hay fantasmas.

¿Pretenden apoderarse de mi sangre oscura? En su mayoría me parecen demasiado débiles para semejante hazaña, pero, ¿quién sabe si los fantasmas no son capaces de ver y aprender? Al parecer poseo el maldito don de atraerlos y conferirles la vitalidad que precisan. Me ha ocurrido toda la vida.

¿He puesto a prueba tu paciencia? Ruego a Dios que no sea así.

Quizás esta carta sea mi única oportunidad de convencerte, Lestat, por lo que en ella te revelo todas mis inquietudes.

Y cuando llegue a tu casa en la Rue Royale, utilizaré mis dotes y mi ingenio para ocultar esta carta donde sólo tú puedas encontrarla.

Con la esperanza de lograrlo, se despide de ti

TARQUIN BLACKWOOD, Quinn

Posdata:

Ten presente que sólo tengo veintidós años y soy un poco torpe. Pero no puedo resistirme a hacerte este pequeño ruego. Si decides buscarme y eliminarme, ¿podrías concederme una hora para despedirme de mi pariente mortal que más quiero en el mundo?

En las Crónicas Vampíricas tituladas Merrick, se te describe enfundado en una chaqueta con botones de camafeo. ¿Era cierto o un detalle caprichoso que se le ocurrió a otra persona?

Si lucías esos botones de camafeo -si eran unos objetos queridos para ti y los elegiste con esmero-, permite, antes de destruirme, en recuerdo de esos camafeos, que me despida de una anciana dotada de un encanto y una bondad admirables, que cada noche goza disponiendo sus centenares de camafeos sobre una mesa de mármol para examinarlos uno por uno a la luz

de la lámpara. Es mi tía abuela y mi maestra en todo, una mujer que ha procurado darme lo que necesitaba para llevar una existencia importante.

Ya no soy digno de su amor. No estoy vivo. Pero ella no lo sabe. Mis visitas nocturnas a su casa son cautas pero imprescindibles para ella. Separarme de ella repentinamente y sin explicaciones sería una crueldad que esa mujer no merece.

Podría contarte más detalles sobre sus camafeos, sobre el papel que han desempeñado en mi azarosa vida.

Pero de momento, sólo te formularé esta súplica: perdóname la vida y ayúdame a destruir a Goblin. O mátanos a ambos. Atentamente,

QUINN

2

Durante un buen rato y después de concluida la carta no me moví.

Me quedé sentado escuchando los inevitables sonidos de Sugar Devil Swamp, con los ojos fijos en los folios que había ante mí, tomando distraídamente nota de mi cuidada letra, de la luz mortecina que me rodeaba reflejada en el suelo de mármol, de las ventanas abiertas a la brisa nocturna.

Todo estaba en orden en mi pequeño palacio del pantano.

No había rastro de Goblin. No sentí su sed ni su inquina. Nada salvo lo natural, y a lo lejos percibí con mi agudo oído vampírico los tenues sonidos de Blackwood Manor, donde tía Queen acababa de levantarse, con la solícita ayuda de Jasmine, nuestra ama de llaves, para disfrutar de una plácida y agradable velada. Al cabo de unos instantes encendería la televisión, que a tales horas emite unas deliciosas películas en blanco y negro. Tía Queen preguntaría a Jasmine: «¿Dónde está mi muchachito?»

Pero en esos momentos debía hacer acopio de todo mi valor y llevar a cabo lo que me había propuesto.

Saqué el camafeo del bolsillo y lo contemplé. Hacía un año, cuando aún era un mortal, cuando aún estaba vivo, hubiese tenido que acercarlo a la luz de la lámpara, pero ahora lo veía con toda claridad.

Era mi busto, de medio perfil, hábilmente esculpido en dos estratos de ónice de distinto color, de forma que la imagen era blanca y asombrosamente detallada mientras que el fondo era de un negro puro y reluciente.

Era un camafeo pesado y exquisitamente trabajado. Lo había encargado para regalárselo a mi querida tía Queen, en plan de broma, pero había recibido la sangre oscura antes de ese momento perfecto. Y ese momento se había desvanecido para siempre.

¿Qué revelaba el camafeo de mí? Un rostro largo y ovalado, con unas facciones excesivamente delicadas, una nariz demasiado estrecha, unos ojos redondos enmarcados por cejas arqueadas y una boca carnosa y bien perfilada que me daba el aspecto de una niña de doce años. No tenía los ojos enormes, los pómulos marcados ni la mandíbula pronunciada. Era un rostro muy bonito, demasiado, motivo por el cual aparecía con el ceño fruncido en la mayoría de las fotografías que me tomaron para el retrato; pero el artista no había esculpido mi expresión ceñuda.

Por el contrario, había plasmado una leve sonrisa. Mi pelo corto y rizado formaba un apolíneo halo de gruesos bucles. Había esculpido el cuello de mi camisa, la solapa de mi chaqueta y la corbata con idéntica gracia.

Como es lógico, el camafeo no reflejaba mi estatura, de más de un metro noventa, ni que tenía el pelo negro azabache, los ojos azules y complexión delgada. Tenía unos dedos largos y finos muy apropiados para el piano, que toco de vez en cuando. Y era mi estatura lo

que confirmaba a la gente que, pese a mi delicado rostro y mis manos femeninas, en realidad soy un muchacho.

De modo que el camafeo constituye un buen retrato de esta enigmática criatura. Una criatura que implora comprensión. Una criatura que dice sin rodeos: «Piénsalo, Lestat. Soy joven, soy estúpido. Y soy guapo. Mira el camafeo. Soy guapo. Dame una oportunidad.»

Yo quería grabar estas palabras en el dorso con letras diminutas, pero el dorso era un estuche ovalado que contenía una fotografía, la cual mostraba de nuevo mi imagen en colores desteñidos, verificando la precisión del retrato que aparecía en la otra cara del camafeo.

No obstante, había una palabra grabada en el marco dorado, justo debajo del camafeo: la palabra «Quinn», en una excelente imitación de esa letra insulsa que siempre he odiado - una letra de zurdo que pretende pasar por diestro, de un ser capaz de ver fantasmas que dice «soy disciplinado, no estoy loco».

Tomé los folios de la carta, los releí rápidamente, enojándome de nuevo al contemplar mi letra vulgar, los doblé y los introduje junto con el camafeo en un sobre alargado de color marrón, que luego sellé.

Me guardé el sobre en el bolsillo interior de mi blazer negro. Me abroché el botón superior de la camisa blanca y me ajusté la sobria corbata de seda roja. Quinn, el petimetre. Quinn, digno de figurar en las Crónicas Vampíricas. Quinn, ataviado para ir a implorar que le acepten en el selecto círculo.

Me recliné en la silla y agucé el oído. No oí a Goblin. ¿Dónde se había metido? Sentía una angustiosa soledad y ansiaba su presencia. Sentía el vacío de la atmósfera nocturna. Supuse que Goblin esperaba que yo fuera a cazar, que anhelaba beber sangre fresca. Pero yo no pensaba ir a cazar esa noche, aunque confieso que estaba hambriento. Pensaba ir a Nueva Orleans, tal vez al encuentro de la muerte.

Goblin no podía adivinar lo que ocurría. Nunca había pasado de ser un niño. Se parecía a mí, sí, en cada etapa de mi vida, pero era el eterno chiquillo. Cada vez que asía mi mano izquierda con su derecha, yo escribía con la letra de un niño.

Me incliné hacia delante y oprimí el botón del mando a distancia que descansaba sobre el escritorio de mármol. La luz de los apliques se apagó lentamente. La oscuridad invadió mi santuario. Los sonidos se intensificaron: el grito de la garza nocturna, el movimiento sutil de las hediondas aguas oscuras, el rumor de los bichejos correteando por las copas de los vetustos cipreses y eucaliptos. Percibí el olor de los caimanes, a los que la isla infundía tanto respeto como a los seres humanos. Percibí el olor fétido del propio calor.

La luna era generosa y al cabo de unos instantes distinguí una porción del cielo, de un brillante azul metálico.

La isla era la parte del pantano donde la vegetación crecía más frondosa. Cipreses milenarios de sarmentosas raíces rodeaban la orilla y sus maltrechas ramas estaban cubiertas de musgo. Parecía como si quisieran ocultar mi santuario.

Sólo los relámpagos atacaban de vez en cuando a estos viejos centinelas. Sólo los relámpagos no temían las leyendas que decían que en Sugar Devil Island moraba el mal, que quien se aventurara allí no regresaría jamás.

Me habían contado esas leyendas cuando tenía quince años. Y al cumplir veintiuno volví a oírlas, pero la vanidad y la fascinación de ese lugar me atrajeron al santuario, a su insondable misterio, a esta recia casa de dos plantas y al inexplicable mausoleo vecino. La posteridad ya no existía. Existía sólo esta inmortalidad, este pletórico poder que me mantenía desconectado del presente y el tiempo.

Un hombre en una piragua tardaría por lo menos una hora en salir de allí, sorteando las raíces de los árboles para regresar al embarcadero situado a los pies del altozano sobre el que se alzaba Blackwood Manor, fría y arrogante.

Lo cierto era que no amaba mi santuario, por más que lo necesitara. No me gustaba el siniestro mausoleo de oro y granito con sus extrañas inscripciones romanas, aunque de día tenía que ocultarme en él para protegerme del sol.

Pero amaba Blackwood Manor, con el amor posesivo e irracional que sólo puede infundirnos una espléndida mansión, una mansión que dice «yo estaba aquí antes de que nacieras y seguiré aquí después de que mueras»; una mansión que al mismo tiempo constituye una responsabilidad y un paraíso de sueños.

La historia de Blackwood Manor me cautivaba tanto como su abrumadora belleza. Había vivido toda mi vida en Blackwood Farm y en la mansión, excepto durante mis fabulosas aventuras en el extranjero.

No entendía por qué buena parte de mis tías y tíos habían abandonado Blackwood Manor a lo largo de los años, pero no eran importantes para mí, eran unos meros extraños que se habían mudado al Norte y sólo regresaban para asistir a algún funeral. Pero la casa me tenía embelesado.

En esos momentos estaba indeciso. ¿Debía volver y recorrer de nuevo las habitaciones? ¿Debía volver y dirigirme al espacioso dormitorio del primer piso donde tía Queen acababa de sentarse en su butaca favorita? Llevaba otro camafeo en el bolsillo de mi chaqueta, que había comprado para ella hacía unas noches en Nueva York. ¿Debía dárselo? Era una pieza preciosa, una de las mejores que había visto...

Pero no. No podía despedirme de ella a medias. No podía insinuarle que quizá me ocurriera una desgracia. No podía caer alegremente en el misterio en el que estaba inmerso hasta las cejas: Quinn, el visitante nocturno, Quinn, a quien le gustan las habitaciones tenuemente iluminadas y huye de las lámparas como si padeciera una enfermedad exótica. ¿De qué le serviría a mi querida y dulce tía

Queen que me despidiera de ella a medias? Si yo fracasaba aquella noche, me convertiría en otra leyenda: «El incorregible Quinn. Una noche fue a Sugar Devil Swamp, pese a que todo el mundo le advirtió que no lo hiciera; se adentró en la isla donde tiene su santuario, y no regresó.»

En realidad no creía que Lestat quisiera aniquilarme. No creía que lo hiciera sin dejarme que le relatara mi historia, en su totalidad o en parte. Quizás era demasiado joven para creerlo. Quizá creía, por el mero hecho de haber leído las Crónicas con avidez, que Lestat se sentía tan unido a mí como yo a él.

Probablemente era una locura. Pero estaba empeñado en aproximarme tanto como pudiera a Lestat. Ignoraba desde dónde y cómo vigilaba Nueva Orleans. Tampoco sabía cuándo y con qué frecuencia visitaba el Barrio Francés. Pero la carta y el camafeo de ónice con mi retrato llegarían esa noche a su apartamento.

Por fin me levanté de la silla de cuero y oro.

Salí de la casa de espléndidos suelos de mármol y, sin pensármelo dos veces, me elevé despacio sobre la cálida tierra, experimentando una deliciosa ingravidez, hasta divisar desde las frías alturas la gigantesca y serpenteante masa negra del pantano y las luces de la fabulosa mansión, que la hacían relucir como una linterna sobre la mullida hierba.

Me dirigí a Nueva Orleans utilizando ese extraño poder del don de las nubes, sobrevolando las aguas del lago Pontchartrain hacia la tristemente famosa residencia urbana de la Rue Royale, que todos los buscadores de sangre sabían que era la casa del invencible Lestat.

«Es un diablo -había dicho de él mi creador-. Mantiene sus propiedades a su nombre a pesar de que los de Talamasca van por el. Está decidido a sobrevivirles. Es más misericordioso que yo.»

Misericordioso; yo contaba ahora con eso. Lestat, dondequiera que estés, sé misericordioso conmigo. No he venido para encararme contigo. Te necesito, como indico en mi carta.

Descendí lentamente hasta penetrar de nuevo en la atmósfera templada, una sombra fugaz para cualquier curioso que me viera; aterricé en el patio de la casa, cerca de la cantarina fuente, y contemplé la escalera de caracol de hierro forjado que conducía a la puerta trasera del apartamento de Lestat.

Muy bien. Ya estoy aquí. He quebrantado las reglas. Me encuentro en el patio del mismísimo Príncipe Mocoso. Recordé algunas descripciones que aparecían en páginas de las Crónicas, como la buganvilla que se enroscaba alrededor de las columnas de hierro hasta alcanzar la balaustrada de hierro forjado del piso superior. Parecía un gigantesco mausoleo.

Oí a mi alrededor los estridentes sonidos del Barrio Francés: el fragor de las cocinas de los restaurantes, las alegres voces de los inevitables turistas que caminaban por las aceras. Oí las tenues notas de la música de jazz que se filtraba por las puertas de Bourbon Street. Oí el ruido de los coches que pasaban despacio frente a la casa.

El patio, pequeño e íntimo, era una maravilla; la altura de sus muros de piedra me asombró. Los verdes y relucientes plataneros eran los más altos que había visto jamás; en algunos sitios sus cerosos tallos casi rozaban las losas de color violeta. Pero no daba la impresión de estar abandonado.

Alguien se había ocupado de cortar las hojas muertas de los plataneros. Alguien había quitado los plátanos negros y arrugados que siempre se marchitan en Nueva Orleans antes de madurar. Alguien había podado los abundantes rosales para despejar el patio.

Hasta el agua que borboteaba en la concha de piedra que sostenía el querubín en la mano y caía en la taza de la fuente era fresca y limpia.

Todos estos pequeños y deliciosos detalles hicieron que me sintiera como un intruso, pero estaba demasiado obsesionado para dejar que eso me importara.

Entonces vi una luz en las ventanas traseras del piso superior, una luz muy tenue, como si hubiera una lámpara encendida en el apartamento.

Me asusté, pero se impuso de nuevo la loca obsesión que me dominaba. ¿Conseguiría hablar con Lestat? ¿Y si, al verme, se apresuraba a activar el don del fuego? Ni la carta, ni el camafeo de ónice ni mis amargas súplicas servirían de nada.

Tendría que haber entregado a tía Queen el nuevo camafeo. Tendría que haberla abrazado y besado. Tendría que haber pronunciado un discurso de despedida. Estaba a punto de morir.

Sólo un idiota se habría sentido tan eufórico como yo. Lestat, te amo. ¡Aquí me tienes, soy Quinn, tu discípulo y esclavo!

Subí apresuradamente la escalera de hierro forjado procurando no hacer ruido. Cuando alcancé el balcón trasero, percibí el inconfundible olor de un ser humano dentro de la casa. Un ser humano. ¿Qué significaba eso? Me detuve y utilicé el don de la mente para explorar el interior de la casa antes de entrar.

De inmediato percibí un mensaje confuso. En la casa había un ser humano, era evidente, un intruso, pues se movía con rapidez, consciente de que no tenía ningún derecho a estar ahí. Y esa persona, ese ser humano, sabía también que yo estaba ahí.

Por un momento no supe qué hacer. Al entrar subrepticiamente en la casa había sorprendido a un intruso. Me invadió un extraño afán protector. Esa persona había irrumpido en la vivienda de Lestat. ¡Qué atrevimiento! ¡Qué majadero! ¿Y cómo sabía que yo estaba allí, que mi mente había registrado la suya?

Lo cierto era que aquel extraño e ingrato ser poseía un don de la mente casi tan potente como el mío. Traté de identificar su nombre y él me lo facilitó: Stirling Oliver, mi viejo amigo de Talamasca. Al tiempo que descifraba su identidad, oí que su mente reconocía la mía.

«Quinn», dijo mentalmente, como si se dirigiera a mí. Pero, ¿qué sabía de mí? Hacía muchos años que no veía a Stirling. ¿Había éste presentido el cambio que se había operado en mi ser? ¿Podía detectarlo con su telepatía? ¡Dios santo, tenía que desterrar ese pensamiento de mi mente! Estaba a tiempo de librarme de esa comprometida situación, de regresar a mi santuario y dejar que Stirling siguiera con sus investigaciones furtivas, de huir antes de que se percatara de en qué me había convertido.

Sí, debía marcharme cuanto antes, dejar que Stirling pensara que me había convertido en un lector mortal de las Crónicas y regresar cuando no hubiera ningún intruso merodeando.

Pero no podía marcharme. Me sentía demasiado solo. Estaba empeñado en encararme con Lestat. Ésa era la verdad. Y aquí estaba Stirling, y aquí estaba quizá la vía de acceso al corazón de Lestat.

Sin pensármelo dos veces cometí la peor torpeza que podía cometer. Abrí la puerta trasera del apartamento, que no estaba cerrada con llave, y entré. Me detuve unos instantes en el elegante y sombrío saloncito posterior, conteniendo el aliento para contemplar sus imponentes cuadros impresionistas, luego avancé por el pasillo pasando frente a las puertas de unos dormitorios que, obviamente, estaban vacíos, y hallé a Stirling en la habitación delantera, el gran salón, repleto de muebles dorados, con sus ventanas que daban a la calle cubiertas con visillos de encaje.

Stirling estaba junto a la alta estantería situada a la izquierda, con un libro abierto en la mano. Cuando entré y me detuve bajo la luz de la araña que pendía del techo, se limitó a mirarme.

¿Qué fue lo que vio? Durante unos instantes me abstuve de intentar averiguarlo. Estaba demasiado absorto mirándole, comprendiendo lo mucho que aún le amaba al evocar aquellos tiempos en que yo era un joven de dieciocho años que veía espíritus, y comprobando que él apenas había cambiado: el pelo ligeramente entrecano, peinado hacia atrás dejaba ver una incipiente calvicie, y los ojos eran grises, grandes y bondadosos. No aparentaba más de sesenta y pocos años, como si el paso del tiempo no le hubiera afectado, seguía delgado y con aspecto saludable y lucía un elegante traje de mil rayas azul y blanco.

Pero al cabo de un rato, aunque debieron transcurrir apenas unos segundos, comprendí que Stirling estaba atemorizado. Alzó la vista para mirarme -debido a mi estatura, prácticamente todo el mundo tenía que alzar la vista para mirarme-y pese a su manifiesta dignidad, de la que andaba sobrado, vio cambios en mí, aunque no estaba seguro de lo que había ocurrido. Sólo sabía que sentía un instintivo y cauto temor.

Yo soy un buscador de sangre que puede pasar por un ser humano, pero no necesariamente ante una persona tan inteligente como aquel hombre. Estaba además la cuestión de la telepatía, aunque me había esforzado en bloquear la mente tal como me había enseñado mi creador, lo cual puede conseguirse con simple fuerza de voluntad.

-¿Te ha ocurrido algo malo, Quinn? -me preguntó Stirling. Su ligero acento inglés me hizo retroceder cuatro años y medio en un abrir y cerrar de ojos.

-Todo lo que puedas imaginar, Stirling -respondí sin reprimirme-. Pero, ¿qué haces aquí? -Tras lo cual le espeté sin andarme con rodeos-: ¿Te ha autorizado Lestat a entrar en su casa?

-No -se apresuró a contestar Stirling-. Confieso que no. Pero, ¿y tú, Quinn? -preguntó inquieto-. ¿Qué haces aquí? -Dejó el libro en la estantería y avanzó un paso hacia mí, pero retrocedí hacia la penumbra del pasillo. Su amabilidad casi me desarmó. Pero otro elemento inevitable entró rápidamente en juego. Su dulce e inconfundible olor humano era muy intenso, y de pronto le vi disociado de todo cuanto de él conocía. Le vi como una presa.

Lo cierto es que capté el inmenso abismo que nos separaba y sentí deseos de succionar su sangre, como si ésta pudiera transmitirme su bondad.

Pero Stirling no era un malvado. No era una presa. Al mirarle comprendí que mi mentalidad de vampiro neófito me había jugado una mala pasada. Mi intensa soledad me nublaba la razón. Mi hambre me confundía. Al mismo tiempo deseaba beber su sangre y contarle todas mis cuitas y desgracias.

-No te acerques a mí, Stirling -dije tratando de adoptar un tono sereno-. No deberías estar aquí. No tienes ningún derecho a estar aquí. Si eres tan listo, ¿por qué no has venido de día, cuando Lestat no puede impedírtelo?

El olor a sangre me enloquecía, unido al feroz deseo de salvar el abismo que nos separaba mediante el asesinato o el amor.

-No sé qué responder a eso, Quinn -contestó Stirling; su acento inglés era ceremonioso y elocuente, pero su tono no-. Eres la última persona que esperaba encontrar aquí. Por favor, deja que te mire, Quinn.

Yo me negué de nuevo. Estaba temblando.

-No trates de seducirme con tu encanto, Stirling -proseguí-. Quizá te encuentres aquí con alguien infinitamente más peligroso que yo. ¿O es que no te crees los relatos de Lestat? No me digas que piensas que los vampiros sólo existen en las novelas.

-Tú eres uno de ellos -dijo Stirling suavemente. Frunció el ceño, pero su expresión de preocupación se disipó en el acto-. ¿Ha sido obra de Lestat? ¿Te ha convertido él?

Su franqueza, aunque no exenta de cortesía, me chocó. Stirling era mucho mayor que yo y rebosaba elegancia y autoridad, mientras que yo era joven e inexperto. Me embargó de nuevo, en oleadas, mi antiguo amor por él, mi antigua necesidad de él, que se fundió una vez más perfecta y estúpidamente con mi sed de sangre.

-No fue obra de Lestat -respondí-. De hecho, él no tuvo nada que ver con esto. He venido para verle, Stirling, pero ha ocurrido esta pequeña tragedia, me he encontrado contigo.

-¿Tragedia?

-¿Cómo lo calificarías tú, Stirling? Sabes lo que soy. Sabes dónde vivo. Lo sabes todo sobre mi familia en Blackwood Manor. ¿Cómo quieres que me vaya de aquí tranquilamente después de haberte visto y de que tú me hayas visto? -Estaba tan sediento que tenía la garganta reseca, la visión nublada. Dije casi sin pensar-: No trates de convencerme de que si te dejo marchar, los de Talamasca no vendrán por mí. No trates de convencerme de que tú y tus compinches no vendréis a buscarme. Sé lo que ocurrirá. Esto es un desastre, Stirling.

Su temor se intensificó, pero trató de dominarse. Y mi sed era casi incontrolable. Si me dejaba arrastrar por ella, si me dejaba vencer por ella, ocurriría lo inevitable, lo que mi conciencia no podía dominar; pero eso no podía suceder, no a Stirling Oliver. Yo estaba hecho un lío.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, me aproximé a él. Aparte de oler su sangre, ahora le veía. De pronto Stirling cometió un error garrafal. Retrocedió, como si no pudiera remediarlo, y ese gesto le hizo parecer una víctima. Ese paso hacia atrás hizo que yo avanzara hacia él.

-No debiste venir, Stirling -dije-. Eres un intruso. -Pero percibí en mi sed el tono inexpresivo de mi voz, lo absurdo de mis palabras. Intruso, intruso, intruso.

-No puedes lastimarme, Quinn -contestó Stirling, sereno y razonable-, no te atreverás. Nos unen demasiadas cosas. Siempre te he comprendido. Siempre he comprendido a Goblin. ¿Vas ahora a traicionar nuestra amistad?

-Es una vieja deuda -respondí en un murmullo.

Sabía que me hallaba bajo la intensa luz del candelabro, y que Stirling podía apreciar la leve intensificación de mi metamorfosis. Era una metamorfosis muy sutil. En mi delirante estado tuve la sensación de que el temor que le embargaba había dado paso a un pánico silencioso, y que ese pánico intensificaba la fragancia de su sangre.

¿Son capaces los perros de oler el temor? Los vampiros, sí. Cuentan con él. Les agrada. No pueden resistirse a él.

-Es injusto -dijo Stirling, que había bajado también la voz como si mi mirada le hubiera cohibido, un efecto que sin duda tiene sobre los mortales. Sabía que era inútil resistirse-. No lo hagas, muchacho -dijo con una voz apenas audible.

Extendí la mano y, cuando mis dedos rozaron su hombro, sentí una descarga eléctrica que me atravesó el cuerpo. Machácalo. Machaca sus huesos, pero antes devora su alma a través de su sangre.

-¿No comprendes...? -Stirling se detuvo, y deduje de su mente el resto de la frase, que aquello enfurecería más a los de Talamasca, que todos saldríamos perjudicados. Los vampiros, los buscadores de sangre, los hijos del milenio habían abandonado Nueva Orleans.

Los vampiros se habían disuelto en las sombras. Era una tregua. Y yo estaba a punto de dar al traste con ella.

-Pero ellos no me conocen bajo esta forma -dije-. Sólo me conoces tú, amigo mío, y ésa es la tragedia. Me conoces, y por esto es inevitable que ocurra.

Me incliné sobre él y le besé en el cuello. Mi amigo, el que había sido mi mejor amigo. Ahora celebraríamos esta unión. La vieja y renovada lujuria. El muchacho que yo había sido le amaba. Sentí su sangre pulsando en la arteria. Deslicé el brazo izquierdo bajo su brazo derecho. No le hagas daño. Stirling no podía escapar de mí. Ni siquiera lo intentó.

-No sentirás ningún dolor, Stirling -musité. Le clavé los colmillos en la arteria y sentí que la boca se me llenaba lentamente de sangre, y junto con su sangre succioné su vida y sus sueños.

Inocente. La palabra me produjo un agradable escozor. En un luminoso torrente de figuras y voces apareció él, abriéndose paso entre la multitud: Stirling, el hombre, suplicándome en mi visión mental, diciendo inocente. Yo estaba allí, el muchacho de antaño, y Stirling decía inocente. Pero yo no podía detener lo que había iniciado.

Lo hizo otro.

Una poderosa mano me agarró por el hombro y me obligó a soltar a Stirling, que perdió el equilibrio y estuvo a punto de desplomarse en el suelo, pero dio un traspiés y cayó de lado sobre una silla junto al escritorio.

Luego alguien me empujó contra la librería. Me lamí la sangre del labio y traté de vencer la sensación de mareo. La araña parecía oscilar y los colores de los cuadros de las paredes me deslumbraban.

Alguien apoyó una mano con firmeza en mi pecho, sujetándome para impedir que cayera al suelo.

Entonces me di cuenta de que miraba a Lestat.

3

Recobré rápidamente el equilibrio. Lestat, con los ojos fijos en mí, no tenía la menor intención de desviar la mirada. No obstante, le miré de arriba abajo porque no pude remediarlo, y porque era tan impresionante como siempre se le había descrito, y porque quería verlo, lenta y pausadamente, aunque fuera lo último que viera en mi vida.

Tenía la piel de un dorado pálido que realzaba maravillosamente sus ojos de color violeta, y su pelo era una auténtica melena leonina rubia que casi le rozaba los hombros, encrespada y ligeramente ondulada en las puntas. Llevaba unas gafas tintadas, casi del mismo color violeta que sus ojos, sujetas sobre la cabeza y me observaba fijamente, con sus doradas cejas levemente fruncidas, quizás esperando a que yo recobrara la compostura; sinceramente, no lo sé.

Enseguida me percaté de que Lestat lucía la misma chaqueta de terciopelo negro con botones de camafeo que había constituido su atuendo habitual en las Crónicas tituladas Merrick. Cada pequeño camafeo era sin duda de ónice y, la chaqueta, muy elegante, entallada y de faldón amplio. Llevaba una camisa de lino con el botón superior desabrochado y un pantalón gris vulgar y corriente, al igual que sus botas negras.

Lo que quedó impreso en mi mente fue su rostro: cuadrado y tenso, de ojos muy grandes, boca bien perfilada y voluptuosa y mandíbula un tanto dura. El conjunto resultaba incluso más armonioso y atractivo de lo que él pudo haber afirmado.

Es más, sus descripciones de sí mismo no le hacían justicia, porque su encanto, aunque sin duda basado en un físico imponente, estaba alimentado por un intenso fuego interior.

Lestat no me miraba con odio. Apartó la mano con la que me sujetaba.

Yo me maldije por ser más alto que él y obligarle a alzar la vista para mirarme, un hecho que quizás hubiese bastado para que me aniquilara.

-La carta -farfullé-. ¡La carta! -murmuré, pero aunque alargué la mano y traté de localizarla mentalmente, no conseguí introducir la mano en el bolsillo de mi chaqueta para extraerla. Temblaba de terror.

Y mientras yo permanecía inmóvil, temblando y sudando, Lestat metió la mano en el bolsillo de mi chaqueta y sacó el sobre. Vi de pasada sus relucientes uñas.

-¿Es para mí, Tarquin Blackwood? -preguntó Lestat. Tenía cierto acento francés, pero muy leve. De pronto sonrió y me miró como si fuera incapaz de hacer daño a nadie. Era demasiado atractivo, demasiado afable, demasiado joven. Pero su sonrisa se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido.

-Sí -contesté. Mejor dicho, balbucí-. Haz el favor de leer la carta. -Me detuve unos instantes y luego proseguí-: Antes de... tomar una decisión.

Lestat se guardó la carta en el bolsillo interior de su chaqueta y luego se volvió hacia Stirling, que seguía sentado, aturdido y silencioso, con los ojos nublados y las manos apoyadas en el respaldo de la silla situada ante el escritorio. El respaldo le servía a modo de escudo, aunque era absolutamente inútil.

Lestat volvió a fijar los ojos en mí.

-Nosotros no nos alimentamos de los miembros de Talamasca, hermanito -dijo-. Pero usted -añadió mirando a Stirling estuvo a punto de recibir el castigo que merecía.

Stirling, que seguía con la vista fija en el infinito, obviamente incapaz de responder, se limitó a menear la cabeza.

-¿Por qué ha venido, señor Oliver? -le preguntó Lestat.

Stirling volvió a menear la cabeza. Vi unas gotitas de sangre sobre su cuello blanco almidonado. Una abrumadora sensación de vergüenza, una vergüenza profunda y dolorosa me embargó por completo, eliminando incluso el ligero regusto de mi malogrado festín.

Me sentí enloquecer, pero guardé silencio.

Stirling casi había muerto, por mi afán de beber su sangre. Stirling estaba vivo. Stirling estaba ahora en peligro de morir a manos de Lestat. Qué espectáculo: Lestat, deslumbrante, ante mí. Sí, podía pasar por un ser humano, pero qué ser humano: irresistible y dotado de una energía que le permitía controlar la situación.

-Le estoy hablando, señor Oliver -dijo Lestat en un tono suave pero imperioso. Asió a Stirling por las solapas y después de arrastrarle torpemente hasta la otra esquina del salón, le obligó a sentarse en una amplia butaca de orejas tapizada de satén.

Stirling parecía a punto de desvanecerse -lógicamente, incapaz de mirar a Lestat.

Lestat tomó asiento en el sofá de terciopelo, muy cerca de Stirling. Durante unos momentos se olvidó por completo de mí. Al menos, eso me pareció.

-Señor Oliver -dijo Lestat-, le he preguntado por qué ha venido a mi casa.

-No lo sé -respondió Stirling. Acto seguido me miró a mí y a la figura que le estaba interrogando. Yo no pude por menos de tratar de ver lo que veía Stirling, el vampiro cuya piel aún relucía aunque estaba tostada, y cuyos ojos prismáticos eran innegablemente feroces.

La legendaria belleza de Lestat resultaba tan potente como una droga. Y la luz de la araña que pendía del techo era tan inmisericorde o espléndida según el punto de vista de cada cual.

-Sí que sabe por qué ha venido -dijo Lestat bajando la voz; su acento francés era tan sutil como delicioso-. Los de Talamasca no se han contentado con expulsarme de su ciudad. ¿Por qué tienen ustedes que venir a los lugares que me pertenecen?

-He hecho mal en venir -respondió Stirling con un suspiro. Luego frunció el ceño y apretó los labios-. No he debido hacerlo. -Por primera vez miró a Lestat a los ojos.

Lestat alzó la vista y me miró a mí.

A continuación se inclinó hacia delante y deslizó los dedos bajo el cuello manchado de sangre de Stirling, haciendo que éste se sobresaltara y observándome fijamente.

-Nosotros no derramamos sangre cuando nos alimentamos, hermanito -dijo esbozando una sonrisa pícara-. Tienes mucho que aprender.

Las palabras me impactaron como una bofetada y me quedé mudo. ¿Significaba eso que iba a salir vivo de allí?

No mates a Stirling, pensé yo, y de pronto Lestat, sin apartar los ojos de mí, soltó una breve carcajada.

-Gira esa silla, Tarquin -dijo señalando el escritorio-, y siéntate. Me pone nervioso verte de pie. Eres demasiado alto. Y pones también nervioso a Stirling Oliver.

Sentí un inmenso alivio, pero cuando me afané en hacer lo que me había ordenado comprobé que mis manos no cesaban de temblar y volví a sentirme profundamente turbado. Por fin conseguí sentarme frente a los dos, aunque a una distancia prudencial.

Stirling frunció ligeramente el ceño al mirarme, pero de forma afectuosa. Por lo demás, aún estaba un tanto ofuscado debido al hecho en sí mismo, a haberle yo succionado la sangre a través de la arteria que conectaba con su corazón. Eso, unido al hecho de haberse presentado Lestat, de que Lestat nos hubiera interrumpido, de que Lestat estuviera allí y preguntara de nuevo a Stirling por qué había venido a su apartamento.

-Pudo haber venido de día -dijo Lestat, dirigiéndose a Stirling con serenidad-. Tengo unos guardias desde el amanecer hasta el anochecer, pero los de Talamasca son muy hábiles a la hora de sobornar a los guardias. ¿Cómo no captó el hecho de que yo mismo vigilo mis propiedades después de ponerse el sol? Ha contravenido las órdenes de su superior general. Ha ido en contra de su sentido común.

Stirling asintió con la cabeza, desviando la vista, como si no supiera qué decir, pero luego respondió, digno:

-La puerta no estaba cerrada con llave.

-No me ofenda -replicó Lestat sin exaltarse ni perder la paciencia-. Ésta es mi casa.

Stirling miró de nuevo a Lestat a los ojos. Le miró sosegadamente y dijo en un tono más coherente:

-He hecho mal en venir, y usted me ha pillado. Sí, he desobedecido las órdenes del superior general, es cierto. He venido porque no he podido resistirme. He venido porque no acababa de creer en usted, a pesar de todo lo que había leído y me habían contado.

Lestat meneó la cabeza con gesto de reproche y volvió a soltar una breve carcajada.

-Espero esa incredulidad de los lectores mortales de mis Crónicas -dijo-. Incluso de los vampiros neófitos como nuestro hermanito aquí presente. Pero no la espero de los de Talamasca, que nos han declarado ceremoniosamente la guerra.

-Para lo que nos ha servido... -contestó Stirling, haciendo acopio de fuerzas-. Yo no era partidario de esa guerra. Voté contra ella en cuanto me enteré de la declaración. Era partidario de cerrar, en caso necesario, la casa matriz aquí, en Luisiana. Pero... Era partidario de aceptar nuestras pérdidas y retirarnos a nuestras bibliotecas en el extranjero.

-Ustedes me echaron de mi ciudad -dijo Lestat-. Interrogaron a mis vecinos de este barrio. Examinaron los títulos de propiedad y demás documentos de todos mis bienes públicos. ¿Y ahora usted se atreve a irrumpir en mi casa y decir que era porque no me creía? Eso es una excusa, pero no un motivo.

-El motivo era que quería verle -dijo Stirling con voz más enérgica-. Quería conseguir lo mismo que otros miembros de la orden. Quería verle con mis propios ojos.

-Y ahora que me ha visto -replicó Lestat-, ¿qué se propone hacer exactamente? -Lestat volvió a mirarme con ojos chispeantes y una sonrisa que se disipó al cabo de un segundo, tras lo cual se volvió de nuevo hacia el hombre sentado en la silla.

-Lo que hacemos siempre -dijo Stirling-. Escribir sobre ello, incluirlo en un informe para los Ancianos, adjuntar una copia en el archivo sobre el Vampiro Lestat... Es decir, si usted me permite marcharme de aquí, si así lo desea.

-Yo no he lastimado a ninguno de ustedes, ¿no es cierto? -contestó Lestat-. Piense en ello. ¿Cuándo he lastimado a un miembro auténtico y activo de la orden de Talamasca? No me culpe por lo que han hecho otros. Y desde su declaración de guerra, desde que decidieron expulsarme de mi hogar, he demostrado un admirable dominio de mí mismo.

-No es cierto -replicó Stirling.

Yo le miré asombrado.

-¿A qué se refiere? -preguntó Lestat-. ¿A qué diablos se refiere? Creo que me he comportado como un caballero -añadió, sonriendo a Stirling por primera vez.

-Sí, se ha comportado como un caballero -respondió Stirling-. Pero no creo que haya demostrado un admirable dominio de sí mismo.

-¿Sabe cómo me sentó que me echaran de Nueva Orleans? -preguntó Lestat sin perder la calma-. ¿Sabe cómo me sentó saber que no podría pasearme por el Barrio Francés por temor a toparme con sus espías en el Café du Monde, ni recorrer la Rue Royale cuando la gente va de compras por las tardes para no encontrarme allí a uno de sus sabuesos? ¿Sabe cómo me hiere dejar atrás la única ciudad en el mundo de la que estoy verdaderamente enamorado?

Stirling le replicó con estas palabras:

-Pero, ¿no quedamos en que usted había sido siempre más listo que nosotros?

-Por supuesto -respondió Lestat, encogiéndose de hombros.

-Además -prosiguió Stirling-, no le hemos echado de aquí. Se ha quedado. Le han visto varios miembros de nuestra orden, sentado descaradamente en el Café du Monde, ante una humeante taza de café con leche que pensaba beberse.

Sus palabras me dejaron pasmado.

-¡Stirling! -murmuré-. Por el amor de Dios, no discutas con él.

Lestat me miró de nuevo, pero no enojado. Luego se volvió hacia Stirling.

Stirling no había terminado.

-Usted sigue alimentándose de chusma -prosiguió con firmeza-. A las autoridades les tiene sin cuidado, pero nosotros reconocemos el patrón. Sabemos que es usted.

Me temía lo peor. ¿Cómo se atrevía Stirling a hablar en ese tono? Lestat rompió a reír a mandíbula batiente.

-Y no obstante, ¿decidió presentarse de noche? -preguntó-. ¿Se atrevió a venir a sabiendas de que yo podía descubrir su presencia?

-Creo... -Tras dudar unos instantes, Stirling continuó-: Creo que he venido para retarle. Como he dicho, creo que ha cometido usted un pecado de orgullo.

Gracias a Dios que ha confesado, pensé. «Que ha cometido un pecado...» Unas palabras muy oportunas. Yo les observé temblando, horrorizado por el descaro de Stirling.

-Le respetamos más de lo que merece -dijo Stirling. Yo contuve el aliento.

-Explíquese, por favor -dijo Lestat sonriendo-. Me gustaría saber cómo se concreta ese respeto que según usted les infundo. Si estoy en deuda con ustedes, me gustaría darles las gracias.

-St. Elizabeth's -respondió Stirling, expresándose airosamente-, el edificio en el que permaneció postrado durante muchos años, acostado en el suelo de la capilla. Jamás tratamos de entrar en él para comprobar qué sucedía. Y como bien ha dicho, somos muy hábiles a la hora de sobornar a guardias. Sus Crónicas convirtieron en famoso su sueño. Y sabíamos que habríamos podido entrar en el edificio. Le veíamos de día, postrado en el suelo de mármol, sin que nadie le protegiera. Era un espectáculo tentador: el vampiro dormido, que ya no se molestaba en acostarse en un ataúd. Un oscuro y siniestro ejemplo a la inversa del rey Arturo durmiente, esperando que Inglaterra le necesitara de nuevo. Pero no entramos furtivamente en su gigantesca morada. Como he dicho, creo que le respetamos más de lo que merecía.

Cerré los ojos unos segundos, convencido de que iba a producirse un desastre.

Pero Lestat volvió a prorrumpir en carcajadas.

-Pamplinas -dijo-. Usted y los demás miembros de la orden tenían miedo. No se acercaron a St. Elizabeth's ni de día ni de noche porque temían que los Ancianos los eliminaran sin contemplaciones. Y también temían a los vampiros díscolos que merodeaban por allí, a quienes el nombre de Talamasca no les habría impresionado hasta el extremo de perdonarles la vida. En cuanto a acudir de día, ustedes no tenían remota idea de lo que encontrarían allí, de si se toparían con unos matones de elite que les habrían liquidado y enterrado debajo del suelo de cemento del sótano. Era una cuestión meramente práctica.

Stirling achicó los ojos.

-Sí, debíamos andarnos con cuidado -reconoció-. No obstante, en ocasiones...

-Bobadas -replicó Lestat-. Lo cierto es que mi tristemente famoso sueño terminó antes de que ustedes nos declararan la guerra. ¿Y qué si me vieron sentado «descaradamente» en el Café du Monde? ¡Cómo se atreve a utilizar la palabra «descaradamente»! ¿Insinúa que no tenía derecho a hacerlo?

-Se alimenta de otros seres humanos -dijo Stirling con calma-. ¿Acaso lo ha olvidado?

Yo estaba desesperado. Sólo la sonrisa de Lestat logró convencerme de que a Stirling no le aguardaba una muerte segura.

-Jamás lo olvido -contestó Lestat también sin perder la calma-. ¡Pero no pretenderá echarme ahora en cara lo que hago o dejo de hacer para sobrevivir! Recuerde que no soy ni mucho menos un ser humano, y con cada nueva aventura y cada año que pasa me alejo aún más de esa posibilidad. He estado en el cielo y el infierno, cosa que también le agradecería que recordara. -Lestat se detuvo, como si también él lo recordara, y Stirling trató de responder, pero era evidente que no podía-. He vivido en un cuerpo humano y he recuperado este cuerpo que ve ante usted -prosiguió Lestat en tono mesurado-. He sido el consorte de una criatura a la que otros calificaban de diosa. Y sí, me alimento de otros seres humanos porque tal es mi naturaleza, y usted lo sabe, y sabe lo que me esmero al escoger cada bocado mortal, asegurándome de que esté tarado y sea indigno de una vida humana. Lo que pretendo decir es que su declaración de guerra contra nosotros estuvo fuera de lugar.

-Coincido con usted; fue una declaración de enemistad absurda. No debimos hacerla.

-¿Así lo llaman ustedes, una declaración de enemistad? -preguntó Lestat.

-Creo que ésos fueron los términos oficiales -contestó Stirling-. Siempre hemos sido una orden autoritaria. Lo cierto es que apenas sabemos nada sobre la democracia. Cuando me referí a mi voto, me referí a una voz simbólica más que literal. Sí, una declaración de enemistad, así lo llamaron. Fue una iniciativa equivocada y un tanto ingenua.

-Ah, equivocada e ingenua -repitió Lestat-. Me gusta eso. Convendría que todos ustedes tuvieran presente que son un hatajo de necios presuntuosos, y que sus Ancianos no son mejores que el resto de ustedes.

Stirling se mostraba relajado, ligeramente fascinado, pero yo no podía relajarme. Temía lo que pudiera ocurrir en el momento más impensado.

-Tengo una teoría sobre esa declaración de enemistad -dijo Stirling.

-Oigámosla -respondió Lestat.

-Creo que los Ancianos pensaron, aunque Dios sabe que desconozco sus venerables mentes, que la declaración induciría a algunos miembros de la orden que se habían pasado a sus filas a regresar al redil.

-Esto es fantástico -dijo Lestat echándose a reír-. ¿Por qué se anda con tantos rodeos? ¿Debido a la presencia de este chico?

-Es posible -respondió Stirling-, pero lo cierto es que los miembros de Talamasca pensamos con este lenguaje.

-Pues bien, para su información -dijo Lestat-, no hay filas entre nosotros. Es más, como especie tendemos a una personalidad rígidamente individualista y a mostrar unas diferencias irreconciliables y, en lo tocante a amistades, compañías y coincidencia de opiniones, a una singular movilidad. Nos juntamos para formar pequeñas sectas y al menor roce nos separamos. La paz dura poco entre nosotros. No tenemos filas.

Esto me intrigó y mi temor se disipó un poco cuando Stirling respondió en tono prudente y educado:

-Lo comprendo. Pero para retomar el tema que nos ocupa, el motivo por el cual los Ancianos emitieron esta declaración de guerra, creo sinceramente que pensaron que esos vampiros que antiguamente habían formado parte de nuestra orden quizá trataran de razonar con nosotros, y que quizá fuera provechoso para nosotros entrevistarnos con seres como usted. Para perfeccionar nuestros conocimientos sobre ustedes.

-De modo que, según usted, fue por motivos escolásticos -dijo Lestat.

-Sí. Imagine lo que ha significado para nosotros perder a tres miembros de la orden, que nos abandonaron atraídos por su poder colectivo, sea cual fuere la causa y al margen de cómo lo haya conseguido. Cada deserción nos dejaba atónitos y nos intrigaba el diálogo que podía haberse producido con anterioridad a esa deserción. Deseábamos comprenderlo. Deseábamos... saber.

-Pero no lo consiguieron -dijo Lestat con el mismo tono sereno-. Y no se contentaron con leer las Crónicas, que les habrían revelado lo que deseaban saber sobre el diálogo. Pero ustedes y los Ancianos deseaban contemplarme en persona.

-No, no lo conseguimos -respondió Stirling, que parecía haber recuperado su dignidad y sus fuerzas. Sus ojos grises delataban

una aguda perspicacia-. Por el contrario, no hicimos sino espolear su atrevimiento. Se atrevió a publicar una crónica utilizando el nombre de Merrick Mayfair. Se atrevió a hacerlo a pesar de que en esta ciudad y sus inmediaciones vive una reputada familia llamada Mayfair. Pero usted no tuvo eso en cuenta.

Sentí un pellizco en el corazón e imaginé a mi adorada Mayfair. Pero Stirling seguía comportándose con temeridad.

-¡Atrevimiento! -exclamó Lestat, sonriendo al tiempo que miraba a Stirling-. ¡Me acusa de atrevido! Si en estos momentos vive y respira es porque yo quiero.

- Sin duda, pero eso no quita que sea usted un atrevido -insistió Stirling.

Creí que iba a desmayarme.

- Soy atrevido y me ufano de ello -replicó Lestat-. Pero aclaremos una cosa. No soy el único autor de las Crónicas. Debe culpar a su polifacético David Talbot por la crónica sobre Merrick Mayfair. Fue David quien relató esa historia. Merrick deseaba obtener el don oscuro. Merrick Mayfair era una bruja antes de convertirse en una vampiro. Usted debe de saberlo mejor que nadie. Ahí no hubo mentira. Y fue David quien decidió utilizar su nombre, al igual que el de Talamasca. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

-David no lo hubiera hecho sin su aprobación -dijo Stirling con apabullante aplomo.

-¿Usted cree? -preguntó Lestat-. ¿Por qué habría de preocuparme por una familia mortal de brujos? ¿Qué me importan a mí los Mayfair? ¿Y qué considera usted una familia reputada, si se puede saber? ¿Una familia rica? Los vampiros detestamos a los brujos, tanto si son pobres como ricos. Cualquiera que lea la historia de Merrick Mayfair comprenderá el motivo. Lo cual no significa que Merrick no se haya convertido en una princesa entre nosotros. Además, nuestros ávidos lectores piensan que todo eso es pura ficción. ¿Qué sabrá usted lo que es real o no?

Yo lloré en mi fuero interno al pensar en mi Mayfair pelirroja. Pero ellos siguieron hablando.

-Gracias a Dios que sus lectores piensan que es ficción -dijo Stirling, más acalorado-, y que los Mayfair no están al tanto de las verdades que usted ha relatado. Una familia reputada es la que sobrevive a los siglos y atesora los vínculos del amor. ¿Qué otra cosa iba a ser? Usted siempre busca una familia con la que meterse, tal como evidencian sus crónicas.

-Basta, me niego a seguir escuchándole -contestó Lestat, bruscamente pero sin levantar la voz-. No consiento que me juzgue. Ha habido mucha corrupción entre sus filas, como bien sabe. Y yo también lo sé. Y ahora compruebo que usted también es corrupto, que ha desobedecido a sus Ancianos al venir aquí. ¿Cree acaso que le concederé la sangre oscura?

-No la quiero -replicó Stirling reprimiendo su estupor-. No he venido en busca de ella. Deseaba verlo y escuchar su voz. -Y ahora que lo ha conseguido, ¿qué piensa hacer?

-Ya se lo he dicho. Escribir un informe. Confesárselo a los Ancianos. Describirlo todo.

-Son ustedes admirables -dijo Lestat meneando la cabeza-. ¿No adivina a qué me refiero?

-Procuramos ser admirables -contestó Stirling-. Los Ancianos me censurarán. Quizás incluso me obliguen a abandonar Luisiana, aunque lo dudo. Tengo otra importante labor que cumplir.

Sentí de nuevo que se me encogía el corazón. Pensé en la «reputada familia Mayfair». Pensé en mi adorada pelirroja, mi bruja Mayfair, a la que no volvería a ver. ¿Qué era esa labor importante que debía llevar a cabo Stirling? Ansiaba preguntárselo.

Lestat observaba atentamente a Stirling, quien había guardado silencio y miraba a Lestat de hito en hito, quizá tratando de memorizar todos los detalles que más tarde plasmaría en su informe. Era una habilidad mental que poseían todos los miembros de Talamasca.

Traté de leer su pensamiento, pero no lo conseguí, y no me atreví a intentarlo siquiera con Lestat. Lestat se habría dado cuenta enseguida.

Fue precisamente Lestat quien rompió el silencio.

-Revoque esa declaración de enemistad -dijo.

Stirling le miró sorprendido. Tras reflexionar unos instantes, respondió:

-No puedo. Eso les corresponde a los Ancianos. Puedo decirles que usted me ha pedido que revoque la declaración. Es cuanto puedo hacer.

La mirada de Lestat se suavizó. Miró a Stirling y luego a mí.

Lestat y yo nos miramos brevemente, pero acabé por achicarme y desvié la vista.

Al mirarnos observé algo en sus ojos.

Un detalle que no recordaba haber leído en las Crónicas: una sutil diferencia en los ojos de Lestat. Tenía un ojo casi imperceptiblemente mayor que el otro y ligeramente inyectado de sangre. No sé si como mortal yo habría detectado esa pequeña diferencia. Al observarla me sentí confundido. Si Lestat lo consideraba un defecto, me odiaría por haberlo detectado.

Lestat miró a Stirling.

-Le propongo un trato -dijo.

-Me alivia oírle decir eso -respondió Stirling con la leve arrogancia de sus otros comentarios.

-Es un trato muy sencillo -dijo Lestat-, pero si lo rechaza, o se indispone contra mí, yo me indispondré contra usted. Pude haberlo hecho antes, como sin duda sabe.

-David Talbot no dejará que nos lastime -dijo Stirling echándole valor pero sin perder la calma-. Y uno de los viejos vampiros más importantes que usted menciona en sus relatos, una vampiro hembra, tampoco dejará que nos lastime.

-¡Stirling! -murmuré sin poder reprimirme.

Pero Lestat se limitó a sopesar unos instantes las palabras de Stirling.

-Aún puedo lastimarle -dijo-. Yo no acato ninguna regla salvo las mías. En cuanto a los vampiros ancianos, no esté tan seguro de que deseen gobernar. Lo que desean es gozar de absoluta privacidad y paz.

-Comprendo -respondió Stirling tras reflexionar unos instantes.

-Usted me desprecia, ¿no es así? -preguntó Lestat con conmovedora sinceridad.

-En absoluto -se apresuró a contestar Stirling-. Por el contrario, observo que posee cierto encanto. Usted lo sabe. Explíqueme en qué consiste ese trato. ¿Qué quiere que haga?

-En primer lugar, regrese junto a sus Ancianos y dígales que deben retirar oficialmente esta declaración de enemistad. A mí no me importa excesivamente, pero a lo otros sí, y por otra parte sé que si juran por su honor comportarse en el futuro como meros observadores, no nos molestarán, lo cual es muy importante para mí. Odio que me importunen. Me irrita y exacerba mis instintos malévolos.

-Muy bien.

-El segundo requisito deriva del primero. Deje en paz a este chico. Este chico es el punto clave que debe omitir en su informe. Por supuesto puede decir que un vampiro anónimo le asaltó. Comprendo que debe dar un sentido y una lógica a lo que usted crea que ha averiguado aquí. Imagino su inevitable fascinación con lo que ha presenciado. Pero debe comprometerse a salvaguardar el anonimato de este chico... Y hay algo más.

Stirling guardó silencio.

-Usted conoce su nombre -dijo Lestat-, sabe dónde vive, conoce a su familia. Yo conocía todos esos datos antes de interrumpir su chapucero ataque contra usted. Ahora usted sabe que es uno de los nuestros, como suele decirse. No sólo debe abstenerse de citarlo en su informe, sino que debe dejarlo tranquilo.

Stirling sostuvo unos instantes la mirada de Lestat y luego asintió con la cabeza.

-Si trata de lastimar a este chico -dijo Lestat-, si adopta una actitud beligerante contra él, le juro por Dios que le mataré. A usted y al resto de los de Talamasca. No dejaré más que sus bibliotecas y sus abultados archivos. Empezaré por la casa matriz de Luisiana y seguiré con las otras casas matrices repartidas por el mundo. Le aseguro que lo haré. Los eliminaré uno por uno. Aunque los vampiros ancianos se alcen para protegerlos, no lo harán de inmediato, y entretanto yo habré causado unos estragos tremendos.

Mi temor dejó paso al estupor.

-Le comprendo -dijo Stirling-. Es normal que desee protegerlo. Me parece perfecto.

-Confío en que me haya entendido -respondió Lestat. Tras mirarme de nuevo añadió-: Es joven, e inocente, y yo decidiré quién debe sobrevivir y quién no.

Creo que en aquel momento Stirling soltó una breve exclamación.

En cuanto a mí, experimenté de nuevo una profunda sensación de alivio, tras lo cual me embargó otra oleada de cauto temor. -Huelga decir que deseo que se marche inmediatamente y que no vuelva a poner los pies en mi casa -dijo Lestat señalando a Stirling.

Stirling se levantó en el acto y yo hice lo propio. Stirling me miró y entonces comprendí que esa noche había estado a punto de matarlo y sentí de nuevo una intensa vergüenza.

-Adiós, amigo mío -dije, procurando dotar mi voz de la mayor firmeza. Le tomé la mano y se la estreché torpemente. Stirling me miró y su expresión se suavizó.

-Quinn -dijo-. Mi valeroso Quinn. -Luego se volvió-. Adiós, Lestat de Lioncourt -dijo-. Jamás podré saldar mi deuda de gratitud con usted.

-Cierto, pero estoy acostumbrado a toparme con ingratos -contestó Lestat sonriendo socarronamente-. Ande, váyase, señor Oliver. Tiene suerte de que una de las limusinas que suelen seguirle esté aparcada a un par de manzanas de aquí. No creo que esté en condiciones de conducir usted mismo.

-Tiene razón -respondió Stirling, tras lo cual echó a andar por el pasillo sin agregar palabra y salió por la puerta trasera. Oí sus recias pisadas en la escalera de hierro forjado.

Lestat, que también se había levantado, avanzó hacia mí indicándome que volviera a sentarme. Luego tomó mi mano entre las suyas, pero sin apretarlas excesivamente, sin hacerme daño. Las sostuvo con delicadeza.

Yo estaba tan aterrorizado que sólo atiné a mirarle a los ojos en silencio. Observé de nuevo la pequeña diferencia, que tenía un ojo menos de un milímetro más grande que el otro. Traté de reprimir este pensamiento. Traté de pensar tan sólo haré lo que me pidas, y casi sin darme cuenta cerré los ojos, como si alguien fuera a abofetearme.

-¿Crees que voy a matarte? -le oí decir.

-Espero que no -respondí con voz trémula.

-Vamos, hermanito -dijo Lestat-, ha llegado el momento de abandonar este lugar encantador a quienes creen saber tanto sobre él. Es hora de que te alimentes, mi joven amigo.

Entonces sentí que me abrazaba con fuerza y me quedé sin aliento. Me aferré a él, aunque creo que no era necesario, y salimos a la oscuridad de la noche y nos elevamos hacia las nubes.

4

Era como viajar con mi creador, dados la velocidad, la altitud y los musculosos brazos que me sostenían. Confié en que nada fallaría.

De pronto descendimos en picado. Cuando me soltó temblaba, y tuve que esforzarme para no andar a trompicones hasta que se me pasó el mareo.

Nos hallábamos en una terraza. Una cristalera entreabierta nos separaba de una habitación iluminada. Estaba elegantemente decorada con unos muebles un tanto socorridos: butacas y sofás de terciopelo color crema, el inevitable televisor de pantalla gigante, lámparas que proyectaban una luz mortecina y varias mesitas de cristal y hierro forjado repartidas por la habitación.

Había en ella dos jóvenes morenas y atractivas. Una de ellas con una maleta abierta sobre la mesa de café y la otra frente a un espejo, cepillándose su larga melena. Lucían unos ceñidos vestidos de seda, a la última moda, que dejaban al descubierto buena parte de su piel aceitunada.

Lestat me rodeó de nuevo con el brazo y me dio un apretoncito en el hombro.

-¿Qué te dice tu mente? -susurró.

Activé el don de la mente para informarme sobre la joven situada ante el espejo, y de inmediato capté el murmullo del asesinato. La otra estaba aún más acostumbrada a esas cosas. Al parecer ambas mujeres eran cómplices de un crimen que en esos momentos se estaba cometiendo a cierta distancia de ahí.

Era un hotel elegante. A través de la puerta vi el dormitorio.

Percibí el olor de un vaso de ginebra sobre la mesita, el perfume de las flores frescas y, por supuesto, el aroma a presa legítima.

Sentí una tremenda sed que me nubló la vista. Noté el sabor a sangre como si ya hubiera empezado a beberla y la abismal y exasperante sensación de vacío que siempre me acomete antes de darme un festín. Nunca te sentirás saciado. Nada conseguirá hacer que desaparezca esta abominable sed.

-Exactamente, son presas legítimas -dijo Lestat en voz baja-. Pero no debemos hacerlas sufrir, por más que nos apetezca ensañarnos con ellas.

-No, señor -contesté respetuosamente-. ¿Puedo apoderarme de la que está delante del espejo?

-¿Por qué? -inquirió Lestat.

-Porque veo su rostro reflejado en el espejo y es una persona cruel.

Lestat asintió con la cabeza.

Abrió la puerta sigilosamente y penetramos en el aire fresco y grato de la habitación. La sed me abrasaba, me consumía.

Al vernos, las mujeres protestaron de inmediato. ¿De dónde habíamos salido? ¿ Quiénes éramos? Soltaron una sarta de palabrotas y amenazas.

Con el escaso juicio que me quedaba, vi que la maleta estaba llena de dinero, pero, ¿qué más daba? Me pareció más interesante un enorme jarrón de flores que había junto a la ventana, rebosante de colorido. E, infinitamente más, la sangre.

Lestat pasó junto a mí y sujetó con ambos brazos a la mujer que corría hacia la derecha. La retahíla de improperios que soltaba cesó de pronto.

La otra corrió hacia el sofá, junto al cual vi la pistola que ésta pretendía alcanzar desesperadamente. Me arrojé sobre ella antes de que lo consiguiera y la estreché con fuerza entre mis brazos, clavando los ojos en sus pupilas negras.

La mujer me dedicó una sarta de improperios en español que hicieron que mi sed se intensificara, como si sus insultos la hubieran exacerbado. Le aparté la negra melena de la cara y pasé el pulgar sobre la arteria. La mujer me miró enfurecida, llena de odio.

Clavé despacio los colmillos en aquella fuente de sangre.

Recordé las lecciones de mi creador. Ama sus pecados, recorre con ella la senda, haz tuya su maldad y no cometerás una injusticia. Me esforcé en obedecer sus indicaciones al tiempo que penetraba en la mente de la mujer. La exploré en busca de los asesinatos y no tardé en dar con ellos, unos crímenes atroces, brutales, siempre debidos al polvo blanco; encontré la riqueza que la había llevado de la miseria en la que se había criado a disfrutar de todo tipo de comodidades y lujos; encontré a quienes habían celebrado su belleza y su astucia; dieron los innumerables asesinatos de quienes estaban tan manchados de sangre como ella misma. Sí, te amo, musité, amo tu fuerza de voluntad y tu permanente ira; sí, dame su rabia en la sangre cálida que fluye, y de pronto me embargó como un torrente: su infinito amor.

La mujer dijo sin palabras: Me rindo. Dijo sin palabras: ¡La veo!, refiriéndose a toda su vida, sin paginación, y su alma madura se expandió, y se produjo el terrible reconocimiento de las circunstancias y lo inevitable, y sus crímenes fueron extirpados de raíz de su corazón como por una mano divina.

Pero yo había saciado mi sed, estaba lleno de ella, la había poseído, y me retiré, besando los orificios de su cuello, lamiendo las gotitas de sangre que había vertido, cicatrizando las heridas para no dejar rastro, sintiendo que el sopor se apoderaba de mí, y entonces, suavemente, con delicadeza, la deposité sobre una de las insulsas butacas y la besé en los labios.

Me arrodillé frente a ella. Introduje la lengua entre sus labios y, tras abrirle la boca, le chupé la lengua y se la mordí delicadamente, provocando de nuevo un pequeño chorro de sangre.

Por fin agoté todas sus reservas.

Cerré sus ojos grandes y vacíos con mis hábiles dedos. Palpé sus ojos a través de los párpados mientras sentía su sangre fluir por mis venas. Me incliné sobre ella y le besé los pechos. El torrente de sangre me producía unas descargas eléctricas que me recorrían todo el cuerpo. Luego la solté.

Aturdido como me sentía siempre en estas circunstancias, me volví y vi a Lestat, con su majestuoso porte, aguardando, observándome, cavilando; su pelo rubio parecía casi blanco a la luz de la lámpara; sus ojos de color violeta estaban muy abiertos.

-Esta vez lo has hecho perfectamente, hermanito -dijo-. No has derramado una sola gota.

Yo quería decirle muchas cosas. Quería hablar sobre la vida de esa mujer, una vida increíblemente dilatada que yo había sentido a través de su sangre, sobre las cuentas pendientes que había saldado, y mis esfuerzos por cumplir lo que me había ordenado mi creador, por no limitarme a devorar su sangre sino devorar su maldad, sumergir mi lengua en su maldad, pero ella no era importante.

Era una víctima. Esa mujer que nunca había sido un sujeto se había convertido en pretérito.

Me sentía inundado de sangre. Inundado de calor. La habitación era fantasmal. La mujer de la que se había apoderado Lestat yacía muerta en el suelo. Vi la maleta que contenía el dinero, pero no significaba nada, no podía comprar nada, no podía cambiar nada, no podía salvar a nadie. Las flores, unos lirios rosáceos cubiertos de polen y unas rosas de color rojo vivo, ofrecían un intenso colorido. La habitación era completa, definitiva, silenciosa.

-Nadie derramará una lágrima por ellas -comentó Lestat suavemente. Su voz sonaba distante, fuera de mi alcance-. No es preciso que nos apresuremos a enterrarlas.

Pensé en mi creador. Pensé en las aguas turbias de Sugar Devil

Swamp, en las frondosas lentejas de agua, en la voz de los búhos. Había cambiado algo en la habitación, pero Lestat no se había percatado.

-Regresa a mí -dijo Lestat-. No debes dejar que la sangre te debilite después de haberte alimentado, hermanito, por dulce que sea.

Asentí con la cabeza. Pero había ocurrido algo. No estábamos solos.

Vi la figura borrosa de mi doble formándose detrás de Lestat. Vi a Goblin, creado a mi imagen y semejanza. Vi en su rostro una sonrisa desquiciada.

Lestat se volvió bruscamente.

-¿Dónde está? -preguntó.

-No, Goblin, te lo prohíbo -dije. Pero no pude detenerle. La figura avanzó hacia mí a la velocidad del rayo, aunque conservando su forma humana. Me pareció tan sólido como yo, y de pronto, cuando se fundió conmigo, noté un cosquilleo en todo el cuerpo y alfilerazos en las manos, el cuello y la cara. Traté de liberarme como si hubiera caído en una trampa perfecta.

Sentí en lo más profundo de mí esa palpitación orgásmica, esa abrumadora sensación de que él y yo formábamos un solo ser y que nada podía separarnos, y de repente confieso que deseé que permaneciéramos juntos para siempre, por más que dije todo lo contrario.

-Aléjate de mí, Goblin. Atiende, Goblin. Yo hice que cobraras vida. Debes escucharme.

Pero era inútil. Las descargas eléctricas no cesaban y vi tan sólo imágenes de ambos cuando éramos unos niños, unos adolescentes, unos hombres, pero pasaban demasiado deprisa para que pudiera concentrarme en ellas, para que pudiera negarlas o confirmarlas. El sol entraba a raudales por una puerta abierta; vi el dibujo floreado del linóleo. Oí las risas de unos niños y sentí el sabor de la leche.

Comprendí que me caía o que estaba a punto de caerme, que Lestat me sostenía con sus recias manos, porque yo no estaba en la habitación iluminada por el sol, pero fue lo único que vi, y ahí estaba Goblin, el pequeño Goblin jugando y riendo, y yo también reía.

Te quiero, vale, te necesito, por supuesto, soy tuyo, juntos tú y yo.

Bajé la vista y contemplé mi mano izquierda, regordeta como la de un niño, que sostenía una cuchara con la que golpeaba la mesa. La mano de Goblin cubría la mía, no dejaba de golpearla sobre la mesa de madera, y reparé en la espléndida luz del sol que entraba por la puerta, pero las flores del linóleo estaban desteñidas.

De repente, con la misma violencia con que había aparecido, Goblin desapareció. Vi su forma humanoide unos segundos, sus inmensos ojos, su boca abierta; luego su imagen se expandió, se desdibujó y se desvaneció.

Las cortinas de la habitación empezaron a agitarse, el jarrón de flores se volcó de repente y oí vagamente el goteo de un grifo, y luego el jarrón cayó al suelo.

Vi como a través de la niebla el ramo de flores destrozado, esparcido por el suelo. Los lirios con el cuello sonrosado. Deseé recogerlos. Las diminutas heridas que tenía por todo el cuerpo me escocían. Le odié por haber derribado el jarrón de flores, por haber diseminado los lirios por el suelo.

Miré a las mujeres, primero a una y luego a la otra. Parecían dormidas. No tenían aspecto de estar muertas.

Mi Goblin, mi querido Goblin. Ese pensamiento inexpresado me martilleaba incesantemente. Mi espíritu entrañable, mi compañero de toda la vida; me perteneces y yo te pertenezco.

Lestat me sujetaba por los hombros. Apenas podía sostenerme en pie. Si Lestat me hubiera soltado, me habría desplomado al suelo. No podía apartar los ojos de los lirios con el cuello sonrosado.

-Goblin no tenía por qué derribar el jarrón de flores -dije-. Le enseñé a no destrozar las cosas bonitas. Se lo enseñé cuando éramos pequeños.

-¡Regresa junto a mí, Quinn! -exclamó Lestat-. ¡Te estoy hablando Quinn!

-Tú no le has visto -dije. Temblaba de pies a cabeza. Observé las diminutas heridas de mis manos, pero habían comenzado a cicatrizar. Al igual que los pequeños pinchazos en el rostro. Me enjugué la cara. Tenía unas manchitas de sangre en los dedos.

-He visto la sangre -contestó Lestat.

-¿Cómo es posible? -pregunté. Empezaba a recuperar las fuerzas. Traté de aclararme las ideas.

-La he visto en forma de hombre -respondió Lestat-, un hombre vagamente bosquejado en sangre, dibujado en el aire, apenas unos segundos, y luego he visto una nube de gotitas que giraba como una peonza y ha pasado por la puerta abierta tan rápidamente como si la hubiera engullido un remolino.

-Entonces ya sabes por qué he venido a verte -dije. Pero comprendí que Lestat no podía haber visto al espíritu llamado Goblin. Había visto la sangre, sí, porque la sangre era visible, pero el espíritu que se me aparecía constantemente era invisible para él.

-No puede lastimarte -dijo Lestat con tono dulce y amable-. No puede arrebatarte una cantidad importante de sangre. Sólo ha probado unas gotas de la sangre que le has arrebatado a esa mujer.

Por fin logré recobrar el equilibrio y Lestat me soltó, acariciándome el pelo con la mano derecha. Ese pequeño gesto afectuoso, sumado a su deslumbrante aspecto -sus vibrantes ojos, sus rasgos exquisitamente proporcionados-me cautivó al tiempo que el trance que me había inducido Goblin se disipaba lentamente.

-Goblin ha logrado dar conmigo -dije-, y yo ni siquiera sé dónde estoy. Me ha encontrado aquí, porque puede encontrarme en cualquier sitio, y cada vez, como te he explicado, me arrebata más sangre.

-Estoy seguro de que podrías derrotarlo -dijo Lestat para darme ánimos.

Me miró con expresión preocupada y protectora, y en aquel momento sentí por él un amor, un deseo tan apabullante que por poco rompo a llorar. Pero me contuve.

-Quizás aprenda a derrotarlo -dije-, ¿pero bastará con eso?

-Vamos, abandonemos este cementerio -respondió Lestat-. Quiero que me hables de él. Quiero que me cuentes cómo ha ocurrido esto.

-No sé si conozco todas las respuestas -dije-. Pero puedo contarte una historia.

Le seguí hasta la terraza y aspiré el aire puro.

-Regresemos a Blackwood Manor -dije-. No conozco otro lugar donde podamos hablar con mayor tranquilidad. Esta noche sólo están allí mi tía y su amable sirvienta, y quizá mi madre, pero no nos importunarán. Están acostumbradas a mí.

-¿Y Goblin? -preguntó Lestat-. ¿Tendrá más fuerza allí suponiendo que aparezca?

-Hace un momento alcanzó su fuerza máxima -respondí-. Creo que yo tendría más que él.

-Entonces vayamos a Blackwood Manor -dijo Lestat.

De nuevo me rodeó con su musculoso brazo y comenzamos a elevarnos. El vasto cielo estaba cubierto de nubes; conseguimos atravesarlas y alcanzar las estrellas.

5

Al cabo de unos momentos nos detuvimos frente a la imponente mansión, y experimenté una breve sensación de turbación al contemplar su gigantesco pórtico de dos plantas sostenido por columnas.

Como es lógico, las luces del jardín estaban encendidas e iluminaban intensamente las esbeltas y altas columnas, así como las numerosas habitaciones de la casa. Yo había impuesto de niño una norma consistente en que todos los candelabros de la casa principal tenían que encenderse a las cuatro de la tarde, y aunque ya no era un adolescente presa de melancolía crepuscular, los candelabros seguían encendiéndose a esa hora.

Una breve carcajada de Lestat me sobresaltó.

-¿Por qué te sientes tan turbado? -preguntó alegremente, habiendo adivinado con facilidad mi pensamiento-. América destruye sus grandes mansiones. Algunas no duran siquiera cien años. -Se le notaba menos el acento y hablaba en un tono más íntimo-. Es una casa magnífica -dijo con naturalidad-. Me gustan sus grandes columnas. El pórtico, el frontispicio, todo es soberbio. De un perfecto estilo neoclásico. ¿Cómo puedes avergonzarte de esto? Eres un ser muy raro, muy refinado, que no encaja en la época que le ha tocado vivir.

-¿Cómo voy a encajar en ella después de haber recibido la sangre oscura y todos sus maravillosos atributos? -pregunté-. ¿Te parece posible?

Enseguida me avergoncé de haberle hecho una pregunta tan directa, pero Lestat no se molestó.

-No -respondió-, pero tampoco encajabas en ella antes de recibir el don oscuro, ¿no es así? Los hilos de tu vida no fueron tejidos en una determinada urdimbre -añadió con sencillez y afabilidad.

-Supongo que tienes razón -contesté-. Sí, tienes toda la razón.

-Vas a contármelo todo, ¿no es así? -preguntó Lestat. Sus doradas cejas contrastaban con su piel tostada. Al mirarme frunció el ceño ligeramente, lo cual me pareció que le confería un aspecto muy inteligente y al mismo tiempo encantador, aunque no habría sabido decir por qué.

-¿Quieres que lo haga? -pregunté.

-Por supuesto -respondió Lestat-. Tú también deseas hacerlo y debes hacerlo -dijo esbozando esa sonrisa socarrona y arrugando de nuevo el ceño-. ¿Entramos?

-Desde luego -respondí, sintiéndome aliviado tanto por la afabilidad de Lestat como por lo que decía. Casi no daba crédito a que hubiera accedido a acompañarme; no sólo había dado con él, sino que estaba impaciente por escuchar mi historia; me asombraba el mero hecho de tenerlo a mi lado.

Subimos los seis peldaños del porche de mármol y abrí la puerta, que no cerraba nunca con llave debido a que vivíamos en el campo.

Penetramos en el amplio vestíbulo, con su suelo de mármol de rombos blancos y negros que se extendía hasta la salida trasera, idéntica a la puerta por la que habíamos entrado.

El resto del vestíbulo quedaba parcialmente oculto por la escalera de caracol, uno de los mayores atributos de Blackwood Manor, que Lestat observó con admiración.

El gélido aire acondicionado resultaba grato.

-Es soberbia -dijo Lestat, contemplando la escalinata de elegante pasamanos y delicados balaustres. Se situó en el hueco de la misma y añadió-: Se eleva hasta el tercer piso girando airosamente sobre sí misma.

-El tercer piso es el desván -dije-. Es como una cueva del tesoro lleno de baúles y muebles antiguos, que me ha revelado algunos de sus secretos.

Lestat contempló el mural que cubría las paredes del vestíbulo, una soleada escena bucólica italiana que daba paso a un cielo añil cuyo brillante color dominaba el prolongado espacio y el salón superior.

-Es precioso -dijo, alzando la vista hacia el elevado techo-. ¡Qué molduras de yeso tan exquisitas! Están hechas a mano, ¿no? Yo asentí con la cabeza.

-Por unos artesanos de Nueva Orleans -dije-. Corría la década de los ochenta del siglo XIX y mi tatarabuelo, aparte de ser un romántico impenitente, estaba un poco loco.

-Y este cuarto de estar -comentó Lestat asomando la cabeza por la puerta rematada en arco a su derecha-. Está lleno de muebles antiguos. ¿De qué estilo, Quinn? ¿Rococó? Me produce una encantadora nostalgia.

Asentí de nuevo con la cabeza. Había pasado rápidamente de la turbación a una bochornosa sensación de orgullo. Durante toda mi vida las personas se habían rendido ante Blackwood Manor. Se habían deshecho en halagos sobre la mansión, y entonces me pregunté por qué me avergonzaba de ello. Pero este ser, aquel individuo extrañamente encantador y

hermoso, en cuyas manos había depositado mi vida, se había criado en un castillo y temí que se burlara de lo que veía.

Por el contrario, Lestat se mostró fascinado por el arpa dorada y el antiguo piano Pleyel. Contempló el gigantesco y sombrío retrato de Manfred Blackwood, mi venerable antepasado. A continuación se volvió lentamente hacia el comedor situado en el otro extremo del pasillo.

Le indiqué que pasara.

La antigua araña que pendía del techo arrojaba una intensa luz sobre la mesa alargada, una mesa que daba cabida a unos treinta comensales, construida ex profeso para esta habitación. Las sillas doradas habían sido recientemente tapizadas con un damasco de satén verde, y la moqueta era también de color verde y dorado, con una voluta dorada sobre fondo verde. Unos aparadores dorados, decorados con malaquita verde, estaban dispuestos entre las altas ventanas de la pared del fondo.

De pronto sentí la necesidad de disculparme, quizá porque Lestat parecía no saber expresar lo que opinaba sobre el lugar.

-Blackwood Manor es totalmente innecesaria -dije-. Y dado que sus únicos habitantes somos tía Queen y yo, tengo la impresión de que un día alguien logrará convencernos de que le demos un uso más práctico. Claro que hay otros miembros de la familia, además de los sirvientes, tan ricos que no tienen necesidad de trabajar para nadie. -Callé, avergonzado de mi perorata.

-¿A qué te refieres con lo de un uso más práctico? -preguntó Lestat, con la misma naturalidad que antes-. ¿Por qué no quieres seguir utilizando esta elegante mansión como vivienda?

Lestat contempló el inmenso retrato de tía Queen de jovencita, una risueña muchacha ataviada con un traje de noche blanco bordado de pedrería, sin mangas, que parecía haber sido pintado el día antes en lugar de hacía setenta años, y otro retrato, de Virginia Lee Blackwood, la esposa de Manfred, la primera mujer que vivió en Blackwood Manor.

Este retrato de Virginia Lee se había oscurecido con el paso del tiempo, pero poseía un estilo vigoroso y un tanto emocional, y la mujer, rubia, de ojos azules, de expresión honesta, modesta y risueña, tenía unas facciones menudas y un rostro innegablemente hermoso. Iba vistosamente ataviada al estilo de los años ochenta del siglo XIX, con un traje de cuello alto celeste de mangas largas y fruncidas en los hombros, y llevaba el pelo recogido en un moño alto. Había sido la abuela de tía Queen, y yo siempre había encontrado cierto parecido entre los retratos de ambas, en los ojos y en la forma del rostro, aunque otros aseguraban que no se parecían en nada. En fin...

Esos retratos tenían para mí unas connotaciones más que anecdóticas, especialmente el de Virginia Lee. Tía Queen aún vivía, pero Virginia Lee... Me estremecí, aunque traté de reprimir esos inoportunos recuerdos de fantasmas y demás detalles grotescos, unos recuerdos que me asaltaron inopinadamente.

-Insisto, ¿por qué no deseas utilizarla como vivienda y almacén de los tesoros de tus antepasados? -inquirió Lestat ingenuamente-. No lo entiendo.

-Cuando yo era niño -dije, en respuesta a su pregunta-, mis abuelos aún vivían y esto era una especie de hotel. Una pensión con derecho a desayuno, aunque también se servía la cena en el comedor. Venían muchos turistas a pasar unos días aquí. Seguimos celebrando el banquete navideño todos los años, con unos cantantes que se sitúan en la escalera para cantar los villancicos de despedida, mientras los invitados se congregan en el vestíbulo. Esta mansión resulta muy útil en esas ocasiones. El año pasado organicé también un banquete en Pascua, con el único propósito de asistir a él.

De improviso me embargó una intensa nostalgia que me sobresaltó debido a su vitalidad. Continué, tratando injustificadamente de sacar algo de esas primeras evocaciones. ¿Qué derecho tenía a gozar ahora de buenos momentos, o recuerdos?

-Disfruto escuchando a los cantantes -dije-. Solía echarme a llorar junto a mis abuelos cuando la soprano entonaba el Noche de paz. Blackwood Manor parece un lugar muy poderoso en momentos así, un lugar capaz de alterar la vida de las personas. Como puedes comprobar, sigo muy vinculado a ella emocionalmente.

-¿En qué sentido altera la vida de las personas? -se apresuró a preguntar Lestat, como si esa idea le intrigara.

-En esta casa se han celebrado muchas bodas -dije con voz ronca. Bodas. Un recuerdo terrible, un recuerdo reciente eclipsó todos los demás, un recuerdo vergonzoso, sangre, el vestido de la novia, el sabor de la sangre, pero lo desterré de mi mente y proseguí.

-Recuerdo unas bodas maravillosas, y banquetes de aniversario. Recuerdo un picnic en el prado para un anciano que acababa de cumplir noventa años. Recuerdo que muchas parejas regresaban para visitar el lugar donde se habían casado. -De nuevo sentí un pellizco en el corazón: una novia, una novia cubierta de sangre. La cabeza me daba vueltas.

Estúpido, la has matado. No tenías que matarla, y mira cómo has dejado su vestido blanco.

No quería pensar en ello ahora. No podía dejar que me afectara. Se lo confesaría todo a Lestat, pero aún no.

Tenía que continuar. Aunque balbuciendo, logré proseguir:

-En alguna parte hay un viejo libro de invitados con una pluma rota entre sus páginas, repleto de comentarios de las personas que venían y se iban y regresaban al cabo de un tiempo. Siguen viniendo. La llama aún no se ha apagado.

Lestat asintió con la cabeza y sonrió ligeramente, como complacido por esa idea. Miró de nuevo el retrato de Virginia Lee. Sentí un leve estremecimiento. ¿Era posible que el retrato hubiera cambiado? Imaginé vagamente que Virginia Lee me observaba con sus hermosos ojos azules. Pero no podía cobrar vida de repente, ¿o sí? No, por supuesto que no. Todos la conocían por su modestia y magnanimidad. ¿Cómo iba a querer tener tratos con un ser como yo?

-Hoy en día -continué, aferrándome a mi pequeño relato-atesoro esta casa desesperadamente, al igual que a todos mis parientes mortales. A la que más quiero es a tía Queen. Pero tengo otros parientes, que jamás deben averiguar en qué me he convertido.

Lestat me observó con paciencia, como si meditara sobre mis palabras.

-Tu conciencia está afinada como un violín -comentó con expresión pensativa-. ¿Te gusta tener aquí a estos extraños, a los invitados de Navidad y Pascua, bajo tu propio techo?

-Es alegre -reconocí-. Siempre hay luz y movimiento. Se oyen voces y la tenue vibración de pasos en la escalera. A veces los huéspedes se quejan -de que las gachas están sosas o de que la salsa tiene grumos-, y hace años, mi abuela Sweetheart se echaba a llorar cuando oía esas quejas, y mi abuelo -le llamábamos Pops descargaba, en privado, un puñetazo en la mesa de la cocina, pero en términos generales a los huéspedes les encanta este lugar...

»Y de vez en cuando me siento solo aquí, melancólico y deprimido, a pesar de la intensa luz de los candelabros. Creo que cuando murieron mis abuelos y terminó esa época experimenté... una profunda depresión que relacioné con Blackwood Manor, aunque no quise ni pude abandonarla.

Lestat asintió al oír esas palabras, como si me comprendiera. Me miraba al igual que yo le miraba a él. Me observaba al igual que yo le observaba a él.

No pude por menos de pensar en lo atractivo que era, con su melena rubia larga y espesa, con las puntas levemente onduladas rozándole el cuello de la chaqueta, y sus ojos de color violeta, grandes y penetrantes. Hay muy pocas personas en el mundo que tengan los ojos auténticamente violeta. La ligera diferencia entre sus ojos no tenía importancia. Poseía una piel morena e inmaculada. Ignoro lo que Lestat veía en mí con su mirada perspicaz.

-Puedes pasearte por esta casa -dije. Todavía me sentía un tanto asombrado de haber captado su atención y me expresaba de nuevo ansiosa y atropelladamente-. Puedes recorrer todas las habitaciones, y hay fantasmas. A veces hasta los turistas ven fantasmas.

-¿No los aterroriza? -inquirió Lestat sinceramente intrigado.

-En absoluto, les encanta alojarse en una casa habitada por fantasmas. Ven cosas que no existen. Nos piden que los dejemos a solas en las habitaciones donde hay fantasmas.

Lestat soltó una discreta risa.

-Aseguran oír campanas que no repican -proseguí sonriendo también-, huelen el aroma de café cuando no hay café y perciben unos perfumes exóticos. De vez en cuando algún que otro turista se asustaba. Durante la época en que esta casa era una pensión con derecho a desayuno hubo un par que hicieron inmediatamente las maletas y se marcharon, pero por lo general este lugar goza de una excelente reputación. Y, por supuesto, algunos huéspedes llegaron a ver fantasmas.

-¿Y tú ves fantasmas? -preguntó Lestat.

-Sí -respondí-. La mayoría de los fantasmas son debiluchos, poco más que mero vapor, aunque hay excepciones... -Me detuve. Momentáneamente no supe si continuar o no. Temía que mis palabras provocaran una siniestra aparición, pero por otra parte deseaba confesarle mi historia. Así pues, proseguí torpemente:

-Sí, unas excepciones extraordinarias... -No terminé la frase.

-Deseo que me lo cuentes todo -dijo Lestat-. Tienes una habitación arriba, ¿no es así? Un lugar tranquilo donde podamos charlar. Pero presiento que hay otra persona en esta casa.

Lestat se volvió hacia el pasillo.

-Sí, tía Queen ocupa el dormitorio trasero -dije-. No tardaré un minuto en ir a verla.

-Tía Queen, qué nombre tan curioso -comentó Lestat esbozando de nuevo una alegre sonrisa-. Me parece deliciosamente sureño. ¿Quieres llevarme a verla?

-Desde luego -respondí sin vacilar ni atender a mi sentido común-. Se llama Lorraine McQueen, pero todo el mundo de por aquí la llama señorita Queen o tía Queen.

Salimos al pasillo y Lestat alzó de nuevo la vista para contemplar la escalera de caracol.

Le conduje por el pasillo (sus pesadas botas resonaban sobre el mármol), y nos detuvimos delante del dormitorio de tía Queen, cuya puerta estaba abierta.

Al entrar vimos a mi adorada tía, resplandeciente y muy atareada, que no se sobresaltó lo más mínimo al vernos aparecer.

Estaba sentada ante su mesa de mármol, situada a la derecha del tocador; formaban una L en la que mi tía se sentía muy a gusto. La lámpara de pie, junto a ella, así como las luces del tocador enmarcadas por unos volantes la iluminaban perfectamente. Había dispuesto sobre el mármol sus docenas de camafeos y en la mano derecha sostenía una lupa con el mango de hueso.

Tenía un aspecto muy frágil vestida con su bata de raso blanco acolchada, con el cinturón de hebilla sujeto en torno a su menuda cintura, el cuello cubierto con un pañuelo de seda con los extremos bajo las solapas sobre el cual descansaba su collar favorito de perlas y brillantes. Su pelo gris rizado le enmarcaba suavemente el rostro, cuyos ojillos denotaban un espíritu exuberante mientras examinaba los camafeos. Observé que tenía las piernas cruzadas debajo de la mesa y que la bata entreabierta dejaba ver sus escarpines de satén rosa adornados con lentejuelas y de tacón altísimo. Sentí deseos de reñirla, pues esos tacones de aguja eran un peligro.

Tía Queen era un nombre perfecto para ella, y me sentí muy orgulloso de esa mujer que había sido mi ángel guardián durante toda mi vida. No temí que tía Queen observara nada anómalo en Lestat, debido a su atezada piel, salvo quizá su belleza excesiva. En aquel momento sentí una felicidad inenarrable.

Toda la habitación ofrecía un cuadro delicioso y traté de verla tal como la veía Lestat, con la cama cubierta con dosel situada en el ángulo izquierdo. Había sido recientemente tapizada de nuevo con un satén color rosa que formaba unos festones y adornada con galón más oscuro. La cama, a diferencia de otros días, estaba hecha, cubierta con la gruesa colcha de mismo raso que la funda de la almohada, y con multitud de cojines apilados. El sofá y las butacas de damasco rosa hacían juego con el dosel de la cama.

Librodot

Jasmine, nuestra ama de llaves, que había estado con nosotros toda la vida, de piel oscura y armoniosos rasgos que la convertían en una belleza tan especial como tía Queen, trajinaba en la sombra, muy elegante con su vestido tubo rojo y sus zapatos de tacón alto, con un collar de perlas alrededor del cuello. Creí recordar que yo le había regalado esas perlas.

Jasmine me saludó con un breve ademán y siguió ordenando los pequeños objetos dispuestos en la mesita de noche. Cuando tía Queen alzó la vista y me saludó exclamando «¡Quinn!» con un ligero tono de euforia, Jasmine dejó lo que hacía y salió de la habitación.

Sentí deseos de abrazar a Jasmine. No la había visto desde hacía varias noches. Pero temí hacerlo. Luego pensé: «No, voy a hacerlo durante todo el tiempo que pueda, me he alimentado y siento un calor reconfortante.» Me embargó una apabullante sensación de bondad, pues no estaba maldito. Rebosaba amor. Retrocedí y abracé a Jasmine.

Tenía un tipo estupendo, una piel de un maravilloso color de chocolate con leche, los ojos castaños y el cabello esponjoso y tu siempre impecablemente teñido de rubio y muy corto.

-Ah, mi pequeño jefe -dijo Jasmine abrazándome a su vez. Nos hallábamos en la penumbra del pasillo-. Mi pequeño y misterioso jefe -añadió, estrechándome con fuerza y apoyando la cabeza en mi pecho-. Mi pequeño jefe errante, al que apenas veo nunca.

-Mi novia eterna -musité, besándola en la cabeza. Abrazado a ella, agradecí haberme alimentado de la sangre de la muerta. Por lo demás, me sentía esperanzado y ligeramente delirante.

-Pasa, Quinn -dijo tía Queen. Jasmine me soltó suavemente y se dirigió hacia la puerta trasera.

-Ah, veo que has traído a un amigo -dijo tía Queen cuando, obedeciéndola, entré con Lestat. La habitación estaba más caldeada que el resto de la casa.

Tía Queen tenía una voz intemporal, por no decir juvenil, y hablaba articulando las palabras con admirable claridad.

-Me alegro de que hayas venido con un amigo -dijo-. Eres un joven muy apuesto -agregó dirigiéndose a Lestat, bromeando de forma encantadora-. Acércate para que te vea. ¡Qué guapo eres! Acércate a la luz.

-Y usted, estimada señora, es una visión -respondió Lestat, remarcando ligeramente su acento francés para impresionarla. Se inclinó sobre la mesa de mármol en la que estaban dispuestos los camafeos y le besó la mano.

Tía Queen constituía en efecto una visión, con su cálido y hermoso rostro pese a su avanzada edad. Más que enjuto era anguloso, sus labios delgados estaban realzados con un lápiz labial rosa y sus ojos, pese a las arruguitas, seguían siendo de un bonito color azul. Los brillantes y las perlas que reposaban sobre su pecho eran impresionantes, y lucía varios anillos de brillantes en sus dedos largos y finos.

Como de costumbre, las joyas parecían formar parte de su poderío y dignidad, como si la edad le hubiera concedido una importante ventaja, y toda ella exhalaba una dulce feminidad.

-Acércate, muchacho -me dijo.

Yo obedecí y me incliné para recibir su beso en la mejilla. Era una costumbre que había adoptado desde que había alcanzado la respetable estatura de un metro y noventa y cinco centímetros. Con frecuencia tía Queen me sujetaba la cabeza y se negaba afectuosamente a soltarme. Pero esta vez no lo hizo. Estaba demasiado absorta en la atractiva criatura que se hallaba junto a la mesa de mármol, sonriéndole con cordialidad.

-Llevas una chaqueta preciosa -dijo tía Queen a Lestat-. Es una levita. ¿Dónde la has comprado? Y esos botones de camafeo son perfectos. Haz el favor de acercarte para que pueda examinarlos. Como verás, los camafeos me apasionan. A medida que pasa el tiempo, apenas pienso en otra cosa.

Lestat rodeó la mesa y yo me retiré. De improviso sentí un profundo temor, temí que tía Queen intuyera algo anormal en él, pero tan pronto como me invadió ese pensamiento comprendí que Lestat tenía muy controlada la situación.

¿Acaso no había logrado también otro bebedor de sangre, mi creador, encandilar a tía Queen con su encanto? ¿A qué venían esos temores?

Mientras tía Queen examinaba los botones, comentando que cada uno representaba a una de las nueve musas griegas, Lestat la observó sonriendo como si se sintiera auténticamente cautivado por la anciana, cosa que yo agradecí. Porque tía Queen era la persona a la que yo más quería en el mundo. El hecho de verlos juntos me produjo una alegría inenarrable.

-Sí, es una auténtica levita -dijo tía Queen.

-Soy músico, señora -respondió Lestat-. Como sabe, en estos tiempos un músico de rock puede lucir una levita sin mayores problemas, y a mí me encanta esta indumentaria. Soy teatral e incorregible. Un fanático de lo exagerado y excéntrico. Me gusta salvar todos los obstáculos en cuanto entro en una habitación, y soy un apasionado de los objetos antiguos.

-Estás en tu derecho -respondió tía Queen contemplando a Lestat con evidente admiración. Lestat retrocedió y se situó junto a mí frente a la mesa-. Qué dos chicos tan guapos -comentó tía Queen-. No sé si sabes que la madre de Quinn es cantante, aunque ignoro qué tipo de canciones canta.

Lestat no lo sabía y me dirigió una mirada curiosa y un tanto socarrona.

-Canta música country -me apresuré a decir-. Se llama Patsy Blackwood. Tiene una voz muy potente.

-Una música country muy diluida -apostilló tía Queen con cierto reproche-. Creo que lo llama country pop, lo cual puede significar cualquier cosa. Pero tiene buena voz y a veces compone unas canciones que no están mal. Lo que se le da mejor son las baladas tristes, casi celtas, aunque ella no lo sepa. Lo que le gusta componer son canciones folclóricas en modo menor, y si hiciera lo que le gusta en vez de lo que cree que debe hacer, es posible que alcanzara la fama que ambiciona -concluyó tía Queen con un suspiro.

Yo quedé maravillado, no de las sabias palabras de tía Queen, sino de su extraña deslealtad, pues no era dada a criticar a los suyos. Deduje que la mirada de Lestat había provocado en ella esa reacción. Quizá Lestat había obrado sobre ella un hechizo, haciendo que expresara lo que pensaba en su fuero interno.

-En cuanto a ti, joven -dijo la anciana-, a partir de ahora y para siempre soy tu tía Queen. ¿Cómo te llamas?

-Lestat, señora -respondió éste, pronunciándolo «Lesdot», con acento en la segunda sílaba-. Yo tampoco soy muy famoso. Apenas canto, salvo para mí mismo cuando conduzco mi Porsche negro como un loco o mi moto a toda velocidad por las autopistas. Entonces soy todo un Pavarotti...

-¡No debes conducir a una velocidad excesiva! -declaró tía Queen poniéndose seria de repente-. Así perdí a mi marido, John McQueen. Conducía un Bugatti nuevo. ¿Conoces los Bugatti?-Lestat asintió con la cabeza-. Estaba muy orgulloso de su flamante coche deportivo europeo. Circulábamos a gran velocidad por la autopista de la Costa del Pacífico, en un soleado día de verano, tomando las curvas a una velocidad de vértigo, cuando de pronto mi marido perdió el control del volante y salió disparado por el parabrisas. Murió en el acto. Cuando recobré el conocimiento vi a una multitud agolpada a mi alrededor y me hallaba a pocos metros de un acantilado junto al mar.

-Qué horror -dijo Lestat sinceramente conmovido-. ¿Hace mucho que ocurrió?

-Pues claro, hace décadas, cuando yo era lo suficientemente tonta para hacer esas cosas -respondió tía Queen-. No he vuelto a casarme; los Blackwood no solemos volver a casarnos. John McQueen me dejó una fortuna, lo cual no deja de ser un consuelo, pero jamás conocí a otro hombre como él, tan apasionado y lleno de quimeras, pero tampoco lo busqué. -La anciana meneó la cabeza apesadumbrada-. Pero es un tema muy triste. Mi marido está

enterrado en el mausoleo de los Blackwood en el cementerio de Metairie; tenemos una tumba allí, una pequeña y bonita capilla, en la que no tardarán en enterrarme a mí.

-¡Por el amor de Dios, no digas eso! -murmuré con un tono excesivamente atemorizado.

-Calla -replicó tía Queen, mirándome-. Lestat, mi querido Lestat, háblame sobre tu ropa y tus gustos exagerados y extravagantes. Confieso que me divierte imaginarte vestido con esa levita, circulando a toda velocidad en tu moto.

-Verá, señora -contestó Lestat con una risita-, ya no siento el gusanillo del escenario y el micrófono, pero me niego a renunciar a mis elegantes atuendos. No puedo hacerlo. Soy prisionero de mi pasión por la ropa caprichosa y elegante, aunque esta noche voy muy sencillito. Me encanta lucir encajes y mis gemelos de diamantes, y envidio a Quinn la magnífica chaqueta de cuero que lleva. Podría decirse que soy un tanto gótico -añadió mirándome con toda naturalidad, como si fuéramos unos simples humanos-. ¿No nos llaman góticos a los que nos gusta vestirnos con prendas antiguas, Quinn?

-Eso creo -respondí, tratando de seguir la conversación.

La breve perorata de Lestat hizo que tía Queen riera a mandíbula batiente. Se había olvidado de John McQueen, quien de hecho había muerto hace bastante tiempo.

-Lestat, qué nombre tan original -comentó tía Queen-. ¿Tiene algún significado?

-En absoluto -respondió Lestat-. Si la memoria no me falla, lo cual me ocurre a menudo, el nombre se compone de la primera letra de cada uno de los nombres de mis seis hermanos mayores, los cuales, me refiero a mis hermanos y sus nombres, llegué a detestar con todas mis fuerzas.

Tía Queen volvió a reírse a carcajadas, claramente sorprendida y totalmente seducida por Lestat.

-El séptimo hijo -dijo tía Queen-. Esto confiere cierto poder, que yo naturalmente respeto. Y te expresas con gran elocuencia. Tengo la impresión de que serás un amigo magnífico y estimulante para Quinn.

-Eso espero, ser su amigo -respondió Lestat de inmediato y sinceramente-, pero no quiero entretenerlos.

-No digas eso -contestó tía Queen-. Siempre serás bien recibido en mi casa. Me gustas. Lo sé. En cuanto a ti, Quinn, ¿dónde te has metido últimamente?

-He estado en varios sitios, tía Queen -respondí-. Soy como Patsy, no dejo de ir de aquí para allá. No sé...

-¿Me has traído un camafeo? -preguntó la anciana-. Es una costumbre que tenemos, Lestat -le aclaró-. Hace una semana que no apareces por esta habitación, Tarquin Blackwood. Quiero que me des mi camafeo. Seguro que me has traído uno. No dejaré que te vayas sin dármelo.

-Desde luego, por poco me olvido -contesté (y no sin razón). Saqué del bolsillo derecho de mi chaqueta el paquetito envuelto en papel de seda que había guardado en él hacía unas noches-. Te lo he comprado en Nueva York, es un precioso camafeo de concha.

Le quité el papel y deposité delante de tía Queen el maravilloso camafeo, uno de los camafeos de concha más grandes que pasarían a engrosar su colección. La imagen estaba esculpida en la superficie blanca de la concha, como es natural, y el fondo era de color rosa intenso. El camafeo era un óvalo perfecto enmarcado por un exquisito borde festoneado de oro de veinticuatro quilates.

-Medusa -dijo tía Queen con evidente satisfacción, identificando el perfil de la mujer por su cabeza alada y el cabello formado por unas serpientes-. ¡Es muy grande, y está esculpida con extraordinaria precisión!

-Es impresionante -dije-. La mejor Medusa que he visto nunca. Observa la altura del ala y el fragmento de color naranja en el extremo. Quería traértelo hace unos días. Lamento haberme demorado.

-Descuida, cariño -respondió tía Queen-. No te disculpes por no venir a verme. Creo que soy intemporal. Lo importante es que estás aquí y te has acordado de mí. Eso es lo que cuenta. -La anciana miró a Lestat y preguntó afanosamente-: ¿Conoces la historia de Medusa?

Lestat dudó unos instantes, confiando en que tía Queen siguiera hablando, pues en aquellos momentos a él no le apetecía. Su arrobamiento por la anciana, que le sonreía también embelesada, le daba un aspecto radiante.

-Era muy bella pero se convirtió en un monstruo -dijo tía Queen, gozando inmensamente de ese momento-. Poseía un rostro capaz de petrificar a un hombre. Perseo la localizó por el reflejo de su imagen sobre su bruñido escudo y después de matarla, Pegaso, el caballo alado, nació de las gotas de sangre que cayeron al suelo de la cabeza cortada de Medusa.

-Y fue esa cabeza -dijo Lestat en tono confidencial-la que Atenea ostentó sobre su escudo.

-Es cierto -apostilló tía Queen.

-Un amuleto contra el mal -dijo Lestat suavemente-. En eso se convirtió Medusa después de ser decapitada. Otra prodigiosa transformación, a mi entender, de belleza en monstruo y de monstruo en amuleto.

-También tienes razón en eso -dijo tía Queen-. Un amuleto contra el mal -repitió-. Ven, acércate, Quinn, ayúdame a quitarme estos pesados brillantes y dame una cadena de oro. Deseo lucir a Medusa alrededor del cuello.

Me apresuré a obedecer sus órdenes. Me acerqué al tocador, le quité el collar de brillantes que llevaba, estampándole de paso un beso en la mejilla, y lo guardé en su acostumbrado estuche de cuero. Este permanecía siempre sobre el tocador, a la derecha. Las cadenas estaban guardadas en una cajita en el cajón superior, cada una dentro de una bolsa de plástico.

Elegí una recia y brillante cadena de oro de veinticuatro quilates que se adaptara bien a su cuello y al mismo tiempo le resultara cómoda. La ensarté a través del colgante del camafeo, se la coloqué alrededor del cuello y cerré el broche.

Después de darle otros dos besos, llenándome la boca de polvo, pues era como besar a una persona hecha de azúcar del que se utiliza en repostería, me situé de nuevo ante ella. El camafeo, una pieza impresionante y exquisita, reposaba perfectamente sobre la seda del pañuelo.

-Debo reconocer -dije a propósito de mi reciente adquisición-que es todo un trofeo. Medusa aparece aquí en toda su maldad, no sólo como una bonita joven alada rodeada de serpientes, lo cual no es frecuente.

-Es verdad -respondió Lestat-, lo cual hace que su encanto resulte mucho mayor.

-¿Eso crees? -le preguntó tía Queen. Pese a su empaque, el camafeo le sentaba mejor que sus imponentes brillantes-. Eres un joven muy singular -prosiguió dirigiéndose a Lestat-. Te expresas de forma lenta y ponderada, y el timbre de tu voz es grave. Me gusta. En cuanto Quinn aprendió a leer, lo cual ocurrió cuando era ya bastante mayor, se convirtió en un ratón de biblioteca que devoraba todos los libros de mitología que caían en sus manos. ¿Pero cómo es que tú sabes tanto de mitología? Y también pareces entender de camafeos, a juzgar por tu chaqueta.

-Los conocimientos entran y salen de mi mente -respondió Lestat sacudiendo la cabeza con cierta expresión de disgusto-. Los devoro y luego los pierdo, y a veces no consigo echar mano de los conocimientos que creo poseer. Me siento desolado, pero de improviso regresan de nuevo o los busco en otra fuente.

Me chocó lo bien que congeniaban tía Queen y Lestat. Evoqué de nuevo un recuerdo amargo, de mi creador, esa infame presencia, esa maldita presencia, congeniando con tía Queen en aquella misma habitación con la misma facilidad. Habían hablado también sobre camafeos. Camafeos. Pero éste era Lestat, no mi creador, no ese ser odioso. Era mi héroe el que se hallaba en estos momentos bajo mi techo.

-De modo que eres aficionado a los libros -dijo tía Queen. yo presté atención a la conversación.

-Desde luego -contestó Lestat-. En ocasiones eso es lo único que me mantiene vivo.

-¡Cómo se te ocurre decir eso a tu edad! -exclamó tía Queen riendo.

-¿No cree que uno puede sentirse desesperado a mi edad? Los jóvenes se sienten constantemente desesperados -dijo Lestat francamente-. Y los libros le ofrecen a uno esperanza, la posibilidad de que emerja un universo entre sus tapas y de que uno se salve al caer en ese universo.

-Por supuesto que lo creo -respondió tía Queen casi eufórica-. Así debería ser y a veces ocurre. Imagínate, cada nueva persona todo un universo. ¿Crees que deberíamos permitirlo? Eres inteligente y perspicaz.

-Creo que no queremos permitirlo -contestó Lestat-. Somos demasiado envidiosos y temerosos. Pero deberíamos permitirlo, porque de esa forma pasaríamos de un alma a otra y nuestra existencia sería maravillosa.

Tía Queen rió alegremente.

-¡Eres único! -exclamó-. ¿De dónde has salido? Me gustaría que estuviera aquí Nash, el tutor de Quinn. Le encantaría conocerte. O que el pequeño Tommy no estuviera en la escuela. Tommy es tío de Quinn, lo cual induce a confusión porque Tommy sólo tiene catorce años. Y además está Jerome. ¿Dónde se ha metido Jerome? Seguramente está durmiendo. En fin, tendrás que conformarte conmigo...

-Dígame, señorita Queen, ¿por qué le gustan tanto los camafeos? -preguntó Lestat-. No puedo ufanarme de haber elegido estos botones minuciosamente, ni de que esté obsesionado con ellos. Ignoraba que existieran nueve Musas hasta que usted me lo dijo, lo cual le agradezco infinitamente. Pero usted parece estar enamorada de los camafeos. ¿De qué le viene ese amor por ellos?

-¿Acaso no salta a la vista? -inquirió tía Queen ofreciendo a Lestat un camafeo de concha de las Tres Gracias. Después de examinarlo con detención, Lestat volvió a depositarlo respetuosamente delante de la anciana.

-Son unas obras maestras muy especiales -dijo tía Queen-. Son retratos, pequeños pero completos, eso es lo que cuenta. Pequeños, intrincados e intensos. Utilicemos de nuevo tu metáfora de 1 todo el universo; eso es lo que hallarás en muchos de estos camafeos. La anciana lo contempló arrobada.

-Puedes lucirlos -dijo-, sin perder un ápice de dignidad. Tú mismo acabas de referirte a su encanto -añadió tía Queen acariciando el camafeo de Medusa que reposaba sobre su pecho-. Y, por supuesto, todos los que adquiero poseen una cualidad única. Existe una gran variedad de camafeos. Mira -dijo entregando a Lestat otro camafeo-. Como ves, es una escena mítica de Hércules luchando contra un toro; detrás de él hay una diosa y delante una hermosa figura femenina. Jamás he visto ninguno como éste, aunque poseo centenares de escenas míticas.

-Tiene razón, son muy intensos -dijo Lestat-. Comprendo su punto de vista y reconozco que son auténticamente divinos.

Tras mirar brevemente a su alrededor, tía Queen tomó otro voluminoso camafeo de concha y se lo ofreció a Lestat.

-Es Rebeca junto al pozo -dijo-. Un motivo que aparece en numerosos camafeos, extraído de la Biblia, del Génesis, cuando Abraham envió a un mensajero en busca de una esposa para su hijo Isaac, y Rebeca, que se hallaba junto al pozo de la aldea, fue al encuentro del mensajero.

-Conozco la historia -dijo Lestat con voz queda-. Éste también es un espléndido camafeo.

Tía Queen le miró con curiosidad, observando sus ojos, sus manos y sus lustrosas uñas.

-Es uno de los primeros camafeos que vi -dijo, tomándolo de nuevo de manos de Lestat-. Mi colección empezó con Rebeca junto al pozo. Me regalaron diez camafeos con ese

mismo motivo, aunque estaban esculpidos de forma muy distinta. Los conservo todos aquí. Hay una historia ligada a mi colección de camafeos.

Lestat se mostró intrigado, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

-Cuéntemela -dijo con naturalidad.

-¡Qué modales los míos! -exclamó de pronto tía Queen-. Disculpadme por dejaros ahí de pie como unos alumnos díscolos ante la directora. Sentaos. ¡Me avergüenza haberme comportado de esa forma en mi vestidor!

Cuando me disponía a protestar, afirmando que era innecesario

que se disculpara, me percaté de que Lestat deseaba conocerla a fondo y que se estaba divirtiendo de lo lindo.

-Acerca esas dos sillas, Quinn -me dijo la anciana-. Si quieres que te cuente la historia, Lestat, debemos formar un círculo íntimo y acogedor.

Comprendí que era inútil discutir. Por otra parte, me encantaba que aquellos dos seres se cayeran tan bien. Experimenté de nuevo una intensa euforia.

Hice lo que me había pedido tía Queen. Atravesé la habitación, tomé dos de las sillas situadas ante el escritorio circular de tía Queen, instalado entre las ventanas que daban a la fachada posterior de la casa, y las coloqué donde Lestat y yo estábamos de pie, frente a la anciana.

Tía Queen prosiguió.

-Mi pasión por los camafeos comenzó en esta habitación -dijo, observándonos a ambos y fijando los ojos en Lestat-. Tenía nueve años y mi abuelo, Manfred Blackwood, un viejo odioso, el gran monstruo de nuestra historia, el hombre que construyó esta casa, que infundía terror a todo el mundo, agonizaba aquí. Mi padre, William, su único hijo varón vivo, trató de mantenerme alejada de él, pero un día en que el odioso anciano estaba solo me vio asomada a la puerta.

»Me ordenó que entrara, y yo estaba demasiado asustada para desobedecerle aparte de que me picaba la curiosidad, de modo que entré. Mi abuelo estaba sentado en el lugar que ocupo ahora, aunque lógicamente no ante este bonito tocador, sino en una poltrona, con una manta sobre las rodillas y ambas manos apoyadas en el bastón con la empuñadura de plata. Tenía una barba de varios días, llevaba puesto un babero y por las comisuras de la boca le caía un hilo de saliva.

»¡Es horroroso vivir hasta una edad en que no dejas de babear como un bulldog! Cada vez que le recuerdo pienso en un bulldog. Aparte, en aquellos tiempos la habitación de un enfermo no era como ahora. Os aseguro que apestaba. Cuando sea una anciana decrepita y empiece a babear, he autorizado a Quinn para que me haga saltar la tapa de los sesos con mi revólver con el mango de madreperla o me administre una inyección de morfina. No lo olvides, jovencito.

-No lo olvidaré -respondí, guiñándole el ojo.

-¡Hablo en serio, bribón! No podéis imaginaros lo repugnante que resulta ese espectáculo. Pediré permiso para rezar el rosario antes de que ejecutes la sentencia y luego desapareceré de este mundo. -Tras contemplar unos instantes los camafeos, tía Queen nos miró a Lestat y a mí.

-El anciano -continuó-tenía la mirada fija en el infinito hasta que reparó en mi presencia, murmurando para sí, pero al verme farfulló unas palabras. Junto a él había una pequeña cómoda en la que, según decían, guardaba el dinero, pero no recuerdo cómo averigüé ese dato.

»Como decía, el viejo canalla me ordenó que entrara. Luego abrió con la llave el cajón superior de su cómoda, sacó un pequeño estuche de terciopelo y, dejando que su bastón cayera al suelo, depositó el estuche en mis manos. "Ábrelo ahora mismo -me ordenó-, porque eres mi única nieta y quiero que lo conserves. Tu madre es demasiado necia para hacerse cargo de él. Vamos, apresúrate."

»Obedecí. El estuche contenía estos camafeos, que me fascinaron con sus figuritas esculpidas y sus marcos de oro.

»"Rebeca junto al pozo -dijo mi abuelo-. Todos se refieren a la historia de Rebeca junto al pozo. -Luego añadió-: Si te dicen que yo la asesiné no mienten. Esa mujer no se contentaba con camafeos, brillantes y perlas, así que la maté o, para ser sincero, y ha llegado el momento de ser sincero, la arrastré a su muerte."

»Como es natural sus palabras me impresionaron -dijo tía Queen-, pero en lugar de sentir recelos o temor, lo que me impresionó fue que me lo contara precisamente a mí. Mi abuelo siguió hablando mientras la baba le caía por las comisuras de la boca y el mentón. Debí ayudarle a limpiársela, pero yo era demasiado joven para sentir ese tipo de compasión.

"En aquellos tiempos-dijo mi abuelo-, ella lucía unas blusas de encaje de cuello alto y los camafeos le quedaban preciosos prendidos en el pecho. Cuando la traje aquí era maravillosa. Todas son maravillosas al principio, pero luego se corrompen. Salvo mi pobre y llorada Virginia Lee. Mi hermosa e inolvidable Virginia Lee. Pero las otras eran unas arpías, te lo aseguro, unas avariciosas y unas arpías. Ella fue la peor y la que me causó mayor amargura -me miró con sus ojos crueles-. Rebeca junto al pozo. Fue él quien me dio el primer camafeo para que se lo regalara, cuando supo que se llamaba Rebeca, y fue él quien me contó la historia del camafeo, y quien me dio los otros camafeos, todos relativos a la historia de Rebeca, para que se los regalara a ella. ¡El condenado andaba siempre espiándonos! Lo cierto es que todos estos camafeos me los dio él, pero no tienen ninguna tara, y tú eres sólo una niña."

Tía Queen se detuvo, mirando en silencio a Lestat, deduzco que para asegurarse de que le prestaba atención, y cuando comprobó que ambos la escuchábamos atentamente, prosiguió.

-Recuerdo perfectamente esas palabras -dijo-. Como es natural, los camafeos me entusiasmaron y deseaba poseerlos. ¡Deseaba poseer todos los que había en el estuche! De modo que estreché el estuche con fuerza contra mi pecho mientras mi abuelo seguía hablando, o mejor dicho ladrando, o quizá sólo farfullara, cualquiera sabe.

»"Ella se encariñó con estos camafeos -dijo aquella bestia-, mientras aún soñaba y se conformaba con lo que tenía. Pero las mujeres no poseen el don de conformarse. Fue él quien la mató por mí, un sacrificio sangriento, ella fue una ofrenda, por así decirlo, pero fui yo quien le indujo a hacerlo. Te aseguro que era la primera vez que arrastraba a una desdichada hacia esas atroces cadenas."

Me estremecí. Esas palabras evocaron en mí un recuerdo siniestro. Ocultaba un sinfín de secretos que me pesaban como un saco de piedras, pero no pude evitar seguir escuchándola fascinado.

-Recuerdo sus palabras: «Hacia esas atroces cadenas», y las frases que siguió mascullando. «A decir verdad, ella me obligó a hacerlo -dijo mi abuelo casi gritando-. Toma estos camafeos y lúcelos, al margen de lo que opines de mí. Quiero regalarte estos preciosos y costosos objetos porque eres una niña, y mi nieta, y eso es lo que deseo.»

»Naturalmente, no supe qué responder -prosiguió tía Queen-. No creo que mi abuelo se considerara un asesino, y yo jamás había oído hablar de ese extraño cómplice al que se refería, ese hombre del que hablaba tan misteriosamente. Jamás he conseguido averiguar quién era. Pero mi abuelo lo conocía y prosiguió como si yo hubiera hurgado en su herida: "Se lo he confesado una y otra vez al cura y al sheriff -dijo-, pero nadie me cree. El sheriff dice que hace treinta y cinco años que Rebeca murió y que son imaginaciones mías. En cuanto a él, ¿qué más da que esta casa se construyera con su oro? Es un embustero y un embaucador y me ha legado esta casa como una prisión, un mausoleo, pero ya no puedo ir a hablar con él, aunque sé que sigue en Sugar Devil Island. Intuyo su presencia, siento sus ojos sobre mí por las noches cuando se acerca, pero no puedo atraparlo. Jamás pude. Y ya no puedo ir a insultarlo a la cara. Soy demasiado viejo y estoy débil."

»Era un misterio indescifrable -dijo tía Queen-. "e Qué más da que esta casa se construyera con su oro?" No revelé a nadie lo que me había dicho mi abuelo. No quería que

mi madre me arrebatara los camafeos. Ella no era una Blackwood, lo cual le echaban siempre en cara. Decían "no es una Blackwood" como si eso explicara su escasa inteligencia y su falta de sentido común. Mi habitación, situada en el piso superior, estaba siempre llena de cachivaches, por lo que no me fue difícil esconder los camafeos. Por las noches los sacaba de su escondite y los admiraba fascinada. Así fue como comenzó mi obsesión por ellos.

»Mi abuelo murió al cabo de unos meses. Un buen día se levantó de su butaca en esta habitación, bajó trastabillando la escalera, se montó en una piragua y se dirigió a Sugar Devil Swamp impulsándose con una pértiga. Por más que los peones le gritaron que se detuviera, no hizo caso y desapareció. Nadie volvió a verle jamás. Desapareció para siempre.

De pronto se apoderó de mí un violento temblor, un temblor que sacudió mi corazón más que mi cuerpo. Observé a tía Queen mientras sus palabras se deslizaban por mi mente como si estuvieran escritas en una cinta.

Tía Queen meneó la cabeza y movió con la mano izquierda el camafeo de Rebeca junto al pozo. No me atreví a tratar de adivinar su pensamiento, como tampoco me hubiera atrevido a espetarle un comentario airado. Aguardé con la paciencia que infunde el cariño, presa de mi sempiterno temor.

Lestat, que parecía cautivado por tía Queen, esperaba a que prosiguiera su relato, cosa que la anciana hizo al cabo de unos momentos.

-Como es natural, al cabo de un tiempo declararon a mi abuelo oficialmente muerto. Mucho antes, cuando seguían buscándole (aunque nadie sabía cómo llegar a la isla y nadie dio nunca con ella), conté a mi madre todo lo que mi abuelo me había dicho. Mi madre se lo contó a mi padre. Pero no sabían nada sobre la confesión de asesinato del anciano ni de su extraño cómplice, el misterioso desconocido, sólo que el abuelo había dejado mucho dinero depositado en numerosas cajas fuertes en diversos bancos.

»Si mi padre no hubiera sido un hombre tan simple y tan pragmático, posiblemente hubiera indagado en el asunto, pero no lo hizo, ni tampoco mi tía, la única hija de Manfred. Ninguno de ellos vio fantasmas. -Tía Queen hizo ese comentario como si a Lestat tuviera que chocarle-. Ambos creían firmemente que Blackwood Farm debía ser explotada para sacarle un rendimiento. Transmitieron ese convencimiento a mi hermano Gravier, el bisabuelo de Quinn, y éste a Thomas, el abuelo de Quinn, y eso es lo que hicieron los tres hombres, trabajar con ahínco para sacarle rendimiento a Blackwood Farm, al igual que sus esposas, que andaban siempre metidas en la cocina, deleitando a los huéspedes con los platos que preparaban, porque así eran ellos. Mi padre, mi hermano y mi sobrino eran unos auténticos hombres del campo.

»Pero siempre hubo dinero, dinero procedente del anciano; todo el mundo sabía que había dejado una fortuna, y no fueron las vacas lecheras ni los árboles de aceite de palo los que dieron lustre a la mansión. Fue el dinero que dejó mi abuelo. En aquellos tiempos la gente no te preguntaba cómo habías obtenido tu dinero. A las autoridades eso no les importaba como les importa hoy en día. Cuando heredé esta casa, examiné todos los documentos relativos a los negocios de mi abuelo, pero no hallé nada referente al misterioso extraño, ni a que mi abuelo hubiera tenido un socio.

Tía Queen suspiró y, después de escudriñar el rostro de Lestat, que la escuchaba atentamente, prosiguió, trabándosele a veces la lengua a medida que se adentraba en el pasado.

-En cuanto a la hermosa Rebeca, mi padre tenía unos recuerdos terribles de ella, al igual que mi tía. Rebeca había sido la compañera de mi abuelo y motivo de escándalo entre las gentes de esta parroquia. Mi abuelo la trajo a casa cuando su santa esposa, Virginia Lee, falleció. Rebeca era la encarnación de la madrastra malvada, demasiado joven para sentir un amor maternal, y trató cruelmente a mi padre y mi tía, que eran unos niños de corta edad, al igual que a todo el mundo.

»Decían que a la hora de cenar, cuando Rebeca se sentaba a la mesa con la familia pese a su indecorosa situación, se ponía a recitar los versos que mi pobre tía Camille escribía en su

Librodot

diario para demostrarle que había entrado a escondidas en su habitación y los había leído. Una noche, tía Camille Blackwood, pese a su dulce carácter, se levantó y le arrojó a Rebeca un plato de sopa a la cara.

Tía Queen se detuvo y suspiró al evocar esos violentos episodios, tras lo cual prosiguió.

-Según dicen, todos odiaban a Rebeca. Mi pobre tía Camille pudo haber sido otra Emily Dickinson o Emily Bronté de no haberse burlado Rebeca de sus versos recitándolos en voz alta. La pobre tía Camille los rompió en mil pedazos después de que esos ojos los hubieran leído y esos labios los hubieran recitado, y no volvió a escribir otro verso. Se sentía tan humillada que se cortó el largo cabello y lo quemó en la chimenea.

»Pero un día, después de otro violento altercado a la hora de cenar, la pérfida Rebeca desapareció. Y puesto que nadie la quería, nadie trató de averiguar cómo y por qué. Según dice Jasmine, encontraron su ropa en el desván. Quinn la ha examinado y ha quitado los camafeos que había prendidos. Quinn insiste en que nos los quedemos. Yo nunca ordené que los bajaran del desván. Soy muy supersticiosa. ¡Y las cadenas...!

La anciana me dirigió una mirada confidencial y cargada de significado. La ropa de Rebeca. Se apoderó de mí otro violento escalofrío.

Tía Queen suspiró y después de bajar la vista y fijarla de nuevo en mí, murmuró:

-Perdóname, Quinn, por hablar por los codos. Especialmente de Rebeca. No quiero disgustarte con esas viejas historias sobre ella. ¿Qué te parece si quemamos su ropa, Quinn? Dado que esta habitación está helada debido al aire acondicionado, ¿qué os parece si encendemos la chimenea? -Apenas hubo formulado esa pregunta, se echó a reír.

-¿Te disgusta esta conversación, Quinn? -preguntó Lestat en voz baja.

-No temas, tía Queen -dije-, nada de lo que digas puede disgustarme. Yo mismo hablo constantemente sobre fantasmas y espíritus -continué-. ¿Por qué iba a disgustarme que hables de cosas reales, de Rebeca, una mujer que estaba viva y bien viva y trataba mal a todo el mundo? ¿O de tía Camille y sus malogrados versos? No creo que mi amigo sepa lo bien que he llegado a conocer a Rebeca. Pero se lo contaré más tarde, si le apetece escuchar un par de historias más.

Lestat asintió con la cabeza y emitió un sonido de conformidad.

-Estoy más que dispuesto -dijo.

-Al parecer, cuando una persona ve un fantasma siente la necesidad de hablar de ello -dijo tía Queen-. Lo sé por experiencia.

Sus palabras provocaron en mí una inesperada reacción.

-Tía Queen, tú me has oído hablar sobre fantasmas y espíritus más que nadie, salvo Stirling Oliver -dije con calma-. Me refiero a mi viejo amigo de la orden de Talamasca, al que también le he hablado sobre ellos. Y al margen de lo que opines de mí, siempre te has mostrado amable y comprensiva conmigo, cosa que te agradezco de todo corazón...

-Desde luego -se apresuró a responder la anciana con firmeza.

-¿Pero crees lo que te he contado sobre el fantasma de Rebeca? -pregunté-. Lo cierto es que no estoy seguro. La gente está dispuesta a creer nuestras historias de fantasmas. La fascinación que siente la gente por los fantasmas varía mucho, por lo que nunca he sabido lo que opinas al respecto. Puesto que te apetece relatarnos unas historias, me parece un buen momento para preguntártelo.

Sabía que me había sonrojado y que hablaba de manera entrecortada, lo cual me disgustaba profundamente. ¡Malditos recuerdos de fantasmas y sus secuelas! No quería pensar en Stirling Oliver yaciendo en mi mortal abrazo ni en la novia ensangrentada postrada en el lecho. ¡Una torpeza tras otra!

-Quieres saber lo que opino al respecto -dijo tía Queen mirando a Lestat y luego a mí-. Tu amigo pensará que ésta es una casa de locos. Dime que no has vuelto a ver a los de Talamasca, Quinn. Nada me disgustaría más. Me arrepentiré siempre de haberos relatado a tu amigo y a ti estas historias si ello hace que vuelvas a ver a esa gente.

-Descuida, tía Queen -contesté. Pero sabía que alcanzaría el límite de mi capacidad de disimulo si continuábamos con aquella dolorosa conversación. Traté de animarme de nuevo por el hecho de que estábamos reunidos los tres, pero en mi mente se agolpaban unas imágenes terroríficas y estaba confundido. Me quedé inmóvil, tratando de ocultar mis emociones.

-No vayas al pantano, Quinn -me imploró de pronto tía Queen con todo su corazón-. No vayas a esa maldita Sugar Devil Island. Conozco tu espíritu aventurero, Quinn. No te ufanes de tu descubrimiento. No vayas allí. No vuelvas a poner los pies en ese lugar.

Me sentí dolido, pero no por culpa de la anciana. Anhelaba poder confesar a Lestat, o a quien fuera, que las advertencias de tía Queen llegaban demasiado tarde. Tiempo atrás las hubiese tenido en cuenta, pero había caído un velo sobre el pasado, impetuoso e invencible. El misterioso extraño había dejado de ser un misterio para mí.

-No pienso más en eso, tía Queen -dije con la máxima suavidad-. ¿Qué te dijo tu padre? Que no existía ningún demonio en Sugar Devil Swamp.

-Es cierto, Quinn -respondió la anciana-, pero mi padre no surcó esas aguas siniestras en una piragua para pasearse por la isla como haces tú. Nadie había dado con esa isla antes que tú, Quinn. Mi padre no tenía espíritu aventurero, y tu abuelo era incapaz de algo tan insensato. Cazaba cerca de las orillas y pescaba cangrejos, lo cual seguimos haciendo. Pero no fuimos en busca de esa isla, y quiero que te olvides de ella.

En aquel momento fui plenamente consciente de lo necesario que yo era para tía Queen.

-Te quiero demasiado para abandonarte -me apresuré a responder atolondradamente, sin pensar en el significado de esas palabras. Luego añadí de sopetón-: Jamás te abandonaré, te lo juro.

-Cariño, tesoro mío -dijo la anciana con aire pensativo mientras acariciaba sus camafeos con la mano izquierda, colocando los cinco de Rebeca junto al pozo uno al lado de otro.

-No tienen ninguna tara, tía Queen -dije contemplándolos, recordando de forma discordante pero con claridad que un fantasma puede lucir un camafeo. Me pregunté si un fantasma podía obrar libremente, rebuscar en sus baúles en el desván.

Tía Queen asintió con la cabeza y sonrió.

-Mi hermoso muchachito -dijo. Luego miró de nuevo a Lestat, que seguía demostrando el mismo interés y la misma amabilidad hacia ella.

-Ya no puedo viajar, Lestat -dijo tía Queen muy seria. Sus palabras me entristecieron-. A veces tengo la horrible sensación de que mi vida se ha terminado. He cumplido ochenta y cinco años. Ya no puedo lucir mis preciosos zapatos de tacón alto, al menos fuera de esta habitación.

Tía Queen se miró los pies, que los tres alcanzábamos a ver, calzados en unos escarpines con lentejuelas de vertiginosos tacones, de los que se sentía muy orgullosa.

-Hasta me supone un esfuerzo ir a Nueva Orleans para visitar a los joyeros que saben que colecciono camafeos -prosiguió la anciana-. Aunque siempre tengo esperando frente a la puerta trasera la limusina más gigantesca que puedas imaginar, sin duda la mayor de la parroquia, y a algunos caballeros dispuestos a acompañarnos a mí y a mi querida Jasmine. Pero, ¿dónde te metes últimamente, Quinn? Cuando me despierto a una hora normal y trato de localizarte, nunca consigo dar contigo.

Yo estaba aturdido. Esa noche me sentía profundamente avergonzado. Me sentía muy alejado de tía Queen pese a estar sentado junto a ella, y pensé de nuevo en Stirling, en el sabor de su sangre y en que había estado a punto de engullir su alma, y me pregunté de nueva si Lestat había obrado algún encantamiento sobre ambos -sobre tía Queen y yo-, haciendo que nos sintiéramos totalmente inocentes.

No obstante me gustaba aquella sensación. Confiaba en Lestat y de pronto se me ocurrió una idea absurda: que si se proponía lastimarme no se habría molestado en escuchar el relato de tía Queen.

Tía Queen prosiguió con deliciosa vehemencia, en un tono más animado aunque sus palabras seguían destilando tristeza.

-Así que me paso los días sentada aquí, admirando mis pequeños talismanes -dijo-, y viendo mis viejas películas, confiando en que Quinn aparezca, pero no me ofendo si no lo hace. -La anciana señaló un enorme televisor situado a nuestra izquierda-. Procuro no pensar con amargura en mis flaquezas. La mía ha sido una vida grata, satisfactoria. Y mis camafeos me hacen feliz. Mi obsesión por ellos me hace feliz. Siempre me ha hecho feliz. Me dedico a coleccionar camafeos desde aquel lejano día. ¿Me comprendes?

-Sí -respondió Lestat-, la comprendo perfectamente. Me alegro de haberla conocido. Me alegro de que me recibiera en su casa.

-Una respuesta encantadora -dijo tía Queen, evidentemente cautivada por Lestat. Su sonrisa se hizo más alegre a la vez que sus ojos hundidos mostraban una mayor animación-. Siempre serás bienvenido en esta casa.

-Gracias, señora -contestó Lestat.

-Llámame tía Queen, querido -dijo la anciana.

-Tía Queen, la quiero -respondió Lestat afectuosamente.

-Podéis iros -dijo tía Queen-. Coloca las sillas en su lugar, Quinn, porque eres joven y fuerte y Jasmine tendría que arrastrarlas sobre la moqueta. Sois libres, mis jóvenes muchachos. Lamento haber concluido esta animada conversación con una nota triste.

-Con una nota maravillosa -contestó Lestat levantándose. Yo devolví las sillas a su lugar sin problemas y regresé junto al escritorio-. No crea que no me siento honrado por sus confidencias -prosiguió Lestat-. Me parece usted una gran dama, si me permite decirlo, una dama verdaderamente encantadora.

Tía Queen soltó una deliciosa carcajada. Yo me acerqué de nuevo a la mesa y vi sus escarpines reluciendo como si sus pies fueran inmortales y pudieran transportarla a cualquier lugar. De pronto perdí todo sentido de decoro y me postré de rodillas para besarle los escarpines.

No era la primera vez que lo hacía; de hecho solía acariciarle los zapatos y besárselos en broma, y también me gustaba acariciarle el empeine y besárselo, como hice ahora, sintiendo la piel cubierta por el tejido sutil de la media, pero el hecho de que lo hiciera delante de Lestat le hizo mucha gracia a la anciana. Se echó a reír con unas encantadoras y agudas carcajadas que me recordaron unas campanas de plata repicando alegremente en un campanario recortado sobre el cielo azul.

Cuando me levanté la anciana dijo:

-Podéis iros. Os autorizo formalmente a retiraros. Marchaos.

Me acerqué para volver a besarla y sentí su delicada mano sobre mi cuello. De pronto me invadió una desgarradora sensación de mortalidad. Las palabras que había dicho tía Queen sobre su edad reverberaban en mis oídos. Experimenté una intensa mezcla de emociones, comprendí que tía Queen siempre había hecho que me sintiera a salvo, pero ahora pensé que ella no lo estaba, lo cual intensificó mi pesadumbre.

Lestat le hizo una pequeña reverencia y ambos salimos de la habitación.

Encontramos a Jasmine aguardando en el pasillo, una sombra afectuosa y paciente. Me preguntó en qué cuarto de la casa iba a instalarme. Su hermana Lolly, y la abuela de ambas, la Gran Ramona, estaban en la cocina dispuestas a prepararnos lo que nos apeteciera.

Respondí que de momento no necesitábamos nada. Que no se preocupara. Y que iba a subir a mis habitaciones.

Jasmine me confirmó que al cabo de un rato llegaría la enfermera de tía Queen, un rayo de sol armado con tensiómetro que respondía al nombre de Cindy, con la que probablemente tía Queen vería la película que ponían esa noche en televisión, que según habían anunciado era Gladiator, dirigida por Ridley Scott. Por supuesto, Jasmine, Lolly y la Gran Ramona también verían la película.

Si de tía Queen dependía (y nada le impedía salirse con la suya), era muy posible que hubiera otras dos enfermeras en la habitación viendo la película. Tía Queen solía hacerse muy amiga de sus enfermeras, examinar las fotografías de sus hijos, recibir tarjetas suyas felicitándola por su cumpleaños y reunir a su alrededor a tantos colaboradores suyos como podía.

Naturalmente, tenía sus propias amistades, dispersas por los montes y los caminos rurales, en la ciudad y fuera de ella, pero eran personas tan ancianas como ella y no podían ir a pasar la noche en su habitación. Con esas señoras y esos caballeros se citaba para almorzar en el club de campo.

El hecho de que yo había sido un cortesano fiel antes de recibir la sangre oscura era una realidad innegable. Pero a partir de entonces iba y venía intermitentemente, un monstruo entre inocentes, atribulado y enfurecido por el olor a sangre.

Así pues Lestat y yo nos despedimos de la anciana, y la noche -aunque yo había estado a punto de asesinar a Stirling, me había alimentado sin remordimientos de una mujer anónima y había escuchado los relatos de tía Queen-era aún joven.

Lestat y yo nos dirigimos hacia la escalera y éste me indicó que le precediera.

Durante unos momentos creí oír a Goblin. Creí intuir su indefinible presencia. Me detuve en seco, deseando de todo corazón que se alejara de mí, mantenerlo tan alejado de mí como si fuera Satanás.

¿Se habían movido las cortinas del salón? Me pareció oír el leve sonido musical de las lágrimas de las arañas. ¡Qué concierto organizarían si se agitaran todas simultáneamente! Esos trucos eran cosa de Goblin, aunque quizá no premeditados, porque si antes se movía en silencio ahora aparecía y desaparecía con cierta torpeza, probablemente más de la que imaginaba.

Sea como fuere, no rondaba cerca de mí.

No había espíritu, ni fantasmas. Sólo el aire fresco de la casa que entraba por las rejillas de ventilación emitiendo un sonido suave como una ligera brisa.

-No está con nosotros -comentó Lestat.

-¿Estás seguro? -pregunté.

-No, pero tú sí -respondió.

Tenía razón.

Le conduje escaleras arriba. Comprendí con toda claridad que, para bien o para mal, ahora tendría a Lestat para mí solo.

6

El salón del piso superior tenía tres puertas en la pared derecha, y puesto que la escalera discurría junto a la pared izquierda, sólo dos en ese lado. La primera a la izquierda conducía a mi apartamento, consistente en dos habitaciones, y la última a ese mismo lado daba acceso al dormitorio situado en la parte trasera de la casa.

Lestat me preguntó si podía entrar en algunas habitaciones y le respondí que podía ver la mayoría. Dos de los tres dormitorios situados a la derecha estaban desocupados; uno era el de mi pequeño tío Tommy, que estudiaba en un internado en Inglaterra, y el otro estaba siempre reservado para su hermana Brittany. Ambas habitaciones eran muy vistosas, con sus fastuosos lechos del siglo XIX, los doseles, de rigor, las cortinas de terciopelo o tafetán y los cómodos y elegantes sillones y sofás, parecidos a los que había abajo, en la habitación de tía Queen.

La tercera habitación, cuya entrada estaba vedada, pertenecía a mi madre, Patsy, a quien confié en que no viéramos.

Las repisas de mármol de las chimeneas -una blanca como la nieve y la otra negra y dorada-estaban esculpidas con exquisito detalle, de las paredes colgaban numerosos espejos con marcos dorados y los gigantescos retratos de mis antepasados: William y su bonita esposa, Grace; Gravier y su esposa, la bendita Alice, y Thomas, mi Pops, y Sweetheart, mi abuela, cuyo verdadero nombre era Rose.

Las luces del techo, candelabros de gas con los brazos de metal y cazoletas de cristal para las bombillas, eran más corrientes pero más sugestivos que las suntuosas arañas del primer piso.

-Era un magnífico maestro -comentó Lestat suavemente.

-Fue mi tutor en todos los aspectos -confesé-. Si se me puede considerar un hombre instruido, lo cual a veces dudo, se lo debo a tres maestros: a una mujer llamada Lynelle, a Nash y a tía Queen. Nash me enseñó la forma correcta de leer, de ver películas y de apreciar cierto prodigio en todas las ciencias, las cuales temo y detesto. Logramos convencerle de que renunciara a una carrera universitaria ofreciéndole un elevado sueldo y una espléndida gira por Europa, de lo cual nos felicitamos. Nash solía leer en voz alta a tía Queen, lo cual la deleitaba.

Me acerqué a la ventana, que daba a la terraza enlosada de detrás de la casa y al distante edificio de dos plantas situado a unos cincuenta metros. Un porche recorría toda la planta superior del edificio, sostenido por unas columnas que se alzaban desde la planta baja, situadas a cierta distancia unas de otras.

-Eso es el cobertizo, como lo llamamos nosotros -expliqué a Lestat-, y a nuestros peones los llamamos los hombres del cobertizo. Hacen las veces de conserje, recaderos, chóferes y vigilantes de seguridad, y viven ahí, en ese edificio.

»Allí están la limusina de tía Queen y mi coche, que ya no utilizo. En estos momentos oigo las voces de los hombres del cobertizo. Supongo que tú también los oyes. Siempre hay dos en casa. Harían cualquier cosa por tía Queen. Harían cualquier cosa para mí.

Proseguí:

-Esas puertas que ves ahí arriba son las de los dormitorios pequeños, es decir, pequeños comparados con éstos, aunque también están amueblados con camas adoseladas, cómodas antiguas y esas butacas tapizadas de raso que tía Queen adora. Antiguamente los huéspedes también se alojaban allí, naturalmente pagando menos que si ocupaban una habitación en la casa grande.

»Y ahí es también donde mi madre, Patsy, se alojaba cuando yo era niño. Ha vivido allí desde que tengo uso de razón. Abajo ensayaba sus canciones, en el garaje, a la izquierda. Era el estudio de Patsy, pero ya no practica y actualmente ocupa el dormitorio delantero situado en el otro extremo del pasillo. En estos días está un tanto indispuesta.

-Ni sientes ningún cariño por ella, ¿no es así? -preguntó

Lestat.

En cuanto al último dormitorio de la izquierda, también estaba abierto y presentaba un aspecto pulcro y ordenado, pero pertenecía a mi tutor, Nash Penfield, que en esos momentos estaba realizando una tesis para su doctorado en inglés en una universidad de la Costa Oeste. Siempre le habían quedado bien la cama de columnas y volantes de seda azul; su mesa estaba limpia, despejada y esperándole, y las estanterías de las paredes, parecidas a las mías, estaban llenas de libros. Frente a su chimenea, al igual que en la mía, había un par de butacas tapizadas de damasco colocadas una frente a otra, elegantes y gastadas.

-Antiguamente los huéspedes se alojaban siempre en las habitaciones situadas a la derecha del pasillo -expliqué a Lestat-, y mis abuelos, Sweetheart y Pops, dormían aquí, en el dormitorio de Nash. El año pasado Nash y yo nos dedicamos a leernos mutuamente pasajes de Dickens en voz alta. Me ando con pies de plomo con él, pero hasta ahora todo ha ido como la seda.

-Pero no amas a ese hombre, ¿o sí? -preguntó Lestat. Entró detrás de mí en la habitación e inspeccionó educadamente los libros dispuestos en las estanterías.

- Por supuesto que le amo. Pero temo que más pronto o más tarde descubra algo anómalo en mí. Hasta ahora he tenido suerte.

-Esas cosas requieren mucho valor -dijo Lestat-. Te asombraría lo que los mortales son capaces de aceptar si te comportas como un ser humano. Pero eso ya lo sabes, ¿no es así?

Lestat siguió examinando las estanterías respetuosamente, limitándose a señalar pero sin tocar ningún libro.

- Dickens, Dickens y más Dickens -comentó sonriendo-. Y al parecer todas las biografías que se han escrito sobre ese autor.

- Así es -respondí-. Le leí a Nash en voz alta todas sus novelas, una tras otra, algunas aquí mismo, junto al hogar. Después de que las hubiéramos leído de cabo a rabo, me sumergía en alguna de sus obras, por ejemplo La tienda de antigüedades, La pequeña Dorrit o Grandes esperanzas, y comprobaba que el lenguaje era delicioso, me fascinaba, tal como le dijiste a tía Queen. Lo expresaste perfectamente. Era como sumergirse en un universo, sí. -Me detuve. Me sentía todavía aturdido tras el rato que habíamos pasado junto a tía Queen, por la atención que Lestat le había prodigado. En cuanto a Nash, le echaba de menos y anhelaba que regresara.

-Temo matarla -respondí.

- ¿Cómo has dicho? -preguntó Lestat.

-Temo matarla -repetí-. La odio y deseo matarla. Sueño con ello. Ojalá no fuera así. Es un mal pensamiento que se me acaba de ocurrir.

- Entonces llévame a un lugar donde podamos charlar, hermanito -dijo Lestat, y sentí sus dedos oprimiéndome suavemente el brazo.

- ¿Por qué eres tan amable conmigo? -le pregunté.

- Da la impresión de que estás acostumbrado a que las personas a tu servicio sean amables contigo -respondió Lestat-. No estás muy seguro sobre Nash, ¿no es cierto? No estás seguro de si te amaría tanto si no le pagaras un sueldo -dijo echando un vistazo alrededor de la habitación como si ésta le hablara de Nash.

-Un sueldo elevado y bonificaciones para marear a cualquiera -dije-no siempre hacen que aflore lo mejor de las personas. Pero en el caso de Nash... creo que sí. Le ha llevado cuatro años escribir su tesis, pero es una persona excelente, y cuando se haya examinado se sentirá satisfecho. -Noté que la voz me temblaba, lo cual detesto-. Se sentirá independiente de nosotros y eso es una buena cosa. Regresará y se convertirá en el acompañante y escolta de tía Queen. Leerá de nuevo en voz alta para ella, pues tía Queen ya no puede leer. Lo cual la deleitará. Y yo me alegraré por ella. Nash la llevará adonde le apetezca ir. Hará lo que sea por ella. Es un hombre muy atractivo.

- Te enfrentas a unas tentaciones tremendas -comentó Lestat achicando los ojos y observándome.

- ¿Unas tentaciones tremendas? -pregunté. Me sentía escandalizado y horrorizado-. No creerás que soy capaz de alimentarme de las personas a las que quiero. Sé que cometí un error colosal con Stirling, que hice algo espantoso; Stirling estuvo a punto de morir, pero me pilló desprevenido y temía que supiera lo que yo era, que me conociera, que comprendiera... - ¡Desprevenido! El vestido de novia ensangrentado, la novia cubierta de sangre. ¡Idiota, no debes matar a seres inocentes, y en el día de su boda! Es la única novia que tendrás jamás.

-No me refería a eso -replicó Lestat, haciéndome reaccionar y disipando mi angustia-. Vamos. Vayamos a tu habitación, hermanito, donde podamos conversar tranquilamente. Tienes un apartamento de dos habitaciones junto a la escalera, ¿no es así?

Experimenté una sensación de calma y alborozo ante la perspectiva de charlar a solas con él, como si el propio Lestat me la hubiera inducido.

Lestat me condujo por el pasillo y yo le seguí dócilmente.

Entramos en mi cuarto de estar, situado en la parte delantera de la casa, desde donde veíamos mi dormitorio a través de la puerta corrediza, que estaba abierta: mi enorme e imponente lecho, con un dosel forrado de satén rojo, y las butacas tapizadas en el mismo tejido, mullidas y tentadoras, distribuidas por mi dormitorio y el cuarto de estar, y entre las

ventanas delanteras de ese cuarto, mi escritorio y mi ordenador. La gigantesca pantalla de la televisión, a la que estaba tan enganchado como el que más, ocupaba un rincón, cerca de la pared interior.

Debajo del candelabro de gas estaba la mesa central con dos sillas colocadas una frente a otra; allí era donde solía sentarme, erguido pero cómodo, para leer. Allí escribía mi diario mientras miraba la televisión con un ojo. Allí era donde deseaba estar con Lestat. No sentados en las dos butacas junto a la chimenea, que en esa época del año estaba apagada.

Observé enseguida que alguien había encendido mi ordenador. Lestat intuyó mi aprensión y vio también el mensaje que flotaba en caracteres verdes sobre el monitor negro: LESTAT NO. El hecho me sobresaltó. Me acerqué rápidamente al ordenador

y lo apagué.

-De Goblin -dijo Lestat. Yo asentí con la cabeza mientras permanecía junto al ordenador como un centinela, esperando que se encendiera de nuevo, pero no se encendió.

Fui presa de unos violentos escalofríos. Al volverme me percaté vagamente de que Lestat se hallaba al otro lado de la mesa central, observándome, pero no presté atención. Las pesadas cortinas que cubrían las ventanas delanteras comenzaron a agitarse y el candelabro de gas suspendido sobre mi cabeza empezó a oscilar. Percibí el leve sonido musical de las cazoletas y lágrimas de cristal del candelabro. Tenía la vista nublada.

-Aléjate de mí -murmuré-. No quiero verte, cerraré los ojos, te lo juro. -Y lo hice, cerré los ojos con fuerza como un niño

que finge estar durmiendo, pero perdí el equilibrio y tuve que abrirlos para no caer.

Vi a Goblin a mi derecha, opaco, detallado, una copia exacta de mí mismo. El ordenador se encendió, se oyó un tecleo y unas sílabas sin sentido aparecieron en el monitor al tiempo que los pequeños altavoces del ordenador emitían un vago murmullo.

Traté de cerrar los ojos de nuevo, pero me sentía demasiado cautivado por él, por ese doble mío, vestido con mi misma chaqueta de cuero y pantalón negro y una expresión enloquecida que no reflejaba la mía. Sus malvados ojos centelleaban triunfales y su sonrisa parecía la de un payaso.

-Te digo que te marches, Goblin -insistí, pero eso no hizo sino redoblar su poder. De pronto su imagen comenzó a expandirse.

-¡Deja que le hiera! -dijo Lestat apremiante-. ¡Dame tu permiso!

Me sentía tan confundido que no pude responder, aunque oí a Lestat volver a rogarme que le permitiera hacerlo. Sentí una intensa opresión, como si me estrujara una boa constrictor, al menos eso imaginé; mi visión me había abandonado, fundiéndose con los violentos escalofríos que no cesaban de sacudirme. Sentí unos alfilerazos en toda la cara y el dorso de las manos, que traté de alzar para protegerme los ojos, pero me dolían. Me dolía cada centímetro de mi cuerpo, incluso la nuca.

Me invadió el pánico, como si me hubiera atrapado un enjambre de abejas. Hasta me dolían los párpados, y comprendí que había caído al suelo, pero era incapaz de reorientarme. Sentí la moqueta bajo la palma de mi mano, pero no podía incorporarme.

-Deja que le lastime, hermanito -insistió Lestat. Oí mi voz como si perteneciera a otra persona.

-Maldito sea -dije-. Sí, lastímalo.

Pero se había producido esa magnética sensación de unión entre Goblin y yo, éramos indivisibles, y vi de nuevo la soleada habitación en la que había un niño en su parque de madera rodeado de juguetes, un chiquillo de pelo rizado vestido con un diminuto mono al que reconocí como yo mismo; junto a él estaba su doble, y ambos reían alegremente -mira las flores rojas sobre el linóleo, mira el sol, mira la cuchara que vuela por el aire formando un arco-, e inmediatamente evoqué otras imágenes y momentos aleatorios: unas risas en clase y todos mis compañeros mirándome, señalándome y murmurando, y yo diciendo: Está aquí, os lo aseguro. Su mano izquierda sobre mi mano izquierda, escribiendo a lápiz con aquella letra

tan descuidada, te quiero, Goblin y Tarquin, y las descargas eléctricas de placer que me despojaban del cuerpo, del alma. Empecé a revolcarme por el suelo.

-Goblin -creo que dije-. El ser al que pertenezco y al que siempre he pertenecido. Nadie puede entenderlo, nadie puede imaginarlo.

Goblin, Goblin, Goblin.

El placer se intensificó hasta alcanzar una exquisitez inenarrable, tras lo cual comenzó a disiparse en oleadas de éxtasis.

Goblin empezó a marcharse, dejándome de nuevo temblando de frío, herido y solo, feroz, catastróficamente solo... Me abandonaba.

-¡Lastímalo! -grité con todas mis fuerzas, temiendo que mis palabras no fueran audibles. Luego abrí los ojos y vi sobre mí una imagen inmensa de mi persona, con el rostro contraído y grotesco formado por puntitos de fuego.

Lestat había activado su don del fuego para quemar la sangre que Goblin me había arrebatado. Oí el lamento silencioso de Goblin, su alarido feroz pero inaudible.

No, era imposible, no era mi Goblin. ¿Cómo había sido yo capaz de traicionarlo? Su grito semejaba una sirena. Sobre mí cayó una lluvia de minúsculas cenizas, como si alguien me las arrojara, y oí de nuevo el alarido de Goblin perforándome los tímpanos.

El aire estaba impregnado de olor a quemado, como de pelo humano chamuscado, y la gigantesca imagen que permanecía suspendida sobre mí se fundió con mi doble sólido durante unos momentos terribles y angustiosamente opacos, desafiándome, maldiciéndome: ¡Eres un diablo perverso, Quinn! Cruel. ¡Cruel! Y de pronto desapareció, escapando por la puerta, haciendo que el candelabro de gas rechinara suspendido de su cadena y las luces eléctricas parpadearan, provocando un vendaval que agitó los visillos de encaje que cubrían las ventanas al tiempo que volvía a hacerse el silencio.

Yo yacía en el suelo. El parpadeo de las luces era insoportable.

Lestat se acercó para ayudarme a levantarme y me acarició el pelo con ambas manos.

-No pude hacerlo hasta que te abandonó -dijo-, porque temí abrasarte a ti también mientras estaba en tu interior.

-Entiendo -respondí, febril-. Jamás pensé en hacerlo, en castigarlo con el don del fuego, pero no cabe duda de que ha aprendido mucho. Tiene unos reflejos muy rápidos. Sabe lo que es evidente para ti y para mí: que si trato de quemarlo, si tú o yo tratamos de nuevo de quemarlo, volverá a fundirse conmigo para que el fuego me abrase.

-Es posible -dijo Lestat, conduciéndome a la silla situada frente a la mesa-. Pero, ¿crees que desea que mueras?

-No, no puede desearlo -respondí. Jadeaba como si hubiera estado corriendo-. Su vida depende de la mía. No me imagino dónde estaba antes de que apareciera yo. Pero es mi atención, mi amor, lo que le da fuerza. ¡Maldita sea, no puedo dejar de amarlo, de pensar que le estoy traicionando, y él se alimenta de eso!

El parpadeo de las luces cesó. Los visillos de encaje dejaron de agitarse. Sentí unos escalofríos que me recorrían la columna vertebral. El ordenador se desconectó de repente, emitiendo un chasquido a través de los altavoces.

Balbuciendo, conté a Lestat lo de la imagen que había visto, de mí mismo en el parque de madera, del suelo de linóleo que deduje que estaba en la cocina, y de Goblin y de mí, aclarando que no era algo que yo recordaba sino un episodio real.

-Goblin me ha mostrado esas imágenes en otras ocasiones en que me ha atacado, unas imágenes de mí mismo de niño. -¿A lo largo de los años?

-No, sólo después de que yo recibiera el don oscuro, junto con esos ataques, cuando me fundo con él como lo haría con una víctima mortal. Es debido a la sangre oscura. La sangre vampírica se ha convertido en la moneda de cambio de la memoria. Goblin quiere que yo sepa que posee esos recuerdos de una época en que yo le veía y le daba fuerzas con esa visión incluso antes de aprender a hablar.

Lestat se sentó en la silla al otro lado de la mesa y, al verlo de espaldas a la puerta del pasillo, tuve de inmediato una mala premonición.

Me acerqué a la puerta y la cerré. Luego regresé, desenchufé el ordenador y pregunté si le importaba que colocara las sillas de otra forma. Cuando me disponía a hacerlo Lestat me agarró del brazo.

-Ten paciencia, hermanito -dijo-. Ese ser te ha hecho perder el juicio.

Nos sentamos de nuevo, frente a frente, Lestat de espaldas a la fachada de la casa y yo de espaldas a mi dormitorio.

-Goblin quiere convertirse en un buscador de sangre, ¿comprendes? -dije-. Me aterroriza que se convierta en un monstruo, los desmanes que pueda cometer. -Miré el candelabro de gas para comprobar si las bombillas eléctricas parpadeaban. Pero no. Miré el ordenador para cerciorarme de que estuviera apagado. Sí.

-Es imposible que se convierta en un buscador de sangre -respondió Lestat con calma-. Deja de temblar, Quinn. Mírame a los ojos. Estoy aquí contigo. ¡Estoy aquí para ayudarte, hermanito! Goblin ha desaparecido, y después de haberse quemado no creo que regrese hasta dentro de mucho tiempo.

-¿Crees que siente dolor físico? -pregunté.

- Desde luego. Puede sentir la sangre y el placer, ¿no?

- No lo sé -proseguí-. Confío en que tengas razón -dije, a punto de romper a llorar. «Hermanito.» Esa palabra me encantaba, la atesoraba, era tan dulce como la costumbre que tenía tía Queen de llamarme «muchachito».

- Domínate, Quinn -dijo Lestat-. Me estás fallando. -Me tomó las manos. Sentí su firmeza. Intuí su fuerza. Pero se comportó con delicadeza; tenía la piel suave y sus ojos me miraban con benevolencia.

-Pero la vieja historia que aparece en las Crónicas -dije-, sobre los primeros vampiros, que eran humanos hasta que los poseyó un espíritu. ¿No crees que puede repetirse?

-Que yo sepa, jamás ha vuelto a ocurrir -respondió Lestat-, y estamos hablando de hace miles de años, de una época anterior al antiguo Egipto. Muchos buscadores de sangre, como tú los llamas, han visto espíritus, al igual que los han visto muchos humanos. ¿Cómo podemos saber lo que ocurrió en el principio, salvo lo que nos ha contado la tradición de que un espíritu muy potente se apoderó de su huésped humano mediante numerosas heridas mortales. ¿Crees que Goblin tiene el poder o la astucia de lograr una fusión tan perfecta?

Tuve que reconocer que no.

-¿Pero quién iba a imaginar que podría alimentarse de mí? -pregunté-. ¿Quién podía adivinar que sería capaz de hacerlo? La noche que me transformé, mi creador me dijo que Goblin me abandonaría, que los espíritus aborrecían a los buscadores de sangre y no tardaría en quedarme solo. «Se acabaron tus compañeros fantasmales», me aseguró. Lo dijo para zaherirme. Porque él no podía verlos. ¡Era un demonio!

Lestat asintió con la cabeza. Sus ojos reflejaban cierta compasión.

-En términos generales, es cierto -dijo-. Los fantasmas evitan acercarse a los bebedores de sangre, como si hubiera algo en nosotros que les horrorizara, lo cual es comprensible. Ignoro exactamente el motivo. Pero sabes que no siempre es así. Hay muchos vampiros que ven espíritus, aunque confieso que no soy uno de ellos, salvo en raras ocasiones.

-¿De modo que no ves a Goblin? -pregunté.

-Ya te he dicho la primera vez que no podía verlo -contestó Lestat con paciencia-. Al menos hasta que ha bebido la sangre. Entonces veía su imagen definida por la sangre. Esta vez ha ocurrido lo mismo, y he usado el don del fuego para quemar esa sangre. Pero, ¿y si te hubiera atacado de nuevo? No creo que esas minúsculas llamas te hubieran abrasado. No eran lo suficientemente poderosas. Pero por si acaso, si Goblin aparece de nuevo utilizaré otro poder, el poder de la mente, como lo denominaban algunos, no para adivinar su pensamiento sino para frenarlo, para ahuyentarlo con una fuerza telequinésica hasta que esté tan cansado de defenderse que no pueda más y tenga que huir.

-Pero, ¿cómo puedes frenar algo que no es material? -inquirí.

-Goblin es material -me corrigió Lestat-. Está hecho de un material que desconocemos. Piensa con claridad.

Asentí con la cabeza.

-Yo trato de quitármelo de encima -confesé-. Pero siempre ocurre algo que trastorna mi raciocinio y antes de que pueda darme cuenta, Goblin se apodera de mí, y empiezo a sentir ese placer pulsante, ese placer obsceno que me produce el hecho de que él y yo nos fundamos, y me acometen unos violentos escalofríos, como si mi vieja alma se estremeciera, marcados por un ritmo sostenido, un ritmo frenético, y me convierto en su esclavo.

Sentí que me invadía una deliciosa sensación de letargo, un último estremecimiento provocado por esa unión. Observé mis manos. Todas las minúsculas heridas habían cicatrizado. Me palpé la cara y volví a evocar aquellos recuerdos. Sentí un vasto y secreto conocimiento de Goblin, una inquebrantable dependencia.

-Se ha convertido en mi vampiro -dije-. Hace lo que quiere conmigo, se apodera de mi voluntad. Sí... soy su esclavo.

-Un esclavo que desea librarse de su amo -respondió Lestat con aire pensativo-. ¿Sientes que ese placer obsceno se intensifica con cada ataque? -preguntó.

-Sí -confesé-. Durante unos años Goblin fue mi único amigo. Antes de que apareciera Nash Penfield. Antes de que apareciera mi maestra Lynelle. E incluso cuando Lynelle estaba aquí, Goblin y yo siempre estábamos juntos. Jamás consentí que nadie me impidiera hablar con Goblin. Patsy lo odiaba. Patsy es mi madre, como te he dicho. Durante esa época representé una comedia perfecta, pero inevitable. Patsy se ponía a patalear y a gritar: «¡Si no dejas de hablar con ese condenado fantasma, me largo!» Tía Queen tiene mucha paciencia, hasta el extremo de que yo juraría que a veces, por más que ella lo niegue, también ha visto a Goblin.

-Pero, ¿por qué iba a negarlo? -preguntó Lestat.

-Todos creían que Goblin no me convenía. Pensaban que no debían fomentar esas visiones. Por eso no querían que yo hablara con los de Talamasca, porque temían que Stirling y los demás miembros alimentaran este nefasto don que poseo, de ver fantasmas y espíritus, de modo que si alguno vio a Goblin, si mi abuela Sweetheart o mi abuelo Pops llegaron a verlo, jamás me lo dijeron.

Lestat reflexionó unos instantes. Observé de nuevo la ligera diferencia entre sus ojos. Traté de desterrarlo de mi pensamiento, pero un ojo era mucho más brillante que el otro y estaba inyectado en sangre.

-Creo que ha llegado el momento de que lea la carta que me has escrito, ¿no crees? -dijo.

-Quizá sí -fue cuanto atiné a responder.

Lestat sacó el sobre del bolsillo interior de su chaqueta y rasgó una esquina del mismo, dejando que el camafeo de ónice cayera en su mano derecha. Entonces sonrió.

Tras alzar rápida y repetidas veces la vista de la imagen blanca esculpida para mirarme, frotó el camafeo suavemente con el pulgar.

- ¿Puedo quedármelo? -preguntó.

- Te lo regalo -contesté-. Es para ti. Pensé en regalártelo cuando supuse que jamás nos veríamos. Quédatelo. Confieso que lo encargué para tía Queen, pero después de recibir la sangre oscura no quise dárselo. No sé por qué insisto en este tema. Es un honor para mí regalártelo. Es tuyo.

Después de guardarse el camafeo en el bolsillo interior de su chaqueta, Lestat abrió la carta y la leyó detenidamente, al menos eso me pareció.

En ella le rogaba que me ayudara a destruir a Goblin, le imploraba que tuviera paciencia conmigo por haberme atrevido a entrar en Nueva Orleans en su busca y le informaba de cómo había llegado a conocer y querer a los de Talamasca, una confesión que hizo que me sonrojara al pensar en Stirling y lo que yo había estado a punto de hacer esa noche. En la carta le

confesaba asimismo lo mucho que quería a tía Queen y que deseaba despedirme de ella, en caso de que Lestat decidiera castigarme matándome por haberle desobedecido.

En esos momentos comprendí que buena parte de la carta le había sido revelada por otros medios, y que lo que sostenía en sus manos era tan sólo un documento formal de lo que ya sabía.

Lestat volvió a doblar respetuosamente los folios y se los guardó de nuevo en el bolsillo, como si quisiera conservar la carta, aunque yo no me explicaba el motivo. El sobre lo desechó.

Lestat me miró largamente en silencio, con expresión franca y generosa, una expresión que parecía natural en él.

-Seguía el rastro de Stirling Oliver cuando me topé contigo -dijo por fin-. Me di cuenta de que había entrado en mi apartamento, cosa que ha hecho en más de una ocasión, y decidí darle un pequeño susto. No sabía exactamente cómo hacerlo, aunque no tenía la menor intención de que me viera, pero me tropecé contigo cuando te disponías no sólo a asustar al señor Oliver sino a liquidarlo, y capté por tu confusa mente el motivo por el que habías venido.

Asentí con la cabeza, tras lo cual me apresuré a decir:

-Stirling no obraba de mala fe, tú mismo pudiste comprobarlo. No sabes cuánto te agradezco que me lo impidieras. No habría sobrevivido al trauma de haberlo matado. Estoy convencido de ello. Habría significado el fin para mí. Me aterroriza mi torpeza, el que una muerte así... Pero te aseguro que Stirling no pretendía hacernos ningún daño...

-¡Vaya, de modo que ahora pretendes evitar su destrucción! Descuida. No pienso ponerle la mano encima a ningún miembro de Talamasca, ya te lo he dicho. Por lo demás, les he dado lo que deseaban durante bastante tiempo.

-Sí, verte de vez en cuando, hablar contigo.

-Correcto. Eso les dará que pensar, y escribirán a los Ancianos, pero sé perfectamente que no pueden lastimarnos. Stirling y sus secuaces no vendrán aquí en tu busca. Son demasiado honorables. Pero debes asegurarme, por si los he subestimado, que durante el día te ocultas en un lugar seguro.

-Muy seguro -me apresuré a responder-. En Sugar Devil Island, la cual jamás conseguirán encontrar. Pero tienes razón, Stirling cumplirá su promesa de no venir en mi busca ni tratar de localizarme. Creo en su palabra. Por eso es increíble que yo tratara de matarle, que estuviera a punto de acabar con él.

- ¿Crees que habrías llegado a matarlo? -inquirió Lestat-. ¿Es que no puedes controlarte una vez que empiezas?

-No sé hasta qué punto soy capaz de controlarme -respondí apesadumbrado-. La noche de mi transformación cometí una torpeza imperdonable, maté a un ser inocente...

- Fue una torpeza de tu creador -replicó Lestat-. Debió permanecer junto a ti, para enseñarte.

Asentí con la cabeza.

-Deja que sueñe que habría roto con Stirling, pero no sólo le temía porque sabía lo que yo era, sino que ansiaba su muerte. No sé lo que habría ocurrido. Él se resistía a mí con su elegancia mental. Posee una gran elegancia mental. Sí, creo que le habría matado. Debido en parte a mi amor por él. Me habría condenado para siempre, y habría hallado el medio de matarme. Estoy condenado por haber estado a punto de matarlo. Estoy condenado por todo. Vivo en un estado de ánimo fatal.

-¿Cómo es eso? ¿A qué te refieres? -preguntó Lestat, pero no se mostró sorprendido por lo que yo acababa de decir.

-Tengo la sensación de hallarme siempre a punto de recibir la extremaunción o de dictar mis últimas voluntades. Morí la noche que me transformó mi creador; soy como uno de esos patéticos fantasmas de Blackwood Manor que no sabe que está muerto. No puedo resucitar.

Lestat asintió con la cabeza, arqueando una ceja y luego relajándose.

-Ya sabes que eso garantiza una existencia más larga que una conducta imprudente y despreocupada.

-Pues no, no lo sabía -me apresuré a responder-. Lo único que sé es que estás aquí y que me has ayudado a librarme de Goblin. Ya has visto lo que es capaz de hacer. Como habrás podido comprobar, es preciso destruirlo. Y posiblemente a mí también.

-No tienes ni idea de lo que dices -replicó Lestat sin levantar la voz-. No deseas ser destruido. Deseas vivir eternamente. Pero no quieres matar para conseguirlo, eso es todo.

Entonces comprendí que iba a romper a llorar.

Saqué el pañuelo del bolsillo y me enjugué los ojos y la nariz. No me volví para hacerlo. Eso habría sido una cobardía. Pero miré a mi alrededor sin volver la cabeza, y cuando miré de nuevo a Lestat pensé que era un ser increíblemente bello.

Sus ojos bastaban para cautivar a cualquiera, pero poseía muchas otras cualidades: una melena rubia y espesa, una boca exquisitamente perfilada y una expresión de elocuente comprensión, además de inteligencia. A la luz del candelabro de gas parecía un auténtico galán cinematográfico, hacía que me olvidara de mis penas y me transportaba a un inefable momento en que me deleité admirándole hasta un extremo que él no podía siquiera imaginar.

-Y tú, mi intemporal amigo -dijo con una voz suave y segura que no denotaba el menor reproche-, hete aquí en tu espléndido entorno formado por espejos y oro, por amor humano y sobrado patrimonio, pero despojado esencialmente de todo debido a un estúpido demonio que te ha dejado huérfano e incómodamente, no, atrozmente rodeado de los mortales a los que necesitas con desesperación.

-No -protesté-. Yo huí de mi creador. Pero fui en tu busca, te encontré y ahora te tengo aquí, siquiera por esta noche. Pero te aseguro que te amo, en la misma medida en que amo a tía Queen,

a Nash y a Goblin, sí, tanto como he amado a Goblin. Perdóname. No puedo ocultarlo.

-No tengo nada que perdonarte -contestó Lestat-. Tienes la cabeza repleta de imágenes, que capto parpadeando y agolpándose en tu cerebro como en busca de una narración. Deseo que me cuentes tu vida, todo lo relativo a ella, incluso lo que te parezca insignificante. Cuéntamelo todo sin reservas, y luego decidiremos lo que debemos hacer con Goblin.

-¿Y yo? -pregunté. Me sentía exuberante. Enloquecido-. ¿Decidiremos también lo que debemos hacer conmigo?

-No pretendo infundirte temor, hermanito -respondió Lestat, muy amable-. Lo peor que podría hacer es abandonarte, esfumarme como si nunca nos hubiéramos conocido. Ahora no pienso en eso. Pienso en que deseo conocerte más, en que he empezado a encariñarme contigo y a atesorarte. Tu conciencia resplandece ante mis ojos. Pero dime, ¿no te he fallado ya? No creo que me veas como el héroe que habías imaginado que era.

-¿Por qué? -pregunté asombrado-. Estás aquí conmigo. Salvaste a Stirling. Impediste que ocurriera un desastre.

-No logré destruir a tu odioso fantasma -dijo Lestat encogiéndose de hombros-. Ni siquiera puedo verlo, y tú contabas conmigo. Y lo sometí al don del fuego con todas mis fuerzas.

-Pero si acabamos de empezar -contesté-. Debes ayudarme a desembarazarme de él. Pensaremos juntos la forma de hacerlo.

-Sí, eso es justamente lo que haremos -respondió Lestat-. Ese ser es lo suficientemente potente para constituir una amenaza para otros. Si es capaz de luchar contra ti como lo hizo, es capaz de atacar a otros, eso está claro, y responde a la ley de la gravedad, lo cual es positivo para nuestros fines.

-¿Que responde a la ley de la gravedad? -pregunté.

-Al abandonarte desplazó el aire -respondió Lestat-. Es material. Ya te lo he dicho. Posee alguna química en el mundo físico. Es probable que todos los fantasmas sean materiales. Pero hay gente que sabe de eso más que yo. Yo sólo he visto a un fantasma humano, he hablado

con un fantasma humano y he pasado una hora con un fantasma, lo cual confieso que me aterrorizó.

-Sí -dije-, te refieres a Roger, ¿no es cierto? Se apareció a ti en la crónica titulada Memnoch el Diablo. Leí en ella que hablaste

con él y que te convenció para que te hicieras cargo de Dora, su hija mortal. La leí de cabo a rabo. Creo todo lo que dices en ella; creo que viste a Roger y que estuviste en el cielo y el infierno.

-Haces bien -respondió Lestat-. No mentí en esas páginas, aunque dicté el relato a otra persona. Estuve con Memnoch el Diablo, pero sigo sin saber si era realmente el diablo o un espíritu burlón. -Lestat se detuvo-. Estoy convencido -dijo-de que has observado la diferencia entre mis ojos.

- Lo siento, no he podido evitarlo -me apresuré a contestar-. No es un defecto.

Lestat hizo un ademán para descartar el tema, con una afable sonrisa.

- Este ojo derecho -dijo-me lo arrancaron unos espíritus que pretendían impedir que huyera del infierno de Memnoch, tal como lo describo en el libro. Posteriormente me lo devolvieron, aquí en la Tierra, y a veces creo que este ojo ve cosas extrañas.

- ¿Cosas extrañas?

- Ángeles -respondió Lestat con expresión pensativa-, o esos seres que se denominan ángeles, o que quieren convencerme de que son ángeles. Se me han aparecido a lo largo de los muchos años transcurridos desde que huí de Memnoch. Se me aparecieron cuando yacía en un coma en el suelo de la capilla de St. Elizabeth's, el edificio de Nueva Orleans que me legó la hija de Roger. Al parecer este ojo que me robaron, que luego me restituyeron, el ojo que tengo inyectado en sangre, ha establecido cierta conexión con esos seres, sobre los que podría contarte una interesante historia, aunque ahora no es el momento adecuado.

- Te lastimaron, ¿no es así? -pregunté, intuyéndolo por su expresión.

Lestat asintió con la cabeza.

-Dejaron mi cuerpo para que lo velaran mis amigos -me explicó, y por primera vez desde que nos habíamos encontrado le vi preocupado, indeciso, ligeramente confundido-. Pero se llevaron mi espíritu -prosiguió Lestat-. Y me obligaron a obedecerlos en una esfera tan palpable como esta habitación, amenazándome continuamente con volver a arrancarme el ojo derecho, con arrebatármelo para siempre si no los obedecía.

Lestat se detuvo, meneando la cabeza.

-Creo que fue el ojo -dijo-lo que les permitió imponerme su voluntad, apoderarse de mí, en esta esfera. Fue gracias a ese ojo, que me había sido arrebatado en otros dominios y devuelto a su cuenca en la Tierra. Podría decirse que cuando miraron desde las nobles alturas del cielo, suponiendo que fuera el cielo, vieron a través de las brumas de la Tierra mi ojo reluciente y centelleante.

Lestat suspiró como si de pronto se sintiera deprimido y me miró afanosamente.

-Mi pobre ojo, mi maltrecho ojo -prosiguió-les dio la brújula con que localizarme, el ojo de buey, por así decir, entre ambas esferas, y vinieron con el propósito de apoderarse de mi espíritu en contra de mi voluntad.

-¿Adónde te llevaron? ¿Qué te hicieron?

-¡Ojalá tuviera la certeza de que eran unos seres celestiales! -exclamó Lestat en tono grave y vehemente-. ¡Ojalá estuviera seguro de que Memnoch el Diablo y los que le siguieron me habían mostrado algunas verdades! ¡Todo sería muy distinto y salvaría mi alma!

-Pero no lo sabes. No te convencieron -dije.

-¿Cómo puedo aceptar un mundo lleno de injusticias, junto con sus augustos designios?

Lestat volvió a menear la cabeza, desvió la mirada y luego la bajó, como si buscara un punto en el que concentrarse.

-No puedo aceptar a ciegas lo que me contaron Memnoch y los que aparecieron con posterioridad a él -continuó mirándome de nuevo-. No he relatado a nadie mi última aventura espiritual, aunque los otros, los bebedores de sangre que me aman, mi exuberante Tropa de

Allegados, como la llamo, saben que ocurrió algo, lo presienten. Ni siquiera sé cuál de mis cuerpos era el auténtico, el que yacía postrado en el suelo de la capilla de St. Elizabeth's o el que vagaba con los supuestos ángeles. Yo era un traficante involuntario en conocimientos e ilusiones. La historia de mi última aventura, mi aventura secreta y desconocida, la aventura que no he contado a nadie, pesa sobre mi alma hasta el punto de arrebatarme mi aliento espiritual.

-¿Puedes relatarme ahora esa aventura? -inquirí.

Creo que Lestat tuvo que hacer acopio de todo su valor para no ocultar su pesadumbre, para mostrarme su profundo dolor.

- No -respondió. Lo cierto es que no me siento aún con fuerzas para relatarte esa historia.

Lestat se encogió de hombros, meneó la cabeza y luego prosiguió:

- Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas, de todo mi valor para esa confesión. En estos momentos me reconforta estar contigo. Tú tienes una historia que contarme, sí, o ambos tenemos una historia que vivir juntos. En estos momentos mi codicioso corazón se aferra a ti.

Me sentí embargado por la emoción y lloré en silencio como un niño. Me soné y traté de conservar la calma. Vi sangre en el pañuelo. Cuerpo de sangre. Mente de sangre. Sus ojos centelleantes sobre mí. De color violeta.

-Debería dar gracias por mi buena suerte sin cuestionarla -dije-, pero no me resisto a preguntártelo. ¿Qué te impidió destruirme, castigarme por haber entrado en tu apartamento, por hacer lo que le hice a Stirling? Debo saberlo.

- ¿Por qué quieres saberlo? -inquirió Lestat riendo suavemente-. ¿Por qué es tan importante para ti?

Meneé la cabeza y me encogí de hombros. Luego volví a enjugarme los ojos.

-¿Es vanidad por mi parte insistir en saberlo? -pregunté. -Probablemente -respondió Lestat sonriendo-. No, ¿debería yo comprenderlo? Yo, el ser más vanidoso que existe –declaró riendo-. ¿No me viste acicalándome abajo para conocer a tu tía? Asentí con la cabeza.

-De acuerdo -dijo Lestat-. Te expondré la letanía de razones por las que no te he matado. Me gustas. Me gusta que poseas las facciones de una mujer y el cuerpo de un hombre, la mirada curiosa de un chico y los ademanes amplios y seguros de un hombre, las palabras francas de un niño y la voz de un hombre, un talante torpe y una gracia honesta.

Lestat me sonrió deliberadamente y me guiñó el ojo derecho.

- Me gusta que amaras a Stirling -prosiguió-. Me gusta que respetes sinceramente a tu gloriosa tía Queen. -Lestat sonrió con expresión socarrona-. Hasta puede que me guste que te arrodillaras y le besaras los pies, aunque ese gesto fue posterior a mi decisión. Me gusta que seas más generoso que yo. Me gusta que odies la sangre oscura, que tu creador te traicionara. ¿No es una hermosa lista de razones? ¿No te basta?

Me sentí plácidamente eufórico y rebosante de gratitud.

-No creas que estoy aquí por motivos generosos -prosiguió Lestat, abriendo más los ojos y expresándose con una voz más cálida-. No es así. Si no te necesitara no estaría aquí. Necesito que me necesites. Necesito ayudarte, lo necesito imperiosamente. Vamos, hermanito, condúceme a lo más recóndito de tu mundo.

-Mi mundo -musité.

-Sí, hermanito -dijo Lestat-. Adentrémonos en él. Cuéntame la historia que has heredado y la vida que has vivido. Háblame sobre ese odioso y seductor Goblin y cómo logró adquirir fuerza. Deseo saberlo todo.

-Estoy enamorado de ti -respondí.

Lestat dejó escapar la carcajada más dulce y encantadora que cabe imaginar.

-Por supuesto -contestó-. Lo comprendo perfectamente porque yo también estoy enamorado de mí mismo. Tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no quedarme embelesado ante el espejo más cercano.

Entonces fui yo quien soltó una carcajada.

-Pero tu amor por mí -continuó Lestat-, es el motivo por el que me lo contarás todo sobre tu persona y Blackwood Farm. Empieza por la historia de tu familia y luego prosigue con la tuya.

Suspiré. Reflexioné. Y me lancé.

7

Mi infancia transcurría en dos polos: estar con Goblin y escuchar las conversaciones de los adultos.

Goblin y yo éramos los únicos niños de Blackwood Manor, porque los turistas que venían casi nunca traían a sus hijos, de modo que no tardé en aprender el vocabulario de los adultos y en comprender que era divertido jugar en la cocina y escuchar sus interminables historias y discusiones, o bien seguir a los guías turísticos, mi bisabuelo Gravier y mi difunto abuelo Pops, mientras conducían a los visitantes por la mansión detallándoles sus riquezas y contándoles sus leyendas, la siniestra historia de Manfred, el imponente anciano, incluida.

Mi bisabuelo Gravier era un guía magnífico, porque tenía una voz grave y sonora y un gran empaque, vestido con un traje negro y corbata de seda blanca a juego con su camisa, pero era muy viejo cuando yo era un niño y un día tuvieron que ingresarlo en un hospital, donde murió, antes de que yo cumpliera los cinco años, si la memoria no me falla, aunque no recuerdo bien su funeral. No creo que yo asistiera. Pero había dejado una impresión indeleble en mí.

Enseguida se convirtió en un célebre fantasma familiar, pues un día bajé a desayunar y lo vi de pie junto a la puerta principal, sonriéndome plácidamente y agitando la mano derecha. Al cabo de unos instantes desapareció.

Todos me advirtieron que dejara de contar esas historias, que el bisabuelo Gravier estaba en el cielo, como sabía, y debíamos encender una vela para él frente a la santísima Virgen en el pequeño altar instalado en la cocina, lo cual hicimos; al poco tiempo había diez velas encendidas en el pequeño altar en honor a diversos antepasados, como en los que vemos a veces en las tintorerías chinas. También me dijeron que no debía asustar a la gente.

No obstante, a lo largo de cada visita guiada de la casa por algún ocupante de Blackwood Manor, todos nuestros huéspedes eran informados sobre el hecho de que yo había visto a mi bisabuelo Gravier.

Pops, mi abuelo, el único hijo de Gravier, asumió la tarea de guía con entusiasmo después de la muerte de éste, y aunque Pops era bastante más llano y tosco que su padre, era un excelente cuentista.

Gravier había sido un hombre de notables logros, pues había ejercido la abogacía durante años e incluso había ocupado el cargo de juez local. Pero Pops era un hombre rústico que no tenía más ambición que sostener Blackwood Manor, y si eso significaba tener que charlar con los huéspedes, estaba más que dispuesto a hacerlo.

A veces le sustituía mi abuela Sweetheart, muy en contra de los deseos de ésta, pues siempre andaba metida hasta los codos en harina y levadura, pero conocía todas las leyendas familiares, y aunque era corpulenta, presentaba un aspecto delicioso con su elegante vestido de gabardina negro, una orquídea violeta prendida en el pecho y un collar de perlas. Era una de esas mujeres que, aunque propensas a engordar, conservan una cara redonda sin arrugas hasta que mueren.

Y estaba también Jasmine, nuestra querida ama de llaves negra, a la que ya conoces, que era capaz de cambiar en un abrir y cerrar de ojos la ropa que utilizaba en la cocina por una elegante falda negra y una blusa estampada con dibujo de leopardo, y ponerse unos tacones de aguja como los que le gustan a tía Queen, para guiar a todos los huéspedes a través de las

habitaciones de la casa, añadiendo a las historias familiares unos comentarios de su propia cosecha sobre que ella misma había visto al fantasma del tatarabuelo William en este dormitorio, frente a nosotros a la derecha, o en el pasillo, así como al fantasma de mi tercera tía abuela Camille subiendo sigilosamente la escalera del desván.

No sé si te has fijado en el elegante vestido tubo rojo que lucía Jasmine esta noche, pero tiene el tipo de una modelo, delgada como un palo, con los hombros anchos y un ropero lleno de prendas que tía Queen ha descartado y le ha regalado con todo cariño. Está magnífica como guía turística, con sus ojos verdes y centelleantes mientras relata afanosamente sus historias de fantasmas y suspira ante los retratos de los antepasados, o conduce a los intrigados huéspedes escaleras arriba hacia el desván.

Jasmine tuvo la brillante idea de incluir el desván en la visita, es decir, de llevar a los turistas al desván, indicándoles que tomaran nota del delicioso aroma de las cálidas vigas de madera y señalando los magníficos baúles roperos que utilizaba la gente antiguamente para viajar en vapor, algunos de los cuales estaban abiertos y llenos de pieles y perlas, como el atrezo para Un tranvía llamado deseo, y la mecedora de mimbre en la que mi tatarabuelo William pasó sus últimos días sentado en el césped. El desván constituía, antes de mi inevitable incursión, un valioso tesoro de muebles antiguos de mimbre e historias que se habían tejido en torno a ellos.

Pero permíteme que retome el hilo de la historia.

Los huéspedes que se alojaban en nuestra pensión me hacían mucha compañía y eran un estímulo para mí, pues por lo general eran amables y atractivos (suelo considerar a la mayoría de las personas atractivas hasta que alguien me señala lo contrario), y ellos me invitaban con frecuencia a sus habitaciones, o me pedían que desayunara con ellos en la gran mesa del comedor para charlar sobre la mansión, como nosotros la llamábamos pretenciosamente. Yo disfrutaba con la amistad que me brindaban los huéspedes y a Goblin le complacía, pues cada vez que hablaba con él o sobre él, lo cual hacía continuamente, a los huéspedes les parecía que Goblin era el ser más interesante del mundo.

«¡De modo que tienes un amiguito que es un espíritu!», decía uno de los huéspedes con aire triunfal, como si hubiera descubierto el oro confederado enterrado en el jardín. «Háblanos sobre tu pequeño fantasma», decía otro, y cuando yo acariciaba a Goblin mientras hablaba de él, éste se mostraba más feliz que unas pascuas. Durante un buen rato adquiría forma sólida, y cuando se volvía de nuevo transparente lo hacía con desgana y no desaparecía hasta que no le quedaba otro remedio.

Yo no hubiera actuado mejor que si hubiera sido un actor profesional cuya única tarea consistiera en potenciar el misterio de Blackwood Farm. Y confieso que me encantaba. Y los huéspedes aportaban gratuitamente su granito de arena a la mitología, como te he explicado, asegurando haber visto reflejado en un espejo el airado rostro del anciano Manfred, o a la dulce Virginia Lee vagando de una habitación a otra en busca de sus hijos huérfanos.

Aprendí mucho de esto, de la infinita variedad con que se tejían las historias de nuestra casa, y aprendí de los adultos a pensar y sentir como un adulto, mientras Goblin gozaba debido a la facilidad con que encajaba en todo. Llegué a considerarme desde muy joven un aventurero del calibre del Anciano.

Manfred el Anciano, había llegado a estos parajes en 1881 con su flamante esposa, Virginia Lee. Había empezado regentando una cantina en el Irish Channel y posteriormente había hecho fortuna como comerciante en Nueva Orleans, pero no había hallado ningún local que encajara con sus visiones de esplendor, de modo que había atravesado el lago Pontchartrain para establecerse en esta acogedora tierra.

Aquí encontró una parcela en un altozano sobre el que construir una mansión fabulosa, con dependencias para el servicio, establos, terraplenes y prados, además de ochenta hectáreas de terreno pantanoso en el que cazar y un delicioso cementerio abandonado con una iglesia de piedra semiderruida, tributo a las personas cuyas familias habían fallecido años atrás o habían emigrado a otros lugares.

Librodot

Manfred envió a sus arquitectos a las residencias más destacadas de Natchez para elegir los mejores atributos para esta mansión, y supervisó personalmente su estilo neoclásico, la escalinata circular y los murales del vestíbulo.

Lo hizo todo por amor a Virginia Lee, que sentía un afecto especial por el cementerio y a veces entraba en la pequeña iglesia de piedra para rezar.

Los cuatro robles que custodian el cementerio ya estaban muy crecidos en aquella época, y la proximidad del viejo recinto al pantano con sus gigantescos y siniestros cipreses y el abundante musgo negro sin duda propiciaba, y sigue propiciando, una sensación general de melancolía.

Pero Virginia Lee no era una sosa jovencita victoriana. Había sido una instruida y entregada enfermera que había cuidado de Manfred en un hospital de Nueva Orleans cuando éste había padecido un grave ataque de fiebre amarilla y, como muchos irlandeses, casi había muerto a consecuencia de la misma. No quería renunciar a su vocación de cuidar a los enfermos, pero Manfred, que era mucho mayor que ella y poseía grandes dotes de persuasión, logró cautivarla.

En el retrato Manfred no parece un hombre cruel. De hecho, siempre me ha gustado ese cuadro, y deduzco que el viejo no debía de ser vanidoso cuando había permitido que colgaran en su casa un retrato suyo tan honesto.

Virginia Lee era innegablemente bonita, como has podido comprobar por su retrato que cuelga en el comedor, una mujer de aspecto juvenil con el pelo rubio claro y unos ojos de un azul intenso. Dicen que poseía un agudo sentido del humor y una constante aunque suave ironía, y que quería entrañablemente a William y a Camille, los dos hijos que la sobrevivieron. En cuanto a los hijos que perdió debido al tétanos y la gripe, Isabel y Philip, no cesaba de pensar en ellos.

Una tisis galopante mató a Virginia Lee, enferma también de malaria, después de haber sostenido una lucha titánica, durante la cual se vistió de pies a cabeza y sin ayuda todos los días hasta el mismo sábado de su fallecimiento, durante el cual mantuvo una animada conversación, con su característica alegría socarrona, en el salón delantero, tendida en el sofá, hasta que hacia el mediodía dejó escapar su último suspiro.

La enterraron vestida con el traje de color celeste que luce en su retrato. Y si nuestra casa cuenta por fin con una santa, ésta es Virginia Lee. No me importa confesar que de vez en cuando le rezo.

Dijeron que Manfred se volvió loco cuando murió Virginia Lee. No cesaba de bramar y farfullar. Comoquiera que no soportaba contemplar la tumba de Virginia Lee en el pequeño cementerio -y probablemente no habría sido legal sepultarla en el jardín de su casa-, adquirió una gigantesca cripta para toda la familia en el nuevo cementerio de Metairie, en Nueva Orleans, donde están enterrados todos los miembros de nuestra familia.

He visitado ese mausoleo en dos ocasiones: cuando murió Sweetheart y cuando murió Pops. Supongo que los pequeños Isabel y Philip fueron exhumados de donde estuvieran enterrados para trasladarlos a la cripta, pero lo cierto es que nunca se lo he preguntado a nadie.

La cripta del cementerio de Metairie consiste en una pequeña capilla rectangular de mármol y granito, con unos ángeles custodios exquisitamente esculpidos en granito junto a la verja de bronce y una vidriera al fondo. A ambos lados de la nave central hay tres departamentos para otros tantos ataúdes.

Imagino que ya sabes cómo se usan esas tumbas. Los ataúdes son colocados en los departamentos hasta que todos están llenos, y cuando muere alguien más, se abre el ataúd más antiguo, se arrojan los huesos a la fosa subterránea y se destruye el ataúd. El nuevo ataúd pasa a ocupar el lugar de honor a nivel del suelo.

Deduje que cuando muriera me enterrarían allí, pero ahora pienso que el destino no me concederá ese lujo ni la prolongada aventura vital que supuse que me conduciría hasta mi

muerte. ¿Pero quién sabe? Quizás algún día puedan arrojar mis restos mortales en esa cripta si tengo el suficiente valor para quitarme la vida.

Pero volvamos a Manfred el Loco, como empezaron a llamar a mi desdichado antepasado las gentes de la parroquia. Solía dirigirse solo a Sugar Devil Swamp, farfullando y blasfemando, y a veces no regresaba hasta al cabo de varios días.

El asunto causó un gran revuelo, porque todo el mundo sabía que Sugar Devil Swamp no había sido cubierto con troncos y era prácticamente imposible que una piragua entrara en el pantano, y circulaban numerosas leyendas sobre los osos que cazaban en ese lugar, aparte de pumas, linces y otros animales más peligrosos que aullaban por las noches.

El que Manfred hubiera sido mordido por serpientes más de una vez formaba parte de su creciente reputación. También se decía que en cierta ocasión había disparado contra un extraño al que había visto no lejos de la casa, y que había traído el cuerpo del maltrecho cazador furtivo y lo había depositado en el suelo, maldiciendo y advirtiendo a sus operarios que les sirviera de lección para cualquiera que se atreviera a entrar en su pantano o en sus tierras.

Al poco tiempo todo el mundo se enteró de la existencia de la isla, a la que Manfred iba con frecuencia y donde dormía en una tienda de campaña y cazaba animales para comer.

Imagínate a ese tío desmembrando aves con los dientes. Manfred no se molestó en ocultar su santuario en la isla, limitándose a advertir que nadie le siguiera hasta su «cubil», cómo él lo llamaba, amenazando con disparar contra cualquier intruso y jactándose de haber cazado varios osos.

Se rumoreaba que la isla estaba maldita y que Manfred también estaba maldito, que había ganado su fortuna ilegalmente con el juego o con otros vicios peores, que había tomado el nombre de Manfred de la obra de Lord By ron para darse a conocer a otros adoradores del diablo, que había vendido su alma al diablo mucho antes de conocer a la modesta y dulce Virginia Lee y que ésta había sido su última oportunidad de salvarse.

En cuanto a los niños, William y Camille, fueron los antepasados de Jasmine quienes los criaron -se llamaban Ora Lee y Jerome-, ambos criollos de piel tostada que hablaban con acento francés, los cuales poseían una historia singular, pues sus padres habían sido unos artesanos libres antes de la Guerra Civil.

Manfred construyó para Ora Lee y Jerome el bungaló situado en la parte trasera, a la derecha, un edificio de estilo criollo con un amplio porche y mecedoras, de dos plantas y dotado de espaciosas habitaciones.

Algunos miembros del clan se fueron para estudiar en la universidad y aprender un oficio, pero otros se han quedado en el bungaló, ocupándose de su huerto y su jardín y conviviendo apaciblemente.

Cuando era niño tenían una vaca lechera y gallinas, pero ahora les resulta más fácil ir al mercado para comprar lo que necesitan.

Es una vivienda encantadora, una especie de mansión tropical, llena de valiosas antigüedades, labores de ganchillo realizadas por las mujeres y muebles trabajados por los hombres. También está llena de objetos desechados pertenecientes a la casa grande, pues tía Queen tiene costumbre de reformar con frecuencia el salón delantero y regalar todos los objetos viejos a Jasmine, como si ésta habitara en un almacén en lugar de en una vivienda familiar. La casa de Jasmine está construida a escala humana. Blackwood Manor fue construida para «los gigantes de la Tierra».

Debido a la mezcla de genes africanos, españoles, franceses y anglosajones del linaje de los antepasados de Jasmine, antes de que se vinieran aquí, y a los matrimonios con gente de otras razas a lo largo de los años, hay parientes de Jasmine de todos los colores.

Ella tiene la piel oscura, como has visto, y unos fabulosos ojos verdes. Lleva el pelo teñido de rubio, corto y peinado al estilo «afro», y la combinación de ese pelo rubio y esos ojos verdes resulta mágica.

Librodot

Su hermana mayor, Lolly, podría pasar por española o italiana, y Clem, el hermano, tiene la piel muy oscura y rasgos africanos. Conduce la limusina de tía Queen y se ocupa de toda la flota de coches, incluido el Porsche negro que compré para imitarte a ti y emular tus aventuras en las Crónicas Vampíricas.

La Pequeña Ida, la madre de Jasmine, era de piel muy oscura, facciones exquisitas y ojos negros. Se casó con un blanco siendo ya talludita, y cuando su marido murió de cáncer, regresó para vivir aquí con Jasmine, Lolly y Clem. La Pequeña Ida fue mi ama o nodriza hasta su muerte; durmió conmigo hasta que cumplí los trece años y murió en mi cama.

Lo que te estoy contando, esta historia de la familia Blackwood, es lo que me han contado Jasmine, Lolly, la Pequeña Ida y la Gran Ramona, que es la madre de la Pequeña Ida, y también tía Queen, Pops y Sweetheart. Jasmine ve fantasmas, como te he dicho, y temo que se dé cuenta de que no estoy vivo, aunque hasta ahora no ha ocurrido. Y me aferro a mi familia como un pitbull.

Pero volviendo a mi historia, de no ser por los legendarios Ora Lee y Jerome, los pequeños William y Camille se habrían ahogado en el pantano o muerto de hambre.

En cuanto a los sueldos que cobraban esos sirvientes, Manfred se despreocupaba de ese tema, limitándose a dejar un montón de dinero en un cuenco en la cocina. Jerome se ocupaba de que no lo robaran y de la manutención de William, Camille y los peones.

En aquellos tiempos, en la granja había gallinas y vacas, y por supuesto caballos, y un par de elegantes carruajes aparcados junto a los flamantes automóviles en el cobertizo trasero.

Pero a Manfred sólo le interesaba un corcel negro que tenía. A veces regresaba del pantano para montarlo por los extensos prados y pastos de Blackwood Farm, gritando, murmurando y blasfemando para sí, y diciéndole a su mozo (probablemente era el polifacético Jerome) que no moriría para ir a reunirse con Virginia Lee, al menos hasta al cabo de varios siglos, que vagaría por la Tierra estremecido por su muerte y honrando su memoria.

Como supondrás, todo esto lo averigüé por boca de otros.

Un día de primavera, al cabo de varios años de haber enviudado, Manfred mandó llamar a unos carpinteros, se trajo un cargamento de madera y comenzó la lenta construcción del misterioso santuario en Sugar Devil Island.

Sólo la mejor madera de ciprés secada en un horno fue transportada en piragua al pantano, en pequeñas cantidades sucesivas, además de muchos otros materiales, una estufa de hierro y gran cantidad de carbón, y sólo unos operarios de «fuera» se dirigieron al pantano para construir el santuario, unos operarios que al concluir la obra se marcharían de aquí, y eso fue justamente lo que hicieron, aterrorizados de decir una sola palabra sobre la ubicación de la isla o lo que habían hecho allí.

¿Existía realmente esa isla? ¿Existía un santuario en ella? Durante mi adolescencia me pregunté si no sería más que una leyenda. ¿Por qué no organizaban una visita al pantano para llevar a los turistas en busca de la misteriosa Sugar Devil Island, puesto que todo el mundo deseaba conocerla? Constantemente veíamos a turistas en el embarcadero, deseosos de subirse a una piragua para dirigirse al pantano. Pero como no me cansaré de repetir, el pantano es casi impracticable.

Está repleto de gigantescos y silenciosos cipreses, palmitos silvestres y aguas turbias. Y aún se oyen los rugidos de los pumas y los osos. Impone respeto.

Por supuesto, Pops y yo pescábamos y cazábamos en Sugar Devil Swamp. Un día, debido a mi juventud e inexperiencia, maté un ciervo en el pantano y al verlo agonizar perdí mi afición por la caza.

Pero cuando íbamos a la isla, en la cual capturábamos un montón de cangrejos, nunca nos alejábamos más de cinco metros de la orilla. Incluso a esa distancia es difícil hallar el camino de regreso.

En cuanto a la leyenda del santuario en Sugar Devil Island, Pops no le daba ningún crédito, y hacía notar a los intrigados turistas que, aunque existiera el edificio, seguramente se había hundido hacía tiempo en el pantano.

Además, estaban las historias sobre los cazadores furtivos que habían desaparecido sin dejar rastro, de las esposas de éstos que acudían al sheriff sollozando e implorándole que fuera en su busca, pero, ¿qué podía hallar el sheriff en un pantano infestado de feroces osos y caimanes?

Con todo, la leyenda más siniestra que gravitaba sobre esta vieja selva privada era la desaparición en el pantano del propio Manfred el Loco en 1942, como tía Queen nos ha descrito, a la que nuestros guías turísticos añadían invariablemente que, antes de su última excursión, el Anciano se puso su chaqué, su corbata blanca, su camisa almidonada y sus mejores zapatos de cuero, y que se plantó ante el espejo, mascullando y soltando despropósitos durante una hora antes de salir.

Sí, la gente salió en su busca, puesto que el Anciano había estado convaleciente durante dos años antes de esta peregrina y desesperada huida, pero no dieron con la isla, y tuvieron que disparar contra numerosos caimanes para sobrevivir, y regresaron con ellos para vender sus pieles, pero sin Manfred.

De modo que todos llegaron a la conclusión de que la isla no existía. Y de que el Anciano se había ahogado para poner fin a su enfermiza y desdichada existencia, pues estaba a las puertas de la muerte cuando embarcó en la piragua y partió para atravesar el río Styx.

Al cabo de unos siete años, cuando por fin abrieron su testamento, comprobaron que contenía la firme prohibición para cualquier Blackwood o sirviente de Blackwood Farm de ir a pescar o cazar más allá de las pantanosas riberas de Sugar Devil Swamp, y la advertencia, escrita de su puño y letra, de que Sugar Devil Island representaba un peligro no sólo para los seres de carne y hueso sino para el alma inmortal.

En la pared de la sala de estar cuelga una excelente copia enmarcada de estas páginas del testamento y últimas voluntades de Manfred, firmadas ante notario en 1900. A los huéspedes les fascinaba. Recuerdo que mis tutores, en especial Nash, se rieron a mandíbula batiente cuando leyeron ese testamento. Y de jovencito siempre pensé que el abogado, el notario y Manfred el Loco debían de ser unos poetas confabulados con Lord Byron cuando lo redactaron.

Pero he cambiado de opinión.

Sigamos con el relato. En el salón cuelgan unos retratos inmensos de William, el único hijo varón superviviente de Manfred, y Camille, su única hija superviviente, unos cuadros magníficos, y los rumores que circulan en la actualidad acerca de que William se ha aparecido a miembros de la familia y a huéspedes, registrando su escritorio en el cuarto de estar, son ciertos.

No tengo ninguna duda sobre lo que he visto con mis propios ojos, pero abundaré en eso cuando prosiga con mi historia y la de Goblin. Baste decir que nunca hallé nada en el escritorio. No contiene compartimentos ni documentos secretos.

El fantasma de Camille se aparece casi siempre en la escalera del desván. Es una mujer de pelo gris elegantemente peinada, vestida con un traje negro y unos zapatos negros de suela gruesa propios de una anciana dama. Luce un collar de perlas de dos vueltas y hace caso omiso de las personas ante las cuales se aparece y se esfuma atravesando la puerta del desván.

De vez en cuando se oyen también los pasos de unos niños correteando por el rellano del piso superior, supuestamente los de Isabel, la hijita de Manfred que murió a los tres años, y de su hijo Philip, que falleció siendo aún más joven que su hermana.

Por lo que se refiere al resto de la familia, no pasan de ser unos retratos bellamente pintados, especialmente el de Gravier, aunque, a él sí que le vi, ¿no? Pero su esposa, la bendita Alice, muy bella en su retrato, y Pops y Sweetheart, que posaron a regañadientes para el pintor, aunque no eran así nunca se han aparecido ante nadie. Hasta la fecha...

Librodot

Luego está tía Queen, una leyenda viviente, la señorita Queen para todos los parroquianos, y sus heroicos viajes por el mundo. A los huéspedes les encantaba que les dijeran que «en estos momentos se encuentra en Bombay» o «celebrando el Año Nuevo en Río», o «descansando en su villa en Santorini», o «de compras en Roma». Era tan excitante como cualquier historia de fantasmas.

Que tía Queen es una gran coleccionista de camafeos también era sabido, y en aquellos tiempos, los tiempos de la pensión, sus mejores piezas estaban expuestas en el salón en una bonita vitrina de cristal de patas muy delgadas.

Me complace decir que los huéspedes de Blackwood Manor jamás robaron nada -creo que les interesaban mucho más la arquitectura, las galletas y la mermelada de elaboración casera-, y yo era el encargado de cambiar periódicamente los camafeos de tía

Queen expuestos en la vitrina. Llegué a encariñarme con ellos.

Apreciaba sus diferencias. A Sweetheart no le interesaban en absoluto. Y Pops era un hombre aficionado a los deportes al aire libre.

Cabe decir que tía Queen era como un fantasma viviente, o un espíritu protector, lo cual de niño me parecía extraordinario, porque el mero hecho de pensar en ella hacía que me sintiera seguro, y sus visitas eran como las apariciones de los santos.

En esta casa han muerto otras personas. Un hijo de Gravier y la bendita Alice; en ocasiones te juro que oigo llorar a un bebé. Los huéspedes también lo oían, y a veces hacían ingenuos comentarios al respecto.

Gravier tenía un primo menor, Patrick, que sufrió un accidente de equitación y murió de una conmoción cerebral en el dormitorio central del piso superior. Su retrato cuelga allí, sobre la chimenea. Su esposa, Regina, vivió toda su vida aquí y era muy estimada por «la tropa de la cocina», de la que formaba parte; era una auténtica maestra en el arte de hornear, freír, cortar en lonchas y en dados. Su única hija, Nanette, se mudó hace tiempo a Nueva Orleans.

Nanette murió en una pensión de mala muerte del Barrio Francés, tras ingerir una botella de bourbon y tomarse un frasco entero de aspirinas. Es cuanto sé al respecto. Si su fantasma ronda por este mundo, no ha aparecido nunca por Blackwood Manor. Patrick parece resistir bien en la tumba familiar. Al igual que su esposa, Regina.

En cierta ocasión se presentaron unos buscadores de fantasmas profesionales que hallaron múltiples pruebas de que esta casa estaba encantada, las cuales mostraron a los huéspedes que habían venido a pasar el fin de semana de Halloween, y así se inició la tradición del Fin de Semana de Halloween.

El Fin de Semana de Halloween era siempre muy divertido: gigantescas tiendas de campaña en las terrazas y en los céspedes, champán helado y Bloody Marys. Contratábamos a especialistas en leer las cartas del Tarot y la palma de la mano, adivinos y clarividentes, y el punto culminante era un baile de disfraces al que acudía toda la gente de la parroquia.

Si tía Queen se hallaba en casa por esas fechas, lo cual ocurría con frecuencia, asistía un gran número de sus amigos a los festejos. Los trajes eran increíblemente suntuosos, la casa estaba llena de príncipes y princesas de todo tipo, elegantes vampiros, estereotipadas brujas con sombrero negro, hechiceras, reinas egipcias, diosas de la Luna y alguna que otra ambigua momia envuelta en gasa blanca.

Por supuesto, Goblin no es el espíritu de una persona viva, pero esos expertos solían afirmar que los poltergeists llevaban a cabo sus sutiles actividades en la cocina y la despensa, debido a los pings y los pongs apenas audibles o una radio que de pronto dejaba de sonar para emitir ruidos de fondo. Que yo sepa, los poltergeists son los espíritus más puros que existen.

Ésta era mi vida mientras crecía... a la que hay que sumar el festín navideño del que ya te he hablado, con villancicos y gente cantando en la escalera y, por supuesto, una pantagruélica cena consistente en pavo asado, oca y jamón con los acostumbrados aditamentos. En ocasiones hacía suficiente frío para que las mujeres lucieran sus viejos abrigos de pieles, que olían a naftalina, y los señores se unían con entusiasmo a los cantos.

A veces al oír a los hombres cantando villancicos me ponía a llorar. Me parecía natural que las mujeres cantaran villancicos, pero ver a hombres de todas las edades cantar con aquella devoción me parecía especialmente gratificante y maravilloso. Todos los años rompía a llorar, por ese motivo y cuando oía a la soprano entonar Noche de Paz y ¿Quién es este niño? Como es natural, yo también cantaba.

No quiero pasar por alto el festival de primavera, cuando las azaleas plantadas en todo Blackwood Manor florecían y se cubrían de flores rosa, blancas y rojas. Organizábamos un gigantesco bufé, casi como el de una boda, en el césped. Por Pascua también organizábamos siempre un bufé.

Supongo que debo incluir también todas las bodas y el trajín que generaban, y a los fascinantes camareros que me encontraba en la cocina, que percibían invariablemente las «vibraciones» de los espíritus, y a las novias que se ponían histéricas porque el peinado se les deshacía y el peluquero ya se había marchado, y a Sweetheart, mi querida Sweetheart, oronda y solícita, que subía la escalera resollando armada con sus tenazas de rizar eléctricas y lo solucionaba todo con un par de trucos.

También celebrábamos el Carnaval, durante el cual alquilábamos todas las habitaciones, aunque estábamos a una hora y media en coche de Nueva Orleans, y decorábamos la casa con los tradicionales violeta, verde y oro.

A veces, aunque raramente, iba a la ciudad para ver los desfiles de Carnaval. La tía Ruthie, hermana de Sweetheart, vivía en St. Charles Avenue que, como sabes, es la calle principal por la que pasa la procesión. Pero no era una Blackwood, y sus hijos, probablemente normales, me parecían unos monstruos debido a la cantidad de pelo que tenían en todo el cuerpo y a sus voces exageradamente graves. Me sentía incómodo con ellos.

Por consiguiente, no era muy aficionado al Carnaval excepto por el jolgorio que reinaba en la casa, y el inevitable baile de disfraces que celebrábamos la noche del Martes de Carnaval. Era sorprendente la cantidad de huéspedes que regresaba al amanecer de Nueva Orleans, después de pasarse horas contemplando a Zulu, Rex y los interminables desfiles de carrozas, para beber como cubas en nuestro animado bar.

Como es lógico, de vez en cuando me reunía aquí con los otros niños de la familia, durante la fiesta de Halloween y por Navidad, y a veces con motivo de alguna boda, pero no me caían bien. Me parecían unos críos muy raros. Ahora encuentro cómico que pensara eso. Pero como ya te he dicho, mi mundo estaba formado por espíritus y adultos, y no sabía qué hacer con los niños.

Creo que los temía porque recelaba de ellos e incluso me parecían un tanto peligrosos. No sabría explicarte exactamente el motivo, salvo que a Goblin tampoco le caían bien, claro que Goblin no quería que dedicara mucho rato a nadie.

Yo buscaba la compañía de los adultos por inclinación natural y por elección.

No puedo pensar en bodas en estos momentos, mientras conversamos, sin que me venga a la cabeza algo terrible que debo confesarte, algo que ocurrió lejos de Blackwood Manor, la noche que me transformé en un buscador de sangre. Pero ya llegará el momento adecuado, estoy convencido.

Esta es la historia de la familia, tal como me la relataron cuando yo era inocente y estaba protegido por el paraguas de Pops y Sweetheart, y por tía Queen, que siempre se comportó conmigo como un hada madrina, descendiendo de vez en cuando a la Tierra con sus tacones de vértigo y sus alas invisibles.

Hay otros miembros de la familia, parientes de las esposas de William, que tuvo dos, la primera la madre de Gravier y, la segunda, la madre de tía Queen, y de la esposa de Gravier, y, por supuesto, parientes de Sweetheart. Pero aunque he visto a esos primos de vez en cuando, no forman parte de esta historia y no tuvieron ninguna influencia sobre mí, aparte quizá de hacerme sentir extraordinaria e inevitablemente extraño.

Ha llegado el momento de pasar a mi historia y la de Goblin, y a la forma en que me eduqué.

Pero antes permíteme que repase el árbol genealógico de los Blackwood, por si te interesa. Manfred era el patriarca y William su hijo. William engendró a Gravier. Gravier engendró a Pops. Y Pops, a una edad avanzada, cuando él y Sweetheart habían perdido toda esperanza de tener un hijo, engendró a Patsy. A los dieciséis años Patsy me tuvo a mí y me llamó Tarquin Anthony Blackwood. En cuanto a mi padre, me apresuraré a afirmar con toda claridad y sin rodeos que no tengo.

Patsy no recuerda con nitidez lo que le ocurrió durante las semanas en que posiblemente me concibió, salvo que cantaba con un grupo musical en Nueva Orleans, bajo una identidad falsa para poder entrar en el club donde tocaba ese grupo, y que ella y un montón de músicos y cantantes vivían juntos en un apartamento de Esplanade Avenue, «entre abundancia de vino y marihuana».

A menudo me pregunto por qué Patsy no abortó. Pudo haberlo hecho sin problema. Y me atormenta la sospecha de que Patsy pensara que si se convertía en madre maduraría, y Pops y Sweetheart le darían libertad y dinero. No obtuvo ni lo uno ni lo otro. De modo que a los dieciséis años se encontró con un bebé que parecía su hermanito pequeño, obviamente sin remota idea de qué hacer conmigo, mientras seguía con sus sueños de convertirse en una cantante de música country y tener su propio grupo musical.

Debo tener esto presente al pensar en ella. Debo procurar no odiarla. Ojalá pudiera dejar de sentir dolor cada vez que pienso en ella. Me avergüenza confesarlo de nuevo, pero quisiera matarla.

Ahora pasemos a la historia de Goblin y mía, de cómo me eduqué y cómo le eduqué a él.

8

Te he dicho que Goblin es mi doble, lo cual deseo recalcar, porque esa duplicación de mi persona siempre es perfecta, hasta el extremo de que durante toda mi vida me he mirado en Goblin como en un espejo que, si no me ha permitido conocerme, al menos me ha permitido verme tal como soy.

¿En cuanto a la personalidad de Goblin? ¿Sus deseos? ¿Su talante? Eso era radicalmente distinto por cuanto llegaba a comportarse como un demonio cuando me humillaba y abochornaba. Yo apenas podía controlarlo, aunque hace tiempo comprendí que, si le ignoraba por completo, lo cual me exigía una tremenda fuerza de voluntad, solía esfumarse y desaparecer.

En ciertos momentos, cuando observaba a Goblin atentamente a fin de averiguar qué aspecto tenía yo, o cuando se producía alguna alteración en mi apariencia, como cuando me cortaba el pelo, Goblin cerraba los puños, esbozaba muecas y se ponía a patalear en silencio. Por ese motivo yo solía dejarme el pelo largo. Con el transcurso de los años Goblin empezó a interesarse por la ropa que llevábamos y a veces arrojaba al suelo un mono que quería que yo me pusiera con la camisa.

Pero no debo precipitarme en describir la situación, en lugar de relatar los recuerdos que alberga mi memoria.

Mi primer recuerdo nítido es una fiesta para mi tercer cumpleaños, celebrada en la cocina, con mi abuela Sweetheart, Jasmine, su hermana Lolly y la madre de ambas, la Pequeña Ida, y la madre de esta, la Gran Ramona, sentadas en taburetes o sillas alrededor de la mesa de cocina pintada de blanco, mirándome mientras yo, sentado a mi mesita de niño, con Goblin a mi lado, charlaba con él y le enseñaba cómo sostener el tenedor tal como me habían enseñado a hacerlo, o cómo comer su porción de tarta.

Él ocupaba una sillita a mi izquierda y le habían puesto un plato y unos cubiertos en la mesa, y leche y tarta, como a mí. En cierto momento me agarró la mano izquierda -yo soy zurdo y él diestro-y me hizo embadurnar todo el plato con mi porción de tarta.

Me eché a llorar porque no sabía que Goblin fuera tan fuerte -consiguió moverme la mano, aunque quizá no como había pretendido-y no quería embadurnar el plato con mi trozo de tarta ni que todos se levantaran de un salto de la silla y Sweetheart me enjugara las lágrimas mientras me decía que «lo estaba ensuciando todo».

Goblin era tan sólido como yo, ambos llevábamos un traje de marinero azul marino para la ocasión, y yo tenía la vaga sensación de que Goblin había alcanzado su grado máximo de fuerza debido a que estaba lloviendo a cántaros.

Los días lluviosos me encantaba refugiarme en la cocina, situarme junto a la puerta con mosquitera y contemplar cómo diluviaba, sintiendo el calor de la cocina y la luz de las lámparas eléctricas a mi espalda, mientras por la radio emitían viejas canciones, o Pops tocaba su harmónica, rodeado de todos los adultos a quienes yo amaba, aspirando el aroma de la comida que preparaban en los fogones.

Pero permite que regrese a mi fiesta de cumpleaños.

Goblin la había estropeado y yo lloraba desconsoladamente. Y Goblin, el muy idiota, después de bizquear y sacudir la cabeza de un lado a otro, se metió el pulgar y el índice de ambas manos en la boca, se la estiró todo lo que pudo y consiguió que me pusiera a gritar.

Yo no habría sido capaz de estirarme la boca de ese modo, pero Goblin lo hacía a menudo, para provocarme.

Mi último recuerdo de ese evento es una imagen de todas las mujeres tratando de consolarme, las cuatro negras que eran tan cariñosas como mi abuela Sweetheart, e incluso apareció Pops, secándose las gotas de lluvia con una toalla y preguntando qué había ocurrido, yo gritaba «¡Goblin, Goblin!» sin cesar, pero él no apareció.

Es un recuerdo vago, pero está firmemente grabado en mi memoria porque recuerdo el gigantesco número tres en la tarta de cumpleaños, y a todos diciéndome satisfechos que había cumplido tres años, y a Goblin haciendo alarde de su fuerza para hacerme rabiar.

Recuerdo también que Pops me regaló ese día una harmónica y que me enseñó a tocarla. Me senté junto a él y tocamos la harmónica un ratito, y a partir de entonces lo hicimos cada noche después de cenar, antes de que Pops subiera a acostarse temprano.

A continuación te relataré unos recuerdos de Goblin y yo jugando solos en mi habitación. Unos recuerdos felices. Jugábamos con cubos, columnas y arcos creando edificios de un estilo vagamente clásico que no tardábamos en derribar, y para derribarlos ruidosamente utilizábamos unos magníficos camiones y coches, aunque a veces los destruíamos con nuestras propias manos.

Goblin no tenía suficiente fuerza para hacerlo solo, aunque al cabo del tiempo la adquirió, pero con anterioridad a eso me tomaba la mano izquierda para derribar los edificios, o hacía que el coche de bomberos chocara contra nuestras maravillosas estructuras, y luego sonreía, se apartaba de mí y se ponía a bailar.

Tengo un recuerdo muy nítido de estas habitaciones. La Pequeña Ida, la madre de Jasmine, dormía en la cama grande conmigo, puesto que yo era demasiado mayor para dormir en una cuna, y Goblin dormía con nosotros, y esta habitación era el cuarto de los juegos y estaba repleta de todo tipo de juguetes.

Pero yo era muy tolerante con Goblin y él no tenía motivos para portarse mal conmigo.

Poco a poco, pese a mi corta edad, empecé a comprender que Goblin no quería compartirme con el resto del mundo, y las ocasiones en que se mostraba más complacido era cuando lograba tenerme para él solo, lo cual le daba fuerzas.

Goblin ni siquiera quería que yo tocara la harmónica, porque cuando lo hacía no le prestaba atención, aunque le encantaba bailar al son de la música que emitía la radio o de las canciones que cantaban las mujeres en la cocina. En esas ocasiones me reía al contemplarlo o

Librodot

me ponía a bailar con él. Pero cuando tocaba la harmónica, especialmente con Pops, me sumergía en otro mundo.

Aprendí a tocar la harmónica especialmente para Goblin, asintiendo con la cabeza y guiñándole un ojo (aprendí a guiñar ambos ojos de muy niño) mientras él bailaba, de modo que con el paso de los años aprendió a aceptarlo.

Goblin conseguía lo que quería casi siempre. Teníamos aquí una mesita para dibujar con lápices de colores. Yo dejaba que me guiara, sosteniéndome la mano izquierda con su derecha, pero sólo sabía hacer garabatos, mientras que yo quería dibujar figuras con palotes o círculos, y rostros con ojos redondos. Le enseñé a dibujar figuras con palotes, o figuras en forma de huevo, como las llamaba Pequeña Ida, y a dibujar jardines llenos de grandes flores redondas, como me gustaba hacer a mí.

Mientras estábamos sentados a esta mesita, en el cuarto de juegos, Goblin usaba su voz, invariablemente débil. Sólo yo era capaz de oírla y captaba numerosos pensamientos fragmentados que cobraban significado durante unos instantes en mi cabeza. Naturalmente, yo 1e hablaba en voz alta, y a veces en unos susurros que se convertían en murmullos, y recuerdo que la Pequeña Ida y la Gran Ramona me preguntaban continuamente qué decía y me regañaban por decir tonterías.

A veces, cuando estábamos en la cocina y yo charlaba con Goblin, Pops o Sweetheart me preguntaban lo mismo, qué diantres decía, y por qué no me esforzaba para hablar correctamente, para pronunciar las palabras tal como me habían enseñado.

Expliqué a Goblin que teníamos que hablar correctamente, pronunciando las palabras con claridad, pero no emitía más que unas indicaciones telepáticas fragmentadas, y se enojó tanto que dejó de utilizar este medio para comunicarse conmigo, y no recobró la voz hasta al cabo de varios años.

Pero sigamos con el desarrollo infantil de Goblin. Cuando le hacía una pregunta, él asentía con la cabeza o la movía en sentido negativo, y cuando yo decía algún despropósito o hacía algo que a él le complacía, sonreía eufórico. Al principio, cuando se me aparecía a diario, presentaba una forma densa, que se iba haciendo más translúcida a medida que sus apariciones, o su permanencia, aumentaban. Intuía que estaba cerca de mí, aunque fuera invisible, y por las noches sentía que me abrazaba, una impresión liviana pero nítida que nunca he tratado, hasta ahora, de describir a nadie.

Debo reconocer que cuando Goblin no se dedicaba a esbozar muecas o a hacer trastadas me transmitía un profundo amor. Era especialmente intenso cuando no era visible, pero si no se me aparecía cada pocos momentos durante el día y la noche, me ponía a llorar porque le echaba de menos y pillaba unas rabietas tremendas.

A veces, mientras correteaba por el césped o trepaba al roble que hay junto al cementerio, sentía a Goblin asido a mí, montado en mi espalda, y le hablaba continuamente, tanto si era visible como si no.

Un día muy soleado, cuando bajé a la cocina, Sweetheart me enseñó a escribir unas palabras: «bueno», «malo», «feliz» y «triste». Yo enseñé a Goblin a escribirlas, con su mano apoyada en la mía. Por supuesto nadie sabía que la mayoría de las veces era Goblin quien escribía, y cuando traté de explicárselo a los demás se echaron a reír, excepto Pops; Goblin nunca le cayó bien y le preocupaba «cómo acabaría esa historia de Goblin».

Patsy vivía en esta casa, desde luego, pero no la recuerdo con claridad. Hasta que cumplí los cuatro o cinco años creo que ni siquiera sabía que era mi madre. Nunca subía a mi habitación y, cuando la veía en la cocina, temía que estallara otra violenta discusión entre ella y Pops.

Quería mucho a Pops, y con razón, porque él me quería a mí.

Era un hombre alto y enjuto con el pelo entrecano, que no paraba de trabajar, la mayoría de las veces con las manos. Era instruido y se expresaba muy bien, al igual que Sweetheart, pero quería ser un caballero rural. Y así como la cocina engulló a Sweetheart, que antaño había sido una de las jóvenes debutantes de Nueva Orleans, la granja engulló a Pops.

Librodot

Pops se sentía especialmente satisfecho cuando tenía un «proyecto» en el que trabajar con los hombres del cobertizo -los tíos abuelos de Jasmine, sus hermanos y demás parientes-, de sol a sol. Jamás le vi montado en otro vehículo que una furgoneta hasta que murió Sweetheart; a partir de entonces iba a la ciudad en limusina, como el resto de nosotros.

Pero no creo, por más que me duela reconocerlo, que Pops quisiera a su hija, Patsy. Creo que la quería tan poco como Patsy me quiere a mí.

Ahora sé, aunque en aquella época lo ignoraba, que Patsy nació de padres ya entrados en años. Cuando echo la vista atrás mientras te relato esta historia, comprendo que Patsy no encajaba en ningún lugar. De haber sido una debutante como Sweetheart, quizá las cosas hubieran sido distintas. Pero Patsy se comportaba como una chica del campo y al mismo tiempo era alocada, una combinación que Pops, pese a que él también era un hombre del campo, no podía tolerar.

Pops censuraba todo lo que hacía Patsy, desde la forma en que llevaba el pelo suelto sobre los hombros, cardado y rizado, hasta las minifaldas que lucía. Detestaba sus botas vaqueras de cuero blancas y no se recataba en decírselo, al igual que le decía que sus canciones eran una estupidez y que jamás se haría famosa con su grupo musical. La obligaba a cerrar la puerta del garaje cuando ensayaba, para que el «ruido infernal» no molestara a los huéspedes de la pensión. No soportaba su maquillaje exagerado ni sus cazadoras de cuero con flecos, y le decía que parecía una zorra.

Patsy replicaba que algún día ganaría mucho dinero y se largaría de aquí. En cierta ocasión en que ambos se pelearon, Patsy rompió un tarro de galletas, un tarro de galletas que contenía nada menos que un dulce de chocolate que había preparado Sweetheart, y nunca salía de la cocina sin dar un portazo.

Patsy era una buena cantante, esto lo supe desde el principio porque los hombres del cobertizo lo decían, al igual que Jasmine y su madre, la Pequeña Ida, y también la Gran Ramona. A decir verdad, a mí me gustaba su música. Pero había una interminable procesión de jóvenes que entraba en el garaje para acompañar a Patsy tocando la guitarra y la batería (sé que Pops los detestaba), y cuando yo jugaba en el jardín me acercaba sigilosamente al garaje, porque no quería que Pops me viera, para oír a Patsy cantando con sus músicos.

A veces Goblin se ponía a bailar al son de la música de Patsy, y, como suele ocurrirles a muchos espíritus, cuando bailaba Goblin se sentía transportado y se bamboleaba de un lado a otro, hacía unos gestos muy cómicos con los brazos y movía los pies de una forma que, de haber sido un joven de carne y hueso, hubiese tropezado y se hubiese caído al suelo. Se movía como un bolo, rodando pero sin caerse, y casi me partía de la risa al verle.

Yo también me aficioné a bailar, y bailaba con Goblin, tratando de imitar sus pasos. Cuando Patsy salía del garaje para fumarse un cigarrillo y me veía, se abalanzaba sobre mí, besándome y llamándome «tesoro» y diciendo que yo era su «niño bonito». Tenía una forma muy rara de decir esa última frase, como si le costara reconocerlo, pero nadie le habría llevado la contraria, excepto ella misma.

Creo que yo pensé que Patsy era mi prima hasta que sus violentos altercados con Pops me revelaron la verdad.

El motivo de las agrias disputas de Patsy con Pops era el dinero, porque Pops siempre se negaba a dárselo, aunque ahora sé que siempre sobró el dinero en esta casa. Pero Pops obligaba a Patsy a luchar por cada centavo que le daba. Ahora comprendo que Pops no quería invertir en Patsy, y a veces las trifulcas entre ambos hacían que me echara a llorar.

Un día en que estaba sentado a mi mesita en la cocina, con Goblin, estalló una de las acostumbradas peleas entre Patsy y Pops. Goblin me tomó la mano y me hizo escribir la palabra «malo». Yo no opuse resistencia, pues Goblin tenía razón en escribir eso. Luego se sentó junto a mí y trató de rodearme los hombros con el brazo, pero en aquella época Goblin tenía el cuerpo muy rígido. Comprendí que no quería que llorara. Se esforzó tanto en consolarme que se hizo invisible, y entonces lo noté aferrado a mi costado izquierdo.

Otras veces, cuando Patsy discutía con Pops por motivos de dinero, Goblin me obligaba a alejarme, aunque no tenía que esforzarse mucho. Ambos subíamos corriendo la escalera hasta mi habitación, para no oírles.

Sweetheart tenía un carácter demasiado sumiso para oponerse a Pops cuando se producían esos altercados en la cocina, pero a veces daba dinero disimuladamente a su hija. Entonces Patsy cubría a Sweetheart de besos y decía: «Ay, mamá, no sé qué haría sin ti.» Luego se iba a la ciudad montada en la parte trasera de la moto de un amigo, o en su furgoneta, una furgoneta desvencijada que llevaba pintado «Patsy Blackwood» con spray negro bajo las ventanillas de ambos lados, y no veíamos a Patsy ni oíamos la música saliendo de su estudio durante tres días.

La primera vez que comprendí que Patsy estaba íntimamente emparentada conmigo fue una noche terrible en que Patsy y Pops comenzaron a gritarse y éste dijo: «No quieres a Quinn», con toda claridad y contundencia. Añadió: «No quieres a tu hijito. No tendríamos a ese Goblin en casa, Quinn no necesitaría a Goblin si te comportaras como una verdadera madre.»

Entonces comprendí que esas palabras eran ciertas, que Patsy era mi madre. Esas palabras resonaron en mi mente y sentí una tremenda curiosidad por Patsy, y quise preguntar a Pops a qué se refería, y también sentí dolor, un dolor en el pecho y el vientre al pensar que Patsy no me quería, mientras que antes creo que me tenía sin cuidado.

En esos momentos, Pops dijo: «Eres una madre desnaturalizada, además de una zorra.» Patsy tomó un cuchillo de cocina y se precipitó sobre él. Pops la sujetó por ambas muñecas con una mano. El cuchillo cayó al suelo y Patsy dijo a Pops que le odiaba, que deseaba matarlo, que le aconsejaba que durmiera con un ojo abierto y que era él quien no quería a su propia hija.

Luego salí y vi la luz eléctrica que se colaba del cobertizo, y a Patsy sentada en la mecedora de madera, en el porche, delante del garaje que utilizaba como estudio, con la puerta abierta, llorando. Me acerqué a ella y la besé en la mejilla, y ella se volvió hacia mí y me abrazó y me tomó en brazos. Yo sabía que Goblin quería apartarme de ella, porque noté que tiraba de mí, pero yo quería abrazar a Patsy, no quería verla tan triste. De modo que dije a Goblin que la besara.

«Deja de hablar con esa cosa», exclamó Patsy. De improviso se convirtió en otra persona, una persona que me resultaba harto familiar, y me gritó: «Me saca de quicio oírte hablar con esa cosa. No te soporto cuando hablas con esa cosa. ¡Y luego dicen que soy una mala madre!» Así que dejé de hablar con Goblin y me pasé más de una hora besando a Patsy. Me gustaba estar sentado en su regazo, me gustaba que me acunara. Olía bien, al igual que su cigarrillo. Y en mi simple mente infantil, comprendí que aquello marcaba un cambio en nuestra relación.

Pero eso no fue todo. Cuando abracé a Patsy experimenté un ingrato sentimiento. Experimenté algo parecido a la desesperación. Me han dicho que es imposible que sintiera eso siendo un niño, pero no es cierto. Sé que lo sentí. Me abracé a Patsy haciendo caso omiso de Goblin, que no paraba de brincar a nuestro alrededor y tirarme de la manga.

Esa noche Patsy subió a ver la televisión con Goblin, con la Pequeña Ida y conmigo en esta habitación, un hecho sin precedentes, y nos divertimos de lo lindo juntos, aunque no recuerdo qué vimos. De pronto tuve la impresión de que Patsy era mi amiga, y pensé que era muy guapa, siempre me había parecido muy guapa, pero también quería a Pops y no podía elegir entre uno y la otra.

A partir de ese día Patsy y yo nos abrazábamos y besábamos más. Los besos y abrazos han tenido siempre una gran importancia en Blackwood Farm, y por lo que a mí respectaba, Patsy formaba parte de mi círculo de allegados.

Cuando cumplí los seis años me paseaba por toda la finca, pero sabía que no debía acercarme al pantano que lindaba con el oeste y el suroeste.

De no ser por Goblin, mi lugar favorito habría sido el viejo cementerio, que, como ya te he dicho, era muy apreciado por mi retatarabuela Virginia Lee.

Ya te he comentado que a los huéspedes les encantaba este lugar, y la historia de cómo Manfred el Loco había restaurado todas las lápidas para aplacar los remordimientos de conciencia de Virginia Lee. Repararon la vistosa verja de hierro forjado que rodeaba el camposanto y la pintaron de negro azabache, y todos los días retiraban las hojas que caían sobre la pequeña iglesia con el tejado a dos aguas. Esa pequeña iglesia es como una cámara de resonancia. Me encantaba entrar en ella y decir «¡Goblin!» y oír el eco de esa palabra, y verle a él reír como un loco en silencio.

Las raíces de los cuatro robles que hay en el cementerio han combado algunas de las sepulturas rectangulares y la pequeña verja, ¿pero qué podemos hacer con esos vetustos robles? Ninguno de mis parientes se atrevería jamás a talar ninguno de ellos, eso me consta; todos esos árboles tienen un nombre.

El Roble de Virginia Lee está situado en el extremo opuesto del cementerio, entre éste y el pantano, y el Roble de Manfred junto a el, mientras que en este lado están el Roble de William y el Roble de Ora Lee. Todos son gigantescos, con unas ramas pesadas y frondosas que rozan el suelo.

A mí me encantaba jugar allí, hasta que Goblin inició su campaña.

Debía de tener unos siete años cuando vi los primeros fantasmas en el cementerio, una escena que todavía me parece ver mientras hablo. Goblin y yo estábamos jugando allí, y a lo lejos oía el sonido estrepitoso del último grupo musical de Patsy. Habíamos abandonado el cementerio propiamente dicho y yo me encaramaba por una de las ramas largas como brazos del Roble de Ora Lee, que es el más cercano a la casa, aunque en realidad no está muy cerca.

De pronto volví la cabeza a la derecha, por ningún motivo en particular, y vi un pequeño grupo de gente, dos mujeres, un chico y un hombre, que se deslizaban sobre las numerosas y combadas tumbas. No me asusté en absoluto, sino que creo que pensé: «Anda, deben de ser los fantasmas de los que todo el mundo habla», y me quedé contemplándolos asombrado y en silencio, observando que algunos parecían de una sustancia translúcida y que flotaban como si se compusieran principalmente de aire.

Goblin los vio al cabo de unos instantes, y se quedó mirándolos inmóvil, igual que yo. Luego se puso muy nervioso y comenzó a hacerme gestos para que me bajara del árbol y regresáramos a casa. Yo ya sabía interpretar todos sus ademanes, por supuesto, pero no me apetecía irme de allí.

Observé el pequeño grupo de personas, fijándome en sus rostros de expresión ausente, su materia incolora, sus ropa sencilla y la forma en que me miraban.

Por fin me bajé de la rama del roble y me dirigí hacia la verja de hierro forjado. Los ojos de los fantasmas no se apartaban de mí, y ahora, al contemplarlos de nuevo en mi imaginación, me doy cuenta de que mudaron ligeramente de aspecto. Asumieron una expresión intensa e incluso apremiante, aunque lógicamente entonces yo no conocía esas palabras.

De pronto los árboles me infundieron terror. Al contemplar la cuesta que descendía hacia la siniestra penumbra del pantano, sentí que los gigantescos cipreses estaban también imbuidos de una misteriosa vida, que contemplaban cuanto los rodeaba con una respiración lenta y profunda que sólo los propios árboles podían percibir.

Me mareé. Estuve a punto de vomitar. Vi agitarse las ramas de los árboles, y luego, lentamente, aparecieron de nuevo los fantasmas, la misma banda, pálidos y desesperados como antes. Sus ojos escudriñaron mi rostro mientras yo permanecía inmóvil, ignorando los frenéticos gestos de Goblin, hasta que de repente retrocedí a trompicones y casi me caí al suelo. Eché a correr hacia la casa.

Como de costumbre, me dirigí hacia la puerta de la cocina, seguido por Goblin brincando y corriendo, y se lo expliqué todo a Sweetheart, la cual se alarmó de inmediato.

Sweetheart era muy corpulenta y no salía nunca de la cocina, tal como te he dicho. Me tomó en brazos y me dijo sin rodeos que en ese lugar no había fantasmas y que no volviera a poner los pies allí. Me pareció absurdo porque, aunque era un niño, sabía lo que había visto, y nadie podía convencerme de lo contrario.

Pops estaba ocupado con los huéspedes en la parte delantera de la casa, y no recuerdo su respuesta.

Pero la Gran Ramona, la abuela de Jasmine, que había estado trajinando en la cocina con Sweetheart, se mostró muy intrigada con respecto a los fantasmas y me pidió que le explicara todo lo que había visto, incluido el estampado floral de los vestidos de las mujeres y que los hombres no llevaban sombrero. La Gran Ramona, que como yo sabía creía en los fantasmas, me contó la famosa historia de que había visto al fantasma de mi tatarabuelo William en el cuarto de estar, registrando los cajones del escritorio Luis XV.

Pero volvamos a los fantasmas que había visto en el cementerio, esas almas en pena, como yo las llamo. Sweetheart estaba asustada y dijo que había llegado el momento de enviarme a párvulos, donde conocería a otros niños y me divertiría mucho.

De modo que una mañana Pops me llevó en la furgoneta a una escuela privada en Ruby River City. Me expulsaron al cabo de dos días. Por hablar demasiado con Goblin, mascullando y murmurando las palabras a medias, y negarme a cooperar con los otros niños. Además, Goblin detestaba la escuela. Hacía muecas a la maestra. Me tomaba la mano izquierda y me rompía los lápices.

De modo que regresé adonde deseaba estar, espiando a Patsy mientras ensayaba sus canciones o ayudando a Pops a plantar una hilera de hermosos pensamientos en la fachada de la casa, o comiendo el glaseado de la tarta que quedaba en un cuenco, en la cocina, mientras Sweetheart, Gran Ramona y la Pequeña Ida cantaban Go Tell Aunt Rodie o I've Been Working on the Railroad, o canciones que ya no recuerdo, que confieso que olvidé hace mucho tiempo.

A partir de entonces vi en varias ocasiones a las almas en pena en el cementerio, y el año pasado también las vi. No han cambiado. Se quedan allí, mirándome, eso es todo. Parecen estar trabadas entre sí, una masa que flota por el aire de la que ninguno de los espíritus puede separarse. No estoy seguro de que posean una personalidad, según lo que entendemos por esa palabra. Pero por la forma en que me siguen con los ojos, deduzco que sí.

Creo que me expulsaron de al menos cuatro colegios antes de que viniera a visitarnos mi tía Lorraine McQueen.

Fue la primera vez que la vi, aunque había venido a vernos en varias ocasiones siendo yo un bebé, según me explicó mientras me abrazaba, me cubría de besos que olían al perfume de su pintalabios y me ofrecía unas deliciosas cerezas recubiertas de chocolate, que me entregó en una enorme caja blanca.

Se instaló en la misma habitación que ocupa ahora, pero no recuerdo haber reparado en ello hasta que me llevaron a verla ese día, hace muchos años, y tía Queen me sentó en su regazo.

Contando incluso las mujeres que se habían alojado en la pensión de Blackwood Manor, tía Queen era la mujer más bonita que yo había visto en mi vida. Sus zapatos de tacón alto sujetos con una tira alrededor del tobillo me parecieron preciosos, de lo más glamorosos, como decimos ahora, y me encantaron su intenso perfume y la suavidad de su pelo blanco.

Calculo que en esa época tía Queen debía de tener setenta años, pero parecía más joven que Pops, que era su sobrino nieto, o que Sweetheart, y eso que ambos iban por los cincuenta y tantos.

Tía Queen llevaba un traje sastre de seda blanca, el estilo de vestir que prefería, y recuerdo que la manché con una cereza recubierta de chocolate, pero ella me dijo alegremente que no me preocupara, que tenía un millar de trajes de seda blanca, y se echó a reír de forma encantadora y añadió que yo era tan «brillante» como ella había pronosticado que sería.

Su habitación estaba decorada en blanco, con el dosel de la cama tapizado de seda y encaje, y unos visillos de gasa blanca con volantes, e incluso una estola de piel de zorro blanca, con auténticas cabezas y colas, que había arrojado sobre una silla.

Tía Queen me dijo que adoraba el blanco, y me mostró sus uñas, que llevaba pintadas de blanco, y el camafeo prendido en el escote de su blusa, que era blanco sobre un fondo de coral rosa pálido, y me explicó que desde que había muerto su marido, John McQueen, o sea, hacía unos treinta años, quería que todo fuera de color blanco. «Pero estoy empezando a cansarme - me confesó en un tono melodramático que me fascinó-. Amaba mucho a tu tío

John McQueen. Jamás he amado a ningún otro hombre. Y no volveré a casarme. Pero estoy dispuesta a rodearme de color. Estoy segura de que tu tío John McQueen lo aprobaría. ¿Qué opinas, Tarquin? ¿Debo comprarme trajes de colores?»

Esas palabras constituyeron un auténtico jalón en mi joven existencia. Nadie me había formulado una pregunta tan seria y adulta. A decir verdad, tía Queen me hablaba como si yo fuera un adulto. A partir de ese momento la adoré con una lealtad sin límites.

Al cabo de una semana tía Queen me enseñó unas muestras de damasco y satén de varios colores y me preguntó cuál de ellos me parecía el más alegre y agradable, y confesé que era el amarillo, nada menos, el que me parecía el más alegre. Luego la tomé de la mano y la acompañé a la cocina para mostrarle las cortinas amarillas de la ventana, y tía Queen rió de buena gana y dijo que el amarillo le recordaba la mantequilla.

¡Pero decoró su habitación de color amarillo! En un tejido liviano y veraniego, tan luminoso como el blanco que había utilizado hasta entonces. Toda la habitación era de un color amarillo mágico, y a decir verdad nunca me ha gustado tanto como cuando la reformó esa primera vez.

A lo largo de los años tía Queen ha decorado su habitación de diversos colores, incluyendo el dosel de la cama, las cortinas y la tapicería, al igual que ha cambiado el colorido de su vestuario. Pero ese primer día parecía un personaje de sangre real vestida con su traje de un blanco purísimo, y recuerdo que me deleité admirando su belleza y la pureza de su talante y su forma de expresarse.

En cuanto al camafeo que llevaba prendido en la blusa, me contó la historia: que se trataba de Hebe sosteniendo una copa para que Zeus, el rey de todos los dioses, que había adoptado la forma de un águila, sumergiera el pico en ella y bebiera.

Durante toda su estancia en casa tía Queen me habló como si yo fuera un adulto, y dormí en la cama con ella. Compró en la ciudad unas camisetas blancas de hombre enormes que yo me ponía a guisa de camisón. Me acurrucaba junto a ella como hacía cuando me acostaba con la Pequeña Ida, y dormía tan profundamente que ni siquiera Goblin era capaz de despertarme antes de que tía Queen me ordenara levantarme.

La Pequeña Ida estaba un tanto disgustada, porque había sido mi compañera de cama desde que era un bebé, pero tía Queen logró calmarla y la Pequeña Ida dejó de mostrarse enojada. Me gustaba más el dosel blanco debajo del que dormíamos tía Queen y yo que el forrado de satén de esta habitación.

Permite que evoque otro recuerdo, perteneciente a esa época. Un día tía Queen y yo fuimos a Nueva Orleans en su imponente limusina. Yo no había montado nunca en un coche semejante, pero recuerdo pocos detalles del mismo, salvo que Goblin se sentó a mi derecha y tía Queen a mi izquierda. Por más que Goblin trató de conservar un aspecto sólido, se volvió transparente en numerosas ocasiones.

Lo que más me impresionó ese día fue que nos apeamos en una calle sombreada con una larga acera de ladrillo. La acera estaba cubierta de pétalos rosa, y fue uno de los espectáculos más maravillosos que he contemplado en mi vida. Ojalá supiera el nombre de esa calle. Se lo he preguntado a tía Queen, pero no lo recuerda.

No sé si esos pétalos rosa se habían desprendido de una larga hilera de salicarias durante un aguacero. Jamás olvidaré esa acera y el hermoso sendero de pétalos de flores, como si

Librodot

alguien los hubiera esparcido para que los transeúntes caminaran sobre ellos y se sintieran transportados fuera de la realidad, a la esfera de los sueños.

Todavía ahora, cuando mi existencia se me hace insoportable, pienso en esa acera. Recuerdo la sensación de letargo, de calma, y la belleza de esos pétalos rosa. Y entonces puedo respirar hondo.

No tiene nada que ver con mi historia, pero pone de relieve que era capaz de ver esas cosas y que poseía un corazón sensible a ellas. Pero lo importante es que fuimos a la casa de una señora muy pretenciosa y afectada, mucho más joven que tía Queen, que tenía una habitación llena de juguetes y la primera casita de muñecas que yo

Goblin había permanecido todo el rato junto a la puerta, malhumorado, con las manos metidas en los bolsillos de su mono, hasta que me volví hacia él y le dije que se acercara porque quería presentarle a tía Queen. Me esforcé en describir a tía Queen el aspecto de Goblin con todo detalle, puesto que suponía que nadie podía verle excepto yo, pero cuando tía Queen achicó los ojos y miró entre los párpados juraría que tuve la sensación de que lo vio aunque fuese un instante.

Tía Queen se volvió de nuevo bruscamente hacia mí y me preguntó de sopetón: «¿Te hace feliz?» Lo cual me pilló tan desprevenido como la pregunta que me había formulado antes.

Creo que balbucí que Goblin estaba siempre presente salvo cuando se escondía, como si no se tratara de que me hiciera feliz o no, y entonces Goblin empezó a tirar de mi mano para sacarme de la habitación. «¡Pórtate bien, Goblin!», dije, como a veces me decía

Sweetheart «¡pórtate bien, Tarquin!», y Goblin desapareció enfurruñado y haciendo muecas.

Me eché a llorar. Tía Queen, muy preocupada, me preguntó el motivo, y respondí que Goblin no volvería a aparecer hasta al cabo de un buen rato. Esperaría hasta que dejara de llorar a moco tendido, y entonces volvería a presentarse.

Después de reflexionar unos momentos, tía Queen me dijo que no debía llorar. «¿Sabes qué pienso, Quinn? -me preguntó-. Que si dejas de llorar y finges que no le necesitas, Goblin volverá enseguida.»

Tenía razón. Mientras ayudaba a tía Queen y a la Gran Ramona a deshacer las maletas, mientras me entretenía jugando con los camafeos de tía Queen, que ella había dispuesto sobre su célebre mesa de mármol, apareció Goblin, asomó la cabeza y entró con cara de pocos amigos.

A tía Queen no le importó que yo le explicara a Goblin en murmullos quién era y que todo el mundo la llamaba señorita Queen, pero que nosotros podíamos llamarla tía Queen, y cuando la Gran Ramona me regañó y me dijo que me callara, tía Queen le dijo que me dejara seguir parloteando.

«No vuelvas a esfumarte, Goblin», dijo tía Queen, y tuve de nuevo la certeza de que le había visto, pero ella lo negó y me explicó que creía que estaba presente porque yo lo decía. veía en mi vida. Como no sabía que los chicos no debían interesarse por las casitas de muñeca, me llamó la atención y quise jugar con ella.

Pero la señora quería controlar la situación, según recuerdo, y me asedió con preguntas pretenciosas, con su voz artificialmente infantil, en su mayoría relativas a Goblin, que se pasó todo el rato mirándome con cara de pocos amigos. No me gustó su tono empalagoso cuando me preguntó: «¿ Goblin hace cosas malas?» «¿Piensas a veces que Goblin hace algo que te gustaría hacer a ti pero no puedes?»

Aunque era un niño, comprendí por qué me hacía esas preguntas, y no me sorprendió que más tarde tía Queen llamara a Pops desde la limusina y le dijera, como si Goblin y yo no estuviéramos sentados junto a ella: «Goblin no es más que un compañero imaginario, Thomas. Al niño ya se le pasará. Es un chico brillante y no tiene amigos. De modo que tenemos a Goblin. No hay motivo para preocuparse.»

Poco después de mi encuentro con la acera sembrada de hermosos pétalos de flores -y la psicóloga-, Pops me llevó a mi nueva escuela. La odié con toda el alma, como a las otras, hablé con

Goblin beligerante y sin parar y antes del mediodía me enviaron a casa.

A la semana siguiente Pops emprendió el largo trayecto en coche hasta Nueva Orleans para llevarme a un parvulario más elegante, situado en la parte alta de la ciudad, pero con idéntico resultado. Goblin hizo muecas a los niños y yo los detesté. La voz de la maestra me enervaba, me hablaba como si fuera un idiota, y al poco tiempo Pops apareció en la furgoneta para recogerme y llevarme de regreso a casa, que era donde yo quería estar.

Llegados a este punto, tengo un recuerdo vivo aunque fragmentado, muy distorsionado y confuso, de estar preso en una especie de hospital, en un pequeño cubículo, y de estar sentado de nuevo en un espacioso cuarto de juegos con una casita de muñecas,

y de ser consciente de que unas personas me observaban a través de un espejo porque Goblin me hacía señas indicándomelo. Goblin odiaba ese lugar. Las personas que entraban para interrogarme lo hacían como si fueran íntimas amigas mías, cosa que no eran.

«e Dónde has aprendido esas palabras?» fue una de las preguntas cumbre. Y otra: «Dices que te gusta ser independiente, pero, ¿sabes qué significa la palabra independiente?» Por supuesto que lo sabía, y se lo expliqué: estar solo, no ir al colegio, no estar en ese lugar. No tardé en salir de allí, con la sensación de que había obtenido mi libertad gracias a mi tozudez y mi negativa a ser amable. Pero la experiencia me aterrorizó. Sé que rompí a llorar histérico cuando me arrojé en brazos de Sweetheart, que sollozaba desconsolada.

Quizá fuera la noche que regresé a casa, no estoy seguro, pero en todo caso al poco tiempo tía Queen me aseguró que no volverían a llevarme a ese «hospital». Durante los días sucesivos averigüé que había sido cosa de tía Queen, porque Patsy la criticó abiertamente por ello en mi presencia, lo cual me confundió, porque yo necesitaba querer a tía Queen.

Cuando tía Queen meneó la cabeza y confesó que se había equivocado al enviarme al hospital, me sentí muy aliviado. Al observar mi reacción tía Queen me besó y me preguntó por Goblin, y yo respondí que estaba junto a mí.

De nuevo juraría que tía Queen lo vio, e incluso observé a Goblin enderezarse y alisarse el pelo. Pero tía Queen se limitó a decir que si yo quería a Goblin, ella también le querría. Yo estallé en lágrimas de felicidad y Goblin no tardó en sumarse a un paroxismo de lágrimas.

Mi siguiente recuerdo de tía Queen es una imagen suya compartiendo conmigo mi mesita en esta habitación y enseñándome a escribir palabras a lápiz, una larga lista de sustantivos que contenía el nombre de todos los objetos del dormitorio, observándome pacientemente mientras yo enseñaba esas palabras a Goblin: cama, mesa, silla, ventana y demás.

«Goblin te ayudará a recordarlas -dijo tía Queen muy seria-. Me parece que Goblin es muy listo. ¿Crees que conoce alguna palabra que nosotros no conocemos? ¿Una palabra que aún no hayas aprendido?»

Fue un momento asombroso. Cuando me disponía a responder que no, Goblin apoyó la mano sobre la mía y escribió con su torpe letra «pare» y «ceda el paso». Y la palabra «escuela».

Me sentí tan orgulloso de él que me eché a reír. Pero Goblin no había terminado. A continuación escribió con movimientos bruscos: «río Ruby».

Oí que tía Queen contenía el aliento.

«Haz el favor de explicarme cada una de esas palabras, Quinn», dijo. Pero aunque pude explicarle que «pare» y «ceda el paso» eran los letreros que veíamos en la carretera, no sabía interpretar «escuela» ni «río Ruby».

Tía Queen adoptó una expresión solemne que jamás olvidaré. «Pregunta a Goblin cómo ha aprendido esas cosas», me ordenó.

Pero cuando hice lo que me había pedido, Goblin se limitó a bizquear, sacudir la cabeza de un lado a otro y bailar.

Librodot

«Creo que no sabe cómo -dije a tía Queen-, pero supongo que las ha aprendido observando y escuchando.»

Esa respuesta pareció complacer a tía Queen, lo cual me produjo un gran alivio. Su expresión solemne me había asustado.

«Es lógico -comentó tía Queen-. Se me ocurre una idea. ¿Por qué no pides a Goblin que te enseñe unas cuantas palabras nuevas cada día? Podría empezar a enseñarnos algunas ahora mismo.»

Le expliqué que Goblin no haría nada más hasta el día siguiente. No le gustaba hacer nada durante mucho rato. Se cansaba.

Al relatarte esto, me doy cuenta de que Goblin hablaba con coherencia en mi cabeza. ¿Cuándo comenzó? Lo ignoro.

Durante los meses sucesivos hice lo que tía Queen había propuesto y Goblin me enseñó páginas y más páginas de palabras corrientes. Todos, incluso Pops y Sweetheart, opinaron que era muy positivo.

Y la tropa de la cocina asistió atónita a este proceso.

Aprendí a escribir, con letra vacilante, las palabras «arroz», «Coca-Cola», «harina», «hielo», «lluvia», «policía», «sheriff», «Ayuntamiento», «Correos», «teatro Ruby Town», «grandes almacenes», «farmacia Grodin's» y «Wal-Mart», definiendo estas palabras a medida que Goblin las definía en mi mente. No sólo las pronunciaba tal como me enseñó Goblin, sino que las veía. Vi el Ayuntamiento. Vi la oficina de Correos. Vi el teatro Ruby Town. Y, gracias a Goblin, aprendí inmediatamente a asociar las sílabas con su significado.

Al revisar ese curioso proceso, comprendo lo que implicaba. Goblin, a quien yo había tratado siempre como a un ser muy inferior a mí y un empedernido alborotador, había aprendido el código fonético de las palabras escritas y en eso me aventajaba. Y me aventajó durante mucho tiempo. ¿La explicación? Tal como dijo el mismo Goblin, observaba y escuchaba, y con esa pequeña cantidad de materia prima había conseguido una proeza.

A eso me refiero cuando digo que aprendía rápidamente, y debo añadir que debido a ello era un alumno tan imprevisible como incontrolable.

Pero quiero dejar bien claro que, aunque la tropa de la cocina decía que Goblin era una maravilla por haberme enseñado tantas palabras, seguía sin creer en él.

Una noche, cuando yo escuchaba a los adultos conversando en la habitación de tía Queen, oí la palabra «subconsciente», y la oí de nuevo, y al oírla por tercera vez interrumpí para preguntar qué significaba.

Tía Queen me explicó que Goblin vivía en mi subconsciente y que cuando yo me hiciera mayor probablemente desaparecería. Que no me preocupara. Que dentro de un tiempo ya no necesitaría a Goblin y que la «situación» se normalizaría.

Yo sabía que no era cierto, pero quería demasiado a tía Queen para llevarle la contraria. Además, iba a marcharse al cabo de poco. Había vuelto a picarle el gusanillo de viajar. Sus amigos se habían reunido en Madrid, en un palacio, con motivo de un importante acontecimiento, y al pensar en ello me echaba a llorar.

Tía Queen se marchó a los pocos días, pero no antes de contratar a una joven para que me diera clases en casa. Eso hacía, acudiendo todos los días a Blackwood Manor.

Mi maestra no era una persona muy competente, y mis conversaciones con Goblin la atemorizaban, por lo que no tardó en despedirse.

Las siguientes maestras tampoco fueron muy eficaces.

Goblin las detestaba tanto como yo. Me pedían que coloreara dibujos aburridos y que pegara tiras de papel sacadas de revistas sobre cartones. Recuerdo que me hablaban de una forma artificiosa, como si la mente de un niño fuera distinta de la de un adulto. No lo soportaba y me las ingenié enseguida para horrorizarlas y atemorizarlas. Lo hacía de un modo implacable para despojarlas de su poder. Quería que se fueran. Quería librarme de ellas con la furia de un hijo único dotado de una fuerte personalidad.

Librodot

Por más que no cesaban de presentarse nuevas maestras, yo no tardaba en quedarme a solas con Goblin.

Seguíamos paseándonos por toda la granja, como de costumbre, y a veces nos reuníamos con los hombres del cobertizo, para mirar combates de boxeo en la televisión, un deporte que siempre me ha encantado, el único deporte que me gustaba y me sigue gustando contemplar, y en varias ocasiones vimos a los fantasmas en el viejo cementerio.

En cuanto al fantasma de William, el hijo de Manfred, lo vi al menos tres veces registrando el escritorio del cuarto de estar, pero no pareció percatarse de mi presencia, al igual que había hecho tía Camille en la escalera del desván.

Entretanto, la Pequeña Ida me leía cuentos infantiles profusamente ilustrados, sin importarle que Goblin estuviera también presente. Nos acostábamos los tres en la cama, incorporados contra el cabecero. Aprendí a leer un poco con la Pequeña Ida, y Goblin me leía un libro si yo tenía la paciencia de escucharle, de sintonizar con su voz silenciosa dentro de mi cabeza. Los días lluviosos, como te he dicho, Goblin adquiría mucha fuerza. Podía leerme un poema entero de un libro para adultos. Cuando correteábamos bajo la lluvia estival, era capaz de conservar un aspecto sólido durante una hora.

A veces, durante esos primeros años, comprendí que en Goblin tenía un tesoro, que su capacidad de comprender palabras y escribirlas era superior a la mía, lo cual me complacía, y, como es natural, respetaba su opinión sobre las maestras. Goblin aprendía con más rapidez que yo. Pero un buen día ocurrió lo inevitable.

Yo debía de tener nueve años. Goblin tomó mi mano izquierda y empezó a escribir unos sofisticados mensajes que yo habría sido incapaz de redactar. Estaba en la cocina, sentado a la gran mesa de madera blanca de los adultos, y Goblin garabateó con lápiz sobre un papel algo así como: «Quinn y yo queremos ir de paseo en la furgoneta de Pops. Nos gustaría asistir de nuevo a las peleas de gallos. Nos gusta ver a los gallos peleando. Queremos hacer apuestas.»

La Pequeña Ida y Jasmine lo vieron, pero no dijeron una palabra, y Sweetheart se limitó a menear la cabeza. Pops también guardó silencio. Luego Pops hizo algo muy inteligente.

«Según tú, Quinn, quien escribe esas palabras es Goblin, pero veo que usas la mano izquierda. Vamos a ver si eres capaz de copiar esas palabras. Dile a Goblin que te deje copiarlas. Quiero ver si mueves la mano de forma distinta que él.»

Como era de prever, me costó bastante copiar las palabras, pero lo hice con una letra más pulcra, tal como me había enseñado la Pequeña Ida. Pops se quedó asombrado.

En éstas Goblin me agarró de nuevo la mano izquierda y la guió mientras escribía con sus característicos garabatos: «No debéis temerme. Quiero a Quinn.»

Yo estaba encantado de que hubiera ocurrido eso y recuerdo que dije a los presentes que Goblin era el mejor maestro que yo tenía. Pero los demás no se mostraron tan complacidos como yo, de modo que Goblin me tomó de nuevo la mano, firmemente, y escribió con una fuerza que por poco rompe el lápiz: «No me creéis. Pero Quinn sí que cree en mí.»

En mi opinión estaba muy claro que Goblin era un ser independiente y que todo el mundo se daba cuenta aunque nadie estuviera dispuesto a decirlo.

No obstante, el fin de semana siguiente Pops y yo asistimos a la pelea de gallos. Cuando atravesamos Ruby River City, Pops me preguntó si Goblin estaba en el coche. Respondí que sí, que estaba agarrado a mí, invisible, reservando sus fuerzas para ponerse a bailar alrededor de la arena durante las peleas de gallos, pero que no se preocupara, que estaba con nosotros.

Cuando llegamos Pops me preguntó qué hacía Goblin y le contesté que estaba «vivito y en color», refiriéndome a que había adquirido un aspecto sólido y correteaba junto a mí, alrededor de la arena, para cobrar las apuestas que ganara Pops. Por supuesto, tuvimos también que pagar algunas que Pops perdió.

Por si no has visto nunca una pelea de gallos, te describiré brevemente en qué consiste. Se celebran en un edificio del campo, con aire acondicionado, un tosco vestíbulo y un chiringuito en el que venden hamburguesas, perritos calientes y refrescos. Del vestíbulo pasas directamente a la arena, que es circular, con dos entradas, una para el público y la otra,

Librodot

enfrente, para los gallos y sus cuidadores. En el centro de la arena hay una jaula enorme con el suelo de tierra, protegida por alambre de espino que llega hasta el techo, en la que pelean los gallos.

Dos hombres entran en la arena con sus gallos, los depositan en el suelo y los animales comienzan a pelear, debido a su naturaleza, y en cuanto uno derriba al otro se los llevan fuera para que sigan peleando hasta que uno muera. Los cuidadores hacen cuanto pueden para ayudar a sus animales. Los agarran del pescuezo y les succionan la sangre de la boca para darles renovadas fuerzas, y creo que también les insuflan aire por el trasero.

Pops nunca iba a la zona donde se desarrolla la última parte de las peleas. Es un lugar sucio y lleno de polvo, y por eso la mayoría de las personas que asisten a peleas de gallos, por bien vestidas que vayan, acaban perdidas de tierra. A Pops le gustaba el espectáculo que tenía lugar en el interior del edificio. A menudo se levantaba y gritaba sus apuestas, y yo corría de un lado a otro con el dinero, como te he descrito. Entre el público había algunas mujeres, y numerosos niños, la mayoría de los cuales se encargaba de cobrar y pagar las apuestas. Es una escena muy estadounidense que está desapareciendo.

A mí me encantaba, y a Goblin, tal como te he explicado. Los gallos nos parecían imponentes con su largo plumaje de vivos colores, y cuando saltaban en el aire para atacar a su contrincante, elevándose más de un metro sobre el suelo, aterrizando y saltando de nuevo, era un espectáculo impresionante.

Pops conocía a todos los asistentes. Como he dicho, era un hombre del campo. Al relatarte esta historia me doy cuenta de que se comportaba deliberadamente como el resto de la comunidad rural, aunque no estaba obligado a hacerlo.

Se había licenciado en derecho por la Universidad de Loyola en Nueva Orleans, al igual que su padre, Gravier. Pudo haber sido una persona muy distinta. Pero eligió ser lo que fue.

Había criado gallos de pelea antes de que yo naciera, y me contó todo lo referente a esa actividad: durante dos años los alimentaban con los mejores piensos y dejaban que les creciera el plumaje para que lo exhibieran durante sus cinco minutos de gloria en el cuadrilátero. Las aves domésticas eran maltratadas, criadas en unas condiciones deplorables, no conocían la hierba ni el aire puro. Un gallo de pelea tenía una vida muy distinta.

Así era Pops. Cuando volvía a casa después de asistir a una pelea de gallos, se duchaba, se ponía su traje oscuro y entraba en el comedor para comprobar si habían dispuesto debidamente los platos Royal Doulton en la mesa para cenar, y llamaba a la Pequeña Ida o a Lolly para que ordenaran con más pulcritud los cubiertos de plata. Cuando conducía su furgoneta ponía cintas de música de harmónica, pero contrataba a cuartetos o tríos de música clásica para que tocaran en el salón.

Era un hombre situado entre dos mundos, y me dio lo mejor de ambos, pero nunca comprendí por qué detestaba que Patsy se hubiera convertido en una chica del campo. Claro que hay que tener en cuenta que mi madre se quedó preñada a los dieciséis años y se negó a divulgar el nombre del padre, suponiendo que lo supiera, y quizá fue por eso por lo que mi abuelo se indispuso contra ella.

Adelantemos la narración a cuando cumplí diez años y apareció la mejor de las maestras, una incomparable y maravillosa mujer llamada Lynelle Springer, que tocaba el piano de forma exquisita y hablaba varias lenguas extranjeras, que «adoraba» a Goblin y a menudo hablaba con él independientemente de mí, lo cual hacía que me pusiera un poco celoso.

Por supuesto que yo sabía que era un juego, pero Goblin no, y hacía travesuras y trucos para divertir a Lynelle, que yo le describía a ésta en voz baja. Todo cuanto me enseñó Lynelle se lo enseñé a Goblin, o al menos lo intenté. Goblin estaba tan encariñado con Lynelle que cuando ésta llegaba a casa por las tardes se ponía a brincar como un loco.

Lynelle era alta y esbelta, con una larga melena castaña y rizada que solía llevar recogida en un moño. Utilizaba un perfume llamado Shalimar y lucía unos vestidos que ella calificaba de «románticos», de corte imperio y con la falda ancha y vaporosa, de la época del rey Arturo, según me explicó, y adoraba el color celeste. Le fascinaba que mi antepasada Virginia Lee

hubiera elegido un precioso vestido de color celeste para posar para el retrato que colgaba en el comedor.

Lynelle era como tía Queen muy aficionada a los zapatos de tacón alto, tenía el pecho voluminoso y la cintura muy estrecha, le encantaba Blackwood Manor. Se ponía a bailar en las grandes estancias. Exploraba cada rincón con afanosa curiosidad y cuando se tropezaba con los huéspedes los trataba amablemente.

En cuanto me conoció dijo que yo poseía «una rara inteligencia». Le abrí los brazos (como habrás comprobado, mi mundo estaba muy influido y amenizado por abrazos y besos) y Lynelle se adaptó a este estilo sin la menor reserva.

Me cautivó. Temía perderla como había perdido deliberadamente a las otras maestras, y experimenté un cambio de parecer radical con respecto a un aspecto de mi mundo que jamás había experimentado.

Lynelle hablaba tan deprisa que Pops y Sweetheart se quejaban a sus espaldas de que no comprendían lo que decía. Y recuerdo un malévolo rumor de que tía Queen pagaba a Lynelle tres veces más de lo que habían cobrado las otras maestras porque la había conocido en un castillo inglés.

¿Y qué? Lynelle era única. Lynelle aprovechaba las dotes de Goblin, invitándole a enseñarme palabras nuevas y dedicándonos sus largas y hermosas peroratas a ambos, sus dos «duendecillos».

El hecho de que Lynelle tuviera seis hijos de corta edad, que hubiera sido profesora de francés, que hubiera regresado a la universidad para estudiar un curso preparatorio para ingresar en la facultad de medicina, que fuera un genio en materia científica y concertista de piano despertaba los recelos de Pops y Sweetheart. Pero yo sabía que Lynelle era una persona extraordinaria. No podía engañarme.

Acudía cinco tardes a la semana para darme clase durante cuatro horas. Al cabo de un mes logró conquistar a todos en Blackwood Farm con su vitalidad, su encanto, su optimismo y su efervescencia, y cambió decisivamente el curso de mi vida.

Fue Lynelle quien me enseñó los rudimentos, a pronunciar las grandes palabras y a analizar las frases para entender la estructura gramatical, y me dio los únicos conocimientos de matemáticas que confieso que poseo.

Me enseñó el suficiente francés para que comprendiera buena parte de las películas subtituladas que veíamos juntos, y me impartió un montón de conocimientos sobre historia y geografía construyendo sus fluidos y maravillosos discursos en torno a personajes históricos, aunque a veces resumía siglos enteros en términos de los logros en materia de arte y guerra.

«Todo se reduce a arte y guerra, Quinn -me dijo en cierta ocasión que estábamos sentados en el suelo, al estilo oriental, en esta habitación-, y aunque te asombre la mayoría de los grandes hombres estaban locos.»

Tuvo asimismo el detalle de referirse a Goblin por su nombre al explicar que Alejandro Magno era un egocéntrico y Napoleón un «obsesivo-compulsivo», mientras que Enrique VIII era poeta, escritor y déspota.

Lynelle, que era increíblemente ingeniosa, aparecía con cajas llenas de cintas educativas o documentales para que los viéramos en el reproductor de vídeos, y me hizo comprender que en esta época de televisión por cable nadie tenía que ser analfabeto. Incluso un joven eremita de Blackwood Farm debía informarse de todo a través de la televisión.

«Imagínate, Quinn, incluso en los parques de caravanas la gente ve esos canales; las camareras siguen la biografía de Beethoven y los operarios de teléfonos miran documentales de la Segunda Guerra Mundial por televisión cuando regresan a casa.»

Yo no estaba tan convencido como ella de eso, pero comprendí el potencial de la televisión y cuando Lynelle persuadió a Pops para que me regalara una pantalla gigante me llevé una gran alegría.

Lynelle insistió en que viera unos documentales científicos que yo hubiese preferido saltarme, y la estupenda película Amor inmortal, en la que Gary Oldman hace el papel de

Librodot

Beethoven con tal perfección que cada vez que la veíamos me echaba a llorar. También vimos Amadeus, con Tom Hulce en el papel de Mozart y F. Murray Abraham en el de Salieri, una obra maestra que me impresionó, o películas antiguas como Canción inolvidable, en la que Cornel Wilde representaba el papel de Chopin y Merle Oberon el de George Sand, y Tonight We Sing, sobre S. Hurok, el gran empresario, y docenas de filmes a través de los cuales Lynelle amplió mi mundo.

Por supuesto, me hizo ver Las zapatillas rojas, una película que me infundió el deseo de conocer a personas refinadas y cultas, y Los cuentos de Hoffmann, que transformó mis sueños. Ambas películas me produjeron un intenso dolor físico al mostrarme un mundo tan vibrante, noble y exaltado. Incluso ahora experimento dolor al rememorar sus imágenes. Me produce dolor. Esas dos películas me hechizaron.

Imagínanos a Lynelle y a mí sentados en el suelo de esta habitación, sin otra luz que la de la pantalla gigante del televisor, y esas maravillosas películas que invadían nuestros sentidos. Y Goblin mirando atentamente la pantalla, asombrado por los esquemas que debía percibir, sin decir palabra pese a su afán por comprender por qué Lynelle y yo estábamos tan impresionados y silenciosos.

Cuando exclamaba de dolor, Lynelle me hablaba en tono bondadoso.

«¿No lo entiendes, Quinn? -preguntaba. Vives en una mansión fabulosa, eres un excéntrico y tienes tanto talento como las personas que ves en estas películas. Tía Queen te invita cada dos por tres a reunirte con ella en Europa y tú te niegas. No lo hagas, Quinn. No permitas que tu mundo sea tan limitado.»

Lo cierto era que tía Queen no me había invitado nunca a reunirme con ella en Europa o, para ser más preciso, ignoraba que lo hubiera hecho. Sin duda Pops y Sweetheart lo sabían. Pero no se lo confesé a Lynelle.

«Tienes que seguir enseñándome cosas, Lynelle -respondí. Conviérteme en una persona digna de viajar con tía Queen.»

«De acuerdo, Quinn -contestó Lynelle-. Será muy fácil.»

Casi logró convencerme. Lynelle siguió enseñándome arqueología y teorías de la evolución y haciendo increíbles disertaciones sobre agujeros negros en el espacio.

Me enseñó a tocar algunas piezas de Chopin y unos ejercicios de Bach. Me enseñó toda la historia de la música, interrogándome hasta que fui capaz de identificar una época y un estilo e incluso, en el caso de Mozart, a un compositor.

Con Lynelle estaba en el paraíso.

Me enseñó numerosos vocablos en latín para demostrarme de dónde derivaban palabras inglesas. Con ella aprendí a bailar el vals, el tango y el fox trot, pero el tango me hacía reír tanto que me caía al suelo cada vez que lo intentábamos.

Lynelle puso también mi primer ordenador con impresora en mi dormitorio, y aunque fue mucho antes de la aparición de Internet, aprendí a escribir en ese ordenador y conseguí teclear muy rápidamente, utilizando tres dedos de cada mano.

A Goblin le encantaba el ordenador.

Un día me tomó la mano izquierda y tecleó: «Amo-a-Lynelle.» Ella se mostró muy complacida y luego, como no conseguí que

Goblin me soltara la mano, traté de escribir diversas palabras juntas, sin espacios, y por fin propiné a Goblin un codazo en el pecho para que se apartara. Como de costumbre, Lynelle me tranquilizó con palabras amables.

Goblin tardó bastante en descubrir que era capaz de escribir en el ordenador sin mi ayuda.

Pero sigamos con Lynelle. Tan pronto como aprendí a teclear una carta en el ordenador escribí a tía Queen, que había emprendido un peregrinaje religioso en la India, y le dije que Lynelle era una emisaria especial de ella y del cielo. A tía Queen le complació tanto recibir una carta mía que empezamos a escribirnos unas dos veces al mes.

Viví muchas aventuras con Lynelle.

Los sábados nos íbamos al pantano en piragua con el propósito de encontrar Sugar Devil Island, pero en cuanto aparecía una serpiente mortífera Lynelle se asustaba y me gritaba que remara de regreso a tierra firme. Yo llevaba un rifle y podría haber disparado contra las serpientes si se nos hubieran acercado, cosa que no hacían, pero Lynelle estaba aterrorizada y hacía lo que me pedía.

Ninguno de los dos llevamos manga larga, pese a que Pops nos lo había aconsejado, y estábamos cubiertos de picaduras de mosquito. Pero en los frescos atardeceres de primavera nos sentábamos sobre las tumbas del cementerio y contemplábamos el pantano, hasta que la oscuridad y los mosquitos nos obligaban a regresar.

Por supuesto, estábamos decididos a aventurarnos en él algún día para dar con la condenada isla, pero siempre surgía algún imprevisto que nos lo impedía.

Cuando Lynelle descubrió que yo no había visitado un museo en mi vida, partimos a toda velocidad en su Mazda deportivo, escuchando tecno-rock por la radio, y atravesamos el lago para contemplar los maravillosos cuadros del Museo de Arte de Nueva Orleans. Después de visitar el Acuario dimos una vuelta por las galerías de arte del barrio artístico y luego fuimos a pasar el rato al Barrio Francés.

Ten en cuenta que yo conocía Nueva Orleans bastante bien. A menudo recorríamos el trayecto de hora y media en coche tan sólo para asistir a misa en la magnífica iglesia de St. Mary's Assumption,

en la esquina de Josephine y Constance, porque era la parroquia de Sweetheart y uno de los sacerdotes que oficiaba en ella era primo suyo y, por tanto, primo mío.

Por Carnaval a veces íbamos a Nueva Orleans a ver los desfiles nocturnos desde el porche de casa de tía Ruthie, la hermana de Sweetheart, a la que en algunas ocasiones incluso visitamos el mismo Martes de Carnaval.

Pero con Lynelle llegué a conocer la ciudad a fondo mientras deambulábamos por el Barrio Francés, recorríamos las librerías de viejo en Magazine Street o visitábamos la catedral de St. Louis para encender una vela y rezar una oración.

Durante esa época Lynelle me instruyó también para mi primera comunión y confirmación. Ambas ceremonias se celebraron la noche del Sábado Santo (la víspera de Pascua) en la iglesia de St. Mary's Assumption. Asistieron todos los parientes que tenía Sweetheart en Nueva Orleans, incluidos unos cincuenta a los que yo no conocía. Pero me agradaba sentirme vinculado como es debido a la Iglesia. Durante un tiempo me sentí levemente fascinado por la Iglesia y me dedicaba a mirar vídeos acerca de la historia del Vaticano o la Iglesia o las vidas de los santos.

Lo que más me intrigaba era que los santos habían tenido visiones, que algunos habían visto a sus ángeles guardianes e incluso habían hablado con ellos. Me preguntaba si Goblin, que no era un ángel, provenía del infierno.

Lynelle me dijo que no. Nunca tuve el valor, o la necesidad imperiosa, de hablar a un sacerdote sobre Goblin. Presentía que lo consideraría un invento morboso de mi imaginación, lo cual incluso yo pensaba a veces.

Lynelle me preguntó si Goblin me inducía a cometer pecados. Respondí negativamente.

«Entonces no tienes por qué hablar con un sacerdote sobre él -me explicó Lynelle-. No tiene nada que ver con el pecado. Utiliza tu cerebro y tu conciencia. Un cura no va a comprender a Goblin mejor que los demás.»

Aunque eso suena ahora un tanto ambiguo, entonces no me lo pareció.

Creo que los seis años que pasé con Lynelle fueron algunos del los más felices de mi vida.

Como es natural, me alejé un tanto de Pops y Sweetheart, pero ellos se sentían orgullosos y aliviados de comprobar lo mucho que había aprendido y no se molestaron. Por otra parte,

seguía pasando ratos con Pops, tocando la harmónica después de comer y conversando sobre los «viejos tiempos», aunque Pops no era un anciano. A él le gustaba Lynelle.

Lynelle también le caía bien a Patsy, que participaba en algunas de nuestras aventuras, lo cual me obligaba a ocupar el estrecho asiento posterior del coche deportivo mientras ambas mujeres charlaban en el delantero. Mi recuerdo más conmovedor de esas ocasiones en que Patsy se unía a nosotros está relacionado con Goblin, con el que yo charlaba continuamente, y el asombro de Lynelle cuando Patsy me ordenó bruscamente que dejara de parlotear con aquel repugnante fantasma.

Lynelle suavizaba y cohibía a Patsy. Hubo otra cosa que ahora, al recordar esa época, creo comprender: que el respeto que Lynelle sentía por mí, no sólo como amigo de Goblin sino como el pequeño Tarquin Blackwood, hizo que Patsy me respetara y hablara conmigo con más sinceridad y frecuencia que antes.

Parecía como si mi madre no hubiera «visto» la persona que yo era hasta que Lynelle hizo que se fijara en mí, tras lo cual un leve interés vino a sustituir la condescendiente y arrogante compasión («¡pobrecito mío!») que Patsy había sentido hasta entonces por mí.

A Lynelle le encantaba ver películas taquilleras, en especial las «góticas» o «románticas», como las llamaba ella, y traía todo tipo de cintas de vídeo, desde Robocop hasta Ivanhoe, para verlas juntos por las tardes. A veces Patsy entraba en la habitación y se quedaba a verlas. Recuerdo que le gustaron mucho Darle Man y El cuervo, y también La bella y la bestia, de Cocteau.

En más de una ocasión vimos juntos Quiero ser libre, sobre Loretta Lynn, la maravillosa estrella de música country por la que Patsy sentía una profunda admiración. Observé que Lynelle era capaz de conversar animadamente con Patsy sobre música country, lo cual me ponía celoso. Deseaba tener a mi romántica y misteriosa Lynelle para mí solo.

No obstante, durante esos años averigüé algo sobre Patsy que debía haber previsto. Patsy se sentía estúpida al lado de Lynelle, por lo que la amistad entre ambas no tardó en mermar y estuvo a punto de romperse. Patsy no quería relacionarse con alguien que la hiciera sentirse estúpida, y se negaba a adquirir cultura.

Esta actitud negativa de Patsy no me sorprendió ni me disgustó. (Creo que fue la película El séptimo sello, de Ingmar Bergman, lo que dio al traste con las amenas sesiones cinematográficas que compartíamos los tres.) Pero ocurrió otra cosa relacionada con Patsy, concretamente que a Lynelle le gustaba su música y un día le preguntó si podíamos entrar en el garaje para escucharla, tras lo cual felicitó encendidamente a Patsy por la música que hacía con su banda de un solo hombre, un «amigo» llamado Seymour que tocaba la harmónica y la batería.

(En aquel entonces yo consideraba a Seymour un cretino y un oportunista. El destino tenía reservado a Seymour un merecido castigo.)

Patsy se mostró sorprendida por los elogios de Lynelle, a la par que entusiasmada, y asistimos a varios conciertos en el garaje, los cuales complacieron a Lynelle más que a mí. Como es natural, Goblin disfrutaba como un loco y bailaba hasta que quedaba extenuado y se evaporaba.

Al relatarte esto me doy cuenta de que Lynelle se había trazado un plan. Al intuir que Patsy la temía y evitaba relacionarse con nosotros («sois un par de lumbreras»), decidió astutamente llevarme al garaje para reforzar su amistad con Patsy.

Fue aún más lejos. Un día me llevó a ver a Patsy actuar en un festival musical celebrado en Misisipí, al otro lado de la frontera, con motivo de la feria del condado. Yo no había visto nunca a mi madre actuar sobre un escenario y el hecho de oír al público aclamarla y aplaudirla me abrió los ojos.

Su pelo rubio cardado y su exagerado maquillaje daban a Patsy una belleza como de plástico y cantaba con una voz potente y melodiosa. Sus canciones country tenían un deje triste y se acompañaba con el banjo, mientras otro tipo, al que yo apenas conocía, tocaba unas

notas rápidas y melancólicas con el violín. Seymour los acompañaba con mucho acierto con la harmónica y la batería.

Fue una actuación encantadora que me impresionó vivamente, pero cuando Patsy inició su siguiente número, una dura canción titulada ¡Me has herido, canalla!, el público enloqueció. No dejaban que mi madre abandonara el escenario y se acercaban personas desde otros lugares de la feria para oírla cantar. Patsy se superó a sí misma con la siguiente canción, su obra maestra, titulada Has envenenado mi pozo y yo envenenaré el tuyo. No recuerdo más detalles salvo que me pareció una magnífica cantante y que su vida no era en vano.

Pero no necesitaba a Patsy. No estoy seguro de haberla necesitado nunca. No cabe duda de que Patsy encandilaba a los patanes del condado, pero yo tenía la Novena de Beethoven.

Y a Lynelle. Disfrutaba cuando Lynelle y yo íbamos en coche a Nueva Orleans, acompañados sólo por Goblin.

Jamás he conocido a otro ser humano que condujera a más velocidad que Lynelle, pero poseía un sexto sentido para evitar a los guardias de tráfico. Un día en que nos detuvo un policía de tráfico Lynelle le endilgó la absurda historia de que nos dirigíamos al hospital para estar junto a una mujer que estaba a punto de dar a luz, con lo que no sólo consiguió que el policía no le pusiera una multa sino que tuvimos que impedir que éste nos escoltara hasta el supuesto hospital.

A los dieciséis años terminé los exámenes de graduación del instituto y fui uno de los alumnos que obtuvieron mejor nota en las pruebas de ingreso a la universidad.

Durante el último año que estuvimos juntos, Lynelle me enseñó también a conducir. Pops me dio por fin permiso para conducir la furgoneta por la finca y los caminos rurales que la circundaban. Lynelle me acompañó cuando fui a sacarme el permiso de conducir y Pops me regaló una vieja furgoneta.

Creo que Lynelle me habría convertido también en un buen lector si Goblin no hubiera tenido tantos celos de mi afición por la lectura, si no se hubiera empeñado en participar en todo, en que yo le leyera cada palabra en voz alta o le escuchara mientras él leía para mí. Pero esa habilidad -la de sumergirme en los libros-la adquiriría con Nash, mi segundo gran maestro.

Entretanto, Goblin parecía alimentarse de Lynelle al igual que se alimentaba de mí, aunque en aquella época yo no lo hubiese descrito así. El caso es que Goblin cobraba cada vez más fuerza.

Ocurrió un hecho asombroso. Era domingo. Llovía a cántaros. Yo tenía unos doce años. Escribía en el ordenador mientras Goblin me maldecía, hasta que de pronto el ordenador se colgó. Comprobé todas las conexiones, reinicié de nuevo mi programa pero Goblin lo desconectó.

«Has sido tú, ¿verdad?», pregunté mirando a mi alrededor en busca de Goblin. Vi a mi doble junto a la puerta, vestido con unos vaqueros y una camisa a cuadros rojos y blancos, con los brazos cruzados y sonriendo satisfecho.

Había conseguido captar mi atención. Pero reinicié el ordenador sin apartar la vista de Goblin, que señaló el candelabro de gas e hizo que la luz disminuyera.

«De acuerdo, eso ha sido excelente -dije. (Era su elogio preferido desde hacía años)-. Pero no se te ocurra apagar las luces de la casa. Dime lo que quieres.» Goblin me indicó por gestos «salgamos» y que estaba lloviendo torrencialmente.

«No, soy demasiado mayor para eso -respondí-. Acércate y ponte a escribir conmigo.»

Le acerqué una silla y cuando Goblin se sentó junto a mí le expliqué que estaba escribiendo una carta a tía Queen y se la leí en voz alta, aunque no era necesario. En ella agradecía a la tía su reciente oferta de que Lynelle podía utilizar siempre su alcoba si tenía que refrescarse, cambiarse de ropa o pasar la noche.

Cuando llegué al final y me disponía a despedirme, Goblin me agarró la mano izquierda como de costumbre y tecleó sin espacios:

«SoyGoblinyQuinnesGoblinyGoblinesQuinnyqueremosmuchoaQueen»

Librodot

Luego se detuvo y desapareció.

Comprendí con toda claridad que Goblin se había agotado al desconectar el ordenador. Lo cual hizo que me sintiera seguro. El resto del día y de la noche era mío.

En otra ocasión, poco después, cuando Lynelle y yo bailábamos al son de un vals de Chaikovski -divirtiéndonos de lo lindo en el salón después de que los huéspedes se hubieran retirado-, Goblin me asestó un puñetazo en el estómago que me cortó la respiración y se esfumó, no de forma voluntaria sino forzada, dejándome llorando a lágrima viva y mareado.

Este episodio sorprendió a Lynelle, pero no dudó de mi palabra cuando le expliqué que era obra de Goblin, y cuando nos sentamos a conversar de forma íntima y confidencial, como dos adultos, me confesó que había sentido a Goblin estirarle del pelo en varias ocasiones. Ella había tratado de ignorarlo, según me dijo, pero ahora estaba segura de que había sido una travesura de Goblin.

«Tienes un fantasma muy poderoso», dijo Lynelle. No bien hubo pronunciado estas palabras cuando el candelabro de gas empezó a moverse. Yo no había presenciado nunca ese truco, la ligera oscilación de aquellos pesados brazos de metal y cazoletas de cristal, pero era innegable. Lynelle se echó a reír. Luego soltó una exclamación de asombro. Dijo que había sentido un pellizco en el brazo derecho. Volvió a reírse y luego se dirigió a Goblin, al que yo no alcanzaba a ver, hablándole en tono tranquilizador y asegurándole que le quería tanto como a mí.

Vi a Goblin -que a la sazón tenía catorce años, porque yo había cumplido los catorce- junto a la puerta del dormitorio mirándome muy ufano. Me percaté de que su rostro parecía más definido que antes, principalmente debido a que su expresión levemente desdeñosa era una novedad. Goblin desapareció rápidamente, lo cual confirmó mi sospecha de que cuando influía físicamente en la materia se quedaba sin energía para «aparecer» durante un buen rato.

Pero no cabía duda de que se estaba haciendo más fuerte.

Juré «matar» a Goblin por haber lastimado a Lynelle, y cuando Lynelle partió en su resplandeciente Mazda, escribí a tía Queen diciéndole que Goblin se había atrevido a hacer algo impensable al lastimar a otras personas. Le conté también lo del brutal puñetazo que me había propinado en el estómago y envié la carta por correo urgente para que tía Queen la recibiera al cabo de dos o tres días, aunque en aquella época estaba en la India.

Y para entretener a Goblin aquel fin de semana le leí en voz alta Mundos perdidos, un libro maravilloso sobre arqueología que me había regalado tía Queen.

Tan pronto como recibió mi carta, tía Queen me llamó para advertirme que debía controlar a Goblin, que debía buscar la forma de impedirle que se comportara de ese modo amenazándole con no mirarle ni hablarle, y que me mantuviera en mis trece.

«¿Por fin crees que existe Goblin, tía Queen?», le pregunté.

«En estos momentos estoy en el otro extremo del mundo, Quinn -respondió-. No puedo ponerme a discutir contigo sobre Goblin. Lo que te digo es que debes controlarlo, tanto si es un ser real e independiente como si forma parte de ti.»

Me mostré de acuerdo y le aseguré que sabía cómo controlarlo. Pero que procuraría aprender más de lo que sabía.

Tía Queen me pidió que la mantuviera informada acerca de la situación.

Acto seguido me felicitó por la coherencia y el estilo de mi carta, que según dijo era infinitamente mejor que las anteriores, progreso que atribuyó acertadamente a Lynelle.

Seguí las indicaciones de tía Queen con respecto a Goblin al pie de la letra, al igual que Lynelle. Cada vez que Goblin hacía alguna trastada, le regañábamos y nos negábamos a hablarle hasta que sus débiles y ridículos ataques cesaron. El método dio resultado.

Pero Goblin ansiaba escribir y alcanzó un nivel superior de concentración, lo que le permitió redactar mensajes en el ordenador utilizando mi mano izquierda.

El hecho de que se apropiara de mi mano izquierda me produjo una sensación incómoda, porque Goblin no usaba mi derecha, de modo que una sola mano dominaba todo el teclado y

se producía un extraño ritmo de escritura. Lynelle observaba con una mezcla de inquietud y fascinación, pero hizo un asombroso descubrimiento.

Y ese asombroso descubrimiento fue que podía comunicarse privadamente y en secreto conmigo tecleando en el ordenador lo que deseaba decirme utilizando palabras complicadas. Ese día escribió algo así como:

«Es posible que nuestro galante y perspicaz doppelgänger no perciba las numerosas elucubraciones que pasan a través del órgano cerebral de su querido y a veces maltratado Tarquin Blackwood.»

Por la expresión de estar en la inopia de Goblin, era evidente que Lynelle tenía razón. Pese a los muchos aspectos en los que me aventajaba, no podía interpretar esos mensajes. Lynelle siguió tecleando unas frases parecidas a éstas:

«Ten en cuenta, querido Tarquin, que tu doppelgänger, aunque hasta ahora asimilaba todo lo que asimilabas tú, quizás haya alcanzado el límite de su capacidad para apreciar matices, lo cual te ofrece la maravillosa posibilidad de ignorar sus exigencias e intenciones cuando lo desees.»

Apoyé las manos en el teclado y, mientras Goblin me observaba con recelo y un aspecto muy sólido y curioso, escribí que lo comprendía y que, a partir de entonces, podíamos utilizar el ordenador para comunicarnos rápidamente de dos formas: para que Goblin me escribiera mensajes sencillos utilizando mi mano, y para que Lynelle y yo nos comunicáramos empleando un vocabulario más sofisticado, que Goblin no entendía.

Por esa época de mis aventuras con Lynelle, ésta trató de explicar esos mecanismos a Patsy, pero Patsy le contestó: «Estás más loca que Quinn, Lynelle; deberíais estar encerrados en un manicomio.» Y cuando Lynelle trató de explicárselo a Pops y a Sweetheart ninguno de los dos pareció comprender la importancia de que Goblin no comprendiera todo lo que me pasaba por la cabeza.

Porque de eso se trataba: Goblin no leía necesariamente mis pensamientos. Cuando lo analizo ahora me parece un hallazgo monumental, que debimos haber hecho mucho antes.

En cuanto a Pops y a Sweetheart, intuyo que comprendieron que Lynelle creía en Goblin, lo cual no les habíamos revelado, y le hicieron un par de advertencias: que se abstuviera de fomentar «esa faceta de mi personalidad» y que suponían que una maestra del calibre de Lynelle lo comprendería perfectamente. Pops trató a Lynelle con aspereza y Sweetheart se echó a llorar.

Pasé un rato a solas con Sweetheart en la cocina, ayudándola a enjugarse las lágrimas con el delantal y asegurándole que no estaba chiflado.

Ese momento está profundamente grabado en mi memoria porque Sweetheart, que era la bondad personificada, me dijo suavemente que «Patsy iba de mal en peor» y no quería que a mí me ocurriera lo mismo.

«Mi hija pudo haber celebrado su decimosexto cumpleaños en Nueva Orleans -dijo Sweetheart-. Pudo haberse puesto de largo. Pudo haber sido una de las damas de una carroza de Carnaval. Pudo haber disfrutado de todo esto, Ruthie y yo nos hubiéramos encargado de ello, pero prefirió convertirse en lo que es.»

«A mí no me ocurre nada malo, Sweetheart -respondí-. No nos juzgues equivocadamente ni a Lynelle ni a mí.» La besé una y otra vez. Enjugué sus lágrimas y la besé de nuevo.

Pude haberle dicho que ella también había renunciado a todos los refinamientos de Nueva Orleans por el hechizo de Blackwood Manor, y que había pasado toda su vida encerrada en la cocina, de

la que salía únicamente para atender a los huéspedes de la pensión. Pero habría sido cruel por mi parte. De modo que me limité a asegurarle que Lynelle me había enseñado más que nadie.

Lynelle y yo cejamos en nuestro intento de explicar a los demás nuestros problemas con Goblin y suscitar su conmiseración -excepto a tía Queen-y Lynelle me creyó cuando me quejé de lo que me costaba a veces frenar los ataques de Goblin.

Por ejemplo, si quería leer un rato, tenía que leerle en voz alta a Goblin. Creo que ése es el motivo de que hoy en día lea tan despacio. No conseguí aprender a leer rápidamente un texto. Pronuncio cada palabra en voz alta o para mis adentros. Durante esa época me saltaba las palabras que no sabía pronunciar.

Conseguí leer las obras de Shakespeare gracias a que Lynelle me trajo las películas de algunas de ellas (las que más me gustaban eran las protagonizadas y dirigidas por Kenneth Branagh), y me hizo leer a Chaucer en la lengua inglesa de la Edad Media, pero me resultaba muy difícil y lo dejé.

Hay lagunas en mi educación que nadie logrará jamás llenar. Pero no me preocupan. No es preciso que sepa de ciencias, álgebra ni geometría. Mis pasiones son la literatura y la música, la pintura y la historia. Son las cosas que todavía hoy, en los momentos de silencio y soledad, siguen manteniéndome vivo.

Pero permíteme que concluya la historia de mi amor por Lynelle. Poco antes del fin ocurrió un hecho trascendental.

Tía Queen me llamó desde Nueva York, durante una de sus raras visitas a Estados Unidos, y me preguntó si Lynelle podía acompañarme. Ambos, y también Goblin, nos mostramos entusiasmados con la invitación. Sweetheart y Pops se alegraron por nosotros y no les apetecía alejarse de la granja. Comprendían que tía Queen no deseara regresar a casa en esos momentos, pero querían que supiera que habían redecorado su alcoba, tal como ella les había pedido, en el color azul favorito de Lynelle.

Expliqué a Goblin que íbamos a marcharnos, que nos íbamos mucho más lejos que Nueva Orleans, y que tenía que asirse a mí con más fuerza que nunca. Naturalmente, yo esperaba que se quedara en Blackwood Manor, pero en mi fuero interno sabía que no lo haría. Sabía que Goblin no podía quedarse. Quizá porque siempre iba con nosotros a Nueva Orleans. No lo sé con certeza.

Al margen de mis esperanzas, insistí en que Goblin se sentara a mi izquierda en el avión. Viajamos en primera clase -los tres, y la azafata de vuelo atendió a Goblin amablemente-para reunirnos con tía Queen en el hotel Plaza, en Central Park. Durante diez espléndidos días visitamos todos los maravillosos lugares turísticos, museos y demás. Aunque ocupábamos unas suites tan grandes como la de tía Queen, constantemente llenas de flores frescas y cajas de cerezas cubiertas de chocolate, que son las golosinas preferidas de tía Queen, Goblin y yo dormimos con tía Queen como habíamos hecho tiempo atrás.

Yo tenía dieciséis años en aquel entonces, pero a la gente como mi familia le tiene sin cuidado que un adolescente o incluso un hombre adulto duerma con su tía abuela o su abuela; es una cuestión de mentalidad. Para ser franco, en casa yo todavía dormía con la Pequeña Ida, la madre de Jasmine, aunque estaba muy vieja y delicada y a veces se hacía unas gotitas de pis en la cama.

Pero, ¿dónde estaba yo? En Nueva York, sí, con mi tía abuela, en el hotel Plaza, durmiendo acurrucado en sus brazos.

Goblin permaneció junto a nosotros durante toda nuestra estancia, pero le ocurrió algo muy curioso. A medida que transcurrían los días se hizo más transparente. Parecía como si no pudiera evitarlo. Por si fuera poco, no tenía fuerza para mover mi mano. Lo comprobé un día en que le pedí que escribiera para mí sus impresiones sobre Nueva York. Pero no pudo. Tampoco pudo tirar a nadie del pelo ni propinar pellizcos, aunque yo ya le había castigado por esos actos con mi silencio y mi desprecio anteriormente.

Reflexioné acerca de esta insólita transparencia en un espíritu al que siempre había visto como un ser tridimensional de carne y hueso, pero lo cierto era que no quería preocuparme por Goblin. Quería ver Nueva York.

El punto culminante de nuestra estancia fue el Museo Metropolitano. Jamás olvidaré cuando Lynelle nos llevó a Goblin y a mí de un cuadro a otro, explicando su historia, la biografía de sus autores y comentando las maravillas que contemplábamos.

Después de pasar tres días en el museo, Lynelle me pidió que me sentara en un banco, en una sala llena de cuadros impresionistas, y me preguntó qué creía haber aprendido de cuanto había visto. Después de reflexionar unos minutos respondí que, a mi modo de ver, el color había muerto en la pintura moderna debido a la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Dije que quizás ahora, dado que no habíamos sufrido una tercera guerra, el color regresaría a la pintura. Lynelle pareció muy sorprendida y, tras cavilar unos momentos, dijo que puede que yo tuviera razón.

Recuerdo muchas otras cosas de ese viaje: nuestra visita a la catedral de San Patricio, en la que me eché a llorar, nuestro largo paseo a través de Central Park, nuestro recorrido por Greenwich Village y el So-Ho, nuestra pequeña excursión para sacarme el pasaporte por si me enviaban al cabo de poco a Europa... Pero estas cosas no son importantes en esta narración excepto en un aspecto: que Goblin se mantuvo dócil todo el tiempo y, pese a su transparencia, parecía tan estimulado, asombrado y feliz como yo. Por lo demás, Nueva York está tan atestada de gente que cuando charlaba con Goblin en los restaurantes del centro o por la calle nadie reparaba en ello.

Supuse que quizá Goblin aparecería junto a mí en la foto del pasaporte, pero no.

Cuando regresamos, Goblin adquirió de nuevo un aspecto sólido y siguió con sus trastadas y bailando hasta quedar agotado e invisible de puro gozo.

Me sentí profundamente aliviado. Temía que el viaje a Nueva York le hubiera herido de muerte, que mi indiferencia fuera la causa de que hubiera comenzado a disiparse hasta incluso morir. Pero volvía a tenerlo a mi lado. Y en algunos momentos no deseaba estar con nadie más.

Poco después de cumplir diecisiete años, mis días junto a Lynelle finalizaron.

La habían contratado para trabajar en los laboratorios de investigación, en el hospital Mayfair de Nueva Orleans. Por lo que a partir de entonces no podría continuar con su trabajo como tutora mía.

Yo estaba desconsolado, pero sabía lo que el hospital Mayfair significaba para Lynelle. Era una institución de reciente construcción, financiada por la poderosa familia Mayfair de Nueva Orleans -uno de cuyos miembros ya conoces-, y pese a la escasa antigüedad de sus laboratorios e instalaciones, éstos eran ya legendarios.

Lynelle había soñado con estudiar la hormona humana del crecimiento con Rowan Mayfair, y el hecho de haber sido aceptada por el revolucionario hospital Mayfair constituía un triunfo para ella. Pero no podía seguir siendo mi compañera y maestra. Era imposible. Me consideré afortunado de haber gozado de su compañía durante tanto tiempo.

La última vez que vi a Lynelle le dije que la amaba. Lo dije sinceramente. Confío y ruego que comprendiera lo agradecido que le estaba por cuanto había hecho por mí.

Aquel día Lynelle partió para Florida con dos colegas científicas, para descansar una semana en Key West sin hijos ni maridos. Murió en un accidente de carretera.

Lynelle, la fanática de la velocidad, ni siquiera iba al volante del coche. Era una de sus colegas quien conducía. Circulaban bajo una lluvia torrencial por la Autopista 10 cuando el coche patinó y chocó contra un camión de dieciocho ruedas. El conductor murió decapitado. Lynelle fue declarada muerta en el lugar del siniestro, pero consiguieron reanimarla y vivió con respiración asistida durante dos semanas sin recobrar el conocimiento. Buena parte de su rostro quedó destrozado debido al impacto.

Me enteré del accidente cuando la familia de Lynelle llamó para informarnos de que iban a celebrar una misa de funeral, aquí, en Nueva Orleans. Habían enterrado a Lynelle en Baton Rouge, donde vivían sus padres.

Caminé arriba y abajo durante horas, repitiendo el nombre de Lynelle sin cesar. Estaba trastornado. Goblin me observaba fijamente, desconcertado. Yo era incapaz de articular palabra. Sólo atinaba a pronunciar su nombre: Lynelle.

Pops y Sweetheart asistieron conmigo al funeral, que se celebró en una iglesia moderna de Metairie. Goblin adquirió un aspecto muy sólido para la ocasión y yo le hice un hueco

junto a mí en el banco de la iglesia, pero me puso muy nervioso con sus incesantes preguntas. Oía su voz en mi cabeza mientras Goblin no paraba de gesticular. Se encogió de hombros, alzó las manos en un gesto inquisitivo y meneó la cabeza al tiempo que preguntaba en silencio, moviendo sólo los labios: «¿Dónde está Lynelle?»

Ofició la misa un sacerdote anciano, con cierta elegancia, pero para mí fue una pesadilla. Cuando algunas personas se acercaron al micrófono para hablar sobre Lynelle, pensé que yo también debía que Goblin, y cuando se aferró a mí, cuando renunció a su imagen sólida y sentí su presencia invisible abrazada a mí, me relajé.

Tía Queen tomó un avión para asistir al funeral, pero como regresaba de San Petersburgo, Rusia, y se produjo una demora en Newark, Nueva Jersey, no consiguió llegar a tiempo. Cuando vio su habitación decorada en el azul celeste favorito de Lynelle, rompió a llorar. Se echó sobre la colcha de raso azul, boca arriba, y contempló fijamente el dosel. Con sus zapatos de tacón alto, su sombrero de forma acampanada y sus ojos llorosos de mirada ausente, parecía una de sus numerosas y delgadas muñecas de trapo.

La muerte de Lynelle me afectó hasta el extremo de sumirme en un estado de mutismo, y aunque sabía que a medida que pasaban los días las personas que me rodeaban estaban cada vez más preocupadas por mí, no podía articular una sílaba. Me quedé en mi habitación, sentado en la butaca de lectura junto a la chimenea, sin hacer otra cosa que pensar en Lynelle.

Mi estado trastornó a Goblin. Me pellizcaba constantemente, trataba de alzar mi mano izquierda y corría hacia el ordenador gesticulando e indicándome que quería escribir.

Recuerdo haberle observado mientras se hallaba junto al escritorio, indicándome que me acercara, pensando que sus pellizcos no eran peores que anteriormente, que sólo podía hacer que las luces parpadearan ligeramente y que cuando me tiraba del pelo yo apenas lo sentía, y que si lo deseaba podía ignorarlo sin que acarreara consecuencias.

Pero le quería. No deseaba matarlo. Ni mucho menos. Y cuando llegó el momento de explicarle lo ocurrido, me levanté de la butaca, me acerqué al ordenador y tecleé:

«Lynelle ha muerto.»

Goblin estuvo largo rato leyendo el mensaje y se lo repetí en voz alta, pero no obtuve respuesta.

«Vamos, Goblin, utiliza la cabeza. Lynelle ha muerto -dije-. Tú eres un espíritu y ahora ella también lo es.»

Pero no me respondió.

De pronto sentí la acostumbrada presión en mi mano izquierda, los dedos de Goblin apretujándomela, y éste tecleó: «Lynelle. ¿Lynelle ha desaparecido?»

Asentí con la cabeza. Me eché a llorar y quería que me dejara hacerlo, que debía manifestar todo lo que ella había significado para mí, pero no pude vencer mi temor a que se me trabara la lengua o a llorar. ¡Me he arrepentido durante toda mi vida mortal de no haber hablado durante esa misa!

Comulgué, como hacía siempre después de haber recibido la primera comunión, y ordené a Goblin, furioso y sin contemplaciones, que se callara.

Entonces viví un momento espantoso. Como puedes suponer, creo firmemente en la Iglesia católica y el milagro de la Transustanciación, que durante la misa el sacerdote convierte las hostias y el vino en el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

Pues bien, mientras estaba arrodillado en el banco después de haber comulgado, y después de haber ordenado a Goblin que se callara, me volví y le vi arrodillado a mi lado, su hombro a escasos centímetros del mío, su rostro tan real y arrebolado como el mío y sus feroces ojos fijos en mí, y por primera vez en mi vida le tuve miedo.

La expresión de Goblin, más perspicaz y taimada, me provocó un violento escalofrío.

Desvié la mirada, procurando no sentir el roce de su hombro contra el mío ni su mano derecha deslizándose sobre mi mano izquierda. Recé. Traté de pensar en otras cosas, pero cuando abrí los ojos y le vi de nuevo, impresionantemente sólido, me embargó el terror.

No remitió. Por el contrario, reparé con toda claridad en la presencia de las otras personas que había en la iglesia y vi los bancos situados frente a mí con extraordinario detalle; incluso observé a la gente sentada a ambos lados de mí y me volví descaradamente para contemplar a la que estaba sentada detrás. Sentí su normalidad. Luego contemplé de nuevo al sólido espectro que tenía al lado; miré sus ojos centelleantes y su ladina sonrisa, y sentí que se apoderaba de mí un intenso pánico.

Tuve deseos de eliminarlo. De que muriera. Deseé que el viaje a Nueva York le hubiera matado. Pero, ¿a quién podía decírselo? ¿Quién me comprendería? Experimenté un instinto asesino y anómalo. Y Lynelle había muerto.

Permanecí sentado en el banco. Los latidos de mi corazón se sosegaron. Goblin siguió tratando de captar mi atención. No era más tranquilo. Le dije en voz alta que Lynelle había muerto. Pero Goblin tomó de nuevo mi mano izquierda y observé que tecleaba en el ordenador: «¿Qué significa que ha muerto?»

En un arrebato de furia y dolor, escribí bruscamente: «Que ya no está aquí. Ha desaparecido. Su cuerpo está sin vida. Su espíritu ha abandonado su cuerpo. Su cuerpo está enterrado bajo tierra. Su espíritu ha desaparecido.»

Pero Goblin no lo comprendió. Volvió a agarrarme la mano y escribió: «¿Dónde está Lynelle? ¿Adónde ha ido Lynelle? ¿Por qué lloras por Lynelle?»

Sentí una fría aprensión, una gélida concentración.

Tecleé: «Estoy triste. Lynelle ha desaparecido. Estoy triste. Y lloro. Sí.» Pero otros pensamientos me rondaban por la cabeza.

Goblin tomó de nuevo mi mano, pero había perdido fuerzas debido a sus anteriores esfuerzos y sólo consiguió teclear el nombre de Lynelle.

De improviso, mientras contemplaba la pantalla negra y las letras verdes, vi el reflejo de una mota de luz en el monitor y, extrañado, moví la cabeza hacia un lado y el otro para interceptar la luz o verla con más claridad. Durante unos segundos adquirió la forma inconfundible de la llama de una vela. Distinguí la mecha al mismo tiempo que la luz.

Me volví rápidamente y miré a mi espalda, pero no vi nada en la habitación que pudiera haber producido ese reflejo. Absolutamente nada. Huelga decir que no había velas encendidas en mi habitación. Las únicas velas encendidas se hallaban en un altar, en el pasillo del piso inferior.

Me volví de nuevo hacia el monitor. La mota de luz había desaparecido. La llama de la vela había desaparecido. Moví de nuevo la cabeza a un lado y al otro y miré en otro ángulo. Pero no vi ninguna luz. Ni el reflejo de la luz de una vela.

Estaba estupefacto. Me quedé quieto un rato, dudando de mis sentidos, hasta que, incapaz de negar lo que había visto, tecleé la siguiente pregunta para Goblin: «¿Has visto la llama de una vela?» Pero Goblin respondió de nuevo con sus monótonas y atemorizadas frases: « ¿Dónde está Lynelle?» «Lynelle ha desaparecido.» «¿Qué significa que ha desaparecido?»

Regresé a mi butaca. Goblin apareció unos instantes en un vago destello, y empezó de nuevo a pellizcarme y a tirarme del pelo, pero yo me mantuve indiferente a sus provocaciones, pensando, rogando en una curiosa forma retrospectiva que Lynelle no se hubiera percatado de sus graves heridas, que no hubiera sufrido en el coma, que no hubiera experimentado dolor. ¿Y si se hubiera dado cuenta de que el coche iba a chocar contra el camión? ¿Y si hubiera oído a algún necio junto a ella comentar que su rostro, su hermoso rostro, había quedado completamente desfigurado?

No había sufrido. Ésa era la versión oficial.

No había sufrido. Al menos, eso dijeron.

Yo sabía que había visto la luz de esa vela. La había visto con toda nitidez en el monitor.

Murmuré a Goblin: «Dime dónde está Lynelle, Goblin. Dime si su espíritu se ha dirigido hacia la luz.» Pero no me contestó. No me entendió. No lo sabía.

«Eres un espíritu -insistí-. Tienes que saberlo. Estamos formados por un cuerpo y un alma. Yo soy un cuerpo y un alma. Lynelle era un cuerpo y un alma. El alma es el espíritu. ¿Adónde ha ido el espíritu de Lynelle?»

Pero Goblin se limitó a ofrecerme sus pueriles respuestas. No podía hacer otra cosa.

Por fin me dirigí de nuevo al ordenador y escribí: «Yo soy un cuerpo y un alma. Lo que tú pellizcas es el cuerpo. Lo que te habla, lo que piensa, lo que te mira a través de mis ojos es el alma.»

Silencio. Luego Goblin comenzó de nuevo a cobrar una forma vaga, translúcida, con un rostro carente de detalle. Al cabo de unos instantes desapareció.

Seguí tecleando en mi ordenador: «El alma, esa parte de mí que te habla, te quiere y te conoce, se denomina a veces espíritu. Y cuando mi cuerpo muera mi espíritu o mi alma abandonará mi cuerpo. ¿Comprendes?»

Sentí una mano húmeda sobre mi mano izquierda.

«No abandones tu cuerpo. No mueras. Si lo haces lloraré», escribió Goblin.

Reflexioné durante unos minutos. Goblin había conseguido entenderlo. Sí. Pero yo deseaba más de él. Un imperioso deseo se apoderó de mí, una sensación semejante al pánico. Escribí: «Tú eres un espíritu. No posees un cuerpo. Eres puro espíritu. ¿Sabes adónde ha ido el espíritu de Lynelle? Tienes que saberlo por fuerza. Debe de existir un lugar donde moran los espíritus. Un lugar donde se hallan los espíritus. Seguro que lo sabes.»

Se produjo un prolongado silencio, pero yo sabía que Goblin estaba junto a mí. Sentí que me aferraba la mano: «No abandones tu cuerpo. Si lo haces no dejaré de llorar», volvió a escribir.

«¿Pero dónde está la morada de los espíritus? ¿Dónde está el lugar donde viven, como yo vivo en esta casa?» Era inútil. Lo escribí de dos maneras distintas. Pero Goblin no lograba entenderlo. Al poco rato empezó a preguntar: «¿Por qué abandonó el espíritu de Lynelle su cuerpo?»

Tecleé la descripción del accidente. Silencio. Por fin, al agotarse sus reservas de energía y como no llovía para ayudarle a recobrar las fuerzas, Goblin desapareció.

Al quedarme solo, tiritando de frío y atemorizado, me instalé cómodamente en mi butaca y me quedé dormido.

Entre Goblin y yo se había abierto una inmensa sima, que se había ido ensanchando durante los años en que Lynelle y yo habíamos estado juntos, pero ahora era insalvable. Mi doble me quería y seguía vinculado a mí, pero no reconocía mi alma. Y lo peor era que no se reconocía a sí mismo. No se reconocía como un espíritu. De haber podido lo habría hecho. Pero no podía.

Al cabo de unos días, tía Queen decidió trasladarse de nuevo a San Petersburgo, para reunirse con dos primas que la esperaban allí, en el Grand Hotel. Me pidió insistentemente que la acompañara.

Yo estaba asombrado. ¡San Petersburgo, en Rusia!

Tía Queen me dijo con mucha dulzura y persuasión que o bien ingresaba en la universidad o veía mundo.

Respondí sin ambages que no estaba preparado para lo uno ni para lo otro. Seguía deprimido debido a la muerte de Lynelle.

Le dije que deseaba ir con ella, y que en el futuro la acompañaría si me lo pedía, pero que en esos momentos no podía marcharme de casa. Debía tomarme un año sabático. Necesitaba leer y asimilar más profundamente lo mucho que Lynelle me había enseñado (un argumento que convenció a tía Queen) y quedarme en casa. Quería ayudar a Pops y a Sweetheart a atender a los huéspedes. El Martes de Carnaval se acercaba. Iría con Sweetheart a Nueva Orleans para ver los desfiles desde la casa de su hermana. Después de esos festejos siempre se concentraba un montón de gente en Blackwood Farm. Posteriormente se celebraría el festival de las azaleas, y por Pascua también acudiría mucha gente. Y tenía que estar en casa para asistir al banquete navideño. No era el momento de dedicarme a ver mundo.

Cuando recuerdo esa época me doy cuenta de que había caído en un estado de profunda ansiedad que nada, ni las cosas más simples, podía aliviar. La alegría de los huéspedes me chocaba. Al anochecer me entraba de nuevo el pánico. Los grandes jarrones de flores me atemorizaban. Goblin parecía un accidente sin misterio, un espíritu ignorante incapaz de ofrecerme consuelo o compañía. Me angustiaban los inevitables días nublados en los que no lucía el sol.

Quizá presentía que se avecinaban unos acontecimientos terribles.

9

No habían pasado seis meses cuando la Pequeña Ida murió una noche en mi cama. La encontró Jasmine cuando entró a despertarme para que desayunara, extrañada de que su madre no hubiera bajado. Goblin hizo que me alejara de la cama gesticulando frenéticamente, indicándomelo verbalmente y mirándome sin comprender, y por fin Pops me sacó del dormitorio. Y yo, que era un mocoso consentido y acababa de despertarme, me puse furioso.

No me explicaron lo ocurrido hasta al cabo de una hora, cuando acudieron el médico y el director de la funeraria. La Pequeña Ida, al igual que Sweetheart, fue el ángel de mi juventud, y murió plácida e inesperadamente.

En el ataúd parecía muy menuda, como una niña vieja y arrugada.

El funeral se celebró en Nueva Orleans, donde la Pequeña Ida fue enterrada en una tumba en St. Louis número 1, perteneciente a su familia desde hacía más de ciento cincuenta años. Asistieron numerosos parientes mestizos y negros, y me alegré de poder llorar e incluso sollozar sin disimulo.

Como es natural los asistentes de raza blanca, en buena parte nosotros, se comportaron de forma más comedida que los negros, pero muchos no pudieron contener las lágrimas.

En cuanto al colchón de mi habitación, Jasmine y Lolly le dieron la vuelta y ya está.

Enmarqué la mejor fotografía que tenía de la Pequeña Ida, que había sido tomada en casa de la tía Ruthie en Nueva Orleans por Carnaval, y la colgué en la pared.

Los ocupantes de la cocina no cesaban de llorar. Jasmine y Lolly prorrumpían en sollozos por su madre cada vez que les daba el arrebato, y la Gran Ramona, la madre de la Pequeña Ida, no dijo esta boca es mía, abandonó la casa y permaneció durante varias semanas sentada todo el día en su mecedora.

Fui muchas veces a llevarle un plato de sopa a la Gran Ramona. Traté de hablar con ella. Pero lo único que dijo fue: «No es natural que una mujer entierre a su hija.»

Yo lloraba a ratos, según me daba.

Pensaba constantemente en Lynelle, y también en la Pequeña Ida, que cada día me parecía más muerta y desaparecida que el anterior.

Goblin aceptó la muerte de la Pequeña Ida, por la que nunca había sentido demasiada simpatía. Sin duda había querido más a Lynelle, por lo que encajó bastante bien la muerte de la otra.

Un día en que yo estaba sentado a la mesa de la cocina hojeando un catálogo de compra por correo, vi que vendían unas camisas de dormir de franela para hombre y unos camisones de franela para mujer.

Encargué un montón de esas prendas y, cuando me las enviaron, por la noche me puse una de las camisas de dormir y le llevé a la Gran Ramona un camisón.

Quiero aclarar que la Gran Ramona se llama así no porque esté gorda sino porque es la abuela de la finca, al igual que habríamos llamado a Sweetheart Gran Mamá si nos lo hubiera consentido.

Pero sigamos con el relato. Me acerqué a aquella diminuta mujer, con su larga melena blanca recogida en una trenza para dormir, y le dije:

«Ven a dormir conmigo. Te necesito. Estoy solo con Goblin y la Pequeña Ida, con la cual dormí durante tantos años, ha muerto.»

La Gran Ramona se limitó a mirarme fijamente un buen rato. Sus ojos parecían monedas de cinco centavos. Pero de pronto cobraron vida, tomó el camisón de mis manos, lo examinó y, tras comprobar que era de su agrado, entró en la casa.

A partir de entonces dormimos juntos en el amplio lecho, en la posición de la cuchara. La Gran Ramona se sentaba en un lado de la cama para trenzar su espesa mata de pelo, que había llevado largo toda la vida.

Yo me sentaba junto a ella mientras la Gran Ramona cumplía ese ritual, y después de charlar sobre las cosas intrascendentes de la jornada, decíamos nuestras oraciones.

La Pequeña Ida y yo habíamos dejado a un lado los rezos, pero con la Gran Ramona rezábamos para todos de una sola vez, recitando tres Avemarías y tres Padrenuestros, sin olvidarnos de añadir esta letanía para los difuntos:

Haz que la luz perpetua los ilumine, Señor,
y que sus almas y las almas de todos los fieles
que han muerto descansen en paz.

Luego charlábamos sobre la Pequeña Ida, comentando que era una bendición que no hubiera llegado a la edad senil, ni hubiera padecido ninguna enfermedad, y que seguramente estaba con Dios en el cielo. Al igual que Lynelle.

Por último, después de estos rituales, la Gran Ramona me preguntaba si Goblin estaba junto a nosotros y decía: «Dile a Goblin que es hora de dormir.» Goblin se acostaba entonces junto a mí, fundiéndose conmigo, y me quedaba dormido.

Poco a poco, al cabo de varios meses, recobré en parte la calma gracias a la Gran Ramona. Me asombró que Pops y los hombres del cobertizo, e incluso Jasmine y Lolly, me felicitaran por haber tenido la amabilidad de consolar a la Gran Ramona en su dolor. Era un dolor compartido por todos. Por lo demás, la Gran Ramona me había salvado del terrible pánico en el que yo había caído a raíz de la muerte de Lynelle y que, tras la pérdida de la Pequeña Ida, se había intensificado.

De vez en cuando acompañaba a Pops a pescar en el pantano, cosa que no había hecho durante todo el tiempo en que estuve fuera de mis cabales. Disfrutaba navegando con él en la piragua. En ocasiones nos adentrábamos en la zona pantanosa, más allá del territorio que solíamos explorar. El pantano me infundía una temeraria curiosidad, y me atraía la posibilidad de descubrir la isla de Manfred Blackwood, pero nunca lo intentamos.

Un día, al atardecer, nos topamos con un gigantesco y vetusto ciprés rodeado por una cadena oxidada, empotrada en algunos puntos del tronco, y una marca grabada que parecía una flecha. Era un árbol centenario, y la cadena estaba formada por grandes eslabones. Propuse seguir la dirección que señalaba la flecha, pero Pops se negó, alegando que era tarde, que no teníamos nada que hacer allí y que si nos adentrábamos más podíamos extraviarnos.

No insistí porque no creía todas las historias sobre Manfred y su santuario, aparte de que estaba sudado y agobiado por la humedad. De modo que regresamos a casa.

Al poco tiempo llegó Carnaval, lo que significaba que Sweetheart tenía que ir a casa de su hermana Ruthie, pero aquel año no le apetecía. Decía que estaba indispuesta, que no tenía apetito ni siquiera para probar la torta especial que la tía Ruthie nos enviaba cada día de Nueva Orleans. Temía haber contraído la gripe.

Pero por fin decidió ir a la ciudad para asistir a los desfiles, porque Ruthie la esperaba con ilusión y sabía que si no iba sus numerosos y ancianos tíos, tías, primos y primas se llevarían un disgusto.

No la acompañé, aunque ella deseaba que lo hiciera, y a pesar de que su tos empeoró (Sweetheart llamaba todos los días a Pops y yo hablaba también con ella), se quedó en Nueva Orleans durante todos los festejos.

El Miércoles de Ceniza, el primer día de Cuaresma, Sweetheart regresó a casa y fue a ver al médico sin que nadie le conminara a que fuera. Su tos no la dejaba vivir.

Creo que los médicos comprendieron que Sweetheart tenía cáncer en cuanto vieron las radiografías. Posteriormente le insertaron una aguja en la espalda para hacerle una biopsia, por lo que pasó unos días muy incómoda en el hospital. Pero antes de recibir el último informe de patología Sweetheart empezó a respirar tan trabajosamente que le colocaron una máscara de oxígeno y tuvieron que administrarle morfina «para aliviar la sensación de ahogo». Sweetheart estaba casi siempre aletargada.

Por fin nos dieron la noticia en el pasillo, frente a su habitación. Sweetheart padecía un linfoma en ambos pulmones y metástasis: el cáncer había invadido todo su cuerpo. Los médicos no creían que viviera más de unos días. Sweetheart no estaba en condiciones de someterse a un tratamiento de quimioterapia. Se sumió en un coma profundo, y su respiración y presión sanguínea se debilitaban por momentos.

El día que cumplí dieciocho años transcurrió sin novedad, salvo que me regalaron una nueva furgoneta con la que me dirigí a toda velocidad al hospital para sentarme a la cabecera de Sweetheart.

Pops cayó en un prolongado estado de conmoción.

Aquel hombre fuerte e inteligente, que siempre se había encargado de tomar las decisiones, se había convertido en una penosa sombra de sí mismo. Mientras la hermana, las tías, los tíos, las primas y los primos de Sweetheart iban y venían incesantemente, Pops permanecía en silencio e inconsolable.

Él y yo nos turnábamos para velar a Sweetheart en su habitación del hospital, con Jasmine y Lolly.

Por fin Sweetheart abrió los ojos y no volvió a cerrarlos, y su respiración se hizo más mecánica, como si ella misma no tuviera nada que ver con el movimiento rítmico de su pecho.

Yo no hacía caso de Goblin. Me parecía un ser absurdo, una parte de mi infancia que deseaba repudiar. Odiaba contemplar su estúpida expresión de inocencia y sus ojos inquisitivos. Le sentía rondar a mi alrededor. Por fin, cuando ya no pude soportarlo más, fui al hospital en la furgoneta y le expliqué a Goblin que había ocurrido algo muy triste. Que al igual que les había ocurrido a Lynelle y a la Pequeña Ida, Sweetheart iba a desaparecer.

«Esto es espantoso, Goblin -le dije-. Es una tragedia. Sweetheart ya no se despertará más», parecía consternado y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas, pero supuse que me estaba imitando a mí. Le ordené que se alejara, que se comportara de forma amable y respetuosa y que guardara silencio para que yo pudiera velar a Sweetheart como era mi obligación. Eso pareció convencerle y dejó de atormentarme, pero lo sentía junto a mí día y noche.

Cuando llegó el momento de desconectar el oxígeno, que era lo único que mantenía viva a Sweetheart, Pops tuvo que salir de la habitación.

Yo estaba en la habitación, pero ignoro si Goblin estaba también allí. Tía Ruthie y la enfermera habían recibido instrucciones del médico. Jasmine estaba presente, al igual que Lolly y la Gran Ramona.

La Gran Ramona me dijo que me situara junto a la cabecera de la cama y sostuviera la mano de Sweetheart.

Le quitaron la máscara de oxígeno, pero Sweetheart no boqueó. Simplemente respiraba más trabajosamente que antes, hasta que entreabrió la boca y un hilo de sangre se deslizó por la comisura.

Librodot

Fue horrible. No nos lo esperábamos. Creo que tía Ruthie se desmoronó y alguien trató de calmarla. Yo estaba concentrado en Sweetheart. Tomé un puñado de pañuelos de papel para enjugarle la sangre, al tiempo que decía: «No te preocupes, Sweetheart.»

Pero brotó más sangre, que se deslizaba por su mentón, y de pronto asomó la lengua de Sweetheart entre los labios, escupiendo más sangre. Alguien me entregó una toalla húmeda. Yo restañé la sangre, diciendo: «Descuida, Sweetheart, yo te limpiaré.» Al cabo de unos minutos logré enjugar toda la sangre. De pronto, después de cuatro o cinco suspiros entrecortados, Sweetheart dejó de respirar. La Gran Ramona me dijo que le cerrara los ojos, y yo obedecí.

Cuando entró el médico y declaró que estaba muerta, clínicamente muerta, salí al pasillo.

Sentí una espantosa euforia, un horror que cuando lo recuerdo me parece una locura, la reprobable sensación de estar a salvo de las consecuencias de la muerte de Sweetheart debido a la protección que nos ofrecía el gigantesco hospital con sus brillantes lámparas fluorescentes y las enfermeras en su puesto al otro extremo del pasillo. Era una sensación a un tiempo absurda y gratificante. Como si no existiera ningún otro problema en la Tierra. Como si flotara sin apenas sentir el suelo de azulejos bajo mis pies.

De pronto vi a Patsy. Estaba apoyada en la pared, con su aspecto típico: el pelo rubio exageradamente cardado, ataviada con uno de sus conjuntos de cuero con flecos, las uñas pintadas con un brillante esmalte perlado, los pies calzados con unas botas blancas de caña alta.

Entonces, mientras contemplaba la máscara pintarrajeada de su rostro, recordé que Patsy no se había acercado una sola vez por el hospital. Durante unos instantes no pude sino balbucir en silencio. Luego dije: «Ha muerto.»

A lo que Patsy respondió violentamente: «¡No lo creo! La vi por Carnaval.»

Le expliqué que habían desconectado la máscara de oxígeno y que Sweetheart había muerto plácidamente; no se había ahogado ni padecido, no había sido consciente de ningún peligro ni había demostrado temor.

De improviso Patsy se enfureció. Bajando su airada voz hasta convertirla en un sibilante susurro (nos hallábamos cerca del puesto de las enfermeras) preguntó por qué no le habíamos comunicado que íbamos a desconectar el oxígeno, y cómo era posible que le hubiéramos hecho eso (refiriéndose a sí misma); Sweetheart era su madre, ¿con qué derecho habíamos hecho semejante cosa?

En éstas apareció Pops, que había salido de la sala de espera de las visitas. Jamás le había visto tan furioso. Obligó a Patsy a volverse hacia él y le dijo que si no abandonaba el hospital la mataría con sus propias manos. Luego se volvió hacia mí, temblando de pies a cabeza, conteniendo las lágrimas y en silencio, y entró en la habitación de Sweetheart.

Patsy se acercó a la puerta de la habitación, pero se detuvo y, volviéndose hacia mí, me increpó duramente. Dijo cosas como: «Tú siempre fuiste el centro de atención, todo giraba en torno a Tarquin.» Recuerdo sus palabras con toda claridad. Empezaron a acudir numerosos parientes de Sweetheart. Patsy se marchó.

Abandoné el hospital, me monté en la furgoneta, vagamente consciente de que Jasmine ocupaba el asiento, junto a mí, y me marché al restaurante Cracker Barrel. Pedí una ración abundante de tortitas de nueces de pacana, las unté de mantequilla y las devoré hasta que tuve náuseas.

Jasmine estaba sentada frente a mí, observándome mientras bebía lentamente un café solo y fumaba un cigarrillo tras otro. Su oscuro rostro no tenía una sola arruga y estaba serena. De pronto dijo con toda claridad: «Ella sufrió durante unas dos semanas. El Martes de Carnaval fue el veintisiete de febrero. Asistió a los desfiles. Y ahora estamos a catorce de marzo. Sufrió durante ese tiempo, pero no todo es negativo.»

Librodot

Me quedé mudo de asombro. Pero cuando apareció el camarero pedí otra ración de tortitas de nueces de pacana y unté tanta mantequilla que inundé el plato. Jasmine siguió fumando sin inmutarse y la cosa quedó ahí.

El gerente de la funeraria de Nueva Orleans arregló perfectamente a Sweetheart. Estaba exquisita en su ataúd forrado de raso, maquillada discretamente. Le habían aplicado unos trazos de lápiz para cejas, tal como hacía ella, y le habían pintado los labios con el tono de Revlon que le gustaba. Lucía su vestido de gabardina color crema, el que solía ponerse en primavera para enseñar la mansión a los huéspedes y una orquídea blanca en la solapa.

Tía Queen estaba desolada. Permanecimos abrazados buena parte del funeral.

Antes de que cerraran el ataúd, Pops le quitó a Sweetheart el collar de perlas que llevaba alrededor del cuello y la alianza del dedo. Dijo que quería conservarlos. Suspiró entrecortadamente, se inclinó para besarla (fue el último que lo hizo) y cerraron el ataúd.

Tan pronto como lo cerraron Patsy rompió a llorar. Aquella máscara pintarrajeada se desmoronó. Prorrumpió en unos sollozos desgarradores. No cesaba de exclamar «¡mamá!» mientras los empleados de la funeraria alzaban el ataúd para transportarlo fuera. «¡Mamá, mamá!», sollozaba Patsy mientras el idiota de Seymour, con su cara de memo, la sujetaba torpemente y repetía «cálmate», como si tuviera algún derecho.

Sujeté a Patsy y ella se abrazó a mí con fuerza. Lloró desconsoladamente todo el trayecto al cementerio de Metairie, temblando sin cesar mientras yo la abrazaba, diciendo que no tenía fuerzas para apearse del coche y asistir a la ceremonia de entierro. Yo no sabía qué hacer. Me quedé junto a ella. Oí y vi a los otros asistentes junto a la tumba, pero permanecí en el coche con Patsy.

Durante el largo trayecto de regreso a casa, Patsy lloró hasta que se quedó sin lágrimas, dormida, con la cabeza apoyada en mi hombro, y al despertarse me miró -en aquel entonces yo ya medía más de un metro ochenta de estatura-con dulzura y dijo suavemente: «Ella es la única persona que me demostró cariño, Quinn.»

Aquella noche Patsy y Seymour se pusieron a tocar en el cobertizo trasero a un volumen ensordecedor. Jasmine y Lolly estaban furiosas. En cuanto a Pops, parecía no oír la música ni importarle.

Al cabo de unos dos días, después de abrir sus maletas para hacerlas de nuevo, tía Queen me dijo que quería que yo fuera a la universidad. Añadió que se encargaría de buscarme otro maestro, una persona tan brillante como Lynelle que pudiera prepararme para estudiar en las mejores universidades.

Respondí que no quería marcharme nunca de Blackwood Manor, pero tía Queen sonrió y dijo que no tardaría en cambiar de parecer.

«Aún eres un jovencito imberbe, tesoro -dijo-. Esa camisa que llevas ya te queda estrecha y si mis dotes de cálculo no me fallan deduzco que debes de calzar por lo menos un cuarenta y tres. Créeme, te aguardan unas experiencias maravillosas.»

Sonreí. Aún me sentía entre aturdido y eufórico; el funeral de Sweetheart me había provocado una cruel excitación y no pensaba en alcanzar la madurez ni en nada parecido.

«Cuando la testosterona te bulla en la sangre -prosiguió tía Queen-, desearás viajar por todo el mundo y Goblin no te parecerá tan fascinante como ahora.»

A la mañana siguiente tía Queen partió hacia Nueva York para tomar un avión a Jerusalén, un lugar que no había visitado en muchos años. No recuerdo adónde fue posteriormente, sólo que tardó mucho en regresar.

Aproximadamente una semana después del funeral, Pops sacó del cajón del tocador de Sweetheart un testamento escrito de su puño y letra en el que dejaba todas sus joyas personales, y su ropa, a Patsy.

Estábamos reunidos en la cocina cuando Pops leyó en voz alta estas palabras: «Para mi única hija, mi querida y dulce hija.» A continuación Pops entregó el testamento a Patsy y apartó la cara. Sus ojos tenían la misma expresión metálica que yo había observado en los de la Gran Ramona a raíz de la muerte de la Pequeña Ida.

Librodot

Una expresión que no desapareció nunca.

Pops farfulló que Sweetheart también había dejado un fondo fiduciario para Patsy, pero eso estaba recogido en un documento bancario. Luego sacó un sobre que contenía unas pequeñas instantáneas que Sweetheart había tomado de sus joyas, para identificar cada una de ellas en la parte delantera y trasera de las imágenes.

«Ese fondo fiduciario es poca cosa -dijo Patsy, guardándose las fotos y el testamento en el bolso-. Mil dólares al mes. Hace treinta años era mucho dinero pero ahora es una minucia. Quiero que me entregues ahora mismo las cosas de mi madre.»

Pops sacó el collar de perlas del bolsillo de su pantalón y se lo entregó, pero cuando sacó la alianza dijo que quería conservarla y Patsy se encogió de hombros y salió de la habitación.

Durante varios días y varias noches Pops apenas hizo otra cosa que permanecer sentado a la mesa de la cocina, apartando los platos de comida que le servían e ignorando las preguntas que le hacían, mientras Jasmine, Lolly y Clem se encargaban de dirigir Blackwood Farm.

Yo también participé en la intendencia de la casa, y al poco tiempo, cuando empecé a hacer de guía mostrando a los huéspedes la finca, me di cuenta de que la extraña euforia que me había embargado durante el funeral de Sweetheart empezaba a disiparse.

Un siniestro pánico me acechaba de nuevo, dispuesto a apoderarse de mí. Procuré mantenerme ocupado lo más posible. Repasaba los menús con Jasmine y Lolly, probaba la salsa holandesa y la bearnesa, elegía los motivos decorativos de las vajillas, conversaba con los huéspedes que regresaban para celebrar un aniversario e incluso limpiaba las habitaciones cuando era preciso y conducía la segadora de césped.

Cuando vi a los hombres del cobertizo plantar las flores tardías de primavera, las impatiens, las zinnias y los hibiscos, se apoderó de mí un profundo sentimentalismo. Me aferré a la visión de Blackwood Manor y a cuanto significaba.

Eché a andar por la larga avenida bordeada de pacanas que discurría frente a la casa, volviéndome varias veces para deleitarme contemplándola e imaginar la impresión que causaba a los nuevos huéspedes.

Recorría todas las habitaciones, comprobando que los artículos de baño, los almohadones y las estatuas de porcelana colocadas en las repisas de las chimeneas estuvieran en su lugar, y enderezando los retratos, los famosos retratos. Cuando llegué al de Sweetheart, realizado por un pintor de Nueva Orleans a partir de una fotografía, descolgué el espejo en el dormitorio situado a la derecha, en la parte trasera de la casa, y lo sustituí por el retrato.

Al recordar esa época creo que fue una crueldad enseñarle aquel retrato a Pops, que lo miró con la expresión ausente con que miraba todo lo demás.

Un buen día Pops pidió a Jasmine y a Lolly con voz grave, después de carraspear para aclararse la garganta, que sacaran toda la ropa y las joyas de Sweetheart de la alcoba que había compartido con ella y las colocaran en la habitación de Patsy, sobre el cobertizo. «No quiero nada de Patsy en mi habitación.»

Entre las prendas de Sweetheart había dos abrigos de visón salvaje y unos maravillosos trajes de noche de la época en que Sweetheart era joven y asistía a los bailes de Carnaval. También su vestido de novia y unos elegantes trajes pasados de moda. En cuanto a las joyas, numerosos brillantes y algunas esmeraldas, la mayoría las había heredado Sweetheart de su madre o de su abuela. Algunas de las piezas las había lucido en las bodas que se celebraban en Blackwood Manor, y sus favoritas -principalmente perlas-solía lucirlas a diario.

Una mañana temprano, mientras Pops estaba sentado a la mesa de la cocina frente a un plato de cereales, medio ido como de costumbre, Patsy cargó sin decir palabra todas sus pertenencias en la furgoneta y se marchó. Yo no sabía qué se proponía, pero sabía, al igual que todos, que Seymour, el cretino que la acompañaba a la batería y su amante, tenía una leonera en Nueva Orleans y deduje que Patsy iba a trasladarse allí.

Dos semanas más tarde Patsy regresó a casa en una flamante furgoneta con su nombre pintado en las puertas. Patsy y Seymour (el cretino) descargaron una nueva batería y una nueva guitarra eléctrica. Acto seguido cerraron la puerta del estudio y se pusieron a ensayar a todo volumen. Los altavoces también eran nuevos.

Pops se enteró de todo porque Jasmine y Lolly estaban comentándolo junto a la puerta con mosquitera, y cuando Patsy entró en la cocina después de cenar, Pops la aferró del brazo y le preguntó de dónde había sacado el dinero para comprar esas cosas.

Pops estaba ronco de permanecer tanto tiempo en silencio y tenía un aspecto aletargado y ofuscado.

A continuación se enzarzaron en la peor pelea que yo había presenciado nunca entre ellos.

Patsy contestó descaradamente que había vendido todo lo que Sweetheart le había dejado, incluso el vestido de novia y las joyas de la familia, y cuando Pops se precipitó hacia ella Patsy agarró de nuevo un cuchillo de cocina.

«¡Tú arrojaste esas cosas en mi habitación! -gritó Patsy-. ¡Hiciste que se las llevaran y las arrojaran en mi armario como si fueran basura!»

«¡Has vendido el vestido de novia y los brillantes de tu madre! -bramó Pops-. Eres un monstruo. No debiste haber nacido.»

Me apresuré a interponerme entre ellos, rogándoles que se detuvieran, advirtiéndoles que los huéspedes podían oírlos, que dejaran de pelearse. Pops meneó la cabeza y salió por la puerta trasera. Luego se marchó al cobertizo y más tarde le vi sentado allí en una mecedora, fumando y escrutando la oscuridad.

Patsy sacó la ropa que guardaba en el dormitorio delantero del piso superior, que ocupaba algunas veces, exigiéndome que la ayudara, y cuando me negué porque no quería que me vieran con ella dijo que era un mocoso consentido, un Pequeño Lord, una nenaza y un mariquita.

«No quería tenerte -me espetó y fue hacia la escalera de caracol-. Debí haberme librado de ti -gritó sin volver la cabeza-. Me arrepiento de no haber hecho lo que quería hacer.»

En aquel preciso momento tropezó. De pronto vi a Goblin junto a Patsy, de espaldas a ella, sonriéndome. Patsy lanzó una sonora exclamación. La ropa cayó rodando por la escalera y, tras no pocos esfuerzos, Patsy consiguió sujetarse a la barandilla. Corrí a sujetarla para evitar que cayera. Patsy se volvió y me miró furiosa, y entonces comprendí aterrorizado que Goblin la había empujado, o que había hecho que tropezara.

Estaba horrorizado. Recogí su ropa rápidamente y le dije que la acompañaría. Jamás olvidaré la expresión de Patsy, la mezcla de cansancio y excitación, de morboso respeto y odio. Pero ignoro lo que ocultaba en su corazón.

Yo temía a Goblin. Temía que cometiera alguna barbaridad.

Ayudé a Patsy a cargar sus cosas en la furgoneta para que Goblin viera que no sentía ningún rencor hacia ella. Patsy partió jurando que no volvería a poner los pies aquí, pero como era de prever regresó al cabo de dos semanas, diciendo que quería alojarse en la casa grande porque se había quedado sin dinero y no tenía adónde ir.

Aquella noche, en cuanto Patsy se hubo marchado, pregunté a Goblin: «¿Qué has hecho? ¡Por poco consigues que se mate!» Pero no me respondió; parecía como si se ocultara, y cuando subí a mi habitación y me senté ante el ordenador me agarró la mano y tecleó: «Patsy te hizo daño. Patsy no me gusta.»

«Eso no te da derecho a hacerle daño», escribí, al tiempo que pronunciaba las palabras en voz alta. En el acto Goblin me agarró la mano izquierda con inusitada fuerza: «Yo hice que Patsy dejara de hacerte daño», respondió.

Le repliqué que había estado a punto de matarla y que no volviera a lastimar a nadie, que no tenía gracia.

«No es divertido -escribió Goblin-. Ella dejó de hacerte daño.» Entonces le respondí que si lastimaba a otras personas dejaría de quererlo.

El silencio y la tensión llenaron la habitación, y Goblin utilizó sus poderes para desconectar el ordenador. Luego me abrazó con calor y afecto. Sentí tanto una vaga repugnancia por el placer que me produjo su abrazo como el repentino temor de que se convirtiera en una sensación erótica. No recuerdo haber experimentado antes ese temor.

Patsy me había llamado mariquita. Quizá lo era, pensé. Puede que tuviera esa tendencia sexual. Puede que Goblin lo supiera. Goblin y yo juntos. Un profundo temor hizo presa en mí. Me parecía un pecado mortal.

«No te pongas triste, Goblin -murmuré-. Hay demasiada tristeza en esta casa. Vete, Goblin. Aléjate y déjame pensar a solas.»

Durante las semanas siguientes Patsy no me miró ni una vez como solía, pero yo no quise remover lo ocurrido en la escalera, de modo que me abstuve de preguntarle lo que pensaba.

Todos sabíamos que por las mañanas Patsy vomitaba el alma en su baño de la casa grande. Pasaba muchos ratos en la cocina diciendo que la comida le producía náuseas, y Pops, que se levantaba de la mesa para no soportar la presencia de Patsy, pasaba muchas horas en el cobertizo.

No hablaba con los hombres. No hablaba con nadie. Miraba la televisión y bebía Barq's Root Beer, una cerveza de raíces, pero no veía ni oía nada.

Una noche que Patsy regresó tarde y entró en la cocina diciendo que estaba indispuesta y Jasmine tuvo que prepararle algo de cenar, Pops se sentó a la mesa frente a ella y me dijo que saliera de la habitación. «No, deja que se quede si tienes algo que decirme -contestó Patsy-. Venga, suéltalo.»

No sabía qué hacer, de modo que salí al pasillo y me apoyé contra la puerta trasera. Veía la cara de Patsy y la parte posterior de la cabeza de Pops, además de oír cada palabra que decían.

-Te daré cincuenta mil dólares por él -dijo Pops.

Después de mirarle en silencio durante un minuto, Patsy respondió:

-¿A qué te refieres?

-Sé que estás embarazada -contestó Pops-. Cincuenta mil dólares. Para que dejes al bebé con nosotros.

-Eres un viejo loco -replicó Patsy-. Tienes sesenta y cinco años. ¿Qué vas a hacer con un bebé? ¿Crees que estoy dispuesta a volver a pasar por eso por cincuenta mil dólares?

-Cien mil dólares -dijo Pops con calma. Luego añadió-: Doscientos mil dólares, Patsy Blackwood, el día que nazca el niño y firmes los papeles entregándomelo.

Patsy se levantó de la mesa y empezó a pasearse arriba y abajo, mirando furiosa a Pops.

-¿Por qué no me lo dijiste ayer? -gritó-. ¿Por qué diablos no me lo dijiste esta mañana? -insistió crispando las manos en unos puños y pataleando-. ¡Eres un viejo loco! -dijo-. Maldito seas. -Tras estas palabras Patsy dio media vuelta y salió corriendo de la cocina. La puerta se cerró de un portazo y Pops inclinó la cabeza.

Entré en la cocina y me acerqué a él.

-Ya se ha librado del bebé -dijo Pops sin alzar la cabeza. Parecía totalmente derrotado. No dijo otra palabra sobre el asunto. Volvió a encerrarse en su mutismo.

Patsy guardó cama unos días, durante los cuales Jasmine le preparó la comida y la atendió, hasta que se repuso y partió en su furgoneta para unas galas en el condado.

Yo estaba muy intrigado. ¿Trataría Patsy de quedarse inmediatamente encinta para embolsarse doscientos mil dólares? ¿Qué sentiría yo al tener un hermanito o una hermanita? Me hubiera gustado comprobarlo.

Pops se impuso tareas en la finca. Daba unas manos de pintura blanca en las partes de la cerca donde hacían falta y podaba las azaleas. Plantó más flores primaverales. De hecho, amplió los macizos de flores del jardín, añadiéndoles colorido. Su flor favorita era el geranio rojo, y aunque se marchitaban enseguida cuando hacía calor, plantó un sinfín de geranios en los parterres, retrocediendo de vez en cuando para admirar su obra.

Durante un tiempo, aunque breve, parecía que las cosas se resolverían. La alegría no había abandonado por completo Blackwood Manor. Goblin se portaba bien, pero su rostro reflejaba mi tensión y mi creciente inquietud. El temor me nublaba la razón.

¿Qué temía? Supongo que la muerte. Ansiaba ver el fantasma de la Pequeña Ida pero eso no ocurrió, y la Gran Ramona no se cansaba de repetir que las personas que iban al cielo no se aparecían ante uno, a menos que tuvieran un poderoso motivo para regresar a la Tierra. Yo deseaba ver por última vez a la Pequeña Ida. Sabía que Sweetheart no aparecería, pero tenía la curiosa esperanza de que lo hiciera la Pequeña Ida. Me preguntaba cuánto tiempo había permanecido muerta en mi cama.

Entretanto, todo discurría con normalidad en Blackwood Manor.

La Gran Ramona, Jasmine y Lolly dirigían la cocina perfectamente, como habían hecho siempre, y acompañaban a los huéspedes en sus recorridos por la mansión con el mismo aplomo. Pops llevaba a cabo numerosas reparaciones y renovaciones a fin de estar continuamente ocupado y lo suficientemente cansado para acostarse a las ocho en punto de la noche y dormir a pierna suelta.

La Gran Ramona se esforzaba por animarnos a todos, preparando sus «recetas secretas» e incluso convenciendo a Patsy para que se quedara a cenar conmigo algunas veces (cuando Pops se ausentaba para hacer algún recado), como si pensara que yo necesitaba a Patsy, lo cual no era cierto.

Seguíamos acogiendo a interesantes huéspedes en nuestra pensión, tía Queen me escribía cartas afectuosas y el Domingo de Pascua organizamos un gigantesco bufé al que acudieron personas de varias millas a la redonda y escuchamos música sentados en el césped.

Pops apenas nos ayudó a organizar el bufé de Pascua, pero todos comprendimos el motivo. Hizo acto de presencia, vestido con un elegante traje de lino blanco, pero permaneció sentado en silencio en una butaca, mirando a las parejas que bailaban con expresión ausente, como si su espíritu le hubiera abandonado. Sus ojos verdes tenían profundas ojeras y su piel un tono amarillento.

Parecía un hombre que hubiese contemplado una visión y para quien la vida normal no poseyera el menor encanto.

Al observarlo, sentí un nudo en la garganta. El corazón me latía con violencia. Los latidos me resonaban en los oídos. El cielo tenía un color celeste ideal, el aire era tibio y la pequeña orquesta tocaba una música maravillosa, pero yo no cesaba de temblar y los dientes me castañeteaban.

Goblin bailaba en el centro de la pista. Tenía un aspecto muy sólido y lucía, como yo, un terno blanco. Parecía no importarle que yo le viera o no. Bailaba deslizándose alegremente entre las parejas. De improviso me miró y se puso triste. Se detuvo y tendió ambos brazos hacia mí. Tenía el rostro crispado en un gesto de consternación. No era una imagen reflejada, porque yo sabía que mi rostro sólo denotaba temor.

«¡Nadie puede verte!», murmuré, y de pronto todos los asistentes me parecieron extraños, al igual que me había ocurrido durante el funeral de Lynelle, mejor dicho, tuve la sensación de que yo era un monstruo por ser capaz de ver a Goblin, un monstruo porque éste era mi doble, y me parecía que jamás hallaría consuelo ni calor en el mundo.

Pensé en Sweetheart, que yacía en la cripta en Nueva Orleans. ¿Percibiría el olor a formaldehído si me acercaba a la puerta de la cripta? ¿O algo peor?

Me alejé lentamente camino del viejo cementerio. Había algunos huéspedes allí, y Lolly pasaba entre ellos sirviéndoles champán. En el cementerio no vi fantasmas. Sólo vi seres vivos. Unos primos de Sweetheart se acercaron para hablar conmigo. No los oí. Me imaginé subiendo a la alcoba de Pops, sacando su pistola del cajón, apoyándola en mi sien y apretando el gatillo. Pensé: «Si lo haces, el terror cesará.»

De pronto sentí los brazos invisibles de Goblin. Le sentí abrazarse a mí. Goblin me transmitió una especie de hálito y un calor espiritual. Esa sensación no era una novedad.

Últimamente hacía que me sintiera culpable. Pero en esos momentos me pareció terriblemente importante.

Volví a experimentar aquella extraña euforia que había sentido al abandonar la habitación del hospital donde se hallaba Sweetheart, y noté que unas lágrimas rodaban por mis mejillas. Me detuve debajo del roble, preguntándome si los lánguidos fantasmas del cementerio podían ver a estos seres vivos. Lloré desconsoladamente.

-Ven conmigo -dijo Jasmine tomándome por los hombros-. Vamos, Tarquin, acompáñame -insistió. Sólo me llamaba por mi nombre completo, que pronunciaba Toquin, cuando se ponía muy seria. La seguí hasta la cocina y Jasmine me dijo que me sentara y bebiera una copa de champán.

Puesto que me había criado en el campo había bebido vino y whisky en varias ocasiones, aunque en pequeñas cantidades, pero en esos momentos, sentado tranquilamente a la mesa de la cocina, después de que Jasmine saliera, me bebí una botella entera de champán.

Aquella noche vomité el hígado. La cabeza me dolía como si fuera a estallarme. La fiesta de Pascua había terminado y yo no cesaba de vomitar mientras la Gran Ramona permanecía junto a mí, despotricando contra Jasmine por haberme ofrecido vino.

10

Durante las tres semanas siguientes me sentí mejor. No creo que uno pueda experimentar pánico continuamente. El sistema mental acaba desmoronándose. Es una sensación que te acomete en oleadas, y tienes que decirte: esto acabará algún día.

Volví a sumirme en una profunda tristeza, más llevadera. A veces se agolpaban en mi mente recuerdos de Sweetheart, de sus canciones, de su arte culinario, y pequeños detalles, cosas sin importancia y fragmentadas que había dicho, o que habría dicho, y luego me embargaba de nuevo el terror, como si alguien me hubiera tomado en brazos y depositado sobre la repisa de una ventana situada a nueve pisos de la calle.

No había olvidado lo que Patsy me había llamado: nenaza, Pequeño Lord, mariquita. Sabía muy bien por la televisión y las películas que veía, aparte de por los libros, lo que esas palabras significaban, y me asaltó la creciente e inevitable sospecha de muchos adolescentes de que esos calificativos eran acertados.

Ten en cuenta que era un devoto católico y me resistía a experimentar con los estímulos sexuales cuando estaba solo. Por lo demás, no había tenido ocasión de experimentar en el terreno romántico con nadie. No creía que las personas se quedaran ciegas por masturbarse, pero, como buen católico que era, la perspectiva me infundía una tremenda turbación.

Pero había tenido poluciones nocturnas. Y aunque me despertaba disgustado y humillado y las cortaba en seco, reprimiendo los recuerdos que las habían propiciado, en mi fuero interno sospechaba que tenían que ver con hombres.

No era de extrañar que Pops hubiera ofrecido a Patsy doscientos mil dólares por un bebé. Estaba convencido de que no me casaría nunca, de que no tendría hijos. No tenía más que mirarme para adivinarlo. Mi incapacidad para clavar un clavo en la madera le confirmaba que yo era homosexual. ¿ Qué pensaría de mí al oírme comentar con entusiasmo películas como Las zapatillas rojas o Los cuentos ele Hoffmann? Pops sabía que yo era homosexual. Probablemente lo sabía toda la gente que me conocía.

Goblin lo sabía. Goblin aguardaba. Goblin constituía un insondable misterio dotado de tentáculos invisibles y con un increíble poder. ¡Goblin era homosexual!

¿Y los abrazos palpables de Goblin, y la forma en que esos abrazos me provocaban unos exquisitos escalofríos que me recorrían la piel, como si alguien acariciara el vello de mi cuerpo incitándolo a despertarse?

Las caricias de Goblin poseían una cualidad invariablemente íntima que forzosamente tenía que ser pecaminosa.

Sea como fuere, yo no hacía más que cavilar acerca de ello y procuraba mantenerme ocupado mientras el pánico hacía presa en mí aumentando y disminuyendo. Empezó a intensificarse cada día al anochecer.

A medida que se acercaba el verano y los días eran más largos, las oleadas de pánico que me invadían eran más prolongadas; a veces duraban desde las cuatro de la tarde hasta las ocho de la noche. Pensé de nuevo en descerrajarme un tiro en la sien para poner fin a aquel suplicio. Pero luego pensé en las consecuencias que acarrearía a Pops y a tía Queen y lo desterré de mi mente.

Fue por esa época que obligué a todos a apagar algunas luces a las cuatro de la tarde, tanto si hacía sol como si caían chuzos de punta, tanto si teníamos huéspedes en Blackwood Manor como si no.

Supongo que me había convertido en el señor de Blackwood Manor, en el Pequeño Lord.

Cada tarde, como un poseso, ponía música clásica en los salones y el comedor, comprobaba que hubiera jarrones de flores repartidos por la casa, colocaba bien los muebles y enderezaba los cuadros en las paredes y, cuando el pánico remitía un poco, entraba en la cocina para charlar un rato con Pops.

Pero Pops había dejado de hablar. Permanecía sentado en una silla con la mirada fija en la puerta con mosquitera, sin decir palabra. Era angustioso estar junto a él. Sus ojos tenían una expresión completamente ausente. Había dejado de despotricar como solía hacer la

Gran Ramona. Yo no podía ofrecerle consuelo ni recibirlo de él. Una noche, cuando sufrí un violento ataque de pánico mezclado con la tristeza y el temor de ser homosexual, le pregunté a Pops si creía que Patsy volvería a quedarse preñada con el único propósito de venderle el bebé.

No solía dirigirme a Pops en unos términos tan coloquiales.

Pops y yo conversábamos en un tono correcto y educado. Y jamás hablábamos de Patsy.

Pops respondió inexpresivo: «No. Fue una cosa espontánea.

Pensé que podría salvar a ese bebé. Me apetecía ocuparme de ese niño, criarlo. Pero lo cierto es que no creo que Patsy lograra llevar a término una gestación aunque quisiera. Ha tenido demasiados abortos, lo cual debilita el útero de una mujer.»

Su franqueza me asombró.

Me pregunté el motivo de que yo estuviera vivo. Quizá Pops había dado dinero a Patsy para que me tuviera. Pero no dije nada. Prefería sospechar los motivos que averiguarlos. La voz de Pops tenía un sonido hueco y metálico. No era fácil estar junto a él. Me inspiraba lástima. Ninguno de los dos volvimos a decir una palabra al respecto.

Por fin dieron las ocho y me senté en el borde de la cama junto

a la Gran Ramona, observándola mientras cepillaba su larga melena blanca y la trenzaba lentamente, sintiéndome a salvo en las sombras. Después charlamos un rato antes de acostarnos.

Una tarde, hacia las tres, me hallaba sentado en el porche de la casa, contemplando el cambio de luz sobre la larga avenida bordeada de pacanas. Estoy casi seguro de que era martes. No había huéspedes en casa, pues los del fin de semana se habían ido y los del fin de semana siguiente no habían llegado.

Detestaba aquella quietud. Vi de nuevo la imagen de la pistola apoyada en mi sien. ¿Qué podía hacer para dejar de pensar en descerrajarme un tiro? Era demasiado tarde para ir

de pesca en piragua, no quería ensuciarme en el pantano y no quedaba nada por hacer en la casa.

No había rastro de Goblin. Éste había aprendido a evitarme cuando estaba de mal humor y su influencia sobre mí era prácticamente nula. Si le hubiera llamado probablemente habría aparecido, pero no quería verlo. Cuando pensé en pegarme un tiro en la sien, me pregunté si con una bala conseguiría liquidarnos a los dos. No, no quería la compañía de Goblin.

De pronto se me ocurrió que aún no había tomado posesión del desván como señor de la mansión; el desván constituía un territorio inexplorado y ya era mayor para que me prohibieran subir allí; no tenía que pedir permiso a nadie. De modo que entré en casa y me dirigí escaleras arriba.

A las tres entraba mucha luz por las ventanas abuhardilladas del desván. Contemplé los muebles de mimbre, juegos enteros de sofás, butacas y otras piezas, y los numerosos baúles.

En primer lugar examiné un baúl ropero que había pertenecido a Gravier Blackwood. Estaba abierto, con los pequeños colgadores y los cajones vacíos y limpios.

Luego examiné maletas llenas de prendas antiguas que no me parecieron nada fascinantes, y más baúles, con el nombre de Lorraine McQueen grabado. Eran objetos nuevos. ¿Qué significaban para mí? Tenía que haber algo más antiguo, algo que hubiera pertenecido quizás a Virginia Lee, la santa esposa de Manfred.

En éstas vi un enorme baúl de loneta con correas de cuero, tan grande que la parte superior casi me llegaba a la cintura, y eso que ya medía más de metro ochenta. La tapa estaba un poco levantada y lo vi lleno a rebosar. De él emanaba un intenso olor a moho. Una etiqueta pegada en la parte superior ponía en letras que se habían desteñido: «Rebeca Stanford», y las señas de Blackwood Farm.

«Rebeca Stanford», dije en voz alta. ¿Quién podía ser? En éstas oí con claridad un ruido a mi espalda, ¿o era frente a mí? Me detuve y agucé el oído. Podía tratarse de ratas, pero no había ratas en Blackwood Manor. Entonces me pareció que el murmullo era una conversación entre un hombre y una mujer, como si discutieran... Eso no ocurrirá. Oí esas palabras con toda claridad, y luego la voz de la mujer... ¡Créele, es capaz de hacerlo!

Era la mujer que había pegado la etiqueta, pensé. Había metido sus cosas en el baúl y había pegado la etiqueta. Había esperado que él fuera a recogerla. La señorita Rebeca Stanford. Pero, ¿de dónde provenían esos pensamientos?

Oí de nuevo el ruido. Era un sonido deliberado. Sentí que se me erizaba el vello de la nuca. Me produjo una sensación muy grata, deliciosa. Era infinitamente mejor que la tristeza, que la depresión, que los pensamientos sobre pistolas y muerte.

«Va a aparecerse un fantasma», pensé. Voces. No, un murmullo. Sería más impresionante que la aparición de William. Más impresionante que los vaporosos fantasmas que deambulaban por el cementerio. Aparecería debido al baúl. Quizá fuera tía Camille, que se ha aparecido con frecuencia en la escalera y había decidido subir al desván.

«¿Quién eres, Rebeca Stanford?», musité. Silencio. Abrí el baúl. Estaba lleno de prendas cubiertas de moho y otros objetos mezclados con la ropa: un viejo cepillo y un peine de plata, frascos de perfume cuyo contenido se había secado y un espejo también de plata. La plata se había ennegrecido y todos los artículos estaban enmohecidos y estropeados.

Alcé algunas de las numerosas prendas, de forma que los objetos se deslizaron al fondo del baúl, de donde desenterré un montón de joyas, perlas, broches y camafeos ocultos entre los vestidos como si a nadie le interesara recuperarlos, lo cual me extrañó, porque cuando sostuve las perlas en la mano comprobé que eran auténticas; en cuanto a los camafeos, los examiné uno por uno y eran unas diminutas piezas exquisitas, que sin duda hubiesen complacido a tía .Queen; los tres estaban enmarcados en oro, en espléndido contraste con la concha oscura sobre la que se habían esculpido las imágenes.

Me pregunté qué hacían allí esos objetos, abandonados y olvidados. ¿Quién los había arrojado entre prendas enmohecidas, cuándo había ocurrido eso?

Oí de nuevo aquel ruido, aquel murmullo, y otro sonido más suave, como una pisada, que hizo que me volviera rápidamente hacia la puerta del desván.

Vi a Goblin junto a la puerta, mirándome con expresión preocupada. Sacudió la cabeza con vehemencia y dijo que no moviendo tan sólo los labios.

«Pero yo quiero saber quién era esa mujer», le dije. Goblin desapareció lentamente, como si estuviera débil y asustado. Noté que el ambiente se había enfriado, como ocurría a menudo cuando Goblin desaparecía, y me pregunté qué había hecho para debilitarse tanto.

Como puedes imaginar, estaba tan acostumbrado a Goblin que había dejado de interesarme. Me sentía superior a él. En aquellos momentos apenas pensaba en él.

Me dispuse a colocar todo el contenido del baúl sobre la tapa de otro cofre cercano. Estaba claro que alguien había echado el contenido de cualquier manera dentro; todos los objetos, salvo los camafeos y las perlas, estaban irremediablemente dañados. Elegantes vestidos antiguos con las mangas abullonadas, seguramente de la época en que las mujeres aún llevaban falda larga, blusas de encaje antiguas enmohecidas con un par de hermosos camafeos de concha prendidos en el escote, y trajes de seda completamente destrozados. Algunas de las prendas se deshicieron en mis manos. Todos los camafeos representaban a Rebeca junto al pozo.

«De modo que te encantaba ese motivo -dije en voz alta-. ¿Te pusieron Rebeca debido a él?»

Volví a oír un murmullo y sentí que algo me rozaba, como si un gato hubiera pasado junto a mí y me hubiera rozado el cuello. Luego nada. Nada salvo el silencio y el declinar de la tarde en torno a nosotros y un temor del que debía escapar a toda costa.

No tenía nada mejor que hacer que explorar aquel baúl. Contenía unas zapatillas resecas y retorcidas como madera de naufragio. Alguien había arrojado una caja de polvos abierta en el baúl, que pese al tiempo transcurrido conservaba cierta fragancia. Un par de frascos de perfume estaban rotos y vi un pequeño tomo encuadernado en cuero lleno de páginas escritas, pero la tinta se había desteñido y era casi ilegible. Las letras parecían telarañas púrpura.

El moho lo había invadido todo echando a perder aquellos maravillosos vestidos y cubriendo algunas prendas de lana de manchas negras y viscosas, dejándolas inservibles.

«¡Qué desperdicio!», exclamé en voz alta.

Tomé los tres collares de perlas y los cinco camafeos, también los prendidos en las blusas antiguas, y bajé con estos tesoros en busca de Jasmine, que estaba lavando pimientos en el fregadero para la cena.

Le expliqué lo que había encontrado y deposité las joyas sobre la mesa de la cocina.

«¡No debiste subir al desván! -exclamó enfurecida, lo cual me chocó-. Haces lo que te da la gana. ¿Por qué no me preguntaste mi opinión antes de subir, Tarquin Blackwood?», siguió regañándome Jasmine.

Estaba muy ocupado admirando los camafeos. «Todos son iguales -insistí-, de Rebeca junto al pozo, y muy bonitos. ¿Por qué los arrojaron al baúl con esas antiguallas? ¿Crees que a tía Queen le gustaría tenerlos?» Naturalmente yo sabía que tía Queen poseía al menos diez camafeos de Rebeca junto al pozo, aunque ignoraba cómo había conseguido el primero de ellos, y de haberlo sabido me habría sentido aún más intrigado.

A la hora de cenar se lo conté a Pops y le mostré mi botín, pero no manifestó por él el menor interés y mientras Jasmine me leía la cartilla por haberme metido donde no debía, dijo con su voz inexpresiva: «Puedes quedarte con todo lo que encuentres allí.» Lo cual silenció de inmediato a Jasmine.

Cuando subí a acostarme di las perlas a la Gran Ramona, pero no quiso aceptarlas. Dijo que había cierta historia relacionada con ellas y con todos los objetos que contenía ese baúl. «Consérvalas para el día que te cases -dijo-. Para dárselas a tu flamante esposa. Pero antes pide a un sacerdote que las bendiga. Recuérdalo. No se las regales a nadie antes de que las haya bendecido un sacerdote.» Le repliqué que jamás había oído nada semejante. ¿Un collar de perlas bendecido por un sacerdote?

Le rogué que me contara la historia, porque sabía que la Gran Ramona estaba enterada de muchas cosas, pero se negó, alegando que apenas la recordaba, lo cual supuse que era mentira, y al cabo de unos momentos nos pusimos a rezar nuestras oraciones.

Esa noche la Gran Ramona tuvo la brillante idea de que rezáramos todo el rosario. Lo hicimos meditando sobre los misterios dolorosos, seguido de un acto de contrición. Se lo ofrecimos a las desdichadas almas del purgatorio, y luego rezamos la célebre oración al arcángel San Miguel para que nos defendiera en la batalla contra el maligno y nos fuimos a dormir.

Al día siguiente escribí a tía Queen contándole el hallazgo que había hecho y diciéndole que había añadido los camafeos a su colección de la vitrina del salón y que había guardado las perlas en el cajón de su tocador, por si quería conservarlas. Le pedí que me narrara la historia que la Gran Ramona se había negado a relatarme.

¿Quién era Rebeca Stanford? ¿Cómo habían llegado sus cosas a nuestra casa?

Subí de nuevo al desván y lo registré palmo a palmo. Por supuesto, encontré objetos maravillosos: lámparas antiguas de estilo art decó, mesas, mullidos sofás y butacas que se estaban pudriendo e incluso un par de máquinas de escribir, negras como las de antes, que pesaban una tonelada. Hallé montones de ropa vieja e insulsa que sólo servía para dársela al trapero, y un anticuado aspirador digno de ser expuesto en un museo.

En cuanto a los muebles de mimbre, mandé que los bajaran para restaurarlos, siempre que Pops lo autorizara, lo cual hizo asintiendo con la cabeza en silencio.

No encontré nada más que me llamara la atención. Rebeca Stanford constituía un gran misterio, y cuando abandoné el desván por última vez me llevé el libro con las tapas de cuero que había hallado entre sus pertenencias, experimentando de nuevo una extraña sensación de euforia. Vi a Goblin junto a la puerta y volvió a menear la cabeza.

Lo que me gustaba de esa sensación de euforia era que eliminaba el sentimiento de desesperación.

El día siguiente, martes, fue otra jornada tranquila, un día anodino, pero el pánico volvió a hacer presa en mí y después de comer

di un paseo por la avenida de pacanas para distraerme escuchando el ruido de la gravilla al pisarla.

La luz tenía un matiz dorado; me disgustó, porque significaba que empezaba a declinar el día, y el temor volvió a apoderarse de mí.

Al llegar al porche me senté en los escalones con el libro encuadernado en cuero que había hallado en el baúl de Rebeca Stanford, y traté de leer su contenido.

No tardé en descifrar el nombre que figuraba en la primera página, nada menos que el de Camille Blackwood. En cuanto al resto, aunque era prácticamente ilegible, vi que estaba escrito en verso.

¡Un libro de poemas de Camille Blackwood! ¡Y el fantasma de Camille que aparecía siempre subiendo la escalera que conducía al desván! Corrí a contárselo a Jasmine, que se estaba fumando un cigarrillo junto a la puerta trasera. Volvió a reprenderme.

¡No toques esas cosas, Tarquin! ¡Deja ese libro de poemas en la habitación de la señorita Queen hasta que vuelva!

-Escucha, Jasmine, ¿qué crees que andaba buscando el fantasma de Camille? Tú lo has visto, como yo. ¿Por qué dices que no toque este libro de poemas? ¿No comprendes que Camille debió de perderlo, o que alguien lo dejó quizá donde no debía? ¿No comprendes que es un hallazgo de un valor monumental?

-¿Para quién? -replicó Jasmine-. ¿Para ti? ¿Has visto al fantasma de Camille en la escalera?

-Dos veces, y tú lo sabes -respondí.

-Me gustaría saber cómo vas a comunicarle que has encontrado el libro. ¿Vas a contárselo a tu ángel guardián cuando reces tus oraciones esta noche?

-No es mala idea -contesté-. Tú misma has visto al fantasma.

Librodot

-Escúchame -dijo Jasmine-: Jamás he visto a ese fantasma, lo dije por decir. Para impresionar a los turistas. No he visto a un fantasma en mi vida.

-No es cierto -protesté-. Creo que incluso has visto a Goblin. Te he visto observarlo algunas veces, estoy seguro. No lograrás engañarme, Jasmine.

-No me hables en ese tono, jovencito -replicó Jasmine, y comprendí que no conseguiría sonsacarle nada.

Jasmine volvió a decirme que dejara el libro. Pero yo tenía otros planes. Sabía que si examinaba cada página bajo una luz halógena probablemente lograría descifrar en parte el poema escrito en ella. Pero no era suficiente. No tenía la paciencia ni la energía para una labor tan minuciosa.

Dejé el libro sobre mi escritorio y bajé para sentarme de nuevo en los escalones del porche, confiando en que apareciera algún huésped y modificara el melancólico y exasperante ambiente de aquella hora crepuscular. Sentí que me acometía otro violento ataque de pánico y me dije con amargura: «¡Santo Dios, haría lo que fuera con tal de librarme de esto! -Cerré los ojos-. ¿Dónde te has metido, Goblin?», pregunté, pero no respondió, como tampoco me había respondido Dios.

De pronto pensé que el calor del día primaveral había remitido un poco debido a la fresca brisa que soplaba del pantano. Ahora bien, esas brisas frescas no soplan nunca del pantano, al menos por lo general, y me volví para mirar en esa dirección, hacia el extremo derecho de la casa, al cementerio y los gigantescos cipreses. El pantano, que se extendía más allá del cementerio, tenía un aspecto tan siniestro y misterioso como de costumbre, con su negra e informe silueta recortada contra el cielo.

Una mujer subía desde allí por la suave pendiente del prado. Era una mujer menuda que caminaba con paso ágil sujetándose con la mano derecha el borde de la falda oscura.

«Qué bonita -dije en voz alta-. Supuse que serías muy bonita.»

Luego me chocó haber pronunciado aquellas extrañas palabras. ¿Con quién hablaba? Noté que Goblin me tiraba de la mano izquierda. Cuando me volví para mirarle un calambrazo me recorrió todo el cuerpo. Goblin se estremeció al tiempo que movía enérgicamente la cabeza en sentido negativo. De repente desapareció, como una bombilla al fundirse.

La joven y atractiva mujer seguía aproximándose por mi derecha. Entonces vi que sonreía y que lucía un antiguo y elegante conjunto compuesto por una blusa de encaje de cuello alto con las mangas abullonadas, con un camafeo prendido en el pecho, y una falda oscura de tafetán ceñida a la cintura y larga hasta los pies.

Cuando por fin alcanzó la zona del césped en la que se alza la casa soltó un pequeño suspiro, como si el ascenso por la pendiente desde el borde del pantano le hubiera representado un esfuerzo.

-No te enterraron allí abajo, en el cementerio, ¿no es así? -le pregunté como si fuéramos amigos íntimos.

-No -respondió la mujer con dulzura sentándose junto a mí en los escalones del porche. Los pendientes de camafeo blancos y negros que pendían de sus lóbulos perforados se agitaban debido al movimiento sutil de su cabeza, y sonrió-: Eres tan guapo como me habían dicho todos -dijo la mujer-. Estás hecho un hombre. ¿Por qué estás preocupado? -inquirió dulcemente-. ¿Necesitas que una joven bonita como yo te demuestre de lo que eres capaz?

-¿Quién te ha dicho que estoy preocupado? -le pregunté. Era una mujer bellísima, al menos eso me pareció, a quien la naturaleza no sólo había dotado de un rostro admirable y unos hermosos ojos grandes y expresivos, sino de vivacidad, frescura y un natural refinamiento. Deduje que llevaba corsé, que realzaba su cintura de avispa, y los volantes almidonados de su blusa eran impecables. La falda de tafetán era de un intenso color chocolate y relucía al sol, y calzaba unos diminutos y elegantes botines con cordones.

-Sé que has estado preocupado -respondió-. Sé muchas cosas. Digamos que lo sé todo. Las cosas no avanzan de manera lineal como creen los vivos. Todo sucede a la vez. -La mujer

se inclinó y tomó mi mano derecha con sus dos manos. Sentí de nuevo una descarga eléctrica, peligrosa, y un delicioso escalofrío que me recorrió el cuerpo. Me incliné hacia delante para besarla en los labios.

Ella se apartó un poco con gesto coqueto. Luego, oprimiendo

su pecho contra mi brazo, dijo:

-Entremos en casa. Quiero que enciendas las lámparas.

Me pareció perfecto. Detesto las sombras alargadas de la tarde. Encender las lámparas. Iluminar el mundo.

-Yo también odio las sombras -dijo la mujer.

Nos levantamos al mismo tiempo, aunque yo estaba un poco mareado y procuré que no se diera cuenta. Entramos en casa, en la que reinaba un ambiente fresco y silencioso. Oí el rumor del agua que manaba de un grifo en la cocina. Eran las cuatro de la tarde. No cenaríamos hasta al cabo de dos horas. ¡Qué aspecto tan curioso tenía la casa! Exhalaba una fragancia singular, a cuero y flores prensadas, a naftalina y cera.

La sala de estar estaba llena de sofás y butacas de distintos tamaños y formas, de madera negra, solemne y reluciente, muebles típicamente victorianos, pensé, y el piano era distinto, mucho más antiguo que el que había antes, un piano de media cola. Las pesadas cortinas de terciopelo eran de color azul cobalto, y en los visillos de encaje había airosos pavos reales. Las ventanas estaban abiertas. La brisa agitaba los bonitos visillos de pavos reales. «Es perfecto», pensé.

Me embargó una deliciosa euforia, la certeza de la pura belleza de cuanto veía y la irrelevancia de todo lo demás.

Al mirar hacia el comedor vi que también tenía un aspecto distinto, que las cortinas eran de seda color melocotón ribeteadas con fleco dorado y la mesa ovalada, con un jarrón de flores en el centro.

Eran rosas frescas, rosas naturales de jardín con el tallo corto, algunos de cuyos pétalos se habían desprendido sobre la mesa encerada. No eran unas rosas espectaculares de florista, sino rosas capaces de hacerte sangrar las manos. El jarrón redondo sudaba unas gotas de agua.

«¿Verdad que es encantador? -me preguntó la mujer-. Yo misma elegí las cortinas. He hecho muchas cosas. Cosas insignificantes. Cosas importantes. Corté esas rosas en el jardín que hay detrás de la casa. Yo misma planté la rosaleda. Antes de que yo viniera no había ninguna. ¿Quieres verla?»

Formulé mentalmente una breve protesta. En Blackwood Farm no había ninguna rosaleda; había desaparecido hacía tiempo cuando se construyó la piscina. Pero me pareció un detalle absurdo y pueril, y habría sido una grosería por mi parte mencionarlo.

Me volví para decirle que no podía reprimir el deseo de besarla y me incliné y la besé en los labios. ¡Ah! Jamás había sentido nada comparable en mis sueños. Jamás había saboreado algo tan exquisito. Jamás había experimentado una sensación tan maravillosa. Jamás había conocido nada igual. Sentí el calor de su cuerpo a través de su ropa. Era tan intenso que casi experimenté un orgasmo. La abracé y la alcé de puntillas, empujé la falda contra su sexo e introduje mi lengua en su boca.

Cuando ella se apartó y apoyó la mano firmemente contra mi pecho, tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no rebelarme.

-Enciende las lámparas para mí, Quinn -dijo-. Ya sabes, las lámparas de aceite. Enciéndelas. Luego haré que te sientas el joven más feliz del mundo.

-De acuerdo -contesté. Sabía dónde estaban las lámparas. Siempre teníamos unas lámparas de aceite en Blackwood Manor porque, dadas las peculiaridades de nuestra tierra, nunca sabíamos cuándo nos íbamos a quedar sin corriente eléctrica. De modo que saqué una del aparador y la coloqué sobre la mesa. Levanté la pantalla de cristal y encendí la mecha con el encendedor que llevaba siempre para esos menesteres.

-Colócala sobre la repisa de la ventana, cariño -dijo la mujer-, sí, ahí, y entremos en el salón para encender allí también la lámpara.

Hice lo que me pedía y coloqué la lámpara sobre la repisa de la ventana.

-Pero es peligroso -dije-, está justo debajo de los visillos y las cortinas.

-No te preocupes, cariño -contestó la mujer. Luego me condujo rápidamente por el pasillo y entramos en el salón. Saqué la lámpara del alto aparador chino situado entre las dos puertas que daban al pasillo. Después de encenderla, la deposité sobre la repisa de la ventana, al igual que había hecho en el comedor. Observé que el arpa era la misma, una voluminosa arpa dorada, pero todo lo de más había cambiado.

Sentía un extraño mareo. No me atrevía a pensar en acostarme con ella, en que se percatara de mi absoluta inexperiencia.

-Eres un amor -dijo. No te quedes ahí mirando estos bonitos muebles, no tiene importancia.

Pero yo no podía evitarlo, porque hacía unos momentos, mientras sacaba la lámpara del aparador, la habitación me había parecido familiar y ahora lo veía de nuevo todo distinto, incluso las butacas de madera negra tapizadas de satén violeta. De pronto oí un coro de voces. ¡Unas personas estaban rezando el rosario!

La luz de las velas se reflejaba en el techo. Había ocurrido algo grave, algo tremendamente triste.

Estaba mareado, a punto de caer al suelo. Me volví. El sonido de voces me inundó. La habitación estaba llena de gente, de personas vestidas de negro sentadas en butacas, sofás y sillitas doradas plegables. Un hombre sollozaba desconsolado.

Otras personas lloraban también. ¿Quién era la niña que me miraba fijamente?

Vi un ataúd colocado frente a las ventanas que daban a la fachada, un ataúd abierto, y el ambiente estaba impregnado de olor a flores, saturado de perfume a flores, a cera de los lirios, y de pronto se levantó del ataúd una mujer rubia ataviada con un vestido de color azul. Con un ágil movimiento, como si se deslizara sobre una ola invisible, se incorporó del ataúd y apoyó los pies en el suelo pulido.

-¡Lynelle! -exclamé. Pero no era Lynelle. Era Virginia Lee. ¿Cómo era posible que no hubiera reconocido el rostro menudo y bellísimo de Virginia Lee? ¡Nuestra bendita Virginia Lee! La niña gritó consternada: «¡Mamá!» ¿Cómo era posible que una mujer se alzara de un ataúd?

-¡Deja en paz esta casa! -gritó precipitándose furiosa hacia la mujer que estaba a mi lado, casi rozándola con sus blancas manos, pero la mujer que estaba a mi lado la obligó a retroceder emitiendo un potente sonido sibilante, seguido de un violento destello y un chisporroteo, y la figura de Virginia Lee, nuestra bendita y dulce Virginia Lee, nuestra santa particular, desapareció en un abrir y cerrar de ojos junto con el ataúd, la niña que no cesaba de berrear y los afligidos asistentes.

El coro de voces se disipó, como una ola que retrocede sobre la playa para ser engullida de nuevo por el mar. Santa María llena eres de gracia y luego silencio. La brisa y la oscilante llama de la lámpara de aceite en la penumbra y ese olor a aceite quemado.

Estaba demasiado mareado para sostenerme de pie. La mujer me aferró del brazo.

El silencio cayó a nuestro alrededor. Yo quería decir algo, preguntar algo; traté de articular el pensamiento: «Virginia Lee ha estado aquí», pero abracé de nuevo a la mujer y la besé. Tenía el miembro en erección y me dolía tanto que no podía resistirlo, era peor que despertarse después de una polución nocturna y decir: «No quiero seguir, no debo. Es un pecado mortal.» Pero ella dijo:

-Quinn, amor mío. Quinn, eres mi destino. -Lo dijo con una ternura indescriptible-. Llévame a mi habitación.

Detrás del tupido encaje brotaba humo. Una mujer lloraba suave, desconsoladamente. La niña sollozaba entrecortadamente. Pero la mujer que estaba a mi lado sonreía.

-Soy muy menuda -dijo-. ¿Te has fijado en mi cintura de avispa? ¿Has visto lo menuda que soy? Llévame en brazos escaleras arriba.

Subimos por la larga escalera de caracol. Uno no puede caerse debido al mareo cuando sube una escalera. Jamás me había sentido tan exultante. Jamás me había sentido tan fuerte.

Entramos en una alcoba, y por la configuración de las paredes y el arco de la puerta pensé que era mi habitación, pero no lo era, era la suya. Nos tendimos debajo del dosel de encaje que cubría el mullido lecho, sintiendo la brisa que entraba por la ventana y agitaba los visillos.

-Ahora, campeón -dijo la mujer, tras lo cual me desabrochó el pantalón, me lo bajó y se levantó la falda. La piel le ardía-. Es el momento perfecto.

La penetré. ¡Era la primera vez! El calor y la presión de su vagina hicieron que eyaculara en el acto; lo hice dentro de ella, inundándola, y la sentí estremecerse y mover las caderas al tiempo que se incorporaba, ciñéndome el pene con su sexo, y luego se tumbó de espaldas, exhausta, y soltó una breve y entrecortada carcajada.

Yo también me tendí. No me importaba el olor a humo ni verlo brotar. No me importaba oír a gente trajinando de un lado a otro.

La mujer se volvió hacia mí, se apoyó sobre un codo y dijo:

-Quiero que encuentres lo que queda allí de mí, Quinn. Busca la isla. Averigua lo que me hicieron. -¡Qué apasionada y exquisita era, qué herida y frágil parecía! Los pendientes de camafeo se agitaban junto a su delicado rostro. Le toqué la oreja. Toqué el lugar donde el oro traspasaba la piel. Toqué el hermoso camafeo negro y blanco que llevaba prendido en el escote.

-Rebeca -dije. Vi a Goblin detrás de ella, meneando la cabeza en sentido negativo. Tenía un aspecto tan vívido que deduje que estaba utilizando todo su poder.

-Hazlo por mí -dijo la mujer-. Si lo haces regresaré junto a ti, Quinn. Y gozaremos de una infinita dulzura. He nacido para hacer felices a los demás. Estoy convencida de ello, Quinn. Te he dado tu primera experiencia sexual, Quinn. No lo olvides nunca. Lo he hecho para complacerte. Siempre he tratado de complacer a los demás.

El camafeo que lucía en el escote se parecía a los de la colección de tía Queen y al mismo tiempo era distinto. Pero todo tenía sentido. Ella había muerto con ese camafeo prendido en la blusa. Sí.

Acaricié su suave pelo castaño.

-Toquin, Toquin, Toquin -gritó Jasmine subiendo apresuradamente la escalera. Sentí la vibración de las tablas del suelo.

Estaba solo.

Me incorporé. Tenía el pantalón desabrochado. Los vaqueros y la colcha estaban manchados de semen. Me abroché el pantalón inmediatamente; con unos cuantos pañuelos de papel de la mesilla limpié las pruebas delatoras. Alcé la vista en el preciso momento en que Jasmine entraba en la habitación.

-¡Estás loco! -exclamó Jasmine-. ¿Por qué has colocado las lámparas sobre las repisas de las ventanas? ¿Has perdido el juicio? ¡Has prendido fuego a las cortinas! Pero, ¿cómo se te ha ocurrido semejante disparate?

Salté de la cama. ¡Blackwood Manor estaba ardiendo! ¡Imposible! Pero Jasmine me agarró del brazo cuando pasé junto a ella.

-¡Ya lo hemos sofocado! -dijo-. ¿Por qué lo has hecho?

Pudo haber ocurrido un desastre.

Lolly y la Gran Ramona, con ayuda de los hombres del cobertizo, sustituyeron los visillos esa misma tarde. Por fortuna las cortinas de terciopelo no se habían abrasado.

Estaba aterrorizado. Me quedé sentado en mi habitación, como atontado. No había respondido a una sola pregunta. Goblin apareció y se sentó en la otra butaca, al otro lado de la chimenea, con expresión preocupada. De pronto se encendió el ordenador. Pero yo no me acerqué a él. No quería que me tomara la mano. No podía responder a sus preguntas.

Por fin, harto de verlo allí mirándome con insistencia, pregunté:

-¿Por qué ha venido esa mujer? ¿De dónde ha venido? Goblin no podía responder. Estaba confundido.

Me dirigí al ordenador y dejé que me tomara la mano izquierda. Tecleó: «Rebeca ha sido muy mala. Ha quemado la casa. Rebeca es perversa.»

Tecleé: «Cuéntame algo que yo no sepa, como de dónde ha salido.»

Se produjo un largo silencio. Nada. Volví a sentarme a cavilar en mi butaca.

A la hora de la cena, con Pops, Jasmine, Lolly y la Gran Ramona, les expliqué lo sucedido. Les conté la parte erótica, que el fantasma y yo nos habíamos acostado. Traté de describir lo «real» que me había parecido todo, lo razonable de la petición de Rebeca de que encendiera las lámparas, y les conté lo que ésta me había revelado.

Les mostré el camafeo que había encontrado en el baúl del desván y colocado en la vitrina del salón, que sin duda había pertenecido a Rebeca Stanford.

-Rebeca junto al pozo. ¿No lo comprendéis? Ella se llamaba así. ¿Quién era, por qué vino?

De pronto me sentí marcado. Miré el camafeo que reposaba en la mesa de la cocina. Me pareció haberla oído decirme algo, o quizá lo recordaba. Traté de ordenar mis ideas. Traté de recordar. Me esforcé en hacer memoria: Muerta allí con el camafeo puesto. Me estremecí. Muchas blusas bonitas de encaje. A él siempre le habían gustado. De encaje blanco.

Traté de expresarme con claridad. Les dije que el espectro de la mujer me había pedido que buscara la isla, y que me había hecho prometerle que «encontraría lo que quedaba de ella allí».

-No vayas en busca de esa isla -dijo Pops inexpresivo. Nunca lo había visto tan serio-. Como puedes imaginar, la isla ya ha desaparecido. El pantano se la ha tragado, y si vuelves a ver a ese fantasma santíguate.

-Eso es lo que debiste hacer -apostilló la Gran Ramona-, y ella no habría podido ejercer su poder porque proviene del infierno.

-¿Pero cómo ha conseguido salir del infierno para venir a verme? -pregunté.

-Vuelve a dejar esos camafeos suyos en el desván -dijo Jasmine-. Ponlo todo de nuevo en el baúl tal como lo encontraste.

-Es demasiado tarde -terció Pops suavemente-. Pero no dejes que vuelva a acercarse a ti.

Todos guardamos silencio. Luego la Gran Ramona puso a hervir leche para preparar nuestro café con leche. Un olor delicioso. Recuerdo el olor de la leche caliente.

Me fijé en que Lolly se había arreglado porque iba a salir con su novio, que le pedía continuamente que se casara con él y dejara de trabajar para nosotros. Pero no lo había conseguido. Lolly parecía una belleza hindú. Y Jasmine, que llevaba un sencillo vestido camisero de seda roja, estaba fumando en la cocina, lo cual era raro.

La Gran Ramona vertió la leche caliente en el café. Fijé los ojos en las humeantes tazas.

-Todo el mundo me cree -dije-. Todos me creéis. -Díselo -ordenó Pops a Jasmine.

-¿Qué es lo que debe decirme? -pregunté.

Jasmine dio una calada al cigarrillo y lo aplastó en el plato. Luego encendió otro con desparpajo.

-Ha sido Goblin quien ha entrado aquí y, señalando con el dedo, nos ha advertido de que las cortinas ardían -dijo-. Apareció en un abrir y cerrar de ojos -chasqueó los dedos-, de tamaño natural.

-Se le cayó el plato de las manos -dijo Lolly.

Jasmine asintió.

-Y el plato que estaba en el escurridor también se cayó.

Los miré atónito. Me sentía abrumado. Esas personas habían insistido durante toda mi vida en que Goblin no existía, en que no debía hablar con él, que Goblin era producto de mi subconsciente o un compañero de juegos imaginario, y ahora me venían con éstas. Me quedé mudo. No salía de mi asombro.

-¿Cómo consiguió esa criatura derribar el plato del escurridor? -pregunté a Pops.

-Te aseguro que ocurrió tal como te lo cuento -dijo Jasmine-. Yo estaba lavando los platos en el fregadero y de pronto ese plato se estrelló en el suelo. Y cuando me volví y le vi ahí de pie, señalando la puerta, dejé caer el plato al suelo.

Todos guardaron silencio.

-¿Por eso me creéis? -pregunté-. ¿Porque visteis a Goblin con vuestros propios ojos?

-Yo no he dicho que crea una sola palabra de lo que nos has contado -replicó Jasmine-. Sólo digo que he visto a Goblin. Nada más.

-Sabéis quién es esa Rebeca, ¿no es cierto? -pregunté mirándolos a todos. Nadie respondió.

-Pediré al sacerdote que venga -dijo Pops con su falta de expresividad característica-. Pediré al doctor Mayfair que venga. Aquí hay demasiados fantasmas, y me tiene sin cuidado que uno de ellos sea Virginia Lee.

-Y tú, idiota -me dijo Jasmine-, no digo que no crea que vieras a ese ser, esa cosa, esa mujer, pero mamá tiene razón, estuviste a punto de prender fuego a la casa. Por poco se quema Blackwood Manor.

-Lo sé -respondí a la defensiva, tratando de justificarme-. Pero, ¿quién era esa mujer? ¿Por qué quería prender fuego a esta casa? ¿Murió en la isla? Deduzco que sí.

Pops alzó la mano para imponer silencio.

-No importa quién fuera. Si murió allí, no queda nada de ella. Tú haz lo que te digo y, si vuelves a verla, santíguate.

-No dejes que vuelva a enredarte -dijo Lolly.

Salí de la cocina aturdido. Recordé los momentos que había pasado con ella pero no me atreví a contárselo al comité culinario. Sólo quería alejarme.

Entré en el salón, quizá para convencerme de que era el que yo conocía y no aquella extraña aparición, y contemplé el retrato de Manfred Blackwood. Muy distinguido. Con una cara de bulldog autoritaria. Es asombroso las muchas clases de belleza que existen. Sus ojos grandes y melancólicos, la nariz aplastada, el pronunciado mentón y la boca contraída en un rictus de amargura me parecieron armoniosos y silenciosamente imponentes. Me puse a hablarle, murmurando que él sabía quién era esa Rebeca Stanford, y que yo lo averiguaría. «¿Por qué no apareciste para detenerla? -le pregunté, observando el juego de luces sobre el retrato-. ¿Por qué tuvo que ser Virginia Lee?»

Entré en el comedor y miré el retrato de Virginia Lee. Yo la había visto, llena de vitalidad, moviéndose, había oído su voz, había visto sus ojos azules destilando ira y rabia. Me sentí de nuevo mareado. Era una sensación grata, y agucé el oído para percibir las voces que lamentablemente se me escapaban. Será cruel con mis hijos. Lloraba desconsoladamente. Temo morir y que alguien trate a mis hijos con crueldad. Las voces del coro del rosario provenían del cuarto de estar. Ella lloraba. Tratará a mis pobres hijos con crueldad.

«No pretendía hacerlo, Virginia Lee», dije, pero sólo oí el silencio. Su retrato no era más que un retrato, y de pronto cesaron los rezos. Yo seguía tratando de recordar cosas que no habían ocurrido. Tenía sueño. Decidí acostarme.

Cuando llegué a mi habitación estaba agotado. Limpié la colcha como pude con una toalla húmeda, me tumbé y me sumí en un extraño duermevela. Tuve la sensación de que abandonaba mi estado consciente.

Rebeca me estaba hablando. La habitación volvía a ser su habitación y me explicó de nuevo que las cosas no sucedían de modo lineal, que todo ocurría simultáneamente. Ella estaba siempre aquí. No envejezco. No huyo. Quería preguntarle a qué se refería, pero una arbitraria oscuridad me envolvió y caí en un profundo y delicioso estado de duermevela, en el que mi cuerpo gozó de su agotamiento consciente de que se debía a la eyaculación, y ella y sus extrañas palabras habían desaparecido.

Me había sumido en un exquisito sopor cuando de pronto me percaté de que Pops había entrado en la habitación. Estaba a los pies de la cama.

Me habló con su voz hueca e inexpresiva.

-Te has pasado la vida hablando de fantasmas y espíritus, de Goblin, y viendo sombras en el cementerio, y ahora esa criatura ha entrado en esta casa o en tu imaginación. Francamente no lo sé. Pero tienes que esforzarte en desterrarla de tu mente. Procura canalizar tus brillantes dotes, tienes dieciocho años y debes fijarte metas de las que ningún fantasma consiga desviarte.

Me incorporé en la cama, por respeto a Pops, y éste prosiguió.

-Estoy furioso -dijo-, me enfurece que hayas estado a punto de quemar esta casa. Pero no me explico qué te ha ocurrido y, aunque estoy furioso, también estoy convencido de que algo te nubló la razón, porque sé que amas Blackwood Farm tanto como yo.

Me apresuré a darle la razón.

-Bien, pues procura recobrar el juicio, ¿me oyes? -prosiguió Pops-. Y entretanto, devuelve los camafeos de esa mujer al baúl. Y ciérralo. Ciérralo bien. Ese baúl es como la caja de Pandora. Cuando lo abres dejas escapar el espíritu de esa mujer, de modo que vuelve a meter esos objetos en el baúl.

Pops se detuvo unos instantes. Luego volvió su pálido rostro hacia mí y me miró con esa expresión ausente que nunca le abandonaba.

-Te he dado cuanto podía darte -dijo-. No tengo nada más que enseñarte. Lynelle te enseñó cosas que yo jamás podría haberte enseñado. Has aprendido más de ella que en la escuela, no me cabe duda. Pero estás malgastando tu tiempo. Lo estás malgastando todo. Sé perfectamente que en estos momentos no quieres ir a la universidad, y puede que a los dieciocho años no te convenga. Pero tía Queen tiene que volver a casa, buscarte un nuevo tutor y ocuparse de ti.

Asentí con la cabeza. Tía Queen no estaba tan lejos como en otras ocasiones. Había ido a Barbados a participar en un seminario, y yo sabía que si Pops la llamaba no vacilaría en regresar. Me fastidiaba que Pops la interrumpiera, pero después de lo ocurrido estaba seguro de que la llamaría para que volviera a casa.

Pops me miró un buen rato y luego salió de mi habitación.

Me quedé estupefacto, porque durante todos los años que había vivido con Pops nunca me había largado una perorata tan larga. Constaté además que estaba débil y acabado, que ya no era el hombre fuerte y enérgico de siempre.

El hecho de haberle disgustado me dolió profundamente.

Bajé al salón y saqué de la vitrina los camafeos que había encontrado en el baúl. Los llevé a mi habitación y decidí que al día siguiente, por la mañana, subiría al desván y los devolvería al lugar de donde habían salido. Quizás. O quizá no. A fin de cuentas, el fantasma no me había dicho nada acerca de haber abierto su baúl.

Me quedé de nuevo semidormido y experimenté la deliciosa y pecaminosa sensación de tener a Rebeca a mi lado. Sólo he sido un objeto de placer, Quinn. Eso es lo que quiero ser para ti. Éste es el momento, Quinn; no soy sino un objeto de placer, es lo único que he deseado ser. La joya de alguien, el adorno de alguien, la mascota de alguien, ¿quién sabe?

Bien entrada la noche apareció la Gran Ramona, que me despertó y me dijo que me pusiera el camisón. Obedecí y, cuando salí del baño vestido con mi largo camisón de franela, la Gran Ramona me miró y dijo:

-Eres demasiado mayor para que duerma contigo.

-No es cierto -me apresuré a protestar-. No quiero que vuelva ese fantasma. No quiero que ocurra... lo que ha ocurrido. Cuando necesite eso, lo buscaré en otro lugar. Quiero que duermas conmigo -dije-. Venga, recemos nuestras oraciones.

Y así lo hicimos, y luego nos dormimos abrazados, y yo dormí tan profundamente que no tuve ningún sueño, sino que descansé profundamente hasta que las primeras luces entraron por las ventanas e iluminaron la habitación.

Muy temprano, horas antes de lo que yo, como el adolescente consentido que era, acostumbraba ponerme en marcha perezosamente, me levanté, procurando no despertar a la

Gran Ramona, me puse los vaqueros y las botas, tomé mis gruesos guantes de jardinería y un cuchillo de cocina -el mismo con el que Patsy había amenazado a Pops-, salí sigilosamente de la casa y me encaminé al embarcadero donde estaba amarrada la piragua.

El pequeño cementerio tenía un aspecto deprimente bajo el sol

y estaba lleno de hierbajos. En el fondo de mi trastornada mente comprendí que, en otras circunstancias, Pops jamás hubiese permitido que eso ocurriera, pero ya no era el hombre que había sido; el dolor estaba perjudicando seriamente a Pops, y yo tenía que eliminar aquellos hierbajos. Tenía que limpiar las tumbas. Tenía que ocuparme de más cosas. Y también de Pops.

Asimismo comprendí que Goblin andaba cerca aunque no quisiera aparecerse, y deduje que tenía miedo.

Goblin me era indiferente, y posiblemente él lo sabía.

Al analizarlo ahora, estoy convencido de que lo sabía. Sabía que antes había sido el misterio central de mi vida pero que ya no lo era, Rebeca había ocupado su lugar, y evitaba aparecer ante mí, debilitado por mi indiferencia y presa de un pánico que tal vez yo le había contagiado.

Estaba empeñado en dar con Sugar Devil Island, de modo que, empuñando la pértiga, me alejé de la orilla y me adentré en el pantano.

11

De niño había ido muchas veces al pantano. Sabía disparar un rifle. Sabía pescar. Pops y yo solíamos alejarnos bastante de los límites de la finca. Pero había un territorio del que no salíamos, que siempre nos había parecido lo suficientemente espacioso porque capturábamos en él un gran número de peces. El pantano en sí mismo se nos antojaba monótono, con su selva de cipreses, nisáceas y robles silvestres, sus gigantescos palmitos e infinidad de enmarañadas parras.

Pero en esos momentos mi único objetivo era aventurarme más allá de aquel territorio, y a la hora de elegir el rumbo, me guié únicamente por el recuerdo del árbol con una flecha grabada en el tronco, justo encima de la oxidada cadena que lo rodeaba.

Tardé más de lo deseable en dar con él. El aire era húmedo y opresivo, pero el nivel del agua era el idóneo para navegar en piragua, de modo que saqué mi brújula y traté de poner rumbo hacia donde señalaba la flecha.

No recordaba que Pops y yo hubiéramos llegado tan lejos, aunque era consciente de que corría el peligro de extraviarme. Pero no me preocupaba. Estaba convencido de mi misión, y cuando empecé a experimentar una sensación de mareo seguí adelante.

Volví a oír unas voces que murmuraban y era como si esos murmullos me empujaran, zarandearan, alteraran mi sentido del equilibrio, y oí de nuevo llorar a una mujer, pero no era Virginia Lee.

No puedes hacerme esto, se lamentaba la mujer. ¡No puedes hacerlo! Luego percibí el prolongado murmullo de unas voces más graves. ¡Grabado para siempre!, dijo la mujer, pero perdí el hilo de la conversación.

Oía las voces pero no comprendía lo que decían. Estaban inmersas en un amasijo de sueños e impresiones vagas. Traté desesperadamente de descifrarlas, de recordar, pero tenía que conservar el equilibrio en la piragua, evitar soltar la pértiga.

Si la pértiga caía en aquellas aguas turbias tendría que sumergirme en ellas para recuperarla. Había estado algunas veces sumergido en aguas pantanosas hasta la cintura y no me gustaba nada. La luz verde del sol me deslumbraba.

Creí captar más palabras, pero el recuerdo se disipó y ya no percibí nada con claridad. Oí los lamentos de las aves, unos gritos extraños y melancólicos aparentemente aislados.

La piragua siguió deslizándose a través de las lentejas de agua. La conduje con mano firme por la selva de raíces y zancos de cipreses, cuando de pronto a mi derecha apareció una gigantesca maraña de glicinas en flor. Las flores eran de un color púrpura tan vivo, tan lujurioso, que solté una carcajada.

Volví a sentirme mareado, pero era una sensación grata, dulce, como de estar un poco achispado por haber bebido champán. La luz se filtraba entre los árboles y las glicinas tenían un aspecto purísimo. Oí las voces. Sabía que una de ellas pertenecía a Rebeca, y que sufría.

... te atraparán, lo averiguarán... Capté ese fragmento como quien atrapa una hoja que cae. Luego oí una risotada que sofocó la voz de la mujer, y no capté nada más.

De pronto vi alzarse a mi derecha un ciprés gigantesco, uno de los más vetustos que jamás había contemplado, rodeado por una cadena de hierro, tan oxidada como la otra, con una flecha grabada en la corteza, indicándome que virara a la izquierda. Era un territorio desconocido, en dirección opuesta a Blackwood Farm. Cuando consulté la brújula comprobé que seguía el rumbo adecuado.

La piragua se deslizaba a gran velocidad y la pértiga se sumergía profundamente en el agua. Temía caer en ella y seguí navegando rápidamente, cuando de pronto apareció otra mata de espléndidas glicinas en flor.

Sé que sabes lo enmarañada y profusamente que crece esa trepadora, y lo hermosa que es. El sol caía sobre ella en haces de luz, como a través de la vidriera de una catedral, y se extendía en todos los sentidos, pero yo navegaba por una especie de canal.

Seguí avanzando hasta que aparecieron de nuevo otra cadena oxidada y una flecha grabada en un árbol. En esta ocasión me indicó que siguiera en la misma dirección, cosa que hice, a sabiendas de que estaba muy lejos de Blackwood Farm, que si me extraviaba quizá tardarían una hora en rescatarme, lo cual es mucho tiempo en el pantano.

Cuando consulté el reloj observé que me había equivocado en media hora. Había partido hacía ya una hora y media. La euforia que había sentido al despertarme se había intensificado. Y cuando apareció otro ciprés rodeado por una vieja cadena y con una flecha en el tronco, viré de nuevo ligeramente hacia la izquierda, tras lo cual me topé con otro árbol circundado por una cadena cuya flecha me indicó que virara a la derecha.

Seguí navegando por aguas más profundas. Entonces, alcé la vista y contemplé una casa.

En aquel preciso momento la piragua chocó con un banco de arena. El impacto me desestabilizó, pero conseguí recobrar el equilibrio. Unas zarzamoras silvestres se inclinaban sobre la proa de la embarcación, como si sus ramas quisieran arañarme, pero las corté con el cuchillo de cocina y las aparté con las manos enfundadas en los guantes.

La situación no era desesperada. A todo esto comprobé que mi primera impresión visual había sido acertada. Frente a mí se alzaba una casa de grandes dimensiones, una casa de madera de ciprés curtida a la intemperie construida sobre unos pilotes. Supuse que había traspasado los límites de nuestra propiedad y topado con la vivienda de otra persona.

Por tanto decidí aproximarme con cautela. Después de abrirme paso entre más zarzas y amarrar la piragua en la ribera, me volví y comprobé que me encontraba en un bosque de imponentes palmitos y jóvenes y enclenques eucaliptos fantasmagóricos que crecían bajo las crueles ramas de los gigantescos cipreses que me rodeaban por completo.

Me detuve, de nuevo mareado, y de pronto oí un zumbido de abejas. Me limpié la cara, pero tenía los guantes sucios y probablemente me la ensucié más, y aunque llevaba un pañuelo de hilo en el bolsillo, y un puñado de pañuelos de papel, no era el momento de entretenerme con esos detalles.

Seguí avanzando, tentando el suelo para cerciorarme de que era sólido, cuando me di cuenta de que subía por una pendiente que conducía a un montículo. Por fin vi un claro ante mí, un claro de grandes dimensiones rodeado por unos cipreses inmensos; daba la impresión

de que los árboles habían invadido el claro y creado una isla con sus gigantescas y odiosas raíces.

La casa se alzaba en medio de aquel claro, a unos dos metros y medio sobre el suelo, sostenida por troncos a modo de pilotes. Consistía en una estructura aparentemente circular de dos plantas circundadas de arcos unidos en una sucesión de tamaños de mayor a menor, como una tarta nupcial, impresión que quedaba reforzada por la cúpula que coronaba el edificio.

Una recia escalera de madera iba desde el suelo hasta la puerta principal, sobre la cual colgaba un letrero rectangular cuyas letras grabadas eran claramente legibles: «Propiedad de Manfred Blackwood. Prohibida la entrada.»

No recuerdo haber experimentado nunca una sensación tan triunfal como en aquellos momentos. Aquélla era mi casa, aquélla era mi isla; había descubierto lo que tan sólo era una leyenda para otras personas, y me pertenecía. Había confirmado la historia de Manfred. Lo que William jamás había contemplado, lo que Gravier jamás había contemplado, lo que Pops jamás había contemplado. Yo estaba allí.

Contemplé el edificio en un delirio febril, prácticamente incapaz de razonar, sin recordar siquiera el ruego que me había hecho Rebeca ni el persistente dolor que acababa de oír en mi mente.

El zumbido de las abejas, el murmullo de la brisa al agitar las gigantescas hojas de los palmitos y el suave sonido de la grava bajo mis pies me envolvían, me sostenían y ejercían sobre mí una indecible fascinación, como si hubiera penetrado en el paraíso de la fe de otra persona.

Asimismo era vagamente consciente, involuntariamente consciente, de que aunque los vetustos árboles hubieran creado el claro, éste no habría podido mantenerse de forma natural. El pantano lo habría engullido hacía tiempo. De hecho las zarzamoras lo estaban devorando, y las pérfidas y arrogantes glicinas pretendían apropiarse de él, extendiéndose sobre la maleza que proliferaba a la derecha y detrás de la casa y reptando sobre el elevado tejado de dos plantas.

Pero allí vivía alguien. Probablemente. O quizá no. La perspectiva de que se hubieran colado unos intrusos o unos ocupas me sulfuró. Lamenté no haber traído una pistola. Tendría que haberlo hecho. Quizá lo hiciera la próxima vez. Todo dependía de lo que hallara en la casa.

En éstas vi otra estructura, una gran mole situada detrás de la casa, la mitad de la cual quedaba oculta por las glicinas. El sol se reflejaba en la superficie del resto de la estructura, iluminándola entre los esbeltos troncos de los jóvenes árboles y deslumbrándome.

Me acerqué en primer lugar a esa estructura, pasando frente a la casa y resistiendo la tentación de entrar, pues estaba empeñado en descubrir qué era aquella mole.

Pensé que sería una tumba. Era tan alta como yo, de planta rectangular y al parecer de granito, a excepción de los paneles instalados tanto en la parte delantera como en la posterior y a ambos lados, que eran de un metal que parecía oro.

Aparté como pude la maraña de glicinas.

Había unas figuras grabadas en los paneles de metal, figuras griegas que formaban lo que parecía un cortejo fúnebre, que se prolongaba de un panel a otro alrededor de la estructura sin puerta delantera ni trasera.

Calculo que la rodeé una decena de veces, deslizando las manos sobre las figuras, tocando los perfiles y pliegues de la ropa exquisitamente esculpidos, hasta que caí en la cuenta de que eran más romanas que griegas. Llegué a esta conclusión porque los personajes no eran tan idealizados como los griegos, sino figuras esbeltas que representaban a individuos de diversos grupos. Se me ocurrió que quizá fueran de estilo prerrafaelita, pero no estaba seguro.

Tan sólo diré que los personajes eran clásicos y el cortejo interminable, y aunque algunas de las figuras parecían llorar y otras mesarse el cabello, no había ningún cadáver ni ataúd.

Después de examinar la estructura detenidamente traté de abrirla. Pero no lo conseguí. Los paneles de oro -ya no me cabía duda de que eran de oro-estaban firmemente empotrados en los pilares de granito que constituían las cuatro esquinas de la construcción, y el tejado de granito, acabado en pico como muchas de las tumbas en Nueva Orleans, estaba sólidamente asentado.

Para asegurarme de que los paneles eran de oro había rascado con la punta del cuchillo de caza uno de los paneles y comprobado que no se trataba de un baño. Era todo oro, blando. Sí, puro oro. En grandes cantidades.

Estaba desconcertado. Se trataba de una estructura imponente, bellísima, literalmente monumental. Pero, ¿en honor de quién había sido erigida? ¡No sería la tumba de Rebeca!

No podía haber sido otro que Manfred el Loco quien la había mandado construir. Encajaba con la imagen byroniana del constructor de Blackwood Manor, con sus caprichos, con sus sueños de grandeza. Sólo a él se le hubiese ocurrido erigir allí una tumba de oro. Pero, ¿era posible que fuera el mausoleo de Manfred el Loco? ¿Cómo era posible que lo hubieran enterrado en ese lugar?

Las preguntas se agolpaban en mi mente.

Manfred el Loco tenía más de ochenta años cuando redactó su testamento. Yo mismo había visto el documento fechado. Y cuando se escapó de su habitación estando enfermo para ir a la isla en piragua ya había cumplido los ochenta y cuatro.

¿Quién o qué le aguardaba en la isla? Aquella tumba, suponiendo que lo fuera, carecía de nombre, fecha o inscripción. Era increíble que alguien construyera un mausoleo de oro macizo sin grabar en él alguna inscripción.

Decidí esperar un poco antes de entrar en la casa. Me paseé por la isla. No era muy grande. Pero la mitad de sus riberas estaba bloqueada por los cipreses más gigantescos que he visto en mi vida. Las nisáceas acuáticas y selváticas crecían apretadamente en los lugares en que recibían luz, formando una barrera insalvable y, a la derecha de donde había desembarcado, se alzaba una densa arboleda de robles acuáticos, palos de hierro y la glicina que he descrito.

Era evidente que sólo había un pequeño lugar donde desembarcar, y yo había dado con él por pura casualidad. A menos que me hubiera guiado algún poder sobrenatural.

Reinaba un silencio absoluto, roto únicamente por el zumbido de las abejas y un continuo y pulsante murmullo que parecía provenir del mismo pantano.

Llamé a Goblin pero no me respondió. Entonces pasó rozándome, sentí su caricia suave como la de un gato en el cuello, y oí su voz en mi mente: Esto es malo, Quinn. Vete a casa. En casa están preocupados por ti.

Estaba convencido de que era verdad, pero no tenía intención de responder.

Le pregunté a Goblin qué lugar era aquél y por qué era malo, pero Goblin no contestó y, al cabo de unos momentos volvió a decir que me fuera a casa. Dijo: Tía Queen ha regresado a casa.

Ese comentario me intrigó mucho. Goblin no solía indicarme el paradero de los demás. Pero yo no quería regresar todavía.

Me senté en la escalera. Era sólida, lo cual no me sorprendió puesto que era de madera de ciprés; toda la casa estaba construida con madera de ciprés, que no se pudre nunca.

«¿Estás aquí, Rebeca?», pregunté en voz alta. Volví a sentirme marcado, y aunque en la piragua me había asustado la posibilidad de caer al agua, ahora me sumí profundamente en esa sensación, cerré los ojos, me tumbé boca arriba, contemplé la fragmentada luz que se filtraba a través de las hojas.

Sentí una oleada de voces que conversaban, susurros, blasfemias, a una mujer llorando de nuevo, Rebeca exclamando no puedes atormentarme así, un hombre farfullando maldita sea y otra persona riendo. ¿Qué esperabas de mí?, preguntó una voz. Pero la desigual y agitada conversación se interrumpió sin más y se alejó de mí, dejándome con una sensación de náusea.

Sentí odio por la voz que había hablado, la voz que había preguntado qué esperaba de ella. Era un odio lógico.

Me levanté y respiré hondo. Tenía ganas de vomitar. El maldito calor me había provocado náuseas. Además, los mosquitos no dejaban de picarme, lo cual aumentaba mi malestar.

Estaba acostumbrado a permanecer en casa los días que hacía un calor sofocante y ahora no lo soportaba.

Esperé a que se me pasara el mareo, subí la escalera, empujé la puerta, que estaba abierta, y entré.

«Malditos ocupas», pensé, y al observar que la puerta tenía un gran rectángulo de cristal emplomado y que estaba limpio, me indigné. Pero al mismo tiempo tuve la sensación de que no había nadie en la casa más que yo.

En cuanto a la habitación, era completamente circular y las ventanas en arco que la rodeaban no tenían cortinas ni visillos. Una escalera situada en el lado izquierdo conducía al piso superior, y a la derecha había una chimenea de hierro muy oxidada, rectangular, con el tubo muy alto y una puerta también de hierro abierta. Estaba llena a rebosar de troncos medio quemados y cenizas. Las cenizas se habían dispersado por el suelo.

En el centro de la habitación vi algo sorprendente: un gran escritorio de mármol con patas de hierro y una silla de cuero y oro de estilo romano, lo que la gente llama hoy en día una silla de director. Se trata de un estilo tan antiguo como Roma.

Como es lógico me acerqué de inmediato a esos maravillosos muebles y vi plumas modernas en un bote de oro macizo, un amasijo de velas largas y gruesas que se habían derretido sobre un plato de oro y un montón de libros de bolsillo.

Extendí los libros sobre la mesa y examiné sus portadas. Había desde lo que denominamos arrogantemente novelas populares hasta libros sobre antropología, sociología y filosofía moderna. Camus, Sartre, Sade, Kafka. También un atlas, un diccionario y varios diccionarios ilustrados para niños, además de un libro de bolsillo sobre la historia de la antigua Sumeria.

Comprobé las fechas de edición de algunos libros y el precio. Eran recientes, aunque la mayoría estaban hinchados y reblandecidos por la humedad del pantano.

Las mechas de las velas estaban ennegrecidas y el charquito de cera que las rodeaba en el plato de oro indicaba que se habían consumido lentamente.

Estaba perplejo e intrigado. De modo que tenía un ocupa que iba allí a leer. Un ocupa que encendía la chimenea para entrar en calor. La silla dorada era una maravilla, con su mullido asiento y el respaldo de cuero, las patas cruzadas y los brazos exquisitamente tallados. Una pequeña prueba con mi cuchillo me confirmó que el sencillo armazón era de oro puro. Al igual que el plato y el bote de las plumas.

«Al igual que el mausoleo que hay fuera -murmuré para mí. (Siempre hablo conmigo mismo en voz alta cuando estoy confundido.)-. Tengo un ocupa al que le gusta el oro.» Y además estaban el escritorio de mármol oscuro y el sencillo armazón de hierro que sostenía el peso del mármol. ¡Un ocupa con buen gusto y aficiones intelectuales! Pero, ¿cómo había llegado él o ella allí, y qué tenía eso que ver con los mareos que había padecido toda la mañana? ¿Qué tenía que ver con nada salvo con el hecho de que el ocupa se hubiese instalado allí?

Me detuve frente a las ventanas abiertas y miré a mi alrededor. Vi manchas de lluvia en el suelo. Contemplé las plantas iluminadas por la moteada luz del sol. Me sentí de nuevo mareado y traté de ahuyentar un mosquito que no cesaba de atormentarme.

El hecho de que el tipo tuviera buen gusto no implicaba que no estuviera arriba esperando para matarme, me dije.

Acto seguido me acerqué a la escalera y grité: «¿Hay alguien en casa?»

Arriba no se oía nada. No me cabía duda de que la casa estaba desierta. De haber estado presente el misterioso lector los libros no hubiesen estado tan hinchados.

No obstante, volví a gritar: «¡Hola, me llamo Tarquin Blackwood!» Y subí la escalera despacio y aguzando el oído para percibir algún ruido procedente del piso superior.

El segundo piso era mucho más pequeño que la planta baja, pero construido con las mismas recias tablas, y la luz no sólo entraba por las desnudas ventanas en arco sino a través de la cúpula del tejado.

Apenas reparé en esos detalles, sin embargo. Porque la habitación se diferenciaba radicalmente de la inferior por el espectáculo espantoso y repugnante que ofrecía.

Había unas cadenas oxidadas sujetas a la pared, frente a la chimenea, cuyo único y evidente propósito era encadenar a un ser humano. Junto a las cadenas había unas esposas y unos grilletes y, debajo de estos testigos mudos de alguna atroz abominación, una sustancia oscura, espesa y viscosa y los restos de una calavera humana.

Sentí unas violentas náuseas. Estuve a punto de vomitar, pero me contuve. Contemplé aquella sustancia negra, semejante al alquitrán, y la calavera blanquecina. Luego vi un polvo blancuzco, al parecer lo que quedaba de otros huesos. También vi, en aquel horripilante amasijo, restos de trapos putrefactos y algo que brillaba adherido al oscuro y viscoso alquitrán.

Sentí una rabia fría y pertinaz. Allí había ocurrido algo indescriptible. Y el responsable no se hallaba en la casa, no iba por allí desde hacía varios meses, pero podía regresar en cualquier momento.

Me acerqué a la sustancia semejante al alquitrán. Me arrodillé y recogí el objeto reluciente. Comprobé sin sorpresa que era uno de los pendientes que lucía Rebeca cuando vino a verme. Al cabo de unos segundos mis temblorosos dedos hallaron la pareja. Y entonces vi, en medio de aquella repugnante sustancia, el camafeo que llevaba Rebeca al cuello. También lo recogí.

El descubrimiento me produjo una tremenda excitación, que no me impidió ver sin embargo que de la pared colgaba una quinta cadena, independiente de las utilizadas para sujetar muñecas y tobillos, de cuyo extremo pendía un gancho. Este gancho estaba adherido a la oscura sustancia que contenía restos de tejido y cabellos.

Lo que más me horrorizó fue esa quinta cadena.

Sentí un escalofrío. La cabeza empezó a darme vueltas, perdí el equilibrio y tuve de nuevo la sensación de que Rebeca me estaba hablando, de que estaba murmurando, llorando. De pronto alzó la voz y en el pulsante silencio de la casa oí con toda claridad: ¡No puedes hacer eso!

«Rebeca no», musité. Pero sabía que ella había muerto allí, sabía que sus huesos se habían podrido a lo largo de un siglo, que en estos momentos, ante mis ojos, los bichos del pantano estaban devorando sus restos -los vi corretear por la repugnante sustancia-y que pronto no quedaría nada de ella.

Ella me había enviado allí. Tenía derecho a tocar la calavera y, al hacerlo, se desintegró ante mis ojos. Quedó reducida a un montón de polvo blanco junto con el resto de los huesos. ¡No tendría que haberla tocado! Pero era demasiado tarde.

De pronto reaccioné. Me levanté y guardé los pendientes y el broche en el bolsillo. Saqué el cuchillo de caza, porque el de cocina seguía en la piragua, y me volví hacia la escalera. No había entrado nadie, eso era evidente, pero podía aparecer alguien en el momento más impensado.

¿Quién era la persona, o el hombre, capaz de sentarse ante un escritorio y leer a la luz de unas velas con ese horrendo espectáculo en el piso superior?

En aquella casa se habían practicado torturas, y todo indicaba que mi retatarabuelo Manfred había traído allí a sus víctimas, y que Rebeca había muerto allí.

¿Quién sabía estas cosas y no había dicho una palabra al respecto? ¿Quién había traído un elegante escritorio de mármol y una silla dorada? ¿Quién estaba enterrado en ese mausoleo desprovisto de puertas? Todo el cuadro me parecía increíble. Temblaba de excitación. Pero tenía que comprobar ciertos detalles.

Librodot

Me acerqué a las ventanas y constaté con asombro que desde ellas se veía todo el pantano. A lo lejos distinguí con toda claridad Blackwood Manor alzándose sobre el césped, que describía una leve pendiente.

Quienquiera que viviera en esa casa, quienquiera que la visitara podía espiar Blackwood Manor si lo deseaba; podía ver entre otras cosas mis ventanas y las de la cocina. Si disponía de un telescopio o unos prismáticos, que yo no había encontrado, podía observar todos nuestros movimientos.

Era impresionante ver la casa con tanta claridad, pero aproveché la circunstancia para consultar la brújula. Era preciso que regresara cuanto antes.

Las voces amenazaban con dejarme de nuevo fuera de combate.

Me mareé. Perdí el equilibrio. Los gritos agudos de las aves se mezclaban con la voz de Rebeca. Estaba a punto de desmayarme. Pero tenía que dominarme.

Bajé la escalera, atravesé la estancia grande y exploré cada palmo de la zona de la isla en la que conseguí adentrarme. Sí, los cipreses la habían creado y afianzado, y crecían tan profusamente en el oeste y el norte que la ocultaban. Sólo la ribera oriental, en la que yo había desembarcado, era accesible.

En cuanto a la estructura de granito y oro, no descubrí ningún otro pormenor, salvo que cuando corté las ramas de las glicinas vi que las figuras esculpidas eran allí tan maravillosas como en el resto del mausoleo. Calculé que el valor del oro era impresionante, pero nadie lo había robado; al parecer, nadie lo había intentado nunca.

El calor era tan sofocante, yo estaba tan empapado de sudor, tan asediado por los mosquitos y abrumado por los melancólicos gritos de las solitarias aves y la forma en que se mezclaban con las voces que oía vagamente, que decidí largarme de allí. Tenía que regresar sano y salvo.

Embarqué en la piragua, empuñé la pértiga y puse rumbo a casa.

12

Jasmine me esperaba en el embarcadero, frenética porque no había dicho a nadie adónde iba y estaba muy preocupada. Incluso Patsy me esperaba en casa, inquieta porque había soñado que corría peligro y había venido en coche desde Nueva Orleans para cerciorarse de que no me hubiese ocurrido nada.

-Ha llegado tía Queen, ¿no? -pregunté impaciente mientras iba hacia la cocina con Jasmine-. En cuanto a que Patsy haya venido desde Nueva Orleans, probablemente lo ha hecho porque necesita dinero y esta noche asistiremos a la gran pelea. Pero no tengo tiempo para preocuparme de esas cosas. Tengo que contarte lo que he visto. Debemos avisar enseguida al sheriff.

-¿Al sheriff? ¿Por qué? -inquirió Jasmine-. Sí, tu tía Queen está aquí desde hace aproximadamente una hora. Nadie sabía dónde te habías metido, la piragua había desaparecido... -Jasmine siguió dándome la tabarra durante tres minutos.

Tan pronto como calló apareció tía Queen. Me abrazó pese a que me había puesto perdido en el pantano. Como de costumbre, iba muy elegante, con su pelo blanco y rizado perfectamente peinado y un vestido de seda verde pálido. Tía Queen siempre lleva prendas de seda, y no imagino abrazarla sin pensar en seda.

Patsy entró en la cocina y ocupó una silla frente a mí cuando me senté a la mesa. Tía Queen se sentó a mi derecha y, después de servirme una cerveza, Jasmine lo hizo a mi izquierda.

Me quité los guantes de jardinería, que estaban sucios, y apuré la mitad de la cerveza de un trago. Jasmine meneó la cabeza con desaprobación pero se levantó para servirme otra.

-¿Qué es eso de que hay que avisar al sheriff? -preguntó tía Queen-. ¿Por qué quieres que venga?

Dejé los pendientes y el broche sobre la mesa y les conté cuanto había visto. Les dije que la calavera se había desintegrado en mis manos, pero que el sheriff podía obtener el ADN del polvo blanco que quedaba de ésta para confirmar que pertenecía a Rebeca, y que podía utilizar los cabellos del cepillo de Rebeca, que estaba en su baúl, en el desván, para cotejar los resultados del ADN.

Tía Queen miró a Jasmine y ésta meneó la cabeza.

-¿Crees que el sheriff de la parroquia de Ruby River va a molestarse en analizar un montón de polvo blanco para obtener el ADN? -preguntó Jasmine-. ¿Vas a contarle esta disparatada historia al sheriff de la parroquia de Ruby River? ¿Tú, Tarquin Blackwood, compañero inseparable de Goblin, tu doble espectral? ¿Vas a pedir al sheriff que venga? No quiero estar en esta cocina cuando tenga lugar esa conversación.

-Escúchame -insistí-. Esa mujer fue asesinada. El asesinato no prescribe y...

Cuando tía Queen habló, lo hizo en tono suave y razonable. -Quinn, cariño, no creo que el sheriff se crea esa historia. Nadie va a creérsela.

- Vale -repliqué-. De modo que nadie va a creérsela. -No es que yo no me la crea -dijo tía Queen-, sino que no creo que el resto de la gente se la crea.

- Eso es -terció Patsy-. La gente pensará que estás chiflado, Tarquin, suponiendo que no haya llegado ya a esa conclusión después de oírte hablar sobre ese condenado fantasma. Cuanto más insistas en eso, Tarquin, más te tomarán por loco.

De improviso, mientras yo me esforzaba denodadamente en convencerlas de que era preciso investigar y ellas me rogaban que no me pusiera en ridículo, apareció Pops y conté de nuevo toda la historia para ponerlo al corriente.

Pops se sentó en una esquina de la mesa y me escuchó con sus ojos inexpresivos, tras lo cual murmuró que estaba dispuesto a ir a esa isla conmigo si yo lo deseaba, y cuando respondí que sí, que eso era justamente lo que deseaba, me miró sorprendido.

A todo esto, Goblin había permanecido junto al fregadero escuchando la conversación y mirando a cada uno de los que estábamos sentados a la mesa a medida que tomábamos la palabra. Luego se acercó y empezó a tirarme del hombro derecho.

-Vete, Goblin -dije-, no tengo tiempo para hablar contigo. -Acto seguido hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para apartarlo de mi mente, y, para mi asombro, desapareció.

Patsy repitió lo que yo acababa de decir, imitando mi voz, burlándose de mí, y soltó una risotada grave y despectiva.

-Vete, Goblin -dijo-, y ahora nos vienes con el cuento de que viste allí una mesa de mármol y una silla de oro.

Yo repliqué que esos detalles eran lo de menos e insistí en ver al sheriff y contarle lo que había visto.

Pops me lo prohibió hasta que él me hubiera acompañado a la isla. Si esa mujer llevaba más de cien años pudriéndose allí, un par de días no influirían en el asunto.

-Pero allí vive alguien, Pops -protesté-. Una persona que sabe que en el piso superior hay unas cadenas y que seguramente ha visto la calavera. La situación es peligrosa.

Patsy rió burlona.

-Menos mal que tú te crees esa historia, Quinn, porque eres el único. Estás chiflado desde que naciste.

Tía Queen no la miró. Por primera vez en mi vida se me ocurrió que Patsy caía tan mal a tía Queen como a Pops.

-¿Qué fue lo que soñaste, Patsy? -pregunté, procurando que sus ofensas no me afectaran-. Jasmine me ha dicho que has venido a casa porque tuviste un sueño.

Librodot

-Hombre, no puede compararse con tu historia -contestó Patsy irónica y fríamente, sus azules ojos duros como el cristal-. Me desperté asustada temiendo que te hubiera ocurrido algo. Soñé que alguien quería lastimarte, que Blackwood Manor se había incendiado y que un grupo de gente quería hacerte daño. Virginia Lee apareció en el sueño y me dijo: «Sácalo de allí, Patsy.» La vi con toda nitidez. Estaba sentada bordando, ya sabes, esas labores suyas que aún conservamos, y apareció en el sueño, bordando, pero dejó a un lado su labor y me dijo eso. Ahora lo recuerdo vagamente. Pero Blackwood Manor se había incendiado. Me desperté asustada.

Miré a Pops y a Jasmine. Por la cara que ponían deduje que no habían dicho nada a Patsy sobre Rebeca ni el incidente de las lámparas de aceite. Miré a Goblin, que estaba en la esquina, a mi izquierda, y vi que miraba a Patsy con expresión pensativa y un tanto atemorizado.

En éstas tía Queen puso fin a la confabulación de la tropa de la cocina. Estaban a punto de llegar unos huéspedes y había que preparar la cena. Lolly y la Gran Ramona aguardaban a que dejáramos el campo libre, y tía Queen me dijo que quería hablar conmigo en su habitación. Propuso que cenáramos los dos allí, solos.

Nadie iba a llamar al sheriff hasta que Pops hubiera ido a la isla conmigo. Pops dijo que como no se sentía bien iría a acostarse. Hacía mucho calor y había estado trabajando en los macizos de flores bajo el sol, por lo que se sentía indispuesto.

Insistí en meter los pendientes y el broche en una bolsa de plástico para que pudieran analizar los restos de tejido adheridos a ellos, tras lo cual fui a mi habitación para darme una ducha, pues estaba famélico.

Eran aproximadamente las seis cuando me senté a cenar con tía Queen. Su habitación había sido redecorada en tafetán amarillo dorado y nos sentamos ante la mesita redonda, frente a las ventanas posteriores de la casa, donde ella solía comer y cenar.

Devoramos uno de nuestros platos favoritos: huevos revueltos con caviar y nata agria, acompañados por el champán favorito de tía Queen.

Lucía unos zapatos plateados de tacón de aguja y un vaporoso vestido de seda y encaje, con un camafeo prendido en el escote, perfectamente centrado en el cuello -supuse que la habría ayudado Jasmine a ponérselo-. Sobre la mesa reposaban los pendientes y el camafeo que yo había traído de la isla.

El broche era de Rebeca junto al pozo, los pendientes unas cabezas diminutas, como suelen ser los camafeos pequeños.

Empecé hablando sobre el baúl de Rebeca en el. desván, luego me referí a la aparición del fantasma de Rebeca y a lo que había ocurrido y, por último, le conté de nuevo lo que había visto en la isla, lo extraño que era aquel lugar y que en el segundo piso de la casa había encontrado pruebas evidentes de asesinato.

-De acuerdo -dijo tía Queen-. Has oído muchas historias sobre Manfred y, como sabes, cuando Virginia Lee murió y le dejó viudo todo el mundo le tomaba por loco.

Asentí con la cabeza y le pedí que continuara. De paso tomé nota de que Goblin estaba detrás de tía Queen, a cierta distancia de ella, observándome con expresión abstraída, apoyado en la pared en una postura informal. Me llamó la atención que pareciera tan re aunque mis pensamientos no estaban centrados en Goblin sino en Rebeca y tía Queen.

Tía Queen prosiguió con su relato.

-Pero lo que no sabes -dijo-, es que Manfred traía mujeres a Blackwood Manor, alegando que las había contratado como institutrices para William y Camille, cuando en realidad no eran más que unos juguetes para él, unas jóvenes e ingenuas irlandesas que sacaba de Storyville, el barrio prohibido de Nueva Orleans, a las que mantenía mientras le convenía, tras lo cual desaparecían de la faz de la Tierra.

-¡Santo cielo! ¿Insinúas que Manfred mató a más de una de esas mujeres? -pregunté.

-Yo no sé nada de eso -contestó tía Queen. Luego continuó-: Es tu historia sobre la isla lo que me hace pensar que quizá las asesinara. Pero nadie supo nunca lo que fue de esas

chicas, y en aquella época era muy fácil desembarazarse de una joven irlandesa pobre. Bastaba con abandonarla en el centro de Nueva Orleans. No era preciso hacer otra cosa.

-Pero, ¿y Rebeca? ¿Has oído hablar de ella?

-Desde luego -contestó tía Queen-. Ya lo sabes. He oído muchas cosas sobre ella. Que ahora te contaré. Pero deja que continúe con mi relato. Algunas de esas chicas irlandesas se comportaban amablemente con William y Camille, pero la mayoría no se ocupaba en absoluto de ellos, de modo que no recordamos sus nombres ni sus rostros, ni siquiera de esos misteriosos baúles que hay en el desván, aunque podrían ser una pista importante.

-No había otros baúles sospechosos en el desván -aclaré-. Vi allí montones de ropa antigua, prendas por las que un museo pagaría una fortuna. Pero sólo examiné el baúl de Rebeca.

-Para un poco y déjame hablar -dijo tía Queen con un simpático deje de exasperación-. Estás muy excitado, Quinn, lo cual me encanta -dijo sonriendo-, pero déjame hablar. -Y siguió hablando-. Durante esa época -dijo-, Manfred empezó a hacer de las suyas, montando su corcel negro por la propiedad y desapareciendo semanas enteras en el pantano.

»Entonces apareció Rebeca. No sólo era más hermosa que las otras mujeres sino muy distinguida, y con sus refinados modales conseguía hacerse pasar por una dama y conquistar a todo el mundo.

»Pero una noche en que Manfred estaba en el pantano, Rebeca comenzó a maldecirlo por sus ausencias. Se emborrachó con brandy en la cocina, con Ora Lee, que era la retatarabuela de Jasmine, y le contó que había nacido en el Irish Channel, en Nueva Orleans, de una familia "de baja estofa", según dijo, en una cloaca. Tenía doce hermanos y la habían violado en una mansión del barrio irlandés en la que había trabajado de sirvienta. Todo el barrio lo sabía, y cuando su familia quiso que ingresara en un convento debido a ese episodio, se trasladó a Storyville y se puso a trabajar en un burdel tal como ambicionaba. Ahora bien, Rebeca se había quedado embarazada a consecuencia de la violación, pero nadie sabe si perdió el niño o tuvo un aborto.

»Confesó a Ora Lee sin rodeos que era mucho mejor trabajar en un elegante y refinado burdel en Storyville, en el que siempre había alguien que tocaba el piano y donde los caballeros trataban muy bien a las chicas, que vivir en una mísera chabola en St. Thomas y Washington, junto al río, donde su padre irlandés y su abuela alemana los azotaban a ella y a sus hermanos y hermanas con una correa.

»Pero Rebeca no quería concluir su brillante carrera en Storyville, de modo que empezó a darse aires de dama y a utilizar los modales que había adquirido para pasar por una joven refinada. Le encantaba bordar y hacer ganchillo, unas labores que le habían sido inculcadas a golpes en su casa, y utilizaba su habilidad para confeccionarse elegantes vestidos.

-Un momento -interrumpí-. ¿No dijo Patsy algo sobre bordados en su sueño, que Virginia Lee estaba bordando? Es un dato importante. Deberías ver los bordados que hay en ese baúl de arriba. Sí, Rebeca sabía bordar, Patsy las confunde a las dos en su sueño, y ya sabes lo de las lámparas de aceite y el desastre que estuve a punto de cometer.

-Por supuesto que lo sé -respondió tía Queen-. ¿Por qué crees que regresé a casa? Pero es preciso que conozcas la historia para defenderte contra ese simpático fantasma. De modo que presta atención.

»Manfred Blackwood era el hombre con el que Rebeca había soñado, y en la familia de Jasmine todos sabían que Manfred había amado a Rebeca tanto como a Virginia Lee. Lo cierto es que fue Rebeca, la pizpireta Rebeca de radiante sonrisa y modales encantadores, quien logró disipar la depresión en la que había caído Manfred.

»Manfred estaba obsesionado con regalar joyas a Rebeca, a la cual le encantaban. Era dulce y amable con Manfred, e incluso le cantaba canciones antiguas que había aprendido de niña.

Librodot

»Lógicamente, durante las primeras semanas que Rebeca pasó en esta casa se deshizo en mimos y halagos con William y Camille, pero los niños no se dejaron engañar, según dicen todos, y suponían que acabaría desapareciendo como las demás.

»Al cabo de un tiempo Manfred y Rebeca emprendieron una gira de un año por Europa, los dos solos, y según se rumoreaba pasaron una larga temporada en Nápoles porque a Rebeca le encantó, e incluso alquilaron una villa en la célebre costa amalfitana. Si conocieras esa costa, lo cual harás algún día, comprenderías que es uno de los lugares más hermosos de la Tierra.

»Imagina a esa pobre chica del Irish Channel en esa región de ensueño del sur de Italia, imagina lo que supuso para ella. Fue allí donde Rebeca cultivó su pasión por los camafeos, de los que por lo visto poseía una buena colección cuando regresó, y fue entonces cuando se los mostró a Ora Lee y a Jerome, y a Pepper, la sobrina de éstos, y les explicó lo de Rebeca junto al pozo, un motivo que, según afirmó, debía su nombre a ella. ¡Pobre desgraciada! A partir de entonces siempre lucía un camafeo prendido en el pecho y unos pendientes como los que encontraste en la isla.

»Pues bien, a propósito de esa isla, poco después de que regresaran de Nápoles Manfred empezó a pasar más tiempo del habitual en el pantano. Y al cabo de unos meses aparecieron los operarios de Nueva Orleans y las partidas de madera y metal y demás materiales para construir el famoso santuario en Sugar Devil Island, ese lugar que has podido contemplar con tus propios ojos.

»Pero, como sabes, una vez finalizadas las obras y tras haber pagado y despedido a los operarios, Manfred adquirió la costumbre de pasar varias semanas seguidas en el santuario, dejando a Rebeca en casa, sola y triste, caminando desesperada arriba y abajo por la habitación, mientras mi pobre padre, William, observaba el cambio que se operaba en ella, que de una atractiva joven pasó a convertirse en una arpía, según me explicó mi padre posteriormente.

»Entretanto, los habitantes de la parroquia comentaban escandalizados que Manfred había instalado a Rebeca en su dormitorio, que luego fue el tuyo, Quinn, la habitación con el saloncito delantero contiguo; pasó a ser tu habitación en cuanto naciste. Como sabes, Pops quiso instalarse de nuevo en la habitación del piso superior para contemplar la vista desde las ventanas posteriores y vigilar el cobertizo, los garajes, a los trabajadores y a los coches. De modo que tú heredaste la habitación delantera.

»Pero me he desviado del tema que nos ocupa, lo cual probablemente ocurrirá más de una vez. Dejamos a Rebeca, con un camafeo prendido en el pecho, elegantemente vestida, paseándose arriba y abajo por la habitación, llorando a lágrima viva y murmurando que quería que volviera Manfred, que en ocasiones se ausentaba durante dos semanas.

»Manfred, feliz en su nuevo refugio, solía llevarse a la isla costosos víveres, aunque en ocasiones comía lo que cazaba.

»Ahora bien, Rebeca no pudo elegir peor momento, pero el caso es que quería que Manfred se casara con ella, que la convirtiera en una mujer honesta, como solían decir en aquella época; contó a todo el mundo que Manfred estaba dispuesto a casarse con ella. Incluso hizo venir aquí al sacerdote para hablar con él del asunto, de cómo quería que organizara la boda, asegurándole que, a pesar de su pasado, sería una buena esposa para Manfred.

»Pero en aquellos tiempos, Quinn, ¿qué hombre hubiera esta do dispuesto a casarse con una prostituta de Storyville con la que había convivido durante dos años? Rebeca cometió un tremendo error al hacer venir al sacerdote, porque Manfred se sintió avergonzado y se enfureció. Empezó a correr el rumor de que había propinado a Rebeca una soberana paliza por haberlo hecho, y que Ora Lee había tenido que intervenir para que dejara de golpearla.

»El caso es que ambos hicieron las paces y Manfred continuó yendo al pantano. A partir de entonces, cuando regresaba de esas excursiones solía traer obsequios no sólo para Rebeca, a quien regalaba unos camafeos maravillosos, sino perlas y brillantes para Camille e incluso elegantes agujas de corbata y gemelos de brillantes para William.

-De modo que se encontraba con alguien en el pantano -dije-. Por fuerza. Sino, ¿cómo se explica que volviera a casa con regalos?

-Precisamente, iba a encontrarse con alguien. Y sus ausencias se hicieron más largas. En casa llevaba una vida recluida y, cuando se ausentaba, William (mi padre) y Camille sufrían malos tratos por parte de Rebeca, que los odiaba por ser quienes eran, por pertenecer a una familia a la que ella no pertenecía legalmente.

»Imagina a esos pobres niños, ya adolescentes, a merced de esa madrastra joven, a solas en la casa con la única compañía de los sirvientes de color, los devotos y cariñosos Jerome, Ora Lee y Pepper, su sobrina, que trataban de mediar entre Rebeca y ellos.

»Rebeca registraba sus habitaciones cada vez que se le antojaba, y un día se produjo aquel famoso incidente. Rebeca encontró las poesías de Camille en un libro encuadernado en cuero y recitó los poemas a la hora de la cena para burlarse de la pobre. La hirió tan profundamente que Camille le arrojó un plato de sopa caliente en la cara.

-El libro de Camille lo tengo yo -dije a tía Queen-. Lo encontré en el baúl de Rebeca. Pero, ¿cómo es que no lo encontró nadie cuando guardaron la ropa y los objetos en el baúl? ¿Qué hacían los camafeos en el cofre? Ya sé que lo metieron todo dentro de cualquier manera, pero...

-Porque esa mujer desapareció en unas circunstancias violentas y fue Manfred quien recogió sus cosas y las metió en el baúl.

Por otra parte, ese viejo loco estaba ausente cuando ocurrió el episodio del libro de poemas, ¿y quién sabe cuánto sabía? Es evidente que no vio el libro, ni le importaba un comino, y no se molestó en guardar los camafeos que encontraste en el baúl, aunque se quedó con cinco de ellos, como enseguida te relataré.

-¿Cómo desapareció Rebeca? ¿A qué circunstancias violentas te refieres?

-Rebeca trató de prender fuego a esta casa.

-Ya.

-Con las lámparas de aceite. Yo contuve el aliento.

-¡Por eso me creyeron todos! -exclamé-. Jasmine, Lolly y Pops. Conocían la fechoría que había cometido Rebeca tiempo atrás.

Tía Queen asintió con la cabeza.

-Rebeca colocó las lámparas sobre las repisas de las ventanas de las habitaciones delanteras. Consiguió que se incendiaran las cuatro habitaciones cuando Ora Lee y Jerome la pillaron. Jerome la abofeteó y gritó a los peones que acudieran para sofocar el fuego. Como puedes imaginar, Jerome se expuso mucho, pues en aquellos tiempos ningún negro se hubiese atrevido a abofetear a una mujer blanca. Pero Rebeca estaba loca y pretendía quemar la casa.

»Se rumoreaba que Jerome la había golpeado y la había dejado sin sentido. Y que Rebeca casi había conseguido su disparatado propósito, pues el fuego ya ardía violentamente cuando lograron sofocarlo y las reparaciones costaron una fortuna.

»Imagina el peligro que representaba un fuego en aquella época, Quinn. En aquel entonces no disponíamos de bombas de agua en las orillas del pantano, ni teníamos en casa agua corriente procedente de la ciudad. Esta casa pudo haber ardido como una tea. Pero no fue así. Blackwood Manor se salvó.

»Como es lógico, Jerome encerró a Rebeca en la habitación sin velas ni lámparas hasta que Manfred regresó del pantano.

»Imagina la tensión, Quinn, cuando Jerome, un negro, asumió esa responsabilidad, y Rebeca encerrada a oscuras, llamándole negro asqueroso y amenazándole con hacer que le lincharan y demás barbaridades a través de la puerta. En aquellos tiempos se daban los linchamientos. No en estos parajes, pero sé que se daban.

»Los irlandeses nunca sintieron simpatía por los negros, te lo aseguro, Quinn, y las amenazas que profirió Rebeca de hacer que sus parientes vinieran de Nueva Orleans bastaban para aterrorizar a Jerome, a Ora Lee, a Pepper y a toda su parentela.

Librodot

»Pero no podían dejarla salir de la habitación, y no lo hicieron, de modo que Rebeca siguió encerrada a oscuras gritando como una posesa.

»Por fin regresó Manfred, y cuando vio los daños causados por el fuego y las reparaciones que tendría que hacer, cuando cayó en la cuenta de que había estado a punto de quedarse sin casa, perdió los estribos.

»Agarró a Rebeca, obligándola a levantarse de la cama en la que había estado tendida gimiendo y llorando, y la golpeó con las palmas de las manos y los puños. La abofeteó repetidamente y le propinó numerosos puñetazos hasta que Jerome y Ora Lee le gritaron que parara.

»Jerome no tenía fuerza suficiente para sujetar a Manfred, y no se atrevió a pegarle, pero Ora Lee detuvo la pelea poniéndose a gritar a voz en cuello hasta que todos los criados blancos entraron apresuradamente en la casa y subieron a la habitación.

»Rebeca, que era sin duda uno de los seres humanos más insensatos que jamás haya existido, se puso a bramar que Manfred le había prometido casarse con ella, que o se convertía en su esposa o moriría en esta casa, que jamás se marcharía. Los parientes de Jasmine la sujetaban al tiempo que suplicaban a Manfred que dejara de golpearla.

»Furioso, Manfred mandó que le trajeran el baúl de Rebeca y él mismo arrojó dentro todas sus pertenencias, sin orden ni concierto, tras lo cual ordenó a los peones que la condujeran hasta los límites de la propiedad y la expulsaran con sus cosas. Manfred arrojó a Rebeca un puñado de billetes, que le cayeron encima mientras permanecía tendida en el suelo.

»Pero la malvada e insensata joven se levantó y se precipitó hacia él gritando: "¡Te amo, Manfred, no puedo vivir sin ti, no quiero vivir sin ti. Acuérdate de Nápoles, Manfred, soy tu Rebeca junto al pozo que ha venido para convertirse en tu esposa. Mira el camafeo que llevo prendido en el pecho, Manfred, he venido al pozo para ser tu esposa!"

»Entonces Manfred la arrastró escaleras abajo, la sacó de la casa, la llevó a rastras por el jardín y frente al cementerio hasta el embarcadero, donde la arrojó en una piragua y soltó la amarra. Cuando Rebeca trató de incorporarse Manfred le propinó una patada y volvió a caer al suelo de la embarcación.

»Nadie volvió a ver a Rebeca Stanford, ni viva ni muerta.

»Al cabo de dos semanas, o una quincena, como decían entonces, Manfred regresó a casa. Cuando vio el baúl de Rebeca en medio de la habitación se enfureció y ordenó a Jerome que lo llevara arriba.

»Al cabo de un tiempo Ora Lee encontró una cajita de terciopelo en el cajón superior del escritorio de Rebeca. Contenía varios camafeos y una nota escrita de puño y letra por Rebeca que decía: "Los primeros camafeos que me regaló Manfred. Nápoles." Y la fecha. Ora Lee conservó esos camafeos durante un año, pues eran muy bonitos y no quería regalárselos a nadie. Por fin se los entregó a Manfred, quien se los ofreció a Camille.

»Camille, que seguía odiando a Rebeca y jamás dejó de odiarla, rechazó los camafeos, pero Manfred los conservó, y de vez en cuando le veían sacarlos de la cajita y contemplarlos, farfullando entre dientes.

»Cuando mi padre se casó con mi madre, Manfred ofreció a ésta los camafeos, pero mi padre no dejó que los aceptara porque también recordaba a Rebeca con rencor.

»Más tarde, cuando yo era niña, Manfred me dio los camafeos. Yo tenía diez años. El anciano me dijo unas cosas muy extrañas. Unas cosas disparatadas que no comprendí.

A continuación tía Queen me contó la historia que nos ha relatado a ti y a mí esta noche, sobre los despropósitos que mascullaba continuamente el anciano, pero la primera vez que la contó, siendo yo un joven de dieciocho años, incluyó menos detalles.

-Los camafeos no me infundían temor -declaró tía Queen-. Nunca había oído la historia de Rebeca, que me relataron al cabo de varios años.

»Por esa época yo había empezado a coleccionar camafeos y poseía un buen número de ellos, cuando por fin revelé a mi padre que Manfred me había dado los primeros. Pero no fue mi padre quien me relató la historia de Rebeca. Fue Ora Lee, mientras charlábamos un día en

la cocina. Lo cierto era que Ora Lee sentía cierta simpatía por Rebeca, se compadecía de la pobre joven irlandesa que aspiraba a ser una dama, una chica que temía a su violento padre irlandés y a su madre alemana, que había visitado la lejana costa italiana con Manfred, donde éste había prendido de su blusa de encaje, durante una cena a la luz de las velas, el primer camafeo de Rebeca junto al pozo.

»Ora Lee insistió en que al principio Rebeca no se había comportado cruelmente con los niños, ni con nadie, sino que eso había sido consecuencia de la amargura que fue acumulando, el resultado de lo mal que se portaba Manfred con ella.

»Y, según me dijo Ora Lee, al hacerse vieja comprendía más a Rebeca. Ora Lee estaba convencida de que Rebeca había sido asesinada, tenlo por seguro, Quinn, pero lo que quiero destacar es que en su vejez Ora Lee llegó a perdonar a Rebeca y lo que ésta había hecho, aunque jamás perdonó el daño que le había hecho a Camille.

»Cuando Ora Lee me reveló esas cosas, me rogó que jamás mencionara el nombre de Rebeca a mi padre ni a tía Camille.

»"Por aquel entonces tu tía Camille estaba hundida -me dijo Ora Lee-. La pobre niña estaba siempre deprimida, se ocultó en su caparazón y no volvió a salir."

»Pero regresemos a la historia de tu ilustre antepasado -prosiguió tía Queen-. No fue preciso que Ora Lee me dijera que Manfred traía a jóvenes irlandesas a casa y las instalaba en el dormitorio delantero del piso superior. Yo tenía unos veinte años cuando mi madre me lo contó todo, que cuando yo nací mi padre rogó al anciano que dejara de comportarse de forma tan escandalosa por respeto a su nieta recién nacida.

»El viejo protestó, blasfemó y descargó un puñetazo sobre la mesa, pero accedió. Lo que no había hecho por una nuera estaba dispuesto a hacerlo por una nieta, según dijo, y se mudó de la habitación grande de arriba, que es la mejor y la que tú ocupas ahora, mi bendito sobrino, a este dormitorio situado en la parte posterior de la casa. Durante los primeros años de mi niñez, en que yo era demasiado niña para recordarlo, Manfred hacía entrar a las mujeres que traía a esta casa por la puerta trasera.

»El hecho de que se mudara de habitación significó mucho para todo el mundo. El cura de aquella época, el padre Flarety, dejó de sermonear a Manfred por su indecorosa conducta. Pero cuando yo cumplí diez años, cuando el anciano me regaló los camafeos, éste se había convertido en un viejo decrépito que inspiraba lástima, que hablaba consigo mismo y blandía su bastón ante todo aquel que pasara frente a la puerta de su habitación.

»Mi madre se convirtió oficialmente en el ama de Blackwood Manor porque Camille era un ser herido que jamás podría desempeñar ese papel.

»En cuanto al baúl, supongo que me olvidé de él, y se convirtió en otro de los numerosos trastos que había en el desván, repleto de ropa vieja. Por supuesto, tenía pensado subir algún día al desván, pero poner orden en aquel caos me parecía una tarea monumental

y nunca llegué a hacerlo, ni yo ni nadie.

»Ahora, Quinn, sabes más sobre lo que le ocurrió a Rebeca

Stanford que ninguna otra persona en el mundo, ni siquiera yo. Su fantasma es un peligro para ti, Quinn, y para todos los que te rodean.

-Yo no sé nada -respondí-. En la isla encontré unas cadenas, tía Queen. Unas cadenas oxidadas. Pero en realidad no sé lo que le ocurrió a Rebeca.

-¡Lo importante es que no vuelvas a invocar a ese fantasma, Quinn!

-Yo no lo invoqué.

-No mientas, Quinn. No sólo encontraste sus cosas, sino que quisiste averiguar su historia.

-Si así fue como invoqué el fantasma de Rebeca, ¿por qué no se te apareció a ti hace años, cuando Ora Lee te habló de ella? ¿Por qué no se te apareció cuando eras una niña y Manfred te dio los camafeos?

-Yo no poseo tu don de ver fantasmas, Quinn -repuso la anciana-. Jamás he visto un fantasma, pero tú has visto muchos.

Librodot

-Has visto a Goblin, ¿no es cierto, tía Queen? -pregunté.

No bien hube pronunciado esas palabras apareció Goblin sentado en el brazo de la butaca que ocupaba tía Queen, observándola. Tenía un aspecto muy real y sólido. El hecho de verlo junto a tía Queen me sobresaltó y me disgustó, pero era indudable que ella le miraba.

- ¡Vete, Goblin! -exclamé enojado. Goblin obedeció en el acto, sorprendido y cariacontecido por mi furibunda reacción. Retrocedió, implorándome con la mirada, y se esfumó.

- ¿Qué es lo que acabas de ver? -inquirió tía Queen.

-Lo que veo siempre -contesté-. A mi doble. Lleva unos vaqueros, limpios y planchados como los que llevo yo, un polo igual que el mío y es idéntico a mí.

Tía Queen se reclinó en su silla y bebió unos sorbos de champán.

-¿Qué has visto tú, tía Queen? -le pregunté.

-Veo algo, Quinn, pero no lo que tú ves. Veo una agitación en

el aire, un movimiento, como el temblor o la turbulencia que brota del asfalto caliente frente al coche en pleno verano. Eso es lo que veo, y una forma vaga, humana, de tu estatura. La aparición no dura más de unos segundos. Y cuando desaparece tengo la sensación de que sigue ahí, como una presencia invisible.

Por primera vez en mi vida me enfurecí con tía Queen.

- ¿Por qué no me lo has dicho nunca? -le espeté-. ¿Cómo has podido ocultarme durante tantos años que veías vagamente a Goblin, que sabías...? -Estaba tan furioso que no pude continuar.

- Eso es cuanto veo -continuó tía Queen haciendo caso omiso de mi indignación-. Pero no lo veo con frecuencia, ni mucho menos. Sólo de vez en cuando, sospecho que cuando tu espectro desea que le vea.

Yo no sólo estaba furioso, fuera de mis casillas, sino asombrado. No salía de mi estupor desde que Rebeca se había aparecido ante mí, tratando de asimilar una revelación tras otra, y ahora descubría que tía Queen llevaba años viendo a Goblin.

-¿Tienes algo más que confesarme? -pregunté, con cierto sarcasmo.

-Quinn -respondió la anciana-, quizá sea ridículo por mi parte decir que siempre he hecho lo que me ha parecido mejor para ti. Nunca he negado la existencia de Goblin. He elegido con deliberación una vía más prudente. No quería ratificar la existencia de Goblin, consolidarla, por así decirlo, porque no sabía si era un ser benévolo o perverso. Pero ya que estamos poniendo las cartas boca arriba, te diré que la Gran Ramona puede ver a Goblin lo mismo que yo, como una turbulencia en el aire. Ni más ni menos. Y Jasmine también.

Me sentí derrotado. Me sentí solo. Tía Queen, mi pariente más cercana, me había mentido, al menos yo lo veía así. Deseé con todo mi corazón que Lynelle no hubiera muerto. Rogué que el espíritu de Lynelle pudiera aparecer ante mí, dada mi capacidad para ver a fantasmas y espíritus, y juré en silencio, para mis adentros, que sabía que Lynelle podría decirme cómo interpretar todo lo ocurrido.

-Querido sobrino -dijo tía Queen, una expresión que utilizaba a menudo a medida que me hacía mayor y que en esos momentos pronunció con encantadora solemnidad y entrañable devoción-, querido sobrino, te aseguro que siempre me he tomado tus poderes muy en serio. Pero nunca he sabido si eran beneficiosos.

De pronto tuve una revelación, una certeza basada en lo que tía Queen acababa de decir, y en todo lo demás: mis poderes no eran beneficiosos. Conté a tía Queen en un susurro para que no me traicionara la voz, el terror que se apoderaba de mí al anochecer, que había pensado en descerrajarme un tiro en la cabeza con la pistola de Pops, y le dije que la tarde de la aparición de Rebeca me había sentado en los escalones del porche observando declinar la dorada luz del crepúsculo y rogando al Todopoderoso que me librara de aquel tormento. No recordaba mi oración. Ni la recuerdo ahora. Es posible que ofreciera a tía Queen una versión bastante aproximada. Lo ignoro.

Se produjo un tierno silencio, tras el cual alcé los ojos y vi unas lágrimas en las mejillas de tía Queen. Detrás de ella, junto a la columna de la cama, apareció Goblin, tan vívido como antes, llorando también y con el brazo extendido hacia mí, como si quisiera acariciarme la cabeza con la mano izquierda.

-¡Vete, Goblin! -le ordené ásperamente-. ¡No quiero verte ahora! Déjame tranquilo. ¡Ve a buscar a Lynelle y tráela! Surca los aires como hacéis los espíritus, pero vete de una vez.

La imagen de Goblin se volvió muy nítida, muy detallada. Su rostro mostraba una expresión dolida, ofendida, sus labios estaban contraídos en un mohín, y de pronto desapareció, de golpe.

-No sé si sigue en esta habitación -confesé a tía Queen-. En cuanto a Rebeca, quiero que se le haga justicia. Debo tratar de averiguar lo que le hicieron en esa casa.

Tía Queen se enjugó los ojos azules con el pañuelo y yo me arrepentí de haberla hecho llorar. De pronto comprendí que la quería, independientemente de lo que la anciana hubiera dicho o hecho, que la necesitaba, y me sentí tan consternado por haberme enfurecido con ella que me levanté, rodeé la mesa, me postré de rodillas y la abracé, estrechando su frágil cuerpo contra mí durante unos segundos, en silencio.

Luego contemplé sus relucientes zapatos de tacón alto sujetos con una tira alrededor del tobillo y me eché a reír al tiempo que le besaba los empeines. Le besé las puntas de los pies y estrujé afectuosamente su pie derecho con la mano izquierda.

-Estás completamente loco, Tarquin Blackwood, no intentes camelarme -dijo-. Siéntate como un buen chico y sírveme otra copa de champán.

Habíamos apurado una botella y descorché otra, con el aplomo de un joven que ha trabajado durante años en una elegante pensión con derecho a desayuno. Escancié el burbujeante líquido en su copa.

Como era de prever, tía Queen me dijo entonces que la horrorizaba pensar que se me hubiera ocurrido pegarme un tiro en la cabeza, y yo le juré que jamás lo haría, que sólo pensaba en ello, que no lo haría en tanto vivieran Pops, Jasmine, la Gran Ramona y Lolly, tras lo cual recité los nombres de todos los peones de la finca y los hombres del cobertizo, en tono convincente y sincero.

-Lo que trato de explicarte -proseguí cuando ambos nos hubimos calmado y ya estábamos un tanto achispados-, es que los espíritus y los fantasmas provienen de algún lugar, y deduzco que mi ruego tuvo que ser blasfemo o peligroso porque consiguió traer a Rebeca de las tinieblas.

- Me complace ver que tienes sentido común, muchacho -respondió tía Queen.

- Pues claro, eso ya lo sé, tía Queen. Siempre lo he sabido. Nunca olvidaré que Rebeca me pidió que encendiera las lámparas y no volveré a prestarme a ser su pelele. No volverá a ocurrir. Desconfío de esos seres y a partir de ahora en cuanto aparezcan controlaré la situación, te lo juro, pero tengo que averiguar lo que le ocurrió a Rebeca y sólo ella puede decírmelo, en el lugar donde sin duda se siente más fuerte, en la extraña casa de Sugar Devil Island.

- A la que no debes ir, Tarquin, a menos que Pops te acompañe. ¿Lo has entendido?

No respondí, pero al cabo de unos instantes le dije lo que pensaba:

-Sería perjudicial para Pops acompañarme ahora al pantano. No es el hombre que era, fuerte y lleno de vida. Hace días que no prueba bocado, allí hace mucho calor y los mosquitos... No puedo llevarme a Pops.

-Entonces, ¿con quién irás, Tarquin? Te juro por Dios que no dejaré que vayas solo.

-Tía Queen -dije-, nada me impide ir al pantano por la mañana. Partiría ahora mismo si no hubiera oscurecido.

Tía Queen se inclinó sobre la mesa.

-Te lo prohíbo, Tarquin -dijo-. ¿Debo recordarte que has descrito un mausoleo de oro, y un escritorio y una silla dorada, señal de que alguien vive en el santuario? Alguien utiliza esa isla. ¿Y por qué, si esa tumba es de oro...?

Librodot

-No conozco todas las respuestas, pero debo volver allí, compréndelo, debo tener la libertad de invocar a ese fantasma y dejar que me hable...

-¡Un fantasma que te sedujo! ¡El fantasma de una mujer que utilizó sus encantos y su sensualidad de forma tan palpable que perdiste tu virginidad con ella! ¿Pretendes decirme que vas a invocarlo?

-Debo ir, tía Queen, y estoy convencido de que en mi lugar tú harías lo mismo.

-Antes hablaría con el padre Kevin, eso es lo que haría y lo que quiero que hagas tú. Mañana por la mañana llamaremos al padre Kevin.

-¡El padre Kevin! -contesté despectivamente-. ¡Pero si acaba de decir su primera misa! ¡Es un niño!

Exageraba, pero lo cierto era que el padre Kevin Mayfair era joven, de unos treinta y cinco años, y aunque me caía muy bien, no me inspiraba el mismo respeto que los sacerdotes de pelo canoso anteriores al Vaticano II, que decían misa con mayor solemnidad.

Ofendida, tía Queen se levantó de la mesa tan bruscamente que derribó la silla. Se encaminó sobre sus deslumbrantes zapatos de tacón alto hacia el tocador y rebuscó en su cajón superior.

Luego se volvió y vi un rosario que oscilaba bajo la luz.

-No está bendecido pero no deja de ser un rosario -dijo-. Quiero que te lo cuelgues alrededor del cuello, debajo de la camisa, sobre ella, sobre el pecho desnudo, como quieras, pero insisto en que a partir de ahora lo lleves.

No me molesté en discutir con ella. Era un rosario pequeño con unas cuentas redondas y doradas, y no me importó colgármelo del cuello, pero lo oculté debajo de mi camisa.

-Tía Queen -proseguí-, el padre Kevin no creerá esta historia sobre Rebeca y su fantasma, como tampoco la creerá el sheriff. Así que me parece absurdo pedirle que venga. Después de misa el padre siempre me pregunta riendo por Goblin. Creo que me ha visto hablar con él en la iglesia. No, no quiero hablar con el padre Kevin. Olvídalo.

Pero tía Queen no estaba dispuesta a ceder. Me dijo que a la mañana siguiente temprano visitaría a su orfebre favorito del Barrio Francés para comprar un crucifijo y una cadena de oro para mí, luego iría a la rectoría de la iglesia de St. Mary's Assumption para pedir al padre Kevin que bendijera el crucifijo, comentaría el asunto con él y le preguntaría su opinión al respecto.

-Entretanto -dijo tía Queen-, ¿qué vamos a hacer con estos pendientes y este camafeo?

-Guardarlos. Es preciso. Debemos evitar que los tejidos adheridos a ellos se estropeen y que no pueda obtenerse el ADN. Debemos averiguar si Rebeca murió en la isla. Eso es lo que Rebeca quiere que haga, que reivindique su nombre, que todo el mundo la conozca.

-Y que prendas fuego a esta casa, Quinn.

-Jamás logrará convencerme de que vuelva a hacer nada semejante -insistí-. Ya no puede engañarme.

-Pero sus deseos son importantes para ti -dijo tía Queen, trabándose un poco debido al champán.

-Es una cuestión de justicia, tía Queen -respondí-. Como descendiente que soy de Manfred, debo hacer justicia a Rebeca. Aunque sea sólo colocar sus camafeos en la vitrina, en el salón, con una tarjeta donde se indique que pertenecían a la célebre amante de Manfred Blackwood. Quizá consiga con eso que su alma descanse en paz. Pero no te preocupes por mí. Haré lo que tenga que hacer, y lo que sea mejor para todos.

Había conseguido que tía Queen perdiera la paciencia y, después de otras dos copas de champán, traté de ponerla de buen humor, ocultándole mis sibilinos y secretos planes.

Yo la quería. Y sigo queriéndola con todo mi corazón. Pero por primera vez comprendí que de algún modo debía protegerla de que me protegiera.

Por supuesto que iría a la isla, por supuesto que invocaría a Rebeca, pero no sabía cómo ni cuándo.

13

A la mañana siguiente me desperté muy temprano, me puse los vaqueros y el chaleco de cazar y aprovechando que la Gran Ramona seguía durmiendo me senté ante el ordenador y escribí una carta al extraño invasor de Sugar Devil Island, que decía lo siguiente:

Apreciado intruso:

Me llamo Tarquin Blackwood y le escribo esta carta para notificarle que mi familia es dueña de esta isla y esta casa, por lo que debe recoger sus libros y sus muebles y abandonarla sin dilación.

Mi familia y yo hemos decidido hacer unas obras en la isla, las cuales. comenzarán tan pronto como haya evacuado usted el santuario.

Si desea comunicarse conmigo, resido en Blackwood Manor y estaré más que dispuesto a hablar con usted por carta, por teléfono o en persona, como desee.

Se despide cordialmente

TARQUIN BLACKWOOD, Quinn

Luego, después de adjuntar los números de fax y teléfono, pulsé la tecla de imprimir e hice cuatro copias del aviso de desahucio, las firmé, las doblé y me las guardé en el bolsillo del chaleco.

A continuación entré sigilosamente en la habitación de Pops, al que no encontré allí (probablemente se había levantado a las cinco de la mañana y estaba trabajando en los parterres), tomé su pistola del calibre 38, comprobé que estuviera cargada, me la guardé en el bolsillo y me detuve brevemente en la despensa para hacerme con una cajita de chinchetas que teníamos siempre a mano para clavar las notas en el tablón de anuncios de la familia, tras lo cual me encaminé al embarcadero.

Añadiré que también llevaba mi rifle, el cuchillo de caza y el de cocina. Cuando me consideraba preparado para partir me encontré con Jasmine en el embarcadero, junto a la piragua, descalza, fumándose un cigarrillo.

-Estás como un cencerro, chico. Sé adónde te diriges y Pops me ha dicho que te deje tranquilo. De modo que he metido en la piragua la nevera portátil con unas bebidas frescas. También encontrarás un par de bocadillos envueltos en papel de aluminio.

- Te quiero -respondí, besándola. De pronto me percaté de su feminidad, una sensación que me atravesó la mente como un trallazo y me pilló por sorpresa. Jamás olvidaré la descarga que me produjo ese beso. Según creo recordar, le estrujé el brazo jactancioso.

En cualquier caso, no creo que a Jasmine le produjera una sensación especial. Cuando me disponía a partir, gritó:

- ¿Eres imbécil, Tarquin Blackwood?

-No, señora -contesté sarcástico-. ¿Pretendes hacerme cambiar de parecer?

- ¿Cómo quieres que la gente crea lo que has visto allí si no tomas unas fotografías, so listo?

- ¡Gracias a Dios que has pensado en eso! -dije.

- Y que lo digas, jefe. No olvides oprimir el botón del flash. Sentí deseos de volver a besarla, pero Jasmine había echado a andar hacia la casa.

Goblin me siguió, vívido pero al mismo tiempo transparente, implorándome que no fuera, repitiendo una y otra vez: «Es malo, Quinn.» Le dije de nuevo que me dejara en paz, aunque de forma educada. Entonces desapareció, pero sospecho que estaba junto a mí cuando partí.

De hecho, seguro que Goblin estaba conmigo, porque, ¿dónde iba a estar si no? De un tiempo a esta parte pensaba con frecuencia en dónde se metía Goblin y qué hacía y, como he dicho, me mostraba irritado con él.

Regresé al pantano.

Sobre el agua flotaba una ligera bruma y al principio el pantano tenía un aspecto hermoso y atrayente, armonioso, acogedor -como dicen algunos poemas y pies de fotografías-, pero al poco rato se convirtió en una siniestra ciénaga llena de mosquitos y cipreses rodeados por cadenas con flechas grabadas en el tronco. El rumor de los bichos en las aguas turbias y el hecho de ver más de un caimán me produjeron escalofríos.

Me sentí de nuevo mareado, lo cual me alarmó mucho, y volví a oír las voces, pero hablaban muy bajo y no capté lo que decían. ¿Qué era lo que oía? ¿Acaso esos fantasmas se pasaban el día peleándose? ¿A eso se refería Rebeca cuando dijo que las cosas no suceden de modo lineal?

No puedes hacerlo, déjame marchar...

¿Por qué no se desarrollaba esa conversación fantasmal en un tono lo suficientemente alto para que yo captara las palabras con toda claridad?

-Allá voy, Rebeca -dije en voz alta-. No trates de engañarme, Rebeca. Conozco tus trucos, pero voy para allá. No trates de engañarme.

Te lo suplico, que Dios me asista...

Sabía que era Rebeca quien lloraba, que imploraba, pero, ¿a quién? Entonces oí la inevitable y siniestra carcajada y una voz masculina hablando atropelladamente. ¿Era Manfred?

De pronto pasó junto a mí un caimán, dejando ver su ancho y viscoso lomo apenas un instante. La piragua comenzó a bambolearse peligrosamente pero, al fin, tras no pocas sacudidas, se estabilizó y seguí avanzado. El mero hecho de pensar en el caimán hizo que me echara a temblar, lo cual me fastidió. Continué adelante.

Cada vez que el mareo me acometía con violencia, aminoraba la velocidad, temiendo caer de la piragua y que la densa y verde vegetación del pantano me engullera, mientras trataba de descifrar lo que decían los fantasmas: ... Te he amado, siempre te he amado, lo prometiste, en Nápoles, para siempre, en las ruinas... Entonces oí una voz grave, y aquella risa incesante.

¿Eran tres voces? ¿O más?

Por fin apareció ante mí la erosionada fachada del santuario, la piragua chocó con el banco de arena entre las zarzamoras silvestres y por poco me caigo de la embarcación. Me apresuré a amarrarla al árbol más cercano -lo cual no había hecho la vez anterior-, deposité la pértiga con cuidado dentro de la piragua y me dispuse a explorar de nuevo la isla.

Unos caimanes habían visitado la zona. Los oí zambullirse en el agua para regresar al pantano. ¿Qué haría yo si me topaba con un feroz caimán? No me había ocurrido nunca, y quizá no viviera nunca esa experiencia. En realidad no les temía, porque no suelen atacar a los seres humanos ni meterse en problemas; no obstante, era la primera vez que tenía tan ilustre compañía sin que Pops u otro hombre pudiera hacerse cargo de la situación.

Me detuve y agucé el oído. No oí nada salvo los melancólicos y fragmentados gritos de las aves. Y el zumbido de las abejas y los mosquitos, que relacioné con el pegajoso sudor que ya cubría mi piel.

La casa parecía tan desierta como antes. Pero eso no significaba gran cosa.

Con todo, me sentía atraído por el mausoleo -o lo que fuera-, de modo que me acerqué de nuevo a él para examinarlo más detenidamente que la vez anterior.

No había ninguna puerta, de eso estaba seguro. Pero, ¿qué diantres contenía?

En cuanto a la procesión de figuras esculpidas en el oro, estaba convencido de que eran romanas; era un cortejo fúnebre, las mujeres lloraban y los hombres se golpeaban la frente con los puños.

En un extremo de un panel que contenía sólo tres niños sollozando aparecían al fondo unos detalles esculpidos en un plano distinto de las figuras, unos detalles en los que no había reparado antes.

Pasé los dedos sobre la imagen de una montaña situada en una esquina, una montaña con un elevado cono que escupía lava, de la cual brotaba una inmensa y espesa nube. A la derecha y debajo de la montaña se veía la imagen de una pequeña ciudad amurallada, esculpida con minucioso detalle. Era evidente que la siniestra nube suspendida sobre la montaña en erupción representaba una amenaza para la pequeña ciudad.

«Un volcán. La Roma antigua. Una ciudad. Un cortejo fúnebre.» Sin duda esa montaña era el Vesubio y la ciudad la fabulosa Pompeya.

Hasta yo, que apenas había viajado, conocía bien la historia de la erupción del Vesubio, acaecida hacia el 79 a.C., que había sepultado las ciudades de Herculano y Pompeya. Éstas no habían sido redescubiertas oficialmente hasta el siglo XVIII, y si existía un lugar del mundo que yo deseaba visitar -fuera de la parroquia del Ruby-, eran las ruinas de Pompeya.

La tragedia de esas ciudades sepultadas siempre me había cautivado, en ocasiones de forma dolorosa. Hacía años, las fotografías de unas maquetas de yeso de los desdichados romanos tratando de huir de la lluvia de cenizas que caía sobre Pompeya me habían hecho llorar.

Ahora bien, Pompeya y Herculano se hallaban en la bahía de Nápoles, y Manfred había llevado a Rebeca a Nápoles. El Vesubio se alzaba sobre Nápoles, y Rebeca había gritado «acuérdate de Nápoles» cuando Manfred la había azotado, cuando la había sacado de la casa en brazos o a rastras.

De nuevo me sentí mareado y percibí el murmullo de voces. Me incliné hacia delante hasta que mi frente tocó las figuras esculpidas en oro. Percibí un perfume de flores. ¿Glicinas? Estaba hecho un lío. Tenía la boca seca y sudaba. Oí a Rebeca exclamar entre sollozos: Lo que me hicieron, Quinn, lo que me hicieron.

Con un gigantesco esfuerzo de voluntad recuperé la compostura. Estaba arrodillado. Al alzar los ojos vi una inscripción que se prolongaba a lo largo de la parte superior de los paneles de oro, justo debajo del tejado de granito de la tumba, una inscripción que no había visto debido al resplandor del sol errante sobre la dorada superficie.

Rodeé dos veces el mausoleo. Las palabras estaban escritas en latín, y no sabía traducirlas, pero leí el nombre de Petronia y comprendí los términos «sueño» y «muerte».

Me maldije por no llevar encima otro papel que las cartas dirigidas al intruso. No podía copiar la inscripción. Luego recordé que llevaba cuatro copias de mi carta, para depositarlas en cuatro lugares, y sólo tenía que sacrificar una. De modo que saqué el bolígrafo y anoté toda la inscripción, rodeando el mausoleo dos veces para asegurarme de haberla copiado sin equivocaciones.

Como tenía sed regresé a la piragua, saqué la pequeña nevera de plástico que Jasmine me había preparado y entré en la casa. Todo estaba como lo había encontrado el día anterior. Subí sigilosamente la escalera y contemplé de nuevo las cadenas de hierro. Observé horrorizado que la quinta cadena provista de un gancho era algo más corta que las otras, aunque no comprendí lo que significaba. También había unos ganchos clavados en la pared, en los que no había reparado antes, y me pareció ver más restos de huesos humanos adheridos a aquella masa negruzca semejante al alquitrán.

Saqué la cámara fotográfica y tomé con manos temblorosas dos fotografías; retrocedí unos pasos y tomé algunas más. ¿Qué era lo que mostraban? No estaba seguro. Decidí tomar un par de primeros planos confiando en que alguien creyera lo que yo había visto.

Me arrodillé y toqué lo que parecían ser restos de cabello humano. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, y oí de nuevo la espectral carcajada, seguida por un gemido tan gutural que casi parecía un lamento. Oí de nuevo un grito desgarrador y retrocedí, incapaz de acercarme de nuevo a aquellos restos.

Después de tomar unas fotografías de la habitación bajé y fotografié el escritorio de mármol y la silla dorada de estilo romano, la chimenea y el montón de troncos medio quemados y cenizas que contenía. Tomé un primer plano de los libros diseminados sobre el escritorio.

Acto seguido fui al santuario y lo fotografié al completo. Tomé fotografías del mausoleo y, cubriendo con el pulgar el flash para que no se reflejara en el oro, primeros planos de las figuras, confiando en que la luz diurna fuese suficiente.

«Te querré siempre, Jasmine.» Me guardé la cámara en el bolsillo del chaleco, lo cerré con cremallera y decidí demostrar a todo el mundo que había dicho la verdad sobre Sugar Devil Island y la oscura existencia de Manfred.

Pero, ¿qué significaba todo aquello? ¿Era quizás un loco poeta el que acudía allí para sentarse a solas en una silla dorada, yendo y viniendo con su trabajo, dejando en la casa sólo los libros que ya no necesitaba? ¿O era simplemente un joven como yo?

¿Y qué hora era? Las doce del mediodía, y yo estaba hambriento y mareado.

Pero tenía que hacer llegar mis cartas al intruso, lo cual decidí hacer de inmediato. Clavé una en la puerta de madera, deposité otra en la mesa de mármol, colocando unos libros sobre las cuatro esquinas para sujetarla, y fijé una tercera a la pared, junto a la escalera.

Una vez cumplida mi misión, y para aliviar las náuseas que me acometían, me senté en la silla romana y dejé la nevera portátil en la mesa. El respaldo de cuero de la silla era muy confortable, como suelen ser los de tales sillas, y me llevé una gran alegría al comprobar que Jasmine había metido seis cervezas en la nevera, así como unos refrescos de cola, bocadillos e incluso una manzana que descansaba sobre el hielo. ¡Seis cervezas!

Creo que jamás olvidaré ese momento. Pero no merece la pena abundar en él. Tengo muchas cosas que contarte. Tan sólo diré que me dije: «¿Crees que una mujer de treinta y cinco años querrá tener una aventura con un chico de dieciocho, Jasmine? Te espero detrás de la casa grande a las seis.»

Tras lo cual me bebí la mitad de la primera cerveza. Saqué de su envoltorio los dos bocadillos de jamón y queso en gruesas lonchas -y untados con una deliciosa y espesa capa de mantequilla-y los devoré con unos pocos bocados. Luego di cuenta de la manzana, apuré la primera cerveza y me bebí otra.

Me dije que había bebido suficiente, que tenía que mantenerme sobrio, pero estaba muy excitado y, en lugar de deprimirme, la cerveza contribuyó a potenciar mi intensa euforia, de modo que sosteniendo una tercera lata de cerveza helada subí de nuevo la escalera y me senté tan cerca de las cadenas y su siniestro legado como me atreví.

Fuera el sol comenzaba a declinar y sólo unos débiles rayos conseguían filtrarse a través del laberinto de plantas que rodeaba buena parte de la casa. Por la cúpula entraba un poco de luz y, cuando me incliné hacia atrás y alcé la vista para contemplar los caprichosos claroscuros, oí en mi imaginación un grito agudo.

¿Era un ave? ¿Un ser humano? Noté que los ojos se me cerraban. Me recliné en el polvoriento suelo de madera, sintiendo que mi cuerpo vibraba en su letargo. Percibí claramente los sollozos de la mujer y de pronto vi ante mí, en un lugar de pesadilla iluminado por unas velas, un rostro que me miraba con expresión burlona y oí una carcajada grave y cruel. Traté de concentrarme en el rostro, pero no alcancé a distinguir bien y, cuando bajé los ojos, vi que yo era una mujer, y que alguien me arrancaba un precioso vestido de color granate. Tenía los pechos desnudos. Al cabo de unos instantes me quedé completamente desnuda, gritando despavorida.

Tenía que escapar de esas personas que me atormentaban. Vi ante mí una mano que sujetaba el gancho oxidado, el gancho que pendía del extremo de la cadena. Emití un grito de mujer. Yo era una mujer. Era Rebeca y al mismo tiempo era Quinn, y ambos éramos una sola persona.

Jamás había experimentado un pánico tan intenso como cuando vi acercarse la mano que sujetaba el gancho. Luego sentí un dolor insoportable debajo de mi pecho derecho, un dolor

lacerante, como si un objeto grueso pero afilado se hubiera clavado en una de mis costillas, y oí de nuevo aquella carcajada espeluznante e inexorable, y la voz de un hombre murmurando -no, discutiendo, suplicando servil-, pero las carcajadas sofocaban la discusión, las súplicas. ¡Nadie podía detener aquello! Comprendí que colgaba del gancho, que me atravesaba la costilla debajo del pecho, ¡que todo mi peso pendía de la cadena y el gancho!

Grité una y otra vez. Yo era una mujer y un hombre que gritaban, era Rebeca y me sentía impotente, atormentada por el dolor y a punto de desmayarme, pero incapaz de perder el conocimiento, y era Quinn, imbuido de un afán protector y horrorizado, tratando desesperadamente de ver a los malvados que habían cometido semejante atrocidad, que eran dos, sí, decididamente eran dos personas, y yo quería averiguar si una de ellas era Manfred. Luego me convertí en Rebeca, gritando de dolor, aquel dolor insoportable que soportaba... De pronto la escena comenzó por fortuna a cambiar.

-¡Dios, Rebeca! -musité-. Sé lo que hicieron, te colgaron del gancho clavado en una costilla y dejaron que murieras. Sentí que alguien me zarandeaba. Alcé la vista.

Era Rebeca, que me miraba sonriendo.

-Has venido -dijo-, no me has defraudado, Quinn. Has venido.

Me quedé estupefacto. Rebeca era tan real como cuando había aparecido en la casa, salvo que ahora lucía el mismo maravilloso vestido granate del sueño.

-¡Gracias a Dios que estás bien! -exclamé-. Ese tormento no podía durar eternamente.

-No pienses en ello, amor mío -contestó Rebeca-. Ahora_ ya lo sabes, y sabes para qué servía la quinta cadena. Quédate con migo, amor mío.

Me incorporé y Rebeca se sentó a mi lado. Me volví hacia ella y nos besamos. La besé torpemente y ella introdujo la lengua en mi boca, excitándome como lo había hecho en casa.

Yo era un individuo distinto y al mismo tiempo unido a ella, cautivado por su escotado vestido color granate, por los pezones rosados que oprimía contra mí y el precioso camafeo que pendía de una cinta negra alrededor de su cuello.

El terciopelo granate sólo cubría a medias sus pechos, y al introducir mi mano torpemente en el escote del vestido y tocarle los pezones, enloquecí.

-Te amo, te juro que te amo -mascullé. Luego le bajé el corpiño y le besé los pezones hasta que Rebeca me obligó a levantar la cabeza.

La miré a los ojos. La deseaba tanto que no pude articular palabra, y ella me dejó hacer. Tomó mi mano y la introdujo debajo de su falda. Todo era real, delicioso y enloquecedor, y por fin sentí su pequeño sexo anhelando que lo penetrara, oprimiéndome el miembro, y entonces alcancé el clímax, de forma repentina, electrizante, absoluta. Eyaculé.

La miré (estaba tendido sobre ella) y el rubor de sus mejillas me cortó el aliento. Murmuré una obscenidad, una grosería. Pero me sentía tan inmensamente satisfecho, tan feliz, que en esos momentos no podía pensar. La besé con la boca abierta, tan apasionadamente como la había besado la primera vez.

Luego me tumbé boca arriba, exhausto hasta el aturdimiento.

Rebeca se incorporó y me miró.

- Véngame, Quinn -dijo suavemente-. Cuéntale al mundo mi historia, sí, pero al mismo tiempo véngame.

- ¿Cómo, Rebeca? ¿Cómo puedo hacer eso cuando los que te lastimaron han muerto? - Me incorporé, y permanecimos sentados juntos.

Rebeca me miró con expresión apremiante.

- Dime la verdad, Rebeca, ¿qué puedo hacer para que tu alma descanse?

Me horroricé de nuevo al evocar la escena que había contemplado antes, la pavorosa imagen de Rebeca colgando del gancho, desnuda e impotente, y de los dos malvados que le habían infligido ese tormento.

-Fue el propio Manfred, ¿no es así? -pregunté-. ¿Cómo puedo conseguir que tu alma descanse en paz, Rebeca?

Librodot

Rebeca no respondió, sino que se limitó a besarme de nuevo. -Sabes que tú también has muerto, Rebeca -dije-. Como los que cometieron esa atrocidad. -Tenía que decirlo. Tenía que decírselo a ella-. No hay nadie vivo que pueda sufrir por lo que te hicieron.

-No, Quinn, estoy aquí -contestó Rebeca dulcemente-. Siempre estoy aquí, te veo siempre, lo veo todo. Véngame, Quinn. Lucha por mí.

Volví a besarla. Cubrí sus pechos de besos. Nos tumbamos en el suelo, abrazados, y sentí el terciopelo de su vestido granate contra mi piel. Mientras hacíamos el amor se le soltó el pelo, desparramándose impúdicamente, y al cabo de unos momentos suspiré y, tras besarla en las mejillas, me sumí de nuevo en una oscuridad fresca y envolvente, como si me sumergiera incorpóreo en el acto sexual.

Dormí. ¿Durante cuánto rato? Horas y horas.

De pronto me desperté. Reconocí el calor, el sudor. ¡Y la oscuridad! ¡Dios santo, la oscuridad!

Había anochecido en Sugar Devil Island. ¡Había anochecido en Sugar Devil Island! ¡De todos los estúpidos errores que pude haber cometido, el peor era haberme quedado dormido por beber demasiada cerveza en aquel lugar, a una hora de casa, rodeado de los animales del pantano que se habrían despertado hambrientos. ¿De qué me servía la pistola? ¿De qué me servía el rifle si una serpiente caía sobre mí desde la rama de un árbol? No me importaba azuzar a los caimanes para ahuyentarlos, pero, ¿y los demás animales, incluidos los linces que acudían a comer al pantano al anochecer?

Me levanté, furioso conmigo mismo. Había estado convencido de que no me dejaría engatusar por Rebeca, que sabía que era perversa.

Entonces lo recordé todo de golpe, lo que le habían hecho, y maldije en voz alta.

¿Venganza? Lo que le habían hecho a Rebeca bastaba para convertir a uno de los niños cantores de la iglesia en un espíritu vengativo. Ahora sabía que ella había muerto de esa forma. Había muerto y se había descompuesto allí, pero, ¿acaso pretendía en mí?

Vi el viscoso semen sobre el suelo de madera, reluciendo a la luz de la luna y, al mirar por las ventanas, di gracias a Dios de que hubiera luna. La necesitaba. Confié en poder salir de allí con su ayuda.

Me santigüé. Sentí el rosario debajo de mi camisa. (No está bendecido pero no deja de ser un rosario.) Recé apresuradamente y avergonzado una Salve, explicando a la Virgen María, a mi modo, que lamentaba invocarla sólo cuando todo parecía perdido.

Entonces me di cuenta horrorizado que llevaba el pantalón desabrochado. Había rezado una Salve a la Virgen con la bragueta abierta. Me subí inmediatamente la cremallera del pantalón y recé otras tres oraciones antes de dirigirme a tientas hacia la escalera y a la planta baja.

Localicé el plato dorado con su bosquecillo de velas de cera y, tras sacar mi encendedor, las encendí todas. Luego me encaminé hacia la puerta del santuario con la bandeja de luz y asomé la cabeza. Sí, la luna brillaba en lo alto, según comprobé desde mi puesto de observación, pero el pantano estaba negro como boca de lobo, y cuando atravesara el claro y me adentrara en esa oscuridad, la luna no me serviría de nada.

Por supuesto, no llevaba linterna. ¡No había previsto aquello! Es más, si alguien me hubiera preguntado: «¿Piensas pasar la noche en Sugar Devil Island?», hubiese respondido: «Ni loco.»

-No os imagináis las reformas que voy a hacer aquí -dije en voz alta-. Haré que instalen corriente eléctrica. Y cristales dobles en las ventanas. Quizás instale también mosquiteras. Y cubriré el suelo de madera con azulejos que la infernal humedad del pantano no consiga corroer. Convertiré este lugar en un palacete romano decorado con exquisitos muebles del mismo estilo y compraré una cocina nueva. Y si algún día me quedo atrapado aquí, dispondré de un sofá cubierto de mullidos cojines para dormir y de un montón de libros que leer a la luz de unas magníficas lámparas. -Imaginé el palacio en el que deseaba convertir aquel lugar, pero la suerte de

Librodot

Rebeca no tenía nada ver con ello. Parecía como si su espeluznante muerte hubiera quedado borrada.

Pero, ¿y ahora qué? ¡Ahora me hallaba atrapado en una choza en una condenada selva!

¿Y si me quedaba allí en vez de tratar de regresar a casa en aquellas abominables condiciones? ¿Y si me entretenía leyendo algunos de esos libros a la luz de las velas, con la pistola a mano por si tenía que defenderme de un hombre o una fiera?

La peor consecuencia de pernoctar allí era que en Blackwood Manor todos creerían que me había ocurrido alguna desgracia. Quizá ya hubieran salido en mi busca. Era muy posible. Quizás habían salido a buscarme en una piragua provistos de linternas.

¿Me convenció eso de que debía quedarme?

Dejé el plato de velas en el escritorio, salí por la puerta principal, bajé la escalera, crucé el claro delantero y me detuve en la ribera.

Era asombroso cómo iluminaban las escasas velas las ventanas del santuario. Cualquiera que se acercara en piragua no podía dejar de ver la luz. Tal vez fuese mejor que me quedara.

Pero, en tal caso, ¿por qué me pareció una decisión cobarde? ¿Por qué pensé que debía regresar y tranquilizar a las personas que me querían, demostrándoles que no me había pasado nada malo?

Miré dentro de la piragua. No, no llevaba ninguna linterna. Lo cual no me sorprendió.

Entonces escudriñé el pantano. Traté de distinguir el pequeño canal por el que había llegado. Pero no vi nada en la oscuridad.

Caminé por la isla, abriéndome paso en la oscuridad. No sabría explicar el motivo. Quizá quería convencerme de que hacía algo útil. Agucé el oído por si alguien me llamaba por mi nombre.

Por supuesto, había oído hablar de las innumerables aves nocturnas y de los murmullos guturales que provenían del agua, pero no oí ninguna voz humana.

Regresé al lugar donde había amarrado la piragua y me topé con Goblin, mi doble perfecto, que me observaba atentamente, su figura iluminada, como si fuera sólida, por el resplandor de las velas que provenía de la casa.

Qué espectáculo tan maravilloso, me dije, asombrado de que Goblin fuera capaz de crear aquel efecto óptico, y me devané los sesos tratando de recordar si había realizado alguna vez un truco tan espectacular.

Le había visto en sombras, a la luz y en la oscuridad, pero jamás iluminado por un resplandor que realzara sus hombros y su rostro. De repente Goblin hizo un gesto con la mano derecha, indicándome que me aproximara a él.

-¿Qué quieres? -le pregunté-. No irás a decirme que quieres ser útil. -Avancé hacia él y Goblin extendió el brazo izquierdo para indicarme que me volviera, señalando el pantano.

Durante unos instantes sólo vi un lejano charco iluminado por el resplandor de la luna, esto es, un claro en la frondosa maleza, a varios metros de donde nos hallábamos, en el que del agua emanaba un intenso resplandor. De pronto oí un chapoteo. Goblin me agarró del brazo con la mano izquierda mientras me indicada con el índice de la derecha que no hiciera ruido.

De nuevo señaló hacia el lejano punto visible, y en éstas apareció en él una piragua, al parecer tripulada por un solo hombre, cuya figura divisé con toda claridad.

Llevaba chaqueta y pantalón, tal vez unos vaqueros, y mientras le observaba junto a Goblin el hombre alzó un cuerpo humano de la piragua y lo arrojó al agua sin apenas hacer ruido.

Yo estaba atónito. Goblin me apretó el hombro con tanta fuerza que me hizo daño.

Al cabo, de unos momentos la distante figura repitió la operación. Levantó otro cuerpo con inconcebible fuerza y habilidad y lo arrojó a las aguas turbias del pantano.

Me quedé inmóvil, horrorizado. No se me ocurrió que yo pudiera correr peligro. Lo único que me pasó en aquellos momentos por la mente fue el amargo pensamiento de que

Librodot

acababa de ver cómo arrojaban dos cadáveres a la siniestra oscuridad del pantano, y que nadie, absolutamente nadie, me creería cuando lo contara a mi regreso a casa.

Al cabo de unos instantes me percaté de que la figura se había quedado quieta y que, probablemente, estaba frente a nosotros, mirando insistentemente hacia el lugar donde Goblin y yo nos hallábamos parcialmente iluminados por las velas encendidas en la casa.

En éstas sonó una carcajada a través de las aguas negras del pantano. Era una carcajada grave, airada, como las voces que había oído en mi visión, pero no era espectral sino real. Provenía de la figura.

Mientas Goblin y yo observábamos, la figura hizo virar su piragua en la oscuridad y desapareció.

Durante unos largos y angustiosos momentos Goblin y yo nos quedamos inmóviles. Me tranquilizaba sentir el brazo izquierdo de Goblin alrededor de mis hombros y apoyarme en él en un gesto íntimo que jamás habría tenido con un ser humano.

Pero yo sabía que Goblin no podría conservar su aspecto sólido mucho tiempo. También sabía que él podía oír a ese tipo, ese individuo, que acababa de arrojar dos cadáveres al pantano. Goblin sabría cuándo podíamos abandonar sanos y salvos el lugar.

Permanecimos allí una eternidad, inmóviles y cautelosos, hasta que Goblin me indicó telepáticamente que debíamos tratar de huir de la isla.

- ¿Y si me pierdo y no consigo regresar? -pregunté en un murmullo.
- Yo te guiaré -respondió Goblin.

Acto seguido desapareció. Al cabo de unos segundos las velas de la casa se apagaron y sentí que mi doble me empujaba y tiraba de mí para que embarcara en la piragua de inmediato.

Goblin me guió de regreso a Blackwood Farm, a veces en la más completa oscuridad, otras a la luz de la luna. Al cabo de menos de una hora vi las benditas luces de la casa resplandecer entre los árboles y me dirigí a toda velocidad hacia el embarcadero.

Oí unas exclamaciones. Alguien gritó. Cuando me acerqué apresuradamente a la puerta de la cocina, Pops salió y me abrazó.

- Gracias a Dios, hijo -exclamó-. No sabíamos qué diantres te había ocurrido.

Tía Queen bajó los escalones enjugándose los ojos.

El sheriff Jeanfreau apareció acompañado por Henderson el Feo, uno de sus inútiles y estúpidos ayudantes. Todos los hombres del cobertizo gritaron:

- ¡Ha vuelto, no le ha ocurrido nada!

-¿Cómo se te ocurrió meter esas cervezas en la nevera portátil? -le espeté de inmediato a Jasmine. A lo que ésta respondió que ella no había preparado la maldita nevera, sino su madre, y entonces apareció la Gran Ramona diciendo que ni siquiera estaba despierta cuando me marché (lo cual era cierto) y entonces Jasmine recordó que había sido Clem. ¿Y dónde diablos estaba Clem?

Lo cierto era que me tenía sin cuidado. Quería cenar. Quería que se sentaran todos alrededor de la mesa de la cocina y que me escucharan para sólo tener que relatar aquella historia una vez.

Pedí al sheriff Jeanfreau que se quedara. Incluso le pedí al inútil e irritante Henderson el Feo que se quedara. Les pedí a todos que me escucharan.

A todo esto, al comprobar que mi reloj indicaba que no eran más que las nueve, pedí a uno de los hombres del cobertizo que se apresurara a llevar la cámara a la tienda que permanecía abierta toda la noche en Ruby River City para que revelaran el carrete e hicieran unas copias en una hora, según rezaba el cartel que hay en la ventana.

-¿Dónde está Goblin? -pregunté de repente. Me encontraba en la cocina. La Gran Ramona acababa de entregarme un estropajo-. ¿Dónde te has metido, Goblin? -Entonces caí en la cuenta de que, después del esfuerzo que había realizado, no tenía el poder de hacer que yo le viera o le oyera.

Así que, lleno de compasión y gratitud, con renovado respeto y cariño hacia él, le dejé en paz.

14

No se creyeron ni una palabra de lo que les dije. Cuando me puse a hablar con vehemencia de la horrible pesadilla en la que Rebeca aparecía ensartada, el sheriff Jeanfreau se rió de mí, se rió de que en el sueño me viera a mí mismo como hombre y mujer a la vez, y sólo una súbita reconvención por parte de tía Queen, «Por favor», lo hizo callar.

Cuando llegué a la descripción del misterioso desconocido que se deshizo de los dos cadáveres, el sheriff Jeanfreau comenzó a reírse de nuevo, e incluso oí reír disimuladamente a ese inútil de ayudante que tiene, Henderson el Feo.

Patsy, que había entrado en la cocina en algún momento de la reunión, se contagió de la risa disimulada del Feo y empezó a reírse también.

Y cuando describí cómo Goblin me sacó del pantano, el sheriff se tiró por los suelos, por así decirlo.

Yo hice caso omiso de todo aquello con sublime paciencia y devoré dos platos de tortitas que había hecho Ramona con la mezcla del Cracker Barrel. Miré a tía Queen y le dije:

- Tía Queen, ya sabes que ahí fuera asesinaron a Rebeca. ¡Lo único que pido es que alguien salga a recoger sus restos y los someta a la prueba del ADN!

- Oh, Quinn, mi niño querido -suspiró ella.

En cuanto a Pops, hacía mucho que se le había pasado la hora de irse a la cama, y estaba como si le hubieran propinado una paliza, hecho unos zorros. Comprendí lo mucho que se preocupaba por mí.

¡Y en aquel momento volvieron las fotos de la tienda! ¡Las fotos!

Las fui pasando en redondo como si estuviera repartiendo naipes. Eran unas fotos estupendas, no se distinguía gran cosa de los restos de Rebeca, pero se veían muy bien las cinco cadenas oxidadas y, por supuesto, las fotos del exterior del santuario y del mausoleo eran muy buenas.

-Ahora ya no les cabe duda -les dije-de que ahí fuera hay una casa, no pueden negarlo. Y si ese metal de ahí -puse el dedo sobre la fotografía-no es oro puro, entonces yo no me llamo Blackwood.

El sheriff se encontraba en medio de otro ataque de risa, y tía Queen le indicó con un gesto que guardara silencio.

-Muy bien -declaró-. Ya hemos oído todo lo que tenía que decir Quinn. Bien, esta isla es real y él sabe cómo se llega hasta ella, y según él esos misteriosos cadáveres fueron arrojados en un punto situado a varios metros de la isla. Dicho de otro modo, él puede llevarlos hasta el lugar exacto desde el que observó la operación, y es totalmente factible llevar a cabo una inspección de esa pequeña zona.

El sheriff no podía parar de reír.

-Vamos, señorita Queen -dijo-, usted sabe lo mucho que la admiro, igual que todo el mundo por aquí...

-Gracias, sheriff -repuso ella al instante-. La próxima Nochevieja espero recibir un tributo de siete jóvenes y siete doncellas, escogidos a dedo, naturalmente.

En aquel momento me tocó a mí partirme de risa, porque sabía que aquello era una referencia al mito del minotauro, pero el sheriff no tenía ni idea y se limitó a mirarnos fijamente, a mí y después a ella, y yo fui lo bastante idiota como para, a mis dieciocho años, sentirme superior a él.

La tía Queen prosiguió sin perder comba, haciendo caso omiso de mi regocijo:

-Bien, estoy dispuesta a pagar personalmente por la recuperación de esas cadenas y de los residuos negros que ha descrito Quinn. Pagaré para que los analicen concienzudamente y averigüen en qué consisten. Pienso llegar hasta el punto de pedir pruebas de ADN para determinar, entre otras cosas, si pereció una persona en ese lugar o no, o más de una, y si Rebeca Stanford, algunos de cuyos cabellos conservamos oportunamente en un cepillo que se encuentra en el desván, en efecto murió en ese lugar. -Hizo una pausa teatral, con los ojos entrecerrados-. Todo lo que le pido a usted, sheriff -continuó con un solemne aire matriarcal- es que regrese allí a buscar esos misteriosos cadáveres. Supongo que podrán salir con Pops mañana por la mañana en una motora.

-En motora es imposible llegar -intervine yo-. Tendremos que llevar la piragua pequeña, como hice yo. Los cipreses son demasiado tupidos.

-Muy bien. Pops sabe manejar la pértiga, y supongo que usted también, sheriff Bobby Jeanfreau. De modo que ocúpese de ello, y considérese encargado de buscar esos cadáveres mientras yo me dedico a los análisis de laboratorio con mi médico personal, eso si Ruby River City no tiene en nómina a un forense con experiencia en esto.

Al llegar a aquel punto, el sheriff, del cual yo me había estado riendo, sonrió taimado y preguntó:

-¿Puedo nombrar ayudante a Goblin, señora, para que nos indique a Pops y a mí cómo se va a la isla?

Entonces fue Pops el que rompió a reír, aunque en tono bajo y bastante apático, dadas las circunstancias.

- No necesitamos que nombre ayudante a Goblin -dijo-. En cambio opino que necesita contar con un verdadero equipo, no sólo para buscar los cadáveres, sino para examinar la escena del crimen con las cadenas y los residuos, como los estamos llamando. Necesita alguien que lo estudie de una forma oficial.

- Pero Pops, ya sabes que todo esto no es más que... -protestó el sheriff, más terco que nunca, y también más ignorante.

Pero Pops siguió insistiendo; sin perder la calma en ningún momento, continuando con lo que estaba diciendo:

-Escúcheme bien, sheriff -afirmó tranquilamente-. Un cadáver, al aire libre, incluso en el segundo piso de una casa, podría tardar años en descomponerse. Y es posible que Quinn haya tropezado con el escenario de un crimen, e incluso con el propio criminal. Insisto en que lleve con usted a un equipo de hombres, si no lo hace llamaré al FBI.

No estoy seguro de por qué, aquello le causó un pavor tremendo al sheriff, pero teniendo en cuenta algunos de los rumores sobre lo ocurrido en Ruby River Parish, incluida la pelea de gallos (que en Luisiana no son ilegales, dicho sea de paso), supuse que no quería que el FBI empezara a husmear por allí, así que aceptó las condiciones.

A pesar de que Pops intentó impedírmelo, acompañé al sheriff hasta su coche martilleándolo todo el tiempo con el asunto de los dos cadáveres:

-¡Tiene que averiguar quién ha desaparecido! Le digo que lo vi con mis propios ojos. Dos cadáveres, y los arrojaron allí. Tiene que ir a investigar.

-Una cosa después de otra -repuso Pops finalmente-. Que registren la casa. Y luego, si estás seguro de poder señalar el lugar exacto donde ese desconocido arrojó los cadáveres, insistiremos en la búsqueda.

Por fin el sheriff y su ayudante, que no dejaba de reírse, se fueron de la propiedad y tía Queen y Pops me agarraron y dijeron a todos los demás que salieran de la cocina para que pudiéramos estar solos.

A Patsy le fastidió bastante no poder quedarse, pero Pops le dirigió una de sus miradas más fulminantes, así que se marchó de mal humor a su apartamento, encima del cobertizo.

Entonces Pops me echó el sermón: que si había desobedecido a tía Queen al ir a aquel lugar por mi cuenta, que si le había «robado» la pistola, y. luego dijo no sé qué cosas raras

acerca de que ahora yo corría un auténtico peligro por mi propia culpa y que era el momento de que abandonase Blackwood Farm para conocer mundo.

-¿Qué quieres decir con eso de «conocer mundo»? -pregunté-. ¿No has visto esas fotos? Ahí fuera hay una tumba de oro, Pops, y tengo que averiguar qué contiene, y además está la casa en sí. No pienso irme a ninguna parte. Pops, tú sabes lo que quiero -continué a todo gas-. Quiero llevar electricidad a esa casa, pasando los cables por el pantano. Quiero limpiarla y hacerla habitable de nuevo, un verdadero santuario; pero no puedo hacer nada hasta que recojan y analicen los restos de Rebeca. No puedo hacer nada hasta que le haya hecho justicia a Rebeca, aunque, para serte sincero, ella no siempre se ha portado bien conmigo.

Pops parecía triste y cansado, cada vez más cercano a la exasperación.

Pero yo no cejé.

-Y también tienen que atrapar a ese desconocido -dije-, a ese asesino, ese canalla que está arrojando cadáveres en nuestro pantano.

Por fin se produjo un cambio en Pops, un cambio que yo había observado muchas veces en el pasado. Se puso furioso, furioso conmigo, igual de furioso que lo había visto con Patsy.

-Estás diciendo tonterías, hijo -replicó-. Tienes que largarte de aquí. Si quieres quedarte cerca de casa, puedes inscribirte en la LSU de Baton Rouge, pero yo opino que deberías irte al Este, a Harvard. Tía Queen ha echado un vistazo a todo el material que le dio Lynelle acerca de tus estudios y tus exámenes, y ahora mismo

te sería fácil entrar en una facultad de la Ivy League. Márchate de aquí.

-Cariño -terció tía Queen-, Pops tiene toda la razón. Ahora tienes que pensar en tu futuro en el mundo, y no en los misterios y las historias de unas personas que vivieron en esta casa en determinado momento. Esta casa seguirá estando aquí toda tu vida, pero tú te encuentras ahora en una edad en la que las impresiones lo son todo, y es el momento de que te vayas.

Yo guardé silencio. Me había topado con una resistencia inquebrantable. Me pregunté si los caimanes serían capaces de tragarse aquellos cadáveres tan rápidamente que no quedara nada de ellos. Me pregunté si sería capaz de localizar el punto de la isla en el que me encontraba cuando vi cometer aquella miserable fechoría.

-Vete a la cama, Quinn -dijo tía Queen con suavidad-. Ya sé que has visto algo ahí fuera, no dudo de ti. Y está claro que el santuario existe, has traído una prueba de ello. Pero es tarde, y ya no se puede hacer nada hasta mañana.

En el piso de arriba, encontré a Ramona en mi sillón de orejas, junto al fuego, con su rosario entre las manos. Ya llevaba el cabello, completamente blanco, trenzado y su mejor camisón de franela estampado de rosas. Me dio un fuerte abrazo, y fui a desvestirme y ducharme.

Una vez que hubimos rezado nuestras oraciones y que confesé estar demasiado cansado para rezar un rosario entero, nos hicimos un ovillo y empecé a acordarme de aquel misterioso desconocido a la débil luz de la luna.

En aquel momento oí que se encendía el ordenador. Del monitor emanó una tenue luz verde. «Qué fastidio», pensé.

-Goblin, ¿por qué haces estas cosas? -murmuré. Pero entonces oí un ruido raro. Era el tableteo del teclado.

Salí disparado de la cama, fui a la salita y me quedé mirando fijamente el ordenador. Había un mensaje escrito en la pantalla: QUINN, PELIGRO POR TODAS PARTES; TENGO MIEDO.

Me quedé petrificado. Jamás había sucedido nada igual. Encenderse y apagarse solo, sí, pero, ¿escribir algo sin la intervención de mi mano? Me senté frente a la pantalla y escribí las palabras al tiempo que las recitaba en voz alta:

-Goblin, te quiero. Sin ti no habría podido volver a casa. Explica a qué te refieres con lo del peligro.

Aparté las manos del teclado y observé cómo las teclas se hundían mágicamente para escribir: LO VEO CERCA Y LEJOS. MÁRCHATE. TE AMO. NO AMES A REBECA.

Empecé a contestarle en susurros, o sea, hablándole en voz alta como siempre había hecho, y a decirle que no tenía por qué preocuparse, cuando las teclas empezaron a moverse de nuevo a toda prisa y vi escrito en la pantalla: A TRAVÉS DEL ORDENADOR, QUINN. SE ME DA MUY BIEN LA ELECTRICIDAD, PERO NO TODO LO DEMÁS. ESTOY DEMASIADO CANSADO DEL PANTANO. QUINN, VETE.

Todo aquello me dejó bastante perplejo, pero encajaba en lo que iba entendiendo de él, de modo que disparé:

Goblin, ¿quién era el desconocido? ¿De quién eran los cuerpos?

-No lo sé -fue su respuesta-. Los cuerpos estaban muertos.

Aquél era un ejemplo típico del razonamiento de Goblin. Permanecí allí sentado un buen rato conteniendo la respiración, hasta que volví a teclear: «Goblin, te quiero. No se te ocurra pensar que no te quiero. Te pido que tengas paciencia conmigo y con mis cambios de humor.»

No hubo respuesta pero, de pronto, antes de que pudiera pulsar el botón de guardar para conservar aquel breve diálogo, el ordenador se desconectó solo. O más bien lo desconectó Goblin.

-¿Qué significa esto? -dije en voz alta, mirando a mi alrededor. Pero de la oscuridad no me llegó respuesta alguna. No podía hacer otra cosa que ir a la cama...

Y quedarme allí tendido, despierto, sopesando todo lo ocurrido, incluido el hecho de que Goblin podía escribir en el ordenador sin servirse de mi mano izquierda... un descubrimiento aterrador, pero que no dejaba de rondarme la cabeza, pues era consciente de que había sido él quien me había sacado del pantano.

En resumen, lo que quiero decir es que me sentía culpable por lo injustamente que había tratado a Goblin.

Goblin contaba de nuevo con mi admiración, por la manera en que me comprendía cuando yo era pequeño y me enseñaba a deletrear palabras largas. Goblin y yo volvíamos a estar unidos. Goblin sabía que yo decía la verdad. Goblin lo entendía todo.

Aquello me emocionaba pero al mismo tiempo rechazaba su mensaje de plano. Estábamos unidos, eso era lo único que importaba.

Pero íbamos a estar más unidos todavía.

Durante la noche, mientras Ramona roncaba y yo dormitaba en un duermevela soñando con Rebeca, un desconocido entró en la habitación.

Goblin, apoyando una mano en mi hombro, me despertó y me alertó. Yo dormía en el lado izquierdo de la cama; me giré hacia la izquierda, abrí los ojos y vi a Goblin, que miraba por encima de mí, en dirección a la chimenea. Luego noté el mismo leve apretón que me había dado Goblin en la isla y que significaba precaución.

Me di la vuelta como si fuera algo natural mientras dormía.

Y vi la figura junto a la repisa de la chimenea. Calculé que se trataba de un hombre alto. Por su silueta supe que no lo conocía

pero que era el hombre que había visto en el pantano a la luz de la luna.

Aprecié el contorno de una cabeza calva, unos hombros cuadrados y el resplandor de una mano sobre la repisa de la chimenea.

¡Estaba seguro de que era el mismo hombre! Entonces me llegó un tamborileo; sobre la repisa había algo blanco.

Y después me llegó el sonido de una carcajada sorda.

Me levanté de la cama como una flecha, aunque Goblin intentó impedírmelo con todas sus fuerzas. Y en el momento en que cruzaba la habitación con los pies descalzos oí el ruido de un papel al arrugarse y distinguí en las sombras una bola de papel blanco que alguien lanzaba a la chimenea.

Antes de que diera otro paso el hombre se había esfumado.

Escudriñé la habitación. Corrí hasta la puerta abierta, pero el corredor estaba vacío. En el desván y en el piso de abajo tampoco había nadie.

Todos los huéspedes de Blackwood Manor dormían, al igual que los residentes. Y, desde la ventana de la cocina, vi a Clem, el vigilante nocturno, en el interior del cobertizo vivamente iluminado, sentado con los pies levantados, viendo la televisión.

El corazón me latía a toda prisa.

¿De qué serviría hacer sonar la alarma? ¿Quién iba a creerme esta vez? Regresé a mi habitación y recuperé el papel arrugado de la chimenea. Ya antes de leerlo sabía de qué se trataba: era mi carta al intruso de Sugar Devil Island, en la que le advertía de que debía salir de la propiedad.

Lo desarrugué y le di la vuelta. No llevaba ninguna respuesta escrita al dorso. Entonces me acordé del tamborileo sobre la repisa de la chimenea y tuve la seguridad de que allí había una carta, o por lo menos un papel blanco doblado.

¡Estaba emocionadísimo! Allí estaba. Al tomar el papel literalmente me temblaban las manos; me lo llevé a mi mesa y encendí la pequeña lámpara halógena con la esperanza de no despertar a Ramona.

El papel era grueso y de fantasía, y el texto estaba escrito con una caligrafía grande y florida. Noté el olor de la tinta india con la que había sido redactado. Aproximadamente decía:

Tarquin, mi querido muchacho, Tu aviso no me ha alegrado tanto como cabría esperar. Por el contrario, más bien me molesta que hayas invadido una parte de Sugar Devil Swamp sobre la que yo tengo derecho de forma tácita, gracias a la generosidad y la previsión de tu tatarabuelo Manfred. Si esta noche no me hubiera fijado en ti y no te hubiera reconocido como el joven sensible y serio que eres, posiblemente estaría aún más resentido.

Tal como están las cosas, permíteme que te explique que quiero que la isla no se vea perturbada por ti, y que es mi deseo manifiesto que no se acerque por aquí nadie de tu familia. Valoro mi intimidad, Tarquin, tal vez más de lo que tú valoras tu vida. Piensa en ello, muchacho.

EL RESIDENTE DEL SANTUARIO

Doblé la carta y, sin preocuparme de ponerme una bata o unas zapatillas más de lo que me había preocupado durante mi paseo anterior, bajé al piso de abajo, al dormitorio de tía Queen. Abrí la puerta con la libertad de un niño pequeño.

La luz estaba encendida, naturalmente, y tía Queen, en su diván, envuelta en diamantes y sábanas de satén, se tomaba un enorme helado de color rosa.

Jasmine, que compartía el dormitorio con ella, dormía profundamente en la cama.

En la televisión se oían las voces amortiguadas de Bette Davis y Olivia de Havilland.

-Tarquin -dijo tía Queen de inmediato-, ¿qué sucede?

-Quitó el sonido de la televisión-. Das la impresión de haber visto el fantasma de Banquo. Ven a darme un beso.

Yo la besé más que deseoso.

-Ha entrado en mi habitación, tía Queen -dije sin aliento, agitando la carta en su cara-. Y me ha dejado esta nota. Lo he visto, tía Queen. Estaba de pie junto a la chimenea. Goblin me avisó de que estaba allí. Y ésta es la nota que me ha dejado. Tía Queen, te digo que ahí fuera ocurre algo relacionado con un asesinato, y por más absurdo que parezca, es una especie de sociedad secreta como la de Byron.

-A ver esa carta -repuso ella, dejando a un lado el helado.

Mientras tanto, Jasmine había levantado la cabeza y había salido de entre las mantas.

Les conté a las dos lo que había sucedido en el piso de arriba. Entonces Jasmine leyó la nota, y tía Queen la leyó por segunda vez. Yo estaba demasiado alterado para hacer otra cosa que pasear arriba y abajo.

-Tenemos que empezar por cerrar con llave la puerta principal y la de atrás -dijo Jasmine-por si a la gente se le ocurre entrar sin llamar.

-¿Es que no cerramos con llave las dos puertas? –exclamé horrorizado.

-No, ya sabes que no -contestó Jasmine-. Los huéspedes regresan de Nueva Orleans a todas horas. ¿Alguna vez has tenido una llave de la puerta principal o de la trasera, Tarquin

Blackwood? -Este tipo se ha reído de mí -dije con tanta calma como pude, lo cual no era calma en absoluto-. Se ha reído, ya os lo he contado. Le he oído reírse y... -Me interrumpí. Era la risa que había oído en aquellos mareantes conjuros. Era la risa que había acompañado los lastimeros ruegos de Rebeca. Pero, ¡quién iba a creerse semejante cosa!

-Tarquin, ¿qué sucede? -presionó tía Queen-. No te quedes ahí, mirándome de esa manera. Jasmine, corre a decirle a Clem que inspeccione la propiedad entera. Dile que tenemos un intruso.

Date prisa.

Jasmine salió disparada.

-Tarquin, deja de mirarme así -dijo tía Queen-. Tiene que haber una razón que explique todo esto, algo lógico. Puede que tú lo hayas encontrado. Ahí fuera se reúne una sociedad secreta, sabes, una especie de organización clandestina y romántica, y uno de sus miembros ha entrado en esta casa, que ya sabes que está abierta a todas horas, y se ha atrevido a subir...

- No tiene nada de romántico arrojar cadáveres al agua -repliqué.
- Cariño, a lo mejor estaba arrojando alguna otra cosa, y a ti te parecieron cadáveres.

Di media vuelta describiendo un pequeño círculo. Vi el débil contorno de Goblin junto a uno de los postes de la cama. Goblin me hizo un gesto vigoroso con la cabeza.

La miré. Ella estaba mirando hacia el lugar donde se encontraba Goblin.

- Eran cadáveres, tía Queen -insistí-. Lo sé porque Goblin lo sabe y está asustado.

Un profundo silencio se abatió sobre ella, y a continuación alzó los ojos y me miró.

-Mi querido niño -me dijo-, voy a hacer que investiguen esto de todas las formas imaginables, no tengas la menor duda. Pero a ti voy a sacarte de aquí.

15

A la mañana siguiente, Sugar Devil Island, que siempre había sido el mayor secreto de Blackwood Farm, se convirtió en anfitriona de una docena de guerreros contra el crimen, entre ellos no sólo el sheriff de Ruby River Parish y sus ayudantes, sino también dos investigadores privados contratados directamente por tía Queen, dos técnicos de laboratorio privados y dos caballeros del FBI.

De modo que el santuario se convirtió en algo del dominio público. Y mientras estaba allí de pie dirigiendo a la gente al lugar en el que había visto arrojar los cuerpos en el pantano, tuve el casi venturoso placer de ver cómo la gente pisoteaba en masa el sagrado retiro de Manfred.

Pops había sufrido una tremenda indigestión tras el desayuno, y dijo que no iba a poder acompañarnos. Eso lo hizo sentirse mal de verdad, pero simplemente no tenía fuerzas.

En cuanto a tía Queen, por supuesto, no se podía esperar de ella que hiciera semejante excursión, pero la hizo, después de presentarse con un elegante atuendo deportivo de color caqui que le daba el aspecto de una arqueóloga del siglo XIX. (Se me había olvidado que precisamente el año anterior había viajado al Amazonas para refugiarse en la selva.)

Y, por supuesto, estaba con nosotros Jasmine, vestida con unos vaqueros, que no usaba nunca, y una de mis camisetas heredadas que le resaltaba el pecho, fumando cigarrillos Camel y observando a todo el mundo con suspicacia, si no con abierto desdén.

Y allí estaba yo, atento a cualquier cosa que aliviara mi sensación de aislamiento y ridículo.

Por descontado, los cadáveres del pantano no aparecieron por ninguna parte.

Pero sondear unos dos o tres metros de fango blando no era tarea fácil, y los caimanes que rodeaban la isla se mostraban particularmente importunos y «amistosos», lo cual, para mí,

sólo significaba una cosa: que esperaban que les dieran de comer y que probablemente acababan de darse un banquete con los cadáveres que yo había visto arrojarles.

En cuanto a los restos, o el «residuo» del segundo piso, como

terminó llamándose oficialmente, una parte considerable del mismo fue retirada de allí por el FBI y por los técnicos del laboratorio del hospital Mayfair, la gigantesca empresa privada recientemente fundada por la célebre familia Mayfair de Nueva Orleans, de la cual Kevin Mayfair era un miembro yanqui, tal como he mencionado anteriormente.

El FBI se encontraba allí porque contaba con los medios necesarios para recuperar y analizar el residuo, y porque poseía extensos informes sobre personas desaparecidas que tal vez pudieran aportar una coincidencia de ADN que cerrara el caso para la familia de alguna desdichada víctima.

El hospital Mayfair estaba allí representado porque disponía de un laboratorio a la última, y tía Queen lo había contratado para que realizara los análisis en nuestro nombre, ya que el santuario se encontraba en nuestra propiedad.

El sheriff estaba allí para tópicos, perogrulladas y anécdotas exageradas sobre las bromas que les gastaba a sus amigos, y en general para ser una vía de escape humorístico.

En cuanto a la carta que me había dejado el misterioso desconocido, no había sido entregada al FBI como yo solicité, sino al hospital Mayfair. ¿Podría aquello destruir la «cadena de pruebas» si se encontraba en el santuario ADN de personas recientemente desaparecidas? No. Porque no había nada que vinculase la carta con el santuario excepto mi débil testimonio.

Así entendía yo la situación en la mañana de aquella reunión general en la que los oficiales interestatales y los recalcitrantes sureños se encontraron frente a frente en una ciénaga densa y hedionda, infestada de insectos y reptiles.

Los hombres del FBI eran respetables y respetuosos, probablemente la razón por la que el sheriff y sus ayudantes apenas notaban su presencia. Yo hacía una declaración completa a todo el que me la pedía, y eso incluía los técnicos del Mayfair, que sentían una tremenda curiosidad por la tarea que tenían entre manos, es decir, la recopilación de los datos.

Nadie tomó las huellas dactilares del misterioso escritorio de mármol ni de la silla romana, pero casi todo el mundo los tocó tarde o temprano.

Todos, hasta el sheriff, se quedaron impresionados con el mausoleo de oro, si de eso se trataba, pero a pesar de los repetidos esfuerzos que más de uno realizó no lograron descubrir la manera de abrirlo. Las placas de oro (el sheriff insistía en que eran de bronce), repito, las placas de oro estaban tan firmemente encajadas en el marco de granito que sólo una palanca muy destructiva hubiera podido aflojarlas, lo cual nosotros, orgullosos propietarios del mausoleo, nos negamos a consentir.

Por fin, mediada la tarde, se suspendió la búsqueda de los restos, y el sheriff y sus hombres fueron marchándose, protestando con sus pequeñas piraguas, sus pértigas, los cipreses de ofensivas raíces y codos, las zarzas, el calor y los mosquitos. Los caballeros del FBI tomaron la misma ruta, aunque comportándose en conjunto de un modo más reservado, ya que era nuestro factótum local, Jackson, quien manejaba su bote, y no parecía que el estilo del FBI fuera ir lanzando maldiciones contra todo.

Tía Queen, Jasmine y yo, junto con Clem, nuestro hombre del cobertizo, y Félix (ambos hermanos de Jasmine, y uno de ellos a menudo chófer de tía Queen), como no quisimos quedarnos solos en la isla -Jasmine había visto la carta-, nos apresuramos a ir detrás del FBI hasta el embarcadero mismo.

Una vez a salvo dentro de Blackwood Manor, les dije a Clem y a Félix que en un futuro próximo quería llevar electricidad hasta el santuario, y que por favor no olvidasen dónde acababan de estar. Tía Queen dio su consentimiento, de modo que me prestaron atención.

Además, eran demasiado buenos para reírse y estaban cansados. Les di a los dos una bonificación en efectivo, gesto que llevó a Jasmine a tener un ataque de refinados celos. De

Librodot

modo que también le di una bonificación a ella; estaba seguro de que no la aceptaría, pero la aceptó y se la guardó ostensiblemente en el sostén guiñándome un ojo.

A cuenta de aquello, la agarré, la incliné hacia atrás y la besé con fuerza, tras lo cual ella me dijo en susurros:

-Cuando uno se vuelve negro, ya no vuelve jamás. -Y yo casi me parto de risa.

-¿Dónde has oído eso? -inquirí.

-Para siempre y hace mucho tiempo -respondió ella-. Me sorprende que no lo conozcas. Mira por dónde pisas, jefecillo.

Y se marchó. Ayudó a tía Queen a remontar el terraplén al tiempo que ambas susurraban sospechosamente entre sí.

No sé por qué tenía tanto miedo. Todo el mundo sabía que yo había dicho la verdad acerca de la existencia de la isla. Todo el mundo había visto el escritorio de mármol y la silla de oro. Todo el mundo había visto la extraña inscripción del mausoleo.

¿Acaso no me había complacido mucho que, a primera hora de aquella mañana, la hilera de pequeñas piraguas avistara la isla? ¡Claro que sí! ¿Y acaso no me había sentido igual de complacido en el momento de conmoción en el que todo el mundo acudió en masa al segundo piso del santuario para ver las perversas cadenas oxidadas y el ennegrecido cenagal que cubría el suelo? Claro que sí.

Pero, ¿qué importaba aquello ahora?

Eran las cuatro en punto. El sol descendía. La propiedad, a pesar de su vana magnificencia, parecía desamparada.

Avancé despacio, muy despacio.

Me detuve enfrente de la casa, más allá de los hermosos canteros de flores de Pops, contemplando las grandes columnas hasta que tía Queen apareció en el porche delantero y me dijo que había estado buscándome por todas partes. Sabía que tenía que responderle, pero me resultaba difícil quebrar el silencio que me rodeaba.

Sabía, en cierto sentido, que su semblante amable y bondadoso era justo lo que yo necesitaba en el fondo de mi alma egoísta, pero no pude hablar. Pensé en el misterioso desconocido, en los cadáveres que se deslizaban hacia el fango. Vi el resplandor de la luna como si en aquel momento brillase sobre mí. Vi la figura oscura que había descubierto junto a la chimenea de mi dormitorio. Un destello de luz en la mano, en la frente, en la mejilla. Terror. Sentí el misterio, sí, pero me invadió un pánico helado.

Tía Queen se me acercó y me dijo algo, pero no la oí. Entonces, salida del silencio, oí su voz... decía algo acerca de unos hombres que estaban en la propiedad para vigilarla, hombres contratados de una agencia de Nueva Orleans, expertos en seguridad.

Supe que aquellas palabras significaban algo, algo bueno, y me formé una imagen mental de aquellos hombres, de su presencia junto a las puertas, sentados en la sala, en la cocina, en el comedor. Me lo imaginé todo. Cuando no puedo pensar ni asimilar, imagino. Escuché con atención.

Pero nada podía trocar el pánico que sentía, y mi único recurso parecía ser el de quedarme completamente inmóvil.

-¡Quinn! -exclamó ella. Me puso una mano en el cuello, yo la miré y pensé: «¿Cuánto tiempo tardará en morirse?» Tenía la garganta tan rígida que no podía hablar.

Por fin ascendí a la superficie. Le tomé la mano y se la besé, y le dije:

-Permite que te ayude a subir los escalones, siempre llevas esos zapatos imposibles, mírate. ¿Y si te caes y te rompes la cadera, qué, tía querida? No podrías irte a Katmandú, ni a Tombuctú, ni a Islandia.

Ella se colgó de mi brazo y ambos entramos en la casa, y después de acompañarla a su habitación y de hacer un gesto con la cabeza al guardia de seguridad que estaba sentado en el extremo más alejado del comedor, subí al piso de arriba.

Este recuerdo es muy intenso; pero, ¿cuál no lo es?

Librodot

Todavía era presa del pánico. ¿Lograría hacerlo desaparecer? En el cuarto de baño me quité la ropa sucia del pantano y me metí en la ducha.

Dejé que el agua me cayera encima, rezando, si es que era capaz de rezar, para que aquella sensación de desesperación, de horrible desesperación, me abandonara. Intenté recuperar la emoción que había experimentado cuando puse un pie en la isla por primera vez; intenté sentir algo que alejara aquella terrible angustia. Pero la emoción se había transformado en miedo, y yo era experto en miedo. Ahora tenía otras fuentes de las que alimentarse.

Debía de tener los ojos cerrados, porque de pronto me di cuenta de que Goblin estaba conmigo en la ducha. Abrí los ojos y lo vi justo frente a mí.

Era sólido, tan sólido que el agua resbalaba sobre él, sobre su cabello, su cara y sus hombros. Me miraba fijamente con ojos grandes y vivos.

-Vete, Goblin -dije, que era lo que decía siempre que él me interrumpía en el baño o la ducha.

Pero él no hizo ademán alguno de retirarse, y al mirarlo a los ojos comprendí que estaba obstinado en mantener su postura y que el agua lo estaba volviendo tremendamente fuerte. También caí en la cuenta de que nunca había visto resbalar el agua sobre él de aquel modo; en otras ocasiones, el agua había pasado a través de él. En cambio ahora poseía volumen, poseía un nuevo poder.

Súbitamente me invadió el miedo. Fue como en aquel instante en la iglesia, en el funeral de Lynelle, cuando se arrodilló tan cerca de mí después de la comunión.

Su pene estaba erecto. El mío también.

Sin apartar sus ojos de los míos en ningún momento, tomó el jabón que había sobre la pequeña repisa de porcelana, y se enjabonó bien las manos.

«Pero, ¿cómo es eso posible?», pensé. Pero lo estaba haciendo, sostenía la pastilla de jabón y, tras devolverla a su sitio, introdujo la mano izquierda debajo de mi escroto, lo asió y, a continuación, cerró la mano derecha alrededor de mi pene.

-No, no hagas eso, para, ¿qué estás haciendo? -pregunté. Pero él estaba demasiado ausente, y el movimiento de su mano derecha comenzó a hacerse rítmico. Mi pene fue poniéndose cada vez más duro, y mi fuerza de voluntad se esfumó.

Cuando eyaculé, él me rodeó con su brazo izquierdo y me abrazó, y sentí su pene junto al mío y me abracé a su cuello, por un momento incapaz de sostenerme en pie.

Cuando todo terminó, me apoyé contra los azulejos tibios, aún paladeando el placer, con el cuerpo lánguido; el agua caía suavemente y observaba a Goblin interrogante. Su imagen, si podía considerarla una imagen, era más real que nunca.

Cerré los ojos. Me sentía lleno de amor y odio a la vez. Sobre todo, estaba avergonzado, y pensé que todo el mundo diría que aquello me lo había hecho yo mismo y que la historia de Goblin me la había inventado; pero lo había hecho él, y yo sabía que podía hacerlo de nuevo cuando a mí se me antojara. 0 cuando se le antojara a él. Otra vez. Sí, otra vez, para siempre. Goblin y yo para siempre.

Cuando abrí los ojos él seguía grotescamente pegado a mí, con los ojos brillantes y los labios sonrientes. ¿Tan guapo soy?, pensé. No. En mis ojos brilla algo más.

-¡Márchate ya! -susurré furioso.

Él acercó los labios a mi oído. Percibí su voz telepática en mi cerebro, una delgada sucesión de palabras bajo el tronar de la ducha: «Esto lo hacen Pops, Clem, Félix, los hombres hacen esto. Ámame. No ames a Rebeca. A Rebeca, no.»

De nuevo sentí su brazo izquierdo sobre mi hombro, y cuando se apartó lo besé con la boca abierta, con lujuria, más cerca de él que de ningún otro ser viviente, y de pronto tuve un estremecimiento.

Lo empujé con todas mis fuerzas; por supuesto, aquella fuerza física iba acompañada de mi fuerza mental y Goblin se disolvió, y para mi horror surgió una nube de vapor en el lugar donde había estado, como si se hubiera abierto una fisura en el suelo por la que manara dicho vapor y, después, no quedó nada.

En aquel momento se oyeron unos golpes en la puerta y la voz de Ramona:

-¡Tarquin Blackwood, sal de ahí!

Lo sabe, pensé, lo sabe todo el mundo. Furioso, me sequé con la toalla y abrí la puerta, porque ella no dejaba de aporrearla.

-Cielo santo -dije-. ¿Se ha declarado otro incendio en la casa?

Entonces reparé en las lágrimas que le corrían por las mejillas.

-Se trata de Pops -respondió-. Ha estado peleándose con Patsy, junto a las puertas. Esa maldita Patsy. ¡Vamos, hijo! Vamos, ahora tú eres el hombre de la casa, te necesitan.

16

Blackwood Farm tiene dos entradas: la principal, que conduce al camino bordeado de nogales que sube hasta el porche delantero, y otra más grande, situada muy al este, para las camionetas de los proveedores, las entregas de enseres y los tractores.

Era allí, junto a las puertas grandes, donde Pops había plantado dos enormes robles en recuerdo de Sweetheart.

Al parecer, había ido hasta allí en coche, a primera hora de la tarde, con una bandeja de impatiens para plantarlas alrededor de los árboles, proyecto que llevaba algún tiempo mencionando de vez en cuando. Los hombres del cobertizo dijeron más tarde que parecía confuso y extrañamente preocupado por lo que estaba sucediendo en Sugar Devil Island. No tenía buena cara y ellos se proponían ir a ver si le pasaba algo.

Patsy había acudido en su nuevo todo terreno para hablar con Pops, quejándose a los hombres del cobertizo porque tenía que pedir dinero a Pops otra vez y lo odiaba, no era justo, etcétera. Había dejado a Seymour, que estaba harto de escenas. Además, había estado bebiendo cerveza con los hombres del cobertizo.

Fue Patsy la que regresó chillando después de llamar al servicio de urgencias desde el teléfono del coche, y los hombres del cobertizo salieron con ella y encontraron a Pops inmóvil al lado del cantero de flores. Tenía las manos llenas de tierra.

Ramona, Jasmine, tía Queen y yo llegamos casi al mismo tiempo que el equipo médico. No consiguieron hacerlo volver en sí, de modo que todos nos apiñamos en nuestros vehículos, tía Queen en la ambulancia con Pops, y nos dirigimos al pequeño hospital de Ruby River City.

Pero para Pops todo había terminado. Lo sabíamos ya desde que lo vimos junto al roble. Sollozando de manera incontrolable, tía Queen ordenó una autopsia alegando que tenía que conocer la causa de su muerte, y nosotros procedimos a hacer todos los preparativos para el funeral.

Tía Queen demostró ser completamente incapaz de ocuparse de ellos.

Así que, tembloroso e incoherente, acudí con Jasmine a la funeraria McNeil y di las instrucciones necesarias para que recogieran el cadáver, la noche del velatorio, y lo llevaran a Nueva Orleans para el funeral en la iglesia de St. Mary's Assumption y el entierro en Metairie.

Los de la funeraria, muy amables, dijeron que podía aplazar todo lo demás -la autopsia tardaría dos días-, pero me dije que por qué no zanjar todo aquello lo antes posible. De modo que elegí un bonito ataúd de madera oscura que pensé que sería del agrado de Pops, manitas como era, escogí una cita de la Biblia extraída del Libro de los Salmos para el recordatorio y contraté a un cantante para que entonara los himnos favoritos de Pops, algunos católicos y otros protestantes.

Cuando llegué a casa, encontré a tía Queen destrozada e incapaz de hacer otra cosa que llorar, y no se lo reproché. Ella repetía una y otra vez que una mujer no debería verse obligada a enterrar a un sobrinonieto, que aquello no podía estar bien.

Llamamos a su enfermera favorita, Cindy, la cual dijo que acudiría al momento. Tía Queen no estaba enferma de verdad, pero a menudo pedía a Cindy que le tomara la tensión y le hiciera un análisis de sangre antes de un viaje al extranjero, de modo que Cindy fue la persona afectuosa a la que recurrimos en aquel momento.

Por lo que se refiere a mí, estaba totalmente dominado por el pánico, el mismo que me había embargado desde la muerte de Lynelle, pero todavía no había llegado a la fase peor; me encontraba aún en la etapa de euforia que sigue inmediatamente al milagro de la muerte y, en la ignorancia de mi juventud, mi actitud era de «hacerme cargo de la situación».

Entré en la habitación de Pops y escogí su mejor traje de los domingos, una camisa buena, un cinturón y una corbata, y se lo entregué todo a Clem para que lo llevara a Ruby River City. También incluí una muda, porque no sabía si era necesaria o no; se me ocurrió la extraña idea de que tal vez Pops quisiera su ropa interior.

Cuando Clem se hubo marchado y me quedé a solas en la habitación de Pops, apareció Goblin, y sin previo aviso me dio un apretado abrazo. Al tacto era tan real como yo. Lo besé en la mejilla, y vi sus lágrimas. Una ráfaga del más íntimo amor pasó de mí a él.

Aquél fue un momento extraordinario, un instante de confusión y constricción. Y en lo más recóndito de mi subconsciente supe que era un momento de peligro. Pero el que llevaba la batuta era mi corazón.

-Goblin, yo amaba a Pops -dije-. Lo entiendes, tú lo entiendes todo.

-Patsy. Mala -respondió él con su voz telepática. Sentía sus besos en la mejilla y en el cuello. Durante una décima de segundo, sentí su mano sobre mi pene.

Bajé la mía y aparté la suya con suavidad. Pero el daño ya estaba hecho. Tuve que hacer un esfuerzo para contenerme. Entonces le hablé:

-No, no es culpa de Patsy -dije en voz alta-. Se ha limitado a ser Patsy, eso es todo. Vamos, vete y déjame solo, Goblin. Tengo que ir al piso de abajo. Tengo cosas de que ocuparme.

Me dio un último abrazo y me quedé asombrado de la fuerza que tenía. No tenía nada de espectral ni de efímero. Pero se esfumó en cuanto se lo pedí, y las colgaduras de la lámpara se agitaron como si al desaparecer hubiera creado un vacío en la habitación.

Me quedé mirando la lámpara. Todavía no había asimilado que ya no ocupaba aquel dormitorio nadie vivo. Pero la idea empezaba a calar en mí. Las verdades empezaban a imponerse. Goblin había sido la imagen de mi alma doliente. Oh, había juzgado mal a Goblin, pero, ¿quién iba a entenderlo?

Cuando bajé ala cocina, encontré a Patsy sentada a la mesa. Me miró fijamente, y Ramona, que ocupaba una de las banquetas situadas junto al horno, la miraba a ella. También estaban allí Lolly, vestida para acudir a una cita, con su piel cobriza y su cabello rubio rizado, maravilloso, y Jasmine, con un delantal, en el rincón más alejado, junto a la puerta de atrás.

Oí a tía Queen llorar en su habitación. Su enfermera, Cindy, ya había llegado, y capté el tono de voz compasivo con el que intentaba consolarla.

Patsy tenía la mirada vidriosa y dura, y masticaba un chicle, lo cual prestaba un gesto duro también a su mandíbula. Se puso un cigarrillo en los labios y accionó el encendedor. Llevaba su típico peinado exagerado y pomposo, y los labios muy maquillados, de un color rosa nacarado.

-Todo el mundo querrá saber de qué estábamos hablando -dijo Patsy. En su voz había un ligero temblor, una nota que yo no había captado nunca, pero no estaba seguro de que la hubiera percibido alguien más.

-Seymour dice que querías dinero -dijo Jasmine.

Librodot

-Pues sí, quería dinero -repuso Patsy con su voz dura-, y a él no le faltaba precisamente. Lo tenía. Tú espera a que se lea el testamento. Estaba forrado, ¿y qué hizo con todo ese dinero? Pero no fue eso lo que le hizo ponerse a jurar y gritarme hasta que se llevó una mano al pecho, vomitó y se murió.

-Entonces, ¿qué fue? -inquirió Jasmine.

-Le dije que estaba enferma-respondió Patsy-. Le dije que era seropositiva.

Silencio. Ramona posó su mirada en mí.

-¿De qué está hablando? -quiso saber.

-Del sida, Ramona. Es seropositiva. Quiere decir que ha contraído el virus del sida. En cualquier momento podría desarrollar la enfermedad.

-La que está enferma soy yo -dijo Patsy-, y en cambio es él quien se muere porque se enfadó conmigo, lo puso furioso que yo fuera seropositiva. Si me lo preguntas, opino que se murió de pena. De pena por Sweetheart. -De pronto se interrumpió y nos miró a cada uno de los presentes-. La pena lo ha matado -prosiguió. Luego se encogió de hombros-. No lo he matado yo. Deberíais haber visto lo que estaba haciendo allí. Había chafado una hilera de pensamientos con la camioneta y estaba sembrando otra; ni siquiera se había dado cuenta de lo que había hecho. Le dije: «Mira lo que has hecho, viejo loco.» Él se sobresaltó y me gritó: «¡Tú vendiste su vestido de novia!», como si aquello no estuviera ya olvidado, el viejo loco, y dijo que no pensaba darme ni un centavo, y entonces se lo dije. Le dije que tenía facturas del médico por pagar.

Yo estaba demasiado aturdido para pensar, pero me oí a mí mismo preguntarle:

-¿Cómo lo has pillado?

-¿Cómo voy a saberlo? -replicó ella, mirándome con aquellos ojos brillantes y quebradizos-. De algún cabrón que lo tenía, probablemente un consumidor, no sé, me viene una idea y al minuto siguiente la descarto. No ha sido Seymour, no le eches la culpa a él. Y tampoco se lo digas. Ninguno de vosotros debe contarle a nadie lo que os estoy contando. No se lo digáis a tía Queen. Seymour y yo tenemos un concierto esta noche, pero la cosa es que no puedo pagar al resto de los acompañantes hasta que consiga algo de dinero.

Por acompañantes se refería a los guitarristas que iban a respaldarla.

-¿Esperas que uno de nosotros entre a pedirle dinero a tía Queen? -preguntó Ramona-. Suspende tu maldito concierto. No tienes derecho a tocar música esta noche cuando tu padre está frío como una piedra en el depósito de Ruby River City.

Patsy negó con la cabeza.

-Estoy sin blanca -dijo. Quinn, consígueme algo de dinero.

Tragué saliva, de eso me acuerdo, pero no recuerdo cuánto tiempo tardé en responder. Entonces me acordé de que tenía en los vaqueros un fajo de billetes de Pops; me los había entregado él, junto con sus llaves y su pañuelo, en el hospital.

Lo saqué y lo miré. Era un fajo de billetes de veinte dólares, pero también había bastantes de cien. Él siempre ahorraba aquellos billetes de cien por si acaso surgía algo. Lo conté... mil dólares, y se lo entregué a Patsy.

-¿Estás diciendo la verdad sobre lo del virus? -preguntó Jasmine.

-Sí, y ya veo que todos lloráis a mares -contestó Patsy-. Él se puso hecho una furia al enterarse. Sois una familia de lo más compasivo.

-¿Lo sabe alguien más, además de nosotros? -inquirió Jasmine.

-No -respondió Patsy-. Acabo de deciros que no se lo contéis a nadie, ¿no? ¿Y por qué me lo preguntas? ¿Estás preocupada por tu preciado establecimiento de alojamiento y desayuno? Ya no queda nadie que dirija el negocio, por si no te has dado cuenta. A no ser que os ocupéis vosotros. -Lanzó una mirada asesina a cada uno-. Supongo que el pequeño lord Tarquin aquí presente podría convertirse en el propietario de un negocio de alojamiento y desayuno más joven de todo el Sur, ¿no?

-Lo siento mucho, Patsy -dije yo-. Pero tener el sida ya no es una sentencia de muerte. Hay fármacos, montones de fármacos.

Librodot

-¡Oh, ahórrame el sermón, pequeño lord Tarquin! -me disparó.

-¿Va a ser ése mi nombre a partir de ahora? Pues no me gusta -contraataqué yo-. Me refería a la medicina, adelantos, esperanzas. En Mayfair tienen una unidad especial para investigación, eso es lo que intento decir.

-Ah, sí, investigación, es estupendo ver cuánto sabes, estás enterado de todo -martilleó ella-. El pequeño genio de Lynelle. Últimamente no has visto su fantasma, ¿no?

-Patsy, esta noche no vas a dar ningún concierto -declaró Ramona.

-¿Vas a ponerte en tratamiento en serio? -preguntó Jasmine-. Dinos eso por lo menos.

-Oh, sí, sí, lo sé todo sobre tratamientos en serio -repuso Patsy-. Me dedico a la música, acuérdate. ¿Crees que nunca me he pinchado? Probablemente, así es como lo he pillado, con las agujas, en vez de yéndome a la cama con alguien. Con una sola vez basta, y sólo me pincho cuando estoy bebida. Ahí lo tenéis, a la señorita Patsy Blackwood no le queda mucho en este mundo porque se emborrachó y se pinchó con la aguja de otra persona, pero hasta la fecha no presenta síntomas.

Se guardó el dinero en el bolsillo y se levantó.

-¡Adónde vas, muchacha! -exclamó Ramona al tiempo que se levantaba para impedir que Patsy saliera por la puerta de atrás-. No vas a dar ningún concierto con tu padre recién fallecido.

-Y una mierda que no. Y voy a darlo en Tennessee, de modo que tengo que ponerme en camino. Me está esperando Seymour.

-No puedes irte -intervine yo-. ¡No puedes dejar de asistir al funeral!

-Ya verás si puedo o no -se burló Patsy.

La puerta de rejilla se cerró de golpe tras ella. Yo salí corriendo a buscarla.

-Patsy, vas a arrepentirte de esto toda tu vida -le dije, corriendo a su lado en dirección a la camioneta-. Patsy, no estás pensando. Todavía no lo has asimilado. Tienes que aguantar hasta el final. Todo el mundo espera que tengas suficientes sentimientos para estar presente. Patsy, escúchame.

-¡Como si mi vida fuera a durar mucho, Quinn! ¿Mi vida? Ese viejo. ¡Le dije que era seropositiva y se puso como un basilisco! Deberías haberlo oído insultarnos a mí y a la gente con la que me codeo. ¿Quieres saber cuáles fueron las últimas palabras que me dijo? «Maldigo el día en que naciste.» Y después se derrumbó jadeando y vomitando todo lo que tenía dentro. No iría a su funeral ni aunque fuera a resucitar de entre los muertos. Si te tropiezas con su fantasma, dile que lo odio. Y ahora apártate de mí.

Seymour y ella se marcharon con un chirrido de neumáticos, y yo me quedé allí de pie, de nuevo presa del pánico, y al cabo de unos segundos me asaltó la gélida idea de que no me importaba que Patsy viniera o no; no serviría de nada para aliviar mi dolor. Probablemente, no le importaba a nadie.

Sería simplemente una de esas cosas que se comentan en toda la parroquia.

Sólo me ayudaría el hecho de estar cerca de Jasmine o de Ramona, o de tía Queen.

Volví a entrar en casa. Percibí el olor de las tortitas que Ramona me estaba preparando, y entonces el hambre me pareció una razón para vivir, para posponer durante un rato el deber de decirle a tía Queen que Patsy no asistía al funeral. De hecho, tal vez no llegara a mencionarlo.

La autopsia tardó un solo día.

Pops había sufrido un infarto masivo.

El funeral fue multitudinario. Comenzó con un largo velatorio en Ruby River City al que acudió gente de todo tipo, propietarios de tiendas, técnicos de mantenimiento, carpinteros, leñadores... en resumen, las muchas personas de toda clase y condición que Pops había conocido y que le tenían devoción. Me quedé pasmado al ver la cantidad de niños y jóvenes que admiraban a Pops y que decían que había sido como un padre para ellos. Por lo visto, todo el mundo respetaba a Pops, y era mucho más famoso de lo que yo hubiera creído.

Librodot

Estaban allí Henderson el Feo y todo su clan, así como los sucios Hodges, todos bien limpios, cosa inédita, porque la única bañera que tenían estaba repleta de repuestos de coche grasientos. El sheriff Jeanfreau lloraba.

En cuanto a la ausencia de Patsy, fue un completo escándalo. Y la excusa de que tenía una actuación en Tennessee no la hizo ganar puntos a los ojos de nadie. La gente no sólo esperaba que asistiera al funeral, sino que cantara en él. Para eso terminamos contratando a una mujer entrada en años que veneraba a Pops por los favores que le había hecho a lo largo de los años, y lo hizo bastante bien.

A la mañana siguiente, cuando la procesión emprendió el camino hacia la iglesia de St. Mary's Assumption en Nueva Orleans, la misma en la que se habían casado Sweetheart y Pops, por todas partes la gente se detenía en las aceras de Ruby River City como muestra de respeto.

Había un viejo trabajador tocado con un sombrero de paja, encaramado en una escalerilla para arreglar algo en la pared de su casa; interrumpió lo que estaba haciendo, se quitó el sombrero y lo sostuvo contra el pecho mientras pasábamos. Aquel único gesto perdurará en mi memoria para siempre.

Después, a la misa de difuntos que se celebró en la iglesia acudió otra marea de asistentes, en su mayoría campesinos que ya habían estado en el velatorio, muchos de ellos pertenecientes a la familia por la parte de Sweetheart, el grupo del Carnaval de Nueva Orleans, y la procesión estaba formada por más automóviles de los que pude contar mientras íbamos al cementerio de Metairie para depositar el féretro de Pops, con las oraciones de rigor, en la cripta abierta de la capilla.

El sol caía sobre nosotros con toda su fuerza, a pesar de que unos cuantos robles daban un poco de sombra, pero gracias a Dios Kevin Mayfair fue breve, y todo lo que dijo, tanto en la iglesia como en el cementerio, fue sincero y muy sentido. Creo que cuando lo oí hablar volví a creer de nuevo en la vida eterna, y pensé que mi pánico era un pecado contra Dios, un pecado de ateísmo.

El optimismo era una virtud, y la desesperación, el terror que experimentaba con frecuencia, eran pecado. En cuanto a los fantasmas que veía, tal vez fueran de algún modo un regalo de Dios. Quizás aquello tuviera una finalidad.

Y por lo que se refiere al misterioso desconocido, sería apresado. O bien se marcharía de allí, lejos de Sugar Devil Island, a algún otro lugar remoto.

Ya sé que suena melodramático, pero no entendía del todo a qué se debía mi pánico, ni lo entiendo todavía.

Por descontado, Goblin acudió al funeral, igual que había acudido al de Sweetheart. Se arrodilló a mi lado en la iglesia y permaneció junto a mí cuando los demás se lo permitieron, pero mientras estábamos de pie ante la pequeña capilla mortuoria de la familia terminé dándome cuenta de una cosa.

Lo que comprendí fue que el semblante de Goblin reflejaba cada vez emociones más complejas. Siempre había hecho toda clase de muecas, pero por lo general su expresión era vacía, de asombro. Ahora aquello estaba cambiando.

Lo que recuerdo es que en el funeral parecía un personaje distinto, su rostro era un mezcla de confusión y sorpresa y prestaba mucha atención a los presentes, sus ojos recorrían la multitud y a menudo se posaban sobre Kevin Mayfair.

Al ver cómo movía los ojos Goblin, al observar cómo tomaba las medidas de la cripta, sentí una fascinación hipnótica. Y cuando volvió a fijar su mirada en mí y se dio cuenta de que yo lo estaba contemplando, sonrió de un modo más bien triste y adulto.

Era eso exactamente, una sonrisa de adulto. ¿Y cuándo había sido Goblin otra cosa que no fuera un payaso? En el cementerio de Metairie no me pareció un payaso en absoluto, y también se mostró distanciado de mí y de mis sentimientos.

No pensé mucho más en ello.

Pero antes de dejar el tema del funeral, permíteme que profundice un poco en la persona de Kevin Mayfair. Kevin Mayfair era genial. Era una inspiración. Parecía demasiado joven para ser sacerdote, como ya he hecho notar más o menos, y aquel día no era distinto.

Además, por primera vez reparé en lo guapo que era. De pronto me fijé en su cabello rojizo, sus ojos verdes y su buena constitución. Yo diría que mide como un metro ochenta. Y su forma de hablar era de lo más persuasiva. Estaba fuera de toda duda que él creía que Pops había ido al Cielo.

Y un sacerdote joven, tan fuerte... en fin, resulta inspirador. Me sentí atraído por él, tuve la sensación de que podría confesarme con él y contarle algunas de las cosas que me pasaban.

Después del funeral regresamos a Blackwood Manor para disfrutar de un abundante banquete al que acudieron decenas de personas del lugar. Las mesas rebosaban de guisos que habían traído los vecinos y de platos fabulosos que habían preparado Ramona y Jasmine. Los dos huéspedes de pago que teníamos en casa tuvieron el honor de ser invitados a unirse a nosotros.

Los dos hijos de Ramona, que habían salido al mundo, como decíamos siempre -George, dentista en Shreveport, y Yancy, abogado en Nueva Orleans- se encontraban allí con sus esposas, echándonos una mano con la comida. Y también había como media docena o más de los primos de color.

Los guardias de seguridad estaban por todas partes, observando, sin estorbar, a todo el mundo, y preguntándome constantemente acerca del «misterioso desconocido», pero no vi a nadie que pudiera guardar alguna relación con dicho individuo.

Varias veces a lo largo de todo el acto, tía Queen se derrumbó y se echó a llorar, y dijo que nadie debería verse obligado a enterrar a un sobrinonieto y que no sabía por qué ella había vivido tanto. Nunca la había visto tan destrozada; me trajo a la cabeza la imagen de una margarita pisoteada.

En determinado momento pareció que todo el mundo hablaba de la ausencia de Patsy, pero probablemente fueran imaginaciones mías. Había dicho demasiadas veces que a Patsy no le iba a ser posible acudir, y cada vez que lo decía tenía la sensación de que me resultaba un poco más antipática.

En cuanto a lo de confesar que era seropositiva, no sabía si creerla o no.

Por fin se acabó el largo día del funeral.

Los huéspedes se despidieron temprano, insistiendo en irse y en que, de todas formas, deseaban jugar en los casinos de la costa del golfo.

Blackwood Manor quedó sumido en un profundo silencio. Los guardias armados se colocaron en sus puestos, pero la casa y el terreno parecieron tragárselos.

Llegó el crepúsculo, con el canturreo martilleante de las cigarras en los robles y la aparición del lucero de la tarde.

Tía Queen lloraba tendida en su cama. Cindy, su enfermera, sentada a su lado, le sostenía la mano. Detrás se encontraba Jasmine, frotándole la espalda.

Ramona guardaba comida en el frigorífico de la cocina.

Yo subí al piso de arriba solo. Me senté en mi sillón de lectura, junto a la chimenea, y me quedé adormilado. El pánico no era nunca tan intenso como para impedirme echar una cabezada. Por más dura que hubiera sido la jornada, ahora experimentaba un delicioso cansancio y me alegraba de estar a solas.

Enseguida, tan pronto como me dominó el sueño, apareció Rebeca a mi lado y me dijo al oído: «Ya sé que te sientes mal.» Luego la escena se disolvió y la vi arrastrada por una figura en sombras en dirección a las cadenas, vi cómo su zapato de cordones rebotaba sobre los desnudos tablones del suelo y la oí gritar.

Me desperté sobresaltado.

Las teclas del ordenador estaban moviéndose.

Librodot

Observé fijamente la mesa del ordenador. ¡La lámpara flexo estaba encendida! Vi a mi doble allí sentado, vi su espalda, su nuca, sus hombros y sus brazos mientras trabajaba, y oí el persistente ruido del teclado.

Antes de que me fuera posible levantarme, el sonido cesó y él giró la cabeza, se volvió como no puede volverse un ser humano, y me miró por encima del hombro derecho. No sonreía ni parecía triste, sólo tenía una mirada de vaga sorpresa.

En cuanto me levanté del sillón, se esfumó.

El mensaje que aparecía en la pantalla del ordenador era largo:

Sé todas las palabras que sabes tú, las palabras que escribes. Pops está muerto, igual que Lynelle y Sweetheart. Muerto, desaparecido, fuera del cuerpo. Tristeza. El espíritu se fue. El cuerpo se fue. El cuerpo se lavó. El cuerpo se pintó. Cuerpo vacío. El espíritu es la vida. Esta vida. La vida se fue. ¿Por qué la vida abandona el cuerpo? La gente dice que no lo sabe. Yo no lo sé.

Quinn triste. Quinn llora. Tía Queen llora. Yo estoy triste. Pero se acerca el peligro. Peligro en la isla. Veo peligro. No lo olvides. Rebeca es mala. Peligro para Quinn. Quinn abandonará a Goblin.

Tecleé la respuesta de inmediato.

-Escúchame -dije en voz alta al tiempo que escribía-. Jamás te abandonaré. Lo único que podría separarnos es que yo muriera, y entonces, sí, mi espíritu abandonaría mi cuerpo y yo me iría, no sé adónde. Vuelvo a preguntarte: ¿Adónde se fue el espíritu de Lynelle? ¿Adónde se fue el espíritu de Sweetheart? ¿Adónde se ha ido el espíritu de Pops?

Me quedé esperando, pero no hubo respuesta.

Luego empezaron a moverse las teclas. Escribió: «¿De dónde venían esos espíritus?»

Me envaré, con una sensación aguda de que tenía que ir con cuidado. Escribí: «Los cuerpos nacen en el mundo. ¿Te acuerdas de cuando yo era un recién nacido, un bebé? Los cuerpos vienen al mundo llevando el espíritu dentro, y cuando mueren, el espíritu se va.»

Silencio.

Entonces las teclas se movieron de nuevo: «¿De dónde he venido yo?»

Me invadió un miedo sordo. Era el pánico, que se abría camino, pero también era algo más. Escribí: «¿No sabes de dónde has venido? ¿No sabes quién eras antes de convertirte en mi Goblin?»

«No.»

«Tienes que acordarte de algo -escribí-. En alguna parte tienes que haber estado.»

«¿Estuviste tú en alguna parte -me preguntó- antes de ser Quinn?»

«No. Tuve mi comienzo cuando nací -escribí-. Pero tú eres un espíritu. ¿Dónde estabas? ¿Estabas con otra persona? ¿Por qué viniste a mí?»

Hubo una larga pausa, muy larga, tanto que estuve a punto de levantarme de la mesa, pero entonces las teclas volvieron a agitarse: «Amo a Quinn -decía el mensaje-. Quinn y Goblin son uno.»

-Sí -exclamé en voz alta-. Somos uno.

Luego la máquina se desconectó. La lámpara flexo parpadeó un par de veces y después se apagó.

El corazón me latía con violencia. ¿Qué le estaba ocurriendo a Goblin? ¿Y cómo podía confiarle a nadie de este mundo mi experiencia con él, con Pops muerto y todo Blackwood pendiente de un hilo? ¿A quién podía ir a contarle que aquel espíritu estaba cobrando nuevas fuerzas?

Permanecí allí sentado por espacio de cierto tiempo, y por fin encendí la máquina y pregunté: «Ese peligro del que hablabas, ¿procede del desconocido que entró en esta habitación?»

No hubo respuesta.

«¿Qué viste cuando viste al desconocido? ¿Cómo era? No olvides que a mis ojos no era más que una forma oscura. Goblin, escucha. Háblame.»

Una brisa barrió la habitación, una sensación helada contra mi mejilla... pero no hubo respuesta. No le quedaban fuerzas. Ya había hecho mucho por un día. O quizá no quería contestar. Fuera como fuese, no hubo más que silencio.

Ya no tenía sueño, sólo me sentía cansado, y una agradable y profunda fatiga engulló mi dolor y mi pánico. Sentí deseos de acurrucarme en el sillón de orejas junto al fuego y dormirme otra vez, con la tranquila seguridad de que la propiedad estaba rodeada de guardias armados y de que el misterioso desconocido no podía hacerme nada. Pero no pude.

No, el pequeño lord Tarquin era ahora el hombre de Blackwood Manor.

Bajé a la planta baja para ver a tía Queen.

En su habitación se encontraba el padre Kevin Mayfair, sentado junto a la cama, hablándole en voz baja. Llevaba su severa e impoluta sotana negra y el alzacuello blanco.

Y cuando lo observé desde la puerta, supe por primera vez que apreciaba la belleza de forma erótica tanto en hombres como en mujeres. Rebeca en la cama cubierta de encaje, Goblin en el tibio vapor de la cascada de la ducha. Kevin Mayfair con aquel cabello rojo y rizado y aquellos ojos verdes, y su rostro sin una sola peca. Tanto hombres como mujeres.

Volví a salir y fui caminando un buen trecho por la derecha del bungaló en que vivían Jasmine, Ramona, Clem y Lolly. Jasmine fumaba en su mecedora pintada de verde, meciéndose.

Estaba aturdido. Procuré no fijarme en los pechos de Jasmine bajo aquella camiseta ajustada. Procuré no mirar la cremallera de sus pantalones vaqueros. Cuando volvió la cabeza para expeler el humo, vi cómo la luz iluminaba el perfil de su garganta hasta los senos. Una mujer muy hermosa. De treinta y cinco años. ¿Qué posibilidades tenía yo? Tal vez, si le fuera con el cuento de que yo mismo dudaba de mi virilidad...

Oh, era una idea maravillosa. De lo más reconfortante. ¿Y dónde podíamos hacerlo? ¿Podíamos meternos en el cobertizo, subir las escaleras y hacerlo en la cama de Patsy? Di vueltas a aquel sueño unos instantes. No se pilla el sida por tumbarse en una cama. ¿Y si... y luego... y...? Me invadió el pánico al observar la casa a oscuras: se habían olvidado de las luces de las cuatro en punto.

-¿Qué va a pasar ahora? -pregunté.

-Ven a sentarte conmigo, mi niño perdido -respondió ella-. Yo también me he formulado esa misma pregunta.

17

Pasé la semana siguiente encerrado con llave, o bien bajo escolta armada.

No lo averigüé hasta la mañana siguiente al funeral de Pops, cuando intenté salir de mi habitación y descubrí que tenía un guardia de seguridad empeñado en ir adonde yo fuera.

No es que me importara demasiado, dado que yo era el único que sabía lo real que había sido el misterioso desconocido y no deseaba ser sorprendido por él. Pero me convertí en un incordio con mi manía de advertir a todo el mundo acerca de los peligros de la isla.

Nuestras investigaciones avanzaron rápidamente, y sé que me concentré en ellas para escapar del puro horror de la muerte de Pops, de la pérdida del único hombre que había sido mi padre. Aún nos quedaba asistir a la lectura del testamento, y me sentía profundamente

preocupado por la posibilidad de que hubiera excluido del todo a Patsy. Si a mí me había dejado algo, decidí repartirlo con Patsy o por lo menos darle una parte.

Mientras tanto, ella continuaba viajando por el Sur, tocando en bares y locales pequeños, y tía Queen la perseguía desesperadamente por teléfono en un intento de convencerla para que regresara y que pudiéramos enfrentarnos todos a lo que había hecho Pops, fuera lo que fuese.

Volvamos a la investigación.

Por lo que respecta a la carta misteriosa, el laboratorio de Mayfair no logró encontrar en ella huellas dactilares discernibles, e informó de que el tipo de papel era poco frecuente, que se comercializaba en Europa y no en Estados Unidos, que la tinta era india y la escritura no denotaba ninguna patología y que podría proceder tanto de la mano de un hombre como de la de una mujer. Además, el autor había utilizado una pluma ejerciendo una presión inusitadamente fuerte, lo cual implicaba que el autor de la carta se sentía sumamente seguro de sí mismo.

Dicho de otro modo, no consiguieron decir casi nada acerca de la carta. Y eso que la había estudiado un grafólogo con nuestro pleno consentimiento.

En lo que se refiere al resto de nuestras preocupaciones, tuvimos mejor suerte.

Mayfair no tardó en confirmar que el ADN extraído del residuo del santuario coincidía con el del cabello encontrado en el baúl de Rebeca. Los materiales eran muy viejos, pero había abundancia de los mismos y las pruebas resultaron sencillas.

Ahora tía Queen estaba segura de que Rebeca había encontrado la muerte a manos de Manfred, y de que mis sueños no eran enteramente un producto de una mente morbosa, si es que alguna vez había albergado dudas al respecto.

Por mi parte limpié todos los camafeos del baúl de Rebeca y los que recogí en la isla. Los coloqué en la vitrina del primer piso con una tarjeta explicativa: eran regalos de Manfred Blackwood a una mujer de la que se había enamorado apasionadamente; añadí la relación existente entre el nombre de Rebeca y el tema de los camafeos. Al hacerlo, al exponerlos al público, sentí que le había hecho justicia.

Tras una larga e intensa conversación entre tía Queen, Jasmine y yo (tía Queen había permanecido postrada en cama desde el entierro de Pops), acordamos que incluiríamos en la información de la visita turística que se decía que el viejo Manfred había asesinado a una joven con la que tuvo un romance, y que los restos de la muchacha hacía poco que habían sido descubiertos e inhumados como era debido.

En cuanto a dicha inhumación, iba a ocuparme yo de ella, si me lo permitían y cuando me lo permitieran. Encargamos una pequeña lápida de mármol con el nombre de Rebeca Stanford grabado. Nos la entregaron al cabo de un solo día y la dejé en el cementerio a la espera de poder trasladar allí los restos.

El FBI no logró hallar en el lugar de los hechos ADN coincidente con el de algún desaparecido. No obstante, nos agradecieron que los hubiéramos llamado y confirmaron que en el pantano había ADN de varias personas, y que en conjunto tenía la apariencia de ser el escenario de un crimen antiguo pero brutal.

Por fin, una semana entera después del funeral de Pops, con tía Queen todavía en cama y negándose a ingerir alimento alguno, lo cual nos tuvo a mí y a todos los demás al borde de la histeria, partí al amanecer en dirección a Sugar Devil Island en compañía de los ocho hombres del cobertizo, que me siguieron en pequeñas piraguas. Todos llevábamos pistola -yo llevaba la treinta y ocho de Pops-, y cerraban la comitiva dos guardias de seguridad. También venía con nosotros Clem, y a mi lado se encontraba Jasmine, con sus vaqueros ajustados y su pistola del treinta y ocho, decidida a verlo todo desde un asiento de primera fila.

Cargábamos con un montón de herramientas para abrir la imponente tumba de oro y granito, y yo llevaba un pequeño cofre ornamental, en realidad un joyero comprado en una tienda de regalos, en el cual pensaba guardar lo que quedase de Rebeca. La horrible recogida de sus restos tenía que hacerse con una pequeña pala; no había manera de escabullirse.

Formábamos un grupo muy animado. Allen, líder nominal de los hombres del cobertizo, nos llamaba el Pelotón de las Piraguas, pero cuando partimos para recuperar el santuario, debajo de mis risas y sonrisas lo que había era un miedo cerval.

¿Qué otra cosa podía hacer yo, sino advertir a todos los hombres del peligro que corrían? ¡El intruso había tenido las agallas suficientes para colarse en casa! Hasta qué punto me daban crédito era para mí un misterio.

Por fin, después de unos cuarenta minutos de empujar y abrirnos paso por el pantano, llegamos a la orilla cubierta de zarzas. Allí estaba la casa, como un barco varado que las impetuosas glicinas intentaban desesperadamente tragarse.

Puse pie en la isla, abrí una cerveza y me limité a contemplar cómo los hombres contemplaban con sus propios ojos todo o casi todo lo que les habían contado. Allen y Clem, que ya lo habían visto la primera vez, se quedaron conmigo hasta que pasó la emoción.

Entonces anuncié que pensaba recoger los restos de Rebeca a solas. No deseaba ir allí con todo un ejército.

Al instante todos se preocuparon por mi seguridad.

-Está bien. Jasmine, tú que tienes un arma, ven conmigo -dije, pero eché a andar el primero empuñando mi pistola del treinta y ocho.

El sol entraba con fuerza por las ventanas abiertas del segundo piso. Por un momento quedé deslumbrado, pero paulatinamente fui distinguiendo un ser vivo ante mí: era Rebeca, con el vestido desgarrado y caído sobre los brazos, los pechos al descubierto; el gancho del que colgaba su cuerpo clavado en la costilla; el rostro blanco y un reguero de sangre saliéndole por la boca. Parpadeó, pero no pudo hablar; tenía demasiada sangre en la boca.

-Por Dios santo, Rebeca -dije al tiempo que me precipitaba hacia la figura para intentar sacarle el gancho sin herirla aún más. Ella se retorció y soltó una exclamación ahogada.

Aquello estaba sucediendo de verdad.

-¡Rebeca, estoy aquí! -declaré mientras intentaba alzarla. Entonces oí la voz de Jasmine, y vi su cara y las de Allen y

Clem. Estábamos todos en la segunda planta de la casa, yo tendido de espaldas. El sol hacía de nuevo guiños entre los cipreses. Rebeca ya no estaba. Quedaban sólo las cadenas oxidadas y la masa sucia y oscura. Me puse de pie.

Jasmine dijo:

-Clem, ven aquí, por favor, hermano, y sostén esta caja mientras yo recojo con la pala lo que pueda de esta pobre muchacha. Sostén la tapa.

Yo me alejé un trecho y sentí el estómago revuelto.

Los hombres charlaban, hablaban de que, para abrir la tumba, iban a tener que estropear placas de oro «fabulosas». Yo les dije que lo hicieran. Tenía que saber lo que había dentro.

Me senté en los escalones de la casa y me tomé otra cerveza. Comprendí que aquella mujer tal vez me obsesionara siempre. Lo que había hecho con los camafeos no era suficiente, las pesadillas no eran suficiente, y haber ido allí a hacer aquello, recoger los restos, tampoco era suficiente. ¿Qué sería suficiente? No lo sabía. No podía pensar. Me sentía mal, estaba bebiendo demasiado y hacía un calor insufrible, los mosquitos no dejaban de picarme a través de la camisa y los hombres repetían una y otra vez que aquello era granito, granito macizo.

Por fin, en el primer lado estrecho de la estructura rectangular que atacaron, localizaron una abertura más allá de la placa de oro, y consiguieron empujarla hacia atrás. Se trataba de una pesada puerta.

Hablaban todos a la vez, entre quejidos y aspavientos. A ver, linternas, quién tiene las linternas, aquí hay una, bien, fíjate en eso.

No pienso abrir eso.

-¿Qué es lo que no piensas abrir? -pregunté yo.

-Un ataúd.

-Claro, ¿y qué diablos esperabais encontrar en una tumba?

-exclamé. Me sentía enormemente estimulado. Para mí, las cosas corrientes no tenían ninguna importancia.

-Vigila ese tono, jefecillo-dijo Jasmine. Me dio otra cerveza.

¿Qué era aquello? ¿Acaso era yo un enfermo mental al que pretendía narcotizar? Le pedí disculpas. La cerveza estaba fría y buena.

No iba a quejarme de una cerveza helada.

-¿Ya has metido a la señorita Stanford en su cajita? -pregunté.

-Te estás pasando, jefecillo -replicó ella-. Cuidado con tus modales. No les hables a Allen y a Clem de esa manera. Siempre has sido el caballero de tía Queen, no lo estropees ahora. No permitas que este lugar te convierta en otra cosa.

-¿De qué demonios estás hablando? -pregunté.

Ella estudió con aire pensativo el santuario, luego me miró con su rostro absolutamente exquisito, de piel de cacao y ojos grandes

y claros, ojos verdes o dorados.

-Toma ejemplo de tu tía Queen -contestó-. Es lo único que estoy intentando que comprendas, y sí, tengo los restos de tu amiga fantasma dentro del ataúd. Sólo Dios sabe qué más tengo aquí dentro.

-Haz el amor conmigo cuando volvamos a casa -dije-. No se me da bien la vida corriente. Tú no ves los fantasmas que veo yo. Tú no has visto a esa chica colgada del gancho. Yo tengo fantasmas. Ellos me tienen a mí. Necesito tener a alguien real. Haz el amor conmigo cuando volvamos a casa, tú y yo, ¿qué me dices? Sé mi dulce de chocolate. En realidad no estoy seguro de mi masculinidad.

-¿Ah, sí? -replicó pila-. Vaya, pues nadie lo diría.

En aquel momento se me acercó Clem.

-Quinn, el féretro está vacío. Más vale que vengas tú mismo a echar un vistazo. Forma parte de tus obligaciones de jefe, muchacho.

Así lo hice. El ataúd era de hierro, muy ornamentado y ligeramente herrumbroso, con una ventanita a través de la cual se podía ver la cara del fallecido, supongo, aunque yo nunca había visto uno así. Para abrirlo hicieron falta cinco hombres armados con dos palancas. Estaba forrado de algo seco y suave al tacto; era plomo.

Y el ataúd se encontraba dentro de una bóveda también de plomo. Y bien sellado. Aunque la bóveda se hundía como un metro en el suelo, no había señales de que se hubiera filtrado nada de humedad.

Bajé a la cripta y permanecí largo rato allí dentro, en el interior del mausoleo -en la bóveda- simplemente contemplando el ataúd vacío. Había el espacio justo para pasear a su alrededor, y eso fue lo que hice.

Después volví a salir a la luz del sol.

-¿Sabes cuántos de nosotros hemos tenido que arrimar el hombro para abrir esa puerta de oro? -preguntó Allen-. ¿Qué sacas de todo esto? ¿Qué es eso que hay escrito ahí? Sabrás leerlo, ¿no, Quinn?

Yo negué con la cabeza.

-Es cosa de Manfred -respondí-. Manfred tenía planeado que lo enterraran aquí, y las personas en las que confiaba jamás cumplieron su sueño. De modo que ahora tenemos un ataúd vacío y un mausoleo vacío. Tenemos placas de oro y una inscripción en latín. Fíjate, eso es latín, yo mismo lo copié. Todo esto lo hizo Manfred, hizo que construyeran este panteón cuando construyó el santuario. Manfred lo hizo todo. Así que vamos a volver a cerrarlo.

-¡Pero todo este oro macizo! -exclamó Clem-. No puedes dejar todo este oro aquí, sin más, para que lo robe alguien.

-¿Todavía se mata la gente por el oro? -repliqué-. ¿Alguno de vosotros va a regresar aquí a robarlo? ¿Acaso vamos a liarnos a tiros por culpa de este oro? Vámonos por donde hemos venido. Lo único que puedo hacer es reclamar esta propiedad. No me gusta que haya un intruso en la casa. Vámonos de aquí.

Había una cosa más que quería comprobar, de modo que regresé al santuario.

¡Estaba en lo cierto!

Sobre la mesa de mármol había libros nuevos, libros de filosofía e historia, libros sobre sucesos actuales, novelas. Era todo nuevo, lo cual constituía una agradable sorpresa. Hasta las velas eran nuevas, aunque las mechas estaban negras. Oh, sí, el temerario, mi intruso, había estado allí.

«Bueno, ¿y ahora qué?», me pregunté. Entonces me dio un ataque de rabia. Agarré todos los libros que pude y los arrojé por las escaleras del santuario. Luego volví por el resto y lo arrojé también. Bajé las escaleras a toda prisa y me puse a apilar los volúmenes a manotazos y patadas.

Saqué el encendedor, prendí fuego a una edición en rústica, y después a otra y a otra. Al cabo de un momento el montón ardía solo y los hombres me miraban como si estuviera loco, y no les faltaba razón.

-¡Son sus libros! -exclamé-. No tiene ningún derecho a usar esta propiedad, y deja los libros para que yo los vea y sepa que ha estado aquí de nuevo.

-Santo cielo -dijo Jasmine mientras las llamas se elevaban y el fuego crepitaba-. Tenemos a una chica muerta, un edificio extraño, una colección de libros y una tumba normalísima de oro con un féretro vacío en su interior, ¡y además un chico loco!

-Bien dicho -le dije al oído-, y no te olvides de lo que me has prometido, dulce de chocolate. Solos esta noche, tú y yo.

-¡Yo no te he prometido nada! -protestó ella.

-Ya te lo he dicho, no me siento seguro de mi masculinidad -susurré-. Tienes que sacrificarte.

Propiné una patada al fuego para reavivar las llamas. Odiaba quemar libros; a duras penas podía soportar ver cómo se convertía en humo un diccionario Merriam-Webster. Pero tenía que hacerlo.

Una o dos patadas más y todo quedó convertido en cenizas.

Me volví a mirar a Jasmine, esperando algún comentario sensato, pero lo único que vi fue una especie de expresión soñadora y pensativa en su rostro. Entonces me dijo:

-¿Sabes?, en realidad me has hecho reflexionar. Deberías ser más amable con una mujer de mi edad. Eres un pícaro. ¿Crees que yo no tengo impulsos de ésos sólo porque te mecí cuando estabas en la cuna?

-¿Cómo de amable puedo ser? -pregunté yo-. ¿Crees que alterno con cualquiera?

Su expresión no cambió lo más mínimo. Estaba muy guapa con sus vaqueros ceñidos. Llevaba el peinado afro recogido, y la forma de su cabeza y su cara resultaba preciosa.

Jasmine vivía como una monja, de eso estaba seguro. No había habido ningún hombre en su vida desde la muerte de su marido, acaecida años atrás. Y su hermana Lolly había tenido tres maridos.

-Estoy loco -le dije mirándola fijamente, mirando su generoso busto y su delgada cintura-. Tengo visiones. ¿Qué se supone que debo hacer con ellas, qué quiere de mí Rebeca? La he visto ahí arriba. No lo entiendo. A lo mejor descubren que estoy loco. Pero hay una cosa que sé con seguridad.

-¿Cuál es? -quiso saber ella.

-Que estoy obsesionado contigo, señorita café con leche. No quiero dormir con los muertos.

Silencio por su parte y luego una sonrisa a medias, una sonrisa impropia de ella. Me recorrió con la mirada muy despacio, de la cabeza a los pies.

Sentí que se me endurecía el pene.

El fuego casi lo había consumido todo.

Los hombres habían cerrado la tumba. Jasmine sostenía el pequeño ataúd bajo el brazo derecho. Todo el mundo tenía calor y se sentía enfermo, maldecía y daba manotazos contra

Librodot

los mosquitos, el sol enviaba destellos entre los árboles y el agua apestaba a podredumbre, a cosas muertas.

Así era el pantano. Por supuesto, había cosas que nacían y cosas que florecían, y en el limo traicionero vivían criaturas maravillosas, pero eran más las que se pudrían y sufrían por falta de sol, y era la muerte la que tenía la última palabra, era la muerte lo que se olía en las aguas negras.

Nos fuimos de la isla.

-Será mejor que me beba esta cerveza en casa -dijo Clem-, donde Mamma nos pueda preparar algo de comer. Me muero de hambre.

Todos estábamos ya bastante borrachos antes de llegar a casa, y bajo la influencia del alcohol equivoqué el camino una o dos veces, equivocaciones que podrían habernos costado pasar varias horas perdidos.

Resultó que conseguimos regresar antes de que anocheciera, y después de echar la meada más larga de toda mi vida me fui con el ataúd y la pala hasta el pequeño cementerio.

Estaba muy atento a la menor sensación de frío, al menor estremecimiento, pero no sentí nada. Y tampoco vi la acostumbrada tropa de espíritus que me abordaban a veces. Pero era propio de ellos dejarse ver desde lejos; nunca se colocaban a mi alrededor.

Encontré un pedazo de terreno despejado y me puse a cavar con facilidad en la tierra húmeda. No tardé en abrir un agujero de unos sesenta centímetros de profundidad. El ataúd cupo perfectamente en él, lo rodeé de tierra y lo cubrí.

Después puse la pesada lápida de mármol en su sitio.

Hice la señal de la cruz. Recé tres Avemarías y dos Padrenuestros, y después la antigua plegaria:

Que la luz perpetua brille sobre ella, Señor, y que su alma y las almas de todos los que nos abandonaron descansen en paz. Amén.

La nueva sepultura, tremendamente pequeña entre las tumbas de hormigón viejas, del tamaño de un féretro, era sin embargo respetable e incluso elegante.

Al levantar la vista descubrí a Goblin junto al roble, observándome. Yo estaba borracho y él completamente sobrio. Yo iba de lo más sucio, él inmaculado. No se había limitado a aparecérseme; me estaba estudiando. Y sólo cuando lo miré caí en la cuenta de que no lo había visto en todo el día, que ni siquiera había percibido su presencia a mi lado. No había pensado en él. Rara vez lo había visto en los últimos días. No había hablado con él.

«Hola, hermano.» Subí la pendiente caminando, o tambaleándome, y tendí las manos para abrazarlo. Pero él se esfumó y no quedó nada que abrazar. Me invadió una sensación de frío, estaba lo bastante bebido como para llorar por nada.

Además, Jasmine llamaba para la cena.

Alubias rojas con arroz y chuletas de cerdo cocidas a fuego lento en su salsa.

Eran más o menos las nueve y yo todavía no había terminado de ducharme y afeitarme, y todavía no se me había pasado del todo la borrachera. Bajé para decirle a tía Queen lo que llevaba días diciéndole su enfermera Cindy; que tenía que levantarse, hacer cosas y, sobre todo, comer algo.

La hallé sentada en la cama, recostada en un montón de almohadas blancas cubiertas de encaje, vestida con uno de sus despampanantes negligés blancos ribeteados de plumas, con las gafas en la punta de la nariz y leyendo lo que parecía ser una carta de varias páginas.

La acompañaba Cindy, la enfermera, con su habitual sonrisa resplandeciente. Se excusó cuando entré yo.

- Bueno, pues ya lo tengo, querido mío -dijo tía Queen-. Ven aquí, acerca una silla.
- Sólo lo haré si comes algo -repliqué-. ¿Qué es lo que tienes?

-Voy por delante de ti, carita de ángel -repuso ella-. He bebido dos latas de lípidos relativamente inocuos, como puede verificar Cindy, así que he ingerido comida suficiente para alimentar a un poblado entero de la India durante un día. Siéntate. Tengo una traducción de la inscripción de la isla. Acaba de llegar.

Me entraron ganas de arrancarle los papeles de la mano, pero ella no me lo hubiera permitido. Leyó: «Aquí yace Petronia, cuyas mortales manos fabricaron una vez los más hermosos camafeos, destinados incluso a emperadores y reyes. Guardadme, dioses y diosas cuyas imágenes he representado tan bien. Maldito sea aquel que intente perturbar mi lugar de descanso.»

A continuación me entregó el papel. Yo lo leí una y otra vez.

-Petronia -susurré-. ¿Qué puede significar todo esto? -Le devolví la página-. ¿Quién lo ha traducido, tía Queen? -quise saber.

-Un hombre a quien deseo que conozcas, Quinn, un hombre que va a cambiar el curso de tu vida como lo cambió Lynelle, un hombre que va a acompañarnos a ti y a mí en el Gran Viaje que deberías haber realizado hace mucho tiempo. Ese hombre se llama Nash Penfield. Es un catedrático de inglés de California, y me gusta mucho.

-Pero, ¿y si no me gusta a mí, tía Queen? -dije yo-. Tía

Queen, no quiero ir a Europa todavía. No quiero marcharme de aquí. ¿Qué va a pasar con este lugar? Tía Queen, acaba de morir Pops. No podemos ponernos a hacer planes.

-Pero tenemos que hacerlos, mi niño -repuso ella-. Nash Penfield llega en avión el viernes. Cenaremos juntos y veremos si te gusta o no, y si no despierta ningún interés en ti, cosa que verdaderamente no me cabe imaginar, buscaremos a otra persona. Necesitas un tutor, Quinn, alguien que retome las riendas donde las dejó

Lynelle.

-Está bien. Haremos un trato. Tú te levantas de la cama, haces tres comidas decentes mañana, y yo conoceré al señor Penfield. ¿Qué te parece?

-Te propongo uno mejor -contestó ella-. Tú acudes mañana a Mayfair a hacerte unas cuantas pruebas, y yo me levantaré, desayunaré e iré contigo. ¿Qué me dices?

-¿Qué pruebas? -pregunté, pero ya lo sabía. Iban a escanearme el cerebro, a hacerme resonancias magnéticas, electroencefalogramas o como los llamaran. Buscarían lesiones en el lóbulo temporal, algo físico a lo que echar la culpa de lo que yo afirmaba ver y oír. No me sorprendió; incluso tras la verificación de que Rebeca Stanford era un ser real y de que había sido asesinada, no me sorprendió.

Si acaso, lo que me sorprendió fue que no lo hubieran hecho antes. Y pensé para mis adentros: «Bueno, así nos quitaremos esto de encima y no pensaremos más en ello.»

-De acuerdo, iré al hospital -contesté-, pero no van a meterme en la sala de Psiquiatría, ¿verdad?

-Mi niño, los manicomios me inspiran el mismo desprecio que a ti -repuso ella-. Pero creo que sería una negligencia por mi parte no solicitar que se lleven a cabo ciertas pruebas puramente médicas. En cuanto a Mayfair, es una maravilla, tiene los mejores médicos y equipos de todo el Sur.

-Ya lo sé, tía Queen. Tienes que acordarte, Lynelle iba a trabajar allí como investigadora. ¿Quién, dentro del entorno de Nueva Orleans, no lo sabe todo acerca de Mayfair? He estado allí, querida tía, he recorrido esos pasillos de baldosas de granito en compañía de Lynelle. Era su sueño convertido en realidad, ¿no te acuerdas?

En aquel momento volvió a invadirme el miedo, fuerte y siniestro, al pensar en Lynelle con sus tacones de vértigo resonando a mi lado por los pasillos del hospital, señalando todas las particularidades de aquella revolucionaria clínica.

Recordé hasta los detalles más pequeños, los más especiales: que todas las salas de Mayfair tenían confortables bancos adosados a las paredes para comodidad de los familiares y amigos que visitaban a los pacientes; que todas las habitaciones eran individuales; que en cada habitación había sillones para las visitas.

Librodot

-Oh, es demasiado triste pensar en la pobre Lynelle -dijo tía Queen, como si me leyera el pensamiento o hubiera reparado en mi mirada perdida-. Lynelle, Sweetheart, Pops, es demasiado triste, demasiado horroroso. Pero no podemos dejar a un lado los detalles de la vida, Quinn. Los detalles nos salvarán. Pediremos esas pruebas y descubriremos si hay algo de lo que debamos preocuparnos.

-¿Preocuparnos? ¡Tienes una carta del desconocido! Sabes que yo no la he escrito ni la he inventado. Te he dicho que estuvo en mi habitación y que desde que lo ahuyenté se encuentra en la isla. He quemado sus libros, estaba furioso. Y ahora esta inscripción. ¿Qué puede significar? Y los camafeos. ¿Por qué está todo relacionado?

Ella escuchaba con atención y afecto.

Le conté la visión que había tenido de Rebeca colgada del gancho oxidado, clavado en su costilla. Le conté que después caí al suelo, inconsciente.

-Jasmine me ha dicho que te desplomaste como si te hubieran propinado un golpe en la cabeza. Que no llegaste a cerrar los ojos. Y que luego reviviste, sin más.

-¿Sufrí un ataque? -pregunté-. ¿Fue eso lo que vio Jasmine en realidad?

-No lo vio -repuso tía Queen-. Pero podemos hablar de todo esto mañana por la tarde, cuando vayamos a Mayfair. Respecto al misterioso intruso, tenemos guardias por todas partes. Los hombres del cobertizo están en guardia. Pero en cuanto a mañana por la mañana...

-Han encontrado a Patsy y se va a leer el testamento -adiviné.

-Exactamente. Prepárate para una escenita. Aunque tengo mis esperanzas, y mis planes. Tu abuelo era el único hijo vivo de Gravier. Veremos qué ocurre. Ahora vete arriba, es probable que te esté esperando Ramona. Dame un besito. Te quiero.

Me incliné para besarla, para recrearme en su suave cabello gris y en su perfume.

-Buenas noches, mi amor -dije-. ¿Dónde está tu compañera de cama, Jasmine?

-Oh, es una criatura de lo más provocadora. Está cansada de la excursión a la isla. Se siente confusa. Pronto será nuestra salvación, y lo sabe. Me parece que tiene miedo del reto que eso supone para ella.

-¿A qué te refieres?

-Bueno, ¿quién va a mandar en este lugar cuando nos vayamos tú y yo? -dijo ella con un encogimiento de hombros-. Jasmine puede encargarse.

Nunca había pensado en aquello y de repente me parecía lo natural. ¿Cuántas veces había ido yo al bungaló a buscar a Jasmine y me la había encontrado trabajando en el ordenador? ¿Y quién hacía las visitas turísticas mejor que ella?

-¡Eso está muy bien, pero que muy bien! -exclamé-. Quiero hablar con ella.

-No, deja que se lo explique yo -repuso tía Queen-. Vendrá más tarde. Ha subido a revolver en la habitación de Pops. Le pedí que examinara sus joyas, y se está pasando la noche entera con ello. Sólo dile que deje el inventario y baje a una hora razonable. Sin ella, no podré dormir esta noche.

Algo produjo un chasquido en mi cabeza. Y también en mi cuerpo. Jasmine sola en el dormitorio de Pops.

Subí las escaleras como un hombre que va a reunirse con su esposa la noche de bodas. Me asomé a mirar a Ramona y la encontré profundamente dormida. Continué hasta la habitación de Pops.

La puerta estaba abierta.

La cama era enorme y con cuatro columnas -ya la viste-, una de las más antiguas de la casa. Vi a Jasmine sentada sobre ella, recostada contra los cojines tapizados de terciopelo y con una copa de vino tinto en la mano. La botella descansaba sobre la mesilla de noche.

Iba vestida muy sexy, llevaba una de sus camisetas ajustadas de piel de leopardo que relucían en contraste con su piel de caoba y su pelo rubio muy corto, y una minúscula falda de cuero. Tenía una pierna flexionada y la otra extendida. Tacones de aguja. Atisbé unas bragas blancas. Jamás se ha visto una invitación más evidente. Y yo era el único invitado.

Cerré la puerta y eché la llave.

Ella suspiró y dejó la copa bajo la lámpara de la mesilla. Me senté a su lado y la tomé en mis brazos. La besé en los labios y sentí de inmediato la pasión. Ella aplastó los pechos contra mí. Yo se los estrujé con tanta desesperación que fue un milagro que no le hiciera daño. «Dios, esto es como estar en el cielo; estás donde no debes.» Le deslicé la mano por la pierna hasta tocar las bragas de seda y el calor que se notaba bajo ellas.

-Quítamelas, rómpelas -me dijo ella al oído-. Las bragas son baratas, no son nada. -Estaba llorando, me di cuenta.

La besé en la boca otra vez, y ella introdujo la lengua entre mis labios. Oh, Dios. Entonces la besé a fondo y le quité las bragas por los tobillos, pasando por encima de los zapatos de tacón de aguja. Tomé uno de sus pies en mi mano y le besé la planta.

Jasmine lloraba en silencio. Yo bebí con ansia sus lágrimas húmedas.

-Dios, esto no está bien -susurró-. Sé que no está bien. Contigo, con mi pequeño Tarquin, ¡pero es que lo necesito tanto!

-Yo también -contesté-. ¡No imaginas hasta qué punto!

18

Era lo que nosotros llamamos plena noche. La una o las dos de la mañana, aproximadamente. Todo Blackwood Manor dormía. Yo dormía. Ramona roncaba. Me despertaba de vez en cuando. Tuve la vaga sensación de estar conversando con Rebeca. Nos encontrábamos sobre el césped, sentados en los antiguos sillones de mimbre del desván, y ella me explicaba que todos los antiguos muebles de mimbre eran suyos, que Manfred se los había comprado.

Estaba muy contenta de que los hubiera bajado del desván y restaurado, y de que Pops los hubiera pintado de blanco. Qué bonitos estaban. «Eres todo mi mundo, Tarquin.»

Pero aquello fue sólo una parte de lo que intentaba decirme. Intentaba hablar de otras cosas, cosas que yo debía hacer, de cómo se haría justicia, y yo discutía con ella.

Todo era vago y confuso. Me desperté y me quedé con la mirada fija al frente, y todo el tejido se disolvió. Me di la vuelta y me encontré hablando con ella de nuevo.

De repente, alguien me sacó de la cama y me arrastró por el suelo.

Me desperté por completo de golpe.

Me metieron a la fuerza en el cuarto de baño unas poderosas manos que me hicieron daño en los brazos. Me golpeé la cabeza contra la pared. Me levantaron en el aire y me sostuvieron, y a la tenue luz que entraba por la puerta por la que acababan de hacerme cruzar vi que quien me sostenía era un hombre de elevada estatura.

Llevaba el pelo esmeradamente peinado hacia atrás, con las sienes redondeadas despejadas, y tenía sus grandes ojos oscuros fijos en mí.

-Ah, de modo que has quemado mis libros, pequeño diablillo, ¿eh? -me susurró con su aliento tibio e inodoro contra mi cara-. ¡Has quemado mis libros! ¡Estás jugando conmigo!

Yo sentía cómo iban acumulándose mis emociones, y de pronto supe que lo que sentía no era terror, sino rabia, la misma rabia que había experimentado cuando hice aquello que tanto lo había enfurecido.

-¡Déjame en paz y vete de mi casa! -grité-. ¡Cómo te atreves a entrar en mi habitación! ¡Cómo te atreves a venir otra vez!

Forcejeé con violencia para soltarme, le aporreé el pecho con todas mis fuerzas, pero se mantuvo impertérrito.

Sus ojos resplandecían en la oscuridad. Del resto de él, lo único que veía era una camisa abierta, blanca, de puños blancos, y una chaqueta negra. Entonces me depositó en el suelo con cuidado.

-Eres un necio -dijo al tiempo que me agarraba por los hombros y me sonreía, y por primera vez vi su boca, muy elegante, de labios carnosos pero perfectamente esculpidos.

Una vez más, me debatí contra él. Lo empujé con la rodilla, le propiné patadas en las espinillas. ¡Pero no conseguí nada!

-¡No se te ocurra volver a la isla! -siseó-. No se te ocurra tocar lo que es mío, ¿me oyes?

-Eres un mentiroso y un intruso -dije yo-. ¡Lleva tu demanda a un juzgado!

-¿No te das cuenta de que podría matarte? -replicó él con encendida furia-. No siento el menor escrúpulo al respecto. ¿Por qué protestas? ¿Por qué cometes necedades? ¿Qué es lo que atesoras tanto?

-¡Lo que me pertenece por derecho! -respondí-. Sal de mi casa antes de que llame a todo el mundo para que te echen.

Por supuesto, yo sabía que no podía oírme nadie. Ramona dormía como un tronco. La casa era demasiado grande, los muros eran demasiado gruesos, y nosotros nos encontrábamos en un cuarto de baño revestido de azulejos y sin ventana.

De pronto aflojó su tenaza. Me dolieron los hombros. Sin embargo, no me soltó. Y cuando volvió a hablar, lo hizo con más calma:

-No voy a matarte. No te quiero muerto. Tengo una teoría sobre ti. Pero si vuelves a acercarte a esa isla, te mataré, ¿me entiendes? Advierte a todo el mundo. Nadie debe acercarse a esa isla nunca más. Que todos sepan que ése es el límite del mundo, o de lo contrario regresaré y te llevaré a rastras hasta ese pantano para matarte lentamente, igual que murió Rebeca, niñato insolente.

Apenas había terminado de pronunciar las dos últimas palabras cuando el gran espejo que había a su derecha se rompió en pedazos. Grandes y peligrosos fragmentos de vidrio cayeron con gran estrépito sobre el lavabo y al suelo. Entonces acerté a ver a Goblin a su espalda.

Goblin rodeó el cuello del desconocido con las manos, y lo vi desvanecerse al tiempo que ejercía una fuerte presión.

El hombre soltó un juramento en otro idioma. Me liberó y se llevó las manos a la garganta de modo instintivo, y entonces se rompió la mampara de cristal de la ducha y volvió a aparecer Goblin, semitransparente pero visible para mí, atacando al desconocido con un trozo de vidrio, que éste desvió fácilmente con su inmensa fuerza.

El hombre juró de nuevo y miró rápidamente a derecha e izquierda, y también detrás. Me fijé en que su cabello negro era muy largo y en que lo llevaba sujeto en una fina cola de caballo ondulada. Tenía unos hombros notablemente cuadrados.

Enloquecido, giró sobre sí y volvió a aferrarme, pero en aquel momento Goblin atacó de nuevo con ambos puños. Lanzó más pedazos de vidrio contra el intruso, que me soltó, retrocedió y se contorsionó como una bailarina.

Por toda la habitación volaban trozos de cristal. El desconocido tuvo que agacharse para esquivar uno que le había dado en la cara. Otros fragmentos se estrellaron en el suelo cuando la parte inferior de la mampara se deshizo en añicos.

-¿Qué sucede? -siseó, esquivando los cristales con manotazos tan rápidos que yo no podía seguirlos.

Goblin se abalanzó sobre él con los puños cerrados y volvió a estrangularlo. El intruso se lo quitó de encima con visible esfuerzo, enfurecido.

En aquel momento se encendió la luz un instante, se apagó, volvió a encenderse. Lo vi plenamente iluminado, era un hombre joven de piel perfecta y cabello de un negro satinado, con un traje negro muy elegante y un rostro, aun congestionado por el odio, francamente hermoso.

-¡Qué sucede, maldita sea! -rugió. Le llovían encima esquirlas de cristal que él apartaba como si fueran insectos. Las luces continuaban parpadeando.

-¿Crees que te lo voy a decir? -ataqué-. ¡Ahora estás en mi casa, igual que cuando lees tus libros en mi isla! Márchate, o de lo contrario quién sabe lo que puede suceder. Veo a la criatura que está peleando contigo. ¡Pero está claro como el día que tú no la ves!

Hervía de furia. Mantuve el aplomo, sólo me faltaba el temple necesario para incrustarle un pedazo de cristal en el pecho. Entonces se fue, rápidamente y en silencio, como si nunca hubiera estado allí, y me encontré solo en el cuarto de baño, a oscuras, en medio de los cristales rotos, con Ramona descalza y vestida con su camisón estampado de rosas que me miraba sin pestañear.

-Santo cielo bendito -dijo-. ¡Pero qué has hecho!

-¡No he sido yo, ha sido él! ¿No lo has visto? Oh, Dios mío, ¿es que no lo has visto? -le supliqué.

-No sé lo que he visto. ¡No te muevas, no pises esos cristales! Estaba dormida y de repente he oído todo este ruido de cristales rotos.

Goblin, delante del lavabo, con un gesto reservado, un gesto de suficiencia, me sonrió. Yo lo rodeé con los brazos. Sentí la forma de su cuerpo.

-Gracias a Dios que te tengo a ti -declaré. Le acaricié el pelo. Lo besé-. Lo has ahuyentado. De verdad.

La casa entera estaba despertándose. Oí el ruido de pisadas que subían las escaleras. Oí a Clem que me llamaba a voces desde el pasillo. Oí dispararse una alarma, aunque no supe dónde ni cómo.

Y conforme todo el mundo iba amontonándose en el dormitorio, supe qué era lo que veían. Me veían a mí de pie entre los cristales rotos, tan descalzo como Ramona, abrazado a una forma que ellos no percibían. Que ellos supieran, estaba abrazando el aire.

19

Cuando llegamos al hospital Mayfair, yo era un idiota que farfullaba vestido con una maldita camisa de dormir. Iba en el asiento de atrás de la limusina de tía Queen, con ella a un lado y Clem al otro, Ramona en el asiento de enfrente de nosotros y Jasmine acomodada en el extremo más alejado de éste, de espaldas al conductor. Todos me rogaban que me calmara. Clem me estaba clavando los dedos en el brazo y tía Queen ejercía tanta presión como podía. En un momento dado, Ramona le dijo a tía Queen que se apartara y me agarró como un profesional de la lucha libre.

Era la historia de siempre. Cuanto más le dices a la gente que no estás loco, más demente te consideran. Y estaba claro que éstos pensaban que yo estaba loco.

¿Cuántas veces dije que el intruso había estado en la casa? ¿Cuántas veces me contestaron que aquello era imposible? ¿Cuántas veces les dije que el que rompió el cristal fue Goblin, que Goblin me salvó la vida? ¿Cuántas veces intercambiaron entre sí miradas inquietas de tristeza?

Seguía enfurecido cuando llegamos a la entrada de Urgencias y me prepararon una camilla con ruedas. Por supuesto, yo juré y perjuré que no la necesitaba. Entonces caí en la cuenta de que iba descalzo y de que tenía rasguños en los pies por culpa de los cristales. De acuerdo. Normas del hospital.

Podría haberme vestido decentemente antes de salir de casa, si alguien me hubiera escuchado. Pero fui a la sala de Urgencias, donde me cortaron sin ninguna ceremonia la camisa de dormir y empezaron a aplicarme medicamentos en los arañazos y magulladuras que tenía por todo el cuerpo.

En cuanto a la cabeza, les dije que el dolor me estaba matando. El desconocido me había lanzado contra la pared. Denme algo para el dolor de cabeza, por lo menos. Pueden olvidarse de los rasguños y los hematomas.

Y eso que hematomas había para dar y tomar. Cuando vi a qué grado llegaban, empecé a chillar para que vinieran tía Queen y Jasmine. ¡Ojalá hubiese estado allí Pops! ¡Maldita sea!

Se disponían a atarme, y entonces sí que me enfurecí.

Goblin estuvo conmigo todo el tiempo, muy fuerte, perfectamente visible, con el semblante lleno de preocupación, pero no me atreví a hablar con él, y él se dio cuenta. Después de la energía que había demostrado, yo no entendía cómo podía seguir tan denso y potente. No le gustaba lo que estaba sucediendo. No se anduvo con rodeos. Y de repente me entró el terror de que le diera por romper el cristal y de que toda la escena desembocara en un caos.

-Goblin, no hagas nada aquí dentro -le dije, mirándolo fijamente-. No harás más que empeorar las cosas. Déjame que me ocupe yo de todo hasta el final.

En aquel momento se aproximó a la camilla el doctor Winn Mayfair en persona, orgulloso vástago de la legendaria familia Mayfair y jefe en la práctica de todo aquel complejo. Parecía haber caído un hechizo sobre la sala de Urgencias, médicos y enfermeras estaban como hipnotizados por la mera presencia de aquel individuo.

Yo también me apacigüé. Me encontraba literalmente atado de pies y manos, además, ¿por qué iba a poner objeciones a que me examinara aquel médico?

La única razón por la que yo sabía algo acerca del doctor Winn Mayfair era porque Lynelle me había hablado de él. Nacido en Nueva Orleans, se había criado en Boston y estudiado medicina en el Norte. Sólo había regresado al Sur cuando su familia se puso en contacto con él y le ofreció el trabajo de su vida en el nuevo centro médico.

Se había convertido en el socio y confidente de Rowan Mayfair, el otro licenciado en medicina del famoso clan, la persona que había creado y fundado el centro y que había ideado todas sus particularidades.

El doctor Winn se encargaba de la gestión cotidiana de todo, mientras que Rowan trabajaba de forma incansable en la investigación que tenía que ver con la hormona humana del crecimiento, el sueño de Lynelle.

Detrás de las bambalinas se encontraba el padre del doctor

Winn, el doctor Elliott Mayfair, cirujano cardíaco, al que también habían persuadido para que hiciera sus trasplantes otra vez en casa. Rowan, Elliott y Winn Mayfair constituían la columna vertebral del establecimiento.

El doctor Winn tenía fama de poseer una voz muy suave y mucho tacto. Su campo era la neurocirugía, el mismo que el de Rowan Mayfair, y decían que ambos primos se parecían en el temperamento y en el talento, además de en el físico. Se habían conocido recientemente, y cada uno quedó perplejo ante el otro.

Lynelle lo veneraba.

Lo que vi yo fue a un hombre dulce, inteligente y atento, alto y delgado, que había sido levantado de la cama para conocer a la señorita Lorraine McQueen y a su legendario niño prodigio, que se comunicaba con los muertos.

Llevaba el cabello rubio platino muy acicalado, y tenía unos ojos azules y fríos. Usaba gafas rectangulares con montura metálica, y me hablaba en voz muy baja, lo cual tendía a dar a sus palabras un tono confidencial que yo francamente agradecí. Además, me habló con lentitud.

Enseguida me tomó el pulso, aunque ya me lo había tomado una enfermera, y acto seguido me examinó las pupilas. Me puso el estetoscopio en la cabeza y se pasó un buen rato escuchando, como si mi cerebro le hablase. Después me palpó las manos e inspeccionó los moratones que tenía en los brazos. Su contacto era reverente.

-Ya sé que te duele la cabeza -dijo con una voz líquida-, pero no podemos darte nada para el dolor que pudiera enmascarar los síntomas de una lesión. En cuanto terminen de curarte estas laceraciones te llevaremos a hacerte un TAC.

-Esto no me lo he hecho yo -dije-. No estoy loco. No encontrará ninguna lesión en mi lóbulo temporal. Puede estar seguro. En este momento me siento desgraciado, pero no estoy loco.

El me miró fijamente un buen rato y luego dijo:

-Me han dicho que tienes dieciocho años, ¿es correcto?

-Estoy a punto de cumplir diecinueve -contesté-. ¿Sirve de algo tener dieciocho y medio?

Él sonrió.

-Sí, supongo que sí -respondió-. Ahora no vamos a buscar ataques ni lesiones, sino una hemorragia procedente de la herida que te está causando el dolor de cabeza. Si te duermes, te despertaremos. Ahora voy a sacarte de aquí, y te veré después del TAC.

-Usted es neurocirujano, ¿verdad? -dije; deseaba retenerlo-. Pues le juro que lo que vi no era producto de mi cerebro, y no quiero que me corte un pedazo. Prefiero desvariar como un loco en una celda acolchada que permitir que ocurra eso.

Habían llegado dos celadores, o al menos eso me parecieron, para llevarme a otra parte, pero él les indicó con un gesto que aguardasen.

-Cuéntame tú mismo -me dijo- lo que te ha sucedido.

-Ese desconocido, el hombre que entró sin permiso en un santuario que se encuentra en nuestra propiedad, se coló en mi habitación a pesar de los guardias que vigilan la casa, me sacó de la cama, me arrastró hasta el cuarto de baño, me golpeó la cabeza contra la pared y después me insultó y me amenazó.

Me interrumpí un momento. No quería hablarle de Goblin. Un instinto oculto me dijo que no le hablara de Goblin. Pero aquel mismo instinto no me impidió que llamase en silencio a Goblin y, de manera bastante repentina, lo tuve a los pies de la camilla, todavía con un aspecto muy sólido y un color vivo, lo cual resultaba sorprendente después del trance por el que había pasado, moviendo la cabeza con firmeza en un gesto negativo.

-Había cristales rotos -dije- del espejo del lavabo y de la mampara de la ducha. Creo que me hice unos cuantos rasguños, nada más.

-¿Cómo te sacó de la cama el intruso? -quiso saber el doctor Winn.

-Por los brazos.

El doctor Winn me miró los dos brazos. Los tenía de color negro y azul. Los estudió concienzudamente.

A continuación me pidió que me inclinara hacia delante para examinarme la nuca. Yo obedecí, y sentí el tacto de sus dedos increíblemente delicados sobre un bulto enorme que presentaba en dicha zona. Su contacto me produjo un escalofrío por todo el cuerpo.

Una vez más, Goblin sacudió la cabeza. «No le hables de nosotros. Me hará daño.»

-¿Me cree ahora? -dije-. ¿Que esto no me lo he hecho yo mismo?

-Oh, sí, te creo -contestó-. Ninguna de tus heridas ha sido autoinfligida. Existen varias razones por las que resulta bastante imposible que sean autoinfligidas. Pero tenemos que hacerte ese

TAC.

Sentí un inmenso alivio.

El TAC resultó ser una prueba relativamente sencilla, que reveló que no había ninguna hemorragia dentro de mi cabeza y que mi cerebro no estaba hinchado. Inmediatamente después de que el doctor Mayfair hubiera confirmado dichos resultados, me trasladaron en silla de ruedas a una suite más bien suntuosa con una salita y dos dormitorios. Uno de ellos era el mío; en el otro se instaló tía Queen. Jasmine, que se había ido a casa para cambiarse de ropa, ya había regresado, pero pronto tendría que marcharse de nuevo.

Librodot

Prometí no tocar el suero intravenoso y colaborar en todo si me quitaban las ataduras, y el doctor Mayfair accedió de buena gana.

-Hay guardias en la puerta, ¿verdad? -pregunté.

Tía Queen confirmó que así era. Justo en el pasillo había un policía de uniforme, y en la salita se encontraba Clem.

Me di cuenta de que tía Queen había estado llorando. Pero más angustioso me resultó el hecho de que todavía llevara su negligé de plumas. No le había dado tiempo de cambiarse. Me sentí furioso y al mismo tiempo asustado.

-Sabes, esta situación es extraña, mi niño -me dijo al tiempo que s' e sentaba en mi cama (Goblin seguía en el rincón)-. Tenemos dos posibles explicaciones para lo que ocurrió anoche, y las dos son monstruosas.

-Créeme, no hay más que una explicación -dije yo-, ¡y ese hombre es una amenaza! -Entonces le confesé que había quemado los libros del intruso y que aquello lo había provocado-. Es un excéntrico, podría jurarlo, a juzgar por el corte de su elegante traje negro y por el pelo largo que lleva, pero es fuerte como un buey, y Goblin le dio un susto de muerte. No sabía qué era lo que lo estaba golpeando ni de dónde venían los cristales.

Me detuve. Me di cuenta de que ya le había contado todo aquello en el coche. Se lo había contado una y otra vez. ¿Me estaría escuchando porque el doctor Winn había dicho que mis heridas no eran autoinfligidas?

Tía Queen estaba profundamente preocupada. Yo deseaba ser fuerte para ella, no débil, en una cama de hospital. Tomé el pequeño mando de control de la cama y la incliné para poder estar sentado.

En aquel momento entró el doctor Winn para despedirse.

-El TAC es perfecto -repitió-. Y en los próximos días te haremos unas cuantas pruebas más. Lo único que tienes que hacer, Quinn, es quedarte en la cama. Más tarde hablaré otra vez contigo.

-Doctor -dije-, ¿sería mucho pedir que me contestara usted a una pregunta?

-No, en absoluto, ¿de qué se trata?

-Había aquí una estudiante de medicina muy inteligente, una amiga mía. La aceptaron en este centro para llevar a cabo un proyecto de investigación. Pero falleció a consecuencia de un accidente de tráfico. Quisiera saber si la conocía usted.

Su sereno semblante experimentó una transformación que indicó bien a las claras que estaba sufriendo.

-Te refieres a Lynelle Springer -dijo.

Yo afirmé con la cabeza.

-Tú eres el chico al que ella daba clases, del que hablaba tanto, ¿no es así? Por supuesto. Tarquin Blackwood, su orgullo y su alegría. Te quería tanto como quería a sus propios hijos.

Tragué saliva. Estaba a punto de echarme a llorar. No había esperado tanto de una respuesta.

-¿Es cierto -pregunté- que después del accidente no llegó a recuperar el conocimiento, que no llegó a saber lo grave de sus heridas?

-Es cierto -repuso el médico. Habló en tono de dolor, un tono reverente-. La tuvimos aquí dos semanas. Vinieron sus hijas, le pusieron cintas de música y le leyeron poemas. Pero ella estaba destrozada y sus heridas eran demasiado graves. Se hizo cuanto se pudo, pero al final nos dejó.

Experimenté un alivio inconmensurable al enterarme de todo aquello. Tuve la sensación de que un capítulo de mi vida quedaba cerrado por fin, para poder permanecer conmigo en su totalidad, sin una multitud de pequeñas distracciones. Además, estaba seguro de que aquel hombre no iba a mentirme, jamás, acerca de nada.

Tía Queen me inundó de besos y me dijo que iba a vestirse.

Entonces entró en la habitación el padre Kevin Mayfair y se sentó a mi lado. Goblin, que continuaba de pie y sólido a los pies de la cama, lo observó suspicaz.

-En fin, ¿qué quiere que le diga? -le pregunté a Kevin-. Ya le habrán contado todo lo que les he contado yo. Le han contado que me rescató Goblin. Ya conoce a Goblin, viene conmigo a misa todos los domingos.

-No me tengas tanto miedo, Quinn -repuso él en un tono más firme y un timbre más agudo que el doctor Winn-. No soy el enemigo. No estoy aquí para llevarte ante la Inquisición española. Tu ama de llaves, Ramona, vio volar los cristales. Si lo hubiera visto yo, tal vez no volviera a dudar jamás de Dios Todopoderoso. Tal vez pueda hacer eso por nosotros el diablo.

-No era el diablo quien estaba en el cuarto de baño -repliqué-. Era un hombre enfurecido, un hombre alto, apuesto y engreído. Burló a los guardias y me sacó a rastras de la cama. Y entonces Goblin, mi Goblin -miré a los pies de la cama y vi cómo observaba nervioso a Kevin-, mi Goblin rompió el cristal para apartar de mí a aquel hombre. Se puso a lanzarle trozos de cristal, y él no podía ver a Goblin más de lo que puede verlo usted. El hombre no sabía qué estaba pasando. Tiene que entenderlo, Goblin no es cosa del diablo. Ha de haber algún tipo de espíritu intermedio que no sea ni un ángel ni un demonio. Ha de haberlo.

Kevin asintió.

-Puede que tengas razón -dijo, para mi sorpresa.

Por un instante dejó la mirada perdida, de forma casi soñadora, y después volvió a posarla en mí. Lo encontré turbadoramente guapo. No era sólo por el pelo cobrizo y los ojos verdes, sino más bien por su expresión atenta y las equilibradas proporciones de su rostro, la brevedad de la nariz y la longitud de la boca carnosa. Su voz era amable.

-Hace dos años -dijo-, o quizá menos, no te hubiera creído. En cambio, ahora... Desde que vine al Sur he oído hablar tanto

de fantasmas y familias malditas, que ahora tengo una actitud mental y personal más flexible. -Hizo una pausa-. Pero voy a decirte una cosa: ya vengan del diablo o de dentro de tu cerebro, ya sean fantasmas o seres sin cuerpo que carecen de un origen verdadero, los espíritus no nos hacen ningún bien. De eso estoy seguro.

Goblin estaba poniéndose nervioso. Miraba a Kevin con un odio glacial.

-No, Goblin -dije-. No hagas nada, Goblin.

En un súbito ataque de alarma, miré a mi alrededor. Había un espejo encima del lavabo. ¿Y silo rompía en pedazos? ¡Ahora sabía que podía hacerlo!

Goblin, el que aprendía.

Goblin me miró con una sonrisa de lo más extraña, como si me estuviera diciendo: «¿Crees que no sé hacer nada más que eso?»

-Escuche, está aquí -le dije a Kevin-. Usted no puede verlo, pero está a los pies de la cama. Y es de mala educación que hable en su presencia como si fuera malvado. No es malo. No sé cómo se ha unido a mí, a lo mejor vagaba por ahí a la deriva en busca de alguien que pudiera verlo y entonces aparecí yo, un niño que poseía el don. Formamos una pequeña hermandad, él y yo. No tengo respuestas. Pero esta noche me ha salvado la vida, me ha salvado con una extraordinaria demostración de fuerza. Fue él quien rompió el cristal, no yo, y no quiero que piense ni por un momento que soy un desagradecido.

Kevin me estudió intensamente mientras duró esta perorata y después asintió.

-Bien, dejémoslo así. Si necesitas hablar conmigo, llámame. Le he dado mi número a tu tía Queen, y todos los días entro y salgo de Mayfair, haciendo rondas. Me estoy convirtiendo rápidamente en el capellán de este centro a jornada completa, y te sorprendería saber lo que la doctora Rowan quiere que investigue. Luego pasaré a hacerte otra visita.

-¿Qué es lo que quiere que investigue? -inquirí. Estaba sumamente intrigado. Además, estaba tranquilizándome y me gustaba hablar con él; no respondía al cliché que yo esperaba.

-Experiencias cercanas a la muerte -contestó-, eso es lo que estoy investigando. Ya sabes, cuando a una persona a la que se ha declarado muerta ve una luz brillante al atravesar

Librodot

un túnel y es recibida por un ser luminoso... y entonces la reviven y regresa aquí para contárnoslo.

-Sí, ya sé. Leo sobre ese tema todo lo que encuentro. Creo en ello. Creo que es cierto que ocurre.

-A esas personas no suele creerlas nadie -repuso él-. Yo estoy aquí para creerlas, pero no para formular preguntas tendenciosas ni para hacer afirmaciones que les sugieran algo.

-Le entiendo -dije yo-. ¿Ha hablado con alguien que haya vivido esa experiencia?

-Sí -contestó el padre Kevin-. Naturalmente, también les administro el sacramento de la extremaunción. Y los escucho en confesión, y les traigo la comunión.

-¿Usted me cree...? ¿Se cree lo que acabo de contarle?

-Creo que tú crees lo que estás diciendo -repuso él-. Bien, ¿deseas el sacramento de la extremaunción? Ya sabes que no requiere gran cosa por tu parte.

-Yo no estoy enfermo -repliqué-, y en lo que respecta a mis pecados sexuales, en fin, no estoy preparado para renunciar a todo eso. No puedo confesarme ahora mismo. No puedo tomar la comunión. Para mí el sexo es algo recién estrenado.

-Sí -dijo él con una sonrisa cansada-, a tu edad resulta difícil. -Se encogió de hombros, y a continuación me dedicó una sonrisa radiante y dijo-: Cuando yo tenía tu edad, aquello me parecía el infierno, y francamente, ahora hay ocasiones en que pienso lo mismo. Los sacerdotes también se confiesan, ¿sabes? Acuden a otros sacerdotes. No resulta tan fácil.

-Me gusta usted. Ya sé que quizás eso no signifique mucho...

-Oh, claro que sí -contestó-. Pero tengo que volver a la iglesia. Me esperan mis deberes de párroco, además de algo de trabajo en la universidad. Te veré esta tarde.

Se levantó.

En aquel momento me vino una idea a la cabeza.

-Padre -dije-, ¿qué pasa si uno ve un fantasma que es malvado, que lo lleva a uno a hacer el mal, un fantasma que desea algún tipo de siniestra venganza? ¿Qué se hace? ¿Se hace la señal de la cruz, y se reza? ¿Es ésa la única arma?

El me miró largamente antes de responder. Entonces me dijo: -No hables con él. No lo entretengas con conversación, miradas ni ninguna otra forma de atención. Recuerda que no puede hacerte gran cosa si tú no lo ayudas. Hasta es posible que no pueda hacerte nada sin que lo ayudes. Fíjate en el fantasma del padre de Hamlet, por ejemplo; supón que Hamlet no hubiera acudido a su encuentro ni le hubiera hablado. Supón que no le hubiera dado la oportunidad de que le instilara en la mente una historia de asesinato. El resultado fue la destrucción de culpables e inocentes. Piensa en ello. ¿Qué habría ocurrido si Hamlet se hubiera negado a hablar con aquel fantasma?

-¿Quiere decir que era un fantasma malvado? -pregunté. -Eso es lo que nos cuenta la obra -repuso él-. Podría titularse La condenación de Hamlet.

Afirmé con la cabeza.

Él se marchó y me quedé allí, adormilado y un poco aturdido, y agradecido de que Goblin se hubiera sentado en la silla que había junto a la cama. Apreté su mano.

Pensé en el desconocido malicioso.

-¿Quién sería ese cabrón, Goblin? -pregunté-. ¿Cómo consiguió entrar en mi habitación?

Al no recibir ninguna respuesta telepática, me volví para mirarlo y vi que su semblante tenía la misma expresión de gravedad que yo había observado en el cementerio, después de enterrar los restos de Rebeca.

-¿No puedes hablarme, Goblin? -le dije-. Escucha, mañana voy a pedir que me traigan papel y lápices, un cuaderno grande de dibujo, y podremos comunicarnos por escrito el uno con el otro.

El movió la cabeza en un gesto negativo. Casi se burló. De hecho se burló. Compuso una expresión de frialdad y luego de enfado. Ordenador; Quinn, trae un ordenador.

-Claro -contesté-. ¿Cómo no se me había ocurrido? Pediré un portátil. Les diré que lo necesito.

Sentía cada vez más sueño. Goblin seguía allí sentado, como un guardián, y de nuevo me habló de forma telepática: La cólera me hace fuerte, Quinn.

-La cólera es mala -murmuré. Estaba quedándome dormido.

Me desperté de golpe con un sobresalto, pero me recordé a mí mismo que me encontraba a salvo. Entonces entró tía Queen. La oí decirle a la enfermera que me estaba durmiendo. Tenían que despertarme.

Oí a Jasmine, que me decía al oído:

-Jefecillo, escúchame. Estamos completos en Blackwood Manor hasta dentro de dos semanas. Tengo que volver otra vez a casa, y también Mamma. No nos queda más remedio. Pero la señorita Queen está para lo que haga falta. Y fuera tienes a los guardias. Por eso no te preocupes. Yo volveré en cuanto pueda.

-Bésame -murmuré. Estaba quedándome dormido.

¿Era un sueño? Rebeca y yo nos encontrábamos de nuevo en el césped, sentados en los grandes sillones de mimbre, y el sol iluminaba oblicuamente las zinnias que había plantado Pops a lo largo de todo el costado de la casa. Rebeca dijo con una cadencia melodiosa: «Oh, claro que me gustaría vivir de manera civilizada y fingir que todo eso no ha ocurrido nunca, que él se casó conmigo y me convirtió en la señora de esta casa, y que amó a mis hijos. Tú siempre tuviste amor, siempre tuviste amor, no sabes lo que significa no tener amor, no tener nada, sencillamente nada, y con Jasmine no habéis tomado precauciones, ¿qué pasa si nace un hijo de esa unión? ¿Amarías a ese hijo, el hijo que tuvieras con esa puta pintarrajeada?»

Intenté despertarme. Tenía que preguntar a Jasmine si podía haberse quedado embarazada, pero en aquel momento me parecía un sueño que hubiera estado con ella, y temí que se lo tomara mal si sacaba el tema. Sabía que ella no había tomado precauciones, y yo tampoco, y tal vez hubiera un bebé, y casi me sentí feliz.

No podía mover las manos.

Abrí los ojos. ¡Me habían atado las manos a la cama! -¿Qué estáis haciendo?

Intenté decir más, pero Rebeca estaba hablando. Me habían atado los pies. Empecé a pedir ayuda a gritos.

Apareció tía Queen sobre mí.

-Quinn, cariño, te has arrancado el gotero. Hablabas con alguien en voz alta. Estabas muy agitado, incluso has empujado a la enfermera. Ahora tiene que volver a ponerte el gotero.

Aquello era demasiado terrible, demasiado. Miré los azulejos del techo. Para huir, para huir muy lejos, me sumí en la inconsciencia. Y por supuesto encontré allí a Rebeca, que me servía café y me sonreía, y las margaritas florecían con las zinnias, y a mí me gustaban mucho las margaritas, tan pequeñas y de color blanco y amarillo.

-Tienes que encontrar un modo de salir de aquí -le dije a Rebeca-. Tienes que encontrar una manera de escapar de este lugar y dirigirte hacia la luz. Dios te está esperando. Dios sabe lo que te ha sucedido, sabe lo del gancho, sabe lo que te hicieron. ¿No entiendes que es Dios el que te hará justicia?

«Despierta, Quinn, despierta.»

-¿Y por qué he de irme cuando aquí se está tan bien? -repuso Rebeca-. Mira, ésta es la blusa que encontraste en el baúl del piso de arriba. Ramona ha lavado y planchado toda mi ropa, tal como tú le ordenaste. Me he puesto esto especialmente para ti. ¿Y has visto mi camafeo? Qué bonito es. Representa a Venus con el pequeño Cupido a su lado. Lo he sacado de la colección de tía Queen. Oh, me encanta estar contigo. Toma un poco más de café. ¿Qué vas a hacer con toda mi ropa vieja?

«Despierta, Quinn, abre los ojos.»

-La pregunta es más bien qué voy a hacer contigo -repliqué-. Te estoy diciendo que vas a irte con Dios. Allí vamos todos, sólo es cuestión de tiempo.

Librodot

20

Tardé tres días en conseguir el ordenador portátil. De hecho, Nash Penfield, el profesor forastero, lo compró al llegar, y aunque yo no iba a verlo hasta que se dieran otras circunstancias más favorables -por decisión mía, no de tía Queen-, me sentí agradecido de que hubiera contado con los medios necesarios para conseguir el aparato adecuado y un alargador de cable.

Durante aquellos tres días me hicieron toda clase de pruebas médicas, y al final quedó patente y claro que no tenía lesiones en el lóbulo temporal, ningún indicio de epilepsia ni tumores cerebrales.

No sufría un desequilibrio electrolítico y no estaba anémico. No tenía problemas de circulación y no encontraron ni rastro de narcóticos.

Tampoco tenía problemas de tiroides ni de la glándula pituitaria.

La levísima hinchazón de mi cerebro, a consecuencia del encontronazo con la pared por culpa del desconocido, remitió rápidamente. Y mis dolores de cabeza desaparecieron.

Sostuvimos un intenso debate sobre si debían practicarme una punción medular, y al fin los persuadí de que la llevaran a cabo y acabaran de una vez. Sobreviví al riesgo. No hallaron células malignas en el fluido.

Entre uno y otro de los largos paseos que daba por los pasillos bellamente decorados del laberíntico hospital, narré la historia completa de aquella violenta noche a todo el que quiso oírla.

El doctor Winn Mayfair escuchó en silencio y con expresión pensativa mis descripciones de Goblin y de cómo éste había salido

en mi defensa, y tía Queen, que se encontraba en la habitación, no me interrumpió, ya fuera para calmarme cuando me agitaba o para apoyar lo que yo decía, si bien estaba convirtiéndose en una experta en todo aquel relato.

El doctor Winn tenía un aire de profunda reserva. No me sentí empujado a recabar su aprobación tanto como su pericia, a pesar de lo delicado que era en todas sus observaciones. Y no me sorprendió en absoluto que me pidiera que hablase delante de un escogido grupo de psiquiatras.

Le dije que no. Pero tía Queen me hizo cambiar de idea. Se había traído al hospital la mitad de su vestuario, y cada día aparecía vestida con uno de sus encantadores modelitos con el apropiado sombrerito ceñido, tomaba asiento al lado de mi cama y me tomaba la mano con afecto.

-¡No ves que tengo que hacer esto! -me suplicó-. No tengo más remedio. Si no insisto en que hables con esos psiquiatras, nos acusarán de negligencia. Reflexiona, Quinn. Podrían acusarnos a los dos. Tenemos que quitarnos esto de encima y volver a llevar la vida que deseamos llevar.

-¿Y cuál es, tía Queen? ¿Qué va a suceder con Blackwood Manor? ¿No te das cuenta de que si tú y yo nos marchamos a una de tus exóticas escapadas, no quedará ningún Blackwood en casa? Conoceré a ese profesor, sí, ya te he dicho que sí, pero aquí no. Insisto en que no sea aquí.

-Lo entiendo perfectamente -repuso ella-. Y no te preocupes por Nash, se encuentra felizmente instalado en la habitación de invitados de Blackwood Manor, y aunque el plan se venga abajo, como dicen, habrá disfrutado de unas deliciosas vacaciones criollas. A lo mejor te cuesta creerlo, pero juraría que Jasmine está coqueteando con Nash. A Jasmine le pasa algo. Y, si quieres mi opinión, ya era hora. Hoy andaba dando brincos vestida con un precioso traje Chanel que le regalé hace dos años. No era muy dada a ponerse la ropa realmente elegante que yo le regalaba. Me parece que Jasmine ha visto su destino.

-¿Y cuál es? -inquirí.

-Dirigir Blackwood Manor durante nuestra ausencia. Es totalmente capaz de ello, y Clem y Ramona la apoyarán sin reservas. Quiero decir que Jasmine ha languidecido durante toda su vida dedicada al servicio doméstico, y que es lista y habla bien, y que desde luego puede asumir la responsabilidad a cambio de una parte de los beneficios.

-No sabía que tuviéramos beneficios -dije-. Pops me dijo que trabajábamos con pérdidas.

-Oh, Pops era pesimista, que Dios lo tenga en su gloria, y por supuesto tenía razón. Los huéspedes sufragan parte de los costes de mantenimiento y conservación, y de eso se trata, de que Blackwood siga existiendo, ¿no? Quizá debiera llamarlo ganancias en lugar de beneficios. ¿Qué tal te suena eso? Cuando se lea el testamento de Pops, todo será más fácil. -¿Cuándo va a ser eso? -quise saber.

-Bien, Patsy está en casa desde hace ya dos días. Supongo que podríamos leerlo pasado mañana.

-Muy bien -respondí. Me sentía mareado por tanta información, metido en mí mismo como había estado, lleno de miedos y sueños extraños con Rebeca, y miradas de un Goblin en Technicolor.

La idea de que Jasmine se encargara de dirigir Blackwood Manor comenzó a excitarme. Resultaba perfecto para Jasmine. Tía Queen la entendía como nadie, incluso mejor que ella misma. De pronto, y con un brío sorprendente, sentí deseos de huir de aquel lugar. Si Jasmine iba a soportar su «destino», quería tener la oportunidad de hablar con ella. El hecho era que Jasmine ya dirigía Blackwood Manor en gran medida, y aunque yo no estaba seguro al ciento por ciento de que su hermano Clem la apoyara, tal vez se convirtiera en su supervisor en lo que a los hombres se refería, un trabajo que Allen, el ayudante de Pops, había desempeñado directamente. Estaba desesperado por regresar.

Además, quería ver a Jasmine toda peripuesta con su traje Chanel.

(En lo más hondo de mi perverso corazón, lo que quería era un segundo revolcón con Jasmine.)

-De acuerdo, veré a ese grupo de médicos -dije-. Pero quiero ponerme la ropa. No tengo intención de escaparme. Sólo quiero mis cosas de Armani, una de esas camisas hechas a mano que no dejas de enviarme de Europa y mi corbata Versace de la suerte. Ah, sí, y los zapatos Johnston & Murphy. Quiero parecer una persona cuerda, por lo menos. Y esa ropa también le gusta a Goblin; cada vez que me visto para algún acontecimiento en casa, se vuelve loco.

-Eso resulta muy tranquilizador -repuso ella-. Me encargaré enseguida. En realidad, deberías ponerte los zapatos para ir a la iglesia. ¿Cabe esperar que Goblin te acompañe a esa reunión?

-Naturalmente -contesté-. ¿Piensas que iba a dejarlo fuera? Además, no siempre puedo controlar lo que hace Goblin. En este lugar ha estado callado. Ha aguantado una gran cantidad de comentarios desdeñosos.

-Supongo que sí-dijo mi tía, y me fijé en que estaba mirando directamente hacia el lugar donde se encontraba Goblin mirándola a ella, con la misma expresión distante.

Lo que no podía decirle era que Goblin había estado actuando de manera extraña durante toda la estancia en el hospital. Además, su apariencia ya no era un duplicado de la mía, aunque se parecía cuando terminé de vestirme para el grupo de psiquiatras. Pero él no llevaba las batas de hospital ni las camisas de dormir de franela que yo me ponía. Vestía los pantalones vaqueros y las camisas que había en casa... un cambio asombroso.

Pero lo que más me asustaba eran las siempre cambiantes expresiones de su rostro. Decididamente, estaba viendo su semblante con mucho mayor detalle. Y descubrí una nota glacial en él y una expresión desesperada que sólo en contadas ocasiones era un reflejo de lo que sentía yo.

Después de todo, en el hospital no había experimentado los habituales ataques de pánico, sino una cobarde sensación de seguridad. Allí sucedían muchas cosas, tía Queen pedía

que sirvieran el té en mi habitación a media tarde, Ramona me traía camisas de dormir estrafalarias y la amada hermana de Sweetheart, tía Ruthie, se presentaba con chocolates exquisitos. Y además los guardias asomaban la cabeza por la puerta y recibí la visita de varios primos que vinieron a ofrecerme sus respetos, aunque no sé qué creerían que me pasaba.

Sea como sea, después de innumerables retrasos recibí por fin el codiciado portátil; me encontraba sentado en un sillón al lado de la cama, con la intención de convocar a Goblin. Mi mente era una maraña de ideas acerca de Goblin.

-Ahora necesito trabajar, tía Queen -dije en tono muy suave-. Dame un beso y vete a cenar al Palacio del Comandante. Desde que empezó todo esto, no has ido por allí.

Ella se mostró suspicaz.

-Aquí no tienes conexión telefónica. ¿Qué piensas hacer con el portátil? ¿Escribir una novela?

-Hablo con Goblin a través de él. Resulta más fácil así que por telepatía. Se alimenta con la electricidad. Es él quien lo ha pedido así.

-Ah, mi querido Quinn -dijo ella con un gesto extravagante de confusión y nerviosismo.

-Te lo repito, tía Queen, él me salvó la vida. ¡Ese cabrón me hubiese matado!

-Cariño, ¿qué pasaría si te limitases a dejar de hablar con Goblin para siempre? Y en cuanto a la isla, ¿qué tal si destruimos el santuario, desmantelamos ese extraño mausoleo, trasladamos todos los paneles de oro a la casa y dejamos que la vegetación se apodere de ese lugar?

-Me sorprendes -repuse yo-. ¡Me estás haciendo daño! Yo deseo tener el santuario. Ese escritorio de mármol y esa silla de oro han sido mi inspiración. Quiero pintarlo, ponerle un suelo de mármol. Mira, ya sé la aflicción que te estoy causando, ya sé el dolor que has sufrido con la muerte de Pops, y no es mi intención prolongar esa agonía, pero quiero tener ese sitio, ¿no lo comprendes? ¡Nos pertenece a nosotros, no a ese entrometido!

Lancé una mirada a Goblin. Observaba a tía Queen con una expresión intensa. Luego me miró a mí casi con apatía; era como si le hubiera pillado el gusto al aburrimiento. Iba a tener que hablar con él. ¡Tenía que llegar a alguna conclusión sobre lo que él sabía en aquel momento! Yo era la única persona del mundo que comprendía aquel problema.

Está bien, cariño -dijo mi querida tía-. Voy arriba para cenar.

Antes ya me había hecho saber, más de una vez, que dentro del complejo había cuatro restaurantes y que el mejor de ellos podía rivalizar con cualquiera de Nueva Orleans. Todo aquello había sido idea de Rowan Mayfair, para proporcionar una variada oferta gastronómica a los familiares de los enfermos y a los propios enfermos. Se podía tomar una comida rápida en la cafetería del sótano, o bien subir hasta el Grand Luminiére, situado en la azotea, para degustar los platos más suculentos.

Tía Queen se había convertido en una habitual del Grand Luminiére, y mis comidas procedían directamente de sus cocinas.

-Voy a encontrarme con Nash, ¿sabes? -continuó diciendo-, y si tú quisieras...

-Lo conoceré cuando vaya vestido como Dios manda -repliqué-, y no como un niño pequeño.

Ella se levantó para irse.

-Otra cosa más -dije.

-¿Sí? -preguntó. Estaba de lo más educada, allí de pie, preparada para depositarme un tierno beso en la mejilla, tan solícita. -¿Cuándo voy a irme de aquí?

Obviamente, era el momento de tomar una decisión.

-¿Mañana, tal vez, después de que te entrevistes con el grupo de psiquiatras? -propuso tía Queen-. La reunión está prevista para las cuatro de la tarde.

Ya lo tenía todo programado, pensé, pero no hice ningún comentario.

-Está bien -respondí-. Supongo que luego tú y yo, con Nash y Goblin, cenaremos en el Grand Luminiére, cuando haya terminado la reunión con los médicos.

Librodot

-Eso sería maravilloso -dijo ella-. Me has hecho muy feliz, inmensamente feliz. Deberías ver el restaurante. ¡Y lo verás! No puedo esperar a decírselo a Nash.

Y después de otro aluvión de besos salió de la habitación dejando tras de sí la fragancia del maravilloso perfume de Lynelle flotando en el aire.

Miré a Goblin. No parecía dispuesto a moverse de su perezosa posición en el rincón. Llevaba mi corbata Versace de la suerte. Estaba pavoneándose a todas luces.

Encendí el ordenador.

-No me has hablado desde aquella primera noche -dije en voz alta conforme iba escribiendo-. ¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa? Le he contado a todo el mundo lo que hiciste, te he atribuido a ti el mérito.

En aquel momento desapareció, y el hecho de que antes su imagen hubiera sido tan real no hizo sino resaltar más el hecho. Entonces las teclas del ordenador comenzaron a moverse: «Me gusta estar enfadado.»

Me quedé estupefacto.

-Eso no está bien -tecleé pronunciando en alto-. El hombre que me atacó estaba enfadado. ¿No has visto lo que me ha hecho?

«Emplea palabras más complejas -dijo el ordenador en un veloz tecleado-. Ya te he dicho que conozco todas las palabras que has usado en el ordenador. Escucha. Lo sé todo. Sé palabras y cosas. Y cuando estaba enfadado, era por ti.»

-Ya sé que era por mí -repuse, hablando y tecleando-. Seguro que me has oído decírselo a todo el mundo.

«¿No ves lo que te está ocurriendo aquí? -dijo Goblin. Las teclas se movían a una velocidad endiablada-. Están intentando sacarme de ti. Están intentando dividirnos, pero nosotros somos Quinn Goblin y ellos no nos entienden.»

-No importa lo que crean ellos -dije yo, y añadí en voz baja-: Yo te quiero. Soy leal contigo. No pueden separarnos, es imposible. Pero tú no puedes estar enfadado, no puedes ser violento. Si te muestras enfadado y violento, no podré amarte.

«A menos que sea por tu causa, dirás -contraatacó él-. Si es por tu causa, está bien, ¿no?»

Nunca había expresado nada de aquella manera. Fue un minúsculo pero trascendental atisbo de sofisticación.

-Es verdad -contesté-. Deseo que me protejas, que protejas Blackwood Manor, que protejas a todas las personas que amo. «No me hagas reír», escribió él.

-¿Y por qué? -pregunté con inocencia beligerante.

En aquel momento el ordenador se escurrió de mis rodillas y cayó al suelo. Antes de que pudiera levantarme del sillón vi a Goblin frente a mí, materializado por completo. Me besó en los labios. Después fue alejándose hasta quedar a no más de treinta centímetros de mí, me rodeó con sus brazos y me estrechó con fuerza.

Movió los labios, y por primera vez oí una voz de verdad que provenía de él, lenta, masculina y sin inflexiones.

-Ahora me tienes miedo -dijo moviendo los labios perezosamente.

-¿Es eso lo que quieres? -pregunté yo.

Estaba aterrorizado. En ningún momento de mi pelea con el desconocido había sentido un miedo semejante.

-¿Tú quieres que tenga miedo? Si te tengo miedo, no puedo amarte. Llegaré a odiarte, más bien. ¿Viste cómo odiaba al desconocido? Pues escoge.

De nuevo se acercó para besarme, y sentí sus labios sobre los míos, con la misma firmeza con que había sentido los besos de Jasmine. Deslizó la mano por mis piernas y la introdujo bajo la camisa de dormir.

-No, ahí no -le dije-. Ten paciencia.

Entonces me habló otra vez. Habló.

-Pero cuando lo sientes, lo sientes. Yo lo deseo.

Librodot

Sentí su mano sobre mi pene, y entonces me rendí. Me rendí al instante, y todo terminó en cuestión de segundos.

Me recosté en el sillón y cerré los ojos. Mi cuerpo estaba sosegado y notaba como un hormigueo. Se hizo el silencio. Duró quizá cinco minutos o más. Pero Goblin seguía allí, arrodillado junto a mí, sin embargo no pude mirarlo.

-e Quién era el desconocido? -pregunté, y abrí los ojos-. Te lo he preguntado una y otra vez. ¿Quién era?

-No lo sé -respondió él. El sonido de aquella voz monótona resultaba literalmente terrorífico.

-¿Dónde está el desconocido? -quise saber.

-No lo sé - me respondió nuevamente-. Silo supiera, iría a buscarlo y le haría algo. Yo no lo sé todo. -Prosiguió hablando, en tono bajo e inexpresivo-. Sé mucho más de lo que tú crees que sé.

No dije nada. Estaba demasiado asustado. Intenté sentir amor, no porque deseara amar a Goblin sino porque estaba volviéndome loco. Podía ser que al día siguiente ya estuviera como un cencerro.

- Ahora quiero que te vayas -dije, y lo miré a los ojos-. Quiero que me dejes pensar, ¿entiendes?

-Tú crees que puedes darme órdenes -dijo aquella voz monocorde. Los labios se hallaban ligeramente desconectados de ella-. Pues no puedes darme órdenes. Sin embargo, por amor, te dejaré en paz. Ten cuidado con lo que te hagan aquí.

- No me asustes más -le dije.

- No quiero asustarte -dijo la voz-. Pero has de entender que ellos quieren cambiarte, quieren que ya no puedas verme ni oírme.

-Eso es imposible -susurré-. Vete ya. Tengo que estar solo. ;Tú nunca deseas estar solo?

No hubo respuesta.

-¿Adónde vas cuando te marchas? -pregunté.

No hubo respuesta.

-Dímelo -insistí-. ¿Adónde vas cuando te marchas? ¿O es que te quedas conmigo, invisible, sólo observando y aprendiendo? Tampoco hubo respuesta.

Entonces noté cómo se iba. Sentí un cambio de temperatura en la habitación. Oí cosas que se movían, los pañuelos de papel se agitaron dentro de su caja, la cama emitió un crujido, las persianas venecianas tabletearon débilmente; luego, nada.

Hice la señal de la cruz. ¿Qué iba a hacer? ¿Dónde iba a encontrar una persona que entendiera aquello? Diablos, necesitaba que alguien me dijera qué hacer.

Entré en el cuarto de baño y me limpié el pegajoso semen de las piernas. Me lavé las manos. Luego volví y saqué el rosario de la mesilla de noche. Me lo había traído Ramona. Era un rosario de granates de mi primera comunión. Regalo de Lynelle. Empecé a rezarlo.

Pero no pude meditar sobre los misterios. Pensaba en el desconocido. ¿Y si regresaba a Blackwood Manor? Si el santuario era destruido, ¿qué haría él? Me lo imaginé con aquellos fieros ojos oscuros, recordé lo enfurecido que estaba, cómo giraba sobre sí mismo igual que un derviche al verse agredido por los cristales rotos.

Y si me dormía, soñaría con Rebeca.

21

Goblin llegó puntual a la reunión con el grupo de psiquiatras. Una vez más era mi fiel duplicado, y se había borrado de su rostro aquella expresión de desdén y aburrimiento. Me

rodeó con el brazo, y entonces me di cuenta de que estaba asustado por lo que iba a suceder con el grupo de médicos.

Cuando entramos en la sala -Goblin, tía Queen y yo-, pensé por un instante cómo sería la cosa si decidiera confiar en aquellas personas, si realmente les rogara que me ayudasen. ¿Podrían ayudarme, no con un diagnóstico psiquiátrico ya preparado, sino abordando de forma activa el tema de Rebeca y de Goblin y el pánico que me había conducido hasta el santuario? ¿Podría tenerlos de mi parte en mis esfuerzos por luchar contra el intruso?

Mi patente deslealtad hacia Goblin, nacida de un miedo recién descubierto, me avergonzó. Pero él, como no podía leerme la mente, pese a todos sus últimos logros, no tenía la más mínima idea de eso.

Pedí que colocaran una silla a mi lado para Goblin; le puse una mano sobre la rodilla y noté que se relajaba. Observé su perfil y descubrí una expresión gélida en sus ojos, fijos en los médicos. Entonces les dije a éstos que, aunque no pudieran verlo, Goblin se encontraba sentado a mi izquierda, mirándolos y oyendo todo lo que estábamos diciendo.

En cuanto a los psiquiatras, pronto tuve la certeza de que era inútil esperar nada excepcional de ninguno de ellos, y el examen no pasó de ser media hora en la que no ocurrió nada.

Dos de los médicos eran hombres jóvenes, estériles y sin corazón, internos supongo, y la única mujer del grupo parecía insegura y demasiado deseosa de agradar. El presidente era un médico muy corpulento que parecía él mismo aquejado de depresión terminal.

Entre ellos se encontraba Winn Mayfair, el cual me escrutó con gesto digno y silencioso. Su semblante era, con mucho, el más interesante de todos.

Les conté toda mi historia rápidamente y sin florituras. No me guardé nada, salvo los detalles privados y más recientes de mi relación erótica con Goblin. De sus hazañas hablé largo y tendido; de nuestros contactos sexuales no dije nada. Cuando llegó el momento de describir mi aventura romántica con Rebeca y la inhumación de sus restos, las visitas del laboratorio de Mayfair al santuario y la asistencia del FBI, todos posaron la vista en tía Queen, la cual confirmó lo que pudo en aquel momento.

-Usted es consciente -dijo el voluminoso médico jefe-de que en el cuarto de baño donde fue supuestamente agredido no se han encontrado huellas dactilares de ningún tipo. Ni en las paredes, ni en el lavabo ni en los pedazos de vidrio que se han podido examinar.

Yo desconocía aquel detalle, y sentí una amarga decepción por el hecho de que se me comunicara una cosa así en semejantes circunstancias.

-El intruso no tocó nada excepto a mí -respondí en voz baja y con el rostro ardiendo por el esfuerzo de contenerme-. El cristal estaba hecho añicos.

-Usted también sabe -prosiguió el jefe del grupo-que su ama de llaves Ramona no vio a ese intruso, y que tampoco lo vio ninguno de los guardias que vigilan su propiedad.

De nuevo me sentí dolido porque tía Queen no me hubiera dicho aquellas cosas antes, pero me tragué la rabia y me limité a encogerme de hombros.

-El doctor Winn Mayfair se lo puede decir -repuse-. Mis heridas no eran autoinfligidas.

Habíamos llegado a un punto muerto.

A continuación, los médicos me formularon las mismas preguntas rutinarias que me habían hecho los psiquiatras infantiles anos atrás. ¿Oía voces? ¿Alguna vez me dijo Goblin qué hacer? ¿Sufrí algún desmayo? ¿Conocía mi cociente intelectual? ¿No sentía interés por asistir a la universidad? Les di respuestas simples. Deseaba terminar con todo aquello.

Por último Winn Mayfair me preguntó en un tono muy quedo y respetuoso si él y los demás podían hacer algo por mí. ¿Tenía quizás alguna pregunta que hacer a los que me habían estado interrogando?

Me quedé totalmente perplejo. No había esperado nada tan amistoso ni razonable. El sentido común me decía que me detuviera un momento a reflexionar, pero me oí a mí mismo contestar:

-No, creo que esto ya ha durado bastante. Supongo que ustedes se reunirán y nos darán a conocer su diagnóstico.

- Eso será lo que haremos, si así lo deseas -dijo el doctor Winn-. Te agradecemos que hayas venido.

- Habla como si yo fuera un bicho raro -dije sin hacer caso de la leve exclamación que dejó escapar tía Queen-. ¿Me han traído aquí para ayudarme o para ayudarse ustedes?

El doctor Winn no se arredró por mi tono agresivo.

- Éste es un hospital escuela, Quinn -respondió-. Lo que aquí se obtiene es recíproco. En cuanto a tu diagnóstico, permite que te diga que resulta perfectamente obvio que no eres un maníaco depresivo, un esquizofrénico ni un sociópata. Ésos son los individuos que preocupan a la gente.

Se puso de pie, una señal para todos los presentes, y esta vez me estrechó la mano y «aplaudió» mi paciencia.

Los dos jóvenes antisépticos se esfumaron, la mujer se fue con ellos; el enorme, orondo y deprimido capitán del equipo me deseó buena suerte, y tía Queen dijo, jubilosa, que ya podíamos subir al Grand Luminiére de la azotea para cenar agradablemente.

Goblin permaneció pegado a mí, y en el ascensor que llevaba a la azotea sentí qué me rodeaba fuertemente con su brazo derecho.

Me puse a calcular; pensaba cortar de forma tajante al señor Nash Penfield. No iba a dejar que se enterase de todo aquello de una manera delicada.

El restaurante resultó una sorpresa muy agradable. Ni siquiera los entusiastas cumplidos de tía Queen habían logrado describirlo del todo. Nos encontrábamos a bastante altura por encima de Nueva Orleans, lo cual era genial, y por todas partes había inmensas ventanas arqueadas abiertas al resplandor de la tarde. En el extremo oeste había una columnata por la que se podía pasear al aire libre a lo largo de una balaustrada de columnas de estilo toscano. Y dentro de la propia sala circular, entre los amplios ventanales, había hermosas pinturas provistas de marcos muy trabajados: una muestra del arte de diferentes siglos.

Me fijé enseguida en el arte holandés.

-Dios mío -le dije a tía Queen-, estamos rodeados de Rembrandts.

-No, querido, son imitaciones, o reproducciones, como le gusta decir a Rowan Mayfair. Fueron encargadas especialmente para este restaurante, pero no te preocupes; pronto estarás en Amsterdam viendo algunos de los originales.

-Es una idea fantástica -comenté-, traerlo todo aquí para la gente que no desea viajar.

-Oh, vamos, no te apures por lo de viajar. Ahí está Nash, ya está sentado a la mesa. Sígueme, por favor.

Tomé la medida al restaurante antes de tomársela al hombre, y vi que las mesas de manteles blancos estaban ocupadas por toda clase de gente vestida con toda clase de atuendos. Había un montón de pacientes en silla de ruedas cenando con familiares, al parecer, y en muchas mesas había personas vestidas como para pasar una velada en la ciudad. También vi médicos y enfermeras de uniforme.

Todas las mesas eran redondas, pero variaban en tamaño, y la nuestra era para cuatro, lo cual me cautivó de inmediato.

En resumen, se trataba de un local audazmente homogeneizado y democrático, de genuina belleza y refinado, y mi corazón se inclinó hacia la mujer que lo había diseñado.

Las ventanas estaban inundadas por el cielo soleado, y acerté a distinguir las luces parpadeantes de los dos puentes sobre el río, maravillosamente brillantes en el crepúsculo. Me encantó.

Pero había llegado el momento de ver a Nash y presentarle a Goblin.

El hombre que le estaba apartando la silla a tía Queen era incluso más alto que yo (en aquella época), probablemente me sacaba unos cinco centímetros. Tenía el pelo negro y ondulado con bastantes canas grises a los lados, y vestía un elegante traje de primavera de sirsaca blanca y azul.

Sus ojos eran de color azul claro y, en el rostro, las arrugas más bien profundas le daban aspecto de tener papada, aunque de hecho estaba delgado. Su semblante era sin duda prudente y comprensivo, y me tomó la mano con afecto.

- Usted es Nash -le dije-. Le agradezco que me haya ayudado con lo del ordenador.

Su voz tenía una profundidad y un color que cualquier hombre hubiese envidiado. De hecho, hablaba de un modo profesional, sin esfuerzo, que resultaba seductor.

- Estoy encantado de conocerte, Quinn -dijo-. ¿Debo entender que te acompaña Goblin?

Estábamos empezando con buen pie. Le presenté a Goblin inmediatamente, y noté la mirada fría de éste mientras Nash hacía todo lo posible por mostrarse cortés con alguien a quien no podía ver.

Nos sentamos formando un amplio círculo, y cuando se acercó la camarera le dije que había un personaje invisible sentado a mi izquierda y que iba a tomar lo mismo que tomara yo.

Ella quedó horrorizada.

Tía Queen dio su aprobación al plan antes de que la joven pudiera echarse a reír o hacer algún comentario. Y Nash se puso a hablar de inmediato de la pesada cubertería de plata que había sobre la mesa.

Yo pedí un martini doble con vodka, con mucho zumo de aceituna y muchas aceitunas, lo cual fue muy bien recibido gracias a que tía Queen se apresuró a pedir lo mismo para ella y para Goblin al tiempo que solicitaba la carta de vinos.

Nash pidió agua mineral con gas y comentó que había puesto fin a su vida de bebedor antes de lo que cabía esperar.

La camarera se marchó hecha un manojo de nervios.

Entonces Nash comenzó a presentarse y nos fue contando con su voz lenta y sonora cómo tía Queen y él se habían conocido en Europa, donde acompañaba a un grupo de alumnos de instituto en un viaje por el continente.

Por lo visto, aquél era el trabajo de verano de Nash en el departamento de graduados del Claremont College de California, pero ya había terminado su doctorado y sólo le faltaba redactar la memoria.

¿El tema? Una investigación sobre si Charles Dickens había sido corregido alguna vez, y sobre el efecto que podrían haber tenido en su trabajo las normas de corrección modernas, haciendo especial hincapié en el modo en que las obras de Dickens habían sido recortadas en Inglaterra y en Estados Unidos.

Me interesó al instante, y también me atrajo aquel hombre de voz profunda y sienes canosas. Tuve la sensación de que podría pasarme horas escuchando y disfrutando de su elocuencia. De hecho, anhelaba hacerlo. Se expresaba al hablar, de forma natural, con los ojos muy abiertos y una inveterada cortesía que lo desarmaba a uno por completo.

Pero tía Queen se apresuró a intervenir para expresar su deseo inmediato: que tan pronto como se leyera el testamento de Pops, fuéramos a Europa. Por supuesto, Nash coincidió con ella en que yo me encontraba en la edad perfecta para el Gran Viaje, y lo creí cuando me dijo que nunca sería tan impresionable como entonces. Acto seguido se volvió hacia Goblin y, procurando fijar la vista en algo paralelo a mí, le preguntó qué opinaba de la propuesta del viaje.

Yo tomé la mano derecha de Goblin. La noté pesada y tibia, pero él no me mostró nada excepto aquel perfil frío, y guardó absoluto silencio.

-Goblin, ¿qué opinas? ¿Te acuerdas de nuestro viaje a Nueva York?

La pregunta me salió de la boca antes de que pudiera darme cuenta de que era una metedura de pata. En Nueva York, Goblin se había debilitado poco a poco hasta convertirse en poco más que un mero fantasma.

-Goblin, no vamos a hacer nada que pueda perjudicarnos -le dije-. Mira, fíjate en este martini. -Levanté el vaso para que lo viera y bebí un sorbo-. Eso va por ti, Goblin. Estamos

juntos. Está noche volveremos a casa. Hemos terminado con este hospital y con todos los que se han esforzado por separarnos.

Por supuesto, aquel largo discurso fue perfectamente audible para Nash y tía Queen, y ésta captó de inmediato lo esencial del mismo.

-Vamos, Goblin -dijo tía Queen-, seguro que quieres ir a Europa. Nos divertiremos mucho juntos.

Una vez más, intenté suscitar alguna reacción en él, pero no

pude. No estaba por la labor de comerse la comida ni beberse la bebida, y miraba fijamente a Nash como si fuera el enemigo.

- ¡No, Goblin, no es él! -Me incliné y le susurré-: Él es bueno para nosotros. ¿Recuerdas que también lo era Lynelle? Pues este hombre es igual. Lo he sabido desde el momento en que empezó a hablar con nosotros.

Naturalmente, Nash y tía Queen lo estaban oyendo todo, y mi tía dijo al instante:

-Estoy contentísima. Quinn, querido, no te bebas tan deprisa el martini. El vino que he elegido es excelente.

Goblin continuaba mirando al frente.

- No os preocupéis por él de momento -dije-. Creo que la estancia en el hospital lo ha dejado exhausto. Nash... supongo que deseas que te llame Nash -(Oh, por supuesto que sí, contestó él)-, acabamos de pasar por un peculiar calvario y...

Pero antes de que pudiera decir nada más oí la voz amenazadora y monocorde de Goblin:

- No puedo ir a Europa -me dijo-. Está demasiado lejos para mí. Acuérdate de Nueva York. Hablas como un necio. Goblin Quinn es una sola persona.

Estaba claro que nadie más lo había oído.

- Ya lo sé -respondí en voz alta-. Y lo entiendo. Muy bien. Ya lo pensaremos.

- Antes creía -prosiguió él con la misma voz glacial-que Europa existía en las fotos y en los cuentos. Pero entonces llamó tía Queen desde Europa, vimos películas de Europa, Lynelle te enseñó cosas acerca de Europa. Europa es real y está muy lejos. No voy a ir a Europa. No. Si te vas, nos separaremos. Quinn Goblin es una sola persona.

Mi ansiedad 'estaba llegando al límite. Llegaban platos humeantes, se llenaban las copas de vino, y todos los presentes en aquel restaurante me veían susurrar a un espacio vacío, pero yo no tenía la intención de flaquear.

-Escucha a este hombre -dije-. Escucha a tía Queen. No quiere decir que tengamos que ir. -Me incliné un poco más hacia él y bajé todavía más la voz-: Sólo estoy siguiéndoles el juego, compréndelo, tengo que hacerlo. Nash puede ser mi profesor en Blackwood Farm. Estaremos juntos. Goblin, mírame.-No, no quiero mirarte -replicó él-. Eres un hipócrita.

-Dios del cielo -declaré en un tono más alto-. ¿Qué quieres de mí? Te estoy ofreciendo mi lealtad total. Nash, dile que puedes ser mi tutor en Blackwood Farm. Es posible, ¿no?

Nash miró fijamente lo que creía que era el rostro de Goblin, y no andaba muy desencaminado, por lo que pude ver.

-Claro que sí, estaré encantado de dar clases a Quinn en Blackwood Farm. Es un lugar precioso -dijo-. Goblin, soy nuevo aquí. Quisiera contar con tu aprobación. Sé perfectamente que Quinn sólo me aceptará si antes me aceptas tú.

-¡Sí, eso eso, para eso estamos aquí! -exclamé con rotundidad-. Oh, ojalá pudieras verlo -le dije a Nash-. Para mí es tan sólido como tú. -Alargué el brazo y tomé la mano de Goblin-. Te quiero, Goblin. Lo que hay entre nosotros es amor. -Y lo besé en la mejilla.

Después me aparté de él, y en el breve intervalo de silencio que siguió me sentí desnudo en aquel restaurante atestado de gente, y tal vez profundamente ridículo. Había creído que Nash iba a ser fácil de derrotar, pero estaba resultando que el difícil era Goblin. Y yo me encontraba en desventaja en aquel lugar, hablando con lo que parecía no ser nada ni nadie, hablando con miedo porque sabía lo que podía hacer aquella persona invisible y ninguno de los que me rodeaban era capaz de imaginarlo siquiera. Ni tía Queen tenía la menor idea.

Y entonces viví uno de los momentos más raros de toda mi vida.

Librodot

Estaba observando alternativamente a Nash y a tía Queen cuando de repente reparé en que en la mesa de al lado, detrás de ellos, había una guapísima chica pelirroja que no me quitaba los ojos de encima. Era como si Kevin Mayfair se hubiera metamorfoseado en su divina hermana.

Tenía la misma piel inmaculada con un rubor natural en las mejillas y el mismo cabello cobrizo, y aunque poseía unos pechos lo bastante grandes para complacer a cualquier hombre, llevaba lazos en el pelo como si todavía fuera una niña en espíritu.

Nos miramos a los ojos, los dos, y entonces ella apartó la mirada de mí y la posó en Goblin. ¡Podía verlo!

-Quinn, qué idiota eres -me dijo Goblin con su voz helada y sin alma-. Nos está observando desde el principio.

Claro. Goblin la había estado mirando a ella, no a Nash ni a tía Queen; miraba más allá, a aquella persona, la primera que yo había conocido jamás, aparte de mí mismo, que parecía capaz de verlo claramente.

La impresión me dejó sin habla. Sabía que tía Queen me estaba haciendo preguntas y que Nash acababa de decir algo en voz alta. Pero nada tenía sentido para mí. Mientras yo miraba, un hombre que estaba sentado junto a aquella asombrosa muchacha se levantó y se acercó a nosotros con la mirada fija en mí.

Tenía el pelo gris y mantenía una actitud informal pero majestuosa. Llevaba una chaqueta azul y pantalones del mismo color, y se dirigió a mí con una expresión y en un tono de voz muy vivaces.

-Perdone que me entrometa -dijo-. Me llamo Stirling Oliver. Soy miembro de una organización que se llama Talamasca. Quisiera presentarme. Estudiamos lo paranormal, ¿sabe?, y no he podido evitar fijarme en su compañero.

-¿Quiere decir que usted también lo ve? -inquirí. Pero enseguida me di cuenta de que decía la verdad. Goblin movió los ojos hacia él pero no dijo nada.

- Sí, lo veo perfectamente -contestó el señor Oliver entregándome una tarjeta-. Somos una orden muy antigua -continuó-. Quizá de mil años de antigüedad. Estudiamos los fantasmas y las personas que pueden verlos. Ofrecemos ayuda y también información. Estoy muy impresionado con su amigo. Perdóneme.

-Goblin, habla con el señor Oliver -dije.

Pero Goblin no habló ni se movió.

En aquel momento intervino tía Queen.

- Lo siento, pero tengo que pedirle que no siga -dijo con una energía desacostumbrada-. Verá, mi sobrino, pese a su prodigiosa estatura, sólo tiene dieciocho años, de manera que en realidad debe usted hablar conmigo para cualquier relación que desee establecer con él. Y yo no apruebo del todo a las personas que creen en lo paranormal.

- Pero tía Queen -dije yo-. ¡Cómo puedes decir eso! ¡Toda mi vida he visto a Goblin! Por favor, te lo ruego, déjame hablar con este hombre.

Pero era a la chica pelirroja a la que estaba mirando, así que me levanté bruscamente sin pedir disculpas a nadie y fui hasta su mesa.

Ella me miró con los ojos verdes del padre Kevin. Los lazos que llevaba sujetaban unos preciosos mechones de su melena larga y ondulada. Me sonrió. Me dedicó una sonrisa luminosa. Era exquisita.

-Quiero casarme contigo -le dije-. Estoy enamorado de ti. Tú ves a Goblin, ¿verdad?

-Sí que lo veo, es un espíritu verdaderamente gigantesco -repuso ella-, pero no creo que pueda casarme contigo.

Tomé asiento, probablemente en la silla que Stirling Oliver acababa de dejar vacante, y tras dirigirle una mirada fugaz advertí que se hallaba enfrascado en una animada conversación con tía Queen, y sólo entonces me di cuenta de que el padre Kevin y el doctor Winn estaban sentados a la mesa también, frente a nosotros.

Librodot

-Me llamo Mona Mayfair -dijo la chica. Poseía una voz sumamente alegre y cantarina-. Éstos son mis primos...

-Ya los conozco a los dos. Padre Kev, por favor, preséntenos formalmente.

- Quinn, qué raro eres -dijo el padre Kev con una cálida sonrisa-. Que os presente formalmente. Luego querrás que anuncie las amonestaciones el domingo que viene. Mona, te presento a Tarquin Blackwood, tiene dieciocho años y va a todas partes acompañado de su amigo íntimo.

- Ese fantasma no es un amigo íntimo -repuso Mona-. Es demasiado fuerte para llamarlo así.

Ah, me encantó su voz, su tono, la facilidad con que reía.

-Quiero casarme contigo, Mona, estoy seguro -dije. Tartamudeaba. Jamás había contemplado a nadie tan sencillamente adorable como Mona, y jamás me toparía con nadie igual, era completamente consciente de ello. El mundo colgaba de un hilo, y yo tenía que conquistar el mundo y cortar aquel hilo-. Mona, ven conmigo, vamos a hablar juntos los dos.

-Frena un poco, Tarquin, por favor -dijo ella-. De verdad que eres un encanto, pero no puedo irme contigo como si tal cosa. Tengo a tanta gente observándome que no te lo creerías.

-Oh, a mí me pasa lo mismo, todas las decisiones las toma un comité. Mona, te adoro.

Me miré las manos. ¿Qué anillos me había puesto para la odiosa reunión con los psiquiatras? Llevaba un sencillo anillo tachona

do de diamantes en el dedo anular de la mano derecha. Me lo quité y se lo ofrecí.

- Quinn -dijo el padre Kevin-, para ya. Puedes hablar con Mona de una forma normal. No es necesario que le ofrezcas un anillo. Ni siquiera la conoces.

- Además, fíjate -dijo ella señalando-. Tu fantasma se ha puesto de pie y te está mirando. Se da cuenta de que puedo verlo y no sabe qué pensar al respecto. Mira, ahora está observando a Stirling.

- Stirling, el de la orden de Talamasca, eso es lo que ha dicho, ¿no? Tengo que averiguar qué es eso. ¿Usted conoce a los de Talamasca, padre Kev?

-Tanto como puede conocerlos un sacerdote de la Iglesia de Roma -respondió él con sencillez-. Quinn, Stirling es un hombre decente. Yo no puedo respaldar esa organización, pero él es un buen amigo de Mona y mío.

-Necesitas a alguien como él -dijo Mona-. No a mí. Yo estoy demasiado echada a perder para ti.

- ¿De qué diablos estás hablando? -dije-. ¡Echada a perder! Pero si eres despampanante. Quiero... Estoy volviéndome loco. Ya sabía que hoy iba a volverme loco. Primero un grupo de psiquiatras, luego Goblin malhumorado y extraño, y ahora tú me dices que no quieres ni pensar en casarte conmigo. Déjame que vaya a visitarte, que te lleve un ramo de flores y me siente contigo en el salón de tu casa al lado de tu madre, ¿qué te parece? Te juro que seré un perfecto caballero.

Su sonrisa se ensanchó, y observé en sus rápidos ojos verdes un humor de lo más misterioso; vi secretos, vi inteligencia y dulzura.

-Te juro por Dios que si no fuera quien soy... -dijo-. Los Mayfair como yo siempre se casan con otros Mayfair. No tenemos otra alternativa. Nadie más nos entiende. -Dejó escapar un suspiro.

-Yo sí que te entiendo. Tú has visto fantasmas, ¿no es así? Has sabido inmediatamente lo que es Goblin.

-He visto muchos fantasmas -repuso ella con sobriedad-. Tal vez los dos podamos jugar un rato.

-No, no creo que sea una buena idea -terció el padre Kev-. Quinn, tu tía Queen está acalorándose bastante. -Se levantó de la silla-. Me parece que ha llegado el momento de intervenir e interrumpir a Stirling. Nunca lo había visto actuar así. Creo que Stirling opina que lo necesitas, Quinn. Ven conmigo, vamos.

-¡Pero si ni siquiera sé dónde vives! -le dije a Mona.

Miré fijamente al doctor Winn. Sus fríos ojos azules y su rostro impasible no me dijeron nada.

-Vamos, Quinn -insistió el padre Kev.

En el cruce entre la Primera y Chestnut -dijo Mona-. ¿Te acordarás? En la esquina junto al río. Ése es el distrito Garden...

-Lo conozco de sobra -repuse-. Mi abuela se crió en la calle Coliseum. Iré a verte.

Dejé que el padre Kev me llevara de vuelta a mi mesa. Stirling Oliver estaba sentado en mi silla, hablando acaloradamente con tía Queen.

-Lo único que pretendemos es ayudar -decía-. Una persona que ve espíritus puede llegar a sentirse muy aislada.

-Tiene razón -dije yo-, tiene mucha razón.

Y allí estaba Goblin, observando fríamente lo que ocurría, y después fijándose en la encantadora flor que era Mona.

Stirling se levantó y me puso una tarjeta blanca en la mano. -Aquí tienes. Llámame si sientes la necesidad de hablar conmigo. Y si tu tía, la señora McQueen, lo permite.

-Odio ser descortés -dijo tía Queen-, pero no me parece que sea una buena idea, señor Oliver, y lo insto a usted a que deje que mi sobrino se enfrente a su destino.

-Su destino -dijo el señor Oliver-. Oh, eso suena muy importante.

-Sí, en efecto, así es -dije yo-. Tía Queen, estoy enamorado. Estoy enamorado de esa chica. Gira la cabeza, no vas a creer lo que ves.

-Santo cielo -dijo ella-, es una Mayfair.

-¡Qué clase de comentario es ése! -exclamé.

El padre Kevin rió por lo bajo.

-Bueno, señorita Queen -dijo sonriente-, usted siempre me ha tolerado muy bien. Sé que ha hecho venir a su chófer hasta aquí sólo para oírme decir misa en la iglesia de St. Mary's Assumption.

-Es que usted dice la misa de una manera encantadora, padre Kevin -respondió tía Queen-y además es un sacerdote de Dios,

como sabemos todos, un sacerdote consagrado de la Iglesia católica romana, eso nadie lo discute... Pero ahora estamos hablando de su prima Mona, si no me equivoco. Mona, sí, y eso es algo completamente distinto. Queridos, opino que es hora de irnos a casa. Quinn, cariño, ya te han dado el alta y han recogido tu habitación. Nash, no le importará demasiado que...

- Tía Queen, ¿qué es lo que pasa? -quise saber.

-Que nos vamos, cariño. ¿Señor Oliver? Ojalá pudiera decir que ha sido un placer. Aprecio sus buenas intenciones.

- Por favor, quédese con esto -dijo él, al tiempo que le entregaba de nuevo una tarjeta suya.

Yo todavía tenía en la mano la que me había dado a mí. Me la guardé en el bolsillo.

Volví la vista hacia la muchacha radiante, y cuando nuestras miradas se clavaron la una en la otra oí el mensaje, tan claro como si me hubiera hablado Goblin: «La Primera y Chestnut.»

Goblin se esfumó. Me estaban metiendo prisa para que saliera del restaurante. ¡Jamás me había sentido tan enfadado y tan perplejo!

Sólo cuando llegamos al coche exigí que nos detuviéramos. -Goblin -exclamé, ¿es que no lo ves? Ya he dejado de acosarla. Goblin, regresa.

Entonces oí la voz tranquilizadora que necesitaba, en un murmullo frío, como un mosquito junto a la oreja:

-Eres un necio, Quinn. Yo no quiero estar con ella. Ella no me ama. No soy suyo. Yo estoy contigo, te pertenezco a ti. Quinn y Goblin son una sola persona.

-Gracias a Dios -susurré.

La enorme limusina se detuvo delante de la puerta y me puse a llorar como un niño pequeño.

-No lo entendéis -dije-. Ella ha visto a Goblin, y yo estoy enamorado. Es la joya más deslumbrante que he visto en toda mi vida.

22

Aquella noche conecté con Nash como con pocas personas en mi vida, y ambos forjamos un vínculo de unión que duró toda mi vida mortal y más allá. Pasó innumerables horas en mi compañía, me consoló cuando me desahogué y le confié mis sentimientos, cuando quise morirme por mi fatal encuentro con Mona Mayfair.

Lo hice partícipe de todos y cada uno de los matices del pánico que venía experimentando desde la muerte de Lynelle, e incluso me atreví a contarle con palabras profundas y frases complejas el miedo que me inspiraban los recientes cambios en la temperatura emocional de Goblin.

Por supuesto, le conté lo del desconocido, en quien por lo visto nadie creía, y que esperaba que muy pronto se me acusara de haber escrito yo mismo la carta que me envió.

Y, desde luego, me despaché a gusto sobre la pérdida de Lynelle. No podía hacer otra cosa cuando pensaba en ella.

La voz grave de Nash, su fuerte brazo alrededor de mis hombros, su mano suave sobre mi rodilla, todo resultaba más que consolador. Además, había algo en él que era a la vez tan relajado y formal, tan caballeroso pero natural, que tuve la sensación de que podía confiarme a él con toda el alma; incluso le conté las aventuras eróticas que había tenido con mi querido Goblin y con la aterradora Rebeca. Hasta le dije que había dormido con Jasmine.

¿Qué pensaría Nash de mí en realidad? ¿Creería que estaba loco? No lo supe. Sólo sabía que era muy sincero conmigo en cada palabra que pronunciaba y en cada gesto que hacía. Sabía que me respetaba, y aquel respetó lo era todo.

Sabía que sentía compasión por mí porque era joven, y sin embargo me tomaba en serio, y conforme avanzaba la noche me repitió una y otra vez que comprendía y recordaba lo que había vivido él a mi edad.

Comenzamos nuestra maratón de conversación en la salita de la entrada, que gracias a Dios nuestros huéspedes habían dejado vacía temprano. Y terminamos sentados a la mesa de la cocina, tomando café como combustible, aunque yo no dejé de acompañar el mío con generosas dosis de leche y azúcar.

Sólo cuando Ramona nos echó de allí bajamos andando hasta el viejo cementerio y yo le hablé a Nash de los espíritus que había visto. Le conté las cosas que deseaba contarle a Mona.

Nos encontrábamos debajo del gran roble cuando sobrevino el amanecer con su luz suave, silenciosa y trémula, y fue entonces cuando le dije que lo querría siempre.

-Sabes, pase lo que pase entre nosotros -dije-como profesor y alumno, como amigos, ocurra lo que ocurra, ya sea que terminemos viajando a Europa o que estudiemos aquí, nunca olvidaré que hoy me has escuchado, nunca olvidaré tu inveterada bondad.

-Quinn, tú eres una alma atormentada -me contestó él-. Y probablemente está bien que sea así. No puedo negar lo atractivo que resultas para mí, el reto que me planteas. Sí, deseo ser tu profesor, sería para mí un honor, y creo de verdad que podríamos conseguir muchas cosas juntos. Pero tú no me conoces aún, y es posible que cambies de opinión acerca de mí cuando descubras determinadas cosas.

-Nada cambiará nunca este amor, Nash -repuse-. Como tampoco nada cambiará lo que siento por Mona Mayfair. Él me ofreció la más tranquilizadora de las sonrisas.

-Lo que tienes que hacer ahora es entrar en casa y vestirte -me dijo-. Se va a leer el testamento de tu abuelo, ¿recuerdas? ¿Cómo iba a olvidarlo?

Engullí un gigantesco desayuno en la cocina y acto seguido subí para ducharme y cambiarme de ropa, temiendo a medias lo que podía encontrarme en el cuarto de baño, como por ejemplo un lío de reparaciones. Pero todo había quedado arreglado a la perfección.

Sintiéndome un tanto eufórico e igual que un conquistador de

grandes emociones, me subí a la limusina con tía Queen, Patsy, la cual, con toda intención, iba absolutamente horrorosa con su atuendo de cuero rojo, y Jasmine, muy peripuesta con un impresionante traje de color negro y zapatos de tacón alto, y partimos en dirección al despacho del abogado de Ruby River City. Se suponía que también debían acudir Ramona y Félix, pero no hubo manera de que se desentendieran de las responsabilidades de la casa. Clem, que conducía la limusina, había sido advertido asimismo de que debía entrar cuando llegáramos. Y también tenía que hacerlo Lolly, que iba sentada delante, junto a Clem.

Sin más dilación, nos acomodamos en uno de esos típicos despachos de abogado de los que he visto varios, amueblado con sillones de cuero morado y un gran escritorio de caoba cubierto por un cristal para el individuo que lee el documento destinado a que alguien se sienta destrozado.

Nuestro abogado de agradable voz, Grady Breen (antiguo y querido amigo de Gravier, un carcamal de ochenta y cinco años por lo menos), hizo los acostumbrados ofrecimientos de café y refrescos, que todos, con los nervios, rechazamos amablemente, y terminamos en un periquete.

La última vez había sido Patsy la que resultó brutalmente perjudicada al heredar un fideicomiso que, en su opinión, era una miseria. Todo el mundo guardaba silencio apostando a que iba a ser otra vez ella la que resultara escaldada y saliese del despacho gimoteando.

Pero lo que sucedió sorprendió a todos. Los legados más pequeños -cien mil dólares por cabeza para Clem, Félix, Ramona, Lolly y Jasmine-no supusieron nada del otro mundo. Y el hecho de que Pops les hubiera asignado también generosas anualidades para su jubilación hizo que todos se sintieran un poco más tranquilos. De hecho, estoy quedándome un poco corto al describir la situación. Aquella parte del testamento llenó de alegría a Clem, Jasmine y Lolly. Jasmine se echó a llorar, y Lolly se agarró con fuerza de su brazo, también llorosa, mientras que Clem se limitó a sacudir la cabeza maravillado.

Pero a continuación llegó el verdadero plato fuerte, y nadie podría haberse asombrado más que Patsy. Al parecer, el bisabuelo Gravier había dejado a Pops un fideicomiso que, según las condiciones originales, debía pasar en su totalidad al único retoño de Pops, Patsy. La parte principal de dicho fideicomiso alcanzaba una cifra de millones con dos dígitos, y el importe era tan inmenso que Patsy soltó un chillido y rió histérica.

En cuanto a la restante fortuna de Pops, también enorme, un fideicomiso era para tía Queen hasta su fallecimiento, momento en que pasaría a mí, y el otro era mío de manera inmediata. Era una cantidad de dinero mareante.

En resumen, Pops había desheredado a Patsy, pero aquello no tenía repercusión alguna porque no podía evitar que el fideicomiso del bisabuelo Gravier fuera a parar a ella. Además, su frugal estilo de vida a lo largo de los años, unido al hecho de que se pagara a sí mismo una miseria de sueldo y de que las ganancias que iba produciendo el fideicomiso revertieran siempre en el mismo, había incrementado todavía más la fortuna de Patsy. Naturalmente, Patsy no podía tocar la parte principal del gran fideicomiso, y cuando muriera lo heredaría yo.

Patsy estaba tan eufórica que se echó en brazos de tía Queen dando gritos, riendo tontamente y golpeando el suelo con sus botas de cuero rojo.

Hasta yo me sentí feliz por ella.

Tía Queen la besó en la mejilla y le dijo con cariño que en efecto era una noticia maravillosa, y que ahora iba a poder comprarse ropa nueva con aquel dinero.

-¡Oh, voy a comprarme ropa nueva! -declaró.

Y salió corriendo del despacho del abogado antes de que nadie pudiera detenerla. No supe cómo encontró transporte sin Clem, salvo que por aquellas fechas iba a todas partes con

su teléfono móvil y además estaba Seymour en casa con la camioneta de ella. Sea como fuere, sin haberse percatado de la ironía que encerraban las amables palabras de tía Queen, se esfumó.

Yo me quedé allí sentado, asimilando el hecho de que ahora tenía unos ingresos sustanciales de pleno derecho, unos cien mil dólares al mes disponibles de inmediato, aunque con el consejo estricto pero no vinculante de que debía dejarme guiar en todo por tía Queen. Todo ello arropado en un lenguaje curioso, que tenía algo que ver con la avanzada edad de tía Queen y con mi precocidad. Saqué la conclusión de que se me confiaban esos ingresos en aquel momento debido a mi carácter obediente y al hecho de que no se podía fiar uno de que mi madre me proporcionara la orientación adecuada.

Me entregaron allí mismo dos tarjetas de crédito, cada una con una línea de crédito de cien mil dólares, un talonario para una cuenta corriente que contendría un saldo constante de veinte mil dólares al mes y una cuenta de inversión en la que todos los meses se depositarían ochenta mil dólares. Además, rellené varios papeles importantes, firmé impresos bancarios y tarjetas, firmé también las tarjetas de crédito, me las guardé en la cartera, metí el talonario en el bolsillo, y así quedó zanjada mi parte de la transacción. Me sentía intoxicado con mi nueva virilidad recién respaldada con dinero.

Lo que siguió tuvo que ver con los empleados. Recibieron generosas sumas de las cuales serían informados prontamente, ya que tía Queen, nombrada ejecutora en aquel caso, tenía unos seis meses para ponerlas a disposición de las personas designadas. Aquello fue maravilloso; los hombres iban a alegrarse muchísimo.

Luego vino la descripción del fideicomiso de la familia, que había sido creado por el viejo Manfred. Con los años se había incrementado enormemente, y su único beneficiario era Blackwood Farm. Y por más que lo intenté, no logré entender todas sus complicaciones.

Que Blackwood Farm no podía ser dividida, que su casa no podía derribarse nunca, que cualquier cambio en la arquitectura debía hacerse conforme al diseño original, que todos los que estaban empleados en la gestión y el mantenimiento de Blackwood Manor y Blackwood Farm tendrían un buen sueldo... Todo esto se expresaba en un lenguaje complejo encaminado a proteger la propiedad que yo amaba y que dejaba muy claro que los ingresos que recibíamos de nuestros huéspedes de pago no significaban absolutamente nada.

También hubo una considerable parrafada acerca de las responsabilidades respecto del fideicomiso de la granja, que ahora recaían en tía Queen, para pasar a mí más adelante, pero aquello también era demasiado complicado de entender. El meollo consistía en que Patsy jamás poseería ni controlaría Blackwood Farm, y por supuesto a ella le importaba un pimiento.

Por lo que se refería al momento presente, la propiedad de Blackwood Farm en sí, incluidos todos sus edificios, el pantano y el terreno, pasaba de Pops a mí, con el usufructo de tía Queen, lo cual significaba que podía vivir allí durante toda su vida.

Aquello me dejó atónito. Pero tía Queen me explicó lo sensata que era la idea. De casarse ella, dijo, su marido podría presentar una reclamación de propiedad sobre la tierra, y eso era lo que Pops había querido evitar. Por supuesto, tía Queen tenía setenta y ocho años (o eso decía ella) y no pensaba casarse con nadie, señaló (excepto tal vez con el encantador Nash Penfield; risas), pero Pops había tenido que hacerlo de aquel modo para protegerme a mí.

Sin embargo, no pude evitar darme cuenta de que Patsy ni siquiera tenía derecho a vivir en la propiedad, mientras que tía Queen sí. No dije nada al respecto. Patsy no iba a enterarse nunca. Y desde luego yo no iba a ponerla de patitas en el porche con las maletas.

Además, dados sus elevados ingresos mensuales -aproximadamente medio millón de dólares-, no era probable que viniera mucho por casa.

Lo que nutría nuestros fideicomisos eran cuantiosas inversiones en actividades tan diversas como ferrocarriles, transporte internacional, bancos de todo el mundo, metales preciosos y gemas, moneda extranjera, bonos del Tesoro estadounidense, compañías farmacéuticas, fondos de inversión con todos los nombres y descripciones que cupiera

imaginar, y valores de todo tipo, desde los más conservadores hasta los más especulativos, todo ello administrado por la firma de inversiones Mayfair y Mayfair, de Nueva Orleans, una rama del bufete de abogados Mayfair y Mayfair, que gestionaba tan sólo un puñado de fortunas particulares muy selectas.

En lo que se refería a inversiones, resultaba bastante imposible encontrar a alguien superior a Mayfair y Mayfair, y también era imposible solicitar sus servicios aquel día. El trato se había cerrado con ellos en 1880, entre Manfred Blackwood y Julien Mayfair. Y desde entonces hasta el momento actual no había habido otra cosa que buena suerte y elevados beneficios.

Como yo estaba enamorado de Mona Mayfair, todo aquello me causaba una impresión favorable. Pero en su mayor parte me sobrepasaba. Siempre había sabido que estaba bien cubierto económicamente, y nunca había sido para mí objeto de preocupación hasta qué punto estaba forrado.

Entonces, cuando todo estuvo terminado y finiquitado, llegó la mayor sorpresa de todas. Pops había hecho a su abogado una confidencia impensable. Pero antes de que preguntáramos de qué se trataba, Jasmine, Clem y Lolly fueron invitados a abandonar la sala. Tía Queen, obedeciendo a no sé muy bien qué instinto, pidió a Jasmine que se quedara. Lolly y Clem no parecieron nada desconcertados por aquel detalle y salieron enseguida a sentarse fuera. Jasmine se situó más cerca de mí, como para protegerme de lo que fuera a suceder.

Nuestro abogado, Grady Breen, dejó a un lado los muchos documentos que tenía ante sí y comenzó a hablarnos en un tono amistoso que parecía sincero.

-Thomas Blackwood (aquél era Pops) me confió un secreto antes de morir -dijo-y me solicitó verbalmente, en relación con el mismo, que se lo transmitiera a ustedes y les rogara que actuaran correctamente al respecto. Bien, como puede que sepan o no, en una zona remota de este lugar vive una joven, de nombre Terry Sue, que tiene cinco o seis hijos. -Lanzó una mirada a su reloj-.

Probablemente seis.

-¿Quién diantre no ha oído hablar de Terry Sue? -dijo tía Queen con una débil sonrisa-. Me avergüenza decir que todos los hombres del cobertizo que hay en la propiedad conocen a Terry Sue. Acaba de tener otro hijo... -Ahora fue tía Queen la que miró

el reloj-. ¿No es así? Sí, me parece que sí.

-Pues sí, así es -dijo Grady al tiempo que se quitaba las gafas

de montura metálica y se arrellanaba en su asiento-. Y es bien sabido que Terry Sue es una joven muy atractiva, y que le gusta tener niños. Pero no es de ese nuevo hijo de lo que quiero hablar ahora.

Al parecer, hace nueve años Terry Sue tuvo un hijo de Pops.

- ¡Eso es imposible! -exclamé yo-. ¡Jamás le hubiera sido infiel a Sweetheart!
- No era algo de lo que se sintiera orgulloso, Quinn -contestó

Grady-. Desde luego, no estaba orgulloso, y le preocupaba profundamente que los rumores llegasen a perturbar a su familia.

-No me lo creo -dije otra vez.

-Lo ha demostrado el ADN, Quinn -dijo Grady-. Y por supuesto, Terry Sue lo ha sabido siempre, y por cariño a Sweetheart, para la que trabajó como cocinera, ya sabes...

-Aquellos grandes jamones de Virginia -dije-. Los maceraba y después los aliñaba y los horneaba.

-Qué ternura -comentó tía Queen-. Por lo visto también maceraba y aliñaba otras cosas. Pero, Grady, el hecho de que nos hayas desvelado esto obedece a algún propósito, ¿no es así, querido amigo?

-En efecto, señorita Queen -respondió Grady-. Pops tenía la costumbre de llevar a Terry Sue un sobre de dinero cada semana más o menos, y aunque el hombre que está con ella tiende a hacer salir a los anteriores, ninguno se sintió tentado nunca de ahuyentar a Pops con su sobre. Eran unos quinientos dólares lo que le daba cada semana, y con ello mantenía al

chico en una buena escuela católica, la de St. Joseph en Mapleville, que era la única condición que él le había exigido, que yo sepa. Ahora el chico tiene nueve años, creo. Está en cuarto curso.

-Nosotros continuaremos haciéndolo, naturalmente -dijo tía Queen-. ¿Podemos ver a ese niño?

-Les recomiendo que lo vean -dijo Grady-porque es un chico muy guapo, igual que tú, Quinn, y muy inteligente. Y Terry Sue, a pesar de todos sus defectos, está intentando educarlo como es debido. Se llama Tommy. Hay una cosa que podría ser de ayuda, si no les importa que se lo sugiera. Claro que Pops jamás hubiera...

-Pero, ¿de qué se trata? -quise saber. Me sentía estupefacto por todo aquello.

-Darle a ella el dinero suficiente para que envíe a sus demás hijos a buenos colegios -dijo Grady-. Igualar las cosas, ya saben a qué me refiero. Si llevan juguetes o videojuegos o lo que sea, llévenlos para todos los niños.

-Sí, entiendo -dijo tía Queen-. Vas a tener que redactarme un informe sobre el tamaño de esa familia, y luego ya haremos lo que...

-No, no voy a redactárselo, señorita Queen -repuso Grady-. No pienso poner nada por escrito. Hay cinco pequeños... no, seis desde esta mañana, y el último de los novios de esa joven es una escoria, basura humana, debería decir. Viven todos en una caravana, la familia entera, una caravana que no se imagina usted, con los típicos coches oxidados amontonados en el patio, la clásica situación que sale en las películas...

-Deja ya de atosigarme, por favor -dijo tía Queen.

-Pero hay un niño cuyo padre era rico y que está criándose ahí. Terry Sue hace todo lo que puede, y con este bebé de ahora ya son seis niños. Ya me encargaré yo de llevarle el sobre de dinero, eso sí puedo hacerlo, pero no pienso poner nada por escrito.

Por descontado, tía Queen y yo comprendíamos la situación. Pero sentíamos una ávida curiosidad por aquel pequeño, aunque siguiéramos incrédulos. Un hermano pequeño, no, un tío pequeño, que se llamaba Tommy y que llevaba los genes de los Blackwood, y que tal vez guardara algún parecido con los muchos retratos que había por toda la casa.

Una vez que todos estuvimos de acuerdo en haber finalizado, tía Queen se levantó y lo mismo hizo Jasmine, que había permanecido todo el tiempo en actitud mansa. Yo me quedé sentado. Sentía una honda preocupación.

-¿Lo sabe el niño? -pregunté.

-No estoy seguro -contestó Grady, y miró a tía Queen-. Ya continuaremos hablando de esto usted y yo.

-Oh, sí, deberíamos hablar de ello; se trata de una familia de seis hijos que vive en una caravana. Dios santo, y ella es preciosa. Lo menos que podría hacer yo es comprarle a esa buena mujer una casa decente, si eso no ofendiera el orgullo de ninguno de los que viven apretujados en la caravana.

- ¿Cómo es que nunca he sabido de ella? -pregunté. Y para mi perplejidad, todos se echaron a reír.

- En ese caso hubiéramos tenido un doble problema, ¿no? -dijo Jasmine-. Los hombres caen todos rendidos ante Terry Sue. -Pues hay algo que les queda en pie de guerra ante ella -comentó tía Queen.

-Hay una última cosa que quisiera decir -dijo Grady, sonrojado' por la broma-. Y en este caso pienso asumir una cierta responsabilidad.

-Adelante, dilo -lo animó tía Queen con suavidad. No le apetecía seguir de pie con los tacones que llevaba, así que se sentó de nuevo.

-Se trata del hombre que convive con Terry Sue -respondió Grady-. A veces saca una pistola que tiene y amenaza con ella a los niños.

Todos nos quedamos estupefactos.

-Y en una ocasión lanzó al pequeño Tommy contra la estufa de gas y le produjo una grave quemadura en la mano.

-¿Y pretendes decirme -dijo tía Queen-que Pops estaba enterado de esas cosas y no hizo nada?

-Pops intentó influir en cierta manera -repuso Grady-, pero cuando uno trata con personas como Terry Sue, no hay muchas esperanzas. Desde luego que ella jamás le levantaría la mano a ninguno de sus hijos, pero es que esos hombres entran y salen, y ella tiene que poner comida encima de la mesa.

-No me cuentes más -dijo tía Queen-. Tengo que irme a casa a pensar qué hacer.

Yo sacudí la cabeza en un gesto negativo.

¿El pequeño Tommy? Un niño que vivía en una caravana.

Me había sobrevenido una especie de tristeza, una sensación de inquietud, y sabía que se debía tanto a la falta de sueño como al haberme enterado de todo aquello y de lo rico que era Pops, y también al hecho de pensar, aunque no quería pensar en ello, en aquellas terribles discusiones que tenía con Patsy cuando ella le pedía dinero.

Bien podría haber formado el conjunto musical. Podría haberle comprado la camioneta. Podría haber contratado a los guitarristas. Podría haberle dado a Patsy una oportunidad. Y en cambio, ella suplicó, maldijo y luchó por cada céntimo que conseguía. ¿Y qué hizo él, el hombre al que tanto había amado yo? ¿Qué hizo con todos aquellos inmensos recursos que poseía? Pasar los días trabajando en Blackwood Farm igual que un empleado. Plantar canteros de flores.

Y luego estaba su hijo, aquel niño, Tommy, nada menos, con su mismo nombre, que vivía en la miseria en una caravana, en un lugar apartado de la propiedad, con una caterva de hermanos, un niño pequeño con un padre adoptivo psicótico.

¿Cómo se habría planteado Pops su vida? ¿Qué esperaba de ella? La mía tenía que ser algo más. Tenía que ser mucho más grandiosa. Me volvería loco si no lo era. Me sentí dominado por la presión misma de vivir. Me sentí frenético.

-¿Cuál es su nombre completo? -quise saber-. No puede decírmelo, ¿verdad?

-Por favor, dinos su nombre completo -pidió tía Queen con un gesto decisivo de cabeza.

-Tommy Harrison -dijo Grady-. Harrison es el apellido de Terry Sue. Creo que el niño no ha sido reconocido. De hecho, sé que no lo ha sido.

Mi ánimo se volvió más negro todavía. ¿Quién era yo para juzgar a Pops?, me dije. ¿Quién era yo para juzgar al hombre que acababa de dejarme tanto dinero y que podría no haberlo hecho? ¿Quién era yo para juzgarlo por haber dejado al pequeño Tommy en aquella situación? Pero sentía pesadumbre. Y me preocupaba que tal vez el carácter de Patsy hubiera sido el resultado de toda una vida luchando contra un hombre que no creía en ella.

Empezamos a despedirnos todos.

Tuve que regresar a la realidad. Y entonces nos fuimos a almorzar con Nash en Blackwood Manor.

Cuando salimos de la oficina apareció Goblin, con el mismo atuendo que yo, de nuevo un doble de mí mismo, pero con gesto austero como en el hospital, si bien no despectivo; solemne aunque no triste. Me acompañó hasta el coche, y tuve la sensación de que intuía mi tristeza, mi desilusión. Me volví hacia él, lo rodeé con el brazo y lo sentí firme.

-Está cambiando, Quinn -me dijo.

-No, viejo amigo, no puede cambiar -le respondí al oído.

Pero sabía que tenía razón. Ahora yo tenía cosas que hacer, lugares adonde ir y gente que conocer.

Librodot

23

Lo que me sacó de mi estupor, después de enterarme de que tenía un nuevo tío y de la riqueza de Pops, fue la visión de todos aquellos viejos muebles de mimbre, pintados de blanco y dispuestos en la terraza de losas situada a la derecha de Blackwood Manor, tal como aparecía en mis sueños de Rebeca. Eran los muebles que yo había sacado del desván, pero habían terminado de restaurarlos mientras yo estaba en el hospital, y me maravilló ver aquel conjunto de sillones y sofás dispuestos tal como estaban cuando Rebeca me sirvió su mítico café.

Mona lo entendería. También lo entenderían ese hombre tan amable, Stirling Oliver, y Nash, tan bondadoso y magnífico como profesor, que me había dado esperanzas de que lograría superar aquella extraña etapa con cierta ecuanimidad.

Pero cuando Nash apareció en el vestíbulo delantero, me quedé atónito al ver un montón de equipaje junto a la puerta y a él, vestido con traje azul y corbata, con la mano extendida para posarla sobre mi hombro.

-No puedo quedarme, Quinn, pero he de hablar con tu tía Queen antes de hacerlo contigo. Permíteme que tenga ahora unas palabras con ella.

Me quedé destrozado.

-No -contesté-. Tienes que decírmelo. Es por lo que dije, ¿no?, por todas las cosas que te conté. Piensas que estoy loco y crees que esto va a ser siempre así, pero te juro...

-No, Quinn, no pienso que estés loco -repuso él-. Pero entiende que tengo que marcharme. Ahora déjame hablar con la señorita Queen a solas. Te prometo que no me marcharé sin decírtelo.

Los dejé entrar a ambos en la salita y fui a la cocina para almorzar. Allí estaba Jasmine, diciéndole a Ramona que ambas eran ricas. No me gustó interrumpir su felicidad con mi actitud taciturna y le eché la culpa al hambre. Además, Jasmine siempre había sido rica, y Ramona también. Todo el mundo sabía que nunca habían querido irse de Blackwood Manor.

Y dado que comer era una cosa que yo siempre podía hacer, devoré un plato de pollo con puré.

Al final no pude resistir más el suspense. Fui hasta la puerta de la salita y tía Queen me hizo señas para que pasara.

-Querido, Nash tiene la impresión de que vas a sentirte turbado por el hecho de que no lleva una vida de soltero por elección propia, sino más bien debido a una cierta predisposición a la misma.

-Lo he escrito todo en una carta, Quinn -dijo Nash con su estilo amable pero autoritario.

-¿Me estás diciendo que eres homosexual? -inquirí. Tía Queen estaba atónita.

-Bueno, para serte sincero -repuso Nash-, eso es exactamente lo que tenía la intención de decirte.

-Ya lo comprendí anoche -dije yo-. Oh, no te preocupes por haberlo revelado por algún gesto o amaneramiento, no ha sido eso. Simplemente lo he notado porque probablemente yo lo soy también; por lo menos soy bisexual, de eso no me cabe duda.

Me respondió un silencio de perplejidad por parte de Nash, y una carcajada placentera por parte de tía Queen. Claro que había hecho una pequeña confesión que tal vez la hubiera herido, pero en el caso de Nash estaba muy seguro de que no iba a hacerle ningún daño.

'-Mi niño precoz -dijo ella-. Nunca dejas de asombrarme con tu encanto. Bisexual, resulta seductor, al estilo de Byron. ¿Acaso eso no multiplica las posibilidades de encontrar el amor? Estoy encantada.

Nash seguía mirándome fijamente, como si no se le ocurriera nada que decir, y entonces caí en la cuenta de lo que había pasado.

Nash no había renunciado a su puesto porque fuera homosexual; ya sabía que lo era mucho antes de venir. Había renunciado a su puesto por lo que había visto en mí y por lo que yo le había contado acerca de mis predilecciones. Oh, era más que obvio que yo había sido un auténtico zopenco por no darme cuenta. Tendría que haberlo soltado del anzuelo inmediatamente.

-Mira, Nash -le dije-. Tienes que quedarte. Tú deseas quedarte y yo deseo que te quedes. Vamos a prometer que no sucederá nada erótico entre nosotros; eso sería, ya sabes, inapropiado. Tú serás el profesor perfecto para mí, porque yo no tengo nada que ocultarte.

-Ése es un argumento muy convincente -dijo tía Queen-y no es mi intención hacer ninguna broma. Quiero decir, Nash, que en realidad a Quinn no le falta razón. -Soltó una risa etérea-. Dios del cielo, en todas las escuelas de este país los hombres homosexuales y las mujeres son profesores excelentes y comprensivos. Ya está todo arreglado. -Se incorporó-. Nash Penfield, debes deshacer las maletas, al menos hasta que nos vayamos a Nueva York. Quinn, tú tienes que dormir un poco. Ahora ya está todo arreglado hasta la hora de la cena.

Nash aún parecía en un estado de desconcierto, pero le estreché la mano, a lo que reaccionó abriendo mucho los ojos y declarando en voz baja que se quedaría. Acto seguido, como no me atreví a abrazarlo, me marché a mi habitación para sacar trescientos dólares del escritorio (siempre guardaba dinero allí) y cerciorarme de que llevaba puesto el mejor traje y la corbata Versace de la suerte, que no me había puesto para la reunión con nuestro abogado.

Cuando bajé a la planta inferior sentí que algo tiraba de mí; no me refiero a que fuera la mano de Goblin, sino más bien una sensación o una masa de sensaciones. Llevaba mucho tiempo sin dormir. Y estaba pensando en Rebeca. De hecho, por un instante me pareció que Rebeca estaba conmigo y que al instante siguiente no estaba.

¡Pequeña zorra pelirroja... zorra negra!

Cuando llegué al césped caminé despacio por las losas de la terraza, por entre los muebles de mimbre recién colocados allí, y tuve la sensación de que Rebeca estaba muy cerca, esperando a que me quedara dormido, esperando para hablar conmigo. Sí, había estado con ella en aquel mismo sofá, y ella se había sentado en aquel sillón, y el café estuvo sobre aquella mesa. Me invadía de forma intermitente una especie de mareo, igual que aquel día en el pantano, pero sabía que tenía que combatirlo. Una vida por mi vida. Una muerte por mi muerte...

-¿Qué has dicho? -pregunté-. ¿Una vida por una vida? ¿Con quién estaba hablando? Peleé contra la sensación de mateo-. ¡Fantasma asesino, no te acerques a mí! -susurré.

¿Qué estaba haciendo yo allí, en el césped? Habían restaurado los muebles de mimbre tal como yo ordené.

Tenía que irme. Me dirigí hacia el cobertizo.

Y al cabo de unos minutos estaba rodando en el viejo Mercedes 450 sedán de Sweetheart, el coche que siempre me había gustado tanto, aunque creo que era tan viejo como yo.

En un abrir y cerrar de ojos me encontré en la autopista, volando para encontrarme con Mona Mayfair. Pero me tomé tiempo para hacer una parada en la floristería que había en el cruce entre St. Charles y la Tercera para comprarle a Mona un bello ramo de rosas de tallo largo.

Acto seguido continué hasta mi destino final: el cruce entre la Primera y Chestnut, la esquina junto al río. Por supuesto, la casa no se encontraba cerca del río; el río era un mundo aparte, sólo una manera de orientarse en Nueva Orleans.

La casa poseía una discreta grandiosidad. Sin el esplendor arrogante de Blackwood Manor, era más bien una residencia de ciudad estilo neoclásico con una puerta que daba a un vestíbulo lateral, cuatro columnas, las paredes de estuco pintadas de color lavanda vespertino, y allá, en el extremo derecho, un jardín parcialmente oculto. La mansión entera se alzaba como a unos seis peldaños del suelo, y los peldaños eran de mármol blanco.

Librodot

Estacioné el coche en el cruce y caminé en diagonal con unas piernas que no sentía, sólo me guiaban, y con el enorme ramo en los brazos, sin aliento por la emoción de regalárselo.

La verja de hierro no era alta y tenía timbre. Me debatí unos instantes. ¿Qué iba a decirle a la persona que contestara? Mona, estoy desesperado por ver a Mona.

Pero no tuve que enfrentarme a aquella posibilidad. Medio segundo después de llegar a la verja, se abrió la gran puerta principal de color blanco y apareció ella. Cerró la puerta a toda prisa al salir y bajó corriendo los escalones en dirección a la entrada. Traía la llave de la verja. La hizo girar rápidamente y nos encontramos cara a cara fuera de sus límites. Y yo creí morir.

Mona era cien veces más encantadora por lo menos de lo que yo recordaba. Sus ojos verdes eran mucho más grandes, y tenía una boca de un color rojo natural que de inmediato deseé besar. Su cabello era rojo claro, y para resaltarlo llevaba una exquisita camisa de algodón blanco, con muchos botones abiertos, y unos pantalones blancos ajustados que revelaban bellamente la redondez de sus pequeños muslos. Me enamoré hasta de los dedos de sus pies: llevaba unas sandalias gruesas que dejaban ver todas las uñas pintadas de rojo. La adoraba.

-Dios mío, Mona -dije, y al instante me lancé sobre ella y cubrí su boca con la mía al tiempo que la agarraba de las delgadas muñecas, pero ella se apartó con suavidad y dijo:

- ¿Dónde tienes el coche, Quinn? Tenemos que marcharnos de aquí enseguida.

Cruzamos corriendo la calle como si fuéramos unos recién casados huyendo de una lluvia de arroz. En un santiamén salimos de la Primera en dirección hacia el río.

- Bueno, y ¿adónde podemos ir? Oh, Dios, no sé adónde podemos ir-dije.

-Yo sí -respondió Mona-. ¿Sabes llegar al Barrio Francés? -Naturalmente que sí.

Me dio una dirección.

- El La Freniére Cottages -dijo-. He llamado allí esta mañana.

- ¿Pero cómo sabías que iba a venir? Quiero decir, me encanta que los hayas llamado pero, ¿cómo lo sabías?

-Es que soy bruja -repuso ella-. Lo supe cuando te fuiste de Blackwood Farm del mismo modo que sé que Goblin está dentro del coche con nosotros. Justo detrás de ti. Ni siquiera lo sabías, ¿verdad? Pero no he querido decir eso. Lo único que quiero decir es que deseaba que vinieras.

-Me has hechizado -dije-. Desde la última vez que te vi no he dormido, y la mitad de mis delirios nocturnos han tenido que ver contigo y con el deseo de venir a verte. -Apenas podía mantener la vista fija en la carretera-. Sólo me han impedido verte abogados y testamentos, relatos de infidelidades y niños huérfanos, paseos sin rumbo entre muebles fantasmales y el hecho de forjar alianzas tan fuertes como la que deseo forjar contigo.

-Dios, vaya vocabulario que tienes -respondió Mona-. O puede que se deba solamente a tu pronunciación. Estaba escrito que debías venir a mí. Yo soy siempre Ofelia, flotando en la corriente de flores. Necesito tu arrebatadora poesía. ¿Podrás conducir si te bajo la cremallera de los pantalones?

-No, no hagas eso. Nos estrellaremos. Me parece que todo esto es una alucinación.

-No lo es. ¿Has traído condones?

-Dios, no -contesté. Habíamos llegado a Canal Street. Sabía dónde estaba el La Freniére Cottages. Lynelle y yo habíamos comido tres veces en su delicioso restaurante francés-. Mona, Mona, Mona -dije-. ¡Tenemos que comprar condones! ¿Dónde?

-No, no es necesario -repuso ella-. Llevo toneladas en el bolso.

24

El La Freniére Cottages estaba construido alrededor de un patio interior de ladrillo atestado de las palmeras y plátanos de rigor, y en cuyo centro había un pozo de los deseos que tal vez en otra época tuvo su utilidad; ahora era meramente decorativo, y la gente le había tomado afición a lanzar en él toda clase de monedas.

Mona se hizo cargo del registro en recepción como si tal cosa, incluso me dijo que me guardara el dinero, ya que la factura se la pasaría a su familia.

Al ver que yo protestaba, me susurró:

-Muestra tu fuerza cuando estemos en la cama.

Y allá fuimos. al interior del pequeño bungaló con suelo de baldosas, para hacer precisamente aquello, en una moderna cama de peltre coronada por una encantadora cúpula de hojas y racimos de forja y provista de una tela ligera y vaporosa atada flojamente a las cuatro esquinas.

En cuanto hubimos cerrado la puerta ambos nos despojamos de la ropa con el total abandono de las bestias, y cuando tuve a Mona desnuda ante mí, cuando vi el rosa de sus pezones y el pequeño penacho de vello rojo entre sus piernas, enloquecí como Dios manda.

Fue Mona la que me ayudó a ponerme el condón, y fue Mona la que tuvo la presencia de ánimo de replegar las mantas para no mancharlas, aunque finalmente terminaron en el suelo, porque nos lanzamos al ataque como animalitos de la selva.

Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo en mi vida, había cumplido uno de mis sueños más descabellados; por más que fuera un sueño recién nacido, era un sueño descabellado y salido del corazón que jamás podría olvidar. Nunca olvidaría el rostro arrebolado de Mona al sentir el espasmo que me lanzó a la explosión final de puro nirvana.

Cuando todo hubo terminado nos tendimos juntos, abrazados, acalorados, contentos y besándonos suavemente, juguetones.

_Oh, gracias a Dios -me susurró Mona al oído. Luego me ayudó a quitarme el condón sucio y fue por una toalla para limpiarme. Me besó otra vez y me dijo-: Quiero acariciarlo con la boca. Vamos, deja que te lave en el cuarto de baño y te lo haré después.

Yo protesté galantemente. ¡No requería semejante sacrificio de adoración!

-¡Tarquin, quiero hacerlo! -replicó ella-. Ya tenía ganas dentro del coche, sentía un deseo irreprimible. Y no pude. ¡Venga, sal de la cama!

Y fui conducido igual que un esclavo hasta el cuarto de baño, donde Mona llevó a cabo las excitantes abluciones, y después regresamos a las sábanas revueltas. Ella no hizo más que poner la boca sobre mi pene y comenzar a acariciarlo rápido, con fuerza, y a lamerlo por la punta, cuando me corrí y quedé muerto. Toda la fuerza, toda la energía, todos los sueños; todo me abandonó.

- ¿Es que nadie te había hecho esto nunca? -me ronroneó al oído mientras ambos permanecíamos tumbados.

- No -dije yo. Fue todo lo que pude hablar-. ¿Podríamos dormir un poco, así como estamos, juntitos?

A modo de respuesta, sentí el peso cálido de las mantas y luego el brazo fresco de Mona en la espalda y sus labios en mis ojos. Notaba un calor húmedo que provenía de sus pechos y de entre sus piernas. Y la brisa del aire acondicionado, que refrescaba la habitación, hacía que todo resultara más maravilloso.

-Tarquin, eres un chico muy guapo -me susurró-. Ahí está tu fantasma, observándonos.

-Vete, Goblin -dije-. Déjame, o te aseguro que no volveré a hablarte durante muchísimo tiempo, te lo juro. -Luego me di la vuelta y recorrí la habitación con la mirada-. ¿Lo ves tú? -le pregunté a Mona.

- No -respondió-. Ha desaparecido. -Se recostó contra las almohadas a mi lado-. Vuelvo a ser Ofelia -dijo-. Estoy flotando en el agua, tan sólo sostenida por «ortigas, margaritas y lirios», y nunca me hundiré en la «fangosa muerte». Ni te imaginas cómo es.

- ¿Y por qué? -pregunté-. Yo te veo igual siempre, vital, preciosa, tan dulce... -Intentaba permanecer despierto, escucharla.

-Adelante, duérmete. Después de hacerlo, los hombres quieren dormir; las mujeres quieren hablar, por lo menos algunas veces. Yo soy Ofelia flotando a la deriva en «el arroyo lloroso», muy ligera, muy segura, «o como una criatura propia de ese elemento y familiarizada con él». No me encontrarán hasta esta noche, y tal vez ni siquiera entonces. Suelo dar propinas muy buenas en estos hoteles, creo que los tengo en el bolsillo.

-¿Quieres decir que ya has hecho esto antes? ¿Que has venido aquí con otros? -Ahora sí que me desperté del todo. Me levanté y me apoyé en un codo.

-Tarquin, yo tengo una familia enorme -respondió Mona mirándome, con el cabello exquisitamente extendido sobre la almohada-. Y hubo una época en la que mi objetivo consistía en intimar con cada uno de mis primos. Tuve éxito en más casos de los que soy capaz de contar sin la ayuda de un ordenador. Por supuesto, no siempre fue en un hotel; más a menudo lo hacíamos por la noche en el cementerio...

-¡En el cementerio! -exclamé-. ¿Lo dices en serio?

-Tienes que comprender que mi vida no es normal. La mayoría de los Mayfair no busca llevar una vida normal. Pero es que mi vida no es normal ni siquiera para ser una Mayfair. Y ese objetivo, el de acostarme con todos mis primos, hace ya tiempo que lo abandoné. -De pronto sus ojos adquirieron una expresión triste y me miraron implorantes-. Sí, he estado aquí, he de confesar que va bauticé esta habitación con mi primo Pierce. Pero eso no importa, Tarquin, contigo todo es nuevo, eso es lo que importa. Y con Pierce nunca fui Ofelia. Voy a casarme con él, pero nunca seré Ofelia.

-No puedes casarte con Pierce, tienes que casarte conmigo. Tampoco mi vida es normal, Mona -repliqué-. No tienes ni idea de lo rara que es, y está muy claro que tú y yo estamos hechos el uno para el otro.

_Oh, sí que tengo una idea. Tu fantasma te acompaña a todas partes. Sé que has vivido toda tu vida entre adultos, que no conoces de verdad a los niños. Eso es lo que me ha contado el padre Kev. Al menos es lo que he podido sonsacarle. Estuve a punto de llevarme al padre Kev a la cama, pero en el último asalto demostró ser inconmovible. Es lo que cualquiera consideraría un buen sacerdote, aunque en lo que se refiere al chismorreo está aflojándose. Claro que no en el caso de la información que recibe en confesión.

Sus ojos eran tan verdes que a duras penas podía concentrarme en lo que estaba diciendo.

-¿Y te advirtió de que no te acercaras a mí? -quise saber-. ¿Te dijo que yo estaba loco?

Rió dulcemente y se mordió el labio inferior como si estuviera reflexionando.

-Es al revés. Lo que pretenden es protegerte de mí. Por supuesto, lo que desean es encerrarme bajo llave, por eso estaba esperándote en la puerta de casa. En estos momentos todo el mundo me considera un putón verbenero. Tenía que verte antes de que me encerrasen. Y no soy la única bruja que hay en la familia.

-Mona, ¿a qué te refieres al decir «bruja»? ¿De qué estás hablando?

-¿Quieres decir que nunca has oído nada de nosotros?

-Sí, pero sólo cosas buenas, como el sueño de la doctora Rowan de fundar el hospital Mayfair, y que el padre Kevin vino al Sur para visitar de nuevo el Canal Irlandés en el que había nacido, cosas de ésas. Nosotros vamos a la iglesia de St. Mary's Assumption. Vemos al padre Kev a menudo.

- Yo te voy a decir por qué vino al Sur el padre Kev -dijo Mona-. Vino porque lo necesitábamos. Ah, cuántas cosas quisiera poder contarte, pero no puedo. Cuando te vi en el Grand Luminiére, cuando te vi hablando con Goblin y abrazándolo, pensé: Dios, has respondido a mis oraciones, me has dado a una persona que posee secretos. Sólo ahora me

Librodot

doy cuenta de que eso no cambia nada para mí. No puede ser. Porque no puedo contártelo todo.

Empezó a llorar.

- ¡Mona, sí que puedes decírmelo! Escucha, puedes fiarte de

mí por completo. -Besé sus lágrimas-. No llores, Mona -supliqué-. No puedo soportar verte llorar.

-No dudo de ti, Quinn -contestó ella. Se incorporó en la cama para quedarse sentada, y yo me incorporé con ella-. No estoy segura de si Ofelia llega a llorar en la obra. Tal vez llorar sea lo que impide que las personas se vuelvan locas. Es que hay cosas que no pueden contarse -prosiguió-y hay otras cosas contra las que no se puede hacer nada.

-Yo siempre he preferido contarlo todo -dije-. Por esa razón me viste abrazar a Goblin. Hubiera sido más fácil que al llegar a cierta edad dejase de abrazar a Goblin. Podría haberle ordenado que se fuera al lugar de donde vino, pero en cambio nunca lo guardé en secreto. También hay un fantasma que me acosa, y además un desconocido, el hombre que me dio la paliza y me envió al hospital Mayfair. Simplemente, dejo que estas cosas ocurran. Yo creo que tenemos que hacerlo así.

Le entregué los pañuelos de papel que había sobre la mesilla y le enjugué las lágrimas con uno.

-Sé que voy a casarme contigo, Mona -dije de repente-. Lo sé. Sé que es mi destino.

-Quinn -repuso ella secándose los ojos-, eso no va a suceder. Podemos pasar algún rato juntos, conversar, hacer cosas como éstas, pero nunca podremos estar juntos de verdad.

-Pero, ¿por qué? -Sabía que si la perdía lo lamentaría toda la vida. Pensé que Goblin lo sabía; por eso había desaparecido sin discutir. Él sabía que aquello era demasiado fuerte y no me había dicho una sola palabra.

Entonces recordé lo que Goblin era capaz de hacer a aquellas alturas. Si se le antojaba, podía romper las ventanas. Y me había dicho que le gustaba estar enfadado.

¿Realmente podía contarle eso a Mona? ¿Debía contárselo a alguien? Experimenté una punzada de mi habitual pánico, y odié dicho sentimiento por ser poco masculino. Con Mona, quería ser viril.

-Regresa conmigo a Blackwood Manor -le dije-. Allí es donde vivo. Podemos vivir en mi habitación, o bien puedo instalarte en el dormitorio de Pops, si quieres respetar las formas. Pops acaba de morirse y la habitación está ya limpia y preparada. No se murió en ella. Embalaron todos sus efectos personales inmediatamente. ¿Dónde está el teléfono? Voy a decirles que la preparen. Dime cuál es tu talla de ropa; Jasmine irá a WalMart a comprarte lo que necesites para arreglarte.

-Dios, estás tan loco como uno de nosotros -dijo Mona con sincero asombro-. Yo creía que los Mayfair éramos los únicos que hacían cosas así.

-Tú ven. Nadie de la casa nos creará ningún problema. Es posible que mi tía Queen te dé algún consejo sagaz. Está a punto de cumplir setenta y nueve años, o eso dice ella, de modo que cabe esperar que dé algún que otro consejo sagaz. Y tengo un profesor particular, Nash, pero es un perfecto caballero.

-Así que tampoco vas a la escuela -dijo Mona-. ¡Genial! -No, no he ido nunca, nunca ha funcionado, teniendo a Goblin.

Me puse en acción. Mona me observó sin perder la expresión de asombro mientras yo hablaba por teléfono con Jasmine. Todo tenía que ser de la talla pequeña: camisas blancas, pantalones, ropa interior de algodón, unos cuantos artículos de aseo, y allá fuimos.

En cuanto me senté al volante caí en la cuenta de que llevaba más de treinta y seis horas sin dormir. Me eché a reír por la impresión que causaba todo aquello y por lo bien que estaba saliendo todo.

-Déjame conducir a mí -dijo Mona.

Le cedí el sitio con gusto.

Librodot

Ella se hizo cargo como una profesional y partimos a toda velocidad, lanzados como con una catapulta fuera del Barrio Francés, en dirección a la carretera interestatal.

Yo no podía apartar los ojos de ella, conducía de un modo verdaderamente sexy, resultaba de lo más sexy que alguien tan delicioso pudiera conducir, y cuando volvió hacia mí aquellos ojos verdes me sentí débil y eufórico, y en aquel estado de ánimo, un estado de ánimo loco y jubiloso, hablé con Goblin.

-La quiero, muchacho, lo entiendes, ¿verdad?

Miré el asiento de atrás y lo vi allí sentado, mirándome con aquella expresión de frío desprecio que había adoptado en el hospital. Me dejó sin respiración. Y entonces me llegó su voz siniestra y monótona:

-Sí, también me ha gustado mucho a mí, Tarquin.

-¡Estás mintiendo, cabrón! -exclamé. Me entraron ganas de estrangularlo-. ¿Cómo te atreves a decirme eso? ¡Si hubieras esta do tan cerca habría notado tu presencia! ¿Crees que puedes colarte en mi interior?

-Oh, sí, ahí estaba -dijo Mona al tiempo que aceleraba hasta más de ciento cuarenta por hora-. Lo he notado yo.

25

Tía Queen y Jasmine no me decepcionaron. Cualesquiera que fueran los recelos de tía Queen hacia Mona, no quiso herir sus sentimientos. Cuando llegamos a la casa, tía Queen dio la bienvenida a Mona con los brazos abiertos, y cuando anuncié que aquélla era mi futura esposa, recibió dicha información con sublime aplomo.

Jasmine acompañó a Mona a la habitación de Pops, donde la aguardaba toda su ropa nueva, y acto seguido fuimos a mi dormitorio, donde íbamos a estar en realidad durante aquella visita, y nos zampamos una comida de campeonato ante esta misma mesa a la que estamos sentados tú y yo ahora.

No recuerdo lo que comimos en concreto. Lo que recuerdo es que ver comer a Mona era todo un placer, porque estaba totalmente prendado de ella, y el hecho de ver cómo manejaba el cuchillo y el tenedor con gestos rápidos y charlaba animadamente todo el tiempo hizo que me abandonara a ella todavía más.

Ya sé que lo que estoy diciendo resulta absurdo, pero es que estaba muy enamorado. Jamás había experimentado nada igual, y me sirvió para atenuar bastante momentáneamente el pánico que sufría de forma habitual, incluso me quitó mi razonable miedo al misterioso desconocido, aunque aquí debo añadir que seguía habiendo un gran número de guardas de seguridad armados alrededor de nuestra casa, incluso en el interior, y aquello también me proporcionaba cierta sensación de tranquilidad.

Por supuesto, tía Queen deseaba verme a solas, pero yo decliné elegantemente la petición. Y cuando se hubieron recogido los platos del almuerzo y Jasmine hubo limpiado la mesa (y a propósito,

Jasmine estaba guapísima con un traje azul marino claro y una blusa de un blanco radiante), me sentí preparado para no dejar entrar al mundo entero, si me era posible.

-Ahora lo entiendes -explicó Mona-. Mi primo Pierce, con el que probablemente me casaré, es de lo más aburrido. Quiero decir que es como un pan sin sal, no posee poderes paranormales de ningún tipo, y ya es abogado de la firma Mayfair y Mayfair, de la que es socio su padre, Ryan. Y Ryan, mi querido Ryan, también es un pan sin sal, y su vida no es más que una línea recta hacia el conformismo y la seguridad.

- En ese caso, ¿por qué demonios sigues diciendo que vas a casarte con él? -pregunté.

- Porque le quiero -respondió Mona-. No estoy enamorada, no, jamás podría sentir algo así por él, pero lo conozco y para mí es guapo... oh, no tan guapo como tú, ni siquiera tan alto como tú, pero tiene una belleza tranquila. Además, con Pierce, odio decirlo, pero con Pierce probablemente podré hacer lo que yo quiera.

Me refiero a que Pierce no es intenso, y ya tengo suficiente intensidad para tres personas.

-Exacto -repuse. De modo que se trata de un matrimonio seguro.

-Es un matrimonio Mayfair -repuso ella-. Y los Mayfair como yo siempre se casan con otros Mayfair. Y es muy fácil que con sus antecedentes y los míos algunos de nuestros hijos sean brujos... -Ya estás otra vez con esa palabra, Mona. ¿Qué quieres decir con eso de «brujos»? ¿Toda tu familia utiliza esa palabra? ¿La utiliza el padre Kev?

Mona dejó escapar la más dulce de las risas.

-Sí, la utiliza toda la familia, pero lo más probable es que se deba a la orden de Talamasca y a Aarón Lightner, un miembro de esa orden al que todos amábamos. Lo perdimos. Murió en un terrible accidente. Pero ahora tenemos por amigo a Stirling, y él utiliza esa palabra. Verás, la orden de Talamasca es una organización que llevaba siglos cuidando de nuestra familia sin que nosotros lo supiéramos siquiera. Bueno, no, eso no es cierto del todo. En algunas ocasiones lo supieron nuestros antepasados. Pero de todos modos, los de Talamasca crearon lo que ellos llaman el «Expediente de las brujas Mayfair», y después de leer todo ese material logramos comprender mejor nuestra historia, y sí, nos referimos a algunos de nosotros como brujos.

Me sentía demasiado intrigado para formular otra pregunta. Mona bebió un gran trago de su café con leche y continuó hablando.

(Jasmine nos había dejado una cafetera llena sobre un pequeño calentador de velas y la leche caliente en una jarra, además de mucho azúcar, y fue una buena idea porque bebíamos sin parar y la pequeñez de las tazas de porcelana resultaba molesta.)

-Para nosotros, un brujo es lo que significa para los de Talamasca -dijo Mona-: Un ser humano que puede ver a los espíritus y darles órdenes. Tú has nacido siendo brujo, y Stirling Oliver sostiene la teoría de que ello tiene su origen en el cerebro físico, de forma similar a la capacidad de una persona para distinguir matices delicados de los colores, por ejemplo. Pero como no podemos estudiar esos receptores del cerebro, porque la ciencia no es capaz de aislarlos, parece misterioso.

-Dicho de otro modo -sugerí yo-, Stirling opina que algún día seremos capaces de diagnosticar a un brujo como tú o como yo.

-Exacto -contestó Mona-, lo mismo opina Rowan, que está llevando a cabo extensas investigaciones sobre este tema en el hospital Mayfair. Cuenta con su propio laboratorio y en buena medida hace lo que le apetece. No quiero dar la impresión de que es una especie de doctora Frankenstein; lo que quiero decir es que el legado de los Mayfair es tan sustancioso que ella no necesita subvenciones económicas, de modo que no tiene necesidad de rendir cuentas a nadie. Realiza investigaciones secretas y misteriosas. Sólo Dios conoce todos los proyectos que tiene Rowan. Ojalá yo supiera qué se trae entre manos.

-Pero, ¿qué puede hacer si no puede seccionar de hecho el tejido cerebral? -pregunté.

Mona explicó todas las pruebas habituales que se podían practicar en el cerebro, y yo expliqué que había pasado por todas ellas sin que se hubiera encontrado nada anormal.

-Lo entiendo -dijo-, pero Rowan está buscando en nosotros empleando métodos que no son habituales. -De pronto su semblante se oscureció y sacudió la cabeza en un gesto negativo-. Existen otras pruebas, análisis de sangre realizados a los que tenemos genes anormales. Sí, genes anormales, así es como lo dirías tú.

Porque algunos de nosotros los tenemos. Por eso mi matrimonio con Pierce casi puede darse por seguro; él no tiene los genes anormales, pero yo sí. Por eso es seguro para mí casarme con él. Pierce posee el certificado de sanidad limpio de polvo y paja. Pero a veces me pregunto si... tal vez no debería casarme.

Librodot

-Pero yo tengo genes seguros, ¿no es así? -insistí-. ¿Por qué no te olvidas de Pierce para siempre y te casas conmigo? Ella me miró fija y largamente.

-¿Qué ocurre, Mona? -quise saber.

-Nada. Sólo estaba pensando cómo sería estar casada contigo. Lo del certificado de sanidad no tiene mucha importancia. Seguramente tendríamos hijos brujos. Pero no estoy del todo segura de que importara. Pero, Quinn, tienes que abandonar esa idea; sencillamente, no va a suceder tal cosa. Además, yo sólo tengo quince años, Quinn.

-¡Quince! -Me quedé asombrado-. Bueno, yo tengo dieciocho -dije-. Ambos somos precoces. Nuestros hijos serán genios.

-Sí, no me cabe duda -repuso ella-. Y tendrían profesores particulares como yo ahora, y viajarían por el mundo entero.

-Nosotros podríamos viajar por el mundo con mi tía Queen

-dije yo-y con Nash, y él nos contaría cosas de todos los países que fuéramos visitando.

Mona sonreía con una expresión sumamente serena.

-Sería maravilloso -dijo-. Yo ya he estado en Europa, el año pasado la recorrí entera con Ryan y Pierce... Ryan es el padre de Pierce. Ryan es el gran abogado que hay en nuestras vidas, aunque tenemos un bufete familiar entero. Pero en fin, ¿qué estaba diciendo? Europa. Podría regresar allí una vez más, y otra, y otra.

-Oh, piensa en ello, Mona. Ya tienes el pasaporte, y yo tengo el mío. Podríamos raptarte. ¡Tía Queen lleva tiempo rogándome que vayamos!

-Tu tía Queen jamás permitiría que me raptaras -rió Mona-. Ya veo que tiene un espíritu aventurero, pero no daría su consentimiento a un secuestro. Además, la familia saldría enseguida en mi busca.

-¿Tú crees? -inquirí-. ¿Pero por qué, Mona? Hablas de tu familia como si fuera una gigantesca prisión.

-No, Quinn -respondió-, en realidad es como un gigantesco jardín, pero hay tapias que nos separan del resto del mundo. -Empezaba a invadirla una abismal tristeza-. Voy a llorar otra vez y lo odio a muerte.

-No, no llores -le dije. Le acerqué la caja de pañuelos y se la planté delante-. No puedo soportar la idea de que derrames una sola lágrima, y si la derramas la beberé yo, o te secaré los ojos con esto. Ahora dime por qué no van a permitirte viajar a Europa. Quiero decir, nos llevaríamos a tía Queen como la carabina perfecta.

-Quinn, como te he dicho, yo no soy una Mayfair corriente. No soy una bruja corriente. Soy lo que llaman la Designada del Legado. Y el Legado es algo que se remonta cientos de años en el pasado. Se trata de una gran fortuna que hereda una mujer de cada generación.

-¿Cómo de grande?

-De miles de millones -contestó Mona-. Por eso sirvió para fundar el hospital Mayfair, y en este momento la Heredera es Rowan Mayfair. Pero Rowan no puede tener hijos, de modo que ya he sido nombrada yo para sucederla.

-Entiendo. Te están preparando y guardando para el día en que tengas que hacerte cargo de él.

-Exactamente -respondió Mona-. Por esa razón quieren que deje de cometer insensateces y de acostarme con todos mis primos. Desde que regresé de Europa he escuchado mucho. No sé qué me sucede con el sexo, simplemente me encanta. Pero ya has captado la idea. He de ocupar un puesto de honor, si no suena demasiado atroz. Por eso querían que fuera a Europa, para formarme y cultivarme y...

De nuevo su rostro se oscureció, y esta vez asomaron lágrimas a sus ojos.

=Mona, dímelo -rogué.

Ella negó con la cabeza.

-Me ocurrió algo malo -dijo. Se le quebró la voz.

Yo me levanté y la obligué a levantarse de la mesa. Luego aparté el cubrecama y los dos nos descalzamos y nos acostamos sobre un lecho de almohadas. Jamás me había gustado tanto

mi extraña cama como cuando estuve tumbado en ella con Mona, bajo aquel baldaquino. Y hay que tener en cuenta que ambos íbamos completamente vestidos, aunque cuando empecé a besarla le abrí la blusa hasta abajo y le palpé los pechos, pero a ella no le importó.

Sin embargo no llegamos a hacer nada, principalmente porque yo estaba muy cansado, y entonces volví a sacar el tema.

-¿Te ocurrió algo malo? -le pregunté-. ¿Puedes contarme qué fue?

Ella guardó silencio un buen rato hasta que se puso a llorar otra vez.

- Mona, si alguien te hizo daño, yo se lo haré a mi vez -le dije-. Hablo en serio. Incluso Goblin podría... Dime qué sucedió. -Tuve un hijo -respondió en un ronco susurro.

Yo no dije nada, pero advertí que ella deseaba continuar.

- Tuve un hijo -repitió-que no fue lo que podría llamarse un niño normal. Era... distinto. Muy precoz, sí, y tal vez sea más adecuado llamarlo una mutación. Yo lo quería con toda mi alma, era un niño precioso, pero... ¡me lo quitaron! -Hizo una pausa y después prosiguió-: Se lo llevaron muy lejos. No consigo recuperarme de aquello, no puedo dejar de acordarme.

-¡Quieres decir que te obligaron a abandonar a tu hijo! Una familia de ese tamaño y con todo ese dinero. -Me sentí horrorizado.

-No. -Mona negó con la cabeza-. No fue así. No fue la familia. Digamos simplemente que se llevaron al niño, y no sé qué fue de él. No fue obra de la familia.

- ¿Fue cosa del padre? -inquirí.

- No. Ya te he dicho que se trata de algo terrible. No puedo contártelo todo. Lo único que puedo decir es que en cualquier momento podría saber algo de ese niño. -Escogió las palabras con cuidado-. Podrían devolverme a ese niño. Podrían llegar noticias, buenas o malas. Pero por el momento no hay nada más que silencio.

-¿Tú sabes dónde está el niño? -pregunté-. Mona, ¡yo mismo iré a buscarlo! Te lo devolveré.

- Quinn, qué fuerte eres, qué seguro -dijo ella-. De verdad que es maravilloso estar contigo. Pero no, no sé dónde se encuentra el niño. Me parece que está en Inglaterra, pero no lo sé. Cuando estuvimos en Europa medio lo busqué. No se sabe nada del hombre que se lo llevó.

-Mona, todo esto es horrible.

No -repuso ella sacudiendo la cabeza. Las lágrimas se pegaban a sus pestañas-. No es tanto como parece. Aquel hombre era cariñoso, y el niño... el niño era excepcional. -Se le quebró la voz-. Yo no quería entregárselo, pero tuve que hacerlo. Tenía que irse con aquel hombre cariñoso, aquel hombre bondadoso que iba a cuidar de él.

Yo estaba demasiado perplejo para formular una pregunta sensata.

Si tienes el menor indicio acerca de dónde se encuentra ese hombre, iré a buscarlo.

Pero Mona hizo nuevamente un gesto negativo.

-Antes sabíamos cómo ponernos en contacto con él. Rowan y Michael, que son mis primos y ahora mis padres adoptivos, conocían muy bien a ese hombre. Pero ya no.

-Mona, deja que te proteja en esto, déjame ir a buscar a ese hombre y al niño.

-Quinn, mi familia ya lo ha intentado. Se han servido de los recursos del Legado Mayfair para intentar encontrar al niño y al hombre, y no han podido. No necesito que tú me prometas que vas a intentarlo, no quiero que pienses siquiera en ello. Lo único que necesito es que me escuches, que me prometas que jamás le contarás a otro ser humano lo que te he contado a ti.

La besé.

-Entiendo -dije-. Ya tendremos otros hijos, tú y yo. -Oh, eso sería maravilloso -repuso-. Maravilloso de verdad.

Nos acurrucamos bajo las mantas, nos quitamos la ropa el uno al otro, botón por botón y cremallera por cremallera, y al final quedamos desnudos en el lugar en que yo siempre había dormido tan castamente en compañía de la Pequeña Ida o de Ramona. Tuve la sensación de que la cama estaba siendo bautizada como era debido, y me sentí feliz.

Luego me quedé dormido.

En mis sueños apareció Rebeca llamando a la puerta. Era como si estuviera despierto, pero sabía que no lo estaba. Y en el sueño le dije que tenía que marcharse. Le dije que ya había hecho por ella todo lo que estaba en mi mano. Nos peleamos, ella y yo. Nos peleamos en lo alto de las escaleras. Ella me atacó enfurecida y yo la obligué a bajar las escaleras diciéndole que tenía que irse de Blackwood Manor, que estaba muerta y que tenía que aceptarlo.

Ella se sentó en el último escalón y empezó a llorar con gesto lastimero.

-Ya no puedes seguir viniendo -le dije yo-. Te está esperando la luz, te está esperando Dios. Yo creo en la luz.

El comedor se llenó otra vez de personas de luto, y llegó a mis oídos la cadencia del rosario, cada vez más sonora, como la marea, Ave María, llena eres de gracia, y entonces vi a Virginia Lee incorporarse de nuevo en su féretro con las manos entrelazadas; saltó al suelo con un grácil paso de ballet haciendo ondear sus faldas, se apoderó de Rebeca y juntas salieron como un rayo por la puerta principal de la casa, los dos fantasmas, Virginia Lee y Rebeca, y oí a Virginia que exclamaba: «Has vuelto otra vez para traer aflicción a mi casa, ¿verdad? ¡Me has hecho volver de la luz!»

Rebeca soltó un alarido. Una vida por mi vida. Una muerte por mi muerte.

Todo se sumió en el silencio. Yo, soñando, me senté en los escalones con el deseo de poder despertarme para regresar a la cama donde me correspondía estar, pero no podía.

«Una vida por mi vida», había dicho Rebeca. ¿Se refería a la mía? Nada de lo que yo hice la había satisfecho. No había sido suficiente.

En aquel momento alguien me tocó en el hombro. Levanté la vista. Era Virginia Lee, muy animada y guapa a pesar de llevar su vestido azul del funeral.

-Abandona este lugar, Tarquin -me dijo. Su voz poseía una tierna resonancia-. Vete, Tarquin, abandona este lugar. Aquí existe un mal, y ese mal te quiere a ti.

Entonces me desperté y me incorporé, cubierto de sudor y mirando al frente. Vi a Goblin en el rincón, cerca del ordenador, observándome sin más.

Mona dormía profundamente a mi lado.

Me metí en la ducha, y al ver la sombra de Goblin al otro lado del cristal me di prisa en terminar, me sequé y me vestí rápidamente. Lo tenía de pie a mi espalda, mirándome en el espejo por encima del hombro. Su expresión no era tan despectiva como antes, y rogué para que no pudiera percibir mi aprensión. No parecía tan sólido, ni siquiera con la humedad que flotaba en el aire, como en Nueva Orleans. Me sentí agradecido por aquel detalle.

-¿Tú también amas a Mona? -le pregunté como si me importara.

-Mona es buena. Mona es fuerte -contestó-. Pero Mona te hará daño.

-Ya lo sé -repuse-. Tú me haces daño cuando te muestras desagradable conmigo, cuando dices cosas desagradables. Tenemos que querernos el uno al otro.

-Tú quieres estar a solas con Mona -dijo Goblin.

-¿No querrías tú lo mismo, si estuvieras en mi pellejo? -Me di la vuelta y me encaré con él.

Nunca había visto aquella expresión de dolor en su rostro. Lo había herido, y lo lamenté.

-Yo soy tú -me respondió.

26

Las últimas horas de la tarde fueron celestiales. Estar tan enamorado, conocer aquel frenesí del corazón... incluso ahora, que todavía soy joven, recuerdo aquello como algo que formaba parte de la inocencia de la infancia. Ni siquiera sueño que pueda volver a sentir nada parecido, es imposible que vuelva a experimentar nunca una felicidad tan devoradora.

Cuando Mona se despertó, se bañó y se puso los pantalones y la camisa blancos de WalMart, bajamos a dar un paseo por Blackwood Farm, y al parecer fue aquella caminata lo que me permitió conservar la cordura mientras desnudaba mi alma ante Mona. Le conté todo lo de Goblin, lo de Lynelle, lo de mi extraña vida tal como la percibía yo.

Ella escuchaba con avidez. También se quedó prendada de la casa y el largo camino bordado de árboles. No le pareció vulgar ni recargado. Dijo que veía en todo una gran simetría y armonía.

Sí, era más grande y más altiva que una casa del distrito Garden, concedió, pero comprendía por qué Manfred Blackwood no había querido sentirse constreñido y se buscó aquel lugar perfecto en el campo.

-Quinn -me dijo-, vivimos en casas que fueron construidas por los sueños de unas personas, y hemos de aceptar eso. Tenemos que respetar ese sueño y comprender que algún día la casa pasará a otros. Estas casas son personalidades que hay en nuestras vidas, desempeñan su propio papel.

Contempló las grandes columnas. Le gustó la sensación que emanaba de aquel lugar.

-Hasta la casa en que me crié yo, pobre como era, era una enorme construcción victoriana de St. Charles Avenue. Estaba atestada de fantasmas y de gente. Sabes, no me crié siendo rica. Yo era una Mayfair pobre y venida a menos. Mis padres eran los dos unos borrachos débiles y sin carácter. Entregaron su vida a la botella. Y ahora técnicamente soy propietaria de un avión particular y la heredera por designación de miles de millones de dólares. A veces se me va un poco la cabeza, con ese cambio, pero aquí es donde vuelve a surgir el tema de los sueños, porque yo siempre soñé que iba a ser la Designada del Legado Mayfair. -Empezaba a ponerse un poco triste, lo cual me alarmó-. Algún día tengo que contártelo todo acerca de mi familia. Pero en este preciso instante estoy contigo.

Háblame de ti.

A mí me pareció que era sumamente inteligente. Nunca había pensado demasiado con qué tipo de mujer deseaba casarme, si es que había alguna, pero ahora me parecía perfecto que fuera inteligente a la vez que guapa. Y su belleza era natural; no llevaba los labios pintados ni lápiz de ojos. Había salido de la ducha pura y joven. Estaba completamente cautivado.

Oscurecía. El cielo se veía atravesado por vetas de color amatista y dorado fuego. Llevé a Mona hasta el viejo cementerio, le expliqué que el río West Ruby regaba nuestros doscientos solitarios acres de Sugar Devil Swamp.

Le hablé de Sugar Devil Island y del santuario, de la extraña inscripción del mausoleo y del extraño intruso que había penetrado en la casa, y que fue tras ser agredido por él por lo que ingresé en Mayfair.

-¿Podemos ir a la isla, Quinn? -inquirió Mona-. ¿Por qué no me la enseñas? Tengo que ver ese lugar por mí misma. ¿Cómo voy a poder ser Ofelia para siempre si tengo miedo de viajar por corrientes sin fin?

-Bueno, ahora no, mi preciada e inmortal Ofelia -repuse-. Está anocheciendo y yo no soy lo bastante macho para internarme en el pantano en la oscuridad. Pero puedo llevarte de día. ¿Te has fijado en los guardias de seguridad que rodean la casa? Nos llevaremos a dos con nosotros; así, si el desconocido asoma la cara podremos aplastarlo.

Mona demostraba mucha curiosidad. Quería saber más acerca del santuario y de su estructura circular. ¿Había existido una escalera que subiera hasta la cúpula?

- Sí, la hay. El caso es que yo no he subido nunca. Es una escalera de caracol, de hierro, y casi no me fijé en ella. Estoy seguro de que si subes tendrás una panorámica mejor del pantano y de Blackwood Manor al fondo.

-Tengo que verlo como sea -dijo ella-. Es todo demasiado misterioso. ¿Y qué piensas hacer con el intruso?

Librodot

- ¡Echarlo de aquí! -contesté-. Ya está furioso porque le quemé todos los libros. Cuando regrese allí con mis hombres tiraremos su mesa de mármol y su silla de oro. Se los encontrará hundidos en el fango en el que arrojó los cadáveres.

- ¿Qué cadáveres? -Mona estaba asombrada.

Yo di media vuelta y le conté aquella parte, cómo lo había visto por primera vez a la luz de la luna, arrojando los cuerpos. Mona estaba muy intrigada.

- Pero esa persona es un asesino -dijo.

- No le tengo miedo -repuse-. Y después de lo que sucedió cuando me agredió dentro de la casa, sé que Goblin puede protegerme y me protegerá.

Dirigí la mirada hacia Goblin, que venía detrás de nosotros a cierta distancia. Le hice un gesto con la cabeza. Mi valiente compañero.

Mona contempló el cielo púrpura, cada vez más oscuro. Por todas partes cantaban las cigarras. Era como si la Tierra estuviera ronroneando.

-Ojalá tuviéramos tiempo para ir allí -comentó Mona. Yo reí.

-¡Ninguno de los dos tiene el sentido común de estar asustado! -reconocí. Ella se echó a reír, con lo que terminamos riendo los dos, incapaces dé parar. Al fin la rodeé con mis brazos y la mantuve así, abrazada, más feliz de lo que había sido nunca en toda mi existencia.

Continuamos caminando juntos, pero lo único en lo que yo podía pensar era en tenderme con ella en la hierba y dejar que las crecientes sombras hicieran las veces de cortinajes de la cama.

Otra vez le dije que cuando regresáramos a la isla al día siguiente nos llevaríamos guardias armados. Yo tenía mi treinta y ocho. Le pregunté si sabía disparar una pistola; me contestó que sí, que había aprendido en un lugar llamado Gretna Gun donde le había enseñado su primo Pierce, para que fuera capaz de protegerse si alguna vez tenía necesidad de ello. Estaba acostumbrada a disparar una Magnum tres cincuenta y siete.

-Ese Pierce -dije-, no quiero hablar de él. Esos planes de casarte constituyen un horrible error del destino. Me siento igual que Romeo interponiéndome en el camino de ese comosellame.

Mona rompió a reír deliciosamente.

-Oh, es estupendo estar contigo -dijo-. Y en parte se debe a que tú no eres uno de nosotros.

-¿Te refieres a que no soy un Mayfair?

Mona afirmó con la cabeza. Las lágrimas amenazaban con asomar. La rodeé con mis brazos y ella apoyó la cabeza contra mi pecho. Noté que estaba llorando.

-Mona, por favor, no. Conmigo puedes sentirte a salvo. Oh, y así es -respondió-. De verdad, pero ya sabes que acabarán encontrándome.

-En ese caso, a lo mejor podemos escondernos detrás de esas columnas tan grandes -dije yo-. Cerraremos con llave la puerta de mi habitación, a ver si pueden echarla abajo.

Mona se detuvo. De momento se encontraba bien, y se secó los ojos con un pañuelo de papel. Me pidió que le describiera otra vez al desconocido, y así lo hice, y después me preguntó si podría haberse tratado de una especie de fantasma o espíritu.

Fue una pregunta de lo más sorprendente. Nunca se me había ocurrido semejante cosa.

-Existen muchas clases de fantasmas, Tarquin -me dijo-. Y varían según las ilusiones que generan.

-No, no era un fantasma -repuse-. Estaba demasiado violentado por la lluvia de cristales para ser un fantasma. Y además no veía a Goblin.

Goblin continuaba con nosotros, nos seguía de una forma un tanto irregular, sin reaccionar cuando yo lo saludaba con la mano.

Era aquella hora del día en que yo solía experimentar el pánico con mayor intensidad, pero no lo sentí porque tenía que ser fuerte por Mona y, francamente, ella suscitaba en mí una emoción constante que había disipado el pánico y todos mis pensamientos negativos y tristes.

Le hablé de los espectros que había visto, allí entre las tumbas, y de que no me hablaban, y de que eran como una masa coagulada, y también hablamos de la naturaleza de los fantasmas en general.

Ella dijo que Stirling Oliver de los de Talamasca era un hombre bondadoso y profundamente honorable, británico hasta la médula, como todos los mejores de Talamasca, y lleno de ideas maravillosas sobre fantasmas y espíritus.

-No sé si existe algo que sea un espíritu auténtico -dijo mientras paseábamos con respeto entre las lápidas y las tumbas elevadas del suelo-. Más bien pienso que todos los espíritus son los fantasmas de alguien, aunque hayan sido seres de carne y hueso hace tanto tiempo que ya no lo recuerden.

-Goblin es un espíritu puro -dije yo-. No es el fantasma de nadie. Miré hacia atrás y vi a Goblin a cierta distancia, con las manos en los bolsillos del vaquero, observándonos. Tenía miedo de pasarme hablando de él, hablando de la velocidad con que estaba aprendiendo, de sus facetas más peligrosas.

Pero me volví y agité la mano en un simple gesto de amistad, y telepáticamente le dije que le quería. Él no me devolvió el saludo, pero su semblante no mostraba desprecio, y de pronto caí en la cuenta de que llevaba mi corbata Versace de la suerte. ¿Por qué? ¿Por qué iba vestido de arriba abajo y llevaba aquella corbata? Tal vez aquello no significara nada.

Me parece que Mona lo notó, notó que yo me fijaba en aquellos detalles. Estoy seguro de que se dio cuenta. Pero continuó hablando.

-Con los espíritus nunca se sabe -dijo-. Podrían ser fantasmas de algo que no era humano.

-¿Cómo diablos es posible eso, Mona? -pregunté-. ¿Quieres decir que podrían ser el fantasma de un animal?

-Estoy diciendo que existen cosas en este mundo que parecen humanas pero que no lo son, y que no hay modo de saber cuántas especies de ésas existen. Hay seres que caminan por la Tierra disfrazados de seres humanos, engañándonos deliberadamente. De manera que con los espíritus uno nunca está seguro. Pueden ser buenos y cariñosos como Goblin. -Miró al aludido. De hecho, le sonrió-. O puede que sean el fantasma de algo temible que desprecia a la humanidad y desea causarle daño. Pero lo principal es entender que todos los espíritus cuentan con una especie de organización.

-¿A qué te refieres?

-A que aunque resulten invisibles para la mayoría de la gente, tienen una forma que se puede percibir y un núcleo de algún tipo en el que residen tanto el cerebro como el corazón.

-Pero, ¿cómo lo sabes tú? -dije-. ¿Y cómo es posible?

-Bueno, en primer lugar -respondió-, eso es lo que cree Stirling, que lleva toda la vida estudiando a los fantasmas. Por eso pasa tanto tiempo conmigo últimamente. Yo veo fantasmas a todas horas. Y también es lo que cree Rowan, ya sabes, mi prima la doctora Rowan Mayfair.

-Pero, ¿dónde se encuentra ese núcleo? ¿Y cómo es que un fantasma puede aparecer y desaparecer?

-La ciencia no lo ha descubierto todavía -respondió Mona-, eso es lo que siempre me dice Rowan. Pero tenemos ideas claras al respecto. El núcleo y las partículas de que se compone un fantasma sencillamente son demasiado pequeños para que los veamos, y el campo de fuerza que las organiza puede atravesar sin esfuerzo las moléculas que sí vemos. Piensa en los insectos diminutos y en lo fácil que les resulta atravesar una tela. Piensa en cómo pasa el agua a través del algodón o de la seda. Así es como los fantasmas atraviesan las paredes. Está todo ahí, esperando a que un día lo descubramos, pero en el momento actual lo desconocemos.

-Sí, ya veo lo que quieres decir, lo de que el fantasma atraviese la materia, pero, ¿cómo hace para aparecerse a nosotros?

Librodot

-Atrae magnéticamente partículas de materia hacia sí mismo y las organiza para formar una ilusión óptica. Esa ilusión puede ser tan fuerte que incluso parezca sólida y se perciba como algo sólido; pero es en todo momento una ilusión óptica, y cuando el fantasma desea desaparecer, o tiene que desaparecer, las partículas se dispersan.

Estaba demasiado extasiado para discutir con Mona. Ella se tomaba aquello muy en serio, todo lo que decía, y lo único que tenía yo en realidad eran preguntas. Pero sabía que Goblin también estaba escuchando, y me hubiera sentido más asustado por ese motivo si no hubiera sabido que ella lo sabía también.

-Ahora bien, hay algunos fantasmas -dijo Mona-, los que son fuertes de verdad, que pueden volverse tan sólidos como para resultar visibles no sólo para una o dos personas receptivas, sino para todo el mundo. Existen -recalcó-. Y sólo Dios sabe cuántos de ellos hay caminando entre nosotros.

-Dios mío, vaya idea -comenté.

-Tú piénsalo; algo que parece humano pero que es un fantasma, que ha vuelto para darse otra oportunidad en la vida, o algo así. Pero durante la mayor parte del tiempo los fantasmas se valen de sus principios organizativos para aparecerse a una determinada persona receptiva.

-Pero, ¿cómo es que tanto tú como yo vemos a Goblin? -quise saber.

-Debe de ser que tenemos los mismos receptores -contestó Mona-. Estoy segura de que se trata de eso. Y algunos de los fantasmas que veo yo seguro que también tú podrías verlos.

-Por eso tenemos que casarnos, Mona -dije-. Si nos casamos con otra persona nos sentiremos solos e incomprendidos. Siempre recordaremos este momento.

Aquel comentario la sorprendió, o de algún modo la pilló con la guardia baja. Luego dijo con una leve irritación:

-Quinn, deja de hablar de casarnos como si fuera algo que vaya a suceder. Ya te lo he dicho, voy a casarme con Pierce. Tengo que casarme con Pierce. Tal vez después podamos tener una relación romántica, pero creo que no, creo que a Pierce eso lo destrozaría. Eso es lo peor de casarme con él; cuando esté casada, se habrán terminado mis aventuras eróticas.

-Una perspectiva verdaderamente desagradable. Odio a ese tipo. Quizá lo mate.

-No hables así, Pierce es el Mayfair más encantador de este planeta -replicó Mona-, y cuidará de mí. Oh, no hablemos de él; a veces pienso que desea a alguien mejor que yo, ¡y nuestra familia está repleta de vírgenes sin tacha! A lo mejor tienes razón acerca de

Pierce. Quiero decir que por su propio bien... En fin, volvamos al tema de los fantasmas.

-Sí -dije yo-, explícame cómo se forma el núcleo de un fantasma, suponiendo que exista eso. Y dejemos que Pierce se quede con una de esas vírgenes, me parece una buena idea.

-Stirling dice que el núcleo es el alma, el alma que se negó a partir cuando fue separada de su cuerpo terrenal.

-¡Así que el alma posee materia!

-Quizá más bien lo que llamamos electricidad -dijo Mona o energía, en cualquier caso. Vamos a imaginarlo de esa forma, algo infinitesimal que es energía organizada. Se encuentra por todas partes de nuestro cuerpo mientras estamos vivos, pero cuando morimos se contrae en un núcleo, y ese núcleo tiene que dirigirse hacia la luz, como bien sabemos. Y en lugar de salirse de nuestra estratosfera, como debería hacer al desconectarse del cuerpo, se queda rezagada, unida a la Tierra, y genera para sí un cuerpo espiritual, un cuerpo de energía impresa con la forma de su cuerpo humano ya desaparecido, y así es como adquiere sus características de fantasma. -¿Y tú crees que puede olvidar que una vez fue humana? -Oh, estoy segura de que sí. Debe de haber espíritus unidos a la

Tierra que tienen una edad de mil años. Para ellos no hay un reloj que marque el tiempo, para ellos no existen el hambre ni la sed. Sin nuestra colaboración para que se centren y se tensen, se limitan a vagar. Ni siquiera estoy segura de lo que ven o lo que saben cuando vagan, pero entonces surge una persona capaz de reaccionar a su presencia y empiezan a evolucionar como fantasmas para esa persona.

-¿Y tú te consideras bruja porque puedes ver a esos espíritus?

Librodot

-Sí, y porque puedo hablar con ellos, pero no puedo obligarlos a que hagan lo que yo quiera. No he experimentado con ese poder, es un poder demasiado peligroso. El asunto entero resulta peligroso, Tarquin. -Bajó la voz y miró disimuladamente a Goblin-. Probablemente Goblin lo sabe. ¿No es así, Goblin? -le preguntó-. Seguro que él sabe todas estas cosas.

Miré hacia atrás. Goblin parecía pensativo, menos desdeñoso, y eso me alivió en cierta manera.

-Mona, tenemos que estar juntos, siempre -dije-. ¿Quién va a quererme como me puedes querer tú?

.Goblin se acercó un poco. Yo alcé la mano para detenerlo. -Ten paciencia conmigo, Goblin -le dije-. Se trata de un amor distinto.

- No tengo la menor intención de ocupar tu sitio, Goblin -dijo Mona.

- Pero en serio, Mona -volví a dirigirme a ella-. ¿Quién va a quererme como puedes quererme tú?

-¿De qué me estás hablando? -respondió ella-. Eres un chico alto y muy guapo, y posees los ojos azules más sinceros que he visto en mi vida. Es una verdadera rareza que un hombre tenga los ojos azules y el cabello negro azabache, y tú tienes las dos cosas. Eres lo que las chicas consideran un tipo adorable.

Por supuesto, me encantaron aquellos cumplidos, porque yo me sentía muy inseguro de mí mismo, pero no hicieron otra cosa que reforzar mi esperanza de que nada pudiera separarnos.

- Cásate conmigo, Mona -le dije-. Hablo en serio. Tienes que casarte conmigo.

- Empieza a gustarme la idea, pero compórtate como es debido -me contestó-. Sigamos hablando de fantasmas y espíritus.

Necesitas saber cosas. Estábamos hablando de espíritus atados a la Tierra, los que no han ido hacia la luz.

-¿Estás segura de la existencia de esa luz, Mona? -le pregunté.

-Bueno, verás, ésa es la cuestión. Cuando esas personas mueren, no están seguras de su existencia y puede que no la reconozcan. Puede que no se fíen de ella. Se aferran a la Tierra y a los mortales a los que todavía pueden ver y oír.

-Y así es como nos encontramos con ese teórico espíritu cuyo núcleo no va hacia la luz -dije yo-, esa alma que se queda vagando...

-Sí -dijo ella-, y puede iniciar toda una aventura para sí mismo, sobre todo si encuentra una persona receptiva como tú o como yo, alguien que pueda verlo aun cuando sus poderes de organización son todavía débiles. Luego, naturalmente, nosotros lo ayudamos a centrarse percibiendo su presencia y hablándole, y prestándole atención, con lo cual su organización se hace cada vez más fuerte.

- Pero, ¿y un espíritu como Goblin? Él no es un fantasma, no sabe de dónde ha venido.

Mona me lanzó una elocuente mirada que decía: «Ten cuidado.»

- En ese caso Goblin es un espíritu puro -contestó-, pero es probable que los espíritus se organicen exactamente del mismo modo: poseen el núcleo y luego una especie de cuerpo etéreo, un cuerpo constituido por un campo de fuerza, y es de ese campo de fuerza de lo que se sirven, igual que un fantasma, para atraer partículas y aparecerse a alguien.

Seguimos caminando hasta salir del cementerio y enfilamos hacia el embarcadero. El pantano ya tenía un aspecto oscuro y traicionero, lleno de cosas muertas que deseaban matar. De él provenía una canción nocturna que traía un significado de muerte. Yo procuré ignorarla; a Mona pareció gustarle, parecía gustarle la noche.

-Quinn, ojalá pudieras hablar con Stirling -me dijo-. Opino que tiene muchas cosas que contarte. Resulta muy fácil tratar con él. La orden de Talamasca lleva siglos proporcionando refugio a las personas que ven fantasmas. Acogen a gente como tú y como yo, y no por razones egoístas. Cuando estuve en Inglaterra fui a visitar su casa fundacional, incluso fui a la sede de Roma.

-Suena a algo religioso, como si fueran monjes trapenses o carmelitas.

-Bueno, en cierto modo -respondió Mona-, pero no son religiosos. Son buenos sin ser religiosos. A veces al padre Kevin le resulta difícil aceptarlo, pero está acostumbrándose. Ya sabes cómo son los católicos; cualquier cosa sobrenatural que no provenga de Dios tiene que ser mala. Y ocurre que los de Talamasca estudian lo sobrenatural. Pero hasta al padre Kevin está empezando a gustarle Stirling. No hay nadie a quien Stirling no termine desarmando.

- Háblame del padre Kevin -dije-. ¿Cuál es su historia?

- Es un buen sacerdote -dijo Mona-. Yo debería saberlo. Intenté con todas mis fuerzas llevármelo a la cama, como ya te he dicho, pero no lo conseguí. Nació aquí, en una casa grande de Magazine Street. Es el pequeño de ocho hijos. Su hermana mayor pertenece a otra generación totalmente distinta. Nosotros los llamamos los Mayfair sin Mácula porque son todos muy buenos y nunca se buscan problemas. Cuando se hizo sacerdote lo enviaron al Norte, y ahora ha regresado, principalmente porque la familia necesita tener un sacerdote propio y también porque aquí puede enseñar. Cuando quiere, es todo un teólogo.

-Mona, ¿por qué intentas irte a la cama con tanta gente? -inquirí. Sabía que parecía ingenuo e infantil, pero tenía que preguntárselo.

-¿Y por qué haces tú lo mismo, Tarquin?

-Pero es que yo en realidad no lo hago. Aparte de ti, me he acostado con una de las mujeres de la propiedad, y ya está.

-Lo sé -dijo ella sonriente-. Se trata de esa medio mulata despampanante de pelo rubio, Jasmine.

-¿Cómo lo sabes?

-Las brujas tenemos un poco de poder telepático -dijo Mona con la misma sonrisa generosa-. Lo he ido aprendiendo, podría decirse. ¿No tuviste la sensación de que se trataba de un camino que tenías que recorrer?

- Sí, supongo que sí. Pero, comparado contigo, yo soy un poco retrasado. Tengo casi diecinueve años y me he acostado con un espíritu, un fantasma y dos mujeres reales, de las cuales tú eres de la que estoy enamorado.

- Puedo imaginarme quién es el espíritu, pero háblame del fantasma.

-No puedo en este momento. Estamos demasiado cerca de su tumba. -Señalé la pequeña lápida del cementerio-. Pero puedo decirte que se llama Rebeca y es muy guapa, y que tuvo un fin cruel e injusto. Con ella perdí la virginidad. Posee un gran encanto cuando alcanza el orgasmo... Y hablando de encanto, tengo un tutor que lo es y en este momento viene hacia nosotros.

Era Nash, que había bajado desde la casa para invitarnos a cenar. Estaba muy guapo y elegante con su terno de algodón azul, de corte muy marcado, y su camisa blanca con el cuello abierto.

Pensé que tenía que conseguir aquel estilo, del que él hacía gala de manera tan audaz y natural.

Enseguida se lo presenté a Mona y le dije que iba a casarme con ella. Aunque levemente sorprendido, lo aceptó con absoluta seriedad.

-Enhorabuena, Quinn, y querida -tomó la mano de Mona-, es un placer.

Tuve la impresión de que su voz melodiosa era capaz de mover montañas. Además, las arrugas lo favorecían; le daban apariencia de sabiduría y prudencia.

-Por supuesto, sigue en pie lo de ir a Europa, Nash -dije-. Iremos todos. Vamos a raptar a Mona.

-En fin, eso lo hace todo el doble de interesante -repuso Nash con una mínima sonrisa y un toque de ironía. Ofreció el brazo a Mona con elegancia para ayudarla a subir el terraplén, y yo me sentí avergonzado por no haber pensado en hacer eso mismo.

En cuanto a la cena, todos nos reunimos con tía Queen al otro lado de la casa, donde se había dispuesto la mesa en la terraza enlosada con el recién restaurado mobiliario de mimbre.

-Son los muebles de Rebeca -le expliqué a Mona-. Rebeca y yo... fue en un sueño... tomamos café juntos, sentados en estos sillones de mimbre. Ya verás.

«Y también lo veré yo -pensé-. Veré si los sillones son exactamente iguales que los que aparecían en mi sueño, porque a lo mejor los he imaginado antes, cuando paseaba tan intrigado y confuso.» Mientras pasábamos por delante de la fachada de la casa, levanté la vista hacia el cielo enrojecido y oscurecido, y de nuevo experimenté aquel pánico.

Pero lo aparté de mí. Era un momento para estar alegre, y pensaba aprovecharlo.

Rápidamente busqué a Goblin. Ven con nosotros. Intenté sonreírle, pero creo que él estaba al tanto de mis muchos miedos. Era capaz de leerme el rostro, si no la mente.

27

Tan pronto como vi el conjunto de mesas y sillas de mimbre blanco volví a reconocerlo: eran los de mi sueño. Eso me provocó un escalofrío, y de nuevo me invadió una oleada de pánico que a punto estuvo de conseguir que me castañetearan los dientes.

Oía en mi cerebro la voz de Rebeca y temí marearme. Cuando describí estos estados de vértigo a los médicos de Mayfair, ellos hablaron de pequeños ataques.

Pero, ¿cómo podía aplicarse dicha explicación a aquello: muebles que se duplicaban y que yo sólo había visto bien en un sueño? El hecho era que la teoría de los ataques no encajaba con nada.

-Mona, amor mío -dije conforme nos acercábamos a la mesa-, te necesito.

-Lo que tú necesitas más que nada en el mundo -repuso ella- es estar con Stirling Oliver.

Pero yo capté la pasión que había en sus ojos, vi que ella estaba conteniéndose. Percibí la prueba de mis progresos con ella.

-Y lo que necesitamos todos es cenar -dijo tía Queen, que me saludó con un beso y acto seguido plantó otro más en la mejilla de Mona.

-Sabes, querida -dijo tía Queen-, eres muy guapa.

La propia tía Queen iba ataviada con un vestido de raso beis, un largo collar de perlas de varias vueltas, un camafeo de concha como gargantilla y los tacones de aguja más llamativos que he visto jamás. La pulserita que adornaba cada zapato estaba tachonada de diamantes, y también estaba rodeado de diamantes el camafeo, de magnífica factura, que representaba a Apolo con su lira.

Todo el entorno dispuesto para la cena estaba iluminado por suaves focos colgados de la casa, así como por un círculo de velas colocadas sobre lámparas a prueba de viento. Los muebles estaban finamente trenzados y bien construidos; un anticuario hubiera dado una pequeña fortuna por ellos. Mientras lo contemplaba volví a sumergirme en el ambiente del sueño. Rebeca me dijo al oído: Perra pelirroja. Saboreé el café del sueño. Los escalofríos me recorrían en silencio. Una ola de terror pasó sobre mí. Una vida por mi vida. Una muerte por mi muerte.

Todos a la vez tomamos asiento en las sillas recién pintadas y sí, me di cuenta de que el sitio de Goblin se encontraba a mi izquierda como siempre, y ni siquiera había pensado en pedirlo.

Mi cuerpo y mi mente estaban inundados de sensaciones. El mero hecho de mirar a Mona, situada a mi derecha, despertó en mí el deseo de llevarla a la cama. Pero seguía abriéndose paso en mi cabeza un dolor sordo procedente del sueño de Rebeca. «Ve hacia la luz», recé en silencio. Intenté de veras concentrarme en lo que me rodeaba; tenía que ser un hombre para Mona. Y aquél no era lugar para convertirse en un centauro.

Jasmine, exquisitamente vestida con un traje violeta de cintura diminuta y una vaporosa blusa blanca, nos trajo el pollo al estragón y el arroz. Ramona, con su habitual delantal de un blanco deslumbrante, estaba sirviendo el vino.

Comprendí que tía Queen había estado obrando alguna clase de magia con Jasmine, que estaba experimentando un cambio de estatus; había adquirido un encanto especial, y desde luego yo no era el responsable.

-¿Os habéis fijado en los zapatos que llevan estas encantadoras damas? -dije a Nash y Mona-. Me entran ganas de besarles los, pies.

-Concéntrate en la cena, jefecillo -dijo Jasmine en voz baja-. No vas a besarme los pies.

Mona se echó a reír.

-Nada tiene tanto éxito -contestó Nash- como el exceso. -Sonrió-. He de decir que es un placer estar aquí, en este maravilloso entorno. Nunca he oído en toda Luisiana a las cigarras cantar como cantan aquí.

-¿Y cómo has pasado el día? -le pregunté-. Tengo la sensación de que, como me he enamorado de Mona, te he descuidado un poco, pero es que el hecho de descubrir a la mujer de tu vida puede resultar muy turbador. Me he convertido en un loco feliz.

-Y así es como debe ser -respondió él-. No debes preocuparte por mí lo más mínimo. Todo esto me resulta nuevo, fascinante. Lo he pasado muy bien. Por la tarde me he echado una buena siesta y después lo he pasado estupendamente estudiando la fabulosa colección de camafeos de tu tía Queen.

- Camafeos -dijo Mona-. ¿Quiere decir que tiene más de los que hemos visto en la vitrina del salón?

- Varios centenares más -dijo tía Queen-. Abarcan mi vida entera, y ya puedes imaginarte lo larga que ha sido. Pero vamos, brindemos por Mona Mayfair, nuestra encantadora invitada, y por Nash Penfield, que pronto nos acompañará como guía en el Gran Viaje, y por mi sobrinonieto, que hoy ha recibido una parte de su herencia.

-Mona va a venir a Europa con nosotros, tía Queen -declaré-. ¿Qué podemos hacer para partir antes de medianoche? Mona irá como mi esposa.

La aludida se mostró claramente sorprendida, pero no rió. Se limitó a sonreírme cálidamente, y a continuación se inclinó con audacia y me besó en la mejilla.

-¿De verdad quieres casarte conmigo esta noche? -me dijo-. Me parece que estás perdidamente enamorado de mí.

-Locamente, y para siempre -dije yo-. Pero no tenemos por qué esperar a la ceremonia. Podríamos tomar un vuelo esta noche y casarnos en París. Tía Queen hace eso a menudo, lo de salir volando. Necesitaríamos tu pasaporte, por supuesto, pero yo regresaría contigo a la casa y...

-Querido -intervino tía Queen-, no creo que eso sea necesario. Me parece que en este momento los Mayfair están llegando por el camino de entrada.

Era una gigantesca limusina negra, igual que el coche de tía Queen. Avanzaba aplastando la gravilla del suelo, hasta que por fin se detuvo despacio frente a los escalones de entrada a la casa.

Mona se dio la vuelta, y después se volvió de nuevo para mirarme. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

-Tarquin -dijo-, ¿de verdad me llevarías contigo esta noche?

-¡Sí, por supuesto que sí! -exclamé-. ¡Tía Queen, tú sabes que eso es lo que quieres, que yo vaya a Europa, que adquiera cultura! Nash, tú puedes hacer de guía y tutor de todos nosotros. -Era capaz de morir por Mona, estaba seguro. Era capaz de enfrentarme a todo el que fuera dentro de aquel coche.

-Nash -dijo tía Queen-, ve a saludarlos por mí, querido. Veo que el guarda de seguridad se está levantando. Impídeselo. Yo no conseguiré cruzar el césped con estos zapatos. Haz tú los honores, ¿quieres, querido?

Mona explicó rápidamente que los que se acercaban a la mesa eran Ryan Mayfair, el abogado y padre de Pierce, y la doctora Rowan Mayfair y el esposo de ésta, Michael Curry. Yo me incorporé de manera natural, pero no así Mona, de modo que me situé detrás de su silla y le apoyé las manos en los hombros. Estaba dando la espalda a los que venían por el césped; estaba siendo un maleducado; estaba haciendo acopio de fuerzas para la batalla.

-No te preocupes, mi valiente Ofelia -dije en voz queda-, no perecerás mientras siga con vida este bravo Laertes.

Pero, para mí, el aspecto más curioso de todo aquello no era mi corazón desbocado, sino la expresión cauta y casi hostil que descubrí en el rostro de tía Queen cuando el pequeño grupo se colocó a mi izquierda y Nash se apresuró a invitar a todos a que tomaran asiento.

Se negaron. Tenían mucha «prisa», pero dieron calurosamente las gracias.

-Venimos a recoger a Mona -dijo la doctora Rowan Mayfair en un tono muy suave y cortés. Creo que es lo que se llama una voz de seda-. Señora McQueen -dijo con un breve gesto de cabeza-, tiene usted una casa magnífica.

-Bueno, espero que algún día puedan venir a hacernos una visita -contestó tía Queen, pero al pronunciar aquellas palabras no mostró su habitual actitud cálida, sino que escrutaba al grupo de una forma que yo no había visto nunca.

Se fueron efectuando todas las presentaciones. Ryan Mayfair parecía haber nacido ya con su traje Brooks Brothers puesto, y Michael Curry, un hombre tosco que era el mayor de todos, estaba muy guapo con chaqueta de safari, el hermoso cabello gris y sus agradables modales. Tenía un aire irlandés, con el rostro cuadrado y los ojos azules. El abogado se sentía incómodo, y la doctora Rowan Mayfair tampoco estaba muy a gusto que digamos. La doctora Rowan tenía unos pómulos altos y un pelo corto que le proporcionaban una belleza elegante. Flotaba en ella algo que innegablemente daba miedo, aunque su porte era discreto.

- Vamos, Mona -dijo la doctora Rowan-, hemos venido para llevarte a casa. Esta mañana nos has dado un buen susto al escaparte.

- ¡Quiero que me dejéis en paz! -exclamó Mona. Fue prácticamente un cri de coeur.

Apenas pude soportarlo, así que me lancé a la acción sin moverme siquiera. La agarré por los hombros. El corazón me retumbaba.

Pero de repente la doctora Rowan adoptó un semblante amenazador y dijo, para mi total sorpresa:

-Michael, tráela.

Ryan Mayfair y Michael Curry avanzaron hacia Mona, que chilló, retrocedió y tiró la silla al suelo, y entonces yo la rodeé fuertemente con los brazos. Ella pivotó en mi abrazo y enterró la cara en mi pecho. La sentí como la criaturita más frágil y preciada que jamás había conocido ni amado, y mi intención era la de luchar por ella.

- Vamos, caballeros -terció Nash empleando un tono suave pero autoritario-, ¡no pretenderán llevarse a esta joven por la fuerza! Señora McQueen, ¿es usted neutral en todo esto?

-Desde luego que no -contestó tía Queen-. Jasmine, ve a buscar a los hombres.

- Aguarde un minuto -dijo Michael Curry haciendo con las manos el gesto universal de paciencia. Fingió ser el tipo más dulce del mundo-. Mona, por favor, déjate de dramas y ven a casa, ya sabes que tienes que volver. Mona, no deseo hacer esto, no lo desea nadie, pero no puedes irte así. Míralo desde nuestro punto de vista.

- Voy a casarme con ella -dije yo-. Y si le pone un solo dedo encima, le rompo la cara. Ya veo que es usted muy fuerte, ya lo creo que sí, pero yo soy joven y estoy más en forma de lo que parece, de modo que no me ponga a prueba.

En cuanto a Goblin, que se había puesto de pie, le había susurrado que no hiciera nada. No sé qué podría haber hecho, pero me emocionaba y me daba pavor a un tiempo.

A aquellas alturas ya venían corriendo hacia el patio Clem y

Allen. Y el guardia de seguridad del porche delantero se encontraba al lado de tía Queen, pistola en mano.

Librodot

Tía Queen indicó a Clem y Allen con una seña que se acercaran, pero que se quedaran quietos.

-¿No están todos haciendo un poco el ridículo? -dijo tía Queen-. Esta muchacha está cenando con nosotros. Esta noche mi chófer la devolverá a su casa. Jamás he visto semejante histeria. Doctora Mayfair, estoy sorprendida.

-Lo siento, señora McQueen -dijo la doctora Mayfair. Su tono seguía siendo grave y ronco, y muy sincero; sin embargo, sus palabras sonaban reforzadas por un poder terrible-. Mona tiene quince años. Sus padres están muertos. A veces hace cosas impulsivas. Yo soy su responsable legal. Quiero que venga a casa, y como usted puede ver, ella se niega.

Michael Curry sacudió la cabeza en un gesto negativo, compungido y, acto seguido, acarició con delicadeza el cabello de Mona y le habló en tono suave y tranquilizador.

-Vamos, cielo, comprendo cómo te sientes.

-No, no lo comprendes -sollozó Mona contra mí-. No lo comprendéis ninguno de vosotros.

-Mona, yo te quiero -dijo Michael, y continuó con voz tierna-: Deja que te llevemos a casa, cariño. Puedes ver a Quinn mañana. Quinn, podrías venir a casa, ¿no? Nos alegraría que vinieras. ¿Qué te parece mañana por la tarde temprano? Vamos, cariño.

Yo le sostuve la cabeza y le susurré al oído:

-Vete a casa, prepara el pasaporte y estate atenta.

La doctora Mayfair sacudió la cabeza como si también ella odiase aquella situación. O como si hubiera oído lo que yo había susurrado. El abogado, Ryan, el guapito del traje, no alteró en ningún momento su expresión de dolor. Creo que se sentía mortificado pero resignado. Era un cabrón muy guapo, eso tuve que concedérselo, lo cual probablemente quería decir que su hijo, el infame enemigo Pierce, también era muy guapo.

Por fin Mona se volvió y, aún asida a mi brazo, los miró a todos.

-Os odio por haberme hecho esto -susurró-. Os odio a todos. No me fío de vosotros.

-Santo Dios, pequeña -dijo tía Queen-. ¿Qué quieres que hagamos?

Nash parecía muy alarmado. Allen y Clem estaban prestos para entrar en batalla y el guardia de seguridad en alerta máxima.

-Tiene que volver a casa, señora McQueen -dijo la doctora Rowan con paciencia y cortesía. Su semblante era demasiado sereno-. Quinn, ¿puedes venir a ver a Mona mañana? Opino que la sugerencia de Michael es una buena idea.

Mona volvió a mirarme, y dando la espalda a los tres malvados formó con los labios la palabra «pasaporte».

-Ven a las tres, ¿de acuerdo? -me dijo, pero sus dedos apretaron en secreto el número dos contra la cara interior de mi brazo. -Sí, iré a las tres en punto.

- Puedes ser nuestro invitado para cenar -dijo la doctora Mayfair-. Señora McQueen, señor Penfield, lamento todo esto. Lo lamento de veras.

Hablaba de una forma tan sencilla y franca que lo que decía resultaba casi creíble. A lo que me refiero es que no pude odiarla todo lo que yo hubiera deseado. Pero en algún rincón secreto seguía dando miedo.

Mona me dio un beso en la mejilla. Yo la abracé y la besé en la boca.

-Te quiero -le dije-. Pienso ir a buscarte.

- Ten cuidado con todos los fantasmas -susurró ella-. Ten mucho cuidado, y recuerda que si por alguna razón no puedes llegar hasta mí o si recurren a algún truco, debes acudir a Stirling Oliver. Oak Haven es la casa de retiro que tienen los de Talamasca en el Sur. Todo el mundo sabe dónde está. Plantación Oak Haven, en River Road, cerca de Vacherie.

-Entendido -respondí.

Mona retrocedió.

-Hasta mañana -dijo-. Tía Queen, gracias por la cena. Señor Penfield, ha sido un placer hablar con usted.

De repente se detuvo y miró fijamente a tía Queen, cuyo rostro era la viva imagen de la angustia. Entonces fue hasta ella, la abrazó y le dio un beso.

-Oh, querida, mi querida niña -dijo tía Queen-. Que Dios te bendiga y te guarde. Ten esto. -Tía Queen se soltó el camafeo tachonado de diamantes que llevaba al cuello-. Llévatelo.

-Oh, no, no puedo -protestó Mona.

-Debes aceptarlo. Que te sirva para acordarte siempre de nosotros.

Mona estaba a punto de romper a llorar otra vez. Con el camafeo fuertemente asido en la mano, dio media vuelta y se alejó a toda prisa. El incómodo trío la siguió, y todos se apiñaron en el interior de la larguísima limusina, la cual giró en redondo en el camino de entrada y no tardó en desaparecer en dirección a la autopista.

Jasmine se llevó a nuestro guardia de regreso a la cocina. El hombre salió de nuevo al porche delantero, sinceramente desilusionado; Jasmine tomó mi plato y me sirvió una ración caliente de pollo con arroz.

Yo estallé en un mar de lágrimas. Lloré como un niño pequeño. Lloré y lloré. Me quedé allí sentado, sin que me importara lo que pensara nadie, y lloré. Qué más daba que tuviera dieciocho años; lloré.

Nash se acercó a mí para rodearme con su brazo, y tía Queen me arrulló y me llamó su pobre niñito.

- Nunca he deseado nada en mi vida con tanta vehemencia -dije-. Estoy enamorado.

-Ah, mi querido niño -dijo tía Queen-. ¡Por qué tendrá que ser una Mayfair!

- ¿Pero qué tiene de malo esa familia, tía Queen? -inquirí-. ¡Por Dios, pero si fuimos a su hospital! Acudimos a su iglesia. El padre Kevin es un Mayfair. No lo entiendo.

Nash me dio un fuerte apretón en el cuello y regresó a su silla.

Jasmine, trae a Nash un plato caliente -dijo tía Queen-. Y tú, mi niño, haz el favor de comer algo. ¿Cómo puedes medir un metro ochenta y siete y no comer?

-Mido sólo uno ochenta y dos -expliqué yo-, el de uno ochenta y siete es Nash. Nash, gracias por tu apoyo moral. Tía Queen, no entiendo todo esto.

- Bueno, mi niño -dijo ella alzando su copa de vino blanco para que Jasmine se la volviera a llenar-, no estoy segura de entenderlo yo misma, pero la familia Mayfair siempre ha sido observada con cierta suspicacia. La doctora Rowan Mayfair, el genio que hay detrás del hospital Mayfair, es tal vez la más admirada de todo el clan, y forma parte de la vida pública y del servicio público. Pero hasta la doctora Rowan es una figura misteriosa. En cierta ocasión sufrió una lesión tan grave que se perdió toda esperanza, y luego experimentó una recuperación milagrosa.

- Bueno, no irás a reprocharle eso -intervine.

- Ah, ¿no? -replicó tía Queen-. Pues puedo decirte que no fue gracias a la intercesión de un santo por lo que volvió de entre los muertos. Hasta ahí es cierto.

-¿Pero qué estás diciendo?

- Como has visto, es muy comedida y está muy segura de sí misma por naturaleza -dijo tía Queen-. Y quizá sea una buena persona, a lo mejor es una buena persona. Pero el resto de la familia es harina de otro costal.

- Pero, ¿a qué te refieres? El abogado era como un pan sin sal. (Naturalmente, estaba plagiando la frase de Mona pero, ¿y qué?)

-El abogado goza de gran respeto -admitió tía Queen-, aunque se dedica casi con exclusividad a la familia. Hablo de otras cosas. Supongo que no te habrás olvidado de que gestiona nuestro dinero. Pero durante años se viene hablando de locura congénita en las mujeres de esa familia; bueno, y también en los varones. A los Mayfair los han drogado, encerrado en celdas acolchadas, incluso en cierta época se dejó que la casa que tienen en la Primera terminara en ruinas, aunque desde la llegada de Michael Curry se ha restaurado de forma maravillosa, según me han dicho. Luego está lo del propio Michael, que casi se ahogó una vez en la piscina.

- Pero, ¿qué puede significar eso?

-No lo sé, querido, lo único que intento decir es que siempre se han visto envueltos en el misterio. Es una familia que posee su propio bufete de abogados y su propio sacerdote. Como los Médici, ¿no te parece?, ¡y ya sabes que los florentinos solían alzarse contra sí mismos y arrojar todas sus obras de arte por las ventanas del palazzo!

-¡Como si los habitantes de Nueva Orleans fueran a levantarse contra los Mayfair! -me burlé-. No estás contándomelo todo.

- Es que no lo sé todo -repuso tía Queen-. Son una familia atormentada, y hay quien dice que están malditos.

-Ya has conocido a Mona -dije-. Sabes que es adorable y muy inteligente. Además, nosotros también somos una familia atormentada.

-Con ellos ocurre algo malo -dijo tía Queen.

Vaciló un instante. Vi cómo apartaba la mirada y la fijaba en el lugar donde se encontraba sentado Goblin, observándola sin parpadear. Mi tía sabía que estaba allí, y cuando me volví hacia él lo vi con la mirada clavada en ella.

Tía Queen continuó, mientras iba comiendo minúsculos pedacitos de pollo con delicadeza.

-Existen muchas historias antiguas sobre mujeres Mayfair que poseían poderes inusuales, la capacidad para convocar espíritus, para leer el pensamiento, para conocer el futuro. Pero, por encima de todo, está la cuestión de la locura hereditaria.

-Mona ve a Goblin, tía Queen -dije mirándolo a él y después otra vez a ella-. Mona posee ese poder. ¿En qué lugar del mundo, durante el resto de mi vida, voy a encontrar a una mujer hermosa e inteligente que pueda ver y amar a Goblin?

Volví a mirarlo. Él contemplaba fríamente a tía Queen. Y tía Queen miraba fijamente el lugar donde se encontraba él. Yo sabía que ella veía algo.

- Ya sabes que la mujer que se case conmigo -proseguí- se casa también con Goblin. -Apreté la mano derecha de Goblin, pero él no reaccionó.

-No estés triste, Goblin.

Tía Queen movió la cabeza en un gesto negativo.

J Jasmine, más vino, por favor, querida. Me parece que me estoy emborrachando. Asegúrate de que Clem se mantenga atento para ayudarme luego a subir a mi habitación.

-Yo te ayudaré a subir -le dije-. Esos mortíferos zapatos no me dan miedo. Estoy a punto de casarme.

- Quinn -dijo tía Queen-, ¿has visto cómo se han llevado a Mona a casa? Te ruego que perdones mi candor, pero a mí me parece que tienen mucho miedo de que Mona forme una alianza que pueda dar lugar a que se quede embarazada.

Nash pidió que lo disculpáramos. Tía Queen se negó en redondo, y yo la apoyé con un gesto de cabeza.

-Nash, si vamos a ir todos juntos a Europa -dije-, tienes que saber quiénes somos.

El se arrellanó en su asiento y se ocupó en silencio de su gaseosa. -Quinn, ¿te parecería injusta -preguntó tía Queen- si sugiriera que tal vez haya ocurrido algo íntimo entre vosotros?

Me quedé estupefacto. No pude responder. No podía contarles todo lo que me había contado Mona: la historia del extraño niño, de que se trataba de una mutación, de que se lo habían quitado. No podía revelar aquellas confidencias.

- A lo mejor estamos locos -dije- los dos. Mona puede ver a Goblin, imagínate. Y ambos vemos fantasmas, me ha hablado de ellos desde un punto de vista científico. He sentido que no era un pirado, que ella y yo estamos hechos de la misma madera. Y ahora, por lo visto, esta persona, esta valiosa persona a la que yo amaba tanto es apartada de mí.

- Querido, sólo es por esta noche -dijo tía Queen paciente-. Te han invitado a ir a su casa mañana por la tarde.

-¿Y tú no estás completamente en contra de que vaya? -inquirí. Empecé a hacer desaparecer el pollo y el arroz de mi plato. Tenía más hambre que nunca; no sé qué trauma pudo despertar mi apetito-. Creía que opinabas justo lo contrario.

- Bueno, puede que te sorprenda -contestó tía Queen-, pero mi opinión es que debes aceptar esa invitación por una razón muy importante. Hay pocas personas ajenas a esa familia que consigan llegar a ver el interior de esa misteriosa casa Mayfair, y deberías aprovechar ese privilegio. Además, tengo la corazonada de que cuando vuelvas a ver a Mona, parte de ese fuego se consumirá solo. Naturalmente, puedo equivocarme, esa niña es guapísima, pero es la esperanza que tengo.

Me sentía hundido en la miseria, pero seguí comiendo como un cerdo.

-Escucha -dije, si logro sacarla de allí, con su pasaporte, ¿podemos partir para Europa de inmediato?

Advertí el asombro que se dibujaba en el semblante de Nash, por lo demás plácido y majestuoso, pero tía Queen parecía un tanto provocada.

-Tarquin -me dijo-, no vamos a raptar a esa chica. Jasmine, más vino, por favor. Jasmine, no eres tú misma; ¿cuándo he tenido que insistirte tanto como ahora?

-Lo siento, señorita Queen -repuso ella-. Es que esos Mayfair me han asustado. La gente cuenta historias horribles sobre su casa. No sé si un muchacho de la edad de Quinn...

-¡Muérdete la lengua, guapa! -exclamé yo-. Y ya puedes servirme vino a mí también. Mañana me voy.

-¡Tenían un fantasma! -dijo Jasmine, en un tono bastante beligerante-. Ahuyentaba a todos los obreros que intentaron trabajar en aquella propiedad. Acuérdate de mi primo Etienne, que era yesero; lo llamaron para que fuera a trabajar en la casa y el fantasma le quitó la escalera a la que estaba subido.

-Bah, tonterías -dije-. Etienne leía el futuro en las cartas.

-Yo también sé hacerlo, jefecillo -replicó Jasmine-. Puedo echarte las cartas si quieres, y decirte qué destino te espera.

Se llevó mi plato y lo llenó con una segunda ración. Ahora el pollo estaba realmente delicioso, y la salsa muy espesa.

-Jasmine te está diciendo la verdad, querido -dijo tía Queen-. Son una familia atormentada, como he dicho. -Calló unos instantes-. Antes de que la doctora Rowan se fuera de California, nadie se acercaba a esa casa. Ahora celebran en ella reuniones familiares multitudinarias. Forman un clan inmenso. Y eso es lo que temo cuándo pienso en ellos; son un clan, y un clan puede hacer cosas a la gente.

-Cuanto más dices, más amo a Mona -repliqué-. Recuerda que me saqué el pasaporte en Nueva York, cuando estuve allí contigo y con Lynelle. ¡Pero a qué te refieres con lo de que son una familia atormentada!

-Durante varios años -explicó- tuvieron un temible fantasma, tal como lo ha descrito Jasmine. Hacía muchas más cosas que arrojar a la gente de lo alto de una escalera. Pero ahora ese ilustre fantasma ha desaparecido. Y lo que los rodea actualmente son los rumores acerca de mutaciones genéticas.

Tuve que guardar silencio. Pero no funcionó; ella también guardó silencio.

-¿Qué sucedió con el temible fantasma? -quise saber.

-Nadie lo sabe, excepto que ocurrió algo violento. La doctora Rowan Mayfair estuvo a punto de perder la vida, como ya he mencionado en algún momento. Pero de un modo u otro la familia logró salir adelante. En cuanto a Mona, proviene de una rama de la familia de repetida endogamia. Por eso le han puesto el nombre de Designada del Legado. ¿Te lo imaginas? ¿Ser escogida porque has sido engendrada por endogamia? Si existen problemas genéticos, cabe pensar que quien los tiene es Mona.

-No me importa -dije yo-. La adoro.

Jasmine llenó una vez más mi plato de pollo y arroz. Y me puse otra vez a comer.

-Ya no me fío de nadie, excepto de Mona -dije-. A ti te quiero mucho, ya lo sabes, pero de ella estoy enamorado, y sé con toda seguridad que jamás amaré a nadie como amo a Mona. ¡Lo sé! -Quinn, cariño, ha llegado el momento de que te enteres de lo peor.

-Puedo soportar lo que sea -dije entre bocados.

-Ya le han preparado un marido a Mona -dijo tía Queen con suavidad-. Es su primo Pierce.

-Eso también me lo ha contado ella -repuse, esquivando el asunto. Le hice una seña a Jasmine para que me sirviera más vino. -¿Y te ha contado que Pierce es su primo hermano?

Hasta a mí me impresionó aquello. Pero no respondí.

-Oh, querido -dijo tía Queen con un suspiro-. Deseo organizar nuestra partida para Europa inmediatamente, pero no vamos a poder llevarnos a Mona Mayfair.

-Pues puedo asegurarte -dije yo- que no pienso subirme a ningún avión para ir a ninguna parte si no viene ella.

- Mona no se crió en la casa de las calles Primera y Chestnut, sino en St. Charles Avenue, no muy lejos de la casa de Ruthie, y su familia regresó a una plantación en el campo. Hubo un asesinato. Mona no era una niña rica, ni mucho menos.

- Mona me ha contado todo eso. Así que no era rica. ¿Acaso tengo que amar a una persona porque sea rica? Además... -Sigues sin comprender. Esa niña se encuentra ahora en posición de heredar la fortuna Mayfair.

-Ella misma me lo ha dicho.

- Pero, Quinn, ¿es que no lo ves? -persistió tía Queen-. Esa niña se encuentra bajo una vigilancia implacable. El Legado Mayfair consiste en miles de millones de dólares, es como el capital de un país pequeño. Ha pasado de vivir en una familia inestable a heredar una fortuna inimaginable. Nash, explícaselo tú. Esa niña se parece más bien a la heredera del trono de Inglaterra.

-Exacto -dijo Nash en un estilo docente muy suave-. En el siglo XVI era un acto de traición cortejar a la joven Isabel o a María Tudor, porque se encontraban en la línea de sucesión a la corona real. Cuando Isabel por fin se convirtió en reina, los hombres que habían coqueteado con ella fueron ejecutados.

-¿Lo que dices implica que los Mayfair podrían matarme? -quise saber.

-No, por supuesto que no -repuso tía Queen-. Lo que intento decir es que reclamarán a Mona con independencia de adónde vaya o cómo. Tú mismo lo has visto. Estaban bastante dispuestos a meterla en brazos en esa limusina.

-No deberíamos haberla dejado marchar -dije-. Tengo una sensación horrible.

Lancé una mirada a Goblin. Tenía una expresión solemne y distante, con los ojos fijos en los que yo tenía enfrente.

- Cuando la veas mañana... -empezó tía Queen, pero de improviso se interrumpió.

- Mañana y mañana y mañana... -murmuré-. ¿Cuánto tiempo habré de soportar hasta poder verla? Me entran ganas de ir a su casa y trepar por las enredaderas hasta su ventana.

- No, querido, ni siquiera pienses en algo así. Oh, no deberíamos haber ido al hospital Mayfair pero, ¿cómo iba yo a saber que la pequeña heredera iba a encontrarse en el Grand Luminiére Café?

28

Aquella noche fue larguísima y, sin duda, la mañana siguiente sería una verdadera agonía, o eso suponía yo. Tía Queen, Nash y yo nos fuimos a dormir a eso de las diez -después de más conversación insustancial e insufrible acerca de los Mayfair- después de que hubiese prometido pensar en el viaje a Europa, aun cuando la familia no permitiera ir a Mona, y también que si me quedaba aceptaría a Nash como nuevo profesor.

Esto último me fue fácil. Nash me gustaba, y le creí cuando me aseguró con firmeza que se sentiría sumamente feliz de vivir en Blackwood Manor si tenía que quedarse.

Cuando fui al piso de arriba encontré a Ramona despierta y la ventana junto a la chimenea abierta, por la que entraba una brisa que barría la habitación. En noches calurosas como aquélla teníamos la costumbre de dormir con el aire acondicionado, de manera que me quedé un tanto sorprendido al ver aquello, y también por el hecho de que nada más cerrar yo la puerta, Ramona se bajase de la cama y se acercara a mí susurrando.

- ¡Es Goblin! -dijo-. ¡Él ha abierto la ventana! Te juro que es la verdad. Yo la he cerrado dos veces y él la ha abierto dos veces. ¡Está aquí! Mira la pantalla de tu ordenador. ¡Mira lo que ha escrito!

-¿Has visto moverse las teclas? -le pregunté.

El texto decía: VE ABAJO.

- ¡Moverse las teclas! Muchacho, he visto cómo se abría y se cerraba la ventana, ¿me estás escuchando? ¿No ves lo que te está ocurriendo con Goblin? Está haciéndose cada vez más fuerte, Quinn.

Fui hasta la ventana y me asomé para ver el césped que se extendía al este. Lo vide pie al resplandor de los focos de la casa. Llevaba un largo camisón de dormir de franela, mi vestimenta habitual a aquellas horas, pero yo, por supuesto, todavía vestía camisa y pantalón.

-Quinn, ve a confesarte -dijo Ramona-. ¡Dile al cura lo que has hecho con ese fantasma! ¿No te das cuenta de que lo envía el diablo? Ahora sé que fue él quien rompió todos aquellos cristales.

No me molesté en discutir con ella. Bajé al piso de abajo y fui a encontrarme con Goblin, junto al cementerio por el que vagaba descalzo como un alma en pena.

-Vas a irte a Europa con Mona y a abandonarme a mí -dijo. Sus labios apenas se movían, pero su cabello se despeinaba con la brisa.

-No voy a abandonarte. Ven conmigo -contesté-. ¿Por qué no puedes? No lo entiendo.

Goblin no respondió.

-Estoy preocupado por ti -dije en voz alta, y añadí quedo-: Estoy preocupado por tus sentimientos. Desde que atacaste al desconocido misterioso estás más cerca de mí. Has aprendido más.

Seguí sin respuesta de ninguna clase.

Intenté ocultar el miedo y me recordé que por muy sofisticado que se hubiera vuelto y por muy enfurruñado que estuviera conmigo, no podía leerme el pensamiento.

En cuanto a mí mismo, me sentía inquieto y estaba sólo parcialmente concentrado en él. Demasiado enamorado de Mona para concentrarme en Goblin. ¡Era horrible! Después de todos aquellos años. ¿Lo sabría él?

-Vamos, apartémonos de esta luz -le dije.

Retrocedí hasta más allá del cobertizo y me dirigí hacia el lado occidental de la finca, donde el patio de los muebles de mimbre yacía bañado por su propio resplandor de luz eléctrica. Goblin me siguió, y cuando lo miré, cuando deslicé el brazo izquierdo para rodearlo, vi que había vuelto a copiar mi atuendo una vez más. Parecía una cosa de lo más simple.

-¿Vas a intentar llevarme contigo? -me preguntó-. ¿Cuando te vayas a Europa? ¿Me tomarás de la mano?

-Sí -contesté-. Lo haré. Estarás junto a mí en el avión. Iré todo el viaje agarrado de tu mano.

Lo dije con todo mi corazón, pero estaba hablándole a un amor que se apagaba, cuando era mi bendita Ofelia la dueña de mi alma. Yo era su Hamlet y su Laertes, y quizá también su Polonio. Pero no debía olvidarme de mi Goblin, y no era el miedo sino la lealtad hacia él lo que me aguijoneaba en aquel momento.

También tenía otras cosas en la cabeza. El santuario, por ejemplo, y mis planes de rescatarlo del abandono en el que estaba sumido. Había hablado con Allen, el capataz de los artesanos que había entre los hombres del cobertizo, acerca de la tarea de llevar electricidad hasta allí, y tenía pensado hacer más cosas.

Librodot

Por descontado, el desconocido misterioso constituía un problema real, más real de lo que pensaban los hombres del cobertizo. Pero mentalmente no dejaba de plantearme lo espléndido que podía quedar todo. Y lo maravilloso que sería llevar a Mona a la isla, y lo emocionante que era que Mona deseara verla y que no le diera miedo.

Soñando con todo aquello, confabulando y planeando, soñando con Mona al día siguiente y elucubrando si podríamos escaparnos a Europa, me esforcé por seguir siendo fiel a Goblin. Pero de pronto se envaró y, al tiempo que me apretaba la mano, dijo con su voz telepática: «Ten cuidado. Ya viene. Cree que no lo conozco, y su intención es dañina.»

Al cabo de un instante se desvaneció, o al menos desapareció de mi vista, y al mismo tiempo se apagaron los focos como si alguien hubiera accionado el interruptor. De repente sentí que me zambullía en una relativa oscuridad.

Al momento, apareció un brazo que me asió por el cuello y una mano que se aferró a mi brazo izquierdo y me lo retorció contra la espalda. Forcejeé, pero fue inútil. Mi mano derecha, libre, no podía hacer nada contra ninguno de los miembros que me sujetaban, y la voz del desconocido me habló al oído suavemente:

-Si pides socorro, te mataré. Si sueltas contra mí a tu amigo el espíritu, te mataré. Tú y todos tus sueños desapareceréis. Yo estaba furioso.

-Ya he luchado con usted en una ocasión -rugí-. Pienso hacerlo de nuevo.

-No me escuchas. -Su tono de voz era quedo; no parecía una amenaza-. Si tu fantasma vuelve a golpearme, morirás aquí mismo.

-¿Y qué lo retiene, entonces? ¿Por qué no me rompe el cuello de una vez? -Estaba rabioso.

-En realidad -me dijo al oído- eres la víctima del hombre pensante.

-Yo no soy la víctima de nadie -repliqué.

-Por supuesto que no, porque vas a hacer lo que yo quiera.

-¿Y qué es? -pregunté.

Recordé un consejo que me habían dado hacía mucho tiempo e intenté girar la cabeza hacia un lado para que mi agresor no ejerciera tanta presión sobre mi laringe, pero se limitó a apretarme con más fuerza el cuello y el brazo. Me estaba doliendo mucho. -Deja de luchar y escucha -me dijo en el mismo tono tranquilo, casi una caricia-. Voy a dejarte aquí en el suelo, como una paloma herida, para que te encuentre tu tía Queen por la mañana. -Continuó hablando de aquella manera razonable, en poco más que un susurro-. Ya sabes que siempre sale a dar un paseo antes de que amanezca, ¿verdad? Las personas mayores duermen poco, no necesitan tantas horas como dura la noche. Viene con Jasmine, y Jasmine está aún un poco atontada, pero las dos se dan su paseíto mientras todavía brillan las estrellas.

-Y usted las observa -dije. Estaba horrorizado-. ¿Qué quiere de nosotros?

-Vas a sentirte enormemente impresionado cuando veas mi generosidad, pero eternamente he sido conocido por mi generosidad y mi inteligencia.

- Póngame a prueba -repuse. Estaba casi demasiado enfurecido para hablar con sensatez.

- Muy bien -contestó él-. He estado pensando mucho en ti

y en esa isla que ambos reclamamos. Y he llegado a la conclusión de que quiero compartir contigo el santuario. Es decir, te permitiré que lo utilices de día, y yo lo usaré de noche, como viene siendo mi costumbre.

-¿Por la noche? ¿Va allí sólo por la noche? -Aquello resultaba casi insoportable.

-Por supuesto. ¿Por qué crees que encontraste las velas y las cenizas en la chimenea? No tengo ningún uso que darle de día, pero no quiero que lo perturben otros. No quiero encontrar rastros de nadie más cuando llegue. Excepto rastros de ti; tus libros, tus papeles, cosas así. Y ahora viene la parte más importante del trato. Tienes que arreglar el santuario. Debes hacer que alcance un nuevo nivel de excelencia. ¿Me sigues?

Había aflojado muy ligeramente su garra. Ahora ya podía respirar sin que me doliera. Pero me tenía tan firmemente sujeto como antes, y el brazo izquierdo, mi brazo bueno, me dolía. Me sentía paralizado por la furia.

-Las mejoras son de esencial importancia -dijo-. Has de encargarte de ellas, y después las disfrutaremos los dos. Tal vez nunca sepas que estoy allí. O podemos compartir los libros que leamos. Podemos llegar a conocernos el uno al otro. Quién sabe, a lo mejor terminamos siendo amigos.

-¿Qué mejoras? -pregunté. Resultaba obvio que aquella criatura desvariaba.

- En primer lugar, quiero que se limpie bien a fondo. Y hay que lustrar el oro del sarcófago.

- Así que es oro -dije.

- Con toda seguridad -respondió-. Pero a tus hombres puedes decirles que es bronce, si quieres. Diles lo que quieras sobre la isla entera, con tal de que no se acerquen.

-¿Pero a quién estaba destinada esa tumba?

- No necesitas preocuparte de eso, y tampoco debes volver a abrirla. -La voz se volvió etérea como el aliento-. Volvamos a hablar del santuario. Debes tender cableado eléctrico por todo el recinto.

-Me ha leído el pensamiento, ¿verdad? -le dije.

- Y además quiero que pongas vidrios en todas las ventanas, vidrios que se abran y se cierren. Tanto me da el diseño, me basta con que se pueda ver y sentir la noche y con que no entre la lluvia. Debes pavimentar tanto el primer piso como el segundo; sería estupendo que fuesen de mármol, como la entrada de tu casa, aunque creo que sería mejor blanco con una pátina oscura.

-Dios santo -dije-, sí que me ha leído el pensamiento. ¿Quién es usted?

-Ah, ¿sí? Es que poseo un don especial. También debes comprar lámparas bonitas y mesas de mármol como la que ya hay allí. Y sillas de oro fino de estilo romano, y sofás. Ya sabes. Me fiaré de tu gusto para esas cosas; tú has nacido y te has criado rodeado de lujos, y te encargarás de que todo sea apropiado.

-Para usted, esto es un juego, ¿verdad? -le dije. Estaba empezando a notar un sudor frío.

-No exactamente -repuso-. Deseo que se hagan esas mejoras. Y deseo la intimidad que disfrutaré después. Quiero que de todo te ocupes tú.

-Y lo dice en serio.

-Por supuesto que sí -respondió con una voz grave, queda-. ¿Qué más puedo proponerte? Ah, sí, una chimenea mejor, ¿no te parece?, para esas noches invernales tan frías de Luisiana que los forasteros tanto desconocen.

-¿Cómo se las ha arreglado para espiarme? ¿Desde qué lugar privilegiado?

-No estés tan seguro de que te haya espiado. Soy muy ingenioso. Tú deseabas recuperar ese lugar. Yo conozco tu estilo de vida. Quiero ser amigo tuyo, ¿es que no lo ves? Me resulta agradable rodearte con los brazos. Te ofrezco paz si haces esas cosas. Si necesitaras dinero para ello, te lo daría gustosamente.

-¿Y su parte del trato consiste en no aparecer en absoluto por ese sitio durante el día?

- Sí -contestó-, y en no matarte. Ésa es la parte más impresionante, que te dejaré vivir.

- ¿Quién es usted? -inquirí de nuevo-. ¿Quién? ¿Eran cadáveres humanos lo que le vi arrojar al pantano? Eran humanos, ¿verdad?, y las cadenas del segundo piso. ¿Acaso no se ha preguntado nunca qué ocurrió con esas cadenas?

Me debatí. Él apretó con más fuerza.

Entonces dejó escapar una risa pausada y siniestra, una risa que

yo ya había oído antes pero no sabía dónde. ¿O sí? ¿Había sido únicamente aquella noche en el pantano cuando lo vi a la luz de la luna? Me encontraba demasiado atrapado en su fuerza y en mi propia sensación de peligro para saberlo con seguridad.

-Puedes llevarte las cadenas, si quieres -me dijo-. Límpialo todo como te he dicho. Construye una escalera nueva que una el primer piso con el segundo, y que sea de bronce. Y

ordena a tus hombres que no hablen de ese lugar, adviértelos de que ahuyenten a otras personas. Cuando contraten a gente forastera, que elijan a trabajadores provenientes de lejos en vez de a personas que vivan cerca.

-Como en los tiempos de Manfred -comenté.

-Como cuentas en las visitas turísticas a la casa y a la finca -dijo la voz-. Ahora tengo un consejo para ti.

-¿Qué consejo?

-Puedes ver a los espíritus y te has enamorado de un espíritu llamado Rebeca.

-¿Cómo lo sabe?

-Baste decir que lo sé, y quiero hacerte una advertencia en lo que a ella se refiere. Desea vengarse por medio de ti de aquellos que le han causado daño, y se conformará con tu vida. Tú eres un

Blackwood, y eso es lo que le importa. Le fascina tu felicidad, le da fuerzas, le provoca dolor.

-¿La ha visto usted?

-Voy a complacerte en ese punto. Estoy al corriente de esos sueños tuyos en los que ella te visita. Y a través de dichos sueños he podido enterarme de sus vergonzosos deseos.

-Fue torturada en el santuario -dije-. Fue torturada con esas cadenas.

-¿Estás defendiéndola ante mí? ¿A mí qué me importa? Permíteme que te sugiera que retires las cadenas y las pongas junto al féretro que contiene sus restos y que has enterrado en el cementerio.

-Me espía usted día y noche -dije apretando los dientes con rabia.

-Ojalá pudiera -contestó él-. Ahora voy a soltarte, y podrás darte la vuelta y mirarme todo lo que quieras. Si cumples tu parte del trato, yo nunca os haré daño a ti ni a tu familia, ni tampoco a tu amorcito de cabello pelirrojo ni a su clan de brujos.

Apartó los brazos. Me volví de inmediato. Él dio un paso atrás.

Era tal como lo recordaba. Un metro ochenta de estatura. Cabello negro azabache peinado hacia atrás, frente cuadrada de sienes altas. Grandes ojos negros con unas cejas oscuras que le daban una expresión decidida. Boca alargada y sonriente y mandíbula cuadrada. Muy impresionante. Sus ojos centelleaban en la oscuridad. Iba vestido con un elegante traje negro, y por un instante vi su figura completa, pero al instante siguiente se giró, me enseñó la larga y gruesa cola de caballo con que se peinaba... y desapareció tan bruscamente como si, al igual que Goblin, se hubiera desmaterializado.

De inmediato Goblin apareció a mi lado y me dijo en voz alta:-Es malvado, Quinn, es malvado. No desaparece; se sirve de la velocidad.

-¡Agárrame la mano, Goblin! -exclamé-. Sabía que estabas cerca, pero ya has oído sus amenazas. -Temblaba violentamente.

-Si hubiera acudido en tu ayuda, Quinn, él te hubiera aplasta do. Estaba demasiado preparado para enfrentarse a mí, Quinn. No tenía miedo.

Di media vuelta, aún temblando de tal manera que a duras penas logré mantenerme erguido, y vi las inevitables luces en la ventana de tía Queen. Era el resplandor estridente de la televisión. Abracé a Goblin y le dije que debíamos ir a ver a tía Queen. Me sentía loco de emoción.

Entré corriendo en la cocina, crucé el vestíbulo trasero y me lancé contra la puerta de su habitación. La encontré en el diván como de costumbre, con su champán, y también con un poco de sorbete de champán, colofón de la maratón de alcohol que había comenzado en la cena. Jasmine dormía profundamente bajo las sábanas. Por televisión pasaban La emperatriz escarlata, con Marlene Dietrich.

- Escúchame -le dije, acercando una silla-. Ya sé que estoy perdiendo rápidamente mi reputación de persona cuerda.

Saqué el pañuelo de algodón y me enjugué el sudor de la cara. -Eso no tiene mucha importancia -repuso ella-. Tienes una sólida reputación por ser mi sobrinonieto.

- El desconocido ha vuelto a atacarme. Ha sido ahí fuera. Me ha agarrado por el cuello.
- Dios santo, Jasmine...
- No, espera, no llames a nadie. Ya se ha ido, pero antes de marcharse me dijo todo lo que quería de mí. Me hizo una serie de exigencias, todas en relación con la reforma del santuario, y me propuso que después de la renovación compartiéramos el lugar, que él lo usaría de noche y yo de día. Y que si no aceptaba su plan me mataría.

Tía Queen estaba pasmada de horror. No dijo nada. Sus pequeños ojos azules estaban clavados en los míos.

-Pero, tía Queen, eso es lo extraño, no que se haya colado furtivamente en nuestra propiedad, ni que hiciera que se apagaran los focos en el lado oeste, ni que me haya agarrado a mí por el cuello; todo eso son cosas normales más o menos. ¡Lo raro es lo que quiere hacer con el edificio!

-¿A qué te refieres?

-A la reforma. ¡Es exactamente tal como quiero hacerla yo! Es como si me hubiera leído el pensamiento. La electricidad, los suelos nuevos de mármol, las ventanas con cristales, la nueva escalera de bronce en el interior. No me ha pedido nada que yo no hubiera pensado ya. Incluso os había mencionado a ti y a los hombres que convenía que se acordaran de la ruta porque quería instalar electricidad. Te digo que me ha leído el pensamiento. Ha jugado conmigo. Esa criatura no es humana, es una especie de espíritu o fantasma como Goblin, sólo que de una naturaleza distinta. Tía Queen, tengo que

ver a Mona, porque ella seguro que sabrá algo, y también a Stirling Oliver.

-¡Quinn, para, deja de moverte! ¡Estás desquiciado! Cálmate. Jasmine, despierta.

-No metas a Jasmine en esto, nos causará molestias -dije.

Pero Jasmine ya se había despertado y estaba sentada en la cama, dictando sentencia en silencio.

-Voy arriba a redactar un plan completo para las obras de reforma, y después descansaré un poco antes de ir a ver a Mona -declaré.

-Cariño, es medianoche. Antes de ver a Mona debes hablar conmigo -dijo tía Queen.

-Prométeme que aportarás los fondos para el santuario. No es nada comparado con el dinero que gastamos constantemente en Blackwood Manor. Oh, no puedo esperar a ver el santuario renovado. Pero si yo también tengo dinero, ¿no? Se me había olvidado. Puedo pagarlo yo. Es asombroso.

-¿Y esa espléndida renovación piensas compartirla con un hombre que arroja cadáveres a los caimanes? -respondió ella.

-Tal vez me equivoqué. Tal vez sucedió alguna otra cosa. Lo único que sé es que no hay nada de malo en que yo lleve a cabo mi propio plan para renovar el santuario y que ahora ese hombre no constituye ningún obstáculo, ¿no lo ves? Hace una hora era un estorbo gigantesco para todo lo que yo había soñado hacer con el santuario, era un invasor. Ahora forma parte del plan. No me ha pedido nada que yo no quisiera ya. Tía Queen, ese hombre nos vigila. Sabe que tú das un paseo alrededor de la casa por las mañanas.

Tienes que llevarte contigo a los guardias. Es muy astuto.

La expresión del rostro de tía Queen era de miedo. Creo que yo le había robado todas las burbujas del champán y todo el alcohol que contenía éste. Sobria y deprimida, me miró fijamente, y acto seguido comió lentamente una cucharada de sorbete como si fuera lo único que la mantuviera viva.

-Oh, mi querido niño -dijo-. Jasmine, ¿estás escuchando?

-¿Cómo no voy a escuchar? -repuso la aludida-. Un día, cuando yo ya esté vieja y gris, tendremos el retrato de Quinn en la pared, y yo contaré a los turistas que desapareció en el pantano ,y que no regresó jamás...

-¡Jasmine, ya basta! -declaré-. Tía Queen, me voy arriba.

Vendré a despedirme de ti antes de ir a ver a Mona. No me iré hasta mañana por la tarde. Sé que no puedo conducir en este estado.

Además, tengo trabajo que hacer.

Goblin y yo subimos corriendo las escaleras.

Encendí el ordenador, a pesar de que Ramona estaba profunda mente dormida en la cama y, por suerte, mientras yo tecleaba, en ningún momento se despertó.

Goblin se sentó en una silla a mi lado. Tenía el semblante inexpresivo y no intentó tocar el teclado. Contempló la pantalla mientras yo trabajaba.

Yo no le hablé. Él sabía que lo amaba, pero también sabía que estaba rindiéndome a los halagos de un mundo que cada vez se ensanchaba más.

Sí, tenía miedo del desconocido, pero ahora me sentía excitado por el diablo mismo. Estaba volviéndome loco.

Redacté una propuesta de completa renovación del santuario, entrando en detalles sobre cómo había que hacerlo todo y desglosando los puntos más delicados lo mejor que pude, dependiendo de mi memoria. Supuse que Allen y los hombres del cobertizo se encargarían de todo, incluso de traer contratistas externos sólo cuando fuera preciso, de modo que me entretuve en los pormenores posiblemente más de lo que ellos necesitaban.

Escogí pintura roja romana para el exterior, verde oscura para el marco de puertas y ventanas, y las más elegantes baldosas de mármol veteado con una pátina negra para los suelos interiores y

para la escalera frontal que descendía hacia una amplia terraza de mármol blanco que debía bajar hasta el embarcadero -de hecho, debían construir un embarcadero como Dios manda- y encargué una escalera nueva de bronce que uniría los dos pisos y llegaría además hasta la cúpula. Cuando terminara, aquél iba a ser un lugar de retiro imponente y muy caro; pero así estaría más en consonancia con la extraña tumba de oro.

En cuanto a los muebles, pensaba encargarlos de los mismos catálogos que habíamos empleado para Blackwood Manor, y por supuesto pensaba ir a Hurwitz Mintz de Nueva Orleans para elegir piezas del elegante inventario que poseían. Quería poner por todas partes lámparas de pie que iluminaran el techo de forma indirecta y mesas con tablero de mármol en abundancia, tal como había soñado y cómo me había indicado mi extraño e ingenioso socio.

Cuando reflexioné sobre todo esto, cuando me sorprendí a mí mismo en el acto de llamarlo socio, me detuve un instante a recapacitar, y recordé aquel momento a la luz de la luna y supe lo que había visto. No cabía ninguna duda. Y entonces me vinieron de nuevo a la memoria la agresión anterior y la carta que me había escrito. Y también el hecho de que sólo momentos antes me había visto presa de él, impotente para defenderme. Me había dicho que me mataría si no obedecía sus instrucciones. ¿Lo creí?

Naturalmente, lo odiaba. Y lo temía. Pero no lo suficiente.

Debería haber sido mucho más cauto. Tendría que haberme opuesto a semejante aventura. Debería haberlo aborrecido. Pero lo que le había dicho a tía Queen era verdad: yo deseaba aquellas reformas, deseaba aquel renacimiento del santuario, y uno de mis mayores problemas había quedado resuelto, y así era como había que tratar con el misterioso desconocido. Ya no me vería obligado a luchar con él por aquel lugar; ahora éramos socios. Y así fue como procedí. ¿Estaría medio enamorado de aquel monstruo? ¿Era aquélla la secreta verdad?

Incluso recordé que había insistido en que desanimara a los obreros contratados de ir a la isla, o más bien en que dejara caer un velo de misterio sobre ella, y también incluí eso en el plan.

Por último, escribí lo que había que hacer primero: limpiar y sacar brillo al mausoleo, con la prohibición explícita de volver a abrirlo.

Por fin terminé mi plan para las reformas.

Imprimí las copias de rigor y a continuación hice un dibujo sencillo del suntuoso baño de granito que iba a construirse en la parte posterior del santuario, de forma redonda, que no ocuparía más que el ancho de una ventana, y, tras hacer cuatro fotocopias con ayuda del fax, di por terminados mis planes oficiales.

Librodot

En aquel momento habló Goblin:

-Es malvado, Quinn -me dijo-. Quinn Goblin morirá de todos modos.

Me volví y lo miré, y vi en su rostro la expresión fría y dura que con frecuencia había visto en días anteriores. No se parecía en absoluto al amor, la calidez o la jovialidad de antaño.

-¿Qué quieres decir con que Quinn Goblin morirá? -le pregunté-. No vamos a permitir que ocurra eso, viejo amigo. Ni mucho menos. Te lo prometo. ¿Entiendes lo que digo? Me sale del alma.

-Todos te quieren -contestó Goblin con su habla monocorde-. Mona te quiere. Rebeca te quiere. Tía Queen te quiere. Nash te quiere. El desconocido te quiere. De todos modos, Quinn Goblin muere.

-Nunca estaremos separados -dije yo en tono confidencial-. Quizá sea simplemente que no saben lo fuerte que es el vínculo que existe entre nosotros. Pero nosotros, sí.

Su expresión seguía siendo fría, y entonces, muy despacio, se disolvió.

Tuve la clara impresión de que se había disuelto por voluntad propia, no porque tuviera que hacerlo, y que quería que yo lo supiera, que se había retirado, y en efecto experimenté aquella punzada.

-Es verdad lo que te he dicho -insistí-. Sólo tú puedes hacer que muramos, sólo tú puedes dividirnos, y eso lo conseguirías abandonándome.

No tenía la menor idea de si se encontraba cerca o lejos, de si había oído lo que dije o no. Y estaba demasiado excitado para preocuparme por él.

Corrí escaleras abajo para dejarle una copia de mi plan a tía

Queen, la cual recibió el trabajo con bastante agrado, y después fui hasta el buzón que tenía Allen en el cobertizo y deposité en él una copia. Allen era el jefe de los artesanos, como he mencionado anteriormente. Vería que el trabajo estaba hecho. También metí una copia en el buzón de Clem, por cortesía, ya que en realidad el que mandaba era él, y a continuación me dirigí de vuelta a la casa.

Mientras cruzaba la terraza de atrás me embargó una oleada de vértigo. Y cuando me acuerdo de ese momento, cuando recuerdo el brillo de las estrellas y el aire caliente, y la luz que salía por la puerta de la cocina para acudir a mi encuentro, cuando recuerdo la sensación que tenía, lo vivo que me sentía, lo enamorado que estaba de Mona y la tonta emoción que me invadía debido al misterioso desconocido, también recuerdo que me sentía invencible incluso ante la clara evidencia de que no lo era.

Las extrañas palabras de Goblin no significaban nada para mí, absolutamente nada. De hecho, hasta sospeché que se debían a los celos más viles y que todo su comportamiento reciente era una causa para dudar de su amor. Sí, me estaba distanciando de él. Sí, Quinn Goblin iba a morir. Tenía que suceder así, porque la Virilidad iba a hacer que sucediera.

Y en el campo de batalla de la Virilidad, Mona era mi princesa y el misterioso desconocido un siniestro caballero que cabalgaba a mi lado o incluso contra mí, en una justa de la que yo no estaba sino aprendiendo las reglas.

Llegaríamos a conocernos el uno al otro, el caballero y yo; conversaríamos juntos en el santuario; yo acabaría por comprender la fantasía de aquellos cuerpos entregados a las oscuras aguas, descubriría que había sido una especie de sueño. Porque algo tan terrible tenía que ser un sueño. Rebeca, por ejemplo; Rebeca aparecía en los sueños.

¿Qué más podía hacer yo por la pobre Rebeca? Por descontado, no podía darle «una vida por una vida, una muerte por una muerte».

Regresé al piso de arriba. Las ventanas estaban cerradas. El aire acondicionado zumbaba: No había ni rastro de Goblin. Fui hasta la ventana y me asomé para ver el césped del lado oeste. A lo lejos vi las formas blancas y borrosas del cementerio a la luz de la luna. Elevé una oración por Rebeca, recé para que su alma se encontrara en el cielo con Dios.

Librodot

De muy mala gana, me tendí al lado de Ramona para dormir, y cuando desperté fue en medio de un turbio amanecer y con la pesada responsabilidad sobre mis espaldas de llevar a cabo las tareas de la Virilidad.

29

Mi primera tarea viril fue llegar al santuario, y no fui tan necio como para creer que iba a poder retirar aquellas cadenas oxidadas sin ayuda. Así que me llevé a Allen. Los hombres del cobertizo siempre llegaban alrededor de las seis, para poder irse a casa a las tres, y cuando le dije adónde nos dirigíamos reaccionó con alegría y casi se montó de un salto en la piragua conmigo.

Era y sigue siendo característico de Allen encontrar placentero todo en la vida. Es un hombre grande y de constitución rotunda, con el cabello casi blanco peinado hacia un lado, gafas de montura plateada y sonrisa perpetua; interpreta el papel de Santa Claus en las fiestas, con enorme éxito.

Sea como sea, cuando llegamos al santuario aún no eran las siete. Nos pusimos manos a la obra con las mejores herramientas que teníamos, y pronto recogimos todas las cadenas oxidadas y las arrastramos escaleras abajo.

Yo tuve que obligarme a mí mismo a emprender el regreso a casa, tan fuerte era mi fascinación por el santuario, pero sabía que aquel día tenía mucho que hacer. De manera que, después de dar una vuelta por los alrededores, un paseo durante el cual imaginé mis reformas con gran éxito y aprobación, nos subimos de nuevo a la piragua.

Cuando llegamos otra vez al embarcadero y le dije a Allen que íbamos a enterrar la cadena junto con los restos de Rebeca, él entró en un estado de completa hilaridad.

De todos modos, me puse a excavar en tierra. Encontré el ataúd. Hice el agujero bien ancho. Coloqué las cadenas alrededor del ataúd. Y después Allen me ayudó a rellenar de nuevo el hueco con tierra y a situar la lápida en su sitio. Cuando me puse a murmurar una plegaria, Allen rezó conmigo.

No sentí ninguna vibración procedente de Rebeca. No experimenté ningún mareo. Pero mientras estaba allí de pie, en el aire quieto de la mañana, sentí lástima por todos los fantasmas que había visto en el cementerio a lo largo de los años, y me pregunté si estaría condenado a vagar como un alma en pena tras mi muerte.

Nunca se me había ocurrido nada igual. Pero en aquel momento pensé en ello. Recé otra larga oración por Rebeca y después susurré: «Ve hacia la luz.» Y así quedó terminada mi primera tarea viril.

Y aquí viene la segunda. Naturalmente, Allen sabía dónde vivía Terry Sue, de modo que allí nos dirigimos con el Mercedes. Le dije a Allen que iba a entrar solo, pero incluso antes de pasar al interior de la caravana ya me hice una idea bastante acertada de que Grady Breen, nuestro abogado, no había exagerado respecto a la inminencia del desastre.

Allí estaban los automóviles herrumbrosos y destrozados que había descrito, el uno una limusina vieja y el otro una furgoneta, los dos sin neumáticos, y frente a la caravana deambulaban dos niños a gatas, ambos con la cara y los pañales sucios.

Llamé a la puerta y entré. Acurrucada en el extremo mismo de la caravana había una mujer voluptuosa en la cama, una mujer con la cara de una gran muñeca de porcelana, amamantando a un bebé, y también una niña, quizá de unos diez años de edad y descalza, removiendo al fuego un guiso de algo que parecía y olía a maíz molido. La niña tenía los brazos cubiertos de hematomas y una actitud tímida y temerosa. Tenía una cara bonita y el pelo negro y largo.

La estrechez de aquel lugar, la sensación de humedad y agobio resultaban abrumadoras. Igual que el olor. Lo mejor que se me ocurre para describirlo es como una mezcla de orina, vómito y moho. Y bien podría añadirse a la receta algo de fruta podrida. Y, desde luego, también había excrementos.

-Perdone que entre de esta forma -le dije a la mujer. Me sentía como un gigante bajo aquel techo tan bajo-. Enhorabuena por el recién nacido.

-¿Trae algo de dinero? -inquirió ella. Su rostro siguió siendo encantador, como el de una madona del Renacimiento, pero su voz adquirió un tinte de mezquindad, o quizá fuera sólo sentido práctico-. Estoy sin blanca, y Charles ha vuelto a abandonarme - dijo-. Se me han abierto los puntos y me ha subido la fiebre.

-Sí, traigo mucho dinero -respondí.

Busqué en mis bolsillos y extraje los mil dólares que había cogido de la cajita de dinero de la cocina. Ella se quedó apropiadamente atónita. Lo cogió con la mano izquierda y lo metió en un bolsillo debajo de las mantas. O simplemente debajo de las mantas.

El bebé era un milagro. Jamás había visto uno tan diminuto, tan recién nacido. Sus manitas arrugadas eran maravillosas. Ya tenía un penacho de cabello oscuro en la cabecita. Me enterneció el corazón.

-Brittany, date prisa con ese maíz -dijo la mujer- y ve por tus hermanos, voy a necesitar que te acerques a la ciudad a comprar unas cuantas cosas. -Levantó la vista hacia mí-. ¿Quiere desayunar? Esta niña prepara un desayuno estupendo. Brittany, pon el tocino. Trae a los niños.

-Yo puedo llevarla a la ciudad -dije-. ¿Dónde está Tommy?

-Fuera, en el bosque -contestó ella en tono sardónico-. Como siempre. Leyendo un libro con dibujos. Le he dicho que si no devuelve ese libro a la tienda van a meterlo en la cárcel. Vendrán a llevárselo. Ese libro lo ha robado, y saben que ha sido él. La mujer de la tienda está tan loca como él. Vendrán a buscarlo. Y también deberían meterla a ella en la cárcel.

-¿Tiene algún otro libro más? -quise saber.

-¿Quién tiene dinero para libros? -replicó ella. Iba poniéndose furiosa-. Fíjese en este lugar. ¿Ve esa ventana rota? Mire ahí. Genial. ¿Ve a esa niña? No habla. Brittany, dale un poco de maíz a Bethany. ¿Qué ha pasado con el café? Siéntese a la mesa. Aparte esas cosas. Esta niña prepara un café estupendo. Créame, todos los días doy gracias a Dios por haberme dado a Brittany, y por habérmela dado antes que los demás. Brittany, ve a buscar a Matthew y a Jonas. ¡No pienso repetírtelo! Este bebé está mojado. Vamos a ver. No tengo dinero para libros. La lavadora lleva dos meses averiada. Pops nunca me daba dinero para libros.

-Está bien -le dije-. Enseguida vuelvo.

Me interné en el bosque. No era muy denso, sólo había los pinos flacos típicos de aquellas zonas en las que no quedaban muchos robles. Vi al pequeño sentado encima de un tronco, leyendo.

Tenía el pelo negro y rizado como el mío, y era delgado pero bien proporcionado. Cuando me miró vi que sus ojos eran de un color azul vivo. El libro trataba de arte, y estaba abierto por la Noche estrellada de Van Gogh.

El chico llevaba un polo sucio y vaqueros. Tenía una enorme marca negra y azulada en la mejilla y otra en el brazo. En el dorso de la mano izquierda advertí una quemadura visible.

-¿Te ha pegado Charlie? -le pregunté.

Él no me contestó.

-¿Te ha empujado la mano contra la estufa?

El chico no contestó. Volvió la página. Un cuadro de Gauguin.

-Todo va a cambiar -le dije-. Soy pariente tuyo. Soy nieto de Pops, y tú también eres nieto de Pops, ya lo sabes, ¿no?

Tommy no dijo nada. Terco como una mula, volvió a concentrarse en su libro y dio otra vez la vuelta a la página. Una pintura de Seurat.

Librodot

Le dije cómo me llamaba. Le dije que todo iba a mejorar. Estaba a punto de irme cuando le dije:

- Un día viajarás a Amsterdam y verás las obras de Van Gogh en persona.

-Me conformaría con Nueva York -contraatacó- para ver todos los impresionistas y los expresionistas que hay en el Met.

Me quedé atónito. Había hablado con una claridad y una precisión asombrosas.

- Así que eres un genio -dije.

-No, no lo soy -me respondió-. Es que he leído mucho. En la biblioteca local he leído todo lo que he querido, y ahora trabajo en la tienda Booksa-Million de Mapleville, donde voy al colegio. Mis libros favoritos son los de arte. En un par de ocasiones Pops me trajo libros de arte.

Aquélla fue una revelación extraordinaria. Pops y libros de arte. ¿De dónde sacaría Pops libros de arte? ¿Qué sabía Pops de libros de arte? Sin embargo, lo había hecho por aquel hijo bastardo al que permitía vivir en la miseria en aquel sórdido lugar.

Gracias a Dios aún me quedaba algo de dinero, unos cincuenta dólares.

-Toma -le dije-. Esto obrará maravillas en las rebajas. No robes más.

-Yo no he robado nunca -dijo el chico-. Eso son cosas que dice mi madre. Si oyes hablar a mi madre, creerás que Charlie me puso la mano contra la estufa.

-Entendido. Lo importante es que con eso puedes comprarte algo que sea para ti.

-¿Cuál es tu pintor favorito en el mundo entero? -me preguntó.

-Es difícil de decir -respondí.

-Si sólo pudieras salvar un cuadro de la Tercera Guerra Mundial -insistió-, ¿cuál salvarías?

-Tiene que ser uno del Renacimiento. Tiene que ser una madona -contesté-, pero no estoy seguro de cuál. Probablemente una de Botticelli, pero también puede ser de Fra Filippo Lippi. Aunque hay otros. No estoy seguro. -Pensé en la hermosa mujer que había dentro de la caravana amamantando al bebé. Me entraron ganas de mencionarla en relación con una madona, pero no lo hice.

Tommy asintió.

-Yo salvaría a Durero -dijo-. Salvador Mundi, ya sabes, la cara de Cristo peinado con la raya en medio.

-Es una buena idea -reconocí-. Quizá mucho mejor que la mía. -Dudé un instante. Habíamos llevado aquella conversación mucho más lejos de lo que yo había creído posible al principio-. Escúchame -le dije-. ¿Te gustaría ir a un buen colegio, un internado, ya sabes, recibir una buena educación, salir de aquí?

-No puedo abandonar a Brittany -repuso Tommy-. No sería justo.

-¿Y los demás?

-No sé. -Suspiró igual que un adulto que soportara una pesada carga-. Mi madre no nos quiere en realidad. Cuando Brittany y yo éramos pequeños no era tan mala; pero ahora que están todos los demás, nos pega a todos. Tengo que interponerme entre ella y Brittany, y a veces no puedo. Pero no le permito que pegue a los pequeños, le quito el cinturón de la mano.

Me sentí asqueado e indignado, pero no tenía ninguna solución. Durante toda mi vida había oído decir que existen verdaderos problemas en el sistema de asistencia social y en el de adopción, y no sabía qué hacer.

-Entiendo -respondí-. No puedes abandonarlos.

-Eso es -dijo el chico-. Ya voy a un colegio mejor que el de Brittany, pero ella recibe una buena educación. Eso es lo que puedo decirte. Hace los deberes y es lista. No conozco la respuesta. -Bueno, escúchame -le dije-. No pienso olvidarme de ti. Volveré con más dinero. Tal vez pueda mejorar las cosas para tu madre

y para todos vosotros, y así no le entrarán ganas de pegar a los niños. -¿Y cómo vas a hacer eso?

-Déjame pensarlo, pero créeme. Volveré. Adiós, tío Tommy. Aquello lo hizo sonreír por primera vez, y cuando me despedí agitando la mano me devolvió el mismo gesto.

Entonces se bajó de un salto del tronco y vino corriendo detrás de mí. Yo me detuve, naturalmente, para permitir que me alcanzara. -Eh, ¿crees en el reino perdido de Atlantis? -me preguntó. -Bueno, lo que creo es que está perdido, pero no sé si creo que fue real -dije.

El chico rió con ganas.

-¿Que crees tú, Tommy? ¿Crees en él?

Tommy afirmó con la cabeza.

-De hecho espero encontrar las ruinas -dijo-. Quiero encabezar un equipo de búsqueda, ya sabes, una expedición submarina.

-Eso suena maravilloso -comenté-. Hablaremos de ello en cuanto disponga de tiempo. Ahora tengo que irme a trabajar.

-¿De verdad? Yo creía que eras tan rico que no tenías que trabajar ni ir al colegio. Eso es lo que dice todo el mundo.

-Me refiero a trabajar en mis problemas, Tommy, ya sabes, cosas especiales que pienso que debería hacer. Volveremos a vernos, te lo prometo. ¿Puedo darte un abrazo?

Me incliné y lo abracé antes de que él pudiera negarse. Era una criaturita sólida y afectuosa. Lo adoraba de verdad.

Cuando regresé al coche, Allen estaba meneando la cabeza en un gesto negativo.

- Espero que no nos pidas que limpiemos todo esto -dijo-. Esa fosa séptica de ahí detrás está rebosando de algo asqueroso.

- Así que de ahí viene el olor -respondí-. No lo sabía.

Tan pronto como contacté con tía Queen por medio del teléfono del coche, le describí la situación y le pregunté si podía dar instrucciones a Grady Breen para que comprase una casa decente para Terry Sue y sus hijos. La escritura de propiedad debía figurar a nuestro nombre, incluidos toda clase de seguros, y la mujer iba a necesitar muebles, electrodomésticos, menaje de cocina nuevo, todo.

-No puedes ni imaginarte el grado de pobreza que hay aquí -expliqué-. Además, esta mujer pega a los niños, y no se me ocurre qué podría hacer para evitarlo, salvo que quizá dejara de golpearlos si mejorasen la casa y el estado en el que vive. Por lo menos, eso espero. En cuanto a Tommy, es muy inteligente. -Le referí todos los detalles pertinentes.

Por supuesto, tía Queen deseaba llamar ella misma a Grady, pero le dije que era algo que tenía que hacer yo; era una tarea de madurez personal, y era importante.

Medio minuto más tarde tenía a Grady al teléfono. Acordamos que la casa debía comprarse en una zona nueva y de precio moderado a las afueras de Ruby River City. Él opinaba que el emplazamiento ideal sería Autumn Leaves, de nueva construcción, con electrodomésticos nuevos, con cazuelas y sartenes nuevas, con todo nuevo, y que necesitaba contar con una mujer de la limpieza y una niñera para los pequeños, ambas a jornada completa.

Grady pasaría a ser su asesor económico personal y su guardián financiero. Nosotros pagaríamos los impuestos, los seguros, los servicios de la casa, la televisión por cable y las personas contratadas. Y, naturalmente, Terry Sue debía tener ingresos, así que decidimos asignarle un sueldo que fuera más o menos equivalente al de una secretaria que trabajara en el despacho de Grady. Pensamos que aquello le elevaría sensiblemente la moral.

-Es un plan infalible -dije yo-. La niñera y la señora de la limpieza trabajarán para ti, y Terry Sue no tendrá ninguna oportunidad de pegar a los niños. Delante de esas personas, probablemente le dará vergüenza pegarles.

Mientras tanto, Brittany se trasladaría al colegio católico al que asistía Tommy, el único colegio católico de Mapleville y el que poseía el caché de una escuela preparatoria privada. También obtendríamos atención médica para la pequeña Bethany, que no hablaba.

Por lo que se refería al misterioso Charlie que había salido de la vida de Terry Sue, no era tan «malo, malísimo»; lo que sucedía era que el bebé que llevaba Terry Sue en brazos no

era suyo y estaba un tanto fastidiado por el hecho de que el auténtico padre no se hubiera presentado. Quién podía ser el padre era una cuestión todavía por dilucidar.

Aconsejé a Grady que se hiciera la prueba del ADN para determinar si aquel bebé era hijo de Pops. Pensaba que simplemente era lo correcto. Abrigaba la honda sospecha de que Pops era el padre, de que el niño había sido concebido tras la muerte de Sweetheart y Charlie no había sabido qué hacer al respecto.

-Mira, Grady -le dije-, ésta es una situación que nunca va a ser perfecta, pero opino que podemos hacer todo esto para mejorarla un poco. Si en esa nueva casa también entran y salen hombres, no hay nada que podamos hacer nosotros; por lo menos habremos logrado que Terry Sue sea independiente. No tiene que aguantar a nadie a quien no quiera aguantar. Tú ocúpate de que tenga unos ingresos fijos, y lo que después haga con ellos es asunto suyo. Si deja morir de hambre a sus hijos, le daremos dinero a la señora de la limpieza para que compre comida. Además, la niñera cocina y sirve. Arreglaremos la situación hasta que deje de estar como está.

Lo que no le confié a Grady fue que tenía la ilusión de que Tommy viniera un día a vivir a Blackwood Manor. Tenía la ilusión de que algún día recorriera el mundo conmigo y con Mona, tía Queen y Nash. Tenía la ilusión de que Tommy algún día se convirtiera en un brillante erudito y, quién sabe, tal vez en un pintor de gran talento. Quizás encontrase el reino perdido de Atlantis. En esencia, soñaba con que algún día Tommy se convirtiera oficialmente en un Blackwood.

Tampoco le conté a Grady lo mucho que le reprochaba a Pops, aunque intenté no hacerlo, que hubiese abandonado a su hijo Tommy en medio de aquella suciedad, y por el poco cariño que había demostrado hacia aquella mujer. Sin embargo, tal vez allí hubiera algo más de lo que yo, en mi juventud, alcanzaba a entender.

Sólo cuando hube terminado y casi hube llegado a casa en el Mercedes recordé mi promesa de llevar a la pequeña Brittany al supermercado. Le dije a Allen que iba a tener que dar la vuelta y llevar a Brittany a comprar comida para aprovisionar la caravana.

Por supuesto, hizo uno o dos comentarios sarcásticos, pero en general se mostró afable y dijo que regresaría en la furgoneta y llevaría a la pequeña adonde ella quisiera, y le compraría de todo, desde sopa hasta frutos secos.

Y así fue como quedó cumplida la segunda tarea de Virilidad.

Pasemos a la tercera.

Fui a casa, me di una ducha y me puse mi mejor traje Armani, una camisa de color violeta pálido y la corbata Versace de la suerte, y con el corazón apasionado y la cabeza delirante de alegría, salí para ver a mi amada Mona Mayfair. Tan sólo hice una pausa en una floristería de St. Charles Avenue para comprarle un gran ramo de margaritas y otras flores de primavera. Aquel ramo me pareció fresco, suave y hermoso, y mi intención era depositarlo tiernamente en sus brazos. Mientras la dependienta lo envolvía en papel, yo soñaba con sus dulces besos, y conduje en dirección a la mansión de los Mayfair en la esquina de la Primera con Chestnut contando los minutos que faltaban para que dieran las dos.

30

Si aquel día había en el mundo alguien más enamorado que yo, debería hablar con esa persona y oírselo decir de sus propios labios. Flotaba en un mar de felicidad. Estacioné a media manzana de la casa para no ser espiado por algún malvado oponente Mayfair, y a continuación, ramo de flores en mano (había retirado hacia atrás el papel de la floristería para reducirlo simplemente a un puño), me aproximé a la verja de entrada, siguiendo la valla, bajo un enorme seto de mirtos que ya habían florecido en abundancia.

De hecho, todo el Garden estaba fragante y en flor, y las calles estaban tan completamente desiertas que no tuve que someterme al escrutinio de las personas corrientes que no estaban enamoradas.

En cuanto a Goblin, cuando surgió a mi lado le dije con firmeza que tenía que llevar a cabo aquella misión a solas, y que se marchara de inmediato si quería que yo volviera a hablarle de manera educada.

-Te quiero, yate lo he dicho. Pero ahora déjame solo con Mona -dije irritado.

Para mi sorpresa, él me dio varios besos cariñosos en la mejilla, susurró au revoir y desapareció. Tras lo cual permaneció flotando en el aire un cierto resabio, una trémula sensación de buena voluntad y generosidad deliberada que resultaba tan palpable como la brisa.

Por descontado, abrigaba la esperanza de que Mona me estuviera esperando ya con mochila, maleta y pasaporte en mano.

Pero nada más llegar a la verja de hierro forjado, salió a mi encuentro un tipo alto y elegante que hizo añicos mis esperanzas de fugarme con Mona, si bien había una expresión de profunda compasión en su rostro intenso.

Era un hombre esbelto, si no flaco, de cabello rizado y prematuramente encanecido y ojos inquisitivos. Su atuendo era decididamente deslumbrante, de corte anticuado, como sacado de un drama del siglo XIX, aunque no sé de qué época de dicho siglo.

-Adelante, Tarquin -dijo con acento francés. Hizo girar la manilla de latón, mientras que Mona había utilizado una llave-. Estaba esperándote. Sé bienvenido. Entra, por favor. Deseo hablar contigo. Vayamos al jardín, si eres tan amable.

-Pero, ¿dónde está Mona? -pregunté en el tono más educado que pude.

-Oh, sin duda peinándose su larga melena pelirroja -respondió él con la más exquisita entonación- para poder arrojarla por otro balcón más -señaló hacia arriba, a las barandillas de hierro-y atraerte a ti como hizo Rapunzel con su príncipe prohibido.

-¿Yo estoy prohibido? -inquirí. Traté de resistirme a sus modales seductores, pero me resultaba difícil.

-Ah, ¿quién sabe? -dijo con un suspiro de hastío, aunque su sonrisa fue luminosa-. Ven conmigo, y llámame oncle Julien, por favor; soy oncle Julien para ti, de igual modo que tu tía Queen estrechó en sus brazos a Mona anoche. Ah, a propósito, fue un regalo impresionante, el camafeo. Mona lo guardará siempre como un tesoro. ¿Puedo llamarte Tarquin? Ya lo he hecho, ¿verdad? ¿Puedo contar con esa confianza de tu parte?

-Me ha invitado a entrar, ¿no es así? -repuse-. Se lo agradezco mucho.

Caminábamos por un camino de losas que discurría junto a la casa, y a nuestra derecha se extendía un gran jardín con un octógono de boj que rodeaba el césped. Aquí y allá se erguían marmóreas estatuas griegas -una de Hebe, creo, y otra de Venus bañándose-, y también se veían canteros de exquisitas flores de primavera y algunos limoneros de pequeño tamaño, uno de ellos con un único limón de proporciones monstruosas. Me detuve un momento a contemplarlo.

-¿A que es encantador? -dijo mi acompañante-. Ese arbolito pone toda el alma en ese único limón. Si tuviera muchos, sin duda serían de un tamaño normal. Se podría decir que el clan de los Mayfair hace algo muy parecido. Ven, sigamos caminando.

-Se refiere a lo relativo al Legado -dije yo-. Lo ponen todo en una sola Designada -continué-, la cual debe ser protegida de toda intriga con hombres no aptos para casarse con ella, y de algún modo a mí se me considera defectuoso.

-Mon fils -contestó él-, ¡a ti se te considera demasiado joven! No hay nada indigno en ti. Sencillamente, ocurre que Mona tiene quince años y tú todavía no eres un hombre. Y debo confesar que te rodea un cierto misterio, lo cual te explicaré.

Habíamos subido unos cuantos escalones de piedra, y ahora caminábamos junto a una gigantesca piscina de forma octogonal. ¿No había dicho algo tía Queen acerca de que Michael

Librodot

Curry había estado a punto de ahogarse en aquella piscina? Estaba desconcertado. Todo a mi alrededor era belleza. Yen todas partes reinaba el silencio.

Oncle Julien llamó mi atención sobre el hecho de que la forma de la piscina era la misma que la del césped. Y en cada uno de los cortos pilares de la barandilla se repetía aquel mismo octógono.

-Dibujos dentro de dibujos -comentó-. Los dibujos atraen a los espíritus, los espíritus que se encuentran perdidos ven los dibujos, por eso les gustan las casas antiguas, las mansiones, las casas que tienen habitaciones grandes llenas del contacto de espíritus afines. En ocasiones pienso que una vez que una multitud de espíritus ha habitado una casa, es más fácil que penetren en ella otros espíritus. Resulta asombroso. Pero ven, voy a llevarte al jardín de atrás; escaparemos de los dibujos para sentarnos un rato bajo los árboles.

Era exactamente tal como había dicho. Tras dejar las losas de piedra que rodeaban la piscina y pasar a través de una gran verja doble, nos encontramos avanzando por un césped descuidado en dirección a una mesa y unas sillas de hierro colocadas bajo un roble enorme, en un lugar donde la hierba crecía más rala y eran visibles las raíces del árbol. A nuestra derecha había otros árboles -sauce, magnolio, arce- que luchaban por hacerse sitio.

Reparé en la palabra «azotes» grabada profundamente en la corteza del roble, y percibí una extraña fragancia dulce en el jardín, una fragancia como de un perfume, algo que no pude asociar con las flores. No me atreví a preguntar de qué aroma se trataba.

Tomamos asiento a la mesa de hierro negro, puesta para nosotros con platos y tazas y una alta jarra termo, que él levantó para servir.

-Chocolate caliente, mon fils, ¿qué te parece?-Oh, maravilloso -respondí riendo-. Absolutamente delicioso. No me lo esperaba. Me llenó la taza.

-Ah -dijo al tiempo que llenaba la suya-, no tienes ni idea de lo mucho que me gusta.

Bebimos a pequeños sorbos, esperando a que la temperatura fuese más cómoda, y me fijé en que sobre el plato había galletitas de animales. Aquello me trajo a la memoria el viejo poema de Christopher Morley que habla de una comida exactamente igual:

Galletitas de animales y cacao para beber,
es la mejor de las cenas, eso me inclino a creer;

De forma bastante repentina, oncle Julien recitó los dos versos siguientes:

Cuando sea mayor para comer lo que quiera,
me parece que siempre seguiré esta receta.

Ambos rompimos a reír.

-¿Lo ha planeado a cuenta del poema? -le pregunté. -Bueno, supongo que sí -contestó-. Y también porque pensé que te gustaría.

-Oh, se lo agradezco mucho. Ha sido todo un detalle.

Me sentía eufórico. Me sentía feliz. Aquel hombre no iba a separarme de Mona, él entendía el amor. Pero me estaba olvidando de una cosa. Ya había oído el nombre de Julien Mayfair, estaba seguro. Había sido en relación con algo, pero no recordaba qué...

Desde luego, no se lo había oído a Mona. No.

Levanté la vista hacia la izquierda y observé el largo flanco de tres pisos de la mansión Mayfair. Era inmenso y silencioso. No quería que se me negara la entrada a aquel lugar.

-¿Conoce Blackwood Manor? -pregunté de pronto-. Fue construido en los años ochenta del siglo XIX. Ya sé que esta casa es mucho más antigua. Nosotros vivimos en el campo, pero

ustedes pueden disfrutar del encanto y la quietud de las zonas rurales sin salir de aquí. -Me sentí idiota por mi candor; ¿qué estaba intentando demostrar?

-Sí, conozco la casa -respondió oncle Julien con una sonrisa afable-. Es muy bella. Mi visita a ese lugar constituyó una experiencia macabra y romántica, que no quisiera revelarte en detalle salvo por el hecho de que debo hacerlo, porque repercute en tu amor por Mona. Y por tanto ha de brillar la luz en la oscuridad.

-¿Por qué razón? -Me sentí alarmado de pronto.

El chocolate estaba ya a la temperatura perfecta. Los dos lo bebimos al mismo tiempo. Él suspiró de placer y acto seguido volvió a llenar las tazas. Estaba, como hubiera dicho Mona, perfecta y magníficamente delicioso. ¿Pero dónde estaba Mona?

-Oh, por favor, cuéntemelo todo -dije-. ¿Qué tiene que ver con mi amor por Mona? -Me puse a calcular la edad que tenía. ¿Sería mayor que Pops? Sin duda era más joven que tía Queen.

-Fue en la época de tu tatarabuelo Manfred -dijo oncle Julien-. El y yo éramos miembros de un club de juego aquí, en Nueva Orleans. Era algo secreto y que estaba de moda, y jugábamos manos de póquer apostando cosas que no eran dinero, tales como trabajitos secretos para complacer al que ganase. Jugábamos en esta misma mansión, lo recuerdo bien, y tu antepasado Manfred tenía en casa a su hijo William, que era un muchacho muy joven recién casado y más bien temeroso de Blackwood Manor y de las responsabilidades que la casa entrañaba. ¿Puedes imaginarte algo así?

-¿Que se sintiera intimidado? Sí -contesté-, puedo imaginarlo aunque yo no sienta lo mismo. Ahora el joven dueño soy yo, y estoy encantado.

El sonrió suavemente.

-Te creo -dijo en tono calmo-. Y me gustas. Veo viajes en tu futuro, grandes aventuras, recorrerás el mundo entero. -No solo, sin embargo -me apresuré a responder.

-Bien, aquella noche en cuestión -prosiguió-, cuando el club de juego se hallaba reunido aquí, fue Manfred Blackwood el que ganó la mano, y fue a mí, Julien Mayfair, a quien pidió que realizara un trabajito.

»De inmediato partimos en su automóvil en dirección a Blackwood Manor, y allí vi tu maravilloso hogar en todo su esplendor a la luz de la luna, con las columnas del color de las magnolias, una de esas fantasías sureñas que a nosotros nos nutren perpetuamente y en las que los del Norte rara vez creen. Tu tatarabuelo Manfred me llevó al interior de la casa y me hizo subir la escalinata curva hasta llegar a un dormitorio desocupado, y allí me explicó lo que debía hacer.

»Sacó una ingeniosa máscara de carnaval y una capa de terciopelo rojo oscuro forrada de satén dorado y me dijo que, vestido con aquel atuendo, debía desflorar a la joven esposa de William, ya que el propio William, que apareció enseguida, se había mostrado totalmente incapaz de hacerlo, y tanto Manfred como William habían visto recientemente un engaño semejante en una ópera de Nueva Orleans y estaban convencidos de que funcionaría en aquel caso.

»"¿Pero tu esposa no ha visto esa misma ópera contigo?", le pregunté a William, porque yo también la había visto en Nueva Orleans tan sólo una semana antes. "Sí -me respondió William-, razón de más para que ella siga el juego."

»Alors. Como nunca he sido de los que rechazan a una virgen, y dado que no sentía sino respeto y compasión por una joven que hasta entonces no había disfrutado de una noche de bodas dulce y afectuosa, me enfundé la máscara y la capa y me puse manos a la obra, prometiéndome a mí mismo que debía arrancar lágrimas de éxtasis a la joven muchacha o contarme entre los malditos, y baste decir que salí del dormitorio unos cuarenta y cinco minutos más tarde victorioso y subiendo por la Escalera del Cielo, habiendo alcanzado mi máximo objetivo.

»Bien, pues de dicha unión nació tu bisabuelo Gravier. ¿Me sigues?

Yo estaba estupefacto, en absoluto silencio.

-Unos meses después del nacimiento de Gravier -continuó Julien con la misma actitud afable y encantadora-, William logró, a sugerencia mía, comenzar a cumplir con sus deberes conyugales con la ayuda de la máscara y la capa, y jamás tuvo conocimiento tu tatarabuela de la índole del primer encuentro, de modo que ambos prolongaron de esta forma su felicidad conyugal, o eso me contó Manfred, si bien el William de dulces modales muy probablemente continuó siendo esclavo de la máscara y la capa mientras el destino así lo dispuso.

»Llegada su hora, la joven en cuestión acudió a recibir su recompensa en el cielo, como decimos, y William tomó una segunda esposa, sólo para descubrir que no podía desflorar a ésta mejor de lo que pudo desflorar a la primera, y una vez más Manfred recurrió a mí para que me enfundara la máscara y la capa. Y así lo hice, tras lo cual me convertí en el padre de la noble dama a la que tú llamas tía Queen. Ah, una bendita hija...

»Pero adonde deseo llegar es a que tú estás vinculado a mí y a los míos por lazos de sangre.

Yo estaba sin habla.

Mirándolo fijamente, sentado allí, con el calor que me inundaba las mejillas, tratando de asimilar lo que me estaba contando, tratando de evaluar lo que estaba diciendo, una vocecilla interior me decía que era imposible, que aquel hombre no podía ser tan viejo, que no parecía tan viejo, que no cuadraban los números para que pudiera ser el padre del hermano mayor de tía Queen, Gravier, ni de la propia tía Queen; pero quizás en aquel entonces era muy joven, no lo sabía.

Pero mucho más insistente que la vocecilla que me importunaba respecto de los años y los números era la voz que decía: «Mona y tú veis espíritus, Tarquin, y estás oyendo una explicación acerca del origen de dicha tendencia. Esos genes os vienen de la sangre de oncle Julien, Tarquin; su sangre os proporcionó los receptores que también posee Mona.»

En cuanto al escritorio que había en la sala de Blackwood Manor, aquel alrededor del cual parecía flotar el fantasma de William, me entraron ganas de ir a casa y hacerlo pedazos.

En aquel preciso momento permanecí allí sentado, conmocionado. Decidí tomarme la segunda taza de chocolate, y así lo hice. Luego me serví de la jarra de nuevo. Oncle Julien bebió el suyo.

-No ha sido mi intención hacerte daño, Tarquin -me dijo con una voz muy suavizada por el afecto-. Nada más lejos. Me atraen tu juventud y tu sinceridad. Me he fijado en el encantador ramo de flores que le has traído a Mona, y me emociona que desees con tanta desesperación amarla.

-Ya la amo -dije.

-Pero nosotros somos una familia peligrosamente endogámica, Tarquin, y no puedes estar con Mona. Aun cuando ambos fuerais mayores de edad, eso queda descartado debido a que lleváis mi sangre en las venas. Con el tiempo he llegado a comprender que en mis retoños eran mis genes los que tendían a dominar, y eso en ocasiones ha originado cierta aflicción. Cuando yo era... Cuando yo era irreflexivo, libre y rebelde, cuando odiaba el tiempo y me sentía desesperado, no me inquietaban esas cosas, pero ahora sí que me preocupan mucho. Se podría decir que existo en un estado de purgatorio debido a mi preocupación por ellas. Por eso debo advertirte de que no puedes estar con Mona. Debes dejarla en paz con sus espíritus y marcharte a tu casa con el tuyo.

-No pienso hacerlo, Julien -contesté-. Deseo respetarlo, y lo respeto, aunque engañase a mi antepasada, esa virgen temblorosa a la que sedujo en la misma cama en la que ahora duermo yo. Pero el rechazo de Mona necesito oírlo de sus propios labios.

Él bebió un largo trago de su chocolate caliente y desvió la mirada con aire pensativo, como si lo consolara ver el arce, el sauce y el enorme magnolio que prometía adueñarse de la diminuta cañada.

-Dime una cosa, jovencito -dijo-. ¿Percibes una extraña fragancia en este lugar?

-Sí, lo invade todo -respondí-. No he querido preguntarle por ella, pero la noto. Es dulce.

Pareció producirse un súbito cambio en su actitud. Pasó del encanto seductor a la fatalidad.

-Una vez más, debo decir, mon fils, que de ningún modo debes estar con Mona -repitió-. Y has de perdonarme que te haya traído hasta aquí.

- ¿A qué se refiere? ¿Por qué me dice eso? ¿Quién puede decir que no nos seremos fieles el uno al otro hasta que seamos adultos? Dentro de tres años, ¿no podrá ya decidir por sí misma? Yo la abrazaré contra mi corazón, llevaré en un estuche un mechón de su pelo, y cuando llegue el momento, la acompañaré hasta el altar.

- No, eso no podrá ocurrir nunca. Te ruego que entiendas lo mucho que quiero a Mona y lo mucho que te respeto a ti, pues sé que posees un carácter noble. Pero tú puedes ver a los espíritus, mon fils, y también puedes captar el olor de los muertos. Has de saber que en este lugar se hallan enterrados individuos con mutaciones que jamás deberían haber nacido en el seno de esta familia. Puedes creerme, mon fils, si te casas con Mona vuestros hijos pueden tener también esas mutaciones. He de confesar que el hecho de que puedas percibir su olor constituye una prueba de ello.

- ¿Me está diciendo que mataron al hijo de Mona y lo enterraron aquí? -exigí.

- No. El hijo de Mona está vivo -contestó oncle Julien-. Su destino es otra cuestión, podría decirse. Pero no debe haber más criaturas como ésa que lleven el apellido Mayfair, y Mona no tendrá nunca otro apellido que ése.

- ¡Se equivoca! -exclamé.

-No me desprecies, Tarquin, por tu propio bien -me replicó. Parecía poseer una paciencia infinita-. Pensé que te resultaría más fácil si te explicaba las cosas. Y tal vez así sea, con el paso del tiempo.

-¡Tarquin! -oí que me llamaban. Me volví hacia mi izquierda y vi que el que lo hacía era Michael Curry, desde la ancha verja de entrada situada junto a la piscina, y que a su lado se encontraba Rowan Mayfair. Los dos me miraban como si hubiera hecho algo malo.

Me puse en pie de inmediato.

Avanzaron hacia mí. Ambos vestían de manera informal, de estar por casa, y Michael tenía un porte tan especial con su camisa azul de trabajo que consiguió que se me hiciera la boca agua.

Rowan fue la que habló primero. Fue muy afable.

-¿Qué estás haciendo aquí, Tarquin?

-Pues estoy charlando con Julien -respondí-. Estamos tomándonos un chocolate y visitando el lugar.

Me volví e hice un gesto hacia la derecha, pero allí no estaba Julien. Miré la mesa un par de veces; salvo mi ramo de flores, allí no había nada. Ni termo plateado, ni tazas, ni galletitas de animales, nada.

Sentí que me abandonaba el aliento.

-Dios mío -dije, e hice la señal de la cruz-. Les aseguro que estaba hablando con él. Me he quemado la lengua con la segunda taza de chocolate caliente. La jarra era plateada. ¡Me hizo pasar por la verja principal! Ha estado contándome que no puedo estar con Mona, que estamos emparentados, yo... -Me interrumpí y me dejé caer en la silla.

¡Nadie sabía mejor que yo lo que había sucedido! Sin embargo, mis ojos recorrieron el jardín en su busca. Y de nuevo contemplé la mesa vacía. Puse una mano sobre el ramo de flores. ¿Y dónde estaba Goblin? ¿Por que no me había advertido? ¡Como me había mostrado tan impaciente con Goblin, éste había dejado que me defendiera yo solo!

La doctora Rowan Mayfair se situó a mi espalda y me apoyó las manos sobre los hombros. Inmediatamente me sentí tranquilizado por el modo en que me masajeó. De hecho se inclinó y me besó en la mejilla. Experimenté un intenso y reconfortante escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Oh, fue una sensación dulcísima. Michael Curry se sentó frente a mí y me cogió la mano con fuerza; era como el tío que nunca conocí.

Dios, cuánto los amaba, cuánto deseaba estar unido a ellos. Cuánto deseaba amar a Mona con su aprobación. En aquel momento necesitaba su consuelo desesperadamente.

-Me van a encerrar -balbucí-. Julien Mayfair. ¿Alguna vez ha existido de verdad?

-Ha existido, sí -dijo Rowan Mayfair con su voz paciente y grave-. Es una leyenda del clan Mayfair. Falleció en 1914.

31

Me llevaron al interior de la casa. Era magnífica y estaba iluminada por una luz tenue. Me mostraron el salón doble, que se encontraba en penumbra, con su arco de entrada de artesonado y sus suelos resplandecientes, y me hicieron pasar por el bello comedor con sus murales de la Riverbend Plantation, sacrificada tiempo atrás a la curvatura del río Misisipí en su veleidosa trayectoria.

Rowan era la guía turística; iba señalando los detalles con discreta sencillez, en voz cálida, aunque sus ojos grises siempre eran fríos. Estaba muy favorecida con su pantalón y su camisa blanca, y a veces parecía estar perdida en un sueño.

Fue en la soleada cocina donde tomamos asiento alrededor de una mesa de cristal con una base de delfines de latón, y nos acomodamos en confortables sillas de acero. En un rincón había una acogedora escalera trasera y una pequeña chimenea de gas para los días fríos, pero aquél no era uno de ellos, y al otro lado de las puertas francesas se veían los exuberantes jazmines y los plátanos que crecían alrededor de la tapia del jardín de atrás, en el que había estado sentado con Julien, tan ajeno al mundo real.

-¿Pero cómo puedo saber que vosotros sois reales? -les pregunté con lógica-. En esos momentos él me parecía tan real como cualquiera, excepto por... -Entonces tuve que admitirlo: todo lo que parecía fuera de lugar, el hecho de que hubiera sido amigo de mi antepasado Manfred, cosa claramente imposible a la vista de su aspecto físico, y después estaba el detalle de su anticuado atuendo, propio del siglo XIX.

-Los fantasmas te advierten y luego te distraen -confesé.

Michael Curry asintió con la cabeza. Supe de manera instintiva que él también había visto espíritus, numerosos espíritus. Era un hombre de lo más cordial, casi humilde, en cambio daba la impresión de poseer una increíble fuerza. Tenía unas manos excepcionalmente grandes que parecían suaves.

-¿Qué te ha contado, hijo? -me preguntó-. ¿Puedes compartir esa información con nosotros?

-Que fue el padre de mi bisabuelo -contesté. Y procedí a narrarles de nuevo a ellos el drama operístico y cómo se había desarrollado. Y les conté que, por lo visto, Mona y yo poseíamos una sensibilidad especial para ver espíritus y que por ese motivo de ninguna manera debíamos casarnos.

Tal vez resultara del todo contraproducente repetir aquellas cosas a Michael y Rowan, pero no tenía la menor intención de guardármelas. Pensé que ellos debían saberlo todo, que debían saber por qué razón había interferido oncle Julien.

Con los ojos muy abiertos, les repetí las mismas palabras de oncle Julien, que existía en un «estado de purgatorio por la preocupación» acerca de sus genes, que eran dominantes en sus retoños, y les conté que me había preguntado por el aroma dulce que flotaba en el patio de atrás, y que yo percibí dicho olor pero no quise decir nada hasta que él me preguntó.

Tanto Rowan como Michael parecían fascinados por estas confesiones, así que continué contando que oncle Julien había dicho que en la tierra de aquel jardín se hallaban enterrados individuos que sufrieron mutaciones, pero no el hijo de Mona, que el niño mutante de Mona

estaba vivo. Aquello pareció extasiarlos, de modo que me pidieron que lo repitiera, y lo repetí.

A aquellas alturas yo me sentía tan desgraciado, tan seguro de que no iban a permitirme ver a Mona, tan seguro de fracasar en todos los aspectos, que me eché a llorar. Les rogué que no me rechazaran; les dije lo mucho que deseaba formar parte de su familia. No me dio ninguna vergüenza. Y quizás en el fondo sentí que era digno de ello.

-No vengo como un desharrapado -dije-, no vengo como un mendigo. No le estoy ofreciendo a Mona una casita pequeña en que vivir.

-Eso ya lo sabemos, hijo -dijo Michael Curry-. Perdónanos si cuando fuimos a Blackwood Manor mostramos cierta falta de respeto. Es que Mona ya nos ha hecho pasar por más de una travesura parecida, y a veces nos olvidamos de los modales. Ayer fue una de esas ocasiones. Créeme si te digo que estamos preocupados por Mona.

-¿Pero qué tiene de malo que Mona esté conmigo? ¿Pensáis que es porque los dos vemos espíritus?

-No, no es eso -repuso Michael. Se recostó cómodamente en su silla para dirigirse a mí-. El hecho es que existen razones médicas, buenas razones médicas que tienen que ver con la salud de Mona.

-Es Mona la que tiene derecho a hablar de los aspectos médicos -intervino Rowan con su voz ronca y suave-, no nosotros. Pero podemos decirte que Mona no está actuando con sensatez y que intentamos protegerla de sí misma. -Era suave y sincera.

Yo no estaba seguro de qué decir.

-Entiendo vuestro problema -contesté- porque no puedo divulgar las cosas que me ha contado Mona. ¿Pero por qué no puedo verla? ¿Por qué no podéis dejarla bajar aquí? ¿Por qué no puedo hablarle del fantasma de oncle Julien? ¿Por qué no puedo preguntarle qué tiene que decir ella?

-Tú entiendes -dijo Michael- que ésta ha sido una aparición muy poderosa. Ese fantasma ha decidido intervenir de una forma muy fuerte. ¿Alguna vez has visto un fantasma como él?

-Sí -respondí-, he visto fantasmas tan extraños como él.

Les conté toda la historia de Rebeca. Y mientras lo hacía supe que estaba convirtiéndome de nuevo en mi peor enemigo. Pero bajo aquel techo no cabía otra cosa que la sinceridad, o eso me parecía a mí. Mi amor por ellos exigía dicha sinceridad.

También les hablé de Goblin. Todo lo que me pareció oportuno.

-¿No comprendéis que mi sitio está a su lado? -dije por último-. Ella es la única que podrá entenderme, y yo soy el único que podrá entenderla a ella.

-Hijo, tú tienes tus propios fantasmas -dijo Michael- y ella tiene los suyos. Tenéis que alejaros el uno del otro. Tenéis que buscar una normalidad por vosotros mismos.

-¡Oh, Dios, pero eso es imposible! -exclamé-. Jamás lo conseguiremos. Además, ¿quién dice que, si es posible conseguirlo, no lo conseguiremos mejor estando juntos?

En aquel momento advertí que estaban ponderando mis palabras. Si no otra cosa, al menos les había causado una cierta impresión de inteligencia. Todavía no me habían echado de su casa a patadas. En aquel momento me asaltó la imperiosa necesidad de tomar chocolate caliente, un deseo estúpido e insidioso de beber chocolate caliente en grandes cantidades.

Entonces, para mi inmenso asombro, Michael se levantó y dijo: -Voy a preparártelo. Yo también tomaré un poco.

Me quedé estupefacto. Por encima de todo, eran una familia formada por gente que leía el pensamiento. Lo oí reír en voz baja al tiempo que se dirigía a la despensa. Poco después llegaron ruiditos y la profunda y deliciosa fragancia de la leche caliente.

Rowan permaneció sentada, solemne y pensativa, y acto seguido, muy suavemente, habló. Su voz, como de costumbre, era mucho más dulce que su rostro angular, con sus altos pómulos y su cabello ondulado y de marcado corte.

-Tarquin, permíteme que te exponga la situación -dijo-. Permíteme que viole la confidencialidad de Mona. Permíteme que haga ese llamamiento al buen juicio. Mona me ha

dado permiso para hacerlo, para que te cuente cosas sobre ella, cosas que no deberían contarse. En realidad, no tiene edad suficiente para conceder dicho permiso. Pero déjame continuar. Mona se pone en peligro a sí misma cada vez que tiene relaciones íntimas con un hombre. ¿Me sigues? Corre el riesgo de causarse un daño grave. Nosotros estamos intentando mantenerla con vida.

-Pero si hemos utilizado protección, doctora Mayfair -insistí yo. De todas formas, aquélla era una noticia inquietante. A aquellas alturas ya me había secado los ojos e intentaba comportarme como un ser adulto.

-Naturalmente que sí -dijo la doctora Mayfair alzando ligeramente las cejas-, pero hasta la mejor de las precauciones puede fallar. Siempre existe la posibilidad de que Mona conciba. Y el menor aborto espontáneo, por el que una mujer normal no tendría que preocuparse, la debilita enormemente. Todo es debido al niño que tuvo, el bebé que ha mencionado oncle Julien en el jardín. Dejó a Mona en un estado vulnerable. Por eso estamos intentando mantenerla viva. Intentamos descubrir cómo reparar lo que está averiado para que Mona no sea tan vulnerable, pero para eso necesitarnos tiempo.

-Dios santo -susurré-. Por eso se encontraba en el hospital Mayfair el día en que la vi yo.

-Exactamente -contestó Rowan. Hablaba cada vez con más pasión, pero al mismo tiempo su tono era compasivo-. No somos monstruos insensibles -afirmó-. De verdad que no. Intentamos convencerla de que deje de seducir a sus primos y que colabore con nuestro régimen de análisis de sangre y suplementos nutricionales para poder averiguar qué es lo que funciona mal en su interior y por qué razón concibe con tanta frecuencia. En fin, ya te he contado más de lo que debería y, a propósito, quisiera añadir que está enamorada de ti y que desde que te conoce ha cesado en sus escarceos; tienes todo el derecho a saber eso, pero no podemos aprobar que esté contigo.

-No -repliqué yo-, lo que no podéis aprobar es que esté conmigo a solas. Permitid que la vea aquí, en vuestra presencia, que la vea con un voto de celibato. ¿ Qué hay de malo en eso?

En aquel momento se aproximó Michael a la mesa con la jarra plateada que yo había visto en el jardín y tazas para los tres. Era exactamente la misma porcelana. El chocolate caliente estaba tan denso y delicioso como en la visión, y casi de inmediato me entraron ganas de tomar una segunda taza. Quería hablarles de la jarra y de la vajilla, pero deseaba aún más hablarles de Mona.

-Gracias por darme el gusto en este detalle... me refiero a lo del chocolate -les dije-. No sé qué me ocurre.

Michael volvió a llenarme la taza por segunda vez. Yo bebí con fruición. Me supo mejor que ninguna otra cosa conocida. Me recliné en mi asiento y dije:

-He sido franco con vosotros. ¿No podéis vosotros ser francos conmigo? Decidle que estoy aquí...

-Ya lo sabe, Quinn -me interrumpió Michael-. Sus poderes de clarividencia son tremendos. Lo supo en el momento en que traspusiste la verja de la entrada. Está luchando por asimilar precisamente las cosas que te ha confiado Rowan. La verdad se está abatiendo sobre ella con toda su fuerza. Se encuentra mal. Y además está la cuestión de su hijo perdido, el que Julien te ha dicho que está vivo. Mona se ha enterado de ese dato al mismo tiempo que tú, y ha sido ella la que ha acudido a nosotros y nos ha rogado que bajáramos a recibirte.

Sentí deseos de decir que aquello suponía un gran consuelo, cosa que era cierta, pero pensé que ojalá me lo hubieran contado todo antes y no quise quejarme. Además, se me ocurrió otra cosa: ¿Por qué habían interrumpido mi conversación con Julien? Si ellos no se hubieran presentado, ¿cuánto más me habría revelado Julien?

-Ésa es una pregunta para la que no tenemos respuesta -dijo Michael tras leerme nuevamente el pensamiento.

-Pero lo interrumpisteis. Impedisteis que revelase secretos de la familia -dije yo-. Pensasteis que era lo mejor.

-Así es -dijo la doctora Mayfair-. Pensamos que era lo mejor.

Librodot

-¿Tiene alguna importancia para vosotros que yo forme parte de vuestra familia? -pregunté en tono calmo.

Ninguno de los dos me ofreció una respuesta. Entonces Rowan dijo en un tono de lo más abatido:

-Ojalá Mona no estuviera enferma. Ojalá pudiéramos encontrar una cura. Entonces todo sería diferente, Quinn. Pero tal como están las cosas, ¿qué sentido tiene pedirte que te juegues tu destino con nosotros? ¿Qué sentido tiene pedirte que te sometas a pruebas genéticas como nos sometemos todos nosotros? ¿Qué sentido tiene que asumas el peso de nuestra historia y nuestras maldiciones, y de todo lo que sufrimos y sabemos?

-¿Pruebas genéticas? -dije-, ¿Para ver si tengo la capacidad de ver espíritus? -Apuré lo que quedaba del chocolate. Michael me sirvió otra taza.

-No -repuso Rowan-, para ver si podría producirse la mutación en tus hijos, tal como le sucedió a Mona.

-Estoy dispuesto -afirmé.

Ella asintió con un gesto.

-Muy bien. Lo prepararé todo en Mayfair. Debes dirigirte al doctor Winn Mayfair. Llama a su secretaria para concertar una cita.

- Y ahora, ¿dónde tenéis encerrada a mi amada princesa?

La oí desde lo alto de las escaleras de atrás.

-¡Quinn! Me levanté al instante y corrí hacia ella. Subí por la pequeña escalera saltando a la izquierda una vez, y luego otra más, hasta por fin abrazarla cuando alcanzamos juntos el segundo piso.

- Acuérdate de mis advertencias -me llegó desde abajo la voz de Rowan.

- Lo prometo, nada de penetración -dijo Mona-. Ahora dejadnos solos.

Yo la tomé en brazos.

- ¡Oh, mi magnífico héroe! -declaró. Sus pechos ardían bajo el blanco níveo de la blusa, su melena pelirroja se extendía ante mis ojos y contra mi corazón, sus piernas desnudas eran bellas y suaves a mi tacto.

La llevé en brazos por el pasillo.

- ¿Adónde vamos, princesa Mona de Mayfair? -pregunté-. ¡He luchado con ángeles y dragones por estar con vos!

-Al frente mismo de la casa, príncipe Tarquin de Blackwood -respondió ella-. Mis aposentos se encuentran entre las ramas de los robles.

Subimos un breve tramo de escaleras, pasamos de un estrecho corredor a un gran dormitorio, que cruzamos para desembocar en un amplio vestíbulo y una regia escalinata que nos condujo a la fachada misma de la casa, donde mi amada, mi amada pelirroja, me indicó que girase a la izquierda.

Era el dormitorio más exterior, efectivamente, y sus ventanales, cuya altura abarcaba dos plantas, se abrían al porche superior y parecían estar totalmente cubiertos por las ramas de dos robles que había delante de la casa.

Caímos sobre la cama.

Me vi todo envuelto en el blanco virginal de la blusa de Mona y sus voluminosas mangas y encajes. Los dos nos revolcamos en medio de las almohadas blancas; apreté la mano contra sus bragas calientes y húmedas, y con la presión de la palma la llevé hasta el final con divinos arreboles que hicieron que me corriera.

Lo hicimos de nuevo, esta vez con más detenimiento y más juego, y luego otra vez más. Todas las veces me vacié antes que ella, pero no estaba dispuesto a dejarla con la necesidad.

Debió de ser una hora el rato que yacimos juntos, y durante todo aquel tiempo la puerta permaneció parcialmente abierta sin que se oyera ruido alguno de ningún intruso de la casa.

Estábamos tumbados boca abajo sobre una pequeña colcha de encaje, la cual yo había estropeado bastante con mis efusiones amo rosas.

-Totalmente lavable, y destinada a este fin -dijo mi Dama del Amor al tiempo que la doblaba y la arrojaba a un lado.

A continuación llegó el momento de besarse, acurrucarse y recostarse contra las almohadas y mirar por las ventanas las ramas de los robles en las que las pequeñas ardillas de color marrón saltaban entre los helechos verdes que se aferraban a ellas.

-No deseo dejarte nunca -le dije a Mona-. Pero desde que estuvimos juntos han sucedido cosas terribles -confesé.

Le conté lo del desconocido y su extraño ataque. Le conté que me había leído punto por punto el pensamiento en lo concerniente al santuario. Le conté que ya había dado la orden de iniciar las reformas y que él y yo íbamos a ser socios, pero que estaba más seguro que nunca de que fue a él a quien vi arrojar los cadáveres a la luz de la luna.

Mona estaba fascinada.

-¿No te da miedo? -me preguntó.

-Por supuesto que no -respondí-. Me da más miedo oncle Julien.

Mona rió.

-¿Oncle Julien se te aparece cuando tú quieres?

Parecía triste.

-No -contestó-. Más bien se aparece cuando quiere él. Tienes que contarme todo lo que te ha sucedido con él. Reconozco que algo he oído de lo que les contabas a Rowan y a Michael. Estaba escuchando a escondidas. Pero tienes que contármelo. Descríbelo. Describe cómo actuaba. Tengo que saberlo. Siento unos celos feroces cuando oncle Julien se aparece a otra persona.

Le relaté de nuevo toda la experiencia. Describí su pulcro atuendo, sus suaves modales. Describí el dibujo de flores de las tazas de porcelana. Ella lo conocía; dijo que era estilo Reina Antonieta. No estaba segura de si lo tenían en tiempos de Julien. Dijo que éste había robado la imagen de la despensa; era un fantasma muy listo.

Se sintió profundamente afectada por el hecho de que hubiera dicho que su hijo estaba vivo. Aquello significaba mucho para ella. Aquel simple dato era una verdadera joya para ella.

-¿Pero es que los fantasmas nunca mienten? -inquirí. Regresé mentalmente a mi experiencia con Rebeca. A lo mejor no me había mentido nunca; tan sólo me había engañado, lo cual era distinto.

Me levanté de la cama. Fui hasta la ventana y contemplé las ramas de los robles. Era un lugar muy hermoso. Uno no tenía la sensación de encontrarse en medio de la ciudad, no se imaginaba que el agua estaba escasamente a ocho manzanas de allí en dirección a la izquierda, que St. Charles Avenue, con sus legendarios tranvías, se hallaba sólo a tres manzanas a la derecha.

-¿Sabes qué pienso? -dije.

-¿Qué? -contestó Mona incorporándose. Levantó las rodillas y se rodeó las piernas con los brazos. Sus manos tenían un aspecto maravilloso con aquellos grandes volantes de encaje. El pelo le caía alrededor de los hombros de una manera que jamás olvidaré.

-Pienso que te necesito mucho más de lo que tú me necesitas a mí -dije.

-Quinn, eso no es cierto -repuso-. Yo te quiero. Eres la primera persona de la que me he enamorado. Lo comprendí de pronto anoche, después de que me trajeran a casa. Duele, es espléndido y es real. Te necesito porque eres fresco, vital, y porque no eres uno de nosotros.

Parecía muy sincera.

-Pero es que lo soy -protesté-. Ya te he contado lo que me ha dicho Julien. Él ocupó el sitio de mi tatarabuelo William, ya te lo he dicho.

-Pero tú no has sido educado como un Mayfair -dijo ella-. Y además cuentas con un apellido fuerte y una tradición propia. ¡Vives en una mansión que posee sus propias leyendas y su propia grandeza! Además, ¿qué importa? Yo te necesito y te amo, de eso se trata.

-Mona, ¿es verdad lo que me ha contado la doctora Rowan, que cada vez que...?

Librodot

-Sí, es verdad. No saben por qué. Pero el caso es que ovulo constantemente, que soy constantemente fértil; concibo de modo constante y pierdo el hijo, y cada vez que sucede eso me debilito, desaparece más calcio de mis huesos. Claro que es sumamente posible, totalmente posible en realidad, que si me practicaran una histerectomía se solucionara el problema, pero entonces nunca tendría hijos, y tienen la esperanza de poder resolver el problema sin necesidad de dar ese paso.

Yo me sentía asustado por todo aquello, asustado por ella. Me aterraba el hecho de haberle causado daño sin saberlo.

-Si es tu vida lo que está en juego, Mona, tienes que permitir que te hagan la histerectomía -dije-. No puedes continuar arriesgando la vida.

-Ya lo sé, Quinn, pienso en ello constantemente, igual que todo el mundo. Llegará el momento en que dirán que es hora de hacerla, y ese momento puede llegar muy pronto. Piénsalo, Quinn.

¿Desea el señor de Blackwood una esposa que no puede tener hijos?

-Yo te quiero, Mona. No necesito los hijos. De hecho, conozco un niño que podemos tener.

-¿Tener, simplemente? -dijo ella riendo-. ¿Así, sin más?

Entonces le hablé de Pops, de Terry Sue y de Tommy. Del pequeño e inteligente Tommy, sentado en el tronco con el libro de arte en la mano, y de la marca negra y azulada que tenía en el rostro.

-¡Imagínate! -dijo ella-. ¡Sería igual que Cenicienta! ¡Podrías cambiarle la vida entera!

-Sí. Ésa es mi intención, pase lo que pase. Así que cuando pienses en la histerectomía, no vuelvas a pensar en mí. Estoy bastante seguro de que Terry Sue está dispuesta a negociar en lo que a Tommy se refiere. Voy a ayudarla con toda esa caterva de chiquillos que tiene, eso está hecho. Pero hay una cosa que tengo que pedirte.

- Ya hablas como el hombre de la casa -dijo Mona en tono práctico-. Haré lo que esté en mi mano.

- No, hablo en serio, Mona.

Me senté en la cama contigua y la besé.

-¿Saben Rowan y Michael dónde está tu hijo? -quise saber.

-No -contestó ella-. No creo que lo sepan. A veces pienso que podrían saberlo, porque el hospital Mayfair es todo un mundo en sí mismo, pero no, no podrían. No soporto esa idea. No soporto la idea de que se negaran a decírmelo. Pero no hablemos de eso, Quinn. Rowan es en muchos sentidos una científica fría y calculadora, pero tiene una conciencia de oro puro. Hablemos de nosotros.

La rodeé con mis brazos. Oro puro. Aquella imagen me impresionó. Oro puro. Me acordé del mausoleo y del misterioso desconocido, que me dijo que el mausoleo estaba hecho de oro.

-No existe forma humana de que huyas a Europa conmigo -le dije-. Necesitas el tratamiento que te está aplicando la doctora Rowan en el centro médico, ¿no es así?

Ella suspiró y después asintió con la cabeza.

-Era un sueño, eso de fugarme. Están aplicándome un tratamiento con hormonas y toda clase de nutrientes, no sé. Paso toda la semana entrando y saliendo. Me tienen conectada a unos tubos durante dos y tres horas, en una camilla. Y no creo que esté progresando mucho. Tenía ganas de escapar. Ha sido un error por mi par

te implicarte en mi sueño, dejar que lo creyeras conmigo durante un tiempo.

-No me importa -repuse-. No tengo por qué ir. De hecho, no pienso ir. Al menos mientras podamos vernos, y me parece que ahora se fían de nosotros. Creo que saben que no voy a hacerte daño, y tú también lo sabes.

De repente se oyeron unos golpes en la puerta.

Era la hora de cenar, y yo fui cordialmente invitado a reunirme con ellos en el piso de abajo. De hecho, no aceptaron que rechazara la invitación, de manera que, tras una rápida

Librodot

llamada a Jasmine para informar de mi paradero, me presenté en el comedor y allí me encontré con Mona, ataviada con otra despampanante blusa blanca de mangas flotantes, esta vez acompañada de un pantalón muy corto de dibujos tropicales que resultaba, si acaso, más atractivo de lo que me habían parecido antes las bragas solas. También estaban allí Michael y Rowan, con un atuendo más bien formal.

Michael parecía todo un caballero con su traje de tres piezas, y Rowan llevaba un sencillo y encantador vestido azul marino adornado con un audaz collar de perlas de tres vueltas.

Sólo cuando me fijé un poco más reparé en que Mona se había puesto el camafeo de tía Queen y en que le quedaba precioso en el cuello.

Para mi total asombro, allí estaba también Stirling Oliver de Talamasca, y en consonancia con el suave tiempo de finales de la primavera, vestía un terno y una corbata color amarillo limón. Recuerdo la corbata por alguna razón, no sé cuál. Siempre me acuerdo de las corbatas que llevan los hombres. Llevaba el cabello gris muy corto y peinado hacia atrás desde las sienes, y tenía el aspecto de un hombre de sesenta y tantos años que goza de excelente salud.

Eran todos personas que causaban una fuerte impresión, y la casa en modo alguno los anulaba ni disminuía su encanto natural.

Me alegró mucho ver otra vez a Stirling, y tuve la sensación de que a tía Queen la turbaría enterarse. El caso era que aquello no era algo que yo pudiera escoger precisamente, y eso me resultaba muy cómodo.

-He visto ahí fuera a tu amigo Goblin -me dijo Stirling en tono confidencial al tiempo que me estrechaba la mano-. Me ha comentado que deseabas estar solo.

-¿Lo dice en serio? -pregunté-. ¿De verdad lo ha visto y ha hablado con él?

-Sí, estaba justo al lado de la verja. Era muy fuerte, pero has de comprender que mi talento para dicha percepción está, si acaso, más bien superdesarrollado. Para mí, el mundo es un lugar muy poblado.

-¿Estaba enfadado o mohíno? -inquirí.

- Ninguna de las dos cosas -respondió-, sino más bien contento de que lo viera.

En aquel momento habló Mona, que nos tomó a ambos del brazo al tiempo que intervenía:

- ¿Por qué no lo invitamos? Podemos hacerle un sitio a la mesa.

- No, esta noche no -dije yo-. Deseo ser egoísta. Él tiene sus momentos. Éste es uno de los míos.

La cena transcurrió como la seda, con abundante conversación acerca de si de hecho debería yo viajar a Europa. Michael opinaba que en la vida de todas las personas llega un momento que es el ideal para viajar a Europa, y que uno puede ir demasiado pronto o demasiado tarde. Yo coincidí con dicha opinión con gran entusiasmo y acto seguido me atreví a preguntar si de algún modo sería posible que fuera Mona si tía Queen aceptaba llevar otra carabina femenina enteramente dedicada a ella, y dejé claro con eufemismos, que parecían necesarios en aquel augusto comedor, que no estaba dispuesto a arriesgar la salud ni el bienestar de Mona por lujuria barata.

Espero que transmitiera la imagen de aplomo que deseaba. A] ver que sólo Mona daba su aprobación a todo lo que dije, Rowan aseguró en tono práctico que Mona no podía abandonar el hospital Mayfair en aquel momento, que simplemente quedaba descartado, y que si había alguna posibilidad, Michael y ella llevarían a Mona a Europa para que pudiera vivir nuevamente aquella experiencia.

De hecho, Mona se puso a explicar que había sido en su viaje a Europa cuando se descubrió su «problema», y que lo había interrumpido por aquel motivo y regresado a casa para someterse a los estudios en el centro médico, las inyecciones de hormonas y nutrientes y también de otros fármacos.

Librodot

Durante todo aquel tiempo, nadie mencionó al misterioso hijo de Mona. Y yo no mencioné al misterioso desconocido.

Después de cenar pasamos a la sala doble, y allí bebí más coñac del que debía beber. Pero arreglé la situación llamando a Clem para que viniera a recogerme en la larga limusina de tía Queen, con Allen, para que se llevara el Mercedes a casa, solución que funcionó de maravilla, ya que tía Queen estaba «entretenida» en su habitación.

Michael y Rowan no dejaron de mostrar interés por mí en ningún momento, o si lo hicieron yo fui un perfecto idiota. Stirling Oliver también se mostró afable y curioso. Estuvimos hablando de ver fantasmas, y les conté la historia entera de Rebeca, valiéndome una vez más de los eufemismos apropiados, ya que el salón también parecía requerirlos. En mi orgullo medio obnubilado por el alcohol, tuve la sensación de que Mona estaba disfrutando de todo aquello.

Le brillaban los ojos y no me interrumpió ni una sola vez, lo cual me pareció asombroso, dado lo inteligente que la consideraba yo. Cuando dijo algo, fue para destacarme frente a los demás o para aclararme algo que decían ellos. De los tres, Michael era con mucho el más locuaz y el más dado a reírse de sí mismo, aunque Stirling poseía un gran sentido del humor, pero Rowan era modesta para ser doctora y, tal como ya había notado, su voz grave resultaba mucho más cálida y dulce que su rostro elegante y anguloso.

Poseía los ojos grises y penetrantes de una mujer muy bella, y si uno se fijaba en sus manos largas y ahusadas, podía parecerle neurocirujana. Michael era el mayor, el rudo, el que había trabajado en «aquella casa» con martillos y clavos. Habló de que sentía su abrazo y amaba sus suelos relucientes, sus crujidos y gemidos al atardecer. Y los tres aludieron con modestia y naturalidad al hecho de que habían visto fantasmas.

Stirling habló de una infancia repleta de espíritus en un castillo inglés. Y contó que había descubierto la orden de Talamasca en sus años universitarios en Cambridge. Michael dijo que había estado a punto de ahogarse frente a la costa de San Francisco y que fue rescatado precisamente por Rowan, y que había salido de aquel trance dotado del poder de conocer ciertas cosas paranormales por medio del tacto.

Mona les contó a todos entre risas que oncle Julien había saqueado la despensa para hacerse con la vajilla Reina Antonieta y servirme a mí chocolate caliente, y yo les hablé del poema de Christopher Morley que tanto me gustaba de niño, y del cacao y las galletitas de animales que había olvidado por completo mencionarles hasta aquel instante, y todos se quedaron muy impresionados. Después nos pusimos a especular sobre cómo se las arreglan los espíritus para hacer lo que hacen.

-Pero eso significa que Dios existe, ¿no? -preguntó Mona.

Lo dijo de un modo sumamente conmovedor.

-Dios o el diablo -puntualizó la doctora Rowan.

- Oh, sería demasiado cruel que existiera un diablo sin Dios -repuso Mona.

-A mí no me lo parece -dijo Rowan-. Yo creo que es totalmente posible.

- Tonterías, Rowan -terció Michael-. Dios existe, y Dios es amor. -Y a continuación hizo una seña en dirección a Mona para indicar prudencia a Rowan, y en aquel momento observé que Mona desviaba la mirada con nerviosismo. Entonces habló:

- Supongo que pronto lo sabré -dijo-, o no sabré nada. Eso es lo duro. Apagarse sin más, igual que una bombilla gastada.

- Eso no va a suceder -dije yo-. Cuando te sometes al tratamiento en Mayfair, ¿te resulta cansado? ¿Quieres que vaya a hacerte compañía? Podríamos charlar, o podría leerte algo. ¿Qué te parece?

-Sería maravilloso -dijo Rowan- hasta que te canses de hacerlo, lo cual ocurrirá en algún momento.

-Rowan, por el amor de Dios -dijo Michael-. ¿Qué te pasa?

Mona se echó a reír.

-Sí, Quinn -dijo, todavía riendo-, tengo que pasar horas allí dentro. Me administran el tratamiento por vía intravenosa, por eso llevo manga larga, para esconder las marcas. Sería maravilloso que tú estuvieras conmigo. No tiene por qué ser siempre. Y Rowan tiene razón; cuando te canses, lo entenderé.

-Me avergüenza no haberte preguntado nunca si podía ir a visitarte durante esas sesiones -dijo Stirling-. Hemos cenado muchas veces en el Grand Luminiére y, en fin, nunca se me había pasado por la cabeza.

-Y no creo que tengas que hacer tal cosa -dijo Mona-. Veo la peor televisión que cabe imaginar. Estoy enganchada a las comedias de época. Olvídalo.

Deseaba prometerle que jamás me cansaría, que le llevaría flores y libros de poesía para leer; pero sabía que las personas realistas que había en el grupo encontrarían todo aquello muy poco convincente, así que lo dejé pasar por el momento pensando que más adelante, cuando llegase la hora de marcharse, ya preguntaría cuándo podía ver otra vez a Mona.

-Hay una cosa que sí sé -anunció Mona de forma bastante repentina-: Cuando me llegue la hora de morirme, no quiero que sea en el hospital Mayfair. Todavía me gusta mucho mi sueño de partir como Ofelia, sobre una balsa de flores, dejándome llevar por un suave arroyo.

-No creo que eso fuera muy agradable -dijo Michael-. Opino que las flores y lo de flotar es maravilloso, pero luego viene lo de ahogarse, y eso no resulta tan pacífico.

-Bueno, pues entonces me conformaré con el lecho de flores -dijo Mona-. Pero tiene que haber muchas, y no tubos, agujas ni frascos de morfina y cosas así. Mientras esté sobre un lecho de flores, podré imaginarme el agua. Y no quiero que haya médicos alrededor.

-Te lo prometo -dijo Michael. La doctora Rowan no dijo nada.

Fue un instante extraordinario. Yo estaba horrorizado, pero no me atrevía a hablar.

-Vamos, siento mucho haberos entristecido a todos -dijo Mona-. Quinn, voy a animarte. ¿Has leído Hamlet? ¿Querrás leérmelo en Mayfair?

-Me encantaría -contesté.

Todos habíamos visto la conocida película Hamlet de Kenneth Branagh y nos había encantado, y naturalmente recordábamos muy bien la escena en la que Ofelia estaba bajo el agua. Era una foto fija después de la larga descripción de Gertrudis, muy hermosa, debido al hecho de que Branagh es un genio, todos estuvimos de acuerdo. Me entraron ganas de mencionarles que el padre Kevin me había advertido en lo concerniente a hablar con fantasmas basándose en lo que le sucedió a Hamlet, pero no estaba seguro de mis sentimientos al respecto, de modo que lo dejé pasar.

El resto de la velada fue maravilloso. Conversamos sobre muchas cosas. A Michael Curry le encantaban los libros, tanto como a mi antigua profesora Lynelle, y opinaba que era maravilloso que yo tuviera un nuevo profesor en la persona de Nash Penfield, y también le parecía perfecto que nunca hubiera ido a la escuela.

Rowan se mostró de acuerdo al ciento por ciento con que probablemente no me había perdido nada, que excepto para un determinado grupo reducido de niños americanos ricos que ocupan una minúscula porción de las clases de los colegios superelegantes, la «experiencia educativa reglada» era más dolorosa y poco rentable que ninguna otra cosa.

A Stirling Oliver le parecía maravilloso que yo estuviera recibiendo una educación tan esmerada y se preguntó en voz alta cómo sería si otros muchos pudieran beneficiarse de ella. En cuanto a Tommy, a quien describí, todo el mundo opinaba que a él y a sus hermanos se les debían ofrecer «todas las oportunidades». Mostrarles que había otro mundo no era jugar a ser Dios.

Yo estaba muy sorprendido por todo aquello, y en realidad no deseaba irme a casa. Quería quedarme a vivir allí para siempre, con Michael y Rowan y Mona. Quería conocer a Stirling para siempre. Pero, por otro lado, estaba deseando ir a mi casa. Estaba deseando volver a ser «yo», porque había sido muy bien aceptado. Deseaba contárselo a Nash y a tía Queen. Deseaba iniciar mis estudios con Nash. Deseaba empezar las visitas a Mona. Deseaba, una vez más, posponer mi viaje al extranjero.

Ah, en relación a eso, lo de posponer mi viaje, Michael hizo una sugerencia: ¿por qué no ir a pasar un par de semanas?

-En dos semanas se puede ver mucho de Europa -me dijo

Y si tienes que escoger un país en particular, permíteme que te sugiera Inglaterra o Italia. Cualquiera de los dos logrará que vuelvas transformado.

Al parecer, todo el mundo opinaba que era una buena idea. Stirling y Rowan también sugirieron Italia. Tuve que admitir que la idea era buena; aquietaría durante un tiempo a tía Queen y, cuando regresara, Mona me estaría esperando, prometió, para que le relatase todas mis aventuras.

Mientras tanto había llegado Clem a buscarme, y aunque la conversación proseguía animadamente, con Michael que nos relataba su visita a Italia, supe que era el momento de marcharme.

Además, me estaba emborrachando de verdad.

En el porche delantero abracé a Mona y le prometí que la llamaría al día siguiente para averiguar las horas en que me permitirían visitarla en Mayfair.

-Me paso allí la vida entera, chico magnífico y guapísimo -me contestó-, de modo que elige la hora que quieras, cualquier hora.

- ¿Cuándo te viene el desánimo?

-A las cuatro. A esa hora estoy tan cansada que empiezo a llorar.

- Iré a las dos y me quedaré contigo todo el tiempo que tú me dejes.

-Eso será hasta las seis. Después cenamos en el Grand Luminiére.

-Puedes echarme a esa hora o aceptar mi compañía, como prefieras. Estoy libre de compromisos.

- Me quieres de verdad, ¿no es así?

-De forma apasionada e imperecedera.

Nuestros últimos besos fueron largos y lentos, y dulces a causa del alcohol.

Acto seguido, Michael Curry me acompañó hasta la verja, y para abrirla necesitó una llave.

Michael me abrazó. Me estrechó con fuerza y me besó, al estilo europeo, en ambas mejillas.

-Eres un buen muchacho, Quinn -me dijo.

-Gracias, Michael -respondí yo-. De verdad que adoro a

Mona.

Tan pronto como Goblin y yo estuvimos a salvo en el asiento posterior de la limusina, rompí a llorar

Recorrimos kilómetros y kilómetros, y yo no podía dejar de llorar. Y cuando atravesamos las negras aguas del lago Pontchartrain, Goblin me rodeó con sus brazos y me dijo con su voz grave, como si fuera Ariel en La Tempestad:

-Lo siento, Quinn; si fuera humano, yo también lloraría.

32

Hacía tiempo que tía Queen no recibía a toda la corte en su dormitorio, o en su tocador, como lo llamábamos en tales ocasiones. Pero cuando entré en la casa, Jasmine, exquisitamente vestida con un ajustado vestido de noche negro y unos tacones mortíferos, me informó de que se trataba de una noche especial.

Había recibido a Nash, por supuesto, porque los dos se llevaban mucho mejor de lo que tía Queen hubiera podido imaginar, pero además había llegado otro invitado que traía de regalo unos impresionantes camafeos. Tía Queen nunca había visto nada igual. Jasmine hizo

un ademán de burla, poniendo los ojos en blanco y enarcando las cejas: «Todos de piedras preciosas», dijo.

Me pidieron encarecidamente que fuera arriba a asearme y que me pusiera mi mejor traje italiano con la camisa inglesa hecha a mano y los mejores zapatos antes de bajar a conocer al portador de tan magníficos regalos. Puesto que yo ya iba bastante arreglado, aquello no suponía un gran inconveniente.

En cuanto al ambiente de distinción, me vino bien la distracción. Ya se habían disipado los efectos del licor y me había quedado electrizado de amor y preocupación por Mona. Me hubiera resultado imposible dormir. La noche parecía mi enemiga. Sin duda el asustado Goblin no andaría lejos y yo ansiaba las luces y la animada conversación de la habitación de tía Queen.

-Vamos, Goblin -llamé-. Vamos juntos. Últimamente pasamos mucho tiempo separados. Ven conmigo.

-Es el mal, Quinn -respondió él con una expresión triste, cosa que me sorprendió. ¿Algo maligno en la habitación de tía

Queen? Pero Goblin iba vestido como yo, incluso con idéntico cuello cosido a mano y el mismo lustre en sus zapatos de piel, y bajó conmigo las escaleras. Notaba su mano derecha en mi mano izquierda. Advertí una suave presión y luego sus labios suaves contra mi mejilla.

-Te quiero, Quinn.

-Yo también te quiero, Goblin -contesté.

Todo aquello era de lo más inesperado, como la invitación para visitar a tía Queen. Esperaba que la noche siguiera ofreciéndome maravillas. Esperaba no derrumbarme de pronto tras enterarme de que Mona estaba gravemente enferma y que tal vez no sobreviviera, que era exactamente lo que ella y su familia había intentado decirme durante la animada cena. Y el estallido de pesimismo de Rowan Mayfair había sido una clara admisión de la verdad.

¿Qué había dicho Mona? «Apagándome como una bombilla gastada.»

En Blackwood Manor todo eran risas y luces. Un grupo de invitados se había reunido junto al piano del doble salón, y en el comedor otro grupo jugaba a las cartas.

Pasé por delante con un saludo y una alegre sonrisa y me dirigí al dormitorio trasero. La puerta estaba entreabierta. La empujé despacio para anunciar mi presencia a la cordial reunión que allí se celebraba.

Estaban todos en círculo. Tía Queen, en todo su esplendor, con una de sus magníficas batas de plumas, una ancha cinta blanca y un precioso camafeo al cuello. Sus tacones eran, como siempre, de lo más llamativo, Nash, que estaba sentado frente a ella con una corbata negra para la ocasión, se levantó al verme entrar como si yo mereciera tal gesto, cuando no era ése el caso.

Cindy, la enfermera, vestida con su impecable uniforme blanco, se levantó también para darme dos besos, lo cual me alegró mucho.

Y entonces vi con toda claridad al invitado de honor, el generoso portador de finos camafeos, el recién llegado a Blackwood Manor, que estaba sentado justo enfrente de mí y no se levantó porque no tenía ninguna razón para levantarse cuando nos miramos a los ojos.

Al principio no pude identificarle. Lo conocía, pero no lo reconocí. Comprendí, pero no comprendí. Todo estaba muy claro, todo era confuso. Luego, poco a poco, mi mente fue captando los detalles, y permíteme que los constate aquí para que puedas comprenderlos tú también, para que te queden tan claros como llegaron a quedarme a mí.

No tuve ninguna duda de que aquél era el misterioso desconocido. Conocía la forma de su cabeza. Conocía el perfil de sus hombros. Conocía la frente alta y cuadrada con sus hermosas sienes redondeadas y las cejas negras y los grandes ojos negros. Conocía la boca grande y la sonrisa. Incluso conocía aquel pelo largo y oscuro.

Librodot

Pero ahora no llevaba el pelo recogido en una coleta. No, una abundante melena de ondas y rizos caía sobre los hombros del desconocido. Y a juzgar por la tensión de su chaleco de satén negro, era evidente que el misterioso individuo tenía un pecho muy desarrollado. Pero el resto de su atavío, corbata negra, esmoquin y pantalones, apuntaba al cuerpo de un hombre y, de hecho, a pesar de su piel radiante y sus labios pintados, medía más de metro ochenta y tenía un mentón muy firme.

¿Era un hombre? ¿Era una mujer? No tenía ni idea.

Fuera lo que fuese se quedó allí sentado -de lado en la silla, con el brazo derecho en el alto respaldo, las largas piernas en cómoda postura y la mano izquierda en el regazo- desafiándome con su silencio, con su taimada sonrisa, mientras tía Queen tendía el brazo hacia aquella mano lacia diciendo:

-Quinn, querido, ven que te presente a Petronia. Me ha traído unos camafeos exquisitos. Y los ha hecho ella misma.

Fue un golpe, un golpe que me aceleró el corazón. La furia y el delirio se combinaron en mí como nunca.

-Encantado, Petronia -dije. Sentí que se alzaba de nuevo en mí todo el alcohol que había bebido-. Perdone mi atrevimiento, pero es usted muy hermosa. Hasta ahora sólo la había visto dos o tres veces a la luz de la luna y no podía saberlo con certeza.

-Es usted muy generoso -contestó ella, y yo oí exactamente la voz que había sentido al oído la noche anterior, ronca y suave. Por supuesto que era una mujer. ¿O no?-. Y usted acaba de estar con su zorra pelirroja -prosiguió-. Cabría esperar encontrarle más bien cegado por su luz.

-No es una zorra en absoluto -declaré con el rostro ardiendo-. Pero no quisiera hacerme pesado defendiéndola. Es un placer que por fin nos hayan presentado como es debido. Ella se volvió hacia tía Queen riéndose entre dientes.

-Es un caballero de lo más versátil -comentó. Entonces volvió a mirarme con ojos llameantes-. Pensaba que acabaría usted gustándome si llegábamos a conocernos. Y deje de intentar decidir si soy hombre o mujer. El hecho es que soy en gran medida de ambos géneros y por tanto no pertenezco a ninguno. Le estaba explicando a su tía Queen que nací dotada de los mejores rasgos del hombre y de la mujer, y que me deslizo hacia uno u otro lado según me apetezca.

Nash me había traído una silla para que me uniera al círculo.

Jasmine me había servido champán en la copa. Me senté frente a aquel espectáculo, aquella criatura, y noté que Goblin me agarraba el hombro.

-Cuidado, Quinn -me dijo. Y con razón, porque tenía el alma y la mente peligrosamente febriles y estaba de nuevo borracho. La situación me horrorizaba y al mismo tiempo me provocaba una exaltación monstruosa.

La desconocida desvió la mirada hacia mi izquierda cuando Goblin se levantó, aunque no podía verle. Sólo sabía que Goblin estaba allí.

-Así que ahora me considera una mujer -me dijo-. Perdone que le lea la mente, pero es una habilidad que no puedo dominar. A un don como éste no se le pueden poner riendas.

- ¿Ah, sí? -exclamó tía Queen-. ¿Quiere decir que es algo espontáneo, que simplemente oye los pensamientos ajenos?

- Con ciertas personas más que con otras. Los pensamientos de Quinn me llegan con claridad cegadora. Es usted un joven brillante.

- Eso me dicen -respondí yo-. ¿Y cómo es que el mausoleo de Sugar Devil Island lleva su nombre?

-Es el nombre de la tatarabuela de Petronia, Quinn -me informó tía Queen, queriendo quitar hierro a mi incursión en la conversación-. Justamente hemos estado hablando de ella y del tema de la reencarnación. Petronia cree a pies juntillas en la reencarnación, que por lo visto ha sucedido muchas veces en su familia. También cree que llegó a vivir en la antigua Pompeya. Tiene unos sueños terribles.

Librodot

Entonces me asaltó un horrible presentimiento. La antigua Pompeya.

Goblin me apretaba la mano. La misteriosa desconocida me miraba y yo juraría haber visto el Vesubio sobre la ciudad, rugiendo y vomitando hacia el cielo su nube fatal, hundiendo la ciudad en el pánico. La gente corría chillando por las callejuelas. La tierra se movía. La nube cubrió el cielo. Yo lo vi. Petronia me miraba. Estábamos allí y aquí. Tía Queen hablaba. La lluvia de cenizas se convirtió en un torrente.

Estaba mareado. Sí, mareado, el síntoma fatal.

-¿Cómo son sus sueños sobre la antigua Pompeya? -preguntó Nash con su maravillosa voz profunda.

-Son muy trágicos -respondió ella en voz baja-. Me veo como una esclava en aquellos tiempos, tallando camafeos. Soy la jefa del taller y mi amo nos ha advertido de la inminente erupción. Corro por las calles intentando avisar a los ciudadanos. ¡Salid de la ciudad! ¡La montaña provocará un desastre! Pero ellos no me creen. No me hacen caso.

Yo la veía mientras hablaba, con su frondosa melena negra, ataviada con una túnica de hombre, corriendo por las callejas de piedra, llamando a las puertas, agarrando a la gente por los hombros. «Marchaos, marchaos. El volcán va a entrar en erupción. Va a destruir la ciudad. No tenemos tiempo.»

Veía los edificios que la rodeaban, una ciudad pequeña de paredes enyesadas. Y ella, una criatura alta de monstruosa belleza. Y nadie le hacía caso. Por fin sacó a los esclavos de sus bancos de trabajo. No. No me limité a verlo. ¡Estaba allí!

Metieron los camafeos en sacos. «¡No hay tiempo para eso! -exclamó ella-. ¡Corred!» Y todos nosotros -esclavos, hombres libres, mujeres, niños- echamos a correr hacia la playa. El rugido de la montaña era monstruoso, ensordecedor. La nube negra se expandía por el cielo. El día se desvaneció y cayó la noche. Subimos a una barca y remamos deprisa sobre las agitadas aguas de la bahía. Otros barcos atestados de gente nos rodeaban. De nuevo se oyó la voz de la montaña, y luego vimos el resplandor del fuego en la oscuridad. Pompeya estaba a punto de morir.

Ella estaba en la barca, y yo con ella. Ella lloraba. Rocas enormes rodaban montaña abajo. La gente huía de las rocas. Las playas atestadas eran un caos. La tierra temblaba bajo los que intentaban huir en sus carros. Ella no dejaba de sollozar. Los otros talladores de camafeos miraban atrás fascinados. La lluvia de ceniza se abatía sobre la ciudad, sobre las aguas. El mar de la bahía era negro. Nos alejábamos de la zona de peligro. Atravesábamos la bahía hacia lugar seguro. Pero el horror pendía sobre nosotros. La montaña bramaba y escupía sus venenos mortales. Agarré su mano temblorosa en la barca. Ella lloraba y lloraba por aquellos que no le habían hecho caso, por los que no huyeron cuando ella se lo advirtió; lloraba por los camafeos perdidos, por los tesoros perdidos. Lloraba por la ciudad que desaparecía deprisa en una nube maligna de cenizas y humo.

«¡No estoy allí!», me dije. Intenté mover los labios y hablar, intenté alejar aquella visión, intenté volver, intenté saber dónde estaba, pero no quería dejarla allí llorando en la barca, y alrededor estaban las otras barcas y gente gritando y gimiendo, gritando y señalando. Los ojos me ardían. Y la noche cubrió el día para siempre y sin esperanza.

Entonces noté la descarga eléctrica de la mano de Goblin. Había deslizado los dedos en mi mano izquierda como solía hacer, y abrí los ojos. La miré y la vi y oí su voz grave que corría como un arroyo mientras hablaba con tía Queen.

-Esos extraños sueños -decía- me hicieron creer que en otro tiempo viví allí, que conocí a la gente, que sufrí, que morí. Era como soy ahora, en parte hombre en parte mujer. Nada me gustaba más que hacer camafeos. Me dedicaba a ello con absoluta dedicación. No sé cómo pueden vivir quienes no sienten fascinación por nada.

El corazón me latía desbocado, pero no podía recuperarme del mareo. Miré a Nash. Tenía los ojos velados. Incluso tía Queen parecía aturdida; con los ojos muy abiertos, miraba fijamente a aquel ser, aquella criatura de grandes pechos con su cascada de largo pelo oscuro.

Me estremecí. Tenía que librarme de aquella languidez, de aquel hechizo. No dejaría que me apresara, no. Hice algo impulsivo. Tendí la mano, a la que se aferraba Goblin, y fui a tocar la mano de Petronia. Y ella, al verlo, aceptó mi mano y de pronto la apartó bruscamente, como si le hubiera picado una abeja, y todo por el contacto de Goblin.

Oí la risa secreta de Goblin.

-Es maligno, Quinn -me dijo-. ¡Maligno!

Petronia le buscó con la mirada, pero no podía verle.

Me volví hacia él y lo vi plenamente realizado y advertí que estaba asustado. Y entonces me dijo algo que lo explicaba todo y no explicaba nada.

-No está viva.

Lo que sentí fue todavía más sorprendente: un espíritu como Goblin, eléctrico, poderoso, dispuesto a formar una corriente hacia mí a través de Goblin. No comprendí el principio que regía todo aquello, pero estaba sobrecargado y era aterrador. Y la ira me invadió de nuevo. ¿Cómo se atrevía aquel ser a jugar conmigo? ¿Cómo se atrevía a jugar con todos?

Mientras tanto, su voz proseguía en susurros:

De manera que me dediqué al arte de hacerlos porque me encantaban, y sabiendo de su afición por ellos, he querido traerle éstos para su colección. Hace mucho tiempo que no visito la isla y por supuesto llegó a mis oídos la historia de que mi tatarabuela quería ser enterrada aquí, aunque nunca se cumplió su deseo.

-No, nunca se cumplió, ¿verdad? -dije yo-. Y anoche casi me estrangula usted. Me dijo lo que quería que se hiciera con el santuario, ¿verdad? ¡Y antes de eso, irrumpió en mi habitación y me sacó de la cama!

Me había levantado y me alzaba sobre ella, que me miraba sonriente.

-La vi arrojar los cuerpos -insistí. Sé que lo hizo. Y ahora viene aquí a ver a la persona que más quiero en este mundo.

-¡Quinn, querido! -exclamó tía Queen-. ¿Te has vuelto loco?

-¡Tía Queen, es ella! Te aseguro que es el misterioso desconocido. ¡Es ella!

Nash también estaba en pie e intentaba agarrarme del hombro para apartarme. Petronia se levantó muy despacio y se irguió en toda su altura de más de metro ochenta, y cada centímetro de aquel metro ochenta fue perdiendo feminidad y adquiriendo virilidad.

Me miraba en silencio, con una expresión de regodeo y satisfacción en su hermosa sonrisa.

Tía Queen estaba frenética.

Nash me suplicaba que me callase.

-Le desafío a negarlo -dije-. Diga que no entró en mi habitación y me sacó de la cama.

-Señora McQueen -contestó él-. Yo no había puesto el pie en esta casa antes de esta noche.

-«Honorable señor, sabe perfectamente que eso no es cierto»

-salté, citando a Ofelia en Hamlet-. Usted vino a mi habitación, me abordó en el exterior, profirió amenazas. Usted sabe que es cierto. Ha venido para atormentarme, no se me ocurre otra razón. Está jugando conmigo porque le divierte. Todo comenzó con los cadáveres que tiró a la luz de la luna, cuando sabía que yo estaba en la isla y le veía.

-¡Silencio, Quinn! -exclamó tía Queen. Nunca la había oído gritar de ese modo, con tanta autoridad-. Esto es inadmisible.

-Estaba temblando.

-Creo que debería marcharme -dijo Petronia, tomando la mano de tía Queen.

-Lo siento muchísimo -se disculpó ella-. No sabe cuánto lo siento.

-Ha sido usted muy amable conmigo -repuso la criatura con la misma voz afeminada-. Nunca lo olvidaré.

Entonces volvió hacia mí su hermoso rostro y vi a la mujer que había en él. Pero se marchó de inmediato, con sus hombros rectos y sus largas zancadas, su hermoso pelo al viento. A continuación sentí la vibración de la pesada puerta principal.

Librodot

Todos estaban conmocionados a mi alrededor. Cindy, la enfermera, parecía muy preocupada. Nash no sabía qué hacer ni a quién atender. Yo me senté, sabiendo que estaba borracho y que vomitaría, y tía Queen se me quedó mirando furiosa y decepcionada. Jasmine movía la cabeza.

Por fin mi tía se dejó caer en su butaca.

-¿De verdad esperas que alguien se crea lo que estás diciendo? -preguntó.

-Pero es verdad -protesté yo-. ¿Cómo es posible que la creas a ella antes que a mí? ¿Qué te ha contado? Dice que es hombre y mujer hasta tal punto que no es ninguna de las dos cosas, ¿y tú te lo crees? Y luego te habla de reencarnaciones, ¿te lo crees? Que ha hecho los camafeos que te ha regalado, ¿te lo crees? Y que el mausoleo de la isla se hizo para su tatarabuela, ¿te lo crees? Te aseguro que acudió a mí y que tiene la fuerza de un hombre. Y que lee las mentes ajenas y eso es peligroso. Y todo lo demás que he dicho, todo es verdad.

Tía Queen no podía ni mirarme. Cindy le llevó un ponche caliente, que ni siquiera tocó.

-¿Dónde has estado esta noche? -me preguntó.

-Cenando con los Mayfair. Fui a las dos del mediodía. -Entonces me interrumpí. Pero, ¿de qué servía ocultar nada? Tenía que contárselo todo, tenía que saber exactamente lo que yo sentía, de manera que se lo solté de golpe-: Cuando estaba allí vi un fantasma y hablé con él. Estuvimos hablando unos veinte minutos más o menos sin que yo supiera que era un fantasma. Era el fantasma de Julien Mayfair, que me dijo que había tenido conocimiento carnal con la esposa del abuelo William, y que yo soy su descendiente.

Tía Queen suspiró.

-Tú estás loco de atar. Deliras.

-No estoy delirando. Es cierto que me he acalorado un poco al tener que enfrentarme a esa criatura, pero no deliro. El delirio es un estado bastante más intenso, ¿no te parece?

-¿Qué hago? -me preguntó.

-Deja que llame a Stirling Oliver. Tal vez él pueda certificar mi cordura. Él también ve a Goblin. Estaba en la cena esta noche. Tengo que hablar con él. Tengo que contarle lo que pasa con esa criatura. Tengo que hablar con él. Estoy en peligro. Creo que todos estamos en peligro con esa criatura. Stirling Oliver te ayudará a comprender lo que pasa.

-¿Y tú crees que soy yo la que necesita comprender?

-No lo sé, tía Queen. Quiero matar a esa criatura, es lo único que puedo decir. Hay algo espantoso y maligno en ella. Y no es sólo que sea hermafrodita, eso podría soportarlo y hasta encontrarlo fascinante. Es algo más. Goblin lo siente y dice que es maligno. Te aseguro que esa criatura me aterra. Tienes que entender que estoy convencido de lo que digo, aunque tú no lo creas.

Mi tía no quería ni mirarme.

Fui al baño y vomité. Al cabo de un rato pude beber un vaso de agua y entonces salí. Seguían allí, en el mismo estado de conmoción. Pedí disculpas a todos.

-Pero tenéis que entender mi punto de vista -insistí-. Tenéis que comprender mi impresión, después de la experiencia que tuve con esa criatura, al encontrármela aquí con tía Queen.

Nash sugirió amablemente que era mejor que me fuera a la cama. Es cierto que parecía agotado. Accedí de inmediato, pero no podía marcharme sin asegurar que al desconocido, también llamado Petronia, no le importaba gran cosa si yo estaba acostado o no. Pero cuando me incliné para besar a tía Queen, ella fue cariñosa conmigo, y yo me mostré también más cariñoso que nunca y le aseguré de nuevo que estaba diciendo la verdad.

-Llamaremos al señor Oliver -dijo ella-. Le pediremos que venga mañana y hablaremos con él. ¿Te parece bien?

-Te quiero mucho -susurré-. Y tengo muchas cosas que contarte de Mona. -Mañana, cariño.

Apenas tuve fuerzas para subir las escaleras. Y en cuanto noté la suavidad del camisón de franela me puse a soñar con Mona, con un brazo en torno a la Gran Ramona. La idea de

hablar con Nash me pasaba de vez en cuando por la cabeza. Me desperté varias veces sobresaltado, temiendo que Petronia viniera por mí, la extraña y maléfica Petronia, dispuesta a hacerme daño, dispuesta a destruirme. Pero eran sólo imaginaciones de borracho y por fin me hundí en un sueño reparador.

33

Cuando llamé a Stirling debían de ser las nueve de la mañana. Incapaz de contenerme le solté toda la historia de los últimos sucesos al tiempo que le invitaba a cenar para discutirlos en detalle. Tal vez quería que supiera que era una invitación con segundas. Pensé que era lo justo.

Él me sorprendió. Insistió en que nos viéramos para comer. Me preguntó si no sería demasiado precipitado vernos a las doce del mediodía.

Bajé de inmediato a ver a tía Queen. Al encontrarla ya despierta, sentada en su diván viendo una película, rezando el rosario y tomando helado de fresa, se me ocurrió pedirle permiso para el almuerzo de inmediato.

¿Podía venir Stirling a Blackwood Manor? Por supuesto.

Puesto que Blackwood Manor estaba al completo, dispusimos una pequeña mesa en la habitación de mi tía y cubrieron la cama con la mejor colcha de seda y una amplia colección de sus muñecas de mejillas rojas, todas vestidas con el atuendo de los años veinte que a tía Queen tanto le gustaba.

Stirling llegó puntual, cinco minutos antes de las doce, aunque sus flores, un enorme ramo de rosas, llegaron antes que él. Nos reunimos en la habitación de mi tía, ante unos magníficos escalopines de ternera de Jasmine, pasta y vino blanco. Nash se unió a nosotros, aunque se ofreció varias veces a retirarse. Para mi sorpresa, tía Queen se lanzó directamente a contar la «extraña historia» de Petronia y cómo él o ella -porque el sexo fue cambiando durante la narración, puesto que a veces mi tía la veía de forma diferente había llegado a Blackwood Manor con el regalo de los camafeos, que fueron sometidos al escrutinio de Stirling.

Era la primera vez que yo veía aquellas valiosas piezas y puedo asegurar que no tenían precio, porque no eran exactamente lo que nosotros llamaríamos camafeos, es decir, ornamentos tallados en diversos estratos de concha o piedra. Eran retratos tallados en piedras preciosas, en este caso grandes amatistas y esmeraldas de origen brasileño. Y aunque las amatistas ya no son piedras muy caras, debido al descubrimiento de varias vetas en el Nuevo Mundo, las esmeraldas siguen siendo costosas. Y la talla de las pequeñas cabezas, evidentemente pertenecientes a deidades romanas, era excelente si no magnífica.

Había cuatro en total y tía Queen, por supuesto, se había deshecho en agradecimientos por el regalo. Entonces había llegado yo y los había sumido a todos en la confusión, como, estaba segura, explicaría de mi boca a continuación.

Y lo expliqué. Comencé por el principio. Lo expliqué todo. Me comí la ternera y la pasta y bebí ansioso el vino blanco, olvidando limpiarme los labios antes de beber y terminando dos o tres vasos antes de acordarme, pero estaba absorto contando mi historia con vehemencia. Empecé con Rebeca y conté cómo sus visiones me habían impulsado a ir a la isla y lo que allí había visto a la luz de la luna, y el desarrollo de los acontecimientos posteriores, y con qué furia quemé los libros del intruso y cómo él o ella había venido a mí. No me dejé nada.

Jasmine me traía un plato tras otro de ternera y pasta que yo devoraba con gusto.

-Así que ya lo ves -dije-. Y luego Goblin, que me dice al oído que es maligna, y encima la descarga que recibí al tocar la mano de Petronia, que fue como si una corriente eléctrica saltara hacia Goblin pasando por mí. Y la cosa aquella, la criatura, ese intruso que me

Librodot

amenaza, no ve a Goblin, pero sabe que está ahí. Sabe que Goblin le puede enviar una lluvia de cristales, y a pesar de su velocidad y su fuerza, no quiere que le hieran.

Por fin me detuve. Sabía que tía Queen y Nash me observaban. Sabía que también observaban a Stirling.

-No -dijo Stirling en voz baja. Había terminado su plato, a pesar de las muchas veces que había dejado de comer para dedicarme toda su atención-. Esa cosa no quiere que la hieran.

-¿Lo llamas «cosa» por su sexualidad ambigua? -preguntó Nash educadamente. Existía una cierta tensión entre Nash y Stirling que yo no comprendía.

-No, no lo creo. Espero que no. Pero, ¿quién sabe? Digamos pues que ella no quiere que la hieran.

-¿Tú crees a mi sobrino? -quiso saber tía Queen-. ¿Te parece lógico todo esto? -Hablaba con mucha amabilidad. Estaba sentada a mi derecha y me apretaba el hombro con suavidad-. Mi sobrino está dispuesto a aceptar tu criterio.

-Sí, estoy dispuesto -confirmé-. Sé que eres una persona franca y sincera. Michael y Rowan te respetan. Mona te respeta. Dime lo que crees.

-Muy bien -repuso Stirling. Bebió un sorbo de vino y apartó la copa-. En primer lugar, quiero darte un consejo, como si fueras mi hijo. Vete. Vete de viaje con tu tía Queen, como ella quiere. No, no te enfades conmigo. Deja que me explique. Mona Mayfair está enferma y puede que se ponga peor. Éste es el momento de que te alejes de ella. Por supuesto, le escribirás y estarás en contacto con ella. Y si ella empeora, tal vez puedas volver a casa, con el permiso de tu tía.

-Desde luego -terció tía Queen-. Creo que es un consejo muy sabio. Hablaremos con el doctor Winn Mayfair para ver si está de acuerdo. También podemos hablar con la doctora Rowan Mayfair. Y por supuesto, Quinn, tú hablarás con Mona.

-Pero quiero explicaros más -prosiguió Stirling-. Creo que deberías emprender el viaje de inmediato. Creo que tienes que alejarte de Petronia. Deberías salir esta misma noche si es posible, y si no, mañana o pasado mañana. Pero vete. Vete deprisa, y mientras tanto, encárgate de que se emprendan las obras en el santuario de la isla, exactamente como insistió la criatura, pero nunca, bajo ninguna circunstancia, permitas que quede ningún trabajador en Sugar Devil Island después de anochecer.

-Eso no es ningún problema -me apresuré a decir-. Esa gente viene a las seis de la mañana y a las cuatro de la tarde está deseando llegar a casa para sentarse delante de la televisión con una cerveza.

Pero mi rápida réplica no distrajo a tía Queen del último comentario de Stirling, como yo esperaba.

-¿Está diciendo que... que lo que Quinn decía... era verdad?

-preguntó.

-Sí, justamente. Quinn no está loco. Si testificara ante un tribunal, yo le creería. Le creo.

-Stirling Oliver, ¿me está diciendo que los pantanos de alrededor están atestados de vampiros?

-No, no le estoy diciendo eso, señora McQueen, porque si le dijera eso me tomaría por loco y perdería credibilidad todo lo que le he contado. Digamos simplemente que Petronia es una criatura de hábitos nocturnos, acostumbrada a tener para ella sola Sugar Devil Island. Una noche, cuando se creía a solas, fue sorprendida por el hacendado, y desde entonces comenzó con él un juego del gato y el ratón y ha sido su enemigo. -Usted cree todo eso -insistió mi tía.

-Desde luego. Pero lo más importante es esto: haga lo que la criatura desea en este momento. Restaure el santuario. Y aleje de aquí a Quinn. Vayan a Europa. Y espere una abultada factura telefónica en todos los hoteles. Este joven está muy enamorado de

Mona Mayfair. Lo sé muy bien por lo que yo mismo he visto. -No sé qué decirle, señor Oliver. -Tía Queen estaba desanimada, pero yo sentía una alegría embriagadora porque al fin me creían, aunque no me hacía ninguna gracia dejar a Mona ni un instante.

-Señora McQueen -prosiguió Stirling-, Quinn debería

Librodot

marcharse de inmediato con usted. Las reformas de la isla pueden llevarse a cabo en su ausencia y estará de acuerdo en que es mejor que no vuelva a ver a Petronia.

-Así es.

- Entonces discúlpeme, pero le voy a decir una cosa que le facilitará mucho a Quinn tomar su decisión. Por favor, crea que utilizo este poder con mucho respeto.

- ¿De qué poder me habla?

- Del mismo que Petronia sostenía poseer. Cuando entré esta mañana en esta sala lo utilicé, accidentalmente como siempre, sin querer, como siempre. Pero no pude evitar enterarme de que su médico estuvo aquí y le dijo que este viaje a Europa sería su último viaje.

- Ay, por Dios -suspiró ella-. No quería que Quinn lo supiera.

- ¡Pero debo saberlo! -exclamé horrorizado-. ¡Tía Queen, nos vamos! No tenía ni idea de que hubiera venido el médico. Tengo que hablarlo con Mona, pero seguro que lo comprenderá. -Me dolía el corazón.

Jasmine apareció en ese justo momento y declaró con autoridad: -El médico ha dicho que no debería viajar, ¡eso es lo que ha dicho!

Y entonces mi tía aseguró que pensaba hacer ese viaje, que el médico había dicho que sería el último, que eso era lo que había pasado esa mañana.

-¡Eso es lo que oí! -concluyó.

- Sí, nos vamos -declaré-. Nos vamos juntos y nos quedaremos el mayor tiempo posible. -Ay, mi amada Mona, ¿qué otra cosa podía hacer?

-Es lo mejor -corroboró Stirling-. Me han pedido que venga para oír estas historias y le digo, basándome en lo que he oído, incluyendo mi imperdonable indiscreción mental, que debería llevarse a Quinn de aquí, alejarle del mal genio y los caprichos de Petronia. Este viaje será un gran regalo para su sobrino. Déselo ahora que puede. Y déselo a sí misma. Se lo merece.

- Eso es cierto, tía Queen -dije-. Stirling, eres un mago con las palabras. Has sabido dar en el clavo. Nos vamos. Sólo necesito hablar con Mona.

-Muy bien, creo que es una decisión maravillosa -terció tía Queen-, pero todavía me quedan algunas preguntas. Stirling, habla usted como si conociera a Petronia...

- No, no sé nada de ella. Jamás había oído su nombre. Me he limitado a juzgar a partir de lo que me han contado. Todos los elementos de la historia me impulsan a concluir que es una criatura de hábitos nocturnos. ¿Por qué si no accedió a compartir el uso del santuario con Quinn, él durante el día y ella durante la noche? No lo habría hecho si no le gustara el pantano después de anochecer, cosa que a poca gente le gusta, excepto a los que van a cazar caimanes, supongo. Como ya he dicho, he intentado juzgar basándome sólo en lo que me han contado. Creo que Petronia supone una amenaza para Quinn y que seguirá jugando con él mientras siga aquí. Lo más importante es alejarse.

- Nash, ¿tú qué opinas? -preguntó tía Queen.

Por supuesto, Nash protestó. No era quién para dar su opinión, pero mi tía insistió puesto que había conocido a Petronia y había sido testigo de parte de lo sucedido.

- Quinn parece más que cuerdo -comenzó Nash con su voz profunda e imperiosa-. En eso tengo que estar de acuerdo. En cuanto al viaje a Europa, creo que es una idea magnífica. En lo referente a Petronia, debo confesar que sus teorías sobre la reencarnación me dieron que pensar. Ella misma sostenía haber vivido en la antigua Pompeya y haber visto la erupción del Vesubio, y debo confesar que yo experimenté una ligera... no sé cómo decirlo, una ligera...

- Desorientación -apunté yo.

- Sí, exacto, experimenté una ligera desorientación mientras hablaba, como si me hubiera hipnotizado. No me sentí muy cómodo. Y me quedé con una sensación confusa que tampoco me agradó mucho. Jamás lo habría mencionado si no me lo hubieran preguntado. Pero puedo concluir que, por lo demás, Petronia parecía encantadora y tal vez, tal vez un poco taimada.

-¿Taimada? ¿Por qué? -preguntó tía Queen.

Librodot

-Cuando una persona hipnotiza a toda una sala pero lo hace sin que nadie se dé cuenta, creo que se puede calificar de taimada, ¿no le parece?

A mí me impresionaron mucho estas declaraciones. Esperaba que Nash se mostrase neutral, y entonces lo quise más que nunca.

Por fin terminó el almuerzo, pero no antes de que yo me comiera la carne y la pasta del plato de Goblin, después de pedirle permiso respetuosamente. Jasmine y la Gran Ramona se llevaron los platos y la mesa para que pudiéramos seguir hablando.

Tía Queen hizo las llamadas necesarias para poner en acción nuestro plan. Nash aseguró que no había llegado a deshacer la maleta. Yo, que estaba un poco achispado, pedí permiso para dar una vuelta en coche con Stirling por Blackwood Farm, para enseñarle los viejos pastos y la parte del pantano que se veía desde la carretera. Pero antes quería llevarle al cementerio para ver las tumbas y la vieja iglesia.

Era evidente que ni Nash ni tía Queen querían que me quedara a solas con él, pero tampoco podían poner objeciones y, en cuanto nos dirigimos hacia el cementerio, solos él y yo, comprendí por qué.

-Escúchame -comenzó Stirling-. No quiero asustar a tu tía Queen ni decir nada que la haga dudar de mi cordura como ahora sospecha de la tuya. Pero creo a pies juntillas que viste a esa criatura arrojar cuerpos al pantano y te tengo que pedir muy seriamente que nunca, bajo ninguna circunstancia, vuelvas de noche a Sugar Devil Island.

-Te lo prometo -contesté yo-. De no haber sido por el sueño de Rebeca, no habría ido.

-Ésa es otra historia y de momento no puedo hacer ningún comentario sobre ella. Pero quiero que me lo vuelvas a prometer y que mantengas tu palabra. Y de ahora en adelante, por favor, no pierdas el contacto conmigo. Tienes que comprender que soy tu amigo.

Cuando llegamos a las tumbas le enseñé la lápida de Rebeca. Por supuesto, él conocía toda la historia. Al entrar en la capilla me disgustó ver tantas hojas. Tendría que decirle a Allen que las barriera.

-Ahora soy el encargado de este lugar-dije. Mi voz resonaba en las paredes de piedra-. Tendré que dirigirlo todo desde Europa, lo cual no va a ser nada fácil.

-Quiero que me prometas otra cosa -pidió Stirling asomándose a la puerta como para asegurarse de que nadie nos seguía-. Si vuelves a ver a esa criatura, intenta no pensar en nada que ella pueda leer en tu mente. Sé que es obvio, pero intenta utilizar alguna técnica efectiva para borrar de tu mente cualquier cosa importante. Por ejemplo, no puede averiguar, como he averiguado yo esta tarde, que tienes un nuevo amigo, un tal Tommy Harrison al que llegaste a tomar cariño en una breve visita, ayer por la mañana.

Me quedé de piedra. No era consciente de haber pensado en Tommy.

-Si le das esa información a Petronia, la utilizará en tu contra, como puede utilizar a Mona. Y créeme, es bueno que tu tía Queen esté pronto también fuera de su alcance.

Me estremecí.

- Tía Queen -susurré. Entonces me acordé de las palabras de Petronia al despedirse de ella: «Ha sido usted muy amable conmigo. Nunca lo olvidaré.»

- Ojalá tuviera el don de leer las mentes -dije-. Así sabría lo que me estás ocultando.

-No es un don tan magnífico -comentó él mientras volvíamos a la casa-. No puedes llevarte a Tommy a Europa, ¿verdad?

-Sería estupendo. No veo por qué no. Seguro que Terry Sue accedería. No sería igual en el caso de Brittany, claro. Es la niña, hace de criada para todo. Pero Tommy... Tommy es el soñador que se dedica a leer libros en el bosque. Se lo comentaré a tía Queen.

- Hagas lo que hagas, que no sea después de anochecer. Si tienes que hacer planes, y desde luego tienes que hacerlos, que sea en Nueva Orleans, tal vez en el Grand Luminiére del hospital Mayfair. Así tendrás tiempo de ver a Mona. Hoy pasará todo el día en el centro, hasta la tarde. Yo mismo me reuniré allí con ella y con Michael y Rowan para cenar.

-¿Sabes?, me gusta tu franqueza, pero me sorprende tu facilidad para hacer sugerencias. Te repito que me estás ocultando algo.

- Mira, te digo esto con el corazón en la mano: te oculto lo que creo que tengo que ocultarte y nada más. Llévate esta noche a cenar a tu tía Queen y a Nash al Grand Luminiére. Sigue mi consejo.

- Pero, ¿por qué es tan importante?

-Porque a las criaturas como Petronia no les gustan las brujas y no se acercan a ellas.

Me quedé perplejo. No tenía ni idea de a qué se refería.

- Sabe leer la mente, ¿no? Y además es una embaucadora, ¿no te parece?

- Sí -contesté.

- Hazme caso. No se acercaría ni por asomo a Mayfair. Rowan Mayfair detectaría al instante su presencia. Y Mona también.

- Pero, ¿a qué te refieres cuando dices que son brujas, Stirling?

Nos acercábamos al Mercedes, que estaba aparcado en el cobertizo. Le abrí la puerta y luego fui a sentarme al volante.

Él esperó a que pusiera en marcha el coche. Pasé por delante de la casa, giré a la izquierda y recorrí el largo camino flanqueado de pacanas.

-Para los que estamos en Talamasca -explicó Stirling- un brujo o una bruja es una persona mortal que puede ver espíritus y manipularlos, conjurarlos y exorcizarlos, comunicarse con ellos y controlarlos, hablar con ellos y oír lo que dicen.

-Entonces yo soy un brujo, por Goblin.

-Es muy probable. Aunque no creo que hayas experimentado todos los aspectos que acabo de mencionar.

-No, es verdad. Pero creo que podría. Y si Rebeca vuelve, se pondrán a prueba mis poderes de exorcismo.

-Yo estoy aquí si me necesitas. Y no creo que Rebeca te tiente en ningún otro sitio. Sólo aquí.

-¿Es así como se comportan los fantasmas?

-A veces. Depende del tipo de encantamiento. A veces es un lugar lo que está encantado, y otras veces es una persona. ¿Tú sabes si Goblin es un espíritu o un fantasma?

- Seguramente es un espíritu. No sabe de dónde viene ni adónde va cuando me deja. No tiene otra vida que mi conciencia. Lo más probable es que esté con nosotros ahora mismo.

Intenté notar su presencia y sentí el contacto de su mano en mi hombro y vi su rostro en el espejo retrovisor. Estaba muy cerca de mí, por supuesto.

- Te quiero, compañero -le dije.

Su cara de póquer se iluminó con una sonrisa infantil.

- No sabes cuánto te he necesitado, amigo -proseguí-. Estas últimas veinticuatro horas han sido demenciales. -Era maravilloso ver aquella sonrisa.

Stirling sonrió también.

Luego se puso a hablarme de Talamasca, confirmando lo que Mona ya me había explicado: que existía desde hacía siglos, que contaba con enormes bibliotecas acerca de lo sobrenatural, que tenía un gigantesco historial sobre la familia de Mona, confidencial, por supuesto.

- Ah, pero yo soy un Mayfair -protesté-, ¿no es así? Julien me lo dijo, ¿te acuerdas?

- No te falta razón. Pero ahora no tienes tiempo para oír la historia de los Mayfair. Ya tienes tus propias aventuras. Partes para una odisea. ¿Ya has tomado una decisión con respecto al pequeño Tommy?

- Estoy decidido a llevármelo. Estoy deseando decírselo a tía Queen. Pero quiero preguntarte una cosa. ¿Qué piensas, sinceramente, de Nash?

-Es un hombre maravilloso, inteligente, culto, muy refinado.

Será un maestro magnífico y un buen guía para ti en Europa. ¿No lo crees así?

-Sí, pero he notado algo entre vosotros, como si no os cayerais bien. ¿Me equivoco?

Librodot

-Tienes razón. A Nash no le gusto. Sospecha de mis motivos. No comprende la naturaleza de la orden de Talamasca, y al no entender nuestras reglas y nuestra función, me cree culpable de perseguir mis propios intereses. Cuando vuelvas, si tú y yo nos hacemos amigos como yo espero, tal vez cambie de opinión. Por ahora, no te preocupes de eso, por favor. Nash es un hombre extraordinario.

-Ya sé a qué te refieres. El tema de la atracción homosexual le provoca una gran inseguridad. A mí no.

- ¿No?

-Creía que leías la mente -repuse. Esperaba sonar agradable. Quería ser agradable-. Confieso que mi vida ha sido bastante inusual. Perdí mi virginidad con Rebeca, luego me divertí en la ducha con Goblin, me enamoré de Mona y no estoy muy seguro de lo que vendrá a continuación. Si Mona se casa conmigo, seré feliz hasta el día de mi muerte.

Stirling no me contestó.

- ¿Qué pasa? -pregunté-. ¿Es que te parezco demasiado displicente?

- No, en absoluto. Es que estaba pensando en Mona y no sé si decirte lo que se me ha ocurrido.

-Dilo, por favor. Ojalá pudiera adivinarlo.

- Si te casas con ella, será hasta el día de su muerte, no de la tuya.

-No. No. Eso no es verdad. No es verdad. La doctora Rowan Mayfair sabe que no es verdad. Están trabajando en ello día y noche. Curarán a Mona. Por lo menos pararán la enfermedad. La curarán. No va a pasar nada. Probablemente incluso... -me interrumpí-. Lo siento.

-No eres tú quien debe disculparse, sino yo. No debería haber dicho nada. Pensaba que anoche habías comprendido lo que estuvimos diciendo.

- No quería comprender. Pero lo sabía.

Luego seguimos hablando de la orden de Talamasca.

Podía visitar Oak Haven siempre que quisiera. Ya era hora de despedirnos, de modo que llevé a Stirling a su coche. Era un Rolls-Royce precioso, marrón, con la tapicería color crema. Me comentó que Talamasca concede a todos sus miembros buenos coches y muebles caros.

-¿Y qué hacemos nosotros a cambio? -preguntó retóricamente-. Llevar una vida de celibato y trabajar como burros. -Me gustas mucho -le dije-. Gracias por venir y gracias por apoyarme.

-No tenía más remedio. Por favor, llámame cuando puedas. Mantenme al corriente de lo que pasa. Toma, una tarjeta para que te la metas en el bolsillo de la camisa, otra para la chaqueta y otra para el bolsillo interior. Y toma, pon ésta en cualquier otra parte.

-No te preocupes por mí, Stirling. Sé que me va a ir mucho mejor si sigo tus consejos. No volveré allí de noche y haré lo posible por sacar a todo el mundo de esa casa antes de que anochezca.

-Sí. Y otra cosa, Quinn. Es muy difícil luchar contra un ser como Petronia, pero algo me dice que has hecho bien en defenderte, en utilizar a Goblin como lo has hecho. Yo no dudaría en hacerlo de nuevo. Espero que te lo pases bien en Europa. Espero que disfrutes mucho.

Me despedí de él de muy mala gana y me quedé mirando hasta que el coche completó el lento recorrido por la avenida de árboles y giró hacia la autopista. Parecía un hombre muy sabio. Me pregunté si no habría sido todo muy distinto de haber confiado en él más, en lugar de ir en su contra y en contra de todo el mundo debido a mi orgullo y mi impetuosidad.

34

Me apresuré a entrar en casa. Había mucho que hacer y quería terminar deprisa. Me llevé una gran alegría al ver que tía Queen y Nash ya estaban haciendo planes para nuestra aventura en Europa.

-¿Puede venir también Tommy? -pregunté-. Lo tendré aquí de vuelta en una hora, con el certificado de nacimiento y toda su ropa.

La tía Queen pareció pensárselo mucho rato y luego, antes de que yo pudiera defender mi postura, preguntó:

-¿Es digno de realizar un viaje así, Tarquin?

- Es justo la palabra adecuada -declaré-. Has dado en el clavo. Tommy es digno y además le vendrá de maravilla. Ya verás. Es un chico encantador, te lo prometo. Y si no te lo parece, le buscaremos una niñera que se encargue de él todos los días. Pero no va a hacer falta.

- Muy bien, pues en ese caso que se venga.

-Necesito algo de dinero, para el caso de que Terry Sue se oponga.

- ¿Me estás diciendo que nos vendería al muchacho?

-No, tía Queen. Es para hacer más atractiva la propuesta. El niño bien vale el rescate. Terry Sue es una persona muy práctica, y madre de seis niños hambrientos.

Pronto me vi provisto del dinero y me apresuré a salir. Goblin apareció a mi lado.

- Tenemos que ganar, compañero -le dije-. ¿Estás de acuerdo? El niño es un genio. No puedo dejarle atrás.

-Tú siempre sabes qué decir, Tarquin -contestó Goblin-.

Pero, ¿cómo puedo ir yo contigo a Europa? Tarquin, tengo miedo. -De pronto sentí una punzada de su propio miedo-. Estás muy contento, Tarquin. No me olvides. No olvides que te quiero. No olvides que estoy aquí.

-No, no lo he olvidado. Te daré la mano. Recuerda que te lo dije. Te daré la mano durante todo el trayecto. Así es como lo haremos. Irás sentado a mi lado en el avión.

Volví a entrar en casa para hacer entender a tía Queen que necesitábamos otro billete de primera clase para Goblin, a lo cual ella repuso que no se le habría pasado por la cabeza relegar a un miembro tan importante de la familia a viajar en segunda y qué clase de tía pensaba yo que era ella.

De nuevo me dirigí a la caravana, pero Goblin seguía sin estar seguro.

-Europa está muy lejos, Tarquin.

-Eso no importa, amigo.

-Stirling dijo que hay dos clases de encantamientos: las personas encantadas y los lugares encantados.

- Por Dios, te enteras de todo, ¿no?

- De todo no, Tarquin. No puedo estar en dos sitios a la vez, aunque a veces me gustaría. Iría a la Casa de Retiro de la orden de Talamasca para aprender cosas sobre los espíritus, para ser el mejor espíritu que jamás haya existido. Sé que te necesito para que me veas, Tarquin. Sé que te quiero. Sé que estas cosas son ciertas incluso cuando te odio, Tarquin.

- Tú nunca me odias, Goblin -le espeté-. Tienes tus cambios de humor, nada más. Pero ahora cállate. Tengo que hacer un recado muy importante.

Al llegar a la caravana vi que estaba todo patas arriba porque las «damas» de Grady Breen lo estaban trasladando «todo» a la casa nueva de la urbanización Autumn Leaves, a las afueras de Ruby River City. ¡Qué maravilla que las cosas sucedieran tan deprisa! Lo había decretado yo, pero no me lo creía. Y justamente en ese momento se acercó mi amigo de nueve años, con su pelo negro y rizado y su chaqueta azul marino del colegio católico.

-¿Quieres venirte a Europa mañana por la noche? Lo digo en serio -le pregunté.

Se quedó mudo. Luego, movió la cabeza, pálido, y balbuceó:

-No puedo dejar a Brittany.

- A ella la compensaré, te lo juro. Y yo mismo voy a decírselo, ¿de acuerdo? Ahora mismo no puedo arrebatársela a Terry Sue, tú lo sabes.

Brittany se acercó y la agarré del brazo. Ya había oído lo que iba a decirle.

-Te compensaré, cariño, te lo prometo. Deja que me lo lleve a este viaje y te juro por Dios que conseguiré que tú también vayas muy pronto. Te lo prometo. Te prometo que las cosas os van a ir muy bien.

-No te preocupes -dijo ella-. Tommy, tú ve. Tú eres el que siempre está hablando de libros y cosas.

-Brittany, te lo vas a pasar estupendamente en la casa nueva -proseguí yo-. Vas a tener muchos amigos, y un colegio nuevo. Y habrá una mujer para hacer el trabajo, y una niñera para ayudarte con los niños.

Ella no podía asimilarlo todo, era evidente. Pero estaba fascinada.

Terry Sue se acercaba a nosotros con el niño en las caderas. Llevaba un vestido de poliéster rosa y unas zapatillas, se había lavado el pelo y peinado, y lucía un juego nuevo de uñas de supermercado.

- ¿Por qué hace todo esto por nosotros? -preguntó-. Pops nunca hizo nada.

-No importa. Deja que me lleve a Tommy a Europa. Nos vamos ahora mismo. Lo único que necesito es su ropa y su certificado de nacimiento. Tengo que llegar a la oficina de pasaportes de Nueva Orleans antes de que cierre.

-No tengo ningún certificado de nacimiento. Tommy, ve por tu ropa. Cuando dice Europa, ¿se refiere a Europa, Europa?

-Date prisa, Tommy -le apremié. El chico salió corriendo hacia el remolque-. Ya sacaré el certificado de nacimiento en el juzgado. Gracias, Terry Sue. Aquí tienes cinco mil dólares.

Ella se quedó mirando el sobre.

-Y eso, ¿por qué? -preguntó.

-Te lo iba a dar si discutías. Me parece que es justo que te lo dé puesto que no has discutido.

-Está usted loco Quinn Blackwood, como Pops siempre dijo.

Decía que no llegaría a ninguna parte, pero le aseguro que para mí siempre será alguien.

-Vaya, muchas gracias, Terry Sue. Es todo un consuelo. Un día de éstos me tendrás que contar todo lo que decía Pops. A propósito, ése no será hijo suyo, ¿no?

-Yo no me quejo, ¿verdad? -replicó. No sé de quién es hijo, de manera que cállese.

Tommy vino hacia mí a la carrera, con sus libros bajo un brazo y un hatillo de ropa al hombro. Retrocedí riéndome y le eché el brazo por los hombros.

- Ahora obedece a Tarquin, Tommy Harrison, ¿me oyes? -le dijo Terry Sue-. Y haz los deberes.

Yo la rodeé con el otro brazo y le di un beso en la frente.

- Cuidaré bien de él. Y escribiré a la junta del colegio. Grady Breen se encargará de todo, tal como ha prometido.

Y nos marchamos.

Por supuesto, era demasiado tarde para llegar a la oficina de pasaportes de Nueva Orleans, pero conseguí el certificado de nacimiento en los juzgados de Ruby River City.

Luego volvimos a casa, donde me reuní con Allen para indicarle las reformas que había que hacer en el santuario mientras estuviera fuera. No tenía ninguna duda de que hacía todo aquello por mí. Odiaba y despreciaba al misterioso desconocido. La visión del santuario era mía.

Gracias a la petición por escrito de la noche anterior, Allen ya me había conseguido muestras de pintura y de mármol, de manera que escogí los colores que más me agradaban y las baldosas para los suelos nuevos. En cuanto a las escaleras de bronce, hice unos dibujos y

Librodot

estuvimos de acuerdo en dar al lugar un aspecto «barroco». Allen llamaría a los arquitectos Busby, Bagot y Green, que dirigieron todas las restauraciones que se hicieron antes de la guerra y podían aconsejar sobre el diseño de las ventanas y la construcción del baño, cosa que quedaba realmente fuera de mi alcance.

-Sé atrevido -dije-. Ya conoces mis gustos, has visto mis dibujos y mis sugerencias. No esperes mi aprobación, es más importante terminar el trabajo. Y recuerda que te iré llamando. Tú lleva el proyecto adelante.

Me di cuenta de que estaba encantado de tener algo tan interesante entre manos. De todas formas movió la cabeza y dijo que sería difícil llevar hasta allí tanto mármol, quería que yo lo supiera, aunque él sabía cómo ponerlo y no confiaría en nadie más. En cuanto a la pintura, lo más duro eran los preparativos, que también eran difíciles, muy difíciles, pero para eso tampoco confiaría en nadie que no fuera él mismo.

-Eres mi héroe -le dije-. Sé que lo harás bien. Y ahora, la última advertencia: no os quedéis nunca allí después de que anochezca.

-Eso no tiene que decírmelo. Nos marcharemos a las tres en punto.

-Prométemelo.

-Tiene usted mi promesa.

-Muy bien. Te llamaré la semana que viene.

Y así quedó concluida esta tarea.

A eso de las cuatro me asaltó la ansiedad del crepúsculo, con una ferocidad sin precedentes. Pensé que el pantano se acercaba a la casa -Birnam Wood acercándose a Dunsinane- y mi deseo de ver a Mona se hizo incontrolable.

En todo este tiempo no me había olvidado ni un segundo de ella y de lo dolorosa que sería la despedida. De hecho, ni siquiera le había contado que me marchaba. Me esperaba un infierno.

Intenté llamarla al hospital Mayfair, pero no conseguí comunicar con ella. En la centralita me informaron de que Mona no podía recibir llamadas. La sensación de no saber dónde estaba ni lo que le estaban haciendo me resultaba insoportable.

Puse Hamlet, de Kenneth Branagh, y fui directamente a la escena de Ofelia ahogada en el cristalino arroyo. La escuché una y otra vez, alternándola con la descripción que hace Gertrudis (la madre de Hamlet) del suceso. Me acechaban sus palabras: «Las ropas huecas y extendidas la llevaron un rato sobre las aguas, semejante a una sirena, y en tanto iba cantando pedazos de tonadas antiguas, como ignorante de su desgracia.» /

Por fin, cuando la oscuridad se fue/cerrando y las advertencias de Stirling comenzaron a pesar en mi corazón, cuando empecé a pensar en Rebeca y sus artimañas y me acordé de Petronia, bajé a informar a tía Queen, que estaba charlando con Tommy y Nash, de que teníamos que salir de inmediato hacia Nueva Orleans.

Jasmine ya había preparado las maletas de tía Queen, Nash había hecho las suyas, la Gran Ramona tenía listo mi equipaje, y el guardarropa de Tommy, humilde pero provisional, estaba en una de las muchas bolsas de mi tía.

Anuncié que debíamos dirigirnos todos al Windsor Court y reservar las mejores habitaciones disponibles antes de ir a cenar al Grand Luminiére. Como no podía hablar con Mona por teléfono, estaba más o menos obligado a ir, puesto que, según había indicado Stirling, me estaría esperando.

Por supuesto me bombardearon con preguntas y objeciones. Pero me mantuve firme y, al final, impuse mi criterio simplemente porque todo el mundo estaba muy emocionado con el viaje y lo único que nos impedía tomar el avión era la cuestión del pasaporte de Tommy, que podríamos conseguir junto con los billetes al día siguiente.

Lo cierto es que había otro asunto importante: quién dirigiría Blackwood Manor en nuestra ausencia. Una cuestión de la mayor importancia, desde luego. Después de muchas deliberaciones, se decidió que la encargada sería Jasmine, pero para aliviar sus miedos decidimos también que no necesitaba aceptar nuevas reservas y sólo tenía que cumplir con las

Librodot

que ya estaban hechas y mantener la casa para las visitas que pudieran presentarse para ver el lugar de celebración de sus compromisos o sus bodas, o simplemente para contemplar la hermosa casa sobre la que habían leído en las guías.

Jasmine estaba muy preocupada. No se creía a la altura de la labor. Pero tía Queen sabía que lo estaba, igual que yo y, lo que era más importante, la Gran Ramona y Clem también lo sabían. Jasmine contaba con la educación necesaria para el puesto. Jasmine era inteligente, hablaba muy bien y además era sofisticada.

Lo que le faltaba era confianza.

De manera que pasamos la última hora en Blackwood Manor intentando convencerla de que era la persona perfecta para el trabajo y que, en cuanto le pillara el tranquillo -de hecho ya realizaba el noventa por ciento de las tareas-, lo haría a la perfección. Por otra parte su salario se triplicaría. Y tía Queen estaba dispuesta a concederle un porcentaje de los beneficios, sólo que el sistema de porcentajes asustaba a Jasmine, que no quería tener que hacer cálculos.

Por fin se decidió que nuestro abogado, Grady Breen, llevaría los libros de contabilidad y Jasmine se dedicaría por entero a las labores de supervisora y anfitriona. Con eso pareció calmarse bastante. De esta manera, Jasmine se llevaría su porcentaje sin miedo a haber firmado una especie de pacto con el diablo. Mientras tanto, todos insistimos en que era guapísima, educadísima y en que tenía cualidades de sobra para el puesto, lo cual no ayudó tanto como habíamos esperado.

Clem y la Gran Ramona prometieron apoyarla en todo y después de varios besos y abrazos y la llorosa despedida de Jasmine nos encaminamos hacia Nueva Orleans en la limusina de tía Queen.

Cuando, después de una breve parada en el hotel para echar un vistazo a nuestras fabulosas habitaciones, llegamos al Grand Luminiére, Mona se levantó de la mesa y se arrojó en mis brazos, convirtiéndome en la envidia de todos los hombres del local. Llevaba una de sus grandes camisas blancas, con volantes y lazos en las mangas, pero en la mano derecha, inflamada, se veía el puerto intravenoso, con el maligno forúnculo de tubo y esparadrapo.

Me senté con ella a la mesa y en voz baja le conté lo que el médico le había dicho a tía Queen, que aquél podría ser su último viaje a Europa.

-Estoy totalmente de acuerdo en que vayas -dijo ella-. Sí, tienes que ir sin falta. Yo estoy bien. Mi condición está estable. Mira, esta noche tienen que entubarme otra vez. -Alzó la mano vendada-. ¿Quieres venir a la habitación? Aunque no es muy agradable, te lo aseguro...

-Iré. Nunca he hecho el amor con alguien entubado.

-Bien -repuso ella con un dulce susurro-, porque tengo tres o cuatro edredones para estropear, y luego podemos leernos Hamlet en voz alta. Tengo una versión de Kenneth Branagh con todas las indicaciones del guión y podemos fingir que lo estamos viendo de nuevo. De hecho, podrías recitar el discurso de Gertrudis describiendo la muerte de Ofelia, y yo me quedaré tumbada como si estuviera muerta. Ya he cubierto la cama de flores. Ay, siempre seré Ofelia -suspiró.

-No, mi Ofelia Inmortal. Así te voy a llamar cuando te escriba desde Europa, y en los correos electrónicos que te envíe. ¡Mi Ofelia Inmortal! Creo que es el mejor nombre que he oído jamás.

Le conté que esa tarde había puesto la película en la televisión sólo para ver la escena de Ofelia en el agua.

-Me encanta que te guste -añadí-, pero tú serás Ofelia Inmortal porque nunca te ahogarás, lo sabes, ¿verdad? Tenemos que dejarlo claro, ¿eh? Tú eres Ofelia en animación suspendida, una Ofelia «capaz de su propia angustia» y su éxtasis, una Ofelia suspendida para siempre en su «melódico yacer».

Ella se echó a reír y me besó con cariño.

-Menuda oratoria. No sabes cómo te quiero. No se me había ocurrido lo del correo electrónico. Pero claro, nos mandaremos mensajes además de cartas. Tenemos que imprimir

nuestras cartas. Nuestra correspondencia será tan famosa como la de Abelardo y Eloísa.

-Desde luego -contesté con un ligero escalofrío-. Pero que las cartas no sean tan largas y tan castas, amor mío. Cuando vuelva a casa estarás curada y pronto podremos abrazarnos. -Entonces me eché a reír-. A propósito, ¿tú sabías que a Abelardo lo castraron por su amor a Eloísa? Espero que a mí no me pase nada tan terrible.

-Es una metáfora por tu contención, Quinn, y por el hecho de que no podemos fundirnos en una misma persona como Ofelia habría hecho con Hamlet de no haber muerto su padre.

Le di un largo y apasionado beso.

-«Ay, valiente nuevo mundo que alberga en él tales criaturas», -cité-. ¿Qué otra niña de quince años conocería estas cosas?

-Deberías hablarme del mercado de valores -dijo ella. Sus ojos verdes llameaban-. Es atroz que Mayfair y Mayfair insista en administrar mis millones. Yo sé de acciones y bonos más que nadie en la empresa.

Stirling acababa de llegar a la mesa. Me di cuenta de que no había dicho nada a la elegante Rowan y al fiel Michael. Corregí mi error y disfruté del cariño con que todos nos saludamos. Luego me apresuré a explicar a Stirling que la familia había salido de Blackwood Manor y que, si Petronia quería encontrarnos, tendría que venir al hotel Windsor Court.

-Y supongo que el caballerito del pelo oscuro es Tommy. -Exacto. Pronto será Tommy Blackwood. Salimos hacia Europa en cuanto nos den su pasaporte. Si puedo, le cambiaré el nombre en la oficina de pasaportes. Ya veremos lo que consigo con un poco de persuasión.

-Si tienes algún problema, avísame. Talamasca te puede ayudar.

No unimos las mesas para cenar. Me pareció lo mejor. Quería que Nash y tía Queen fueran conociendo a Tommy, y Tommy lo estaba haciendo de maravilla. No se mostraba tímido ni demasiado nervioso y, tal como había deducido cuando le conocí, era inteligente en extremo. Le encantaban la literatura y la historia, gracias a Dios. Hasta entonces se había beneficiado muchísimo de su educación católica y Nash y tía Queen lo encontraban fascinante, tal como yo esperaba.

Después de unos postres descomunales, fui a presentar a Tommy a los Mayfair y a Stirling, y el chico hizo gala de unos modales dignos de la ocasión. Luego se decidió que mis queridos parientes volvieran al hotel mientras que yo subiría con Mona a su habitación.

Eché el brazo sobre Goblin y le dije al oído:

-Vuelve con la familia y no te alejes de ella. Y ven a mí si aparece Petronia.

Se quedó sorprendido, pero accedió de inmediato y desapareció.

La habitación de Mona era una suite de lujo como la que yo había ocupado, con un salón adyacente y una cama doble de hospital. Mona la había cubierto de edredones, como me había dicho. Al llegar recogió todos los lirios y margaritas marchitas y tomó grandes puñados de flores frescas de las cestas que había por toda la habitación para cubrir de nuevo la cama.

Luego se subió ella de un salto y se reclinó sobre una enorme pila de almohadas, sonriéndome juguetona. Los dos estallamos en carcajadas.

El doctor Winn Mayfair miraba solemne todas estas actividades y luego dijo con su voz suave y respetuosa, una voz que a su vez exigía respeto:

-Muy bien, Ofelia. ¿Estás lista para que te inserte el tubo? -Adelante, doctor. Pero comprenda que después puede marcharse y cerrar la puerta. Quinn sabe que el tubo es lo único que se me puede insertar, ¿verdad, Quinn?

Creo que me sonrojé.

-Así es, doctor.

-¿Entiendes bien todos los riesgos, Quinn? -me preguntó él.

-Sí, señor.

Me fue difícil mirar la aguja en el dorso de su mano, su piel enrojecida y el esparadrapo que la cubría, pero pensé que debía hacerlo, tenía que compartir con ella la experiencia en la medida de lo posible, y me fijé en el tubo transparente que subía hasta la bolsa de suero

Librodot

colgada de un gancho metálico. En cierto momento un ordenador minúsculo generó números y pitidos. Cerca había una máquina más grande, dispuesta para alguna conexión más compleja, pero por suerte no parecía que hiciera falta ninguna en ese instante.

Tenía muchas preguntas para el doctor Winn Mayfair, pero no era quién para preguntar nada, de manera que tuve que conformarme con la palabra de Mona, que me había asegurado que su condición era estable. Y tenía que dejarla a la mañana siguiente, sabiendo que ella misma había dicho que la salud de tía Queen era lo que importaba en aquel momento de mi vida.

En cuanto el médico salió de la habitación, caímos el uno en brazos del otro, siempre conscientes de los sagrados tubos, y yo la besé con todo el sentimiento dramático que pude conjurar sin esfuerzo, llamándola mi amor eterno y buscando sólo complacerla como ella me complacía a mí.

Fue una larga noche de tiernos besos y caricias, y probablemente las colchas lleven hasta el día de hoy su testimonio.

El amanecer, vago y rosado como el ocaso, se había vertido sobre la ciudad antes de que me despidiera de Mona, y si alguien me hubiera dicho que no volvería a verla, que no volvería a ver a aquella niña suave, adormilada entre sus encajes y sus flores y su pelo gloriosamente desordenado, no lo habría creído. Pero en aquel entonces había muchas cosas que no podía creer.

Y había muchos buenos momentos por venir.

De la habitación del hospital, donde ella se quedó adormilada y hermosa y fresca como las flores que la rodeaban en sus cestas, fui directamente por los billetes de avión, y de allí a buscar el pasaporte de Tommy. En la oficina, tía Queen y yo declaramos que le conocíamos como Tommy Blackwood. A continuación embarcamos en el avión hacia Newark, con Goblin fuerte y visible en su propio y costoso asiento de primera clase, y de Newark volamos a Roma.

35

¿Quién sabe lo distintos que habrían sido mis últimos días de Nueva Orleans de haber sido consciente entonces de que nuestra odisea en Europa duraría tres años?

Nadie sabía que las vacaciones se prolongarían tanto y, de hecho, lo que nos hacía seguir adelante era la sensación de vivir el momento presente -siempre comprobando la tensión de tía Queen y su estado general con sus médicos favoritos en París, Roma, Zúrich y Londres- mientras vagábamos de un lado a otro viendo castillos, museos, catedrales y ciudades que tía Queen me enseñaba con amor y entusiasmo. Yo obtenía constantes estímulos de las sabias instrucciones de Nash y cedíamos siempre al deseo de tía Queen de viajar «unos meses más» a otro país o a otra magnífica ruina que yo «nunca olvidaría».

La salud de mi tía empeoraba, de eso no cabía duda o, para ser más sincero, se estaba haciendo demasiado vieja para todo aquello, cosa que de ninguna manera quería reconocer.

Llamamos a Cindy, nuestra encantadora enfermera, para que viajara con nosotros, lo cual nos tranquilizó en cierto modo a todos, puesto que la mujer podía medir las constantes vitales y administrar las píldoras apropiadas a las horas precisas. Además era de esa clase de enfermeras a las que no les importa ocuparse de todo tipo de tareas personales y, por lo tanto, se convirtió asimismo en la secretaria de mi tía.

Nash también cumplió sus funciones para con los dos. Llevaba nuestros faxes a los conserjes de los espléndidos hoteles en los que nos alojábamos y se hacía cargo de todas las facturas y propinas de manera que nosotros no tuviéramos que preocuparnos de esos

menesteres. Puesto que también era un fenómeno con su ordenador portátil, escribía las cartas que tía Queen enviaba a sus amigos.

En cuanto a sus comentarios sobre todo lo que vimos, Nash se los tomó muy en serio y jamás dejó de prepararse, de manera que estaba al día en sus observaciones y podía responder cualquier pregunta que le hiciéramos.

También fue un magnífico asistente para tía Queen. La ayudaba a entrar y salir de las limusinas, a subir y bajar escaleras, y hasta se dignaba abrochar y desabrochar las tirillas de sus tacones fatales.

Pero la cuestión es que cuanto más viajábamos, cuanto más nos divertíamos, cuanto más nos maravillábamos Tommy y yo, encantados de todo -éramos los niños del grupo-, menos soportable se me hacía la idea de decirle a tía Queen: «Sí, esto se va a acabar, tienes que despedirte de tu último viaje a los magníficos lugares que siempre has amado. No, no volverás a ver París ni Londres ni Roma.»

No, no podía soportarlo, por mucho que quisiera a Mona, por mucho que mi corazón la echara de menos y por mucho que temía que todos los correos electrónicos, faxes y cartas, en los que me aseguraba que su condición «era estable», no eran sinceros.

De manera que nos dedicamos durante más de tres años a deambular, y no voy a contar todas mis aventuras, excepto ciertos eventos muy específicos.

Permíteme que diga, para que conste, que Tommy demostró ser un genio, tal como yo siempre había supuesto, que asimilaba rápidamente toda la belleza y los conocimientos que le rodeaban. Y sin oponer resistencia alguna a la autoridad de los adultos, nos entregaba sus ensayos escritos a Nash y a mí, con entusiasmo y el apropiado orgullo.

El hecho de que se pareciera tanto físicamente a mí alimentaba mi vanidad, estoy seguro, pero también le habría amado de tener un aspecto totalmente distinto. Lo que yo encontraba tan admirable en él era su curiosidad. Carecía de la malhumorada arrogancia de los ignorantes y no dejaba de plantear preguntas a Nash y de adquirir recuerdos culturales de todo tipo para su madre y sus hermanos, que nosotros enviábamos desde todos los hoteles por correo nocturno.

Mientras tanto, Grady Breen nos mandaba con frecuencia paquetes de fotografías de Terry Sue, su prole, su niñera, su doncella, su empleado y la casa, afirmando que le habíamos salvado la vida.

Yo sabía, por supuesto, aunque no se lo dije a Tommy, que jamás volveríamos a entregárselo a Terry Sue, a menos que él mismo insistiera en ello, cosa que no me parecía posible y de la que no daba señal alguna. Muy al contrario, después del primer año ya no me corregía ni guardaba silencio cuando yo decía «cuando vengas a vivir a Blackwood Manor...», y eso era suficiente para mí.

Naturalmente, tía Queen lo convirtió en su mascota. Le compraba ropa que se le quedaba pequeña casi de inmediato, y nada la complacía tanto como ver que la gente lo miraba en los vestíbulos de los hoteles o en los restaurantes, curiosa de ver a aquel pequeño caballero con su traje negro y su corbata.

En cuanto a mí, me sentía tan a menudo abrumado que sería aburrido detallarlo aquí. Baste decir que encontraba un intenso gozo en todo lo que veía, ya fuera un diminuto caserío en Inglaterra o el esplendor de la costa amalfitana.

Sólo quisiera detallar un aspecto de nuestro gran tour, y tiene que ver con las ruinas de Pompeya, a las afueras de Nápoles.

Pero primero quisiera tratar otros asuntos, incluido el misterio de Goblin, porque, tal como él mismo había predicho, le perdí en algún momento durante la primera tarde, cuando cruzábamos el mar.

Ni siquiera sé cómo sucedió ni cuándo. Estaba sentado a su lado en la lujosa cabina de un jumbo jet 800 de reciente fabricación, con los asientos giratorios y televisor propio. Una incomparable sensación de intimidad me permitía hablar con él y agarrarle la mano. Y eso fue

Librodot

lo que hice, asegurándole, para paliar sus temores, que haría cuanto pudiera para que siguiéramos juntos, repitiéndole que le quería...

Y entonces, muy despacio, comenzó a desvanecerse. Su voz se fue debilitando hasta ser sólo telepática, y luego desapareció del todo. En esos últimos momentos le dije: «Goblin, espérame. Goblin, volveré a casa. Goblin, protege por mí la casa del misterioso desconocido. Necesito que lo hagas. Asegúrate de que mi amada Jasmine y la Gran Ramona y Clem y Allen estén a salvo.»

Era la misma canción que le había cantado una y otra vez desde el despegue, pero ahora se lo pedí con especial vehemencia y ya no volví a verle.

La sensación de desgarro, de soledad y vacío fue espantosa. Era como si me hubieran quitado toda la ropa y me hubieran abandonado en un lugar desierto. Pasé una hora entera o tal vez más sin hablar con nadie. Me quedé allí sentado, esperando que aquel sentimiento de tristeza se desvaneciera, intentando desesperadamente darme cuenta de que estaba libre de Goblin, no debía quejarme, era libre de ocuparme de las cosas de los hombres: de ser el devoto sobrino de Tommy, de hacer feliz a tía Queen, de aprender de Nash. ¡El mundo entero me esperaba!

Pero no tenía a Goblin. Había desaparecido. Y sentía un dolor para mí desconocido.

Lo curioso es que durante todo aquel rato, reclinado en el lujoso asiento, mientras la encantadora azafata me servía vino, mientras el avión parecía envuelto en el ruido de los motores y yo no oía siquiera las voces de Tommy y tía Queen, cuando no podía verlos

ni a ellos ni a Nash con su libro, durante aquel intervalo largo y frío me di cuenta de que no me había despedido de Patsy.

Ni siquiera había intentado localizarla. Que yo supiera, nadie había intentado dar con ella. Ni siquiera nos habíamos acordado. Ni siquiera Clem había preguntado qué debía hacer si ella necesitaba la limusina. Ni la Gran Ramona había preguntado: « ¿Qué hacemos si trae a las cantantes y los percusionistas a la casa?»

Nadie había pensado en ella, para bien o para mal, y ahora lamenté no haber intentado llamarla para despedirme. Me invadió una sensación helada. ¿La echaba de menos? No, echaba de menos a Goblin. Era como si me hubieran arrancado la piel y me golpeara un viento frío.

Patsy, mi Patsy. ¿Tendría la sensatez de buscar los cuidados médicos que necesitaba? De pronto me encontraba demasiado agotado para enfrentarme al problema, y además demasiado apartado, demasiado lejos.

Entonces sentí miedo, no sólo miedo, sino certeza.

Sabiendo que no podían contactar conmigo por teléfono estando en el avión, saqué la tarjeta descrédito y fui a llamar a Blackwood Manor.

Antes de oír la voz de Jasmine escuché un ruido de cristales rotos.

-Gracias a Dios que eres tú -exclamó-. ¿Sabes lo que hace?

Está rompiendo todos los cristales de la casa. ¡Está furioso! -Dime exactamente qué pasa, Jasmine. ¿Lo puedes ver? -No, no lo veo. Pero los cristales se rompen. Primero entró en el salón. Fue como si rompieran las ventanas con un puño, una detrás de otra.

-Escúchame. No es tan fuerte como crees. En cualquier caso, no se te ocurra mirar en la habitación donde está rompiendo los cristales. No tienes que verlo. Eso le daría fuerza. Con todo el esfuerzo que está haciendo, se agotará enseguida.

Apenas entendía lo que me decía Jasmine. Por lo visto Goblin había roto todos los cristales del comedor. En aquel instante estaba en la cocina, con ella, pero había parado. Luego se oyó el ruido de cristales rotos en el segundo piso y a los huéspedes que bajaban por las escaleras a la carrera.

-¿Ha parado en la cocina?

-Sí.

-Entonces es que no quería hacerte daño. Apresúrate a sacar a los huéspedes de la casa. Que se vayan sin pagar. Date prisa. Pero no vayas donde esté él, a menos que sea para buscar

a los huéspedes. Y sobre todo, no intentes verlo. Con eso sólo conseguirías hacerlo más fuerte.

Me quedé esperando. Era difícil oír por encima del rugido del avión, pero a pesar de todo el sonido me llegó a través de miles de kilómetros, el ruido de los cristales que Goblin rompía en su solitaria furia. ¿Qué tenía que hacer yo en aquel momento, en mi condición de hombre de la casa?

Al cabo de una eternidad Jasmine volvió al teléfono.

-Ya ha parado -me informó-. Los huéspedes se han marchado. No te imaginas lo contentos que se han puesto al enterarse de que no tenían que pagar nada. Te aseguro que esta noche se oirán muchas historias en Ruby River City y Mapleville. -¿Tú estás bien? ¿Alguien ha resultado herido?

-No. Los cristales han caído todos al suelo. Quinn, tenemos que cerrar la casa.

-¡Qué dices, Jasmine! No pensarás que tiene energía para seguir con esto, ¿verdad? -le pregunté-. Porque no la tiene, sobre todo si yo no estoy para verlo, ¿lo entiendes? Está agotado. Ya no puede hacer más.

-¿Y quién me asegura que no se levantará de la cama mañana con un nuevo plan de fechorías? -preguntó ella-. Me gustaría que vieras cómo ha quedado esto.

Esperé un rato mientras ella discutía vehementemente con Clem y Allen. Uno quería reponer los cristales de inmediato mientras que el otro sostenía que Goblin volvería a romperlos. Por fin la Gran Ramona dijo que había que arreglarlos, puesto que se acercaba una tormenta.

-Escuchad, aquí mando yo -los interrumpí desde el avión-. Arreglad los cristales ahora mismo. Que instalen los más gruesos que quepan en las ventanas. Dios sabe que algunos eran de papel. -Jasmine transmitió a los demás mis órdenes-. Y ahora, Jasmine, quiero que subas a mi habitación. Seguiremos hablando por el teléfono que tengo en mi mesa.

Tardó más de lo que me hubiera gustado. Le pedí que encendiera el ordenador.

-Ya está encendido -me dijo-. Y sé muy bien que lo apagaste al marcharte.

- ¿Qué hay en la pantalla?
- «QUINN, VUELVE A CASA», en letras grandes.
- Muy bien. Pues quiero que escribas esta respuesta: «Goblin, te quiero, pero no puedo dejar a tía Queen ahora. Tú sabes cómo la quiero.» -Oí el chasquido de las teclas y al cabo de un momento proseguí-: «Por favor, protege a mis seres queridos de Petronia.» -Eso lo tuve que deletrear-. «Goblin, espérame. Quiéreme. Un abrazo, Quinn.»

Esperé un momento mientras ella escribía y luego se me ocurrió una idea que podía funcionar. Ahora, al cabo de los años me parece que tal vez fuera una decisión desastrosa, pero lo cierto es que todo mi amor por Goblin parece haber estado plagado de ideas desastrosas.

Jasmine, quiero que añadas otro mensaje: «Querido Goblin, puedo escribirte a través del ordenador. Puedo enviarte correos electrónicos. Te escribiré con regularidad, no con mi apodo informático, King Tarquin. Utilizaré un nombre nuevo. Y tú me puedes escribir también en cuanto envíe el nuevo nombre. Sabes usar el ordenador tan bien como yo, Goblin. Espera mis mensajes.»

Jasmine tardó un buen rato en terminar de escribir. Luego le pedí que dejara siempre el ordenador encendido, con una nota para que nadie lo tocara.

-Ya veremos si Goblin se pone contento -añadí-. Pronto podrás localizarnos en el hotel Hassler de Roma.

Por fin colgué. Como señor de Blackwood Manor, no vi razón alguna para contar a los demás que se habían roto casi todas las ventanas de la casa. Me puse a pensar que mi nuevo alias para el correo electrónico debía ser Noble Abelardo. Pensaba insistir para que Mona se llamara Ofelia Inmortal, y tal vez Goblin debía ser Goblin.

Y así fue.

Librodot

Para cuando nos marchamos de la Ciudad Eterna, Mona, Goblin y yo habíamos establecido un sistema de comunicación por medio de los ordenadores, y sucedió que todos mis viajes eran material para las cartas de amor que enviaba a mi tesoro, Ofelia Inmortal. Las mismas epístolas, ligeramente censuradas, iban a mi amado Goblin, mientras que de Mona recibía mensajes apasionados y llenos de humor. Goblin me enviaba notas cada vez más lacónicas en las que sólo confesaba que me necesitaba y me quería.

Cada vez que llegábamos a un hotel con un buen equipo informático, yo lo imprimía todo. Este material se convirtió en mi diario de viaje. Me daba vergüenza enviar a Mona todas mis zalamerías eróticas, pero me divertía bastante intentar expresarme al estilo de Shakespeare.

En cuanto a Goblin, me preocupaba cada vez más su desaparición y me reconcomía como si una mano negra me oprimiera el corazón, pero no sabía qué hacer al respecto, aparte de lo que ya había hecho.

No hubo más incidentes en Blackwood Manor, pero la leyenda de los cristales rotos corría ya por todo Ruby River y la gente llamaba día y noche para hacer reservas. Mi impresión, por teléfono, era que Jasmine se lo estaba pasando de miedo, a pesar de sus protestas y preocupaciones. Les subimos de nuevo el sueldo a ella y a todos los empleados.

Jasmine comenzó a aceptar nuevas reservas por su cuenta y la casa estuvo al completo durante todo el tiempo que estuvimos fuera. Pronto la Gran Ramona comenzó a recibir un porcentaje de los beneficios y creo, aunque no estoy seguro, que con Clem pasó lo mismo. Con eso la familia de Jasmine quedó cubierta. Me negué sin embargo a conceder el mismo tratamiento a Allen o a los obreros, puesto que ya ganaban el doble que cualquier otro trabajador de su categoría en todo Ruby River, sin contar con la comida y la bebida gratis que también recibían.

Sugar Devil Island era motivo de toda clase de rumores ahora que las losas de mármol para el suelo comenzaban a llegar en canoa por el pantano, y en Ruby River City y Mapleville la gente comentaba que Tarquin Blackwood se había vuelto loco.

Cómo me alegraba de estar en un antiguo palazzo de Venecia mientras sucedía todo aquello.

Me consoló hasta cierto punto el hecho de que el sheriff Jeanfreau y su ayudante Henderson el Feo hubieran contado a todo el mundo mi historia del hombre que se libraba de los dos cadáveres a

la luz de la luna, porque yo esperaba sinceramente que, a raíz de eso, nadie osara ir a la isla después de anochecido.

Durante el primer año, cuando todavía estábamos en Italia, escribí a Stirling Oliver a Oak Haven para ponerle al corriente de lo que había hecho. Le conté que los mensajes que Goblin me enviaba por correo electrónico eran cada vez más espaciados y que yo sentía un gran vacío a pesar de todas las emociones del Gran Viaje.

Stirling y yo nos estuvimos carteando durante unos meses. El me aconsejó no provocar a Goblin con cartas demasiado cortas o demasiado largas y me indicó que, según sus conjeturas, Goblin era un fantasma relacionado en cierta manera con Blackwood Manor y no conmigo personalmente, aunque de eso no estaba del todo seguro.

«Intenta experimentar el hecho de estar libre de él -me escribió-. Esto es, intenta disfrutarlo y dime si lo has logrado o no. También podrías preguntar a los demás si han notado algún cambio en ti. La señora McQueen, sobre todo, podría darte algún dato significativo.»

Yo seguí su consejo y, en efecto, tía Queen me proporcionó cierta información.

-Se te ve más presente, cariño -me dijo-. No estás distraído, hablando con él. No tienes miedo de lo que pueda hacer. No estás siempre mirando de reojo. -Y prosiguió sin que yo la incitara a ello-: Estás mucho mejor así, vida mía. Muchísimo mejor. Yo lo veo muy claro porque te conozco más que nadie. Ya es hora de dejar atrás las cosas de la infancia, y Goblin es una cosa de la infancia. -Tía Queen me miraba con cariño mientras me lo decía.

Librodot

Y así, mi correspondencia con Goblin fue disminuyendo hasta el silencio, y mi querido espíritu, mi otra mitad, mi doble, quedó más allá de mi alcance. Y créeme, estaba más allá de mi alcance. Intenté, con algunos mensajes desganados, conjurarle, hacerle salir de las sombras, pero fue en vano.

Y, mientras, Blackwood Manor prosperaba en todos los aspectos bajo el reinado de Jasmine. Se cantaban villancicos en Navidad, se preparaban los banquetes de Pascua, las flores cubrían los amados parterres de Pops, nosotros vivíamos nuestra larga odisea y Goblin se desvanecía en la nada.

Por supuesto, no me conformé sólo con las cartas a Mona. Muchas noches hablé con ella por teléfono y siempre terminábamos asegurándonos con pasión que vivíamos el uno para el otro. Ahora ya no había dudas, Ofelia Inmortal y Noble Abelardo se unirían algún día en casto matrimonio -lujuria sin penetración-. Y nuestra noble correspondencia se convirtió en nuestro consuelo cuando la diferencia de horarios nos mantenía apartados.

Muchas veces respondían al teléfono Michael o Rowan cuando yo llamaba, y jamás dejé de exigir que me confirmasen que la condición de Mona seguía estable, que no me necesitaba. Y en muchas ocasiones y para mi sorpresa, Michael me aseguró que nuestra relación había sido una bendición porque Mona había cejado en sus devaneos eróticos y ahora «vivía» para recibir mis mensajes y mis llamadas y pasaba el resto del tiempo estudiando el Legado Mayfair, queriendo comprender y participar en las inversiones y trabajando asimismo en el árbol genealógico.

-Desprecia un poco a su profesor particular -comentó Michael-. Me gustaría que leyera más. Pero por lo menos he conseguido que vea películas clásicas conmigo. Eso es bueno, ¿no te parece?

-Desde luego. Nadie puede progresar de manera creativa si no ha visto Las zapatillas rojas o Los cuentos de Hoffmann. ¿No crees que tengo razón?

-Sí que la tienes -rió él-. Y además tiene esas películas. Anoche conseguí que viera Narciso negro.

-Ésa es espeluznante. Seguro que le encantó.

-Pregúntaselo tú mismo. Te la paso, Noble Abelardo. Y da recuerdos a todos.

Y así transcurrió mi vida durante tres maravillosos años cargados de acción.

Crecí hasta alcanzar un metro noventa y dos centímetros.

Vi lugares magníficos, los más hermosos del mundo. Viajé hacia el sur con mi alegre compañía, hasta Abu Simbel en Egipto y Río de Janeiro en Brasil, y hacia el norte, hasta Irlanda y Escocia, al este hasta San Petersburgo y al oeste hasta Marruecos y España.

No había ni orden ni frugalidad en nuestro itinerario. Muchas veces íbamos en una dirección y luego en la contraria. Nuestros viajes dependían más bien de las estaciones y, sobre todo, de nuestros deseos y caprichos.

Tommy y Nash trabajaban con ahínco en los deberes para la junta directiva del colegio de Ruby River City, pero principalmente Tommy obtenía sus conocimientos de la misma manera que yo: cuando tía Queen y Nash nos llamaban la atención para que reparásemos en cosas que de otra manera hubiéramos pasado por alto; cuando tía Queen y Nash nos comentaban el contexto cultural de lo que veíamos y nos contaban maravillosas historias sobre los personajes famosos relacionados con los monumentos, los países, las culturas y el tiempo.

Fue una época de tal intensidad que me arrepentí de no haber cedido al deseo de tía Queen para que viajara muchos años antes.

El hecho de haberme negado entonces me parecía resultado de la arrogancia del ignorante. Pero, tal como ella me dijo para consolarme, no era el momento de arrepentimientos, sino de abrazar el mundo entero.

Quisiera constatar que por muchas cosas que viéramos o por

muy tarde que nos acostáramos, todavía me las arreglé para leer a Dickens, gracias a Nash, y que él me hizo apreciar mucho mejor Grandes esperanzas, David Copperfield, La

Librodot

tienda de antigüedades y La pequeña Dorrit. También estudié a las hermanas Bronté con sumo deleite y devoré Cumbres borrascosas y Jane Eyre. De haber sido mejor lector, hubiese conseguido más. Me esforcé mucho con Milton, pero por más que lo intentaba no me acordaba de lo que leía de El paraíso perdido, de manera que lo dejé por Keats y leí las odas en voz alta hasta que me las supe de memoria.

Fue una época de dicha absoluta para los viajeros, pero no para todo el mundo. A mediados del segundo año, Jasmine llamó para informarnos de que Patsy se había gastado todo el sueldo de ese período, cosa increíble, y que había convencido a Clem para invertir toda su herencia de Pops en un álbum de rock que constituyó un estrepitoso fracaso, y ahora Clem acusaba a Patsy de haberle engañado y quería demandarla.

A petición de tía Queen, hablé por teléfono con nuestro abogado, Grady Breen, y quedó claro que Patsy se había gastado todo el dinero en un vídeo de rock cuya grabación había costado un millón de dólares, con un director y un cámara extranjeros, y que las grandes cadenas de música por cable no le habían dado ninguna publicidad.

Clem no llevaba una venda en los ojos cuando invirtió en el negocio sus cien mil y, en palabras de Grady, no era ningún idiota, pero yo le dije que le pagase lo que pedía y zanjara el asunto. En cuanto a Patsy, si quería dinero, podía dárselo también. Resultó que Patsy quería dinero, en efecto, y el abogado tenía instrucciones de dárselo.

Antes de despedirme le pregunté si Patsy tenía algún éxito con su música. Grady contestó que últimamente le iba muy bien en los clubes buenos y que estaba tocando House of Blues por todo el país. Su álbum había vendido unas trescientas mil copias. Pero no era nada comparado con el millón de discos que quería vender, que necesitaba vender para lograr la fama que ansiaba. Sencillamente Patsy había sobreestimado el atractivo de su sello con el vídeo que había realizado. Se había precipitado un poco.

No me atreví a indagar directamente sobre su salud.

-¿La ha visto en los últimos días? -me limité a preguntar.

- Sí -contestó Grady-. Salió en Austin City Limits. Está tan guapa como siempre. Su madre siempre ha sido una mujer muy guapa. Ya tengo edad suficiente para hacer estos comentarios, ¿no le parece?

- Así es. De manera que Patsy seguía siendo Patsy.

Y una vez establecido todo esto, una vez comentados todos los temas relativos a este período, quisiera volver al asunto de Pompeya.

Por supuesto, estaba ansioso por ver las ruinas, pero no podía olvidar el hechizo que Petronia me había echado en su visita a

Blackwood Manor. Tía Queen también tenía su opinión al respecto, aunque era menos alarmista que la mía. Habíamos hablado de Petronia, pero con una cierta tensión. Mi tía no me había perdonado del todo por haberla acusado y no terminaba de creer que Petronia no fuese humana ni que hubiera arrojado dos cuerpos al pantano.

Yo, sin embargo, estaba convencido de todo esto y quería ver si las ruinas de Pompeya -las excavaciones de una ciudad entera que había estado enterrada en cenizas y escombros- me traían a la mente las imágenes que Petronia había plantado en ella.

Todavía no había terminado con Petronia.

Mientras tanto, las reformas del santuario seguían adelante al ritmo de cientos de miles de dólares y me habían llegado varias fotografías a color del espectacular edificio. En el interior se habían dorado las vigas, sobre los relucientes suelos de mármol se habían tendido alfombras orientales de mi colección de catálogo e incluso había pedido algunos ornamentados muebles de Hurwitz Mintz en Nueva Orleans. De momento había sofás de terciopelo y lámparas de pie, además de un conjunto de sillas de respaldo de cisne. Todos los elementos del enorme baño estaban instalados y las nuevas ventanas de cristal se mantenían limpias y relucientes.

Allen me había informado más de una vez de que «alguien» estaba utilizando el lugar por la noche, que encontraban libros en la mesa (que nadie tocaba) y que había restos de velas

y cenizas en la chimenea. De manera que mi compañera había entrado de nuevo en acción. ¿Y qué esperaba yo? ¿No había accedido a cada una de sus demandas? ¿Pero a quién se le habían ocurrido antes aquellos eficaces planes? A mí, ¿no es cierto?

Estaba fascinado como un idiota.

Y estaba indignado. Tal vez era demasiado joven para ver la diferencia.

De manera que llegamos a Pompeya en nuestro tercer viaje a Italia, ya casi al final de nuestra odisea, con un espíritu atrevido, combativo y curioso, dispuestos por fin a ver aquel lugar legendario.

Probablemente tía Queen ni siquiera se acordaba del cautivador relato de Petronia aquella lejana noche. Nash me lo mencionó de manera casual. Tommy y Cindy, la enfermera, estaban encantados de ver una de las ruinas más famosas del mundo.

Llegamos en coche privado desde nuestro lujoso hotel en Nápoles y visitamos la ciudad temprano. Dimos un paseo por las estrechas calles de piedra conscientes de que volveríamos al día siguiente y al otro y al otro, y yo notaba en todas partes el escalofrío helado de las palabras de Petronia. El sol brillaba con fuerza y el monte Vesubio parecía seguro y silencioso, más un centinela azulado que un volcán capaz de destruir aquel pueblecito, aquel entramado de innumerables vidas, en tan sólo medio día.

Entramos en muchas de las casas parcialmente restauradas, tocando las paredes sólo ligeramente o sin tocarlas. Imperaba el silencio a nuestro alrededor, aun cuando los turistas iban y venían, y a mí me resultaba difícil alzar el velo de muerte que pendía sobre la ciudad para imaginármela viva de nuevo.

Tía Queen fue intrépida al llevar a nuestro pequeño grupo a la Casa del Fauno y la Villa de los Misterios. Por fin llegamos al museo, donde vi las esculturas blancas de tamaño natural hechas con los que habían muerto entre las cenizas y no habían dejado atrás más que la forma de sus cuerpos. El yeso había inmortalizado sus momentos finales. Aquellas figuras sin rasgos me conmovieron tanto, todas unidas en una muerte súbita, que casi me eché a llorar.

Cuando volvimos al hotel, el cielo sobre la bahía de Nápoles estaba plagado de estrellas. Abrí las puertas del balcón para asomarme y me consideré una de las personas más felices del mundo. Me quedé mucho rato en la balaustrada de piedra. Estaba satisfecho, como si hubiera conquistado a Petronia, a Goblin y a Rebeca y mi futuro me perteneciera sólo a mí. Mona se recuperaba de maravilla. Hasta tía Queen parecía inmortal y no moriría mientras yo viviera. Siempre estaría conmigo.

Por fin me sentí cansado y contento de estarlo. Me puse la camisa de dormir, como de costumbre, aunque era demasiado abrigada para aquella noche deliciosa y fragante, me tumbé sobre la almohada y me quedé dormido.

Al cabo de unos segundos, o eso me pareció, estaba en Pompeya. Corría empujando a un reticente grupo de esclavos que no creían que la montaña fuera a descargar su furia sobre nosotros, que lo destruiría todo, incluidas nuestras vidas. Atravesamos a la carrera las puertas de la ciudad, bajamos a la playa y subimos a la barca. Salimos a mar abierto y entonces estalló la erupción, el agua arrojaba espuma, el cielo se oscurecía. El volcán lanzó un espantoso rugido. Las barcas cabeceaban.

-¡Seguid remando! -exclamé. La gente gritaba y chillaba-. ¡Tenemos que alejarnos! -supliqué. Los esclavos se tiraban al agua-. ¡No! ¡El barco es más rápido! -insistí yo. Los remos cayeron y la barca volcó. Me ahogaba. El mar se alzaba y se hundía. Tragué agua. De nuevo sonó aquel inefable trueno.

Entonces me desperté. ¡Me negaba a seguir con aquel sueño! Estaba aterrado. Noté que otro cuerpo me envolvía y contra el límpido azul de la noche vi una figura en el balcón, y supe que era Petronia.

-¡Eres un demonio! -exclamé. Me levanté de un brinco de la cama y corrí hacia ella, sólo que allí no había nada. Me quedé en el balcón temblando con violencia, escudriñando la oscuridad, con más miedo del que he pasado en mi vida y, además, furioso.

No podía soportar aquel terror, pero tampoco ponerle fin. Me puse una bata y salí al pasillo. Al llegar a la habitación de tía Queen llamé a la puerta.

Respondió Cindy, nuestra dulce enfermera.

-Tía Queen, tengo que dormir contigo -exclamé, lanzándome hacia su cama-. He tenido una pesadilla. Es la malvada Petronia.

-Ven a la cama ahora mismo, mi pobre niño. -Y fue justo lo que hice-. Y ahora, cariño, no temas. ¡Estás temblando! Anda, échate a dormir. Mañana iremos a Torre del Greco y compraremos preciosos camafeos. Y tú me ayudarás, como siempre.

Cindy se metió en la otra cama. Las cortinas ondeaban en las ventanas abiertas. Me sentí a salvo con ellas dos y me dormí de nuevo. Soñé con Blackwood Manor, soñé que Tommy vivía con nosotros, soñé con Mona, soñé con muchas cosas, pero ninguna mala, no soñé con fantasmas ni espíritus malignos, ni con la oscuridad, el desastre o la muerte.

¿De verdad había estado allí Petronia? ¿Había sido un hechizo? Nunca lo sabré.

Pero quisiera concluir la historia de nuestros felices vagabundeos. Porque por fin llegó el momento de volver a casa.

Tía Queen ya no podía seguir viajando. Estaba demasiado débil y tenía la tensión muy alta. Se había hecho un esguince en la muñeca y en cualquier momento podía sufrir uno en un tobillo y quedar seriamente impedida. Además, tenía ataques de artritis y se le comenzaron a hinchar las articulaciones. El agotamiento estaba acabando con ella. Ya no podía más y se enfurecía con su propia debilidad.

Por fin, Cindy se negó de plano a seguir adelante.

-Me gustan los grandes hoteles tanto como a cualquiera -declaró, pero usted tiene que volver a casa, tía Queen. ¡Uno de estos días se va a caer y se va a hacer daño de verdad! No puede seguir así.

Yo uní mi voz a la de Cindy y lo mismo hizo Tommy, que para entonces ya era un muchacho alto de doce años. Finalmente Nash añadió una solemne declaración:

-Señora McQueen, ha sido usted muy valiente, pero ya es hora de que se retire a Blackwood Manor para reinar sobre su hacienda como la divertida y magnífica dama que todos sabemos que es.

Cuando tomamos esta decisión estábamos en El Cairo. Fuimos en avión a Roma, donde había comenzado nuestra aventura, y pasamos unas cuantas noches en el hotel Hassler. Yo ya sabía que había sido negligente al no sugerir que volviéramos a casa porque no quería que me acusaran de egoísta y de pensar sólo en mi amor por Mona y en la necesidad que tenía de ella.

Pero lo cierto es que estaba preocupado por Mona. Llevaba más de dos semanas sin contestar a mis mensajes.

En cuanto llegamos al hotel (me alojé en una enorme suite con una amplia terraza, justo debajo de la de tía Queen, que compartía el ático con Cindy) llamé a Mona por teléfono y me contestó Rowan, muy solemne y taciturna.

-Ha ido a Mayfair a hacerse unas pruebas, Quinn-me dijo-.

Lo más probable es que pase allí varios meses. No va a poder verte. -¡Dios mío! ¡Me está diciendo que ha empeorado! Doctora

Mayfair, dígame la verdad. ¿Qué le ha pasado?

-No lo sé, Quinn -contestó ella con su seductora voz ronca-. Es algo que a los médicos nos resulta muy difícil reconocer, créeme. Pero es cierto: no lo sé. Por eso le estamos haciendo análisis. Tiene afectado el sistema inmunológico. Lleva ya varios meses con fiebre. Si alguien estornuda en su habitación, a ella le da una neumonía doble.

-Dios mío. -Como siempre, la verdad expresada por Rowan me resultaba muy brusca. Pero me dije con fiereza que quería saberlo todo-. ¿Por qué no puedo hablar con ella por teléfono?

-No quiero que se alegre por nada, Quinn. Y si se enterase de que vuelves a casa, le inquietaría saber que no puede verte. Por eso la tenemos aislada. De momento está en una burbuja, con una televisión, un vídeo y un montón de películas clásicas. Se dedica a comer

Librodot

palomitas, helado y chocolate y a beber leche. Cree que te lo estás pasando muy bien en Europa, y no quiero que piense de otro modo.

-Pero, Rowan -supliqué-, ¿por lo menos recibe mis mensajes?

-No, Quinn. Está descansando. Le he quitado el ordenador.

Me sentí enloquecer. Volvíamos a casa y Mona estaba fuera de mi alcance. ¡Pero lo peor era que estaba enferma! Tal vez demasiado enferma incluso para manejar el ordenador.

-Rowan, escuche, ¿ha estado enferma todo este tiempo? ¿Me lo ha querido ocultar para no hacerme daño?

Se produjo un largo silencio y luego Rowan añadió, tan directa como siempre:

-Sí, Quinn, yo diría que sí. Pero creo que tú ya lo sabías cuando te marchaste. Tú sabías que estaba siguiendo un tratamiento. De vez en cuando su condición se estabilizaba, pero lo cierto es que no ha llegado a mejorar.

Solté una exclamación, pero no sé si fue audible.

-Tengo que verla cuando llegue -dije.

-Lo dispondremos lo antes posible. Pero no podrá ser de inmediato.

-¿Puede darle un beso de mi parte? ¿Puede decirle que la he llamado? ¿Puede decirle que le he estado escribiendo?

-Sí, esta misma noche se lo diré cuando la vea. Y mañana y pasado mañana.

-Muchas gracias, Rowan. Que Dios la bendiga. Por favor, por favor, dígale lo mucho que la quiero.

-Quinn, quería decirte otra cosa -anunció ella, sorprendiéndome-. Ya sé que Michael te lo ha dicho, pero yo quiero repetírtelo. Has ayudado mucho a Mona. Conseguiste que dejase de hacerse daño. La hiciste feliz.

-Rowan, me está asustando. ¿Por qué me habla en pasado?

-Lo siento, no era lo que pretendía. Lo que quiero decir es que todo este tiempo ha estado profundamente enamorada de ti. Te ha estado escribiendo o hablando contigo por teléfono, en lugar de luchar contra nosotros. No deja de preguntar por ti.

Entonces sentí escalofríos. Mi querida Mona. ¿Qué había hecho al dejarla? ¿Tanto me había enamorado de las cartas y las llamadas de Ofelia Inmortal que había perdido a la propia Mona?

-Muchas gracias, Rowan. Se lo agradeceré siempre. -Quería hacerle muchas más preguntas, pero no me atreví. Tenía mucho miedo.

Esa noche corrió el champán en la suite de tía Queen. Nash, que ya había bebido demasiado con todo nuestro apoyo, propuso un brindis detrás de otro por la dama a la que más amaba en el mundo, la señora Lorraine McQueen; el pequeño Tommy, que hacía dos días había cumplido trece años, se levantó para leer una poesía que había escrito para la ocasión, declarando que se había convertido en un hombre gracias a su guardián que era a la vez su inspiración, Tarquin Blackwood. Sólo yo no estuve a la altura de la situación. No fui capaz más que de sonreír y saludar a todos con mi copa diciendo lo contento que estaba de volver a casa por fin, de hacer balance de todo cuanto habíamos aprendido y de ver a todos los que habíamos echado de menos en nuestros viajes.

Lo cierto es que un cúmulo de preocupaciones y aprensiones pesaba sobre mí. La más importante era que no podría ver a Mona, pero también estaba obsesionado con Petronia y me inquietaba pensar que estaba ocupando el santuario de manera tan descarada. Y por supuesto, también pensaba en Goblin. ¿Acaso era tan estúpido que pensaba que Goblin no se me aparecería en cuanto me acercara a Blackwood Manor? No, no lo era.

Y así terminó el intermedio de tres años y medio.

A la mañana siguiente partimos hacia Newark, desde donde un avión nos llevaría a Nueva Orleans.

Librodot

36

Clem y Jasmine vinieron a recibirnos al aeropuerto. Me puse tan contento de verlos que me eché a llorar al abrazarlos. Clem estaba más guapo que nunca con su traje negro de chófer y su gorra oficial, y Jasmine más encantadora que nunca con su traje de lana gris y su típica blusa de seda blanca con volantes, con el pelo rubio muy bien peinado a lo afro y abundantes lágrimas surcándole la cara.

Me acerqué a abrazar y besar al bueno de Allen, que también había venido para llevarse el equipaje en la camioneta. Pero luego llegó el momento de la verdad, cuando apareció Terry Sue con un traje de color rosa muy parecido al último que le había visto hacía más de tres años. Llevaba otro niño pequeño en la cadera (este último no había sido engendrado por Pops). Tommy se arrojó en sus brazos y la besó.

Yo tardé un momento en reconocer a la esbelta y hermosa adolescente que iba a su lado y que resultó ser Brittany.

Tommy nos miró como sin saber qué hacer. Yo me aparté un momento con él y le pregunté lo que tenía que haberle preguntado antes de vernos en aquella tesitura:

-¿Qué quieres hacer?

-Quedarme contigo -fue su respuesta.

Entonces me acerqué a Terry Sue para explicarle que Tommy quería terminar el viaje pasando una temporada en Blackwood Manor si ella tenía a bien permitírselo, e insistí en que era maravilloso que Brittany y ella hubieran venido al aeropuerto. Luego le di todos los billetes de veinte que llevaba en la cartera, que eran bastantes.

-Muy bien, pero compórtate, Tommy Harrison -accedió, dándole un fuerte beso.

-Brittany, te llamaré esta noche -le dijo él a su hermana. -Te has convertido en una mujercita preciosa -añadí yo.

Tía Queen, por supuesto, se deshacía en elogios sobre ella e incluso se había quitado el camafeo que llevaba -uno de los que había comprado en Torre del Greco- para dárselo.

Yo había anticipado aquellas tiernas emociones y, aunque estaba cansado, dejé que me invadieran y me alegré de sentirlas, pero cuando ya nos marchábamos en el coche de tía Queen, me recliné en el asiento, exhausto después del largo vuelo, y me puse a mirar por la ventana. No estaba preparado en absoluto para la tremenda sensación que me invadió al ver la hierba que crecía descuidada junto a la carretera, las ondulantes adelfas en flor y los ocasionales robles: significaba que estábamos en casa.

Sentí Luisiana a mi alrededor y me encantó. Cuando llegamos al camino flanqueado de pacanas, tenía tal nudo en la garganta que apenas pude hablar por el interfono para pedirle a Clem que parase el coche.

Salí y miré la casa. Lo que sentía era inexplicable. No era alegría ni pena, pero me tenía sobrecogido y me arrancó unas lágrimas muy dulces.

Tía Queen salió del coche con ayuda de Nash y se puso a mi lado. Los dos nos quedamos mirando las lejanas columnas blancas.

-Ésa es tu casa -dijo ella-. Siempre será tuya. Cuando yo no esté, deberás cuidarla.

La rodeé con el brazo y me incliné a besarla, dándome cuenta tal vez por primera vez de mi propia altura y sintiéndome un poco torpe en mi nuevo cuerpo. Luego la solté.

Mientras recorríamos el camino, todo me iba provocando los mismos sentimientos de amor y angustia, o tal vez era pena. No supe determinarlo. Una oleada de recuerdos de la infancia me paralizaba y lo único que sabía era que estaba en casa.

Por supuesto pensaba en Goblin, pero no sentí su presencia. Y por supuesto pensaba en Patsy y esperaba verla cualquier día. Pero era el paisaje el que despertaba en mí aquellas titánicas emociones: los parterres de Pops, las grandes extensiones de hierba, los robles

apoyando sus oscuros codos sobre el cementerio, el pantano con su irregular pared de árboles retorcidos.

Todo pasó muy deprisa después de aquello, y a causa de mi extremo cansancio percibí los eventos del día fragmentados y desconectados, aunque muy claros y radiantes.

Recuerdo que en la casa no quedaban huéspedes de pago porque Jasmine había reservado todas las habitaciones para Tommy, Nash y Patsy.

Recuerdo que tomé el desayuno pantagruélico que preparó entre lágrimas la Gran Ramona, que nos había regañado ferozmente por haber estado fuera tres años y medio. Recuerdo que Tommy comió conmigo y que parecía tan impresionado con Blackwood Manor como lo había estado con los castillos de Inglaterra y los palacios de Roma.

Recuerdo que vino un niño encantador, una atractiva mezcla de rasgos africanos, ojos azules y pelo rubio y rizado, que me dijo con orgullo que se llamaba Jerome y tenía tres años. Le felicité por ambas cosas, preguntándome dónde demonios andarían sus padres, y comenté que le encontraba muy avanzado en el habla.

-Eso es porque vive en la cocina, como hacías tú -repuso la Gran Ramona.

Recuerdo que vino el médico de tía Queen y prescribió que tenía que hacer reposo en cama por lo menos una semana, y que las enfermeras debían atenderla las veinticuatro horas del día. Era la edad, me explicó en un susurro. Una vez que mi tía se recobrara de su exceso de actividad, se pondría bien. Su tensión sanguínea era una maravilla médica.

Recuerdo que me pasé media hora al teléfono intentando en vano hablar con Mona. En el hospital Mayfair ni siquiera admitían que estuviera allí. Los criados de la casa de la Primera tampoco me daban ninguna información. Por fin conseguí contactar con Michael, que sólo me dijo que Mona estaba enferma; que rezara por ella, sí, pero que de ninguna manera podía verla.

Me puse frenético. Estaba dispuesto a presentarme en Mayfair y buscarla por todas las habitaciones, pero Michael, como si me leyera el pensamiento, me dijo de pronto:

-Quinn, escucha. Mona ha pedido que no la veas. Nos ha hecho prometer muchas veces que no te lo permitiremos. Si no cumplimos nuestra palabra se le romperá el corazón. No podemos. Sería muy egoísta por tu parte venir. ¿Entiendes lo que te digo?

-Por Dios, ¿me estás diciendo que además de estar enferma, ahora tiene aspecto de enferma? Se ha deteriorado. Se ha... -Me había quedado paralizado.

-Sí, Quinn. Pero no pierdas la esperanza. Nosotros no la hemos perdido, ni mucho menos. Vamos a intentar que se recupere. Tiene buen apetito, resiste bien. Tiene sus libros grabados en cintas, tiene sus películas. Duerme mucho, pero eso era de esperar.

-¿Sabe que he vuelto?

-Sí, lo sabe. Y te quiere.

-¿Puedo mandarle flores?

-Sí, muy bien, pero acuérdate de poner Ofelia Inmortal en la tarjeta.

-¿Por qué no puedo hablar con ella por teléfono? ¿Por qué no podemos enviarnos correos electrónicos?

Se produjo una larga pausa.

-Está demasiado débil, Quinn -me contestó por fin-. Y no quiere. Está muy enferma, hijo. Pero esto no durará siempre. Seguro que se recuperará.

En cuanto colgué pedí toneladas de flores, cestas y cestas de lirios de Casablanca, margaritas y zinnias, todo lo que se me ocurrió. Esperaba llenar de flores su cámara de aislamiento. Y todas las tarjetas irían dirigidas, con letra grande, a mi Ofelia Inmortal.

Después recuerdo que entré en la cocina, ebrio del dolor y el cansancio del viaje. Tommy jugaba al Scrabble con el pequeño Jerome y pensé que era increíble que el niño pudiera jugar a la tierna edad de tres años, hasta que me di cuenta de que Tommy estaba enseñándole palabras como «mamá», «cama», «mima» y «ama».

Recuerdo que fui a la despensa y, pensando que el niño sería uno de los sobrinos de Jasmine, le pregunté:

Librodot

-¿Quiénes son sus padres?

-Tú y yo -me contestó ella, y casi me desmayé, metafóricamente hablando. Jasmine me dijo también-: Su segundo nombre es Tarquin.

Recuerdo que volví a entrar en la cocina, como si flotara, y me quedé mirando a mi hijo y a mi tío adoptado de trece años, y me sentí absolutamente privilegiado con aquellas dos generaciones. Cuando Jasmine se acercó la rodeé con el brazo y le di un beso. Ella me apartó diciendo entre resuellos que ya había tenido bastante de eso y que yo debería saberlo.

Cuando subí al dormitorio de tía Queen, estaba ya grogui del todo. Ella me miró sentada en su diván y tapada con una de sus colchas de satén blanco. Su batín de plumas se agitaba a un lado y otro con el movimiento del ventilador del techo.

-Cariño, vete a dormir -me dijo-. Estás más blanco que la tiza. Yo he dormido en el avión, pero tú no. ¡Si no te tienes en pie!

-¿Estás bebiendo champán? -exclamé-. Pues deberías, porque tenemos algo que celebrar.

-¡Ven aquí ahora mismo! -gritó Jasmine, que había salido corriendo detrás de mí. Pero yo no pensaba detenerme.

-¡Que corra el champán! -Encontré la botella en el hielo, y una copa y vi que tía Queen ya estaba bebiendo alegremente.

¿Qué hora era? ¿Qué importaba? Entonces bebí y le conté lo de Jerome, mientras Jasmine me hundía sus pulidas uñas en el brazo y me murmuraba maldiciones al oído a las cuales yo no respondí. Tía Queen estaba radiante de felicidad.

-¡Eso es magnífico! -declaró-. ¡Y yo que pensaba que eras virgen, Tarquin! Tráeme a ese niño. Y tú, Jasmine, eres increíble. ¿Por qué demonios no nos escribiste para contárnoslo? Este niño requiere una pensión, entre otras cosas.

De manera que trajeron al precioso niño ante la presencia de tía Queen, y yo, aturdido y contentísimo, me bebí otras dos copas de champán antes de volverme completamente incoherente. Para entonces mi hijo había sido informado de que yo era su padre. Tommy también recibió la noticia, porque tía Queen había decidido que en aquella casa no se guardaban secretos, un hecho que terminaría por mejorarnos a todos.

Recuerdo que me acerqué tambaleándome a la cama de mi tía y alguien, bendito sea, apartó las muchas colchas y las muñecas para que pudiera caer de bruces sobre las sábanas inmaculadas. Esa misma persona, sin duda, me quitó los zapatos. Bajo el maravilloso peso de los cobertores y con el fresco del aire acondicionado, caí profundamente dormido.

Soñé con Goblin. Fue una pesadilla en la que Goblin sufría y no podía venir a mí. Lo vi incompleto, un ser gaseoso y espantoso que batallaba por ser sólido, pero que sin mi voluntad era una criatura indefinida y abatida. Y en el sueño sabía que había sido cruel con él.

Bailé con Rebeca, que me dijo:

-No te escogeré a ti para vengarme. Has sido demasiado bueno.

-Entonces, ¿a quién te llevarás? -pregunté, pero sólo me respondió con carcajadas. Cuando se marchó, la música desapareció con ella y yo abrí los ojos.

Tía Queen yacía a mi lado con sus gafas de montura de plata.

Estaba leyendo el libro que le había dado en el avión, La tienda de antigüedades.

-Quinn, Dickens está loco -me dijo.

-Eso seguro -contesté-. Y se vuelve cada vez más demencial, con toda la oscuridad que rodea a la pequeña Nell. Tú sigue leyendo.

-Sí, no lo pienso dejar.

Se acurrucó contra mí. Las plumas del batín me hacían cosquillas en la nariz, pero a mí me encantaba. Me encantaba tener tan cerca su frágil brazo. Alcanzaba incluso a leer el libro que tenía en las manos. Aspiré su dulce perfume. Podía comprarse el producto más caro del mercado y llevaba Chantilly barato. No existe en el mundo una fragancia más dulce.

Recuerdo que vi el cielo violeta por las ventanas.

-¡Pero si es casi de noche! -exclamé-. ¡Tengo que ir al santuario! Tengo que ver mi obra maestra.

-Tarquin Blackwood, tú no vas al pantano a estas horas.

-Qué tontería, tengo que ir. -Le di un beso en la frente y luego en la suave mejilla empolvada-. Se me niega el acceso a Mona y a Goblin. De la pérdida de Goblin no tengo nada que lamentar, lo confieso, pero tengo que ir allí a reclamar lo que he hecho. Recuerdo que ella protestó, pero yo fui sordo a sus palabras.

Subí corriendo a mi habitación y recuerdo que todavía estaba un poco aturdido cuando saqué del armario unos tejanos, una camisa y unas botas (todo ropa nueva, de mi nueva talla, que la Gran Ramona me había comprado cuando se enteró de que volvíamos a casa). Saqué de la mesilla mi pistola del treinta y ocho y me marché. De la cocina me llevé una botella de agua y un cuchillo grande, y del cobertizo una linterna. Luego me encaminé hacia el pantano. Por supuesto estaba haciendo caso omiso de las condiciones de mi salvaje socio, pero lo cierto es que nunca había accedido a cumplirlas. Había reformado el santuario sólo por mí. Los finos muebles que pronto vería eran para mí. No tenía miedo de él, en todo caso sentía una gran curiosidad por verle de nuevo y enfrentarme a él, tal vez incluso deseaba sostener una conversación decente, quizá para hablar de «nuestra» pequeña casa y descubrir si de hecho teníamos un trato, puesto que era yo, y no él, quien había realizado las espléndidas reformas.

El hecho de que Goblin no estuviera conmigo y no pudiera ayudarme no me importaba. Yo me encargaría de todo. El santuario era mío.

Al pasar junto al pequeño cementerio, de camino hacia el embarcadero, me detuve un momento junto a la tumba de Rebeca y alumbré la lápida con la linterna. Recordé entonces un fragmento del sueño y volví a oír su voz en mi memoria como si estuviera a mi lado.

-No será tu vida -me dijo.

-¿Entonces la vida de quién? -pregunté yo. Y tuve un espantoso presentimiento, como si la vida misma no fuera más que dolor.

Mona estaba enferma de muerte, asqueada y abatida, y yo me iba al santuario sin pensar siquiera en ella. Mona deseaba tanto ver el santuario... Pero, ¿qué podía hacer yo sino rezar?

El cielo se oscurecía. Tenía que ir.

A la vuelta iría a Mayfair y lo registraría de cabo a rabo. ¿Qué habitación de hospital no tiene una ventana para que se asomen las enfermeras? Me acercaría a Mona tanto como pudiera. Nadie me detendría. Pero de momento lo que me atraía era el santuario. Tenía que ir.

Metí mis cosas en la piragua y, después de comprobar que llevaba la pistola cargada, me puse en marcha. El cielo enrojecido arrojaba bastante luz para ver los árboles, además yo ya conocía el camino y no tardé en darme cuenta de que las muchas piraguas empleadas para las reformas habían dejado marcado un rastro. Puede decirse que habían formado un camino que no tardé en recorrer.

Al cabo de menos de media hora vi las luces del santuario. Y mientras ataba la piragua en el nuevo embarcadero vi las ventanas profusamente iluminadas y el resplandor de las escaleras de mármol blanco. En torno a la casa abundaban los cuidados parterres de flores y la glicina trepaba espléndida sobre el alto techo. La casita parecía una ermita copta con sus muchos arcos.

En la entrada, frente a mí, observándome, de hecho, estaba el desconocido con su traje masculino y el pelo suelto. Ni me invitaba a acercarme ni alzaba la mano para prohibirme saltar a tierra.

¿Cómo iba yo a saber que aquél sería el último día de mi vida mortal? ¿Cómo iba yo a saber que todos los pequeños y aleatorios detalles que he descrito marcarían el final de mi historia, que el padre de Jerome, el sobrino de Tommy, el pequeño de tía Queen, el jefe de Jasmine y el Noble Abelardo de Mona estaba a punto de morir?

37

Encontré un camino pavimentado que llevaba al pie de las escaleras. Allen me lo había mencionado por teléfono, pero no lo recordaba. Había olvidado también las flores, lo tranquilas y hermosas que estaban bajo la luz de las ventanas.

Llegué hasta las escaleras. Él estaba arriba y se limitaba a mirarme.

-¿Necesito pedirte permiso para subir? -pregunté.

-Tengo grandes planes para ti -repuso-. Sube para que los ponga en práctica.

-¿Es eso una invitación cordial? Tu tono me provoca dudas. Tengo curiosidad por ver el lugar, pero no querría importunarte.

-Entonces sube. Tal vez esta noche no sea el momento adecuado para que te torture.

-Me sorprendes con tu tono amistoso -dije mientras subía por las escaleras-. Pero, ¿es cierto que te propones torturarme?

El retrocedió bañado en luz y entonces advertí que esa noche era definitivamente una hembra. Se había pintado los labios de rojo y perfilado de negro los ojos para estar más cautivadora. Su melena negra era como una capa. Iba ataviada con una sencilla camisa de manga larga de terciopelo rojo y unos pantalones también de terciopelo rojo e igualmente sencillos. En torno a su esbelta cintura llevaba un cinturón de camafeos de ónice de unos seis centímetros cada uno, una auténtica joya.

Iba descalza. Sus pies eran muy hermosos, con las uñas pintadas de dorado. Las uñas de las manos también eran doradas. -Eres muy hermosa, amiga mía -dije, sintiéndome de maravilla, muy emocionado-. ¿Se me permite decirlo? -Me mordí la lengua antes de comentar que no me lo esperaba. Lo que recordaba de aquella lejana noche era una criatura más ruda y más terrible.

Ella me hizo un gesto para que entrase en la casa.

-Por supuesto que se te permite -contestó con una voz grave que podría haber pertenecido tanto a un hombre como a una mujer. Ahora que sonreía, su rostro era radiante-. Mira en torno a tu casa, caballerito.

-Ah, «caballerito» -repetí-. ¿Por qué todo el mundo utiliza conmigo diminutivos?

-Sin duda porque eres muy alto -repuso ella afable-, y porque tu rostro es muy inocente. Ya te dije una vez que tenía una teoría sobre ti, y mi teoría ha demostrado ser cierta. Has aprendido más y has crecido hasta alcanzar una estatura considerable. Ambas cosas son estupendas.

-Entonces me apruebas.

-¿Cómo podría no hacerlo? Pero tómate tu tiempo. Observa tu trabajo.

Me resultaba difícil mirar otra cosa que no fuera a ella. Sin embargo hice lo que me pedía y encontré la sala espléndida. El suelo de mármol blanco estaba impoluto. Los sillones de terciopelo verde que había comprado en tierras lejanas eran tan suntuosos como esperaba. Los candelabros dorados colocados entre las muchas ventanas iluminaban las vigas. Había varias mesas bajas de mármol delante de los sillones y las sillas griegas de respaldo de cisne.

Y también estaban su mesa y su silla, igual que antes, sólo que parecía que las hubieran pulido un poco.

La chimenea era nueva, un modelo Franklin de hierro de enormes proporciones en la que esa noche sólo había un montoncito de ceniza gris, debido a que el tiempo era cálido.

Las escaleras curvas que ascendían al segundo piso estaban hechas de bronce tallado con pivotes. Debajo estaba la única estantería de la casa, pequeña, de madera muy trabajada, atestada de ediciones en rústica.

No había nada en el lugar que no fuera hermoso.

Pero al mismo tiempo, algo desentonaba, era algo grotesco, impuro, algo que no encajaba con los ruidos nocturnos del pantano. ¿Era un producto de mi desvarío adolescente o de su absoluta locura?

Hasta la taza que tenía en la mesa era un cáliz de oro con piedras preciosas. Parecía el copón que utilizaba el cura en misa para las obleas del sagrado sacramento.

-Y eso era -comentó ella-, antes de que un ladronzuelo me lo vendiera en las calles de Nueva Orleans. Todavía estará consagrado, ¿no te parece?

-Ya. -Advertí que me había leído el pensamiento.

Junto al copón había dos botellas descorchadas de vino tinto.

-Son para ti, rey Tarquinio -me dijo, haciéndome una seña para que me acercara a ellas si así lo deseaba.

-Ah, ya veo que sabes de dónde viene mi nombre -repliqué-. No mucha gente conoce ese dato -añadí, intentando torpemente igualar su elocuencia.

-El rey Tarquinio de la antigua Roma -contestó ella sonriendo-. Gobernó antes de la llegada de la República.

-¿Tú crees que existió realmente o que es sólo una leyenda?

-Es de lo más real en la poesía antigua. Y es de lo más real en mi mente puesto que en estos tres años he pensado en ti a menudo. Te ha ido muy bien en mis fantasías. No sé por qué ansío este remoto paraíso, pero lo cierto es que lo ansío, y tú has restaurado mi casa y has hecho de ella algo espléndido. Me marcho de otros palacios donde también soy demasiado conocida para mi gusto y vengo aquí sin perder comodidades. De hecho, tus hombres vienen de día a limpiar la casa. Barren el mármol y luego lo pulen, limpian las ventanas. Nunca esperé tantas atenciones.

-Sí, se lo ordené yo mismo. Y debo confesar que me tienen por loco. -¿Era yo el que hablaba?

-Estoy segura, pero es el precio que conlleva la excentricidad excesiva. Pero la excentricidad moderada no vale nada, ¿no te parece?

-No lo sé. -Me eché a reír-. Eso todavía no lo he averiguado. Encima de uno de los sillones había una oscura piel de visón, tenía que ser una colcha o una capa de algún tipo.

-¿Es para las noches frías? -pregunté.

-Sí. Y también para volar. En las nubes hace un frío espantoso.

-¿Tú vuelas? -pregunté, dispuesto a seguirle el juego.

-Por supuesto -me contestó muy seria-. ¿Cómo te crees

que he llegado hasta aquí?

Me eché a reír, pero no muy fuerte. Parecía una fantasía absurda.

En aquel momento estaba muy hermosa. Las lámparas creaban un suave halo de luz detrás de nosotros. Sus pechos se henchían bajo la suave camisa de terciopelo y en sus maravillosos pies desnudos de uñas doradas había algo definitivamente turbador. De hecho no podía dejar de mirarlos. Eran unos pies pequeños y seductores. Llevaba un anillo de oro en el pulgar izquierdo. Había algo deliciosamente maligno en el hecho de haber destacado aquel dedo con el adorno.

Mis tres años y medio de abstinencia católica eran de pronto una pesada carga, sobre todo porque algo en ella me indicaba que era «accesible», tal vez el hecho de que parecía verdaderamente salvaje.

También me resultaba atractivo el hecho de que ahora fuera más baja que yo. Ya no era el diablo de casi dos metros que me había asaltado en la ducha hacía tanto tiempo, amenazando mi vida hasta que Goblin descargó contra ella la lluvia de cristales.

-Y ya que hablamos de Goblin -me dijo en un tono de lo más cordial-, puedo decirte que el demonio ya no está contigo. Menuda pérdida. ¿Esperas que vuelva a volcar sobre ti sus afectos como un perro fiel, o crees que se ha ido para siempre?

-Me sorprende que utilices una voz tan dulce para decir cosas tan hostiles. No sé si lo he perdido para siempre o no. Podría ser. Tal vez ha encontrado otra alma con la que ha

establecido una mejor comunión. Le he dado dieciocho años de mi vida. Luego la distancia nos separó. Ya no afirmo comprender su naturaleza.

-No pretendía parecer hostil. La verdad es, y me gusta decir la verdad siempre que puedo, que no esperaba encontrarte tan radiante.

No supe á qué se refería. Se acercó a la mesa y llenó de vino el copón.

En tres años y medio me he sosegado -respondí-. Y no esperaba que me invitaras esta noche. Muy al contrario, pensaba encontrarte igual de celosa de tus horas nocturnas. Pensé que me echarías.

-¿Y por qué crees que haría eso? preguntó, tendiéndome la copa. Sólo entonces vi el enorme zafiro que llevaba en el dedo-.

Ah, sí, esto -comentó-. He hecho una tafia del dios Marte. Una vez fui consagrada a él, pero era una broma. He sido víctima de muchas bromas.

-No me imagino por qué. -Miré el vino-. ¿Voy a beber solo?

Ella soltó una suave carcajada.

-De momento. Adelante, bebe. Me disgustaría que te negaras. Mi educación me impidió entonces rehusar la bebida, de manera que tomé un sorbo y percibí un extraño sabor en el vino, aunque

no desagradable. Bebí de nuevo. Estaba muy excitado.

-Lo has dicho en serio, ¿verdad? -me preguntó-. No comprendes por qué la gente se ríe de mí, ¿no?

-No. -Con mis habituales modales, bebí más vino, disfrutando súbitamente de su sabor y dejando que alcanzara de inmediato mi hambriento corazón. No había almorzado, no había cenado, no había dormido en el avión, no había dormido desde hacía veinticuatro horas. Tenía que mantenerme atento.

-Se reían de mí, y todavía se ríen, porque soy a la vez hombre y mujer. Pero tú a eso no le ves la gracia, ¿verdad?

-Ya te he dicho que no. Creo que eres magnífica. Siempre lo he pensado. ¡Vaya! ¡Este vino es muy fuerte! -Advertí que las botellas no llevaban etiqueta. El suelo se movía bajo mis pies-. ¿Te importa que me siente? -pregunté, buscando una silla con la mirada.

-Siéntate, por favor -me dijo, acercándome una de las sillas de respaldo de cisne. Era un objeto delicioso, como los de las urnas griegas. Recordé que la había encargado. Allen se había burlado de mí por teléfono, por la cantidad de cisnes, mármol y oro que habría en la casa.

-Sí, los trabajadores se ríen de tus gustos -comentó ella, leyéndome el pensamiento-. Pero tu gusto es excelente, que no te quepa duda.

-No, si no me cabe ninguna -respondí, más seguro de mí mismo ahora que estaba sentado. Dejé la copa al borde de la mesa y apoyé la mano junto a ella. Creo que estuve a punto de tirarla.

-Bebe un poco más. Es un caldo muy especial. Podríamos decir que lo he destilado yo misma.

-No, no puedo. -La miré a los ojos. Eran unos ojos llenos de fuerza. Es un don tener los ojos grandes, y los suyos eran enormes, muy blancos y muy negros.

Se sentó en la mesa mirándome y sonrió como para inspirarme confianza.

-Se ve que no sé muy bien qué hacer cuando eres tan amable. En otros tiempos eras un enemigo molesto y ahora deseo que me ames. Tal vez, cuando lo hayamos dicho y hecho todo, me amarás.

-Es muy posible. Pero hay muchas clases de amor, ¿no crees? Yo sigo siendo religioso y algo me dice que tú vives en libertad.

-Católico. Claro. La gran Iglesia. Nada menos grande sería digno de ti y de la señora McQueen, ¿verdad? Creo que una tarde, en Nápoles, te vi en la iglesia con tus amigos. No, era en las catacumbas de San Genaro. Tu familia había concertado una visita privada. Sí, estoy casi segura. -Alzó la copa y volvió a llenarla de la botella antes de ofrecérmela.

-¿Nos viste en Nápoles? -pregunté. Me daba vueltas la cabeza. Seguí bebiendo vino pensando que me ayudaría a eliminar aquella sensación de precariedad. A veces sucedía, ¿no? Por supuesto que no-. Pues es extraordinario, porque yo juraría que también te vi en Nápoles.

-¿Y eso dónde fue?

-¿Eres mi enemigo? -le pregunté.

-En absoluto. Si pudiera, te libraría de la vejez y la muerte, del dolor y el sufrimiento, de las lisonjas de los fantasmas, del tormento de tu espíritu, Goblin. Te libraría del frío y el calor y del embotamiento del sol del mediodía. Te llevaría a la plácida luz de la luna y al dominio de la Vía láctea para siempre.

-Son palabras extrañas. No las comprendo. Podría jurar que te vi en Nápoles, en mi balcón, en el hotel Excelsior; que tuve una pesadilla que tú me enviaste. ¿No es una locura? Tú me dirás que lo es.

-¿Una pesadilla? -preguntó ella con dulzura-. ¿Llamas pesadilla a un fragmento de mi alma? Pero claro, ¿quién querría un fragmento del alma de otra persona? Tú crees que quieres el alma de Mona Mayfair. No sabes lo que significaría verla ahora.

-No juegues con su nombre -salté sorprendido. De pronto me parecía que todo aquello era maligno. Mona, mi amada Mona. No hablar de Mona. El vino no era vino. La casa era abrumadora.

Petronia era demasiado grande y magnífica para ser una mujer. Yo estaba demasiado borracho para estar allí.

-Cuando termine contigo no querrás a Mona Mayfair -se apresuró a añadir ella, casi furiosa, aunque su tono seguía siendo suave. Ronroneaba como un gato-. Y no volverás a saber de mi alma. Mi alma estará cerrada con llave, con una llave de oro. Todo será silencio entre nosotros, el silencio que ahora conoces.

-Tengo que salir de aquí -dije débilmente. Sabía que no podía ponerme en pie. Los músculos no me respondían-. Tengo que volver al barco. Si tienes un mínimo de honor, me ayudarás.

-No tengo honor, de manera que te quedas donde estás. Nos separaremos pronto, según mi escala de tiempo, aunque no según la tuya, y entonces podrás hacer de esta casa tu santuario e incluso te legaré la tumba. Sí, te la puedes quedar, puedes arriesgarte con ella y puedes ansiar este pequeño y animado pantano como tantas veces lo he ansiado yo. Creo que te he estado esperando estos tres largos años sabiendo que te lo cedería todo cuando te viera. Sí, te he esperado. Por qué hay que hacer esto, no lo sé...

-¿El qué? ¿Qué hay que hacer? ¿De qué hablas? -pregunté suplicante-. No te entiendo.

-Es como si la maldad creciera hasta que debe ser insuflada en alguien nuevo, y yo doy a luz como nunca pude hacerlo en vida.

-No comprendo.

Ella se volvió a mirarme con una radiante sonrisa en los labios.

-¿Por qué tengo la impresión de que eres un gato gigantesco? -pregunté de pronto-. Hasta tus preciosos ojos son de gato, y yo soy una infortunada presa que has elegido al azar.

-Nunca al azar -repuso ella con una exquisita expresión de seriedad-. No, nunca al azar. Más bien cuidadosamente, por las circunstancias y según los méritos y por pura soledad. Pero al azar, eso nunca. Eres muy deseado. Te he esperado mucho tiempo.

Una oleada de borrachera me invadió. Estaba a punto de caer inconsciente.

La figura que tenía ante mí comenzó a destellar, apareciendo y desapareciendo como si alguien intentara volverme loco con un interruptor. Intenté levantarme, pero no pude.

Dejé el copón al borde de la mesa y lo empujé con los dedos. Ella volvió a llenarlo de vino. «No bebas más», pensé, pero ella me lo llevó a los labios y yo lo tomé. Intenté negarme, pero Petronia lo inclinó y yo bebí mientras el líquido se me derramaba por el cuello y sobre la camisa. Era delicioso, mucho más que al principio. Caí hacia atrás en la silla y vi la copa en el suelo y el vino tinto sobre el mármol.

Librodot

-No, no quiero que manche el hermoso mármol blanco -protesté-. Se parece demasiado a la sangre, míralo. -Intenté incorporarme de nuevo, pero en vano.

Ella se arrodilló delante de mí.

-Hay crueldad en mí. Una crueldad que necesita satisfacción. No esperes de mí otra cosa. Tendrás los dones que he decidido otorgarte, y sólo ésos, y no crearé bastardos llorosos como crean otros, pasto para los más antiguos, sino que serás fuerte cuando yo me vaya y tendrás todos los dones que necesitas.

No pude contestar. Los labios ya no me obedecían.

¡De pronto vi a Goblin detrás de ella! Poco definido, todo fuerza, no era una ilusión. Se levantó frenética intentando quitárselo de encima. Goblin la estaba estrangulando con la misma llave que ella me había aplicado en otra época. Petronia dio una patada en el suelo mientras lanzaba el codo hacia atrás. Goblin se disolvió, pero se lanzó de nuevo contra ella, enfureciéndola.

La luz parpadeaba de nuevo. Tenía los músculos paralizados. Petronia corría por la sala entre destellos estroboscópicos. Agarró la enorme piel de visón y vino hacia mí. Goblin intentó de nuevo sofocarla, pero Petronia no se dejó frenar. Lo apartó de un golpe y con un brazo esbelto me levantó de la silla y envolvió en el visón todo mi cuerpo como si no le costara ningún esfuerzo. Luego me agarró entre sus brazos maldiciendo a Goblin.

-¡Despídete de tu amante!

Estábamos al aire libre. Goblin se aferraba a nosotros, aullando con la boca abierta. Por fin resbaló hacia abajo, hacia abajo, como si se hundiera.

Nos estábamos elevando por encima de las nubes. Yo sentía el viento en las mejillas y tenía frío, pero no me importaba porque las estrellas gloriosas nos rodeaban.

Ella apretó sus labios contra mi oreja y justo antes de perder el sentido oí sus palabras:

-Presta atención a estos fríos faros -me dijo-, porque en toda tu larga vida puede que no encuentres mejores amigos.

38

Cuando desperté ya era de día. Yacía en un lecho blando, en una terraza, rodeado de flores. A lo largo de la balaustrada había macetas de geranios y detrás adelfas rosas y blancas. En mi aturdimiento y en mi locura creí ver una lejana montaña a mi derecha y supe con certeza, por su forma, que era el Vesubio. Cuando me incorporé, mareado y dolorido, me acerqué a trompicones a las adelfas y bajé la vista hacia los tejados de la ciudad que se extendía a mis pies. Era evidente que por ahí no podía escapar.

A lo lejos, a mi izquierda, la carretera serpenteaba llena de coches que corrían como diminutos escarabajos. Era la costa de Italia en todo su esplendor. Más allá de la carretera se veía un mar deslumbrante. El sol era cegador y me quemaba, pero no tenía forma de protegerme de él en la terraza.

La casa estaba cerrada. Las oscuras puertas verdes no tenían ningún pomo. Volví a tumbarme en la cama y se me cerraron los ojos, aunque yo quería tenerlos abiertos.

«Debes escapar de aquí -me decía mi mente febril-. Tienes que bajar la montaña. Tienes que saltar a los tejados.» No me cabía duda de que aquella criatura, Petronia, quería asesinarme.

La inconsciencia me asaltó de nuevo, caliente y oscura y llena de desesperación. Estaba bajo los efectos de alguna droga que no podía combatir.

Entonces vi contra el cielo azul el oscuro perfil de una mujer, la oí hablar deprisa en italiano y noté un pinchazo en el brazo. La mujer alzó una jeringuilla con gesto delicado y yo

quise protestar pero no pude. A continuación me afeitó con una pequeña maquinilla eléctrica que era como un animalito ruidoso correteando por mi bigote y mi mentón.

Hablaba con otra mujer en italiano, y aunque yo conocía un poco la lengua no comprendí lo que decía, sólo que se estaba quejando. Por fin se apartó un poco y logré verla. Era joven y morena, con los ojos algo sesgados hacia arriba.

-Me gustaría saber por qué tú -me dijo con marcado acento-. ¿Por qué no yo, después de tanto tiempo? No hago más que servir y servir y ella te trae y me dice que te tenga listo. No soy más que una esclava.

-Ayúdame a salir de aquí y te haré rica.

Ella se echó a reír.

-¡Tú ni siquiera lo quieres y te lo van a dar! -exclamó burlona-. ¿Y por qué? Porque a ella le ha dado el capricho. -Su voz era suave pero insistente-. Con ella todo son caprichos. Ir, venir, vivir en este o aquel palazzo. -Dejó la jeringuilla y, con un chasquido metálico, alzó unas grandes tijeras con las que me cortó un mechón de pelo.

-¿Qué me has inyectado? -pregunté-. ¿Por qué me afeitas? ¿Dónde está Petronia?

Ella y otra joven que había aparecido a mi izquierda se rieron. También era esbelta, de aspecto moderno y con un rostro hermoso, como la que me cortaba el pelo. Estaba de espaldas a la luz y su sombra caía sobre mí.

-Deberíamos matarte -dijo la nueva-, para que ella no pueda hacerlo. Le diríamos que has muerto.

Las dos estallaron en carcajadas.

-¿Por qué queréis hacerme daño?

-¡Porque te ha elegido a ti y no a nosotras! -contestó la que me había puesto la inyección. Estaba enfadada, pero no levantó la voz-. ¿Tú sabes el tiempo que llevamos esperando? Se ha estado burlando de nosotras desde que éramos pequeñas. Siempre tiene una excusa, menos cuando se enfada, porque entonces no da excusas para nada y que Dios ayude al que se las pida. -Entonces comenzó a peinarme-. Yo creo que ya estás listo.

-No te preocupes -terció la otra. Estaba cruzada de brazos y su rostro era frío. Tenía unos labios muy bonitos pero desdeñosos-. No te vamos a hacer daño. Ella lo averiguaría y nos mataría.

-¿Estás hablando de Petronia?

-Tú no sabes nada -dijo la que me había peinado-. Está jugando contigo. Te matará, igual que a los demás.

Notaba los efectos de la droga, ¿o era mi imaginación? Tenía calor y estaba tremendamente abatido, ni drogado ni consciente.

-No intentes levantarte -dijo la mujer del peine. Pero lo intenté de todas formas, apartándola de un empujón.

Cayó hacia atrás murmurando en italiano. Creo que estaba echando pestes.

-¡Espero que te torture! -exclamó.

Me quedé tumbado boca arriba. Me imaginé arrastrándome hacia la balaustrada. Debería haber saltado, por mucha que fuera la altura. Fue una locura no intentarlo. Cerré los ojos y oí sus voces, su risa cruel y vulgar. Cómo las odiaba.

-Escuchadme -dije por fin-. Ayudadme a llegar a la balaustrada. Yo mismo saltaré. Vosotras podéis decirle que me tiré yo solo. Seguramente moriré y así os libraréis de mí y estaréis contentas, como... como... -No podía articular las palabras. Ni siquiera estaba seguro de haber hablado en voz alta.

Me estaba desmayando. Ya no veía nada.

La cama se movía. Al principio pensé que era mi desorientación, pero luego oí el chirrido de unas ruedas. Sentí entonces algo fresco a mi alrededor. Me quitaron la ropa y me metieron en una piscina de agua templada.

«Gracias a Dios», pensé. El sudor y el calor habían desaparecido. Alguien me estaba bañando y ya no oía las voces de las dos mujeres.

Librodot

-Escúchame -me dijo una voz al oído.

Abrí los ojos y vi un instante el techo pintado con murales, un gran cielo azul donde flotaban dioses y diosas: Baco en su carro, rodeado de sátiros con coronas y estelas de hiedra verde, seguidos por las ménadas con el pelo despeinado y la ropa hecha harapos. Estaba recién pintado, porque los colores eran demasiado vivos.

Entonces vi al chico que me estaba bañando. Era una de esas extraordinarias bellezas italianas, con un halo de rizos negros en la cabeza, un hermoso torso desnudo y los brazos musculosos.

-Te estoy hablando -insistió con un fuerte acento-. ¿Me entiendes?

-El agua está muy buena -intenté decir, pero no estoy seguro de haberlo logrado.

-¿Me entiendes?

Quise asentir con la cabeza, pero reposaba en un reborde de porcelana.

-Sí -contesté por fin.

-Ella te pondrá a prueba. -Seguía bañándome, echándome agua por encima con las manos-. Si fracasas en las pruebas, te matará. Siempre hace lo mismo con los que le fallan. No ganarás nada oponiéndote a ella. Recuerda lo que te digo.

-Ayúdame a escapar.

-No puedo ayudarte.

-¿Me crees si te digo que te puedo recompensar? -Me esforzaba por articular las palabras-. Tengo dinero de sobra. Él negó con la cabeza, abriendo mucho los ojos.

-No importa si te creo o no. Ella me encontraría, fuéramos adonde fuéramos. Es demasiado poderosa para escapar de ella. Mi vida terminó la noche que me vio sirviendo mesas en un café de Venecia. -El chico dejó escapar una corta y amarga carcajada-. Ojalá no le hubiera llevado nunca aquella copa de vino, aquella insignificante copa de vino.

-Tiene que haber alguna manera -insistí-. Esa mujer no es Dios. -Estaba perdiendo de nuevo el sentido, pero me debatí contra ello. Recordé el aire frío y las estrellas a mi alrededor. ¿Qué clase de monstruo era Petronia?

-No, no es Dios. -El chico sonrió con amargura-. Pero es muy poderosa y muy cruel.

-¿Qué quiere de mí?

-Intenta superar sus pruebas. Intenta complacerla. Si no, morirás. Nunca ha hecho otra cosa con los que le fallan. Nos los entrega y nosotros nos deshacemos de los cadáveres, y por eso se nos permite seguir viviendo. En eso consiste nuestra existencia. ¿Te imaginas el lugar que el diablo nos reserva en su infierno? Si crees en Dios, aprovecha el tiempo para rezar tus oraciones.

Yo ya no podía seguir hablando.

Noté que me alzaba los brazos, primero uno y luego el otro, para afeitarme las axilas. Era un extraño ritual y yo no comprendía por qué alguien podía desear que se realizara.

El chico pareció advertir mi inquietud.

-No sé lo que significa -me dijo suavemente-, pero nos ha ordenado que te tratemos con gran cuidado. -Sacudió la cabeza con tristeza-. Tal vez no signifique nada, o tal vez sí. Sólo con el tiempo lo sabremos.

Creo que entonces le toqué la mano y le di unas palmaditas para consolarle, porque parecía muy triste.

Mientras tanto notaba que el agua caliente del baño se movía. El chico me dijo al oído que me iba a llevar a un lugar donde despertaría de las drogas que me habían administrado, pero que no debía hacer ruido.

Me quedé dormido.

Cuando desperté supe que estaba solo. Oía el silencio y la quietud en torno a mí. Estaba en un sillón, rodeado de barrotes dorados.

-Cómo le gusta el oro a mi amiga -susurré-. Claro que a mí también me ha gustado siempre.

Al cabo de unos segundos me di cuenta de que estaba en una magnífica jaula redonda, con la puerta cerrada. Y yo no llevaba botas, ni siquiera sandalias para darle una patada. El primer golpe con el pie descalzo fue una completa inutilidad.

Me habían vestido con unos pantalones negros, pero no llevaba camisa.

La jaula estaba en una gran sala de mármol, justo lo que cabría esperar en un palacio. Los grandes ventanales cuadrados se abrían a una gran terraza, como también era de esperar. El atardecer teñía el cielo de rojo y una luz violeta oscilaba a medida que el sol se ponía en el mar.

Estaba en la gloriosa Italia, en la ladera de la gran montaña, sin duda no muy lejos de las ruinas de las trágicas ciudades que había destruido.

Me incorporé en el sillón. Las ventanas se llenaron de estrellas tempranas y la sala se fue oscureciendo, con lo cual quedó bañada en una luz más suave.

La jaula que me aprisionaba tenía algo decadente y perverso que yo odiaba con toda mi alma, pero también ejercía en mí un efecto calmante, porque sabía que en un monstruoso juego con Petronia tendría alguna posibilidad. Eso fue lo que quiso decir el chico que me había bañado, o por lo menos ésa era la conclusión a la que yo había llegado. De cualquier forma, lo que me rodeaba me asqueaba. Era una emoción totalmente nueva para mí.

Las luces se fueron encendiendo poco a poco, revelando algunas lámparas en las paredes y varios murales que imitaban los de Pompeya: es decir, cuadros rectangulares que encuadraban en rojo romano a varias diosas que bailaban dando la espalda a la sala.

Y mientras las luces iban llenando la habitación de un color dorado alguien entró. No la orgullosa y arrogante Petronia, como yo esperaba, sino otras dos criaturas igualmente extrañas.

Una de ellas era un hombre negro, tan negro que parecía de ónice pulido. A pesar de que estaba al otro extremo de la sala, lejos de mí, vi los anillos de oro que llevaba en las orejas.

Tenía los rasgos delicados y los ojos amarillos. El pelo muy corto y rizado, no muy distinto del mío.

El otro hombre era un enigma. Parecía viejo. De hecho tenía las mejillas caídas y el pelo canoso y con entradas. Pero no se le veía mácula alguna, como si fuera de cera y no de carne y hueso. Tenía los ojos un poco inclinados hacia abajo, como si se le fueran a resbalar por la cara, y el mentón ligeramente prominente daba firmeza a su expresión.

Me recordaba a alguien, pero no sabía a quién.

Ninguno de los dos parecía humano y tuve la certeza de que no lo eran.

Recordé las estrellas de la noche anterior, o de la noche que me habían elevado por los aires, y tuve un espantoso presentimiento, la horrible sensación de que me iban a arrebatar todo lo que yo conocía y amaba, y que no había nada que yo pudiera hacer para impedirlo. La prueba, la lucha, lo que fuera, no sería más que una formalidad.

Estaba horrorizado. Intenté controlar las emociones. Mi única esperanza era permanecer en guardia. No había tiempo para asombrarme o sentir curiosidad.

Los hombres se me acercaron, pero sin intención. Aunque me miraban, se sentaron en una mesa, en el centro de la sala, y se pusieron a jugar al ajedrez y a charlar, de perfil a mí. El anciano canoso de la cara de cera daba la espalda al cielo estrellado y el joven estaba de frente a la ventana.

Ambos vestían de etiqueta: esmóquines y zapatos de piel impolutos. Pero, en lugar de camisa y corbata, llevaban jerséis blancos de cuello alto, de una tela muy brillante.

Los dos bromeaban y se reían. Hablaban en italiano, de manera que no podía seguir la conversación. Pero cuando me harté de todo aquello, decidí intervenir.

-¿Ninguno de los dos va a decirme por qué estoy aquí prisionero? ¿No pensaréis que estoy en esta situación por propia voluntad?

Me contestó el caballero anciano, con el mentón más prominente que nunca:

Librodot

-Bueno -dijo en inglés-, algo habrás hecho para estar aquí. ¿Qué le has hecho a Petronia? No te habría traído si fueras inocente. No nos vengas con ésas.

-Eso es justamente lo que sostengo. Me trajo aquí por puro capricho y deberían soltarme.

-Estoy cansado de sus juegos, te lo juro -le dijo el negro al otro. Su voz era dulce y suave, como si estuviera acostumbrado a ejercer autoridad.

-Venga, hombre, si tú lo disfrutas tanto como yo -contestó el anciano, con voz grave-. ¿Por qué, si no, estás aquí? Tú sabías que tenía al muchacho.

-Lo único que pido es que me soltéis. No puedo enviar a las autoridades por vosotros porque no sé quiénes sois. En cuanto a Petronia, todos mis intentos de que la descubrieran o la detuvieran han sido en vano, de manera que no volveré a intentarlo. Lo que pido es que me soltéis.

El negro se levantó de la butaca y se acercó a mí. Era el más alto de los dos, incluso más que yo. Tendió la mano entre los barrotes y me tocó la cabeza mirándome a los ojos. Tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para dominarme y seguir quieto.

-Tú no has hecho daño a nadie -dijo en un susurro, como si me leyera la mente-. Y ella te trae del otro lado del mundo para sus juegos sangrientos. -Suspiró-. Ay, Petronia, ¿por qué eres siempre tan cruel? ¿Por qué, mi hermosa pupila? ¿Cuándo aprenderás?

-¿Me vas a soltar? -le pregunté. Era un ser extraordinario, de rasgos sublimes y rostro amable.

-No puedo, hijo mío. Ojalá pudiera, pero creo que tu destino está decidido. Intentaré que tu agonía sea corta.

-¿Por qué mi vida significa tan poco para ti? En el mundo de donde vengo, cualquier vida es preciosa. ¿Por qué es aquí tan diferente?

El viejo se había acercado también con un paso saltarín que desmentía su aspecto de anciano.

-No, tú no eres inocente -rió-. No nos vengas con ésas. Tú eres un ser maligno disfrazado. De lo contrario, ella no te habría traído. La conozco muy bien.

-No la conoces lo suficiente -le espetó el negro-. Petronia hace lo que se le antoja y nunca tiene bastante.

Me quedé mirando al viejo.

-El anciano -dije en voz alta-. El anciano -repetí-. Eres tú. El retrato del salón. ¡Tú eres Manfred Blackwood!

-¿Y tú quién eres para pronunciar con tanta osadía mi nombre? -preguntó sacando pecho.

-Sois todos demonios. Dios mío, esto es el infierno. -Me eché a reír, notando de nuevo los efectos de la droga. No había manera de escapar-. Si no fuera por Julien Mayfair, serías mi antepasado -expliqué apresuradamente-. Yo soy Tarquin Blackwood. Ella me secuestró en mi santuario, el santuario que construiste para ella y que reformé para ella. Blackwood Manor está ahora en mis manos. Tu nieta, Lorraine, sigue viva, viva para llorarme y para desgarrarse las vestiduras por mi desaparición. ¿Acaso Petronia no te contó lo que planeaba?

El hombre se puso furioso. Intentó sacudir los barrotes, pero al ver que no podía comenzó a golpear la cerradura. Ahora parecía de verdad un anciano, el mentón le temblaba, los ojos se le habían llenado de lágrimas.

-¡Eso es una abominación! -chilló.

El negro intentó calmarle.

-Mira, deja este asunto en mis manos. Aquí tenemos cierta autoridad.

-¿No ves lo que Petronia pretende? -gritó el anciano. Le temblaban las mejillas, le temblaba todo el cuerpo. Los ojos le echaban chispas-. ¿Quién te ha hablado de Julien? -me preguntó, como si aquello importara ahora.

-Me lo dijo el mismo Julien. Yo puedo ver espíritus. ¿Pero eso qué importa? Sácame de aquí. Tu nieta Lorraine me necesita. Blackwood Farm me necesita. Tengo una familia que me necesita.

De pronto apareció Petronia, ataviada con una camisa de terciopelo negro y pantalones con cinturón de camafeos. Cruzó la sala a largas zancadas.

-¿Qué es esto, la reunión de la jaula? -inquirió a los dos hombres.

Manfred intentó agarrarla del cuello, pero ella lo lanzó hacia atrás, de manera que el anciano voló por los aires hasta estrellarse contra la pared. Recibió un golpe en la cabeza que habría matado a cualquier mortal y soltó un hondo y terrible rugido.

-No te atrevas a cuestionarme -dijo ella.

El negro le tendió la mano, como si nada pudiera afectarle, y le echó el brazo por el cuello. Era unos centímetros más alto que ella, probablemente de mi estatura. Le hizo apoyar la cabeza en su hombro mientras le murmuraba algo. Vi que a Petronia le temblaba la mano.

-Petronia, querida, ¿por qué? ¿Por qué tanta furia siempre? Petronia permitió que la abrazara. El anciano se levantó llorando y se acercó, herido, furioso, indefenso, moviendo la cabeza. -Mi propia familia -sollozaba-. Tus promesas no tienen ningún valor, tus vínculos no tienen ningún valor...

-Déjame en paz, idiota -le espetó Petronia, volviéndose a mirarle-. He mantenido las promesas que te he hecho muchas veces. ¡Te he dado la inmortalidad! ¿Qué demonios quieres? Te he dado riquezas impensables. Este muchacho no significa nada para ti, sólo tiene un cierto valor sentimental, como las fotografías que guardas de tu preciosa Virginia Lee y de tu hijo William y tu hija Camille, como si esas personas fueran algo para ti en la eternidad de los tiempos. No significan nada.

El anciano sollozó.

-Detenla, Arion -balbuceó-. No dejes que siga. Detenla.

-Maldito viejo. Siempre serás un anciano. Nada puede devolverte la juventud. Te desprecio -le espetó ella.

-¿Y ésa es la razón de que me hagas esto? -pregunté yo. Tal vez hubiera sido más sensato no decir nada, pero en cierto modo aquél era un caso que se juzgaba ante Arion, el negro, y yo tenía que hacer algún esfuerzo por defenderme o moriría lleno de arrepentimiento.

Petronia me miró como si me viera por primera vez y sonrió. Y como sucedía siempre que sonreía, adquirió un aspecto sereno y encantador. Seguía en brazos de Arion, que le acariciaba el pelo y la abrazaba de una manera muy hermosa. Los pechos de ella se aplastaban contra él. Arion parecía adorarla.

-¿Acaso no quieres vivir para siempre, Quinn? -me preguntó Petronia.

Se soltó suavemente del abrazo de Arion y se sacó de la camisa una cadena de oro de la que colgaba una llave con la que abrió mi hermosa prisión.

Arion me miraba. El anciano estaba un poco apartado. Se había sacado de la chaqueta una fotografía que miraba lloroso. Me pregunté si sería de Virginia Lee. Hablaba solo, en susurros, como un loco.

-¿Estás preparado para luchar por la inmortalidad? -me preguntó Petronia.

-En absoluto. No lucharía ni por mi vida contra el monstruo que sé que eres.

-¿Un monstruo? -repitió ella burlona-. ¿Me llamas monstruo después de que hiciste que tu espíritu me atacara con cristales rotos?

-Lo hizo para protegerme. Tú estabas en Blackwood Manor y pretendías hacerme daño.

-¿Y por qué no está aquí?

-Porque no puede y tú lo sabes. Yo no soy rival para ti. Ya he visto lo que le has hecho a Manfred hace un instante. El tuyo es un juego muy injusto. Siempre lo ha sido.

-Eres muy testarudo. -Petronia esbozó una sonrisa cruel y movió la cabeza-. Siempre te tienes que salir con la tuya. Tu pecado es el orgullo.

Arion me tomó la cabeza con las manos y sentí sus pulgares suaves y sedosos en las mejillas.

-¿Por qué no dejas que se vaya? -preguntó-. Es inocente.

-Pero ésos son los mejores.

-Entonces te propones hacerlo en serio. -Arion retrocedió-. ¿No vas a limitarte a matarlo?

-Pienso hacerlo. Si está preparado para ello, si le encuentro fuerte.

Antes de que pudiera protestar, antes de que pudiera burlarme o suplicar o hacer cualquier otra cosa, Petronia me alzó del suelo y me arrojó como había hecho con Manfred contra la pared. Recibí un golpe tremendo y pensé que no tardaría mucho en morir.

Pero al mismo tiempo me enfurecí, como suele suceder cuando me hacen daño, y al caer al suelo me levanté de inmediato y me arrojé contra ella. Pero fallé y caí de rodillas.

Oí sus crueles carcajadas, oí el llanto de Manfred. ¿Dónde estaba Arion? Al alzar la vista vi a los dos hombres sentados a la mesa. ¿Dónde estaba ella?

Me metió la mano bajo el brazo, me levantó bruscamente y me dio una fuerte bofetada, luego volvió a arrojarme al suelo. Era inútil luchar. Lo más importante era mantener mi palabra, no oponer resistencia. Pero no podía. Intenté levantarme de nuevo.

Lo cierto es que no sabía nada de lucha o, más bien, lo único que sabía era lo que había visto en el boxeo, mi deporte favorito como espectador. Pero no había manera de aplicar mis conocimientos en aquella situación, y jamás había adquirido ninguna habilidad para luchar personalmente.

Aun así, cuando me levanté y vi a Petronia delante de mí, me pareció de sentido común que si me lanzaba contra ella podría tirarla al suelo, de manera que fue lo que hice, la golpeé con todo mi cuerpo justo debajo de las rodillas y ella salió disparada por encima de mí.

Los hombres se echaron a reír, lo cual no fue muy afortunado. Hubiese preferido que me animaran. Pero me di rápidamente la vuelta, me eché sobre Petronia antes de que consiguiera levantarse y quise meterle los pulgares en los ojos. Ella me agarró del cuello con las dos manos, furiosa, y me derribó. Luego me arrastró hasta el balcón, me agarró las muñecas con una mano, me lanzó por encima de la barandilla blanca y me preguntó si quería que me soltara. La caída me mataría.

Abajo se veían las luces del tráfico en la sinuosa carretera y, más allá, el mar hirviendo contra las rocas. No contesté. Estaba aturdido y me creía condenado. Sabía que Manfred no tenía poder para detenerla y no pensaba que Arion estuviera dispuesto a hacerlo.

Al atacarla sólo había conseguido empeorar la situación.

A continuación volvió a tirarme al suelo y se puso a darme patadas y arrastrarme por la habitación. La vi de nuevo como un gato gigante, como en el santuario, y yo era su presa.

-Ése no es modo de hacerlo -le dijo Arion. Lo oí muy cerca, como si se hubiera aproximado, pero lo cierto es que no sabía en qué punto de la habitación se encontraba.

-Nosotros elegimos nuestro propio modo -replicó ella-. Debemos hacerlo como queramos. En una fracción de segundo todas sus heridas sanarán. Entonces conocerá el poder de la sangre y todo estará bien. Déjame que tenga lo que necesito.

-Pero, ¿por qué, querida? ¿Por qué lo necesitas? No lo entiendo. ¿Por qué siempre tanta furia?

Siguieron hablando, pero ahora en italiano. Me dio la impresión de que ella decía algo del paso del tiempo y de que antes era distinta, pero no pude deducir nada más. El anciano seguía llorando.

Al intentar moverme noté el pie de Petronia en el cuello. Me estaba ahogando. Cuando aflojó un poco la presión, vi su rostro sobre el mío. Me alzó hacia ella con ambas manos. Su pelo caía sobre mí y me hacía cosquillas. Mi peso no significaba nada para ella. Me acercó como si quisiera besarme en el cuello.

Estaba tumbado en un sillón, ella me rodeaba con los brazos y tenía la boca abierta sobre mi piel. De pronto noté dos pinchazos en el cuello y el mundo y todo mi dolor se difuminaron. Oía los latidos de su corazón.

-Enséñame -dijo-. No quiero que mi beso sea silencioso.

Librodot

Supe que me estaba chupando la sangre. Me sentía cada vez más débil. Era como si se me escapara la vida, una imagen tras otra de mi niñez, mi juventud y mis últimos años de amor y éxtasis huían de mí con mi sangre, de manera incontrolable, ilimitada y pura. No comprendí lo que esta intimidad significaba en realidad. Al final Petronia se apartó y yo quedé yerto en sus brazos y me hundí, libre, hacia el suelo.

Petronia me tenía agarrado del brazo y me arrastraba de nuevo. Me dio una patada en las costillas, pero yo ya no veía nada. Oía llorar al anciano y supe que lloraba por mí. Pero ella se limitaba a maldecir entre dientes. Yo notaba el mármol frío debajo de mí.

De pronto la escena cambió. Ya no estaba en mi cuerpo sino que lo veía desde arriba. Estaba en la entrada de un largo túnel. Un viento aterrador rugía en torno a mí. Al final del túnel apareció una luz maravillosa, indescriptible, y en aquella luz blanca y dorada vi a Pops y a Sweetheart que me miraban. Lynelle también estaba. Yo ansiaba con todas mis fuerzas unirme a ellos, pero no podía moverme. Cierta espantosa fascinación hacia Petronia, Manfred y Arion me impedía moverme. Una pútrida ambición me impedía volverme y acercarme a las personas que tanto amaba. No veía nada con claridad, sólo había turbulencia en mí. De pronto la visión desapareció, con la misma brusquedad con la que había aparecido. No había tomado ninguna decisión.

Estaba de nuevo en mi cuerpo magullado y dolorido. Estaba de nuevo en el suelo de mármol.

-Te mueres -dijo Petronia-. Pero te conozco, te conozco por la sangre y no permitiré que ocurra, Tarquin Blackwood. Te reclamo como mío. -De nuevo me alzó en sus brazos.

-Pregúntale qué quiere -dijo el negro llamado Arion.

-¿Qué quieres? -inquirió ella. Me sostenía de rodillas delante de ella y yo notaba sus pantalones de terciopelo en mi piel-. Habla. ¿Qué quieres?

Torpe e indefenso caí contra su entrepierna. Le agarré una pierna, retrocedí y casi me desplomé mientras ella me agitaba el hombro y me sostenía sobre mis rodillas.

-¡Qué quieres! -gritó. ¿Qué podía responder yo? ¿Morir? ¿En aquel lugar, al otro lado del mundo, alejado de tía Queen, de Mona, de todo lo que amaba? ¿Morir sin dejar rastro?

Alcé el puño intentando hacerle daño. La golpeé, pero sin ninguna fuerza. Me agarré a su ropa de terciopelo, intenté darle otro golpe y alcancé sus partes privadas.

-Ah, quieres verlo, ¿verdad? Quieres ver eso de lo que todos se han reído. Ven, ríndeme homenaje. -Oí el ruido de un cierre. Petronia me puso la mano sobre su corto y grueso pene erecto, luego me obligó a bajarla más, entre dos labios fláccidos, en la hueca hendidura que era su vagina, luego de nuevo hacia su pene-. Tómalo con la boca -me dijo furiosa. Noté la presión en mis labios-. ¡Chúpalo!

Hice lo único que podía hacer. Abrí la boca y cuando ella me metió el pene, mordí con todas mis fuerzas. La oí aullar, pero aguanté. Y me llegó a la boca un copioso flujo de sangre electrizante, cosa que nunca hubiese esperado. Pero no me aparté.

Le hundí los dientes mientras la sangre, aquel fuego líquido, se derramaba en mí, se vertía en mi garganta. Tragué sin querer tragar. Era como si mi cuerpo, agostado por ella, no pudiera resistirlo. De pronto me di cuenta de que me agarraba la cabeza con las manos y sus aullidos eran carcajadas y que la sangre no era sangre, tal como yo la conocía, sino un borbotón de fluido estimulante que parecía proceder de su corazón y su mente.

-Conóceme. ¡Quiero que sepas quién soy! -Entonces me llegó una oleada de conocimientos que no podía negar. Me habría apartado de ello de haber podido, por lo mucho que la odiaba. Pero no podía y tampoco podía soltarla.

Hacía muchos, muchos siglos, nació de una madre actriz y un padre gladiador en la Roma del César un niño monstruoso, mitad macho y mitad hembra, una criatura que cualquier padre hubiera destruido. Pero los suyos la mantuvieron con vida para el teatro, en el que ella llegó a ser un gladiador de gran fuerza a la edad de catorce años.

Librodot

Antes de eso la habían mostrado en privado a aquellos dispuestos a pagar por ello, a los que querían tocarla y ser tocados. Petronia nunca conoció el amor ni la intimidad ni un momento de delicadeza ni un jirón de ropa que no fuera para el espectáculo.

En la arena era fiera y asesina. Yo vi el espectáculo, oí a las multitudes rugir por ella. Vi la arena roja con la sangre que derramaba. Ganaba todas las peleas, por grande o fuerte que fuera su oponente. La vi con su reluciente armadura, la espada al costado, el pelo recogido, los ojos en el César cuando le hacía su saludo.

Pasó muchos años luchando, mientras sus padres le exigían hazañas cada vez mayores. Al final, cuando todavía era una niña, fue vendida por una fortuna a un amo despiadado que la obligó a luchar en el circo contra las bestias más salvajes. Pero ni siquiera las bestias pudieron derrotarla. Ágil y temeraria, Petronia danzaba entre tigres y leones, hundiendo en ellos su lanza certera.

Pero estaba cansada, cansada del combate, cansada de la falta de amor, cansada de la tristeza. La multitud era su amante, pero la multitud nunca estaba en la oscuridad de la noche cuando ella dormía encadenada a la cama.

Entonces llegó Arion. Arion pagó por verla, como habían hecho muchos otros. Arion pagó por tocarla, como tantos otros. Arion le compró vestidos, Arion la abrazó, a Arion le gustaba peinarle los largos cabellos negros. Luego Arion la compró y la hizo libre. Le dio una pesada bolsa de monedas y le dijo:

-Ve donde quieras.

Pero, ¿adónde podía ir? ¿Qué podía hacer? No soportaba el ruido del circo durante los juegos. No soportaba la idea de las escuelas de gladiadores. ¿Qué quedaba para ella? ¿Debía ser proxeneta y prostituta a la vez? Se pegó a Arion, le amaba.

-Tú eres ahora mi vida -le dijo-. No me des la espalda.

-Pero te he dado el mundo -contestó él. Incapaz de soportar sus lágrimas, le dio más dinero y una casa donde vivir. Pero aun así, ella siguió llorándole.

Hasta que por fin la acogió bajo su ala. La llevó a su ciudad. La llevó a la hermosa Pompeya. Se dedicaba al comercio de camafeos. Tenía tres talleres donde fabricaba los mejores camafeos de todo el imperio.

-¿Podrías aprender por mí este arte? -le preguntó.

-Sí. Por ti aprendería cualquier cosa. Cualquier cosa.

Y se dedicó a trabajar con una pasión que jamás había conocido. Ya no luchaba delante de multitudes, no luchaba por su propia e indigna vida. Luchaba para complacer a Arion, algo definitivo y frágil. Sus enemigos eran la torpeza, la impaciencia, la rabia. Estudió con todos los maestros de los talleres. Se dedicó a observar, a imitar. Trabajaba el nácar, la roca, las piedras preciosas. Llegó a dominar el cincel y la fresa. Aprendió todo lo que pudo.

Por fin, al cabo de dos años, logró enseñar a Arion sus propias obras, finas y perfectas. Había tallado dioses y diosas como los de los frisos de los templos. Había realizado retratos como los mejores del Foro. Había convertido en arte un oficio. Arion no había visto nunca cosa igual, según le dijo. La amaba. Y ella nunca había conocido felicidad semejante.

Entonces llegaron los días terribles del Vesubio, la erupción del volcán y la muerte de la idílica ciudad donde habían sido tan felices. Arion había huido la noche anterior al otro lado de la bahía de Nápoles. Había advertido el peligro esa misma tarde, antes de la erupción. Petronia tenía el deber de comprobar que escaparan los esclavos de los talleres, pero sólo unos cuantos le hicieron caso.

Y cuando todo terminó y el aire se había llenado de cenizas y veneno y el mar estaba cubierto de cadáveres, cuando no quedaba nada allí donde Pompeya se había alzado, ella acudió a la villa de Arion -la misma casa en la que ahora nos encontrábamos-, llorando, únicamente con un puñado de seguidores, para contarle que había fracasado.

-No, querida mía, has salvado mi mayor tesoro, has salvado tu vida cuando yo pensé que todo estaba perdido. ¿Qué puedo darte a cambio, mi dulce Petronia?

Librodot

Y con el tiempo le dio la sangre que ella me estaba dando ahora a mí. Con el tiempo la hizo inmortal, como me estaba haciendo ella a mí.

Por fin me soltó. Mis labios acariciaron su pene al apartarme.

Caí al suelo, pero ahora lo veía todo con nuevos ojos. Todas mis magulladuras se estaban curando. Se me pasó el dolor de cabeza. Me incorporé como en un sueño y miré por la ventana abierta. El azul puro del cielo me tenía tan hipnotizado que no oía las voces de la sala.

Arion me agarró y me levantó como lo había hecho Petronia, sin esfuerzo alguno. Luego se tocó el cuello y me dijo que bebiera.

-No, espera, por favor -susurré-. Déjame saborear lo que me ha enseñado. Si no te importa -añadí respetuoso.

Pero ella se lanzó contra mí, volvió a tirarme al suelo y me dio una patada.

-¡Basura! -exclamó-. ¡Cómo te atreves a responder así al maestro! ¿Y quién eres tú para saborear lo que sabes de mí?

-¡Petronia! -terció Arion-. Basta.

Entonces me levantó.

-Mi sangre te dará nuevas fuerzas. Tómala. Es mucho más vieja que la suya, y así no estarás tan atado a ella.

Tuve ganas de gritar por la crueldad de Petronia. La había amado mucho en la sangre. Había sido un estúpido por ello, un perfecto idiota. Pero ahora que Arion me urgía a beber, me pasé la lengua por los dientes sin saber por qué y descubrí que tenía colmillos afilados. Con ellos le besé el cuello, como me había indicado, y recibí un nuevo borbotón de imágenes y sangre.

No puedo decir que recuerde las imágenes. Creo que de alguna manera Arion protegía su viejo y generoso corazón. Creo que medio la sangre y su fuerza sin entregarme a la vez sus secretos. Pero lo que me dio era inefable y glorioso y llenó mi alma herida después del rechazo de Petronia.

En él vi Atenas, vi la famosa Acrópolis atestada y bulliciosa, con los templos y las imágenes de vivos colores como me habían enseñado que estaba pintada y no como ahora vemos el arte griego, blanco y puro, la vi en vivos azules y rojos y color carne. ¡Qué maravilla! Vi el Ágora llena de gente. Vi toda la ciudad extendida en las suaves laderas de la montaña. Mi corazón estaba plagado de magníficas visiones, aunque no tenía ni idea de dónde estaba él. Oí el idioma de la gente a mi alrededor y vi la calle de piedra bajo mis sandalias y sentí su sangre fluir en mí, inundando mi corazón y mi alma.

-Sólo de los malhechores, hijo mío -me dijo mientras la sangre palpitaba-. Aliméntate sólo de los malhechores. Cuando caces, a menos que sólo tomes un sorbo, pasa de largo del corazón inocente. Utiliza el poder que recibirás de mí para leer las mentes y los corazones de los hombres y mujeres y descubre al malhechor en todas partes, y sólo de él toma la sangre.

Por fin me apartó. Yo me relamí la sangre de los labios con un suspiro y supe que aquél sería mi único alimento. Lo supe por instinto. Y por mucho que me hubiera gustado su sangre y la sangre de Petronia, ansiaba probar el gusto de la de un ser humano normal.

Arion me acarició la frente y el pelo con sus manos sedosas y me miró a los ojos.

-Sólo los malhechores, ¿me entiendes? Ah, la atracción del inocente. La ejerce sin saberlo. Y parecen muy sabrosos. Pero hazme caso, te conducirían a la locura, ya tengas un alma educada o no. Llegarás a amarlos y a despreciarte a ti mismo. Hazme caso, es la tragedia de Petronia. Para ella ya no existe la inocencia y por lo tanto no existe la conciencia y por lo tanto no existe la felicidad. Y así sigue adelante en su dolor.

-Yo sigo tus reglas -protestó Petronia.

-No las has seguido con éste -replicó con vehemencia Arion.

-Mi nieto, mi propio nieto -sollozaba el anciano abatido-. Sinvergüenza, desdichada.

-Así vivirá para siempre -dijo Petronia con solemnidad. Luego se echó a reír-. ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué más puedo dar? Me volví hacia ella y con mis propios ojos vi su áspero encanto como si fuera un milagro.

Y supe lo que me habían hecho. De su historia, sus reglas, sus límites no sabía nada. Pero supe lo que me habían hecho. Era la inmortalidad. Lo sabía, pero no llegaba a comprenderlo. ¿Dónde estaba Dios? ¿Dónde estaba mi fe? ¿Se había desplomado todo en aquella monstruosidad?

De pronto me asaltó un dolor espantoso. ¿Me habían engañado?

-Es la muerte humana -explicó Arion-. Sólo durará unos momentos. Ve con los ayudantes al baño. Luego te vestirán y aprenderás a cazar.

-De manera que somos vampiros -dije-. Somos la leyenda. -El dolor en el vientre era intolerable. Vi que el ayudante que había conocido antes me esperaba.

-Buscadores de sangre -repuso Arion-. Llámame con estas palabras y te amaré más.

-Pero, ¿por qué me amas?

Él me puso la mano en el hombro.

-¿Cómo podría no amarte?

39

Durante toda mi vida había creído en el cielo y el infierno. ¿Despreciaba el cielo esta metamorfosis?

Yo era un hombre borracho en la cúspide de su locura. No me arrepentía de nada. Me tumbé en el baño, desnudo, dejando que los oscuros fluidos se vertieran sobre mí. Por fin desapareció el dolor y los chorros de agua fresca corrieron puros. La muerte humana había concluido.

Miré a los tres criados, el adonis y las dos jóvenes de afilados rasgos. Estaban horrorizados y perplejos.

Mientras me lavaba en el agua fresca, mientras me frotaba con la esponja, fue el joven adonis el que me trajo el jabón y la toalla y me ayudó a salir del baño y a vestirme con los mismos finos atavíos que llevaban los otros: esmoquin negro, pantalones y jersey de seda blanca de cuello alto, de manera que ahora me parecía más a mis nuevos compañeros, con los que tenía que reunirme, o eso imaginé.

Sentí una punzada de hambre desmesurada por la sangre de aquellos criados, nacida de ver la sangre moverse bajo su piel y el fuerte olor a sangre que flotaba en el aire. Yo no era uno de ellos. No era su hermano. Ellos no podían sentir lo que yo sentía, no podían saber lo que yo sabía.

Recordé las advertencias de Arion. Malhechores. Miré a los ojos a la más dura de las jóvenes, la que esperaba que me asesinaran, y pude leerle la mente: vi su rabia, su amargura, su mal genio. Y mientras la miraba y el tierno adonis me ajustaba la ropa, ella habló con su voz más desagradable:

-¿Por qué tú? -preguntó-. ¿Por qué tú y no uno de nosotros? ¿Quién eres para que te hayan elegido?

-No, calla -se apresuró a advertir el chico-. No seas temeraria.

La otra joven asumió un aire frío y cínico, pero sentía lo mismo. Se sentía engañada y furiosa. Las dos mujeres emanaban odio y eso me enfurecía. Las odiaba, las odiaba porque habían estado dispuestas a deshacerse de mi cadáver esa misma noche, sin consideraciones, pensando sólo que era una pesada tarea.

-Trabajamos, esperamos -dijo la más atrevida-, y ahora te traen a ti y ella te elige. ¡Por qué!

-Calla -insistió de nuevo el muchacho. Había terminado de ponerme el jersey y alisarme las solapas de la chaqueta. Me miraba a los ojos suplicante, adorándome. Parecía muy contento de que no hubiera muerto. Le parecía maravilloso.

-¿A cuántos otros ha traído ella aquí? -le pregunté.

Pero no tuvo tiempo de contestar. Las puertas del baño se cerraron de golpe y antes de que los criados pudieran volverse, se cerraron otras dos puertas. No quedaba más salida que la terraza, y yo sabía que bajo ella había una buena caída.

Al darme la vuelta vi a Petronia contra las puertas.

-Muy bien. Ya veo que has terminado de morir y no volverás a saber lo que es eso a menos que así lo decidas. Ahora tendrás que tomar otra decisión. Vas a decidir a quién matarás primero. Y será uno de éstos. Date prisa, a mí no me importa quién sea. No, sí que me importa. Siento curiosidad. ¡Vamos!

Las chicas retrocedieron gritando, abrazadas la una a la otra, contra la pared de mármol. El muchacho se limitó a mirar a Petronia sin hacer nada. Parecía sentir una profunda decepción, pero no abrió la boca.

-No puedo -dije.

-Sí que puedes y lo harás. Elige a uno de éstos o elegiré yo por ti. Son malhechores por excelencia. Esta noche se habrían librado de ti si hubieras muerto, no habrías sido más que un despojo para ellos.

Se acercó a mí. Se le suavizó el rostro, me puso el brazo sobre los hombros mirándome con ternura y me habló con amabilidad mientras las chicas se estremecían y gemían de pánico y el muchacho permanecía inmóvil.

-Quinn, Quinn, mi pupilo -dijo con su voz cariñosa, una voz que yo le había oído muy pocas veces-. Quiero que seas fuerte, que te valgas por ti mismo, de manera que debes aceptar mis duras lecciones. Lee sus mentes. Utiliza el don del hechizo para encantarlos. Estás hambriento de ellos. Sí, sí, así. Utiliza tus dones y guíate por el olor de su sangre.

Miré a la joven que hablaba con dureza y leí en su mente. Vi su maldad, su maligna desconexión del rebaño humano, su vulgar egocentrismo. Y cuando me acerqué a ella su rostro estaba terso, sus ojos grandes vacíos, como si la hubiera inmovilizado. Su compañera de crimen se había alejado y estaba con el muchacho al otro lado de la habitación. Ella era mía; abandonada, hechizada, resignada. Sólo había paz en su interior.

-Devora el mal -me ordenó Petronia, junto a mí, como mi mala conciencia-. Bébelo e introdúcelo en tu sangre limpia y eterna.

La muchacha estaba fláccida. Se desplomó en mis brazos, caliente y sedosa, con la cabeza a un lado. Su mente estaba rota como el tallo de una rosa con espinas. Le besé el cuello y entonces le hundí los dientes y sentí el delicioso flujo de su sangre, más salada que la de mis maestros vampiros, de alguna manera más sabrosa, y con la sangre manó la espantosa historia de su vida, pútrida, común, indecente. Yo sólo buscaba el exuberante sabor de la sangre, sólo ansiaba el rico flujo de la sangre. Repudié las imágenes, aparté mi corazón del suyo y concentré mis sentidos sólo en la sangre espesa. Por fin Petronia me apartó. La chica yacía a mis pies, un cadáver de grandes ojos negros y vacíos, unos ojos muy hermosos, con el cuello ensangrentado.

-Has derramado la sangre, mírala. Agáchate y límpiala con la lengua. Limpia la herida hasta que no quede nada.

Me arrodillé, la levanté e hice lo que me decían.

-Hazte un corte en la lengua, y con una gota de tu sangre sella la herida hasta que desaparezca.

Me concentré mucho en la tarea. Vi desaparecer los diminutos pinchazos y solté a la muchacha, que cayó pálida y amoratada, yerta, en el suelo.

Me levanté aturdido. Era de nuevo un borracho. El objeto más común parecía palpitar de vida.

Tendí la mano hacia el adonis.

Librodot

-Gracias por tu amabilidad conmigo -dije, pero él estaba demasiado asustado para contestar y se me quedó mirando como si yo le hubiera obligado a hacerlo. Me di media vuelta.

¿Estaba saliendo del baño con Petronia? ¿Estábamos subiendo por una gran escalera? La tarde parecía una bruma más que una cuestión de luz. Las estrellas parecían moverse en el cielo mientras caminábamos por una terraza cubierta. Oía y olía el mar.

Llegamos a la habitación donde estaba Manfred sentado ante el tablero de ajedrez, todavía con Arion. Los dos me parecieron magníficos, infinitamente más gloriosos que los criados.

-De modo que nuestra visión ha cambiado -murmuré-. Lo vemos todo como si estuviera en llamas.

-Sabía que lo comprenderías -contestó Petronia-. Me gustan tus palabras. No tengas nunca miedo de hablar conmigo. Te estuve observando durante años antes de escogerte, a ti y a tus espíritus. Era un lenguaje que me atraía como la belleza.

-Te quiero -dije-. ¿No era eso lo que querías?

Ella soltó una suave risa. Me rodeaba la cintura con su cálido brazo y en ese momento su belleza me llegó al corazón. Incluso poseía un aire majestuoso. Yo la adoraba.

Salimos a la terraza para ver el mar. Era de un claro azul verdoso. Lo veía en la oscuridad, advertía cómo tomaba su color del cielo iluminado por la luna. Las estrellas se movían como si quisieran abrazarnos. A lo lejos se alzaba, en la ladera de la montaña, un pueblo de casas blancas, tan precariamente colgadas que parecían irreales. Más allá se veían las cumbres nevadas.

-¿Que quiero que me ames? -dijo ella, repitiendo mi comentario-. No lo sé. Tal vez lo quise durante un tiempo, tal vez todavía lo deseo. ¿Cómo sabes tú lo que yo quiero? Si yo llegara a saberlo me daría por contenta. Pero, ¿por qué digo estas mentiras? O más concretamente, ¿por qué me las creo? Te quise desde el primer momento en que te vi. Ibas a ser para mí. Y sólo por esta noche o por unas cuantas más. Decidí que fueras fuerte, ya te lo dije, así que tenemos que volver con Arion y él te dejará de nuevo hambriento. ¿No es así, dulce maestro?

-¿Puedo atreverme a hablar de las cosas que vi en la sangre? -le pregunté.

-Inténtalo -me contestó, con su nueva amabilidad-, y si no me gusta lo que dices, ¿quién sabe lo que haré? No lo sé ni yo. ¿Qué viste en la sangre?

-Cuando luchabas en la arena, ¿eran combates a muerte?

-Sí, siempre. ¿Acaso no has estudiado la antigua Roma? Había muchas mujeres gladiadores. Yo era una de las mejores, siempre la favorita de la multitud. Era tal como ahora me conoces, despiadada. Sobreviví aquellos años por pura fiereza. Era natural, era de esperar. Y yo lo acepté con sencillez.

Petronia me miraba radiante.

-Fue Arion quien domó mi corazón -prosiguió-. Fue Arion el que me apartó de mis crueles objetivos, de la burla y la maldad, para hacer camafeos. No te imaginas los magníficos objetos que hice para él. Arion me daba rubíes y esmeraldas y yo tallaba para él auténticas historias en nácar: las victorias de los emperadores, el avance de las legiones. Mi trabajo era famoso en todo el Imperio. Me pasaba el día inclinada sobre mi mesa, vestida con descuido como un muchacho, con el pelo atado con un cordel, sin dedicarme más que al trabajo, que era lo más importante, fuera cual fuera. Cuando caía la noche llegaba Arion. Entonces me convertía en mujer para él. Me convertía en algo suave, algo decente, algo magnífico para él.

-¿Qué es la decencia?

-Tú lo sabes. Siempre lo has sabido.

-¿Pero qué es ahora? Yo sabía lo que era antes, sí, pero ahora ya no. He matado a esa joven réproba, a esa joven asesina. Eso no ha sido decente. Dímelo.

-Vamos, vamos, es demasiado pronto para ese tipo de preguntas. Tenemos que cazar. Te espera una larga noche. Ya te he dicho que no estoy dispuesta a crear alfeñiques. Cuando termine contigo serás fuerte.

-¿Seré decente? -pregunté-. ¿Seré honorable?

-Ya veremos lo que serás. -De pronto se puso triste-. Para eso utiliza tu inteligencia. No me imites. Imita a los que son mejores que yo. Imita a Arion.

Cuando volvimos a la sala grande, Manfred se levantó para saludarnos y me abrazó. Sólo lo separaron de mí los brazos amantes de Arion, cuyo hermoso rostro negro se me antojaba adorable. Parecía tan esbelto, tan cálido, una criatura de milagrosos contornos y expresividad.

-Vacíalo, maestro -pidió Petronia. El maestro me tomó en sus brazos y hundió los dientes en mi cuello.

Volví a ver las imágenes de mi vida fluir con la sangre. Sentí el dolor que conocía, el inefable dolor de estar para siempre alejado de Mona, de mi hijo Jerome, de tía Queen, Nash, Jasmine, mi amada Jasmine de color chocolate, de mi amado Tommy. Sentí todo esto salir de mí con la sangre, pero no salir de mí para siempre, sólo revelado, abierto como una herida fiera y terrible -Has muerto, Quinn- y sentí que Arion lo recibía como si quisiera aliviarme. No tardó en invadirme una oleada de debilidad.

Desperté sentado en una silla y, por un momento, el dolor me resultó insoportable. Era tan terrible que lo único que me quedaba por hacer era salir a la terraza y tirarme a las rocas para quedar aplastado y morir de verdad. Pero me pregunté, sabiamente, si con aquello lograría la muerte.

Entonces me consumió el hambre. Nunca me había sentido tan voraz, y la sangre era mi único deseo. Quería la sangre de Arion. Quería la sangre de Petronia. Me quedé mirando a Manfred, que a su vez me miraba a mí.

-Sigamos con las lecciones -dijo Arion, tendiéndome los brazos-. Ven a mí, a mi cuello y toma el pequeño sorbo, sólo una fracción de lo que deseas, y no derrames nada. Aprende a tomar el pequeño sorbo y podrás alimentarte de los inocentes. Podrás alimentarte de ellos suavemente sin arrancarles el alma. Sólo los dejarás aturdidos después de tu beso.

Obedecí de inmediato. La sangre era muy espesa. Volví a ver imágenes de la soleada Atenas. Era una agonía, pero me retiré en el momento preciso como Arion me había indicado, y lamí las gotas que amenazaban la blancura de su jersey de satén. Él me sujetó hasta que me sostuve firme sobre mis pies. Luego me besó en los labios, me metió la lengua en la boca y la forzó hacia arriba contra mis colmillos. La sangre manó de nuevo. Me tambaleé y retrocedí a trompicones.

-¿Cómo va a ser ahora mi vida? -susurré-. ¿Un éxtasis?

-Éxtasis y control -me contestó suavemente-. Ahora bebe de Manfred. Llama a tu hijo, Manfred.

El anciano tendió los brazos y yo fui hacia él.

-Ven, hijo de mi casa, hijo de mi legado -dijo con su voz grave-. Amado hijo de mi linaje. Bebe de mi sangre. Fue Petronia en su maldad la que construyó Blackwood Manor con su oro, su miserable oro. Yo te doy mi amor, muchacho infortunado. Te doy mi sangre. Toma de mí la imagen de lo único puro que he amado.

-Un sorbo corto y limpio -dijo Petronia.

Hundí los dientes en su cuello de toro mientras él me sostenía el hombro con su manaza. Pero no vi a Virginia Lee, sino a Rebeca, a Rebeca espantosamente colgada del gancho oxidado, y a Manfred maldiciendo a Petronia mientras ella aullaba de risa. A Rebeca atormentada, la sangre oscura que significa muerte manando de su rostro, el gancho clavado en su cuerpo, muy hondo, atravesándole el corazón.

De pronto Rebeca se echó a reír. Estaba sola, señalándome, riéndose burlona.

-¡Dios mío! -exclamé, retrocediendo a trompicones. El anciano se había llevado un pañuelo al cuello y parecía muy abatido. Arion me agarraba los hombros.

-Qué daño -dijo el anciano-. ¿Por qué le has tendido la mano, Quinn? ¿Por qué le tiendes la mano a esa arpía?

-Control, hijo mío, control -terció Arion-. Para poderte mover por una sala atestada de mortales, elegir a los que quieras, dar el beso fatal y marcharte sin que nadie sepa nada.

-Pero, ¿por qué he visto a Rebeca? -resollé-. ¿Por qué razón? Tú querías que yo viera a Virginia Lee.

-Sí, pero ¿cómo ocultarla culpa de mi corazón? Tú la buscaste, la encontraste, la poseíste.

Entonces oí su susurro: Gimen y lloran por ti en tu preciosa

Blackwood Farm. ¿Cuándo pondrán tu nombre en una lápida? -Apártate de mí, desgraciado fantasma. Con la mía, ya te has cobrado una vida por tu vida. Déjame.

No hubo respuesta.

Y así seguí aprendiendo durante horas entre ellos.

Me adiestraron hasta que aprendí a dar el pequeño sorbo, pero no quedé nunca saciado, y se rieron de mi hambre cuando me quejé del dolor. Y si Petronia se mostraba huraña o impaciente, Arion la avergonzaba con su dulzura.

-Ahora tenemos que ir a cazar, los cuatro -dijo Arion-. Buscarás al malhechor utilizando el don de leer las mentes y nosotros te vigilaremos.

-Es una boda -explicó el anciano con su voz de bajo-. Un americano rico ha venido a Nápoles para la boda de su hija. Encontrarás malhechores por todas partes. Atraerás a uno y lo tomarás de tal manera que nadie sepa nada. Unas gotas de sangre de tu lengua harán desaparecer la herida. ¿Estás listo para ser uno de nosotros, hijo?

-Imagínatelo antes de salir -añadió Arion-. Llevan horas bebiendo. Tienes que moverte entre ellos en silencio, sin que nadie repare en ti. Dejarás a tus víctimas como si estuvieran borrachas. Podrás beber el pequeño sorbo de los inocentes si lo deseas.

-Sí -contesté. Tenía sed y el corazón inflamado. Deseaba con toda mi alma maldita ser como ellos. ¡Era uno de ellos!

De pronto Petronia me alzó y me arrojó por los aires, más allá de la puerta abierta de la terraza. Yo caí, caí hasta la playa y aterricé sin ruido en las rocas, de pie, justo al borde de la espuma verde del mar.

Miré en torno a mí. Alcé la vista. Qué lejos estaba Petronia. Me hacía señas desde la terraza y yo apenas la veía. Pero oí su susurro como si la tuviera al lado.

-Ven a mí, Quinn.

Deseé que mi cuerpo se elevara, y me elevé. Me moví más y más deprisa hasta flotar junto a ella, por encima de la barandilla de la terraza. Por fin aterricé a su lado.

Me rodeó con el brazo y me miró con ojos llameantes.

-Ya lo has visto. Nos movemos por velocidad, no por magia. Te tengo en mi poder. Y no derrames ni una gota cuando bebas. De ti sólo esperamos la perfección.

-Pero, ¿llegamos a matar?

Arion se encogió de hombros.

-Sí así lo deseas. Si el mal está listo para ello y tú eres astuto y hábil.

40

Un humo azul de tabaco flotaba en las habitaciones. Veía los rostros como a través de la lente de una cámara. Todos eran hermosos, todos eran imperfectos. Las voces eran un rumor indistinto y ensordecedor, los pensamientos de tantas mentes un barullo caótico. Perdí el equilibrio. Quería alejarme, pero seguí adelante.

El olor a comida era repugnante, el olor del licor, acre y extraño, corno si jamás lo hubiera probado. El olor de la sangre emanaba de cada poro de piel que tocaba mientras avanzaba por el laberinto.

La novia estaba bajo una pesada pérgola, flaca como un espectro, hermosa, con un vestido de manga larga de encaje. Sostenía un cigarrillo con la mano izquierda y al verme me hizo señas apremiantes, como si me conociera, y yo leí su mente: era una invitación. Pero, ¿qué quería?

No podía apartar los ojos de ella mientras me acercaba. Entrelazó su brazo con el mío y yo capté el olor de su sangre, fuerte y palpitante bajo su piel olivácea.

Me llevó a un gran dormitorio y cerró la puerta con llave. Sus ojos negros me miraban implorantes. Tenía el maquillaje corrido y un mohín en los labios rojos.

-Ya le has visto, al muy hijo de perra -dijo furiosa-. ¡Lo que me hace el día de mi boda! -Su rostro era una impresionante mueca de rabia.

Me arrancó el abrigo y me llevó a la cama. El pelo negro le caía suelto de sus broches engastados de diamantes.

-Venga, deprisa, quiero que intente echar la puerta abajo, el muy cerdo.

Le sostuve la barbilla con la mano derecha para volverle la cara hacia mí. La besé en la boca. ¿Qué era aquello para mí? El olor de la sangre me abrumaba. Fui a su cuello, mordí con fuerza y la arteria explotó. La sangre manaba sobre su vestido de novia como de una fuente. Ella resolló. Yo cerré los labios sobre la herida maldiciéndome, maldiciendo mi torpeza, mi hambre, mi suerte. Por el Dios del cielo. Bebí y bebí. Ella estaba yerta, como en éxtasis, y una letanía de inocencia banal surgía de ella, no había maldad, no había malicia ni conocimiento ni dolor.

Seguí bebiendo y bebiendo la sangre salada. Me poseía, yo era un esclavo, no deseaba otra cosa. Excepto que ella no muriera, que no hubiera sangre en su vestido blanco, su espléndido vestido blanco.

Su corazón se apagó como una vela. No había manera de resucitarlo. La sostuve, la sacudí. 'Vuelve. Ha sido un error. Un espantoso error. Bebí de nuevo como un idiota, hasta que no quedó nada. Entonces me encogí gimiendo. No quedaba vida en ella, no quedaba sangre. La sacudí como una muñeca, una muñeca rota. ¡Estaba muerta! Miré los diamantes de su pelo arruinado.

Alguien me agarró del pelo y me lanzó contra la pared. Me di tal golpe que por un momento quedé ciego y casi sin sentido. Luego, bajo la luz parpadeante, la vi allí muerta, con un pie caído de la cama, el vestido cubierto de sangre, su hermoso vestido de encaje, su hermoso vestido blanco con sus filigranas y los círculos de lustrosas perlas, el pelo caído de los broches de diamantes, su rostro muy dulce, sin rabia ya, sin odio.

Era Petronia la que me había atacado. Ahora me sacó por la ventana bajo la pérgola y volvió a arrojarme contra la pared. Esta vez sentí la sangre manar de mi cabeza. Estaba aturdido de dolor. Me tiró por encima de la barandilla y yo caí y caí hacia el mar. Sentía que me moría. Estaba lleno de sangre inocente y me moría. Lloraba y me moría, y la novia, la pobre novia estaba muerta. La había dejado cubierta de su propia sangre. Traicionadas todas las novias de Blackwood Farm, Ofelia Inmortal nunca sería mi novia traicionada, con sangre en su vestido blanco, Rebeca nunca sería la novia de Manfred, riéndose.

Estábamos de vuelta en el palazzo. Petronia me golpeaba una y otra vez, maldiciéndome y maldiciéndose a sí misma por lo que había creado.

-Imbécil, la has matado. Imbécil. No era más que una zorrita, y por eso la has matado. En la locura del asesino, la has matado. No era nada más que una zorra. Idiota. -Me golpeaba la cara una y otra vez. Dolía, pero el dolor no es la muerte. Me daba patadas en las costillas. Yo me aferraba al suelo.

- ¡Detenla! -gritó el anciano-. ¡Detenla, detenla, detenla!

Librodot

-Te llevo a cazar a una boda plagada de asesinos y tú matas a la novia. -Petronia hervía de rabia. Me dio una patada en la cara y rodé en el suelo hasta quedar boca arriba. Entonces me pateó la entrepierna-. ¡Estúpido, torpe, ignorante, idiota, torpe!

-¡Que alguien la detenga! -rugió el viejo.

-¡Y la sangre del vestido! Pero, ¿cómo lo hiciste? ¡Cretino, idiota, imbécil! ¿Dónde creías que estabas? ¡Qué te creías que eras! Por fin Arion la apartó de mí.

-Ha sido culpa nuestra -dijo-. Le hemos dejado solo. Es demasiado joven. Deberíamos haber estado con él.

Petronia lloraba. Estaba en brazos de Arion y lloraba. El anciano sollozó.

Yo me quedé allí tumbado, soñando con la muerte.

Ay, Dios mío, ¿cómo había llegado a esto? ¿Cómo pudieron engañarme tanto mis sentidos? ¿Cómo permití que mi voracidad me llevara a aquel abismo? Estoy en la oscuridad, más allá del pánico y la ansiedad. Dios mío, esto es angustia. Pero aun así me aferro a lo que soy. Me aferro a todo lo que soy.

Y en algún lugar, muy, muy lejos de allí, otros me buscaban. Rebeca tenía razón. Y debían de estar diciendo: «Los caimanes lo han matado. Pobre Quinn. Está muerto.»

Y lo estaba.

41

Antes de que amaneciera Arion me llevó al sótano de la casa y me enseñó la cripta en la que dormiría. Me contó que, puesto que era muy joven, el sol podía destruirme y que, incluso cuando alcanzara una edad tan antigua como la suya, todavía me dejaría inconsciente y sin poderes. Me explicó también que el fuego podía significar mi muerte, pero que ninguna otra herida podría matarme.

Yo pensé, como un estúpido, que comprendía estas cosas. Arion me dijo también que todas las heridas que me había hecho Petronia en su ataque de rabia sanarían en un día puesto que no representaban nada serio para alguien de mi fortaleza, y que él vendría por mí cuando se pusiera el sol. Tenía que esperarle.

-No tengas miedo de la caja, hijo. Conviértela en tu refugio. Y no tengas miedo de tus sueños. Ahora eres inmortal y todas tus facultades han aumentado. Acéptalo y disfrútalo.

Me tumbé en la cripta, que me inspiraba el más inefable de los horrores, pero no podía hacer nada. Cerraron sobre mí la tapa de granito y muy pronto, llorando en silencio, quedé inconsciente.

Soñé con Patsy. Olía a algodón de azúcar. Sus labios sabían a manzana de caramelo. Soñé que era un niño pequeño y me sentaba en su regazo. Ella me echaba y yo me convertía al instante en un hombre y la mataba. Bebía su sangre, que sabía a caramelo. Sus enfermedades y su maldad no me contaminaban. Intenté despertar. Soñé esto mismo una y otra vez y me desperté en una ocasión, o lo soñé, con su cuerpo en mis brazos. Una Barbie. La tiré al agua verdosa del pantano y cuando se hundió bajo la superficie quedé horrorizado. Pero Patsy estaba muerta y manaba la sangre. Era demasiado tarde para salvarla. Adiós, Patsy. Rebeca se echó a reír. Una muerte por mi muerte.

-Sí -me burlé-, crees que lo tienes todo planeado.

-La maldición de Quinn -dijo el padre Kevin.

Cuando volví a abrir los ojos el sol acababa de ponerse y el cielo seguía rojo. Una luz dorada llenaba la cripta. Arion me miraba, contento de que estuviera consciente. Me llevó a la terraza.

Las estrellas surcaban el cielo púrpura. Detrás de las nubes colgaba el sol. Era magnífico.

-Algunos buscadores de sangre no se despiertan hasta que el cielo está totalmente oscuro -me contó-, y no llegan a conocer esta gloria. Ya veo que te proteges los ojos, pero no te hace daño.

Era cierto, pero me costó asimilar el hecho de que no volvería a ver la luz del día.

Él vio mi expresión atribulada.

-No mires atrás. Ahora te llevaré a cazar. Esta noche serás mi aprendiz.

-Así que Petronia está decepcionada conmigo -concluí-, y ya no quiere saber nada de mí.

-No -contestó él con una carcajada sincera-. Está deseando verte. Pero es muy mala profesora, de modo que se lo he prohibido. Vendrás conmigo. Cazaremos en los cafés y los clubes de Nápoles.

Arion iba vestido de manera informal, con una camisa de seda negra abierta en el cuello, una chaqueta de seda rojo oscuro y unos elegantes pantalones.

Me llevó a una sala donde el muchacho mortal me ayudó a elegir un atavío similar. Una vez más, le di las gracias.

-Si tuviera dinero, te lo daría.

Él sonrió y le di una palmada en el hombro.

Luego salimos a los cafés y los bares para proseguir con las lecciones.

Encontramos toda clase de muchedumbre y practicamos el pequeño sorbo una y otra vez hasta que logré dominarlo. Luego, arrinconamos a dos «perfectos asesinos» y nos saciamos con ellos en un callejón de la parte más vieja de Nápoles. Dejamos allí sus cuerpos porque Arion dijo que no importaba, pero que habría otras ocasiones en que no sería así y sería necesario eliminar los cadáveres. En aquel caso, Arion les rebanó el cuello para que pareciera que se habían desangrado.

-Lo más importante es alimentarse sin matar. Si puedes vivir sin provocar la muerte, resistirás. Pero de vez en cuando el ansia de matar será abrumadora, ansiarás tomar el corazón ardiente, por eso te he enseñado a hacerlo.

Estaba exultante y la elegante figura de Arion me emocionaba. Imitaba su gracia. Quería que fuera mi modelo en todo. Y en cierto modo sigue siéndolo hoy en día. Se movía con aire felino y hablaba con una voz suave que inspiraba respeto y lealtad.

Tenía la piel tan negra que a la luz de los cafés y los bares parecía casi azul, y en sus profundos ojos amarillos había destellos castaños y verdes. Sus dientes eran de un blanco perfecto, sus labios, pequeños para su rostro, y su sonrisa, dulce y encantadora.

Por fin, después de cazar tal vez más de lo necesario, nos acomodamos en un café tranquilo donde él pudiera seguir aleccionándome. Y aquello me emocionó casi tanto como la caza.

Pero en cuanto me sosegué, en cuanto tuve en las manos el café, que no podía y no quería beber, me puse a temblar violentamente, en estado de conmoción.

Él puso la mano sobre la mía, se besó los dedos y repitió el gesto.

-Tienes que comprender en la medida de lo posible el don que se te ha otorgado. No renuncies en los primeros años. Muchos perecen de ese modo. Por supuesto, desprecias a Petronia por dártelo, pero todo esto es bueno y natural. Cuando ella bebió de ti, cuando estuvo a punto de matarte, viste a los que han ido al Paraíso antes que tú, y te apartaste.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque te leí la mente. Ahora no es lo mismo. Hemos intercambiado mucha sangre. Con Petronia pasa igual. No dejes que te engañe. Es despiadadamente inteligente, caprichosa y desgraciada. Pero te quiere, y ya no puede leer tu mente.

-¿Siempre es para ti una mujer? ¿Nunca la ves como un hombre?

Arion se echó a reír.

-Ella misma tomó la decisión hace tiempo de ser mujer conmigo. Cuando luchaba en el circo, hace siglos, era como mujer. Los que se enfrentaban a ella se maravillaban de su

Librodot

musculatura y su resistencia. Pero la consideraban mujer. Ella va de un género a otro, es hombre y mujer a la vez. Pero no tenemos que hablar de eso ahora. Hablemos de ti.

-¿Y qué hay que decir de mí? ¿He llegado aquí por propia voluntad? No, pero a pesar de todo, me culpo de lo sucedido. En la visión que tuve del Paraíso me aparté de mis abuelos, tienes razón. Pero me gustaría que me dijeras, incluso si la respuesta me atormenta, si lo que vi fue real.

-No te lo puedo decir -contestó encogiéndose de hombros con un gesto elegante-. No lo sé. Yo sólo sé lo que viste. Con mis víctimas pasa lo mismo. Muchas veces ven la luz del Paraíso y los seres que amaron los llaman, de manera que dejan mi abrazo en espíritu y yo me quedo con el cadáver.

Esa respuesta me inquietó. Me quedé callado un buen rato. Incluso alcé el café y volví a dejarlo. El bar estaba medio vacío, pero en la calle se oía el ruido de los transeúntes. Frente a nuestro establecimiento había un club nocturno y la música palpitaba más allá del cartel de neón. Me pregunté si habría recorrido aquella calle cuando estaba vivo. No me acordaba. Pero Nash y yo habíamos paseado por Nápoles. Era posible. Y ahora, ¿cómo volvería a ver a Nash? ¿Cómo iba a volver a casa?

-Déjame que insista de nuevo en ello -dijo Arion-. No te destruyas los primeros años. Les sucede a muchos. Hay muchos peligros a tu alrededor y es fácil desesperar. Es fácil sucumbir al odio amargo contra ti mismo. Es fácil sentir que el mundo ya no te pertenece, cuando nada está más lejos de la verdad. El mundo es tuyo y tuyo es el paso de los años. Y ahora debes sencillamente vivir para ello.

-¿Cuánto tiempo tenemos?

La pregunta le sorprendió.

-La eternidad -dijo, encogiéndose de nuevo de hombros-. No tenemos final. Cuando te di mi sangre intenté ocultarte mi vida, pero tú viste el lugar de mi felicidad mortal. Sabes que era Atenas. Viste la Acrópolis y la reconociste de inmediato. Viste el templo de Atenea en todo su esplendor. No pude ocultarte el secreto del brillo de aquella época, el sol de Atenas, tan fuerte, tan caliente, tan inclemente, tan maravilloso. Tú absorbiste de mí este conocimiento y debes saber sin duda cuánto tiempo llevo viviendo, cuánto tiempo he caminado sobre la tierra, cuántos siglos he vagado.

-¿Qué te sostiene? ¿Qué te mantiene? Desde luego no son Petronia ni el viejo.

-No seas tan apresurado en tus juicios -me reprendió con dulzura-. Alguna noche, dentro de mucho tiempo si es que sobrevives, te reirás cuando te acuerdes de que me hiciste estas preguntas. Además, yo amo a Petronia y puedo controlarla. Te preguntarás tal vez por qué no impedí que te creara, por qué no hice uso de mi autoridad para que no te corrompiera. Debes comprender que lo que yo vi es que te daba la inmortalidad.

Hizo una pausa, sonriendo y tocándome la mano.

-¿Existen otras razones? Lo cierto es que no lo sé -prosiguió-. Tal vez albergaba el deseo de verte transformado. Eres tan admirable, tan joven, tan espléndido en todo tu ser... Y con la única excepción de Manfred, hacía siglos que Petronia no realizaba el oscuro truco, como algunos lo llamamos. Siglos. Petronia tiene la teoría de que el deseo va creciendo en nosotros y tiene que ser saciado, de manera que entonces nos trae a alguien y lo convierte en un buscador de sangre.

-Pero las chicas y el muchacho que me prepararon hablaban como si hubiera habido otros.

-Petronia juega con los otros y luego los destruye. ¿Qué sabrán los criados? A ellos les dicen que el postulante se está preparando para recibir grandes dones y luego fracasa. Eso es todo. De la niña no sé gran cosa. Es ignorante y codiciosa. Pero el chico tiene chispa. Tal vez Petronia lo incluirá en nuestro grupo.

-¿Y se ha hecho bien?

-Por supuesto que se ha hecho bien -contestó Arion, casi como si mi pregunta fuese un insulto-. A pesar de que se emplearon más palabrotas y patadas de lo que yo considero

necesario, en general se hizo bien. Yo me encargué de que se hiciera bien. Pero tengo algo más que decirte.

Hizo un gesto con el café, jugando con él como si le gustara verlo moverse en la taza y saborear su aroma, que era oscuro y denso y extraño para mí.

-Te estoy vigilando, por supuesto -prosiguió-. Cuando bebas de los malhechores, tienes que deleitarte en ello, no retroceder ante el mal. Es tu ocasión de ser tan malo como la persona que matas. Sigue el mal de tus víctimas mientras vacías su alma. Aventúrate en crímenes que tú nunca cometerías sin miramientos. Cuando termines, retoma tu alma con lo que has aprendido y estarás limpio de nuevo.

-Me siento de todo menos limpio.

-Entonces siéntete poderoso. La enfermedad no puede tocarte, ni la edad. Cualquier herida que sufras sanará. Si te cortas el pelo, volverá a crecer en una noche. Tendrás siempre el mismo aspecto que ahora, mi Cristo de Caravaggio. Recuerda, sólo el sol y el fuego pueden afectarte.

Le escuchaba con toda mi atención.

-Debes evitar el fuego a toda costa, porque tu sangre arderá y padecerás un terrible sufrimiento, aunque podrías sanar, curándote poco a poco con los siglos. En cuanto al sol, a mí no me mataría en un día. Pero en éstos tus primeros años puede destruirte. No te rindas al deseo de la muerte. Se lleva a demasiados jóvenes en su impetuosidad y sus exaltadas emociones.

Sonreí. Sabía muy bien lo que eran las emociones exaltadas.

-No tienes que encontrar una cripta todos los días de tu vida. Petronia y yo juntos te hemos hecho fuerte, y hasta la sangre del viejo ha sido buena para ti. Una habitación cerrada a cal y canto, apartada del sol, un escondrijo te será suficiente, pero al final elegirás un refugio donde puedas retirarte, un lugar que sea tuyo donde nadie pueda encontrarte. Recuerda, cuando llegue el momento, que ahora eres diez veces más fuerte que cualquier mortal.

-¡Diez veces más fuerte! -exclamé maravillado.

-Sí. Cuando tomaste a la hermosa novia le partiste el cuello en los últimos momentos. No te diste ni cuenta. Y lo mismo pasó con el asesino del callejón. Le partiste la columna. Tienes que aprender a tener cuidado.

-Estoy empapado de muerte. -Me miré las manos. Sabía que no volvería a ver nunca a Mona, porque una bruja como ella vería la sangre que me cubría.

-Ahora te alimentas de mortales -contestó Arion con su habitual elegancia-. Es tu naturaleza. Los buscadores de sangre han existido desde el principio de los tiempos y probablemente antes. Hay viejos mitos, tanto escritos como orales, que cuentan que en una época vivían aquí los seres de los que manaba la fuente primigenia a todos nosotros, y que lo que les pasara a ellos nos pasaba a nosotros y por tanto debían permanecer para siempre sin mácula. Pero ya te daré los libros en los que se cuentan estas fábulas...

Se interrumpió un momento para recorrer con la mirada el bar. Me pregunté qué vería. Yo veía sangre en todos los rostros, oía la sangre en todas las voces y percibía los pensamientos de todas las mentes como ruido estático.

-Baste decir que la Madre se alzó de su sueño de miles de años y destruyó iracunda a muchos de sus hijos. Se movía al azar, y agradezco a los dioses el hecho de que nos pasara de largo. Yo no podría haber hecho nada contra su poder, porque ella tenía el don de la mente, es decir, el don de matar a voluntad, y el don del fuego, de quemar a voluntad, y quemó a los buscadores de sangre que encontró, que se contaban por centenares.

»Al final ella misma fue destruida, y el núcleo sagrado -la sangre primigenia de la que todos venimos- pasó a otro, porque si no se hubiese marchitado como las flores en un tallo muerto. Pero la raíz ha sido siempre preservada.

-Y esa persona, la que tiene el núcleo o la raíz, ¿es muy vieja?

-Es una mujer, y es ancestral, tan antigua como la Madre, y no tiene ningún deseo de gobernar, sólo de mantener la raíz a salvo y de vivir como testigo del tiempo, en un lugar

Librodot

apartado del mundo y sus preocupaciones. Con esa edad sobreviene la paz. Ya no necesita beber sangre.

-¿Y cuándo llegará para mí esa paz?

Arion lanzó una suave carcajada.

-Tardará miles de años. Aunque con la sangre que te he dado, puedes aguantar muchas noches sólo con el pequeño sorbo o incluso sin nada. Sufrirás pero no te debilitarás hasta morir. Eso es lo importante, no te olvides: no llegues a estar tan débil que no puedas cazar. No dejes que te pase nunca. Prométemelo.

-¿A ti te importa lo que a mí me pase?

-Por supuesto. Si no fuera así, no estaría aquí contigo. Te he dado mi sangre, ¿no es verdad? -Se echó a reír de nuevo, pero con gentileza-. Tú no sabes qué regalo es mi sangre. He vivido mucho tiempo. En el argot de nuestra gente, soy un hijo del milenio, y mi sangre se considera demasiado fuerte para los jóvenes e ignorantes, pero yo te considero sabio y por tanto te la he dado a probar. Vive para hacerle justicia.

-¿Y qué esperas de mí? Sé que tengo que matar a los malhechores y no a otros, sí, y que el pequeño sorbo se debe tomar con astucia y elegancia, pero, ¿qué más esperas?

-Nada, en realidad. Ve donde quieras ir y haz lo que desees hacer. Tú mismo tendrás que descubrir lo que te sostiene, cómo quieres vivir.

-¿Tú cómo lo hiciste?

-Me estás pidiendo que retroceda muchos años. Mi maestro y mi creador fueron la misma persona, un gran escritor de teatro griego, justo antes y durante los tiempos de Esquilo. Antes de establecerse en Atenas, se había dedicado a recorrer mundo y había estado en la India, donde me compró. Mi amo era entonces un hombre del que apenas me acuerdo, que me tenía para su cama y me había educado para su biblioteca, y que me vendió por un precio muy alto al ateniense, que me llevó a Atenas para que copiara libros para él y fuera su esclavo en la cama. A mí me encantaba. El mundo del teatro me fascinaba. Trabajábamos mucho en la escenografía, los ensayos del coro y del actor en solitario al que Tespis había introducido entonces en el teatro.

»Mi amo escribía obras de todo tipo: sátiras, comedias, tragedias. Escribía odas para celebrar a los atletas triunfadores, largos poemas épicos, poesías para su propio placer. Muchas veces me despertaba en plena noche para que copiara algo o, simplemente, para que le escuchara.

»"Despierta, Arion, despierta. ¡No te vas a creer lo que acabo de crear! ", me decía, sacudiéndome y poniéndome un vaso de agua en las manos. Ya sabes que la métrica y el ritmo eran muy importantes para los griegos de aquel entonces. Mi amo era un auténtico maestro y me hacía reír con su ingenio.

»Escribía para cada festival, cada concurso, con cada excusa imaginable, y se involucraba en todos los detalles de la representación, hasta en la procesión que a veces la precedía o la pintura de las máscaras que se utilizarían en ella. Era su vida. Bueno, eso cuando no estábamos viajando.

»Le encantaba ir a otras colonias griegas y participar también en el teatro. Fue precisamente aquí, en Italia, donde encontró a la hechicera que le dio el poder. Vivíamos en la ciudad etrusca que más tarde se convertiría en Pompeya. Él estaba ocupado montando una obra para los griegos con motivo del festival de Dionisos.

»Todavía recuerdo aquella noche. Cuando volvió a casa no parecía querer saber nada de mí, pero luego me llamó a su presencia y bebió de mí torpemente y cuando me pareció que me iba a morir, cuando estuve seguro de que era mi fin, me dio la sangre en un momento terrible, llorando desesperado, suplicándome que comprendiera, que no sabía lo que le había pasado.

»Los dos éramos neófitos y aprendimos juntos. Éramos niños de la sangre. Él quemó todas sus obras, declarando que lo que había escrito no valía nada. Ya no se contaba entre los seres humanos. Hacia el final de sus días se dedicó a buscar brujos y hechiceros que le

ayudaran a sanar la Sangre Malvada que había en él. Y murió ante mis propios ojos. Se inmoló cuando apenas habían pasado veinticinco años. Me dejó huérfano y endurecido.

»Pero siempre he tenido muchos recursos y, puesto que nunca había deseado la muerte, no me sentía tentado por ella. Vi a Grecia caer ante Roma. Vi las obras de mi amo en las librerías y los mercados durante mucho tiempo, durante siglos. Vi cómo los jóvenes romanos leían y estudiaban la poesía personal de mi maestro, y luego asistí al progreso del cristianismo y la pérdida de miles de obras -poesía, teatro, sí, incluso obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides-, cartas, historia. Y con todo eso se perdió también el nombre de mi maestro. Se salvaron muy pocos de aquellos días en los que yo había conocido a tantos.

»Pero estoy contento. Sigo teniendo recursos. Trabajo con diamantes y perlas. Utilizo el don de la mente para hacerme rico. No engaño a nadie. Soy más listo de lo que me hace falta. Y Petronia siempre está conmigo. Me gusta la compañía de Manfred. Con él juego al ajedrez y a las cartas, charlamos y paseamos juntos por las calles de Nápoles. Recuerdo muy bien la noche que ella le trajo, maldiciendo porque había tenido que respetar un trato.

»Se habían conocido aquí, en Nápoles, y Petronia se había encaprichado con visitar los pantanos donde él vivía y buscar allí un refugio. Le parecía un lugar muy apropiado para ir a cazar a los desahuciados, a los bebedores y jugadores de Nueva Orleans y de todo el Sur. Y al final él le construyó una casa y una tumba, como ella deseaba. A Petronia le encantaba retirarse allí cuando se enfadaba conmigo o cuando quería algo nuevo y excitante y tenía que alejarse de Italia, donde todo se había hecho ya más de cien veces.

»Pero con el tiempo llegó a prometer a Manfred que le daría la sangre, porque ya le había contado lo que era. Al final tuvo que cumplir su palabra. Eso fue lo que le dije, y ella me obedeció. Lo trajo aquí para que sus seres queridos pensaran que había muerto en el pantano.

»Y contigo pasará lo mismo. Supondrán que has muerto en el pantano, ¿no es así?

No contesté de inmediato.

-Gracias por todo lo que me has contado y por lo que me has enseñado -dije por fin-. Me siento humilde ante ti. Sería un estúpido si pretendiera comprender del todo tu edad, el valor de tu perspectiva, tu paciencia. Sólo puedo ofrecerte mi gratitud. ¿Podría hacerte una última pregunta?

-Por supuesto. Pregunta lo que quieras -se ofreció sonriendo. -Tú has vivido más de dos mil años, tal vez casi tres mil. Asintió con la cabeza.

-¿Qué le has dado al mundo a cambio?

Arion se me quedó mirando con gesto pensativo, pero todavía cariñoso y cordial.

-Nada.

-¿Por qué?

-¿Por qué tendría que darle nada?

-No lo sé, pero tengo la impresión de que me estoy volviendo loco. Siento que si voy a vivir para siempre, tengo que dar algo a cambio.

-Pero nosotros no formamos parte del mundo, ¿es que no lo ves?

-Sí, lo veo, con demasiada claridad.

-No te atormentes. Piensa en ello. Tienes tiempo, todo el tiempo del mundo.

Estaba a punto de echarme a llorar, pero me tragué las lágrimas.

-Te voy a preguntar una cosa. Cuando estabas vivo, ¿sentías que tenías que dar algo a cambio de la vida?

-Sí.

-Ya. De manera que eres como mi viejo maestro con su poesía. ¡Pero no debes seguir su ejemplo! Imagínate, Quinn, lo que yo he visto. Y siempre hay pequeñas cosas que hacer, siempre hay cosas maravillosas.

-¿Eso crees?

-Lo sé. Pero ven, volvamos al palazzo. Sé que Petronia te está esperando.

Solté una carcajada irónica.

-¡Menudo consuelo! -exclamé.

Cuando nos levantamos para marcharnos del café me miré con atención en el espejo de la pared. Incluso con mi visión aumentada, tenía un aspecto bastante humano. Y nadie nos había mirado dos veces, excepto un par de chicas que habían entrado a tomar un café. Era bastante humano. Sí, eso me gustó. Estaba encantado.

42

Cuando volvimos al palazzo, cosa que hicimos de forma ordinaria, es decir, andando, la joven criada, ahora muerta de miedo, nos informó de que Petronia se encontraba en su vestidor y deseaba verme allí.

La habitación era espectacular, con las paredes completamente cubiertas de espejos. Petronia estaba sentada en un banco curvo de granito cubierto por un cojín de terciopelo. El joven adonis la peinaba.

Iba vestida de hombre, con un abrigo de terciopelo beis, camisa blanca de volantes, que habría sido muy apropiada en el siglo XVIII, y un enorme camafeo rectangular al cuello con muchas figuras talladas y bordeado de diamantes.

Llevaba el pelo recogido y el muchacho le estaba haciendo una trenza. Desde la parte superior de la cabeza, que como ya he dicho tenía una forma muy hermosa para aquel peinado tan severo, el criado trenzaba con el pelo dos sartas de diamantes.

La sala estaba abierta al mar, como todas las habitaciones del palazzo que había visto, aunque creo que había olvidado mencionar que el baño también lo estaba.

A pesar de la hora veía el cielo color violeta, y las estrellas, de nuevo, parecían moverse. De hecho el cielo parecía entrar en la sala.

Me quedé sin aliento, literalmente, no sólo por las estrellas y las constelaciones, sino por la pura belleza de Petronia con su estricto atavío masculino y su elegante cabeza resaltada una vez más por la austeridad de su peinado.

Nos quedamos mucho tiempo mirándonos, hasta que el adonis le dijo con suavidad que había terminado la trenza y le ajustó el broche de diamantes.

Ella se volvió y le ofreció lo que parecía una gran cantidad de dinero.

-Vete a divertirte, lo has hecho muy bien.

Él hizo una reverencia y salió de la sala caminando hacia atrás, como si estuviera ante la reina de Inglaterra.

-Así que lo encuentras hermoso, ¿no es así? -me preguntó Petronia.

-¿Ah, sí? No lo sé. Todo me resulta encantador. Como ser humano era un entusiasta, ahora creo que me estoy volviendo loco.

Petronia se levantó del banco y me tomó en sus brazos.

-Todas las heridas que te infligí se han curado. ¿Me equivoco?

-No, tienes razón. Excepto la herida que nadie puede sanar, la que yo mismo me he abierto, la de matar a una mujer inocente en su propia boda. Eso es incurable. El tiempo no lo curará, y supongo que es lo correcto.

Ella se echó a reír.

-Ven, vamos con los demás. Tu tatarabuelo no sabe más que jugar al ajedrez. Cuando le conocí era un jugador de póquer empedernido. Me ganaba a mí, aunque no te lo creas. Rebeca era una mujer muy reservada. No estés triste por ella. Pero tengo que decirte, en cuanto a lo de la novia, que para mí fue una noche espléndida.

Al cabo de un momento estábamos en la sala grande, con la ominosa jaula de oro en un extremo. Me imaginé dentro un pájaro gigante. Desde luego, yo no parecía un pájaro. Me acordé del Cupido victorioso de Caravaggio. ¿Tendría yo ese aspecto?

-Tengo que contarte lo que pasó -prosiguió Petronia, llamando la atención de Arion-. Fue una suerte. El padre y el marido de la novia son unos asesinos de primera, y por supuesto la pequeña zorra lo sabía, de modo que apacigua con eso tu conciencia si quieres, Quinn. Pero esta noche han enviado aquí un pelotón armado, cuatro matones, como solemos llamarlos, porque se ve que nos reconocieron, y no te puedes imaginar lo que me he divertido con ellos. No es que me guste dar palizas a los mortales, por mucho que tú creas lo contrario, Quinn, pero eran cuatro.

-¿Y ahora dónde están? -preguntó Arion. Estaba sentado a la mesa con el anciano, que miraba el tablero. Yo me senté entre ellos.

Petronia se puso a caminar de un lado a otro.

-En el mar. Cayeron en el coche por el acantilado. Así, sin más. No fue nada. Ahora bien, la pelea que hubo aquí antes de que me librase de los cuerpos fue una verdadera maravilla.

-Estoy seguro -comentó Arion un poco asqueado-. Y tú te has quedado contenta.

-Contentísima. Bebí hasta hartarme del último, y eso fue lo mejor. No, lo retiro. Lo mejor fue la pelea, matarlos antes de que pudieran sacar las armas y hacerme un agujero en el cuerpo. Fue de lo más emocionante. Me hizo pensar que debería pelear más, que no basta con matar.

Arion movió la cabeza con gesto cansado.

-Deberías hablar con un poco más de elegancia, por tu pupilo. Explícale algunas reglas.

-¿Qué reglas? -preguntó ella. Seguía caminando de un lado a otro, casi hasta la ventana y de nuevo hacia los murales, barriendo la sala con la vista. Luego miró las estrellas.

-Está bien. Reglas. Nunca le cuentes a un mortal lo que eres. ¿Qué te parece? Nunca mates a uno de los nuestros. ¿Te basta con eso, Arion? Creo que no me acuerdo de nada más.

-Sé que te acuerdas muy bien. -Arion, que también miraba el tablero, movió la reina.

-Tienes que ocultar a la víctima para no llamar la atención -prosiguió ella- y siempre, siempre... -Se interrumpió y se me quedó mirando, señalándome con el dedo-. Siempre debes respetar a tu creador y maestro. Atacar a tu amo, tu maestro, significa la muerte a sus manos. ¿Qué te parece?

-Eso está muy bien -terció el anciano con el mentón trémulo. Me apretó el hombro y sonrió con su boca enorme y fláccida-. Ahora las advertencias. Necesita advertencias.

-¡Como qué! -exclamó Petronia enfadada-. ¡No te asustes de tu propia sombra! ¡No te comportes como si fueras un viejo cuando eres inmortal! ¿Qué más?

-Talamasca. Háblale de Talamasca -insistió el anciano, haciéndome un gesto con la cabeza y frunciendo la boca como si fuera un pez-. ¡Saben de nosotros! ¡Lo saben! Y no debes jamás caer en la trampa de sus halagos. ¿Lo entiendes, hijo mío? Te halagarán con su curiosidad, que es lo que hacen con todo el mundo. Las lisonjas son su arma. Pero no debes rendirte a ellas jamás. La orden de Talamasca es una sociedad secreta de magos y parapsicólogos, y van detrás de nosotros. Quieren encerrarnos en sus castillos, aquí en Europa, y estudiarnos en sus laboratorios como si fuéramos ratas.

Me quedé sin habla. Intenté no pensar en Stirling, pero el anciano me miraba fijamente, como queriendo leer mi mente.

-Ah, ya veo que los has conocido. Ya se han metido en tu vida porque sabías ver los espíritus. Esto es muy peligroso. ¿Y qué es eso? ¿Una plantación? No puedes arriesgarte a acercarte a ellos nunca más.

-Todo eso terminó hace mucho tiempo. Veía a los espíritus, sí. Probablemente los siga viendo.

Arion negó con la cabeza.

-Los fantasmas no vienen a nosotros, Quinn.

-Desde luego que no -confirmó Petronia, que no dejaba de andar-. Ya verás que el tuyo ha desaparecido, si es que vuelves para espiar tal vez a aquellos a los que amabas.

Yo no dije nada. Miré el tablero. El viejo hizo jaque a la reina de Arion.

Librodot

-¿Cuáles son las demás reglas? -pregunté.

-No crees a otros sin el permiso de tu creador -dijo Ariono del más anciano de los que formen el grupo con el que vives. -¿Quieres decir que yo podría crear a alguien?

-Por supuesto. Pero debes resistir la tentación. Como te he dicho, sólo podrías hacerlo con el permiso de Petronia o, en realidad, mi permiso, puesto que estás en mi casa.

Petronia resopló con desdén.

-Ésa podría ser tu peor tentación -prosiguió Arion-. Pero eres demasiado joven y demasiado débil para lograr la transformación. Acuérdate de lo que te digo. No seas temerario. No compartas la eternidad con alguien a quien puedas llegar a despreciar o incluso odiar.

Asentí.

Entonces se produjo un largo silencio durante el cual Petronia se detuvo en la ventana y miró las estrellas.

-Otra advertencia -dijo por fin, volviéndose hacia mí-. Si vuelves al pantano, y alguna noche puede que vuelvas aunque sólo sea para ver a tu querida tía, la gran dama, o por alguna otra razón, no cedas a la tentación de cazar en Nueva Orleans. Talamasca nos vigila allí muy de cerca, y aunque son torpes mortales, pueden hacernos daño. Pero existe otro peligro, y es un poderoso buscador de sangre que se hace llamar el vampiro Lestat. Gobierna en Nueva Orleans y destruye a los buscadores jóvenes. Es inclemente, iconoclasta y egocéntrico. Escribe libros sobre nosotros que pasan por ficción. Muchas de las historias de esos libros son ciertas.

Me quedé en silencio un buen rato.

Petronia acercó una silla a la mesa y, con el brazo en torno a Arion, se puso a mirar la partida. Arion había salvado a su reina, pero por los pelos, y estaba a punto de recibir el jaque mate de forma muy taimada. Yo lo vi venir y, por las piezas que él movía, estaba claro que no se había dado cuenta. De pronto el anciano realizó su movimiento sorpresa y Arion se echó hacia atrás perplejo. Luego sonrió, moviendo la cabeza.

-¡Otra partida! -exclamó entre risas-. Lo exijo.

-Muy bien -contestó el anciano, con el rostro trémulo. Mientras él colocaba las piezas, me levanté despacio.

-Os dejo, caballeros. Gracias por vuestra hospitalidad y vuestros dones.

-¿De qué hablas? -terció Petronia.

-Me voy a casa. Quiero estar con mi familia.

-¡Cómo que te vas a casa! ¿Es que has perdido la cabeza?

-No, en absoluto. Y ahora deseo romper nuestro trato. El santuario es mío. Lo reclamo en este momento. Necesito el mausoleo para ocultarme de día y necesito el resto como refugio de noche. Ahora os dejo con vuestro ajedrez. Una vez más, muchas gracias.

Arion se puso en pie.

-¿Pero cómo llegarás a tu casa? -preguntó con suavidad-. Puedes muy bien desafiar la gravedad en distancias cortas, y con gran velocidad, tal vez más de lo que imaginas. Pero no puedes atravesar la mitad del mundo. Tardarás años en adquirir esa habilidad.

-Me voy como iría cualquier mortal.

-¿Y qué harás cuando llegues? -preguntó Petronia.

-Vivir en mi casa, como siempre. Vivir en la habitación donde siempre he vivido. Estar con mi familia, como siempre he estado. Lo haré todo el tiempo que pueda. No pienso renunciar a ellos.

Petronia se levantó.-Pero no sabes cómo fingir que eres humano. No tienes ni idea.

-Sí que la tengo. Te he visto hacerlo. Lo has conseguido en una habitación llena de gente. ¿Por qué me iba a resultar tan difícil? Además, estoy decidido a ello. No voy a renunciar a mi antigua vida.

-¿No te das cuenta de que si revelas tu secreto a esos mortales los destruirás?

-Los protegeré con todas mis fuerzas. No me vas a convencer.

-No puedes marcharte así sin más, Quinn -insistió Arion.

-¿Es que necesito tu permiso? -repliqué, mirándole a los ojos.

Se encogió de hombros, como yo sabía que haría.

-No, no lo necesitas.

-¡Haz lo que te dé la gana! -exclamó Petronia, como también yo esperaba.

-Entonces, ¿el santuario es ahora mío? -pregunté con una sonrisa.

-Considéralo un regalo de mi parte -dijo ella con malevolencia.

Entonces me volví hacia el anciano. -Manfred, ya nos veremos en otra ocasión.

-Ten cuidado, hijo mío.

Bajé las escaleras del palazzo y no tardé en salir a un camino estrecho y sinuoso que llevaba a la ciudad.

Al cabo de veinte minutos entraba en el hotel Excelsior, donde me había alojado en tres ocasiones durante nuestros viajes a Nápoles. Fui directamente al mostrador del conserje, que se acordó de mí y me preguntó por tía Queen.

-Me han robado. Me lo han quitado todo. Necesito llamar a mi tía a cobro revertido.

Pusieron de inmediato el teléfono a mi disposición y me prepararon una suite.

Fue Jasmine la que contestó, y se echó a llorar. Cuando tía Queen se puso al aparato estaba casi histérica.

-Escucha -le dije-, no te lo puedo explicar, pero estoy en Nápoles, en Italia. Necesito desesperadamente mi pasaporte y dinero. -Le repetí una y otra vez que la quería y que aquello había sido inesperado incluso para mí. Le conté que no se lo iba a poder explicar, pero que necesitaba pasar una noche decente en el hotel y emprender el vuelo hacia casa al día siguiente por la noche.

Por fin se puso Nash para dar todos los datos que hacían falta. Me suministraron oficialmente todo lo que necesitaba y me dijeron que me enviarían los billetes de avión. Yo insistí en que sólo podía viajar de noche. Pretendía ir ele Nápoles a Milán en vuelo nocturno, luego de Milán a Londres y de allí a Nueva York, desde donde volvería a Nueva Orleans.

Cuando cerré la puerta de mi habitación entré en estado de conmoción.

Parecía que mi vida había sido una sucesión de miedos crecientes, y éste que sentía ahora era el peor. Era silencioso y frío y más intenso que el pánico. El corazón me latía en la garganta. Era un terror que nunca podría aplacarse, un dolor que jamás podría mitigar.

Tarquin Blackwood estaba muerto, eso lo sabía. Pero todavía existía una gran parte de mí, y esa parte, por muy confuso que estuviera después de recibir tantos dones que yo no había pedido, sólo deseaba estar con tía Queen, con Tommy, con Jasmine, con mis seres queridos, con mis insustituibles y adorados amigos y mi familia.

No, no pensaba renunciar a la familia. No, no me alejaría sin más de Blackwood Manor y de las personas a las que tanto quería.

No, no me alejaría sin luchar, sin intentar al menos quedarme con ellos todo lo posible.

En cuanto a Mona, mi amada bruja, no volvería a verla nunca jamás ni dejaría que oyera mi voz a través de un teléfono. Mi maldad no la tocaría, ni conocería nunca mi auténtico destino. Mi dolor no habría de mezclarse con el suyo.

Debí pasar así una hora, con la espalda apoyada contra la puerta, incapaz de moverme. Intenté respirar hondo, intenté no apretar los puños, intenté superar el miedo, intenté no sentir ira.

La transformación se había realizado y tenía que seguir adelante. Tenía que volver a casa. Tenía que hacerlo todo con suavidad y mucha convicción, y amar con todo mi corazón a las personas que me amaban.

Por fin me tumbé en la cama con un nudo en la garganta, temblando, atenazado de pronto por un cansancio sobrecogedor, y caí dormido como un mortal.

No debí de tener sueños. No soñé con Patsy ni con Rebeca, aunque me pareció oír de nuevo la risa de esta última, pero no me importó.

Me despertaron las primeras luces como agua hirviendo.

Cerré enseguida las cortinas y me inundó una dulce y fresca oscuridad. Luego me metí debajo de la cama y no tardé en perder de nuevo la consciencia.

A la noche siguiente ya tenía un pasaporte provisional, dinero en el bolsillo, una nueva tarjeta American Express y los billetes para emprender el viaje. En cuanto llegué a Londres me di cuenta de que debía establecer una ruta diferente para volver a casa, de modo que hice escala en Nueva Escocia, Canadá y por fin Newark. Desde allí me encaminé a Nueva Orleans.

Durante todo este tiempo practiqué temeroso mi habilidad con el pequeño sorbo en aeropuertos, acechando las multitudes como un felino, siguiendo a mis víctimas durante horas antes de encontrar el momento oportuno, ese dulce momento que amaba y odiaba al mismo tiempo. No tenía ninguna duda de que yo parecía humano a los ojos de la gente, parecía incluso agradable. Y en mi caza no cometí torpezas, no maté a nadie, no derramé una gota.

Era una agonía de miedo y placer. Me movía entre una humanidad de la que sólo podía formar parte como un monstruo. Y los bulliciosos aeropuertos se convirtieron en un infierno, como enormes decorados para un drama existencial. Pero me estaba volviendo tan adicto a la caza como a la sangre.

Cuando por fin llegué a Nueva Orleans, tía Queen abrió los brazos para recibirme, y luego lo hicieron Nash, mi encantadora Jasmine y mi hijo Jerome, a quien alcé en brazos dándole besos y estrechándole con fuerza. También había venido Tommy, mi reservado tío de trece años a quien yo adoraba.

Si cualquiera de ellos vio algo raro en mí, la impresión quedó totalmente eclipsada por mi entusiasmo. En cuanto a la historia de cómo había llegado a Italia, les prometí que algún día se la contaría. Por supuesto, pusieron el grito en el cielo, pero no podía decirles más.

Nada más entrar en la limusina para volver a casa me contaron que Patsy estaba muy enferma de sida pero que respondía bien a la medicación. Sin embargo, Seymour la había demandado. Sostenía que ella no le había advertido y que le había contagiado la enfermedad. No supe qué decir. Pensé en el sueño espantoso que había tenido. No podía olvidar las imágenes.

-¿Cómo está? -pregunté. Me contestaron que bien.

-¿Qué aspecto tiene? -Me contestaron que bueno.

-¿Cómo va la banda? -Me contestaron que bien.

Y eso fue todo.

En cuanto llegamos a casa fui a abrazar a la Gran Ramona y le dije que ya era muy mayor para seguir durmiendo con ella y ella me respondió que ya era hora, que llevaba tiempo esperándolo. Cuando rechacé sus tortitas no se lo podía ni creer.

Finalmente me metí en mi habitación y cerré con llave. Me sentía débil y furioso, pero los había engañado. Los había engañado y estaba con ellos. Estaba con ellos y me querían. Me eché a llorar.

Estuve llorando mucho tiempo. Fui al baño y vi que la sangre me surcaba la cara, y así es como supe que lloramos lágrimas de sangre. Me limpié con un pañuelo y por fin dejé de llorar. Entonces me di cuenta de que Goblin estaba allí.

Estaba sentado en la silla de mi mesa, mirándome. Era mi duplicado perfecto, incluso con sangre en los ojos.

Tenía tal aspecto que por un instante se me paró el corazón y casi grité de terror.

Me limpié la cara una y otra vez y eché a correr hacia él.

-Mira. ¡Me estoy limpiando la cara! ¡Me estoy limpiando! Ya no tengo sangre, ¿lo ves? -le grité como un loco. Tenía que bajar la voz-. ¿Es que no lo ves? Ya no tengo sangre. ¡Me la he limpiado!

Él se quedó allí un momento, con sangre en los ojos y sangre en las mejillas. Luego se lanzó hacia mí. Entró en mí. Se fundió conmigo empujándome hacia atrás contra la mesa redonda y contra la cama. No me lo podía quitar de encima, estaba en mí, fusionado conmigo, y era como una mortal descarga eléctrica. Cuando por fin se apartó lo vi enorme, cubierto de gotas de sangre, y me desmayé.

Librodot

43

Ahora ya conoces mi historia. Sabes cuál es mi mayor vergüenza: haber matado a aquella novia inocente. Sabes cómo Goblin comenzó a atacarme.

Ya puedes imaginar los sucesos que siguieron a mi vuelta a casa. Sabes, por mis palabras, cuánto quiero a mi familia. Sabes lo mucho que mi vida está entretejida con la suya.

Sentía un odio terrible por Petronia y por lo que me había hecho. Con una pasión que sólo puede calificarse de frenesí retomé mi vida humana, mi mundo mortal, mi existencia familiar. No pensaba tolerar lo contrario, a menos que me demostrasen que todos sospechaban de mí y me rechazaban. Pero eso no sucedió.

Antes bien al contrario, la gente me necesitaba y yo lo sabía. Mi extraña desaparición había herido seriamente a tía Queen, a Tommy, a Jerome, a Jasmine e incluso a Clem y la Gran Ramona. Intenté redimirme con interminables disculpas, aunque no podía explicarles lo sucedido.

Lo único que podía hacer era prometer que no volvería a desaparecer, que aunque me había convertido en un soltero reservado, en una criatura de hábitos nocturnos, y aunque de vez en cuando podía pasar fuera una noche o dos o incluso tres, siempre terminaría por volver a casa y nadie debía preocuparse por mí.

-Lo de Quinn es sólo una fase -decían ellos entre risas. Pero Quinn estaba mucho por casa.

Hice que decorasen mi habitación tal como la ves, con gruesas cortinas de terciopelo para evitar la luz y una sólida cerradura en la puerta. Pero solía pasar las horas del día en el mausoleo o en Sugar

Devil Island, donde me sentía totalmente a resguardo puesto que soy el único que puede abrir la cripta con facilidad. Aquel lejano y emocionante día en que la examinamos hicieron falta cinco hombres para abrirla.

En una casa donde tía Queen está acostumbrada a levantarse a las tres de la tarde y a dar paseos antes de irse a la cama, mis hábitos parecían normales y todos los consideraron como tales.

Tía Queen ha confesado que en realidad tiene ochenta y cinco años, no ochenta, un pequeño secreto que no nos había revelado cuando paseábamos con ella por las ruinas de Pompeya, pero es una mujer dinámica, curiosa, con una gran capacidad para disfrutar de la vida, como tú mismo viste, y recibe a gente en su habitación todas las noches con Cindy, la enfermera, y Jasmine y otros asistentes, incluido yo, sobre todo al final de la tarde, puesto que no suelo marcharme a mis correrías nocturnas hasta que dan las doce.

En cuanto al hotel, Jasmine estaba absolutamente molida, como solemos decir, y no quería seguir haciéndose cargo de él. Y una vez que cedimos a Tommy una de las habitaciones del piso superior, destinamos otra para Brittany cuando venía de visita y pusimos a Nash en la de Pops, sólo quedó un cuarto para un huésped, de manera que nos pareció inútil alquilarlo.

Luego Patsy, que está bastante débil, comenzó a quedarse en ese dormitorio. De manera que el hotel se acabó.

Pero el barrio no podía pasarse sin el gran banquete de Navidad, el bufé de Pascua, el festival de la azalea y alguna que otra boda, de manera que Jasmine todavía se dedica a organizar estos eventos con gran orgullo, aunque se queja de ello como si fuera una mártir.

Este último año yo me quedé al fondo cuando se cantaban los villancicos, sin atreverme a llorar, pero llorando por dentro cuando la soprano cantó Noche de paz dos veces sólo para mí.

Puesto que estoy loco, organicé también una cena de medianoche entre el Sábado Santo y el Domingo de Pascua, sólo porque no pude asistir al almuerzo de Pascua. Salió de maravilla este año, además del habitual bufé de mediodía, y atrajo a una multitud muy diferente. Y he estado maquinando otros eventos benéficos nocturnos, aunque ando un poco distraído estos días.

Tommy nos sorprendió a todos pidiendo por propia voluntad que le enviáramos a un internado en Inglaterra, a Eton nada menos.

Nash le acompañó y le ayudó a instalarse, y cuando nos llama nos maravillamos y nos alegramos de que esté adquiriendo acento inglés. Le echo mucho de menos. Pronto vendrá a casa a pasar las vacaciones. Tiene ya catorce años y está muy alto. Todavía quiere encabezar una expedición para descubrir el continente perdido de la Atlántida. Yo le recorto y le envío todos los artículos que encuentro sobre el tema, y Nash hace lo mismo.

A Terry Sue y sus hijos les va bien. La niñera y el ama de llaves han significado un gran cambio en su vida. Brittany y los otros niños están en buenos colegios y tendrán una auténtica oportunidad en la vida. Terry Sue está contenta. En cuanto cobra, cada dos semanas, se va a WalMart a comprar ropa y flores artificiales. Su casa está llena a rebosar de flores artificiales, ya no cabe ni una más. En cuanto llegas a su casa, te ofrece algunas flores viejas para poder comprar otras nuevas. Se ha operado para no tener más hijos. Charlie, su novio, el amante de las armas, después de tener a raya al sheriff y a toda la familia con una Magnum tres cincuenta y siete, acabó por pegarse un tiro en la cabeza.

Tía Queen ha decidido convertirse en maestra de Terry Sue, de manera que Terry Sue viene a casa a hablar de ropa con ella y a recibir consejos sobre esmaltes de uñas y peinados. Brittany también se ha convertido en mascota de mi tía y como resultado tiene ahora una colección de muñecas.

Jasmine, después de una lucha a brazo partido, permitió muy de mala gana que diera mi apellido a Jerome e incluso que el niño me llame «papá». Y luego accedió también a que Jerome fuera todos los días a Nueva Orleans para asistir a la escuela Trinity. Jerome es muy inteligente. A tía Queen le encanta leerle en voz alta. Nash pasaba también mucho tiempo instruyéndole. El niño ya se inventa sus propias historias, que luego dicta a una grabadora. Lo hace como si fuera una emisión de radio, con todos los efectos de sonido.

Me conmueve profundamente que sea mi hijo, el único que tendré, pero también siento un afecto similar por Tommy, y pienso muchas veces en lo que Petronia me dijo en Nápoles, que mis actos podían ser honorables y decentes. No sé si ella se refería, por ejemplo, a ser mecenas de los mortales, pero cuando pienso en ello creo que mi trabajo sólo acaba de empezar. Sueño con ser mecenas de un pianista: comprarle las partituras, producir sus discos y ayudar le con las clases y la educación. Es un sueño, pero creo que puedo hacerlo. No veo por qué no.

Pero me estoy distrayendo. Todavía falta el epílogo.

Durante nueve meses Nash y yo estuvimos leyendo juntos a Dickens. Nos dedicábamos a ello todas las noches, antes de que yo saliera a cazar, cuando todavía estaba a salvo de los ataques de Goblin. Nos sentábamos en las dos butacas, junto al fuego, en la habitación de Nash, y nos leíamos en voz alta el uno al otro. Releímos Grandes esperanzas, David Copperfield y La tienda de antigüedades. Leímos también Hamlet, que me hizo llorar a escondidas por Mona, Macbeth, El rey Lear y Otelo. Solíamos dejarlo a eso de las once de la noche. Los pocos días en los que tía Queen se obligaba a soportar la luz del día para comprar camafeos o ropa, Nash la acompañaba.

Otras noches Nash veía películas con tía Queen, Jasmine y Cindy, la enfermera, entre otros. Hasta la Gran Ramona le tomó gusto al asunto.

Luego Nash se marchó a California para terminar su doctorado. Cuando vuelva será de nuevo el escolta de tía Queen, que le echa muchísimo de menos y, como ella misma te ha dicho, ahora mismo no tiene a nadie y sufre por ello.

Librodot

A Patsy le va muy bien con el combinado de medicinas que le están dando para el sida, y ha podido trabajar un poco con su banda. Con Seymour llegamos a un acuerdo, sin ir a juicio. Le pagamos una enorme suma de dinero, pero el hombre murió poco después de recibirlo. Patsy jura que no ha contagiado a nadie, aunque ha recibido otras dos demandas de antiguos miembros de su banda.

Todo esto le ha pasado factura. Le gusta estar en la casa, en la habitación delantera, al otro lado del pasillo. Yo no hablo mucho con ella porque cada vez que subo por esas escaleras siento el fuerte impulso de matarla. Todas las noches. Puedo leer su mente sin quererlo y sé que ha sido muy negligente y ha corrido el riesgo de contagiar el sida a muchas personas, e incluso estaría dispuesta a hacerlo ahora, sólo que todo el mundo está ya prevenido contra ella. Siento tal necesidad de acabar con su vida que me mantengo apartado de ella.

Desde la primera noche de mi retorno he intentado mejorar mis habilidades y conocer mis poderes.

Controlo mi telepatía con mi familia y con todos menos con mis víctimas, porque me resulta obscena, y además los pensamientos son como ruido a mi alrededor.

He viajado por los aires, he practicado la velocidad. He ido y venido del santuario a lejanas tabernas y bares de autopista para cazar malhechores o para tomar pequeños sorbos, y siempre he tenido éxito. Incluso cuando he bebido hasta saciarme, he dejado casi siempre viva a mi víctima. He aprendido, como dijo Arion, a dejarme llevar por el mal, a hacerlo parte de mí en esos importantes momentos.

Nunca salgo a cazar antes de medianoche y, por supuesto, Goblin me ataca justo después. No suelo volver a casa hasta que terminan sus ataques. No quiero perturbar a la familia por su culpa. Pero a veces calculo mal.

No he cometido errores morales hasta esta noche, cuando he estado a punto de matar a Stirling Oliver.

Pero los ataques de Goblin son cada vez más violentos y nuestra comunicación es nula. Nunca me dice nada. Parece sentir que al convertirme en lo que soy le he traicionado, y sólo está dispuesto a obtener de mí lo que quiere: la sangre, para lo cual no hace falta afecto ni comunicación.

Tal vez se sienta también traicionado por mi larga ausencia en Europa.

He intentado hablar con él, pero en vano. Casi nunca aparece. Sólo está presente justo después de que yo me alimente.

Y durante este último año, mientras yo demostraba que podía cazar, que podía sobrevivir, que podía vivir con tía Queen y Nash y Jasmine, que podía estar con mi hijo, que podía infiltrarme todas las noches en el mundo de los seres humanos y luego meterme en mi tumba, Goblin se ha hecho mucho más fuerte y más violento, de manera que por fin he venido a suplicar tu ayuda, y creo que también he venido porque me siento solo.

Como ya he indicado, sé cómo acudir a Petronia, pero no deseo hacerlo. No quiero enfrentarme a su desprecio y su frialdad. Ni siquiera deseo la suave indiferencia de Arion. En cuanto al anciano, aunque sé que me abriría su corazón, me parece que chochea. ¿Qué saben ellos de un espíritu como Goblin? Tú has estado con espíritus. He venido a que me ayudes, he arriesgado mi vida por ello.

Creo que Goblin es una amenaza no sólo para mí, sino también para los demás, y ahora tengo la certeza de que puede viajar conmigo vaya adonde vaya, por mucho que me aleje de Blackwood Manor.

Está ligado a mí con nuevos lazos que tal vez tengan que ver con la sangre. De hecho, estoy seguro de que tienen que ver con la sangre. La sangre le ha atado a mí con un lazo mucho más fuerte que el que él tenía con esta casa.

Tal vez existan límites a la distancia a la que puede viajar, pero yo no puedo renunciar a Blackwood Manor. No puedo alejarme de las personas que me necesitan. No quiero alejarme de ellas. Y en consecuencia, debo luchar contra Goblin, por mi casa y por mi vida, si es que quiero vivirla.

Además, siento una gran responsabilidad por Goblin. Siento que le he creado yo, que lo he nutrido y lo he convertido en lo que es. ¿Y si un día hace daño a otra persona?

Sólo me queda por contar un detalle y habré concluido mi historia.

He visto a Petronia sólo una vez desde que me marché de Nápoles. Estaba en el santuario, entre el mármol reluciente y las lámparas, soñando, pensando, meditando, no sé exactamente qué, sintiéndome infeliz de manera casi espectacular, cuando ella subió por las escaleras, vestida con un traje blanco, el pelo suelto al viento y llena de cadenas de diamantes. Me dio tus libros, que llevaba en una bolsa de terciopelo verde.

-Son las Crónicas Vampíricas -me dijo-. Tienes que leerlas

y aprender. Ya te hablamos del tema, pero no sé si nos escuchabas. Acuérdate: no caces en Nueva Orleans.

-¡Fuera de aquí! Te odio, te detesto -exclamé yo-. Te dije que ya no teníamos ningún trato. ¡Este lugar es mío! -Me lancé contra ella y le di un fuerte golpe en la cara antes de que pudiera reaccionar siquiera. Se cortó el labio con sus propios colmillos y la sangre que le manó de la boca le manchó el chaleco blanco. Estaba furiosa. Me dio un par de fuertes bofetadas, me tiró al suelo y se puso a darme patadas.

-Qué recibimiento tan encantador -me decía, pateándome una y otra vez las costillas-. Eres la quintaesencia del agradecimiento.

Me incorporé de rodillas, fingiendo tambalearme, fingiendo estar herido, y entonces me levanté y la agarré del pelo con las dos manos de manera que no pudiera soltarse. No dejaba de maldecirla.

-Alguna noche te lo haré pagar -le dije-. Vas a sufrir por tus espantosos golpes, por la forma en que lo hiciste, por la maldición que has arrojado sobre mí.

Ella me daba manotazos, me agarró la cabeza y me apartó de un tirón. Yo tenía pelos en las manos. Petronia me tiró al suelo, me arrastró a patadas y me estrelló contra la pared. Luego se sentó a la mesa, enterró el rostro entre las manos y se echó a llorar. Sollozaba desconsolada.

Me acerqué despacio. Notaba un hormigueo en los brazos, lo cual significaba que las magulladuras estaban sanando. En el suelo había trozos de las cadenas de diamantes que llevaba en el pelo. Los fui recogiendo y los puse sobre la mesa en la que ella seguía llorando, donde pudiera verlos.

Tenía el rostro entre las manos y las manos llenas de sangre.

-Lo siento -le dije.

Ella se enjugó la cara y las manos con el pañuelo, luego me miró. Estaba muy guapa.

-¿Por qué lo sientes? Es natural que odies a una criatura como yo. ¿Cómo no me ibas a odiar?

-¿Y eso? -Esperaba que en cualquier momento volviera a arrojarse contra mí.

-¿Quién debería convertirse en una criatura como nosotros?

Los heridos, los esclavos, los desposeídos, los agonizantes. Pero tú eras un príncipe, un príncipe mortal. Y yo no me lo pensé dos veces.

-Eso es cierto.

-Así que ahora... ¿has conseguido engañarlos? -preguntó, haciendo un gesto con la mano derecha-. ¿Vives con tus queridos mortales a tu alrededor?

-Sí. De momento.

-No cedas a la tentación de traerlos al otro lado.

-No siento ninguna tentación. Preferiría ir de cabeza al infierno.

Ella miró los diamantes. Yo no sabía qué hacer con ellos. Observé la sala. Los había recogido todos. Por fin se los metió en el bolsillo. Tenía el pelo alborotado. Saqué el peine y pregunté con un gesto, ¿me permitiría peinarla? Ella aceptó. Tenía el pelo abundante y sedoso.

Por fin se levantó para marcharse. Me abrazó y me besó.

-No te enfrentes al vampiro Lestat -me dijo-. Podría quemarte hasta convertirte en cenizas, sin inmutarse. Y entonces yo tendría que enfrentarme a él y no soy lo bastante fuerte.

-¿Es eso verdad?

-Ya te dije en Nápoles que leyeras los libros. Él ha bebido la sangre de la Madre. Yació en las arenas del desierto de Gobi durante tres días. Nada puede matarle. Ni siquiera sería divertido luchar con él. Pero si no te acercas a Nueva Orleans, no tienes de qué preocuparte. Sería innoble que alguien tan poderoso como Lestat se meta con alguien tan joven como tú. No vendrá hasta aquí para ello.

-Gracias.

Petronia echó a andar hacia la puerta con elegancia. Yo no sabía si se había dado cuenta de que llevaba la ropa manchada de sangre. Tampoco sabía si decírselo o no. Por fin me decidí.

-Tienes el traje manchado de sangre.

-No puedes resistir la ropa blanca, ¿verdad? -me preguntó, pero no parecía enfadada-. Te voy a preguntar una cosa. Y quiero que me respondas la verdad o que te calles. ¿Por qué nos dejaste?

Me quedé pensando un buen rato.

-Quería estar con mi tía -contesté por fin-. No tenía elección. Y estaban los otros. Pero eso tú ya lo sabes.

-¿Acaso no te resultábamos interesantes? Al fin y al cabo, podías haberme pedido que te llevara a casa de vez en cuando. Sabes muy bien que tengo grandes poderes.

Yo negué con la cabeza.

-No te culpo por darme la espalda. Pero haber renunciado a alguien tan poderoso como Arion, me parece un poco precipitado.

-Probablemente tengas razón, pero de momento tengo que estar aquí. Más tarde, quizá, pueda presentarme ante Arion.

Petronia se encogió de hombros con una sonrisa.

-Muy bien. Te dejo el santuario, mi pequeño. -Se marchó como si se hubiera desvanecido y así terminó su breve visita. Y así termina también mi historia.

44

Me quedé allí sentado, en silencio. Todavía faltaban unas dos horas para el amanecer y sentía que toda mi vida presionaba contra mi corazón y, aunque era un pecador, no había pecado callándome nada. Lo había confesado todo. Me pregunté si Goblin estaría cerca de mí de alguna manera. Me pregunté si tal vez me habría escuchado.

Lestat, que no había hablado en todo ese tiempo, se mantuvo en silencio un buen rato.

-Tu epílogo ha sido exhaustivo -dijo por fin-. Pero hay una persona a la que no has mencionado. ¿Qué ha sido de Mona May fair?

Di un respingo.

-No he vuelto a recibir ningún correo ni llamadas de Mona, y doy gracias a Dios. Sin embargo, de vez en cuando me llaman Michael o Rowan, y los escucho temblando. ¿Captarán algo estos poderosos brujos en el tono de mi voz? Pero no parece que sea el caso. Me cuentan las últimas noticias. Mona está aislada. Mona está sometida a diálisis. Mona no sufre dolores.

»Hace unos seis meses, tal vez más, recibí una carta mecanografiada de Rowan, escrita a petición de Mona, explicándome que le habían hecho una histerectomía y que Mona quería que lo supiera. "Querido Abelardo, te libero de todas tus promesas", le había dictado. Esperaban que la operación la ayudase, pero no fue así. Mona necesitaba diálisis cada vez con mayor frecuencia. Todavía quedaban medicamentos por probar.

»Mi respuesta fue asaltar todas las floristerías de Nueva Orleans y enviar ramos, cestas y jarrones de flores con notas en las que le declaraba mi amor eterno, notas que podía dictar por teléfono. No me atreví a enviar nada que hubieran tocado mis manos, porque Mona hubiese podido percibir en ello el mal que me habitaba. No podía correr ese riesgo.

»Todavía hoy le envío flores casi a diario. De vez en cuando me desmorono y llamo, pero siempre es igual: Mona no puede ver a nadie en estos momentos. Mona no hace concesiones.

»Creo que en realidad temo que un día me pidan que vaya a verla. No podré resistir la tentación y no podré engañar a Mona, y en esos preciosos momentos, tal vez los últimos que pasemos juntos, la mente de Mona estará nublada por el miedo hacia la criatura en la que me he convertido. En el mejor de los casos, pareceré frío

y desapasionado aunque se me parta el corazón. Me da miedo. Me aterra.

»Pero más que nada me da miedo la llamada final, el mensaje de que Mona ha perdido la batalla, la noticia de que Mona ha muerto.

Lestat asintió. Se apoyó sobre el codo, con el pelo algo alborotado, mirándome compasivo con sus grandes ojos azules, como me había mirado durante las largas horas de mi relato.

-¿Y cuál crees que es el sentido de la historia queme has contado? -preguntó-. Aparte del hecho de que debemos impedir a toda costa que tu tía Queen se entere de lo que te ha pasado, porque le haría mucho daño, y de que debemos destruir a Goblin.

-Que he tenido una vida plena, como la misma Petronia dijo. Y a ella no le importó esa vida, la tomó de manera caprichosa y malvada.

Lestat asintió de nuevo.

-Pero, Quinn, la inmortalidad, venga de donde venga, es un don, y debes olvidarte del odio que sientes por ella. Te está envenenando.

-Es como el odio que siento por Patsy -dije con voz queda-. Necesito librarme de él, librarme de todo el odio. Pero en este momento lo primero es destruir a Goblin. He intentado, en justicia, explicar hasta qué punto soy responsable de lo que él es, e incluso de sus ansias de venganza contra mí.

-Eso está claro -repuso Lestat-. Pero no sé si yo solo podré detenerle. Tal vez necesite ayuda. De hecho, creo que sí, que necesito ayuda. Necesito la ayuda de un bebedor de sangre cuya habilidad con los espíritus es leyenda. -Se apartó el pelo de la frente-. Creo que podré convencerla para que venga a ayudarme. Me refiero a Merrick Mayfair. Ella no conoce a Mona, por lo menos que yo sepa, y aunque la conociera en otros tiempos, ahora no tiene ninguna relación con ella. Pero Merrick conoce los espíritus como ningún vampiro. Antes de convertirse ella misma en vampiro era una bruja muy poderosa.

-¿Entonces la sangre oscura no eliminó sus poderes con los espíritus?

-No -contestó Lestat moviendo la cabeza-. Merrick es demasiado compleja para eso. Además, no es cierto que los espíritus nos rehuyan. Como tú mismo has dicho, yo puedo verlos. Ojalá no pudiera. Mañana por la noche buscaré a Merrick Mayfair. Merrick es casi tan joven en la sangre como tú. Está sufriendo. Pero creo que podré traerla, tal vez a la una o las dos de la madrugada. No creo que se niegue a venir, pero ya veremos. En cualquier caso, volveré. Tienes mi promesa.

-Te lo agradezco de todo corazón.

-Entonces déjame que te haga una confesión -me dijo, con una cálida e irresistible sonrisa.

-Por supuesto. ¿De qué se trata?

-Me he enamorado de ti. Tal vez en el futuro descubras que soy un incordio.

Me quedé tan perplejo que no atiné a contestar. Decir que lo encontraba exquisito sería quedarme corto. Era un ser profundo y elegante y durante toda la noche, mientras le contaba mi historia, me sentía tan cercano a él como si me hubieran hechizado, como si no hubiera barreras entre nosotros.

-Bien -dijo de pronto, como si me leyera la mente-. Ahora creo que me marcharé temprano para buscar a Merrick de inmediato. Nos queda algo de tiempo antes de que amanezca.

Un grito nos interrumpió de pronto. Era Jasmine. Luego se oyó otro grito.

-¡Quinn! ¡Quinn! ¡Es Goblin! -chillaba al pie de las escaleras.

Tuve que contenerme y hacer un esfuerzo por correr como un hombre mortal mientras bajaba seguido de Lestat.

En la habitación de tía Queen se oían gritos. Oí la voz de Cindy y los sollozos de la Gran Ramona. Jasmine se precipitó hacia mí y me agarró los dos brazos.

-¡Era Goblin, Quinn! ¡Lo he visto!

Echamos a correr por el pasillo, yo de nuevo controlando mi velocidad, intentando desesperadamente mantener un paso mortal. En cuanto vi a tía Queen en el suelo junto a la mesa de mármol supe que estaba muerta.

Lo supe por sus ojos.

No necesité ver la sangre que le manaba de la cabeza y manchaba la mesa. Lo supe. Y cuando miré sus pies desnudos, cuando miré sus humildes medias, me eché a llorar cubriéndome la cara con el pañuelo.

Allí estaba el hermoso camafeo de Medusa, en su cuello, el amuleto contra el mal. No le había servido de nada, no la había protegido. Estaba muerta. La había perdido.

Había perdido a tía Queen, su aire majestuoso y su bondad.

¿Qué más me quedaba? Se hicieron frenéticas llamadas de teléfono. Pronto se oyó el ruido de las sirenas. ¿Qué importaba ya?

Tía Queen se había quitado sus mortales zapatos. Por eso nadie la agarraba del brazo. Se había quitado los terribles zapatos. Por eso Jasmine no la agarraba del brazo. Se había quitado los peligrosos zapatos. Por eso Cindy no estaba a su lado. Se había acercado a la mesa para ver sus camafeos. Buscaba uno en particular para la hija de Cindy.

Lo dijeron una y otra vez y el forense escuchó y el sheriff Jeanfreau escuchó y Henderson el Feo escuchó, y Jasmine y Cindy dijeron que había sido Goblin el que la había tirado, Goblin remolineando en el aire, Goblin como un pequeño tornado en la habitación. Tía Queen había gritado dos veces: «¡Goblin!» Había alzado las manos y antes de llegar al suelo ya estaba muerta.

Ay, Dios del cielo, ayúdame.

-¿Me están ustedes diciendo que un fantasma ha matado a la señora McQueen? -preguntó el forense.

-¡Por el amor de Dios! -exclamé yo-. ¡Mi tía se cayó! No irán a pensar que Cindy o Jasmine han tenido nada que ver con esto.

Y así estuvimos dándole vueltas y vueltas al asunto hasta que tuve que irme. Me llevé un momento a Jasmine para decirle que se encargara de los preparativos con Lonigan and Sons en nueva Orleans. El velatorio sería a la noche siguiente, a partir de las siete. Yo la vería entonces. Le dije también que hiciera lo posible para que el entierro fuera por la noche. Sería algo muy irregular, por supuesto, pero tal vez con dinero pudiera arreglarse.

-Y por amor del cielo, ten cuidado con Goblin.

-¿Qué vas a hacer con él, Quinn? -Jasmine estaba temblando y tenía la cara hinchada de llorar.

-Pienso acabar con él. Pero voy a tardar un poco. Mientras tanto, ten cuidado. Y avisa a los demás. Goblin está henchido de poder...

-No puedes marcharte ahora, Quinn.

-Tengo que irme, Jasmine. Te veré en la funeraria de Nueva Orleans mañana a las siete.

Estaba horrorizada, y no era de extrañar.

Lestat se acercó, la agarró suavemente del hombro y la miró a los ojos

-Jasmine, tenemos que irnos para buscar a la mujer que puede acabar con Goblin. Es de la mayor importancia. ¿Lo entiendes?

Jasmine asintió, chupándose las lágrimas que le caían en los labios. No podía apartar los ojos de Lestat.

-No pierdas de vista a Jerome -prosiguió él, con voz suave y persuasiva-. Esa criatura quiere hacer daño a todos los seres queridos de Quinn. Que todo el mundo esté en guardia.

Le dio un beso en la frente y se apartó.

Por fin estuvimos a solas en Sugar Devil Island, donde pude dar rienda suelta a mi dolor sollozando como un niño.

-No me imagino la vida sin ella, no quiero la vida sin ella. Le odio con toda mi alma. ¿Cómo demonios ha conseguido tanto poder? Mi tía era demasiado vieja, demasiado frágil. ¿Cómo podemos hacerle sufrir? Quiero hacerle sufrir hasta el punto de que desee la muerte. ¿Cómo podemos enviarle al infierno?

Me pasé un buen rato despotricando de esta manera, hasta que por fin fuimos juntos a descansar.

45

Al atardecer desperté hambriento y abatido, pero comprendí que Lestat tenía que dejarme solo para cumplir mis compromisos mortales e irse a buscar a Merrick Mayfair.

En cuanto llegué a casa advertí que Nash y Tommy estaban allí. Tommy se había pasado todo el día y parte de la noche en un avión procedente de Inglaterra, y Nash había llegado mucho antes de la Costa Oeste. La expresión de dolor de ambos era espantosa y apenas pude contener las lágrimas.

La verdad es que no quería contenerlas pero, puesto que eran de sangre, era absolutamente necesario, de manera que me dediqué a dar besos y abrazos comprobando que tenía por lo menos tres pañuelos de lino. Sin apenas decir nada, ¿qué podía decir?, nos metimos en la lujosa limusina de tía Queen y nos dirigimos hacia Lonigan and Sons, Nueva Orleans, al lugar donde Manfred Blackwood había tenido su primer saloon.

Cuando llegamos ya había una verdadera muchedumbre en el velatorio. Patsy estaba en la puerta, cosa que me sorprendió, puesto que no solía acudir nunca a los funerales. Iba sobriamente vestida de negro y se notaba que había llorado.

Cuando me vio me dio un pequeño fajo de papeles.

-La fotocopia de su testamento -me informó con voz trémula-. Hace mucho tiempo que dio instrucciones a Grady para que no nos tuviera en ascuas. A mí me ha dejado mucho. Todo un detalle por su parte. Grady tiene otra copia para ti.

Yo me limité a asentir. Era típico de tía Queen haber tenido aquel último gesto de generosidad. A lo largo de la noche Grad y estuvo pasando las copias del testamento a los demás, entre ellos Terry Sue y Nash.

Patsy había salido a fumar un cigarrillo y no parecía tener ganas de hablar.

Jasmine, encantadora con su traje azul y su habitual blusa blanca, exhausta después de un largo día eligiendo el ataúd, la cripta y el vestido de tía Queen, estaba al borde del colapso.

-Le he comprado esmalte de uñas -me repitió tres veces-. Han hecho un buen trabajo. Les dije que le quitaran algo de colorete, pero está muy bien. Un buen trabajo. ¿Quieres enterrarla con las perlas? Son sus perlas -me preguntaba una y otra vez.

Yo dije que sí.

Por fin Nash se la llevó a una de las muchas sillas adosadas a las paredes de la sala central. La Gran Ramona estaba allí sentada, llorando, y Clem, después de aparcar la limusina, se quedó de pie al lado de su madre. Estaba destrozado.

Tommy sollozaba y Terry Sue lloraba aferrada a él. Me hubiera gustado consolar a Tommy, pero estaba tan perturbado con mi propio dolor y el esfuerzo de contener las lágrimas, que no pude. Brittany estaba pálida.

Rowan Mayfair también había acudido, cosa que me sorprendió. Tenía un aspecto delicado con su traje chaqueta y la melena perfecta que tanto destacaba sus altos pómulos. A su lado estaba Michael Curry, con el pelo rizado un poco más gris de lo que yo recordaba. Los dos parecían radiantes, cosa que me alarmó. Eran brujos, sí. La sangre me lo dijo. Ambos me saludaron respetuosamente con la cabeza, sin sospechar nada, y yo me aparté de ellos, receloso de su poder, con un simple gesto de la cabeza, como si estuviera demasiado triste para hablar, lo cual de hecho era cierto.

No había forma de evitarlo: tenía que acercarme al ataúd. Tenía que mirar dentro. Y eso hice.

Allí yacía tía Queen en el esplendor de su ropa de seda, con collares de perlas sobre el pecho y un gran camafeo rectangular al cuello que yo nunca había visto en su colección y al principio no reconocí. Pero luego me acordé de él. Se lo había visto a Petronia. Lo llevaba en el santuario y la última vez que la vi en Nápoles.

¿Cómo había llegado a mi tía? Sólo tuve que alzar la vista para comprenderlo. Petronia estaba al pie del ataúd, vestida de azul oscuro con el pelo recogido y una expresión triste y abatida. Con un rápido movimiento que me pareció como un abrir y cerrar de ojos, se puso a mi lado, me agarró suavemente el antebrazo y me susurró al oído que Jasmine le había permitido ponerle el camafeo a tía Queen, y ahora solicitaba también mi permiso.

-Así podrás conservar sus tesoros especiales y saber a la vez que la enterraron con algo digno de ella, algo que le hubiera gustado.

-Muy bien.

A continuación desapareció. Lo supe sin mirar. Lo sentí. Y sentí algo extraño al haberla visto entre tantos mortales, y sentí una nueva seguridad en mi propia capacidad de fingir, pero sobre todo sentí una tristeza sobrecogedora al mirar a mi querida tía Queen.

La de Lonigan era la funeraria por excelencia, como todo el mundo sabía, pero en este caso se había superado al capturar la agradable expresión de tía Queen, casi alegre, casi sonriendo. Y el pelo gris caía en perfectos y suaves rizos en torno a su rostro. El color de las mejillas era sutil y el carmín coral de sus labios, perfecto. Ella habría quedado muy satisfecha. Jasmine, por supuesto, había ayudado. Pero Lonigan era el autor de la obra maestra y, gracias a su trabajo quedaba muy de relieve la generosidad de tía Queen.

Jasmine había elegido para ella un vestido color salmón y un collar de perlas, un atuendo maravilloso, así como el rosario que reposaba en las manos de mi tía, que era el de cristal de su primera comunión, el que siempre llevaba a todas partes.

Estaba tan angustiado que no podía moverme ni hablar. Deseé, en mi desesperación, que Petronia se hubiera quedado un poco más, me descubrí mirando fijamente el camafeo rectangular con sus pequeñas figuras mitológicas -Hebe, Zeus alzando la copa-y se me llenaron los ojos de lágrimas de sangre. Me las enjugué furioso con el pañuelo de lino.

Luego me apresuré a retirarme. Atravesé precipitadamente las salas atestadas y me senté a solas en la esquina de la calle, mirando las estrellas. Nada podría consolarme del dolor que sentía. Lo llevaría conmigo todas las noches hasta que mi ser se hubiera desintegrado, hasta que Quinn Blackwood se hubiera convertido en otra persona u otra cosa.

Mi momento de intimidad no duró más que unos segundos. Jasmine vino a decirme que mucha gente quería expresar sus condolencias, pero todos vacilaban porque me veían muy perturbado.

-No puedo hablar con nadie, Jasmine. Tendrás que hacerlo por mí -contesté-. Ahora tengo que irme. Ya sé que te voy a parecer un cobarde, pero no tengo más remedio.

-¿Es por Goblin?

-Por temor a Goblin, sí -mentí, más para consolarla a ella que para disimular mi propia vergüenza-. ¿Cuándo es la misa? ¿Cuándo es el sepelio?

-La misa será a las ocho de la tarde mañana, en St. Mary. Luego iremos al Metairie.

Le di un beso y, prometiéndole que nos veríamos en la iglesia, hice ademán de marcharme.

Pero al echar un último vistazo a la multitud que salía a la calle me quedé perplejo: allí estaba también Julien Mayfair, con su elegante traje gris, el mismo que llevaba el día que tan regiamente me recibió con un chocolate caliente. Parecía que estuviera tomando el aire con los demás, pero me miraba.

Tenía un aspecto tan sólido como cualquier otra persona, aunque su color era vagamente distinto, como si lo hubiera pintado otro artista y los tonos de su ropa, su piel y su pelo fueran algo más oscuros. Un fantasma tan fino y elegante, venido de quién sabe dónde. ¿Quién había dicho que, como bebedor de sangre, ya no vería a mis espíritus?

-Ah, claro, era tu hija, por supuesto -dije, y aunque mediaba una gran distancia entre nosotros y Jasmine me miraba sin comprender qué pasaba, él asintió y me ofreció una sonrisa muy triste.

-¿Qué dices? ¿Estás loco? ¿Estás tan agotado como yo?

-No lo sé, cariño -contesté-. Es que veo cosas, siempre me ha pasado. Parece que tanto los vivos como los muertos han venido a ver a tía Queen. No me pidas que te lo explique. Pero tiene sentido, ¿no te parece?

La expresión de Julien fue cambiando hasta volverse casi amarga. Sentí un escalofrío. El negó con la cabeza, de manera sutil pero firme, y yo sentí las palabras que surgían de él en silencio: Nunca a mi amada Mona.

Me quedé sin aliento y un aluvión de argumentos surgió de esa parte de mí que podía alcanzarle sin palabras, queriendo tranquilizarle.

-Ven conmigo -dijo Jasmine. Me dio un beso en la mejilla y noté la presión de sus dedos vigilantes.

No podía apartar la mirada de Julien, pero su rostro se suavizaba.

Por fin comenzó a disiparse y desapareció justo cuando Rowan, Michael y el doctor Winn Mayfair salían por la puerta más cercana. Y con ellos iba nada menos que Stirling Oliver. Stirling, que sabía lo que era yo; Stirling, a quien casi había matado la noche anterior; Stirling, que me miraba como si me aceptara cuando eso era moralmente imposible; Stirling, a quien tanto había querido como amigo. No podía soportar su escrutinio, ni el suyo ni el de nadie. No podía hablar de Mona como si mi alma no ansiara estar con ella, como si no supiera que jamás volvería a verla, como si el fantasma de Julien no acabara de amenazarme. Tenía que marcharme a toda prisa.

Y eso fue lo que hice.

La noche requería un asesinato especial. Estuve rondando por las calurosas calles. Me alejé de los grandes árboles del Garden. Atravesé la avenida. Sabía adónde ir.

Quería encontrar un traficante de drogas, un asesino licencioso, una buena comida, y sabía dónde encontrarlo. Había pasado por delante de su puerta en noches más amables. Conocía sus costumbres. Lo tenía reservado para un momento de furia. Lo tenía reservado para aquel momento.

Era una casa grande de dos pisos en Carondolet Street, ruinosa por fuera y lujosa por dentro, con sus cacharros eléctricos y sus moquetas, una celda acolchada desde la que ordenaba ejecuciones y compras e incluso se vengaba de los niños que se negaban a hacerle recados. Les ataba las zapatillas deportivas y los arrojaba sobre los cables eléctricos para que los otros supieran que habían sido asesinados.

A mí no me importaba lo que pensara el mundo. Entré en la casa y maté a sus dos acompañantes drogados con rápidos golpes en la cabeza. Él intentó asir su pistola, pero le agarré del cuello y se lo partí como si fuera un tallo. Recibí de inmediato la dulce savia de su monstruoso amor por sí mismo, la planta venenosa en el jardín del odio alzando su puño simbólico contra cualquier asesino, creyendo hasta la última gota de sangre que triunfaría, que de alguna manera la conciencia no le traicionaría, hasta que finalmente derramó el alma

infantil, las primeras oraciones, las imágenes de su madre y el jardín de infancia, el sol, y su corazón se detuvo. Me aparté relamiéndome, ahíto, furioso, lleno.

Le quité el arma con la que pretendía matarme. Le apreté la pistola contra la cabeza y un cojín del sillón, le metí dentro dos balas e hice lo mismo con sus acompañantes. Algo que pudiera entender el forense. Luego limpié el arma y la dejé allí.

Por un instante vi a Goblin, con los ojos llenos de sangre, las manos rojas de sangre. Se lanzó hacia mí como para agarrarme del cuello.

«¡Arde, demonio, arde!» Lancé el fuego contra él mientras me rodeaba, mientras pretendía fundirse conmigo, y noté que el calor me quemaba, me achicharraba el pelo y la ropa. «¡Has matado a tía Queen! ¡Arde, demonio! ¡Arderás aunque tenga que arder contigo!» Caí al suelo, o más bien el suelo se alzó hacia mí, lleno de polvo y suciedad, y quedé despatarrado en la apestosa moqueta con él dentro, su corazón palpitando junto al mío, y entonces me desvanecí. Éramos niños, estábamos en la cuna y alguien cantaba, y Pequeña Ida dijo: «El niño tiene unos rizos preciosos.» Era tan dulce estar con Pequeña Ida, oír de nuevo su voz... era muy bonito, me sentía seguro. Tía Queen cerró la puerta a su espalda.

-Ida, cariño, ayúdame con el cierre. ¡Voy a acabar perdiendo las perlas!

«¡Demonio asesino! No quiero verla, no quiero sentirlo, no quiero saberlo.»

Estaba con Goblin y le amaba y nada más importaba, ni siquiera mis pequeñas heridas y el tirón en mi corazón.

-¡Suéltame, demonio! Te juro que acabaré contigo. Te llevaré conmigo al fuego. ¡Te lo juro!

Me puse a gatas.

Una ráfaga de viento me asaltó y atravesó la puerta rota. Los cristales de la ventana se hicieron añicos.

Estaba tan lleno de odio que casi percibía su sabor en la boca, y no era como el sabor de la sangre.

Goblin desapareció.

Estaba en la guarida de un borracho, entre cuerpos putrefactos. Tenía que salir de allí.

Y tía Queen estaba muerta. Estaba completamente muerta. Yacía ataviada con ropa de seda de color crema y collares de perlas. Alguien recordó sus pequeñas gafas con la cadena de plata. Y su perfume Chantilly. Unas gotas de Chantilly.

Está muerta.

Y yo no puedo hacer nada. Absolutamente nada.

46

Había albergado el sueño desesperado de que Mona acudiera al funeral, pero no fue así, aunque el padre Kevin Mayfair era el oficiante y estaban presentes todos los Mayfair que yo conocía -Rowan, Michael y el doctor Winn-, como lo habían estado en el velatorio la noche anterior. Todos ellos compartían aquel resplandor fantasmagórico que tanto me inquietaba. Stirling Oliver los acompañaba. Me saludaron educadamente con la cabeza cuando nuestras miradas se cruzaron.

En la nave central de St. Mary's Assumption se congregó la misma multitud, una multitud que yo jamás había visto en las misas semanales. De hecho, había más gente porque muchos McQueen habían venido de lejos y no habían podido llegar a tiempo para el velatorio la noche anterior.

Sentí un terrible escalofrío al ver el ataúd cerrado en el pasillo central. Como llegué a la iglesia justo después de que anocheciera, no había visto a tía Queen antes de que cerrasen la tapa para siempre.

Pero no tuve que sufrir solo, porque Lestat y Merrick Mayfair aparecieron a mi lado justo cuando pasaba junto a los Mayfair para sentarme en el mismo banco que Jasmine, Tommy y Nash.

Aquello fue tan inesperado que me conmocionó, y Lestat tuvo que agarrarme con firmeza del brazo para sostenerme. Se había cortado el pelo, llevaba unas gafas de sol no muy oscuras para disimular la iridiscencia de sus ojos e iba vestido de forma muy conservadora, con una chaqueta cruzada de color azul y unos pantalones caqui.

Merrick Mayfair, con un vestido camisero de lino blanco, llevaba un pañuelo blanco en torno al rostro y el cuello y unas gafas de sol enormes que casi le cubrían toda la cara. Pero estaba seguro de que era ella y no me sorprendió que Stirling Oliver, que ocupaba un lugar en el banco de atrás, se le acercara. Le dijo en susurros que se alegraba de verla y que esperaba que pudieran hablar luego un momento.

Ella contestó que estaba muy ocupada, pero que intentaría acceder a sus deseos. Luego me pareció que le estampaba dos besos en las mejillas, pero no estuve seguro, puesto que me daba la espalda. Sólo supe que para Stirling aquél había sido un momento de increíble importancia.

El padre Kevin Mayfair comenzó la misa de réquiem con dos monaguillos. Yo no había pisado una iglesia desde la transformación y no estaba preparado para el hecho de que me recordara tanto a mi pelirroja Mona. Sufría sólo mirándolo cuando nos saludó. Y entonces me di cuenta de que le deseaba con locura, como siempre.

El padre Kevin Mayfair creía a pies juntillas en las palabras sagradas que pronunciaba. Era un sacerdote y su conciencia de ello penetraba todo su ser. La sangre me reveló este hecho. Pero ni siquiera cuando era mortal había dudado de ello.

Luego Lestat y Merrick se arrodillaron a mi lado, hicieron la señal de la cruz y, aparentemente, murmuraron sus oraciones respondiendo a los cánticos de la misa, igual que yo. Para mí fue una sorpresa, pero una sorpresa agradable, como si el mundo demencial en el que me hallaba perdido pudiera formar su propio tejido conjuntivo.

Cuando llegó el momento de leer un pasaje de la Biblia y de hablar de tía Queen, Nash pronunció un discurso muy solemne acerca de la nobleza de mi tía, siempre considerada con los demás. Jasmine salió temblando para contar que tía Queen había sido su guía en la vida. Otras personas hablaron también, gente a la que yo apenas conocía, y todas dijeron cosas amables. Y por fin se hizo el silencio.

Recordé que nunca había sido capaz de hablar en los funerales, a pesar de mi amor por Lynelle, por Pops y por Sweetheart, y me encontré subiendo hacia el atril y el micrófono que había justo detrás del altar. Me parecía impensable poder hacer aquello siendo lo que era, pero estaba decidido y sabía que nada podría impedírmelo.

Después de ajustar mi voz al micro, dije que tía Queen había sido la persona más sabia que había conocido y que, con su auténtica sabiduría, tenía el don de la caridad perfecta y que encontrarse ante ella era estar en presencia de la bondad. Luego leí en el Libro de la Sabiduría la descripción del don de la sabiduría:

> Porque la sabiduría es más activa que todas las cosas activas: y alcanza todas las cosas por razón de su pureza.
> Porque es un vapor del poder de Dios y una emanación pura de la gloria de Dios todopoderoso: y por tanto nada puede corromperla.
> Porque es el brillo de la luz eterna y el espejo inmaculado de la majestad de Dios y la imagen de su divinidad.
> Puesto que sólo es una, lo puede todo. Y permaneciendo inmutable en sí misma renueva todas las cosas.

En este punto me interrumpí.

-No se puede utilizar un lenguaje más apropiado para describir a tía Queen -dije-. El hecho de que viviera ochenta y cinco años entre nosotros ha sido un regalo para todos, un regalo precioso. Y si queremos conservar la cordura, debemos considerar su muerte súbita como una clemencia, y debemos pensar lo que la decrepitud habría significado para ella. Tía Queen se ha ido. Ella, que no tenía hijos y fue una madre para todos. El resto es silencio.

Apenas podía creer que hubiera subido al altar de la iglesia para pronunciar estas palabras ante una multitud en un funeral. Cuando me disponía a volver a mi sitio Tommy se levantó y me hizo una seña para que esperase.

Se acercó temblando violentamente y me rodeó con el brazo para sostenerse. Yo le puse la mano en el hombro.

-Ella me dio el mundo -dijo por fin al micrófono-. Viajé con ella y, allí donde íbamos, de Calcuta a Aswan, de Río a Roma o a Londres, ella me dio esos lugares, con sus palabras, su entusiasmo, su pasión y... y al... al mostrarme y decirme lo que podía hacer con mi vida. Nunca la olvidaré. Y aunque espero querer a otras personas, como ella me enseñó a querer a los demás, jamás amaré a nadie como la amaba a ella.

Me miró para indicarme que había terminado y se aferró a mí mientras bajábamos de nuevo al banco.

Estaba tan orgulloso de él que me distraje por completo de mis propios pecados. Cuando me senté, Lestat me agarró la mano y yo agarré la de Tommy.

En el momento de la comunión mucha gente salió al pasillo. Tommy y Jasmine también, por supuesto. Yo, por puro instinto, me levanté para unirme a la cola y me quedé perplejo al ver que Merrick y Lestat hacían lo mismo, siguiendo mi ejemplo tal vez, o quizá lo hubieran hecho de todos modos.

Los tres recibimos el sacramento.

Tomé la hostia en la mano, según era mi costumbre, y luego me la llevé a la boca. No sé cómo la tomaron ellos, pero la tomaron. Noté, como siempre, que se me disolvía en la lengua -mi cuerpo no rechazó un bocado tan diminuto de comida- y recé a Dios, a quien había recibido, para que me perdonara por todo lo que era. Pedí a Jesucristo que me redimiera de lo que era. Supliqué que me indicara lo que tenía que hacer, si es que había alguna forma honorable, decente o moral de vivir.

¿Estaba Jesucristo dentro de mí? Por supuesto. ¿Por qué iba a dejar de existir un milagro sólo porque otro milagro había tomado posesión de mí? ¿Era yo culpable de sacrilegio? Sí. ¿Pero qué puede hacer un asesino? Quería que Dios estuviera en mí. Y mi acto de contrición, mi renuncia al pecado, era de momento pura. Me arrodillé con los ojos cerrados y tuve los pensamientos más extraños.

Pensé en Dios omnisciente haciéndose hombre. ¡Un gesto tan notable! Era como si me acabaran de contar la historia. Y parecía que el Dios omnisciente tenía que hacerlo para comprender del todo su creación, porque había creado algo que podía ofenderle tan profundamente como le había ofendido la humanidad. Era muy complicado, muy extraño. Los ángeles no le habían ofendido tanto. No. Pero los seres humanos sí. Mi cabeza rebosaba de ideas, mi corazón estaba lleno de Jesucristo y mi alma lloraba sus propias lágrimas sin sangre, y me sentí inocente sólo por unos momentos.

Luego: el cementerio.

Lonigan and Sons nos habían dado a todos velitas con sus conos de papel para que la cera no nos quemara las manos. El padre Kevin Mayfair concluyó la ceremonia junto a la tumba con brío y encanto. Lloró por tía Queen. Mucha gente lloraba. Terry Sue seguía sollozando. Las flores se amontonaban sobre el féretro. Luego nos invitaron a desfilar frente a él y tocar la madera por última vez. Las puertas de la alta tumba de granito estaban abiertas. El ataúd se colocaría en uno de los estantes cuando nos marcháramos.

Patsy estalló en sollozos histéricos.

-¡Cómo has podido traernos aquí de noche! -me gritó con los ojos húmedos y manchados-. ¡Siempre tú, Tarquin! Odio este sitio, y tenías que traernos de noche. ¡Siempre, siempre tú!

Sentí lástima por ella. Era muy desgraciada y todo el mundo la miraba sin saber lo enferma y lo loca que estaba.

La Gran Ramona intentó tranquilizarla. Merrick Mayfair estaba a mi lado, mirándola fijamente. Lestat también la miraba. Me sentí humillado, ¿pero qué les importaba a ellos su histérico dramatismo?

Patsy no había asistido al entierro de sus propios padres. Pero quería a tía Queen. Todos la querían.

Cuando la Gran Ramona se la llevaba hacia el coche, nuestro abogado, Grady Breen, intentó consolarla.

-¡Maldito seas, Quinn! -me gritó mientras la obligaban a entrar en la limusina-. ¡Ojalá vayas al infierno! -Me pregunté si no tendría algunos poderes adivinatorios para haber proferido tan apropiadas maldiciones.

-Nos reuniremos esta noche -dijo Merrick en voz baja-. Tu espíritu es muy peligroso. Noto su presencia. No tiene muchas ganas de que Lestat o yo le veamos, pero está aquí. No hay tiempo que perder.

-¿Nos vemos en la casa? -pregunté.

-Sí. Tú ve con tu familia -terció Lestat-. Te estaremos esperando.

-Tu madre también va hacia allí -informó Merrick-. Pero quiere marcharse. Intenta retenerla. Tenemos que hablar con ella. Dile que queremos hablar con ella. Utiliza todos los medios posibles para que no se vaya.

-¿Por qué?

-Cuando nos reunamos lo entenderás.

La limusina me esperaba, con Tommy, Patsy, la Gran Ramona, Nash, Jasmine y Clem.

Miré una vez más hacia el ataúd, el personal de la funeraria y los trabajadores del cementerio que preparaban la cripta (justo lo que no habían querido que viéramos). Volví atrás un momento para llevarme dos rosas rojas del montón de flores y, al alzar la vista, vi a Goblin.

Estaba en la puerta del mausoleo, vestido como yo, con un traje negro. Su pelo era como el mío, abundante pero bien peinado. Me miraba con ojos desencajados, chispeantes y, a pesar de que era muy sólido, vi a través de él una intrincada telaraña de sangre, como si infectara todo lo que formaba la ilusión. La imagen duró un segundo, tal vez dos, y luego desapareció como una llama.

Me estremecí y sentí la brisa y el vacío.

Entré en el coche con las dos rosas y nos dirigimos hacia Blackwood Manor.

Patsy anduvo todo el camino llorando.

-No había ido a ver esa tumba en todos estos años -repetía, y tenemos que venir en plena noche por culpa de Quinn, del pequeño Quinn. ¡Estupendo, pequeño Quinn!

-No tenías por qué venir -dijo la Gran Ramona-. Cálmate, te vas a poner enferma.

-¡Maldita seas! ¡Malditos seáis todos! ¿Qué sabréis vosotros lo que es estar enferma?

Y así durante todo el largo camino hasta la casa.

Cuando llegamos mis manos ansiosas habían desmenuzado sin querer las rosas.

47

Patsy estaba en el dormitorio, al otro lado del mío, y en cuanto llegamos a casa, Cindy, nuestra querida enfermera, subió para atenderla, asegurarse de que tomaba sus medicinas y

administrarle un calmante suave. Patsy no tardó en ponerse el camisón de franela oficial de Blackwood Manor, sin intenciones de ir a ninguna parte. Cuando me vio pasar de camino a mi habitación, me gritó que era repugnante que los hubiera obligado a todos a ir al cementerio «a medianoche».

Todavía no era medianoche.

En cuanto a Goblin, todo el mundo conocía el peligro. No tuve que decir a Jasmine y Clem que cuidaran de Jerome, ni a Nash que vigilara de cerca a Tommy. Todo el mundo sabía lo que Goblin le había hecho a tía Queen. Hasta Patsy lo creía, y la Gran Ramona era ahora su compañera y guardiana.

Nadie tenía que subir las escaleras a solas. Nadie tenía que reaccionar con pánico a la rotura de cristales. Todo el mundo debía permanecer en la casa en grupos de dos o tres personas, incluido yo, que había recibido la visita de mis «dos amigos» en mi salón privado.

Me estaban esperando tal como prometieron. Nos sentamos en torno a la mesa central, Merrick, Lestat y yo. Merrick, una mujer alta y muy delgada, de piel aceitunada y abundante pelo oscuro, se había quitado el pañuelo blanco y las enormes gafas y comenzó a hablar de inmediato.

-Esta criatura, este fantasma que te acecha está relacionado contigo por la sangre, y la conexión es más que importante.

- Pero, ¿cómo puede ser? Siempre he creído que era un espíritu. Ya he sido acechado por fantasmas y siempre dicen quiénes son. Tienen sus historias, responden a un patrón.

- Él también tiene una historia y un patrón, créeme. -Pero, ¿cuál es?

- ¿No tienes idea? -preguntó ella mirándome a los ojos como si estuviera ocultando algo, quizás a mí mismo.

- En absoluto. -Me resultaba fácil hablar con ella. Sentía que comprendería-. Siempre ha estado conmigo, desde el principio. Casi llegué a pensar que lo había creado yo, que lo atraje hacia mí sacándolo del vacío y lo desarrollé a mi imagen. Bueno, ya sé que está hecho de algo, éter, partículas astrales, alguna forma de materia, algo que obedece a las leyes naturales. Mona Mayfair me explicó una vez que estos espíritus tienen un núcleo, una especie de corazón y un sistema circulatorio, y yo entiendo que mi sangre alimenta ahora ese sistema, que se hace cada vez más fuerte a medida que bebe sangre de mí cuando me he alimentado. Pero nunca había sospechado que fuera el fantasma de alguien.

- Lo vi en el cementerio, igual que tú.

-¿Lo viste junto a la cripta, cuando fui por las rosas?

- Lo vi antes. Era fuerte allí. Tarquin, es tu hermano gemelo.

- Sí, ya lo sé. Es un doble perfecto.

- No, Tarquin, quiero decir que es el fantasma de tu hermano gemelo. Erais gemelos idénticos.

-Eso es imposible, Merrick. Créeme, te agradezco que quieras atacar el problema de raíz, pero eso es imposible por una razón muy sencilla. Bueno, en realidad por dos razones.

- ¿Cuáles son?

-En primer lugar, si hubiera tenido un hermano gemelo, lo sabría. Alguien me lo hubiese dicho. Pero, lo que es más importante, Goblin escribe con la mano derecha, y yo siempre he sido zurdo.

-Tarquin, es tu gemelo reflejo. ¿No habías oído hablar de ellos? Estos gemelos son la imagen opuesta el uno del otro, como la imagen de un espejo. Según una antigua leyenda, toda persona zurda es la superviviente de una pareja de gemelos reflejos, uno de los cuales pereció en el útero. Pero tu gemelo no murió así. Tarquin, creo que tenemos que hablar con Patsy. Patsy quiere que lo sepas. Está cansada de guardar silencio.

Me había quedado tan conmocionado que no podía ni hablar. Hice un gesto pidiendo paciencia, me levanté y les indiqué que me siguieran.

Cruzamos el pasillo. La puerta de Patsy estaba abierta. Su habitación no contaba con un salón como la mía, pero era grande y hermosa, con una cama regia vestida con volantes azules

y blancos, un sofá de seda azul y unas sillas delante. Patsy estaba sentada en él con Cindy, viendo la televisión mientras la Gran Ramona bordaba en una de las sillas. El volumen del televisor estaba tan bajo que no parecía importante. La Gran Ramona y Cindy se levantaron al vernos entrar.

- ¿Qué clase de invasión es ésta? -preguntó Patsy-. Eh, Cindy, no te vayas sin ponerme otra inyección. Me encuentro mal. Y tú, Tarquin Blackwood, a ti ni siquiera te interesa si estoy viva o muerta. Cuando me muera, ¿arrastrarás a todo el mundo al cementerio a medianoche?

-No lo sé -contesté-. Tal vez te estrangule sin más y te tire al pantano. A veces lo sueño. Sueño que te estrangulo y te tiro al pantano. Sabías a algodón de azúcar y manzanas de caramelo y te hundiste deprisa bajo las aguas verdosas.

Ella se echó a reír. Parecía muy delgada con su camisón de franela y me dejó preocupado. Y en lugar de llevar el pelo cardado, como era lo habitual, le caía suelto y ondulado y le daba un aspecto muy joven. Tenía los ojos grandes y una mirada dura.

-Estás loco, Tarquin Blackwood -se burló-. Debieron ahogarte al nacer. No sabes cuánto te odio.

-Vamos, Patsy, no hablas en serio -terció la enfermera-. Dentro de una hora te pondré otra inyección.

-Pero me encuentro mal ahora.

-Lo que estás es bebida -apuntó la Gran Ramona.

-¿Podemos hablar contigo un momento? -preguntó Lestat. Ella le hizo una seña para que se sentara a su lado. Lestat puso el brazo en el respaldo del sillón, detrás de ella.

- Claro, siempre estoy dispuesta a hablar con los amigos de Quinn. Sentaos. Es la primera vez. Nash es tan estirado que me llama señorita Blackwood todo el rato. Jasmine no me soporta. Se cree que no sé que su bastardo negro es hijo tuyo. ¡Ja! ¡Pero si lo sabe todo el mundo! Y va por ahí diciendo «es mi hijo», como si fuera una madre virgen, ¿os imagináis? Mira, si ese niño no fuera tuyo, Quinn, lo habrían tirado a la basura, pero fue el pequeño Quinn el que se llevó a la cama a Jasmine, así que no pasa nada; según tía Queen, no pasa nada. Que el bastardo tenga la casa a su disposición, es...

- Venga, Patsy, ya está bien -repliqué-. Si alguien quisiera hacer daño a ese niño, tú serías la primera en salir en su defensa.

- Yo no quiero hacerle daño a él, Quinn, sino a ti. Porque te odio.

- Pues te voy a dar una buena ocasión de hacerme daño. Sólo tienes que hablar con nosotros.

- Será un placer.

Merrick se había sentado en la silla que antes ocupaba la Gran Ramona y, durante todo este rato, se había dedicado a observar a Patsy. Ahora se presentó en voz baja dando su nombre de pila y presentó también a Lestat.

Me senté junto a ella.

Patsy asintió y, en un tono despiadado, declaró:

- Yo soy la madre de Tarquin.

- Patsy, ¿tenía Tarquin un hermano gemelo? -preguntó Merrick-. ¿Un hermano que nació a la vez o pocos momentos después?

Se produjo un silencio absoluto. Nunca había visto aquella expresión en el rostro de Patsy. Se quedó como en blanco, con una mezcla de perplejidad y temor.

- ¡Cindy! -gritó de pronto-. ¡Cindy, te necesito! ¡Cindy, tengo una crisis de pánico! ¡Cindy!

Se volvió a un lado y otro hasta que Lestat le puso la mano con firmeza en el hombro y pronunció su nombre en un susurro. Ella le miró a los ojos y su histeria se desvaneció como si se evaporase.

Cindy apareció en la puerta con la jeringuilla en la mano.

Librodot

-Patsy, aguanta -dijo sentándose a su lado. Alzó con modestia el camisón y le inyectó el sedante en la cadera izquierda. Luego se levantó y se quedó esperando.

Patsy seguía mirando a Lestat a los ojos.

- Tenéis que comprender. Fue lo más lamentable, lo más terrible... -Se estremeció-. No os lo podéis imaginar.

Sin apartar la mirada de Patsy, Lestat le dijo a Cindy que Patsy estaba bien.

Ella miró la alfombra oriental. Parecía estar siguiendo los dibujos. Luego alzó la vista hacia mí.

- Te odiaba mucho. Te odio ahora. Siempre te he odiado. Tú le mataste.

-¡Que le maté! ¿Cómo? -pregunté estupefacto.

- Sí. Fuiste tú.

- ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo hice una cosa así? -Quería leer su mente, pero nunca había utilizado ese poder con ella y una profunda e inveterada repulsión me impedía hacerlo.

-Eras muy grande. Muy sano, muy normal. Pesabas casi cinco kilos. Hasta los huesos los tenías grandes. Y luego vino el pequeñito, Garwain, de sólo kilo y medio. Me dijeron que te había dado toda su sangre en el útero, toda su sangre. Eras como un niño vampiro, ¡bebiéndote su sangre! Fue espantoso. Y él era tan pequeño... Un kilo y medio. Era la criatura más terrible y lastimosa que te puedes imaginar.

Me había quedado tan pasmado que no podía ni hablar.

Patsy tenía la cara surcada de lágrimas. Cindy se las enjugó con un pañuelo de papel.

-Yo me moría por abrazarle, pero no me dejaron. Me dijeron que era el gemelo donante. El gemelo donante. Lo dio todo. Y al final, era tan pequeño que apenas podía vivir. Lo metieron en la incubadora. Ni siquiera me dejaron tocarle. Me quedé allí en el hospital día y noche, día y noche. Y tía Queen no hacía más que llamarme para decirme que el otro niño, que estaba en casa, me necesitaba. ¡Cómo se le ocurrió decirme eso! Como si el bebé diminuto que estaba en el hospital no me necesitara. ¡Como si aquella pobre criatura no me necesitara! Ella quería que volviera a casa y diera de mamar a un monstruo de cinco kilos. ¡Y yo ni siquiera podía mirarte! No quería estar bajo el mismo techo que tú. Por eso me marché.

Se enjugó furiosa las lágrimas. Hablaba con voz tan baja que no creo que los seres humanos pudieran oírla. No sé si Cindy, que estaba sentada a su lado, la había oído.

-Me quedé allí en el hospital día y noche. Les supliqué que me dejaran tocar a mi niño, pero el pobre se murió en aquella máquina, con todos aquellos cables y tubos y monitores. ¡Se murió! Mi niño, mi pobre Garwain, mi pequeño caballero. Así le llamaba: Garwain,

mi pequeño caballero. Y entonces me dejaron tenerle en mis brazos, cuando ya estaba muerto, mi pobre hijito.

Nunca había visto así a Patsy, nunca la había visto llorar de esa manera, nunca había visto en ella una tristeza tan amarga.

- Le hicimos un ataúd diminuto -prosiguió- y le metimos allí acurrucadito con un traje blanco de bautizo, pobre. Luego fuimos al Metairie, todos. Y a tía Queen se le ocurrió llevarte también. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo se le pasó por la cabeza? Tú no hacías más que gritar y llorar y dar berridos. La odié entonces por llevarte. Ella insistía en que tú sabías que tu hermano había muerto, que lo notabas, que yo debía abrazarte, ¿te imaginas?, que tenía que abrazarte. Y allí estaba mi pequeño Garwain, en su ataúd diminuto. Le metieron en la tumba. Había hecho grabar la lápida. «Garwain, mi pequeño caballero», ponía. Y ahí está ahora.

Patsy no dejaba de llorar.

-No te creas que lo movieron para meter los féretros de Pops y Sweetheart o el de tía Queen. No, señor. No. -Patsy movió la cabeza-. En ese mausoleo hay ocho nichos, y no lo movieron. Ya me encargué yo. Y nunca, nunca jamás volví a aquella cripta desde el día en que le enterramos. Hasta esta noche. Y sólo porque tía Queen le dejó encargado a Grady Breen que me diera un cheque extra si asistía a su estúpido y patético funeral. Y Grady Breen me sobornó. Me dio anoche una fotocopia del testamento, como ya te dije, siguiendo las indicaciones de tía Queen.

Librodot

»Un soborno con todas las de la ley. El colmo. Tía Queen sabía lo que yo pienso de ese lugar, lo sabía, fue ella la que me hizo jurar que jamás te diría una palabra, que nadie te diría nunca que le habías chupado la sangre a tu hermano, al pequeño niño donante de kilo y medio. Como si fuera a ti a quien había que proteger. Pobre Quinn. Que Dios te perdone por lo que hiciste, maldito hijo de puta. No sabrás lo que es el odio hasta que no sepas cuánto te odio.

Patsy sollozaba con el pañuelo pegado a la cara. Cindy estaba destrozada. Se levantó para irse, pero Patsy la agarró con dedos trémulos. Lestat le puso la mano en el hombro con suavidad.

- Garwain -dijo-. Y cuando Goblin comenzó a aparecer, ¿nunca pensaste que podía ser el fantasma de Garwain?

-No -contestó ella sombría-. De ser el fantasma de Garwain hubiese venido a mí porque yo le quería. ¡Nunca hubiese acudido a Quinn! ¡Quinn lo mató! Quinn le chupó toda la sangre. Goblin era el propio deseo de Quinn de tener un hermano gemelo, porque sabía que debía haber tenido uno y lo mató, de manera que creó a Goblin de la nada en su locura. ¡Siempre ha estado loco!

- ¿A nadie se le ocurrió que podía ser el fantasma del pequeño? -preguntó Merrick.

- No -insistió Patsy-. Garwain, mi pequeño caballero. Eso es lo que está escrito en la losa. -Entonces me miró-. ¡Y cómo gritabas en su funeral! ¡Gritabas sin parar! Me pasé un año entero sin mirarte siquiera. No podía soportarlo. Al final cedí sólo porque tía Queen me pagó por ello. Pops no quería darme ni un centavo. Tía Queen me pagó mientras tú crecías. Hicimos un trato. No podía hablarte de tu hermano, para que no te sintieras culpable, no podía decirte que mataste a tu hermano. Si yo cumplía, ella cuidaría de que no me faltara nada. Y así fue.

Patsy se encogió de hombros. Alzó las cejas y luego su rostro se relajó un poco, pero seguía llorando.

-Tía Queen me dio cincuenta mil dólares. No era lo que yo quería, pero me dio eso para empezar, para que accediera a tocarte. Y lo hice. Te abracé una sola vez. Consiguió poner a Pops y a Sweetheart y a todo el mundo de su parte. Todos se preocupaban por ti. «Que no se te ocurra decirle a Quinn que tenía un hermano gemelo que murió.» Como si yo nunca hubiera tenido ese hijo. Jamás le hables a Quinn de Garwain. Que no sepa nunca que le chupó toda la sangre a ese niño indefenso. No le cuentes nunca a Quinn esa espantosa historia. Y ahora vienes y me preguntas que si tuviste alguna vez un hermano gemelo. Querías saberlo y tía Queen está muerta. Y como Grady me contó lo del dinero que me tocaba y lo que había en el testamento, sé que no arriesgo nada contándotelo. Así que ya lo sabes. Ya sabes por qué te he odiado todos estos años. Por fin lo entiendes.

Me levanté. Ya habíamos averiguado lo que queríamos saber. Estaba demasiado conmocionado y agotado para decir ni una palabra. Odiaba a Patsy tanto como ella a mí. La odiaba tanto que no podía ni mirarla.

Creo que di las gracias entre dientes y me dispuse a salir de la habitación con mis amigos.

- ¿No tienes nada que decirme? -me preguntó Patsy cuando llegué a la puerta.

Cindy parecía muy abatida.

- ¿Qué? -repliqué.

-¿Te puedes imaginar lo que fue para mí? Cuando pasó yo tenía dieciséis años.

- Ya, pero ya no tienes dieciséis años. Eso es lo que importa. Me estoy muriendo -insistió ella-. Y nunca en mi vida me ha querido nadie como la gente te quiere a ti.

- Pues sí, es verdad -contesté-. Y ahora te odio igual que me odias tú a mí.

- ¡Oh, no, Queen! -exclamó Cindy.

- Fuera de mi vista -dijo Patsy.

- Era lo que estaba haciendo cuando me has detenido.

48

Antes de que pudiera siquiera pensar en lo que había descubierto, tenía que oírlo de labios de la Gran Ramona y Jasmine, de manera que fui a la cocina, donde las encontré con Jerome, Tommy y Nash. Estaban en torno a la mesa de roble, cenando judías con arroz. Por supuesto me invitaron a unirme a ellos.

- Tengo que saber una cosa -comencé, sin aceptar la silla que me ofrecían-. Patsy me acaba de contar que yo tenía un hermano gemelo que está enterrado en el cementerio de Metairie. ¿Es verdad?

Recibí la respuesta de inmediato: la vi en sus rostros y la leí en sus mentes.

- Patsy no tenía por qué contarte eso ahora -dijo la Gran Ramona-. Estaba totalmente fuera de lugar. -Y se levantó para marcharse.

Le indiqué que se sentara.

- ¿A alguien se le ha ocurrido que Goblin podía ser el fantasma de mi hermano, Garwain?

- Bueno, sí, lo llegamos a pensar. Pero, ¿de qué habría servido decírtelo cuando eras pequeño, o más adelante, cuando ya estabas en Europa pasándotelo bien? Sobre todo cuando Goblin desapareció y no causó más problemas. ¿Y cómo íbamos a decírtelo cuando, ya hecho un hombre, volviste a casa?

-Lo entiendo -contesté-. Mi hermano era mucho más pequeño que yo, ¿no? Un niño diminuto.

- Patsy no tenía por qué preocuparte de ese modo -saltó Jasmine-. Con ella todo son excusas o mentiras. La única razón de que se quejara tanto de lo del pequeño es porque quería que todo el mundo le tuviera lástima.

Nash se levantó para llevarse a Tommy, pero yo les indiqué que siguieran cenando. Tommy sentía curiosidad por la historia, y no vi qué mal podía haber en que se enterara. ¿Por qué debíamos seguir manteniendo el secreto? Pero Nash parecía preocupado, como siempre.

-¿Y nadie sintió lástima por Patsy?

Se produjo un silencio.

- Patsy es una mentirosa -dijo por fin la Gran Ramona-. Es verdad que lloró por el pequeño. Sabía que se iba a morir. Es muy fácil sentir lástima por alguien que no tiene ninguna oportunidad, que no va a vivir ni una semana. Es mucho más difícil ser una auténtica madre. Tía Queen sintió lástima por ella y le dio dinero para empezar su grupo. Pero ella no se quedó para...

- Lo entiendo -la interrumpí-. Sólo quería saberlo.

-Tía Queen nunca quiso que lo supieras -repuso la Gran Ramona-. No tenían que habértelo contado. Pops y Sweetheart tampoco querían que lo supieras. Pops siempre dijo que era mejor olvidar el asunto, que era morboso. También empleaba otra palabra, ¿cómo era...?

- Grotesco -apuntó Jasmine-. Decía que era morboso y grotesco y que no pensaba decirte nada.

-Tampoco encontró nunca el momento adecuado.

- Es verdad que pensamos que Goblin era el fantasma de tu hermano -prosiguió Jasmine-, por lo menos a veces. Y supongo que en general pensamos que tampoco importaba quién fuera.

La Gran Ramona se levantó para remover las judías en el fogón y sirvió unas cuantas en el plato de Tommy. Mi hijo, Jerome, tenía toda la cara manchada de puré de melocotón.

- Mira, si cuando volviste de Europa Goblin hubiera creado problemas de nuevo, tal vez te hubiésemos dicho lo de tu hermano gemelo, no sé, para realizar alguna clase de exorcismo. Pero no volviste a mencionar a Goblin.

- Y entonces salió de la nada y tiró al suelo a tía Queen -dijo

Jasmine, con un nudo en la garganta. De pronto se echó a llorar.

- No empieces con ésas -la reprendió la Gran Ramona.

- Lo sucedido ha sido culpa mía -repliqué-. Fui yo quien atrajo a Goblin y quien le hizo fuerte. No importa si era un fantasma o un espíritu.

-No es culpa tuya -aseguró la Gran Ramona-. Y ahora tenemos que librarnos de él.

Noté una brisa. El ventilador del techo había comenzado a girar sin que nadie lo hubiese encendido. Jasmine y la Gran Ramona lo notaron también.

- Que nadie se separe del grupo -ordené-. Y no le miréis ni miréis lo que hace. Tengo que ir a hablar con mis amigos. Me ayudarán a librarme de él.

Un plato cayó de un estante de la despensa y se hizo añicos en el suelo. Jasmine se levantó temblorosa a buscar la escoba. La Gran Ramona hizo la señal de la cruz y yo también.

Nash rodeó a Tommy con el brazo. El chico parecía muy emocionado. Jerome seguía comiendo puré como si no pasara nada. Por fin salí de la cocina.

Goblin tocaba su lúgubre música en las arañas del techo.

La Gran Ramona subió corriendo por las escaleras murmurando que tenía que estar con Patsy y Cindy. Desde allí se oían los histéricos sollozos de Patsy.

Me quedé escuchando a su puerta un buen rato, incapaz de entender lo que decían, preguntándome qué droga le había inyectado Cindy para que siguiera tan abatida. Me di cuenta de que me había quedado helado. Por supuesto siempre había sabido que Patsy me odiaba, pero nunca me lo había dicho de forma tan clara, tan convincente. Y ahora yo también me odiaba. Era casi demasiado para mí.

Por fin entré en mi habitación y cerré la puerta.

Lestat y Merrick estaban sentados a la mesa, dos elegantes criaturas una frente a la otra. Me senté de espaldas a la puerta. El ordenador se encendió de inmediato. Las ventanas vibraban. Las pesadas cortinas de terciopelo se agitaron. Los adornos del dosel de la cama ondearon en la brisa.

Merrick se levantó mirando alrededor. Su melena caoba le caía abundante sobre la espalda. Lestat la miraba con atención.

- Muéstrate, espíritu -dijo ella en voz baja-. Ven, muéstrate a aquellos que pueden verte. -Sus ojos verdes escudriñaron la habitación. Merrick se volvió para mirar el techo, la araña-. Sé que estás aquí, Goblin. Y conozco tu nombre, tu verdadero nombre, el nombre que te dio tu madre.

Las ventanas que teníamos más cerca reventaron. El cristal voló contra las cortinas, pero no las traspasó y cayó al suelo hecho añicos. La brisa cálida de la noche entró en la habitación.

- Ése es un truco estúpido y cobarde -prosiguió Merrick, como si le susurrase al oído-. Yo misma podría hacerlo. ¿No quieres que diga tu verdadero nombre? ¿Te da miedo oírlo?

Las teclas del ordenador se movían a toda velocidad. Lo que aparecía en pantalla no tenía sentido. Me acerqué:

QUEMERRICKYLESTATSEMARCHENOBOMBARDEARECONCRIS
TALESTODOBLACKWOODMANORTEODIOQUINN.

De pronto una enorme nube amorfa se extendió por el techo y cobró una espantosa forma humana hecha de filamentos de sangre, con un rostro gigantesco, la boca abierta en un grito silencioso. La figura se contraía agitándose mientras rodeaba a Merrick, azotándola con sus tentáculos. Merrick cayó hacia atrás en la alfombra y alzó los brazos.

- ¡No hagáis nada! -gritó-. Sí, ven a mis brazos -le dijo a Goblin-. Deja que te conozca, ven a mí, ven conmigo, sí, bebe mi sangre, conóceme, sí, te conozco, sí... -Puso los ojos en blanco y pareció quedar inconsciente.

Por fin, cuando yo ya no podía soportarlo más, Goblin se alzó con un furioso viento lleno de sangre, agitándose violentamente una vez más. Luego salió disparado por la ventana rota,

arrojando más cristales contra las cortinas, que quedaron manchadas de sangre. Merrick también tenía los brazos, las manos, las piernas y la cara cubiertas de sangre.

Lestat la ayudó a levantarse, la besó en la boca y le acarició el pelo. Luego la sentó en una silla.

-¡Quería quemarlo! -exclamó-. ¡Estaba deseando acabar con él!

- Yo también -dije. Enderecé la falda blanca de Merrick y comencé a limpiar con mi pañuelo los arañazos ensangrentados que la cubrían.

-No, era demasiado pronto para el fuego -contestó ella-, y la unión tenía que celebrarse. Quería estar bien segura de todo.

- ¿Es de verdad el fantasma de mi hermano? -pregunté.

-Sí. -Merrick me agarró la mano con suavidad y me dio un beso-. Es el fantasma del niño enterrado en el cementerio de Metairie, y por eso siempre ha sido más fuerte aquí. Por eso no pudiste llevártelo a Europa, como me contó Lestat. Por eso era débil y translúcido cuando fuiste a Nueva York. Por eso era más fuerte cuando fuiste a Nueva Orleans. Y por eso parecía tan fuerte esta noche junto al mausoleo. Sus restos están allí dentro.

- Pero él no lo entiende, ¿verdad? -pregunté-. No sabe de dónde viene ni cuál es su nombre auténtico.

- No, no lo sabe.

Los arañazos se desvanecían y Merrick volvía a ser la mujer atractiva que había sido. Su larga melena castaña resultaba preciosa, así alborotada. Tenía los ojos verdes todavía inyectados en sangre y parecía aún un poco agitada.

- Pero podemos hacer que lo sepa -prosiguió-, y ésa es nuestra mejor arma. Porque un fantasma, a diferencia de un espíritu puro, está conectado a sus restos, y este fantasma más que cualquier otro. Está conectado a ti por la sangre, y por eso siempre ha creído que tiene derecho a todo lo que tú tienes.

-¡Por supuesto! -exclamé-. ¡Claro! -Por fin lo comprendía-. Cree que es su derecho. Estuvimos juntos en el útero. -Noté una honda punzada de dolor en el corazón.

- Sí, e intenta imaginar por un momento lo que fue la muerte para este espíritu. En primer lugar, era tu hermano gemelo, y sabemos que para los gemelos la muerte de su hermano es una pérdida terrible. Patsy dice que tú llorabas en su funeral, que tía Queen le suplicó que te consolara. Tía Queen sabía que tú sentías la muerte de Garwain. Bueno, Garwain vivió esta separación también en la incubadora, y en la muerte. Sin duda su espíritu estaba confuso y no fue hacia la luz, como debería haber hecho.

- Ya veo. Y ahora, por primera vez en todos estos meses vuelvo a sentir lástima por él. Siento... piedad.

- Apiádate de ti mismo -dijo Merrick suavemente. Sus modales eran muy elegantes. De hecho me recordaba mucho a Stirling Oliver-. Pero cuando te llevaron a su funeral, cuando te llevaron allí el día de su entierro, su pobre espíritu a la deriva encontró en ti a su hermano gemelo vivo y se convirtió en tu doble. De hecho se convirtió en algo mucho más fuerte. Se convirtió en tu acompañante y tu amante, un auténtico gemelo que creía tener derecho a tu patrimonio.

-Y así comenzó nuestro largo viaje juntos, dos gemelos auténticos, dos hermanos auténticos. -Intenté con todas mis fuerzas recordar que en otro tiempo le había querido. Me pregunté si Merrick podría ver en mi alma la animosidad que ahora sentía por él, la esclavitud que para mí había sido tan terrible durante todo aquel largo año, desde que Petronia me había creado. Y la pérdida de tía Queen, la inefable pérdida de tía Queen.

- Y ahora que te han dado la sangre oscura -terció Lestat enfadado-, quiere lo que él considera su parte.

-No, no es eso en absoluto -le corrigió Merrick, mirándome fijamente-. Quiero que me describas lo que pasa cuando te ataca. Me quedé pensando un momento.

- Es como una fusión -expliqué por fin, mirando a Merrick y a Lestat alternativamente-, una fusión que no experimenté nunca cuando estaba vivo. Es verdad que muchas veces estaba

Librodot

dentro de mí. Mona Mayfair me lo dijo. Cuando hacíamos el amor me decía que Goblin estaba en mí. Lo sentía. Mona se considera una bruja porque puede advertir la presencia de los espíritus.

- ¿Tú amas a Mona Mayfair? -me preguntó con suavidad Merrick.

- Mucho -logré contestar-, pero no volveré a verla. Sabría lo que soy en cuanto me pusiera la vista encima. En el funeral y en la misa traté desesperadamente de evitar a Rowan Mayfair y a su marido, Michael. Ambos son lo que la orden de Talamasca llama brujos. En el funeral se me apareció también el fantasma de Julien Mayfair. Tía Queen era hija suya. Soy su descendiente.

- ¿Tú tienes sangre Mayfair? -preguntó Merrick-. ¿Y viste a Julien?

- Mi querida Merrick, una vez me tomé una taza de chocolate con el tío Julien, en los días en que podía tomar chocolate. Me sirvió también galletas en un plato de porcelana, todo lo cual se desvaneció más adelante junto con él.

Le conté deprisa toda la historia, incluido el asunto de la máscara y la capa, y sus labios se abrieron en una generosa y hermosa sonrisa.

-Ay, nuestro oncle Julien -suspiró-. La de camas que llegó a deshacer. Menudo tipo. Milagro sería que existiera una sola persona en toda la ciudad de Nueva Orleans que no hubiera recibido algunos genes suyos. -Me miró radiante-. Acudió a mi Great Nananne en un sueño cuando yo tenía once años y le dijo que me enviara a la orden de Talamasca, que ellos eran mi salvación.

- ¡Ay, por Dios! -exclamé-. No sabes lo que estuve a punto de hacerle a Stirling Oliver.

- ¡Olvídate! -saltó Lestat-. Lo digo en serio. Lo pasado, pasado está. -Alzó la mano e hizo la señal de la cruz-. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te absuelvo de todo pecado. ¡Stirling Oliver está vivo! El asunto está cerrado mientras yo sea aquí el maestro de la secta.

Merrick se echó a reír. Su piel oscura añadía brillo a sus ojos verdes.

-Así que eres el maestro de la secta, ¿no? -le preguntó con una mirada coqueta-. Asumes el título automáticamente vayas donde vayas.

Lestat se encogió de hombros.

- Por supuesto -contestó, como si hablara en serio.

-Es un asunto discutible, mi magnífico amigo, pero tenemos que aprovechar el tiempo, ahora que Goblin está exhausto. Volvamos a lo nuestro. Así pues, Tarquin, Goblin es tu hermano gemelo y me ibas a contar qué pasa exactamente cuando estáis juntos. Descríbeme la fusión.

-Es eléctrica, sin duda. Como si sus partículas, asumiendo que esté hecho de...

- Así es.

- Pues todas sus partículas están fusionadas con las mías y yo pierdo por completo el equilibrio. Me siento perdido también en los recuerdos. Él engendra esos recuerdos o cae presa de ellos, no lo sé, pero revivimos momentos en la cuna o en el parque y sólo siento amor por él, como debí de sentir de niño. Es un puro éxtasis. Y todo transcurre sin palabras, excepto por rudimentarias expresiones de amor.

- ¿Y cuánto dura?

- Unos momentos. Segundos -contestó Lestat por mí. -Sí, y cada vez es más fuerte que la anterior -añadí-. La última vez, que fue anoche, noté un tirón en el corazón, además de

los arañazos, mucho peor que antes. Él salió por la ventana, rompiendo el cristal como hace un momento. Nunca había sido tan destructivo.

-Ahora tiene que ser destructivo -dijo Merrick-. Ha cometido la imprudencia de aumentar la estructura material de su ser. Mientras que antes era casi por completo energía, ahora tiene también bastante materia y no puede atravesar las paredes sólidas como antes. Al contrario, necesita una puerta o una ventana.

-Exacto. Yo he sido testigo. Notaba el aire cambiar, notaba que se marchaba.

Merrick asintió.

Librodot

-El hecho de que esté sujeto a la gravedad juega a nuestro favor, como siempre sucede con los fantasmas. Con él ahora más, porque ha desarrollado el apetito por la sangre y por tanto se ha cargado de materia. ¿Puedes decirme algo más de esta fusión?

Vacilé un momento.

- Es muy placentera -confesé-. Es como... como un orgasmo. O como el contacto con nuestras víctimas. Es como la fusión con ellas, sólo que mucho más suave.

- ¿Más suave? ¿Tú pierdes el equilibrio cuando tomas a tus víctimas?

-No, no. Ya veo. Pero con Goblin el placer no es tanto. Si fuera así lo diría. Lo que siento es confusión, junto con un leve placer.

- Muy bien. ¿Algo más?

Me quedé pensando un buen rato.

-Me siento triste, estoy muy triste porque es mi hermano y murió y nunca ha tenido más vida que la que yo le he dado. Y ahora ha pasado esto y no puede seguir adelante. Y creo... creo que sé que debería morir con él.

Merrick y Lestat se me quedaron mirando.

-No hace falta, Quinn -dijo por fin este último con un fuerte acento francés-. Además, si intentaras morir y llevártelo contigo, no hay garantía de que Goblin te siguiera.

-Justo -convino Merrick-. Podría dejarte ir y quedarse él aquí para acechar a otra persona. Al fin y al cabo decidió estar contigo porque eras su hermano, pero podría acudir a otro. Tú mismo has dicho que es muy astuto y que aprende muy deprisa.

-No quiero que mueras, hermanito -dijo Lestat.

- 590 -Merrick sonrió.

- El maestro de la secta no te dejará morir, hermanito.

- ¿Qué hacemos entonces? -pregunté con un suspiro-. ¿Cuál será el destino del hermanito del hermanito?

-Ahora mismo lo voy a explicar, pero primero quiero que comprendas lo que pasa cuando te fundes con él. Goblin está atado no sólo a ti, sino al espíritu del vampiro que llevas dentro. Ya sabes por las viejas historias que todos descendemos de un solo padre, en el que un espíritu puro se fundió con un mortal y que, hasta el día de hoy, todos formamos parte de ese espíritu puro y llevamos en nuestros cuerpos sobrenaturales el espíritu inmortal que nos anima, nos da nuestra sed de sangre y nuestra capacidad para vivir de ella.

- Sí.

-Pues bien, tu hermano, al ser un fantasma se parece mucho a un espíritu, y cuando se funde contigo se funde con el espíritu que hay en tu interior y conoce un placer mucho más grande que el que experimentaba cuando eras mortal.

-Ya veo. Por supuesto.

- Él no lo comprende. Sólo sabe que para él es la más dulce de las drogas, y bebe la sangre vampírica para experimentar lo sobrenatural todo lo que pueda, y sólo cuando ya no puede más te suelta y se desvanece, debilitado de nuevo, adormilado, soñando con la sangre que ha tomado.

-¿Y adónde va?

Merrick movió la cabeza.

-No lo sé. Se expande, perdiendo la forma y la organización. Se podría comparar a una enorme criatura marina compuesta básicamente de agua de mar, sólo que en el caso de Goblin se trata de aire. Disfruta de la sangre todo lo que puede hasta que su energía la consume. Entonces debe esperar a la siguiente oportunidad y todo esto le lleva su tiempo, como llevan su tiempo las apariciones y la comunicación. Les pasa a todos los espíritus. -Merrick se interrumpió un momento mirándome, como queriendo asegurarse de que lo había comprendido-. Tienes que entenderlo bien para ayudarme a sacarle del reino de este mundo, porque no creo que yo sea capaz de hacerlo sin tu absoluta cooperación.

-Puedes contar con ella. Estoy haciendo todo lo posible por comprender el asunto.

- ¿Estás dispuesto a dejarle ir?

-¡Que si estoy dispuesto! Merrick, ha matado a tía Queen. Le odio y le desprecio. ¡Le odio! Y me odio a mí mismo por haberle alimentado y acogido. ¡Ha traicionado el útero que compartimos!

Ella asintió.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Saqué el pañuelo, pero en cierto modo quería dejarlas fluir. Estaba con las únicas dos personas del mundo que no se horrorizarían al verlas.

- ¿Cómo podemos librarnos de él? -pregunté-. ¿Cómo podemos sacarle de este mundo?

-Te lo voy a explicar. Pero primero quiero que me digas una cosa. Cuando llegamos esta noche vi un cementerio muy antiguo al lado del pantano. Lestat dice que te pertenece y que allí has visto espíritus.

-Sí. Espíritus estúpidos, espíritus que no te dan nada. -Me enjugué los ojos, ya un poco más calmado.

- Pero hay dos o tres tumbas levantadas, tal vez de un metro de altura.
- Sí, hay una así de alta, pero la inscripción está borrada. -¿Es ancha? ¿Larga?
- Las dos cosas. Es un rectángulo.
- Muy bien. Quiero que prepares madera y carbón para hacer una buena fogata en la tumba. Necesitarás mucho combustible. El fuego tiene que arder a muchos grados y durante bastante tiempo. Y quiero además que haya velas por todo el cementerio, en todas las tumbas. Ya sabes a qué velas me refiero: cirios de iglesia. Yo encenderé las velas y la hoguera, pero quiero que lo tengas todo preparado. Si quieres, que te ayude tu gente. Da igual quién lo haga.
- Pero no querrás que haya nadie por allí -intervino Lestat.

-No. Tienen que alejarse de Blackwood Farm. Todo el mundo.

-¿Y qué les digo? -pregunté.

-La verdad. Que vamos a realizar un exorcismo para librarnos de Goblin. El ritual es muy peligroso. Goblin se enfurecerá y podría hacer daño a alguien.

- Por supuesto. Pero hay un problema. Patsy. Puede que se niegue a marcharse.
- La propia Patsy te ha dado la clave de su carácter -dijo Lestat-. Toma. -Se sacó del bolsillo un billetero de oro lleno de billetes de mil dólares-. Dale esto. Mándala con la enfermera a un buen hotel de Nueva Orleans.

-Muy bien.

-La Gran Ramona se ocupará de eso -sugirió Merrick-. Tú procura que se marchen todos los demás. Que vayan al Windsor Court o al Ritz-Carlton. Lo del hotel es una buena idea. Siento que no se me ocurriera a mí.

-Muy bien. Pero dime, ¿cómo vas a realizar el exorcismo? -De la mejor manera que sé. Mis queridos amigos, la Tropa de Amados, no me llaman bruja por nada.

49

Tenía sed y estaba solo.

Me encontraba bajo el roble al borde del cementerio. Miré la tumba que al día siguiente sería nuestro altar.

A Clem se le ocurrió de dónde sacar leña para el fuego: había un viejo roble muerto al borde de los pastos. Al día siguiente iría a cortarlo con la sierra mecánica. El carbón lo compraría en Mapleville. Yo no tenía que preocuparme de nada.

De momento se había ido con los demás. Todos se alegraron de marcharse. Estaban muy animados mientras preparaban el equipaje, charlando y riéndose. Se metieron a toda prisa en la limusina, dando gritos en plena noche.

Tommy había suplicado que le dejara quedarse a ver el exorcismo, pero por fin Nash se lo llevó al coche.

Sólo Patsy se había negado a marcharse. Sólo Patsy me había maldecido, asegurándome que no pensaba participar en mis planes egoístas para librarme de Goblin, sólo Patsy se había quedado atrás. Por fin logré que Cindy se marchara también.

- Yo me encargaré de ella -le dije.

De manera que había llegado el momento. Desde que se había cerrado la puerta de la habitación todo estaba en silencio.

- ¿Qué haces aquí? -me había preguntado-. Niñato consentido.

Parecía una niña con su camisón de franela color crema y su precioso pelo rubio cayéndole en tirabuzones a ambos lados de la cara.

- Fuera de aquí -exclamó-. No quiero que estés aquí. Vete. No pienso salir de esta casa te pongas como te pongas, hijo de puta.

De su mente surgía un aluvión de pura animosidad y celos, el odio puro que tan claramente había expresado.

- ¡Ya te he dicho que no quiero tu dinero! ¡Te odio!

Y detrás de ella apareció la vaporosa figura de Rebeca, mi antiguo fantasma. Un fantasma odioso y vengativo. ¿Qué hacía allí? Rebeca, con su coqueta blusa de encaje y la falda de tafetán, sonriendo. «Apártate de mí, fantasma vengativo.» ¿Cómo se atrevía a estar allí? Una vida por mi vida. «¡No pienso escucharte!»

Me acerqué a Patsy y le rompí el cuello antes de que se asustara siquiera. Maté a mi madre, a mi propia madre. Grandes ojos vacíos. Carmín. Patsy, muerta.

No bebí ni una gota de su sangre.

¿Me vio alguien atravesar la puerta con ella en brazos, como una novia? Nadie excepto Rebeca, la vengativa, la odiosa Rebeca que flotaba cerca del cementerio. Rebeca, sólo un vapor, sonriente, llena de júbilo con su bonito vestido. Una muerte por mi muerte.

Y nadie me vio dejar a Patsy en la barca. Nadie me vio con su cuerpo yerto en las aguas más profundas del pantano. Allí se hundió, bajo el agua verde y lodosa. Ya no era Patsy de algodón de azúcar. Ya no era Barbie. Ya no era mi madre.

Nadie sino yo captó la vibración de Rebeca. Nadie sino yo oyó su voz:

-Considero esto una buena venganza: la vida de Patsy por mi vida. -Risas.

- Atrás, Satanás -dije yo-. No he hecho esto por ti sino por mí. Y Rebeca desapareció, como había desaparecido Patsy. Fue muy turbador: el fantasma desaparecido, Patsy desaparecida y el espantoso pantano tan vacío.

Los caimanes se movían en el agua. Se comían a mi madre. Volví solo al cementerio desierto.

Pasaron las horas.

La sangre de mi madre manchaba mis manos, aunque no hubiera sangre. Pensaba mentir, contar que se había marchado, como había mentido sobre tantas cosas, Quinn, el asesino de su propia madre, Quinn el asesino del útero que lo engendró, Quinn el asesino de tantos, Quinn, el asesino de la novia, Quinn, que había atravesado la puerta con su madre en brazos, Quinn, que había hundido a Patsy en las aguas del pantano.

Ahora estaba solo en Blackwood Farm.

Y eso nunca, nunca había sucedido: estar solo en mi tierra. Me quedé detrás del roble, mirando la tumba donde se dispondría el altar y preguntándome si podríamos obligar a Goblin, la maligna criatura en la que se había convertido mi hermano, el asesino de tía Queen, a entrar en la luz.

Cerré los ojos. Me moría de sed. Pero ya casi había amanecido. No podía cazar. No tenía fuerzas. ¿Y cómo podría hacerlo la noche siguiente? Pero tenía que alimentarme antes de empezar con el ritual. Había sido un estúpido al no dejar de lado mi dolor y mi odio asesino. Tendría que haberme marchado antes.

¿Por qué me quedé en el cementerio? ¿Qué quería recordar? ¿Dónde estaban los fantasmas mudos que hacía tanto tiempo me miraban, en mis años de inocencia? ¿Por qué no

acudían esa mañana mientras el cielo se teñía de púrpura y rosa para decirme que mi sitio estaba entre los muertos?

Tal vez el sol no fuera tan doloroso como el fuego. Pero, ¿cómo podía colaborar para destruir a Goblin sencillamente internándome en la mañana? Necesitaba valor, necesitaba fuerza.

Yo te la puedo dar. Ven a mis brazos.

Me volví. Era Lestat. Obedecí su orden y sentí sus brazos ceñirse en torno a mí. Me puso la mano en la cabeza.

Bésame, pequeño. Toma lo que necesitas. Te lo doy.

Hundí los dientes en su piel. La superficie cedió y la sangre caliente me llenó la boca y la garganta, poderosa y divina. Durante un buen rato su pura fuerza física dominó sobre cualquier otra cosa, pero luego surgió un aluvión de imágenes, vívidas, rápidas, brillantes como el neón, un rugiente carrusel de vida, el paso de los siglos, una multitud infinita de sensaciones magníficas y, por fin, una jungla de colores y flores y el centro tierno y palpitante de su corazón, su corazón puro, su corazón era la único que podía desearse, su corazón y nada más, nunca.

50

Noche de verano. El sol no se puso hasta las seis y media. La quietud envolvía Blackwood Farm.

Clem había apilado la leña en un alto montón alrededor de toda la tumba. El carbón estaba encima. Había velas por todas partes.

Merrick se había puesto un precioso vestido de algodón negro, de manga larga, y un collar de azabache. Llevaba el pelo suelto. En la mano, una bolsa grande cubierta de relucientes cuentas, con dos asas. Dejó la bolsa con cuidado junto a una de las tumbas, hizo la señal de la cruz y puso la mano con respeto sobre la losa que iba a ser el altar.

Encendió la primera vela con un mechero. Luego sacó de la bolsa una vela más larga con la que fue encendiendo las demás, una a una. Poco a poco el cementerio se llenó de luz.

Lestat, a mi lado, me puso la mano en la espalda. Yo temblaba como si tuviera frío.

Cuando por fin quedó todo iluminado, Clem colocó varias hileras de velas en la pequeña iglesia, que yo había olvidado por completo. Merrick las encendió también y una oscilante luz salió por las ventanas.

Sentí un escalofrío cuando Merrick alzó la lata de gasolina para verterla sobre el carbón y la leña. Por fin acercó la vela y retrocedió. Nunca había visto una hoguera de aquellas dimensiones.

-Venid conmigo, los dos -nos llamó-. Tenéis que ayudarme. Repetid lo que yo diga. Lo que creíais en el pasado no importa. Creedme ahora. Eso es todo. Debéis tener fe en lo que hago y en lo que digo para que el exorcismo tenga fuerza.

Los dos asentimos.

-Quinn, no tengas miedo.

El fuego crepitaba. Retrocedí instintivamente, igual que Merrick y Lestat. Lestat parecía odiarlo más que nadie. Merrick estaba fascinada. Demasiado fascinada, pensé, pero yo qué sabía.

-Dime los nombres auténticos de los padres y antepasados de Garwain -pidió Merrick.

-Julien y Grace; Gravier y Alice; Thomas y Rose; Patsy... eso es todo.

-Muy bien. Ahora recordad lo que os he dicho. -Retrocedió y sacó de la bolsa un cuchillo dorado con el que se cortó la muñeca. Acercándose al fuego todo lo posible dejó caer en él su sangre.

Luego Lestat, temiendo por ella, la apartó de las llamas.

Merrick contuvo el aliento como si hubiera estado en peligro y tuviera miedo. Luego sacó un cáliz de la bolsa, me lo tendió y volvió a hendirse la muñeca, haciendo un corte hondo y tosco. La sangre se vertió en la copa y de allí volvió a echarla a las llamas.

El calor del fuego era tremendo. Me asustaba, lo aborrecía. Lo odiaba con el instinto de un buscador de sangre y con el instinto humano. Fue un alivio cuando Merrick me quitó el cáliz de las manos.

De pronto Merrick echó atrás la cabeza y alzó los brazos, obligándonos a separarnos de ella para hacerle sitio.

-Señor Dios -gritó, Creador de todas las cosas, de todo lo visible y lo invisible, trae ante mí a tu siervo Garwain, porque todavía ronda el reino de este mundo y está perdido a tu Sabiduría y tu Protección. Tráelo ante mí, Señor, para que lo guíe hacia ti. Señor, oye mi súplica. Señor, que mi súplica llegue hasta ti. Oye a tu sierva, Merrick. No mires mis pecados sino mi causa. ¡Lestat, Tarquin! ¡Unid vuestras voces a la mía!

-Óyenos, Oh Dios -dije yo de inmediato mientras Lestat pronunciaba una oración similar-. Oh, Dios, óyenos. Tráenos a Garwain.

Aunque estaba asustado me vide pronto inmerso en la ceremonia. Mientras Merrick proseguía, Lestat y yo murmurábamos cánticos algo más familiares.

-Señor, contempla con piedad a tu siervo Garwain -decía Merrick-, que desde la infancia ha vagado confuso entre otros mortales, perdido lejos de la luz y hambriento de ella. Señor, oye nuestra oración. Señor, busca a Garwain, Señor, envíanos a Garwain.

De pronto una fuerte ráfaga de viento agitó los robles cercanos y una lluvia de hojas cayó en el fuego. Las llamas rugieron y el viento las aumentó. Por encima de la hoguera vi la figura de Goblin, como mi doble, sus ojos rojos a la luz del fuego.

- Tú crees que un espíritu no conoce los trucos de una bruja, Merrick -dijo por encima del fragor de la hoguera, con una voz baja y monótona que yo no había oído en más de cuatro años-. ¿Crees que no sé que quieres matarme, Merrick? Tú me odias.

La figura comenzó a dispersarse y a crecer hasta hacerse inmensa. Entonces se lanzó con enorme fuerza contra Merrick, pero ella gritó:

- ¡Arde ahora! ¡Arde!

Y todos concentramos nuestra fuerza contra él, gritando aquella sola palabra, «arde». La figura se alzó sobre las llamas, ella misma una miríada de llamas, paralizada sobre el fuego, retrayéndose y aullando en espantosa confusión. A continuación se contrajo hasta convertirse en una ráfaga de viento que asaltó el altar y luego se arrojó de nuevo contra Merrick.

El ruido era intolerable. Las hojas eran un huracán sobre nosotros, el fuego rugía. Merrick se tambaleó pero nosotros mantuvimos la concentración.

- ¡Arde, Garwain, arde! -gritábamos.

-¡Arde hasta que todo tu ser sea un puro fantasma, como debería ser! -dijo Merrick-. Para poder entrar en la luz como Dios quiere, Garwain.

De pronto sacó un pequeño fardo del bolso, apartó las sábanas blancas que lo cubrían y dejó al descubierto el cadáver pequeño y arrugado de un niño.

- ¡Éste eres tú, Garwain! Éste eres tú, sacado de tu tumba, el cuerpo del que partiste, vagando a la deriva, confundido y maldito. Este es tu cuerpo mortal, tu ser de niño, y a partir de este ser te has perdido y te alimentas de Quinn. Contempla este cuerpo, porque es el tuyo, Goblin.

-¡Mentira! -se oyó la voz. Goblin se alzó a un lado del altar, justo delante de nosotros, idéntico a mí hasta el último detalle, queriendo atacar a Merrick, intentando arrebatarle al niño negro y arrugado que tenía en los brazos. Pero Merrick no lo soltaba.

- ¡Eres humo y espejos! -gritó-. Eres aire y voluntad, latrocinio y terror. ¡Ve donde Dios te envía! Señor, te lo ruego, acoge a tu siervo, recíbelo según tu voluntad.

Librodot

La imagen osciló. Goblin intentaba fundirse con ella pero Merrick se resistía con todo su poder. Goblin flaqueaba, se desvanecía. Se volvió pálido, enorme, hinchado. ¿Cómo sentiría el fuego?

Se elevó una vez más sobre nosotros, extendiéndose como una bóveda.

- Oh, Dios -grité yo-, que creaste a Julien, a Gravier, a Patsy, acógelo, acoge a este huérfano. Grace, Alice, Rose, venid por este ser errante y maldito. Unid vuestras oraciones a las nuestras.

- ¡Sí! -exclamó Merrick, estrechando al niño contra su pecho-. Julien, Gravier, Thomas, os lo suplico, salid de vuestro reposo eterno y llevaos a este niño a la luz. ¡Lleváoslo!

- ¡Te repudio, Goblin, ahora y siempre! -añadí-. ¡Te repudio ante Dios! Ante Pops, ante todos mis antepasados, ante los ángeles y los santos. ¡Dios mío, escucha mi oración!

-¡Oh, Señor, oye nuestra súplica!

Merrick levantó el cuerpo y vi con mis propios ojos a un niño vivo. Movía los brazos, lloraba. ¡Yo mismo oí su llanto!

- ¡Sí, Goblin! -gritó Merrick-. ¡El niño eres tú! Ven a este cuerpo. ¡Penetre tu propia carne! Te conmino a ello. ¡Te lo ordeno!

Por encima del fuego la enorme imagen de Goblin se estremeció, espantosa, débil, confusa, hasta que de pronto se lanzó hacia el niño que lloraba. Yo lo vi. Lo sentí, y dije en mi corazón: «Amén, hermano, amén.»

Se oyó un terrible gemido y de nuevo las ramas del roble se agitaron al viento.

Y luego todo quedó en silencio, excepto por el fragor de las llamas. La quietud era tan absoluta que parecía que la Tierra hubiera dejado de girar.

Me di cuenta de que estaba en el suelo. Una fuerza invisible me había derribado.

Veía una luz muy brillante, pero no hería mis ojos. Era una luz magnífica que caía sobre el fuego, pero algo terrible sucedía en la hoguera.

Merrick estaba entre las llamas. Había subido al altar y se había tirado al fuego con el niño. Los dos ardían de manera irrevocable, pero en aquella pura luz celestial vi moverse unas figuras, la inconfundible silueta delgada de Pops, y con él un niño, un niño diminuto que gateaba. Merrick también estaba, con una anciana pequeña. Se volvió y alzó la mano como para despedirse.

Yo estaba paralizado ante la luz, ante su inmensidad y el innegable amor que parecía formar parte de su naturaleza.

Creo que lloré.

Luego el torrente de luz bendita se desvaneció. Desaparecieron su calor y su gloria. El calor de la noche se cernió sobre mí. La Tierra volvía a ser de nuevo la Tierra solitaria.

Tuve que redescubrir mis miembros y aprender a utilizarlos antes de levantarme. Vi que Lestat había sacado del fuego el cadáver de Merrick y, entre sollozos, intentaba apagar las llamas que lo consumían, golpeando el cuerpo con su abrigo.

- Se ha ido. Yo lo he visto -dije.

Pero Lestat estaba frenético. No me escuchaba. Por fin apagó las llamas, pero Merrick tenía la mitad de la cara quemada, así como la mayor parte del torso y el brazo derecho. Era espantoso. Lestat se cortó la muñeca y dejó que la sangre espesa y viscosa se derramara sobre el cuerpo, pero no pasó nada. Yo sabía lo que Lestat pretendía, conocía la tradición.

-Se ha ido -repetí-. Lo he visto. La vi entrar en la luz. Alzó la mano para despedirse.

Lestat se levantó, se enjugó las lágrimas de sangre y el hollín de la cara. No podía dejar de llorar. Yo le amaba.

Pusimos los restos de Merrick sobre el altar. Alimentamos el fuego y el cuerpo no tardó en quedar reducido a cenizas, que esparcimos. Por último no quedó nada de la hoguera ni de Merrick.

La noche húmeda era silenciosa y tranquila y el cementerio quedó en tinieblas.

Lestat lloraba.

- ¡Era tan joven entre nosotros! -dijo-. Siempre son los jóvenes los que se van. Aquellos para los que la mortalidad alberga algo mágico. Al hacernos viejos, la eternidad se convierte en nuestra bendición.

51

Lestat todavía estaba cubierto de hollín, pero no le importaba. Llamamos a la puerta de Oak Haven y contestó el propio Stirling con su gruesa bata acolchada. Se quedó perplejo al vernos en la casa de la orden de Talamasca, dos vagabundos en la noche.

Nos invitó a entrar en la biblioteca y nos acomodamos en las butacas de cuero dispuestas por todas partes. Stirling le dijo a la agradable ama de llaves que no necesitábamos nada.

Una vez a solas, con voz rota, Lestat le contó lo que le había pasado a Merrick. Describió la ceremonia, detallando cómo Merrick había subido al altar, cómo el niño había cobrado vida, cómo Goblin había descendido sobre él.

Luego yo dije lo que había visto: la luz y las figuras moviéndose en ella. Lestat no había visto la luz, pero no dudó de mi palabra.

-¿Puedo anotar esto en nuestros archivos? -preguntó Stirling. Se limpió la nariz con el pañuelo. Lloraba interiormente por Merrick. Cuando brotaron las lágrimas las dejó fluir un momento antes de enjugárselas.

-Por eso te lo he contado -dijo Lestat-. Para que puedas cerrar el expediente de Merrick Mayfair sabiendo lo que ha sido de ella, para que no termine en silencio y confusión, para que no la llores para siempre sin saber siquiera dónde está o en qué se ha convertido. Era un alma buena. Sólo perseguía a los malhechores. Jamás manchó sus manos con sangre inocente. Y lo que hizo fue por propia voluntad. No sé en realidad por qué eligió este momento.

-Yo creo que lo sé -apunté-, pero no quisiera ser presuntuoso. Merrick eligió este momento porque no estaba sola. Tenía a Garwain.

-¿Y cómo te sientes ahora que se ha ido? -preguntó Stirling interesado.

- Libre de él. Y bastante conmocionado por lo sucedido. Horrorizado porque Garwain mató a tía Queen. Tú lo sabías, ¿verdad? La asustó y la hizo caerse. Todo el mundo lo sabía.

-Sí. Se habló mucho en el funeral. ¿Qué vas a hacer ahora?

-Es espantoso que Merrick haya muerto. Merrick me liberó de Garwain. Lestat la quería. Yo la quería. No sé qué voy a hacer, no sé adónde iré. Hay gente que me necesita. Siempre ha habido gente que me necesita, gente que me importa. Estoy enredado en la vida humana.

Pensé en silencio en el asesinato de Patsy. Deseaba con toda mi alma confesarlo, pero me odiaba tanto por ello que no llegué a pronunciar palabra.

-Es una buena manera de decirlo -comentó Lestat con amargura-. Enredado en la vida humana.

Stirling asintió.

- ¿Por qué no me preguntas a mí lo que voy a hacer? -preguntó Lestat, alzando una ceja y haciendo un guiño.

- ¿Acaso me lo dirías? -repuso Stirling echándose a reír.

- Por supuesto que no. Pero estoy enamorado de Tarquin. Lo puedes poner en tus archivos, si quieres. Eso no significa que puedas atraparme en Blackwood Manor. Y recuerda que me prometiste que dejarías a Tarquin en paz.

- Desde luego. Soy un hombre de palabra.

- Me gustaría hacerte una pregunta -comencé con timidez-. He hablado con Michael Curry y Rowan Mayfair varias veces en los últimos meses, pero no me dan más que respuestas vagas. No quieren decirme nada de Mona, excepto que no puede verme, que la

están sometiendo a una terapia especial, que está en cuidados intensivos. Dicen que podría morirse de alguna infección. Ni siquiera puedo hablar con ella por teléfono.

-Se está muriendo. -Stirling me miraba fijamente. Silencio.

-¿Por qué le dices eso? -saltó por fin Lestat.

-Porque lo quiere saber -contestó el otro sin dejar de mirarme.

-Muy bien. Vamos, hermanito, vamos a cazar. Conozco a dos malhechores en Boca Ratón que están solos en una magnífica mansión, junto al río. No te imaginas lo divertido que va a ser. Buenas noches, Stirling. Buenas noches, Talamasca. Vámonos.

52

El cielo era todavía de un profundo color lavanda cuando entré en casa a la noche siguiente. Lestat se había quedado en el cementerio, rezando por Merrick, o a Merrick, no lo sabía muy bien. La caza de Boca Ratón de la noche anterior había sido maravillosa y Lestat había vuelto a darme el don de su poderosa sangre. Yo estaba exultante y confuso, rezando a mi manera por recibir alguna señal que me indicara qué hacer con Mona, si debía verla y hablar con ella. Si iba al hospital Mayfair e insistía, tal vez pudiera utilizar mis poderes para llegar hasta ella. Una última visita... una última charla.

Pero de pronto Jasmine y Clem vinieron corriendo a las escaleras.

- Hay una loca en tu habitación -dijo Jasmine-. No hemos podido impedirlo, Quinn. Es Mona Mayfair, ¿te acuerdas de ella? Está allí arriba, Quinn. Llegó en una limusina cargada de flores. Es un esqueleto. Te vas a morir cuando la veas, Quinn. Espera, no hemos podido detenerla. Sólo la ayudamos con las flores porque estaba muy débil.

- ¡Jasmine, suéltame! -grité-. La amo, ¿no lo entiendes?

-¡Pero, Quinn! ¡Le pasa algo muy grave! ¡Ten cuidado!

Subí las escaleras tan deprisa como me atreví, como correría un mortal, irrumpí en la habitación y cerré la puerta con llave.

Mona se levantó para recibirme. ¡Un esqueleto! Era un auténtico esqueleto. La cama estaba cubierta de flores. Me quedé allí de piedra, conmocionado y a la vez muy contento de verla. Me moría de ganas de correr hacia ella y estrechar su frágil cuerpo entre mis brazos. Mi Mona, mi frágil y marchita Mona, mi pálida, mi magnífica Mona. Ay, Dios mío, no dejes que te haga daño.

-¡Te amo, mi querida Ofelia! Mi Ofelia Inmortal, mía para siempre... ¡Mira las rosas, las margaritas, las zinnias, los lirios!

- Noble Abelardo -susurró ella-. He venido a pedirte el sacrificio supremo. He venido a pedirte que me dejes morir aquí, que me dejes morir contigo. Déjame morir aquí y no allí, entre agujas y tubos. Déjame morir en tu cama.

Me aparté. El cráneo se le transparentaba bajo la piel y los huesos de los hombros se le marcaban bajo la bata de hospital que llevaba. Sólo conservaba su melena pelirroja. Sus brazos, sus manos, eran como palillos. Era espantoso. Mona sufría con cada aliento.

- ¡Mi vida, mi amor! Gracias a Dios que has venido a mí -exclamé-. Pero, ¿no ves lo que me ha pasado? ¿No lo ves con tus ojos de bruja? Ya no soy humano. No soy tu Noble Abelardo. No duermo donde los rayos del sol puedan alcanzarme. Mírame, Mona, mírame. ¿Quieres ser lo que yo soy? -¿Qué estaba diciendo? Me había vuelto loco. No podía detenerme-. ¿Quieres ser lo que yo soy? -repetí-. Porque entonces no morirás. Vivirás de la sangre de otros para siempre. Serás inmortal conmigo.

Oí el pomo de la puerta y me giré indignado. Pero era Lestat.

Mona le miraba perpleja. Lestat se quitó las gafas oscuras y se detuvo bajo la araña, como si quisiera bañarse en su luz.

- Déjame realizar el truco oscuro, Quinn. Así estarás mucho más cerca de tu princesa. Déjame tomarla por ti con mi sangre fuerte, para que vuestras mentes no se cierren la una a la otra. Yo soy un maestro en estos trucos oscuros, Quinn. Mona, ¿quieres conocer nuestros secretos? -preguntó acercándose a ella-. Decide. Siempre puedes elegir la luz cualquier otra noche, querida. Pregúntale a Quinn si tienes dudas. Él la ha visto. Ha visto la luz del cielo con sus propios ojos.

Mona se aferraba a mí mientras Lestat hablaba paseando de un lado a otro, diciéndole muchas cosas: cómo era nuestro mundo, las reglas, las limitaciones, cómo él había violado las reglas y las limitaciones, cómo los fuertes y los viejos sobrevivían, cómo los nuevos terminaban en las llamas. Siguió hablando y hablando mientras ella me abrazaba, mi Ofelia en su nido de flores, con las piernas frágiles y todo el cuerpo tembloroso, mi dulce Ofelia Inmortal.

-Sí, quiero.

FIN

* * *